

LA SUPERACIÓN DEL MITO DE LA ATENAS
SURAMERICANA: LOS CAFÉS COMO ESPACIO DE
LA PRODUCCIÓN CULTURAL
(BOGOTÁ 1880-1930)

Fabián Andrés Llano

Per citar o enllaçar aquest document:
Para citar o enlazar este documento:
Use this url to cite or link to this publication:

<http://hdl.handle.net/10803/667757>



<http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.ca>

Aquesta obra està subjecta a una llicència Creative Commons Reconeixement

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento

This work is licensed under a Creative Commons Attribution licence

LA SUPERACIÓN DEL MITO DE LA ATENAS
SURAMERICANA: LOS CAFÉS COMO ESPACIO DE
LA PRODUCCIÓN CULTURAL
(BOGOTÁ 1880-1930)

Fabián Andrés Llano

Per citar o enllaçar aquest document:
Para citar o enlazar este documento:
Use this url to cite or link to this publication:



<http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.ca>

Aquesta obra està subjecta a una llicència Creative Commons Reconeixement

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento

This work is licensed under a Creative Commons Attribution licence



Universitat de Girona

TESIS DOCTORAL

LA SUPERACIÓN DEL MITO DE LA ATENAS
SURAMERICANA: LOS CAFÉS COMO ESPACIOS
DE LA PRODUCCIÓN CULTURAL (BOGOTÁ
1880-1930)

Fabián Andrés Llano

2019

PROGRAMA DE DOCTORADO

CIENCIAS HUMANAS DEL PATRIMONIO Y LA CULTURA

Dirigida por:

Joaquim Nadal i Farreras

Memoria presentada para optar al título de Doctor por la Universidad de Girona

El Doctor Joaquim Nadal i Farreras, de la Universitat de Girona,

DECLARA:

Que el trabajo titulado: La superación del mito de la Atenas Suramericana: los cafés como espacios de la producción cultural (Bogotá 1880-1930), que presenta Fabián Andrés Llano, se ha realizado bajo mi dirección y cumple los requisitos para poder optar al título de doctor

Y para que así conste y tenga los efectos oportunos, firmo el presente documento.

Firma

Joaquim Nadal i Farreras

Agradecimientos

Agradezco en primer lugar, a mi director de tesis Joaquim Nadal i Farreras por su acompañamiento y paciencia en la dirección de esta tesis doctoral, sin sus recomendaciones y reflexiones teóricas y metodológicas, esta tesis doctoral no habría podido llegar a feliz termino; también a Germán Mejía Pavony, y Juan Carlos Pérgolis por sus comentarios y apreciaciones en la delimitación de la investigación; agradezco el apoyo de la arquitecta Diana Fernández por sus aportes en los mapas elaborados, al arquitecto Miguel Payán por sus magníficos dibujos e ilustraciones; a mis queridos amigos Ángel y Nubia quienes me apoyaron en todo momento, pero sobre todo, agradezco el tiempo, el apoyo y la paciencia de mis hijas y mi esposa quienes me alentaron a seguir adelante, sin ellas, todo este esfuerzo no tendría sentido.

*A mis hijas Irene y Violeta y a
mi esposa Vanessa, por su
decidido amor y la
autenticidad de sus
sentimientos*

Producción asociada a la tesis doctoral

Artículos	Cursos y Conversatorios	Ponencias (Comunicaciones)
<p>Llano, F. (2014), "espacios olvidados, lugares diferenciados: transformación social del espacio urbano en Bogotá (1850-1880)". En: Colombia Nodo ISSN: 1909-3888 ed: Universidad Antonio Nariño v.9 fasc.17 p.70 - 82 ,2014</p>	<p>Llano, F. 2014 curso para la Maestría en Gestión Urbana Universidad Piloto de Colombia denominado comunicación y ciudad. palabras clave: producción cultural, prácticas culturales, ciudad</p>	<p>valoraciones patrimoniales: De la memoria nacional, a las imposiciones culturales Tipo de producto: Producción técnica - Presentación de trabajo - Ponencia (2014)</p>
<p>Llano, F. (2013) "Estimaciones patrimoniales: "De las memorias nacionales a las imposiciones culturales"" En: Colombia. 2013. Ignis (Revista Científica). ISSN: 2011-9070 p.98 - 108 v.5</p>	<p>Diálogos sobre la gestión Urbana: enseñanza de la gestión Urbana una aproximación a la enseñanza de la ciudad Tipo de evento: Encuentro Ámbito: Nacional Realizado el:2014-10-23, 2014-10-23 en Bogotá - Universidad Piloto de Colombia</p>	<p>Turismo literario en Bogotá: La Gruta simbólica, su simbolización espacial y el reconocimiento de los primeros espacios de encuentro en la ciudad. <i>Congreso Internacional de historia, museos y patrimonio</i> Congreso Ámbito: Internacional Realizado en SANTA MARTA - Quinta de San Pedro Alejandrino 2018</p>
<p>Cubillos Alvarado, V., & Andrés Llano, F. (2016). Tramas de café, urdimbres de ciudad. Los cafés como espacios del recuerdo en el ocaso de la Atenas suramericana. <i>Civilizar Ciencias De La Comunicación</i>, 2(2). Recuperado a partir de https://revistas.usergioarboleda.edu.co/index.php/Civilizarcomunicacion/articloe/view/493</p>	<p>diálogos sobre la gestión Urbana: ciudad y literatura Tipo de evento: Encuentro Ámbito: Nacional Realizado el:2014-05-30, 2014-05-30 en Bogotá - auditorio auxiliar Universidad Piloto de Colombia</p>	

Tabla de Contenido

Resumen.....	11
Resum	14
Abstract.....	17
Introducción	21
Objetivos.....	36
Estado del arte.	37
Identidad cultural, circuitos de legitimación y los cafés como espacio de la producción cultural	37
.....	38
1. La identidad cultural y sus circuitos de legitimación	48
2. Los cafés, las vanguardias y la modernidad literaria	120
3. Los Cafés en el espacio social y urbano bogotano	135
<i>Marco teórico:</i>	152
<i>Historia cultural de las prácticas en los cafés</i>	152
Una reflexión inicial sobre la construcción del objeto de estudio: De las versiones simplificadas del conocimiento social a sus relaciones con la legitimación cultural.	155
La construcción del objeto de estudio: los cafés como espacios de producción cultural	159
Historia Cultural y sus posibilidades de articulación con la sociología bourdiviana y los estudios culturales.....	168
Del concepto de espacio social y urbano a la historia de las prácticas culturales	173
Campo de la producción cultural: La producción del pasado y las estrategias culturales en las representaciones de la historia.....	181
La historia cultural de las prácticas y la Memoria cultural.....	186
Los estudios culturales y la memoria cultural	187
Una historia cultural de las prácticas en los cafés	191
<i>Marco metodológico:</i>	193
<i>La objetivación de las prácticas en los cafés</i>	193
Un antecedente obligatorio: La aparición tardía de los cafés en el espacio social y urbano bogotano	208
Espectros de café: apariencia cultural e inapariencia urbana en el siglo XIX	209
Expectativas económicas y frecuencias culturales: La tienda y la tertulia como antecedente del café bogotano	211
Un viaje alrededor de la sala: más que el salón, el interior de la vivienda como el antecedente más próximo del café bogotano.	221
Las guerras, el atraso económico y los cafés que no nacieron	228

La aparición de los primeros cafés: Entre las revoluciones sociales de medio siglo y unas nuevas expectativas comerciales	232
Los cafés como espacios de encuentro	248
Un viaje por las cercanías: la ciudad que no crece	252
Ante la escasez de espacios públicos, la prevalencia de la ciudad parroquial	257
Una modernidad en ladrillos: Proyecciones urbanas y la estructuración de una sociedad jerarquizada.....	263
La ambigüedad de los primeros cafés en el espacio social y urbano bogotano.....	279
La consolidación de un capital cultural dominante: la pulcritud lingüística	296
Los cafés como espacios de la producción cultural (1910-1938).....	322
Los cafés y el consumo de café	327
El auge de una industria y una nueva contradicción: Cafeteros sin hombres de café	328
Los cafés en medio de las innovaciones económicas sociales.....	336
Los cafés como espacios del recuerdo.....	365
Los cafés como lugares de encuentro: un intento por la activación de la memoria cultural episódica	367
Formas politizadas del recuerdo: la estructuración de un capital cultural dominante	378
La autoridad del recuerdo: la Academia Colombiana de Historia.....	382
La activación de la semántica asociativa y conectiva: el patrimonio y las celebraciones patrióticas como mecanismos simbólicos.....	383
Los medios simbólicos del recuerdo: los rituales, las celebraciones patrióticas y la inauguración de monumentos	386
El mito de la Atenas de Suramérica y la desactivación de los cafés como espacios de la producción cultural	390
Conclusiones.....	397
Referencias.....	406

Lista de ilustraciones

Ilustración 1. Café San Moritz. Ilustración Arquitecto Miguel Payán Aparicio.	20
Ilustración 2. Café Pasaje, inaugurado en 1936; es el último de los cafés bogotanos. Collage Arquitecto Miguel Payán Aparicio.	25
Ilustración 3. Tertulia bogotana. Diario el tiempo, 13 de junio de 1976.	38
Ilustración 4. Café La Romana. Ilustración Arquitecto Miguel Payán.	136
Ilustración 5. Café La Gran Vía. Ilustración Arquitecto Miguel Payán Aparicio.	147
Ilustración 6. Ricardo Rendón. Dibujo de J. Restrepo Rivera, Revista Pan, 1939.	208
Ilustración 7. Casa centro histórico de Bogotá. Ilustración Arquitecto Miguel Payan Aparicio.	212
Ilustración 8. Centro histórico Bogotá. Ilustración Arquitecto Miguel Payán Aparicio.	216
Ilustración 9. Conducción de muebles. Ramón Torres Méndez, litografía iluminada.	218
Ilustración 10. Centro histórico de Bogotá. Ilustración Arquitecto Miguel Payán Aparicio.	224
Ilustración 11. El bambuco. Ramón Torres Méndez, litografía iluminada, s.f.	225
Ilustración 12. Ilustración Miguel Payan Aparicio.	237
Ilustración 13. Ilustración Miguel Payan Aparicio.	241
Ilustración 14. Café La Botella de Oro, en la Plaza de Bolívar de Bogotá. Foto: Biblioteca Luís Ángel Arango.	248
Ilustración 15. Ilustración realizada por el arquitecto Miguel Payán Aparicio.	254
Ilustración 16. Papel Periódico Ilustrado 15 de febrero de 1882.	259
Ilustración 17. “La mantilla bogotana” de Coriolano Leudo Obando (Ca. 1917). Foto: ©Museo Nacional de Colombia / Juan Camilo Segura.	271
Ilustración 18. Ilustración realizada por el arquitecto Miguel Payán Aparicio.	272
Ilustración 19. Ilustración realizada por el arquitecto Miguel Payán Aparicio.	277
Ilustración 20. Ilustración realizada por el arquitecto Miguel Payán Aparicio.	290
Ilustración 21. Ilustración realizada por el arquitecto Miguel Payán Aparicio.	306
Ilustración 22. Revista Mundo al día 23 de enero 1926.	322
Ilustración 23. Fotografía de El Tiempo.	351
Ilustración 24. Café Antioquia. Fuente Meroteca Nacional.	360
Ilustración 25. Billares del Café Antioquía. Fuente Meroteca Nacional.	362

Lista de gráficos

Gráfica 1. Planteamiento del problema de investigación (elaboración propia).....	33
Gráfica 2. Propositiones para explicar el problema de investigación (Elaboración propia).	35
Gráfica 3. Construcción de antecedentes (elaboración propia).	40
Gráfica 4. Estado del arte bajo ejes conceptuales (elaboración propia).	41
Gráfica 5. Propuesta de desarrollo del capítulo de antecedentes (elaboración propia)	46
Gráfica 6. Campo de problemas para el rastreo de la identidad en los cafés (elaboración propia).....	49
Gráfica 7. Esquema de marco teórico (elaboración propia).	154
Gráfica 8. Modos de conocimiento de acuerdo a Bordieu (adaptación del libro "Crítica de la razón teórica" (Bordieu, 2007).	157
Gráfica 9. Razonamiento Bourdiviano (elaboración propia).....	160
Gráfica 10. Esquema explicativo, formulación marco teórico (elaboración propia).....	162
Gráfica 11. Los cafés como espacios de la producción cultural.....	164
Gráfica 12. Sistema conceptual (elaboración propia).....	166
Gráfica 13. Sistema conceptual de los cafésCafés como espacios de producción cultural (elaboración propia).....	168
Gráfica 14. Posibilidades interdisciplinarias (elaboración propia).....	177
Gráfica 15. Delimitación metodológica.....	195
Gráfica 16. Tensiones entre interpretaciones historicistas y la historia cultural.	196
Gráfica 17. Cruce entre técnicas y conceptos.....	202
Gráfica 18: Mapa de hipótesis (elaboración propia)	206
Gráfica 19. CafésCafés 1886. Mapa elaborado por la arquitecta Diana Fernández.....	244
Gráfica 20. Cafés 1881 - 1894. Mapa elaborado por la arquitecta Diana Fernández.....	286
Gráfica 21. Café la Botella de Oro.	303
Gráfica 22. Número de anuncios nuevos en medios impresos (1880-1930).....	340
Gráfica 23. Relación importado-Nacional en anuncios nuevos en medios impresos (1880- 1930).....	341
Gráfica 24. Relación Producto-Servicio en enuncios medios impresos (1880-1930).....	342
Gráfica 25. CafésCafés 1904 - 1908. Mapa elaborado por la arquitecta Diana Fernández	346
Gráfica 26. Cafés 1911 - 1917. Mapa elaborado por la arquitecta Diana Fernández.....	347
Gráfica 27. Diagrama Grupos Literarios. (Elaboración propia).....	348
Gráfica 28. Sentido de las diferencias.	349
Gráfica 29. Café Windsor.	352
Gráfica 30. Análisis de La Gruta Simbólica y Los Centenaristas. (Elaboración propia)...	353
Gráfica 31. Cafés 1923 - 1928. Mapa elaborado por la arquitecta Diana Fernández.....	356
Gráfica 32. Relación de CafésCafés con sus asiduos. (Elaboración propia).....	357
Gráfica 33. Cafés - Escenarios de producción cultural.	359
Gráfica 34.Cafés 1930 - 1933. Mapa elaborado por la arquitecta Diana Fernández.....	361

Gráfica 35. Relación de La Gruta Simbólica y Los Centenaristas. (Elaboración propia) ..	370
Gráfica 36. Grupos literarios (elaboración propia).....	371
Gráfica 37. "Lo que determinó el nacimiento de la Gruta Simbolica fue la guerra"	372
Gráfica 38. Análisis de contenido.....	373
Gráfica 39. El escritor en Colombia.	376
Gráfica 40. Campo de la producción cultural.	380
Gráfica 41. Recuerdos. (Elaboración propia)	393
Gráfica 42. Producción cultural.....	395

Lista de tablas

Tabla 1. Sitios públicos que permitían diversión (1867-1900). (Mejía, 1985)	256
Tabla 2. Primeros cafés en el espacio urbano Bogotano.	280
Tabla 3. Relación de los almacenes de 1869 a 1910.	343

Resumen

El estudio de los cafés como espacios de intercambio cultural y como lugares de la modernidad literaria pueden arrastrar consigo historias de tertulias y encuentros literarios, incluso, de vanguardias definidas bajo movimientos culturales que desafiaron la tradición e impusieron unas formas renovadas de la cultura. En los encuentros de habituales en estos cafés históricos, pueden recogerse esas imágenes perdidas de la producción cultural y las diversas tensiones alrededor de la construcción de la identidad cultural, sobre todo en el caso de los cafés europeos. En el caso de los cafés bogotanos se hace mucho más difusa esta experiencia cultural, debido en parte a una serie de contradicciones económicas, sociales y culturales que permitieron una emergencia tardía de los cafés en el espacio social y urbano bogotano. En este trabajo se insiste en que estas condiciones materiales, que hacen parte de las mismas condiciones de producción de un fenómeno tan particular como los cafés, no pueden ser desconocidas.

Además de estas explicaciones de tipo estructural, el estudio de los cafés bogotanos no puede desconocer las estructuraciones simbólicas y míticas de relatos fundacionales. El rastreo sobre la aparición de los cafés en el cambio de siglo XIX al XX se topó con uno de los grandes mitos lingüísticos de América Latina: Bogotá como la Atenas de América del Sur. Lo anterior supuso un acercamiento detallado a los procesos de construcción de repertorios lingüísticos, legitimación cultural y revalidación de fuentes primarias para lograr aclarar, a propósito de los cafés, este inacabado proceso de modernización cultural en un país como Colombia¹. Con la relación que se estableció entre la aparición de los cafés y la estructuración del mito de la Atenas Suramericana a propósito de un capital cultural asociado a la pulcritud lingüística y al uso correcto de lenguaje, se esperaba una democratización cultural sin precedentes. Sin embargo, esta aparente asimilación de los cafés como espacios

¹ Aunque historiadores colombianos como Jorge Orlando Melo han planteado que los estudios sobre modernización cultural son escasos y propone unas dimensiones para su estudio como el desarrollo masivo de un sistema escolar, la aparición de un mercado cultural, la creación de una práctica científica y el dominio de una cultura laica (*cfr.* Melo (2002) *algunas consideraciones globales sobre modernidad y modernización en Colombia el despertar a la modernidad*, ediciones foro nacional por Colombia), es importante tener en cuenta que el cambio de siglo constituye uno de los referentes relevantes de cambio de las prácticas culturales en nuestro país. El análisis de los cafés a propósito del tema de modernización cultural se constituye en un tema relevante para explicar las complejidades de un proyecto cultural como el colombiano.

para la discusión y el intercambio de ideas, asociados desde algunos estudios con la participación de grupos literarios en la vida pública y la creación de vanguardias literarias en nuestro país, deja entrever que esas versiones de un pasado literario se han entremezclado con las mismas estructuraciones de un mito cultural fuertemente arraigado en la memoria cultural bogotana. Aunque no se puede desconocer que la promoción de estos espacios ha estado vinculada al desarrollo de la prensa y a un papel protagónico del periodista en la vida social y pública de la ciudad, son muchas más las razones que explicarían la ambigüedad de los cafés bogotanos. Estos espacios emparentados con dinámicas culturales particulares como la visita santafereña, la práctica de la conversación en el altozano de la catedral, la dinámica de los mercados y las chicherías y algunos intercambios literarios que dieron pie a la constitución de algunos grupos literarios, se distanciaron por mucho, de un verdadero clima propicio para la modernidad literaria o para las modernidades².

En cambio, estos espacios que en un comienzo fueron una proyección de las antiguas tertulias realizadas en las tiendas de comercio de la antigua calle del comercio, hoy Carrera Séptima en Bogotá, e incluso también como proyección de las chicherías de la ciudad, requirieron ser interrogados desde otras perspectivas diferentes de la historiografía tradicional y oficial para responder a las condiciones de producción de un fenómeno tan particular como los cafés bogotanos. En este sentido se propuso un marco teórico que involucró un enfoque de historia cultural bajo la articulación epistemológica de conceptos como campo de la producción cultural, espacio social y urbano, habitus, capital cultural y simbólico y memoria cultural

Con estos referentes conceptuales y metodológicos se realizó la interrogación y el rastreo empírico sobre dichos espacios de sociabilidad y de intercambio cultural. Desde un enfoque de historia cultural articulado con algunos conceptos de la sociología de Pierre Bourdieu y un complemento desde los estudios culturales que pudiera dar cuenta en el tiempo de esas resistencias culturales se buscó una conceptualización que permitiera rastrear estas estructuraciones simbólicas. En efecto, estas formas de capital cultural que tomaron forma

² Tal como advierte Peter Gay (2007), desde mediados del siglo XIX y durante todo el siglo XX la palabra “moderno” se ha aplicado a las innovaciones de todos los ámbitos, a cualquier objeto que presentase un ápice de originalidad. No es de extrañar, por tanto, que los historiadores culturales, intimidados por el caótico panorama cambiante que intentan ordenar retrospectivamente, hayan recurrido a un prudente plural: “modernidades” (p23).

mítica desde el uso correcto del lenguaje, fueron rastreados a propósito de los mecanismos argumentativos ofrecidos por el concepto de memoria cultural propuesto por Aleida y Jan Assman.

En este sentido, un aspecto central que se atravesó en medio de estos debates económicos, políticos y urbanos en los cuales aparecieron y se consolidaron los cafés, fue el tema del modelo cultural que debía adoptar el país. Bajo diferentes influencias extranjeras, sobre todo provenientes de Inglaterra y Francia, los patrones culturales arraigados en las tradicionales formas hidalgas, entraron en tensión por la imposición de una visión y división del mundo social en el orden de las prácticas y su proyección material y simbólica en el espacio social y urbano bogotano. En el plano de las resistencias culturales y los rituales dispuestos alrededor del patriota, el prócer y los diferentes héroes nacionales, incluidos los letrados, se inauguraron estatuas, monumentos y diferentes dispositivos del recuerdo que desactivaron la posibilidad de fortalecimiento de los cafés como espacios de apertura pública. Los cafés bogotanos quedaron en este limbo cultural en la forma de espacios del recuerdo al quedar anulada toda posibilidad de democratización cultural bajo mecanismos simbólicos como la nostalgia y el refuerzo moral y patriótico de un mito eficiente para aplazar la modernización cultural en Colombia como el mito de Bogotá como la Atenas Suramericana.

Resum

L'estudi dels cafès com a espais d'intercanvi cultural i com a llocs de la modernitat literària poden arrossegar amb si històries de tertúlies i trobades literàries, fins i tot, d'avantguardes definides sota moviments culturals que van desafiar la tradició i van imposar unes formes renovades de la cultura. En les trobades d'habituals en aquests cafès històrics, poden recollir-se aquestes imatges perdudes de la producció cultural i les diverses tensions al voltant de la construcció de la identitat cultural, sobretot en el cas dels cafès europeus. En el cas dels cafès de Bogotà es fa molt més difusa aquesta experiència cultural, degut en part a una sèrie de contradiccions econòmiques, socials i culturals que van permetre una emergència tardana dels cafès en l'espai social i urbà de Bogotà. En aquest treball s'insisteix que aquestes condicions materials, que fan part de les mateixes condicions de producció d'un fenomen tan particular com els cafès, no poden ser desconegudes.

A més d'aquestes explicacions de tipus estructural, l'estudi dels cafès de Bogotà no pot desconèixer les estructuracions simbòliques i mítiques de relats fundacionals. El rastreig sobre l'aparició dels cafès en el canvi de segle XIX al XX va topar amb un dels grans mites lingüístics d'Amèrica Llatina: Bogotà com l'Atenes d'Amèrica del Sud. L'anterior va suposar un acostament detallat als processos de construcció de repertoris lingüístics, legitimació cultural i revalidació de fonts primàries per aconseguir aclarir, a propòsit dels cafès, aquest inacabat procés de modernització cultural en un país com Colòmbia. Amb la relació que es va establir entre l'aparició dels cafès i l'estructuració del mite de l'Atenes Sud-americana a propòsit d'un capital cultural associat a la pulcritud lingüística i l'ús correcte de llenguatge, s'esperava una democratització cultural sense precedents. No obstant això, aquesta aparent assimilació dels cafès com a espais per a la discussió i l'intercanvi d'idees, associats des d'alguns estudis amb la participació de grups literaris en la vida pública i la creació d'avantguardes literàries a casa nostra, deixa entreveure que aquestes versions de un passat literari s'han entremesclat amb les mateixes estructuracions d'un mite cultural fortament arrelat en la memòria cultural de Bogotà. Tot i que no es pot desconèixer que la promoció d'aquests espais ha estat vinculada al desenvolupament de la premsa i a un paper protagonista del periodista en la vida social i pública de la ciutat, són moltes més les raons que explicarien l'ambigüitat dels cafès de Bogotà. Aquests espais emparentats amb dinàmiques culturals

particulars com la visita santaferña, la pràctica de la conversa al turó de la catedral, la dinàmica dels mercats i les chicherías i alguns intercanvis literaris que van donar peu a la constitució d'alguns grups literaris, es van distanciar per molt, d'un veritable clima propici per a la modernitat literària o per a les modernitats.

En canvi, aquests espais que en un començament van ser una projecció de les antigues tertúlies realitzades a les botigues de comerç de l'antic carrer del comerç, avui Carrera Setena a Bogotà, i fins i tot també com a projecció de les chicherías de la ciutat, van requerir ser interrogats des d'altres perspectives diferents de la historiografia tradicional i oficial per respondre a les condicions de producció d'un fenomen tan particular com els cafès de Bogotà. En aquest sentit es va proposar un marc teòric que va involucrar un enfocament d'història cultural sota l'articulació epistemològica de conceptes com camp de la producció cultural, espai social i urbà, habitus, capital cultural i simbòlic i memòria cultural

Amb aquests referents conceptuals i metodològics es va realitzar la interrogació i el rastreig empíric sobre aquests espais de sociabilitat i d'intercanvi cultural. Des d'un enfocament d'història cultural articulat amb alguns conceptes de la sociologia de Pierre Bourdieu i un complement des dels estudis culturals que pogués donar compte en el temps d'aquestes resistències culturals es va buscar una conceptualització que permetés rastrejar aquestes estructuracions simbòliques. En efecte, aquestes formes de capital cultural que van prendre forma mítica des de l'ús correcte del llenguatge, van ser rastrejats a propòsit dels mecanismes argumentatius oferts pel concepte de memòria cultural proposat per Aleida i Jan Assmann. En aquest sentit un aspecte central que es va travessar enmig d'aquests debats econòmics, polítics i urbans en els quals van aparèixer i es van consolidar els cafès, va ser el tema del model cultural que havia d'adoptar el país. Sota diferents influències estrangeres, sobretot provinents d'Anglaterra i França, els patrons culturals arrelats en les tradicionals formes d'hidalgos, van entrar en tensió per la imposició d'una visió i divisió del món social en l'ordre de les pràctiques i la seva projecció material i simbòlica en l'espai social i urbà de Bogotà. En el pla de les resistències culturals i els rituals disposats al voltant del patriota, el pròcer i els diferents herois nacionals, inclosos els lletrats, es van inaugurar estàtues, monuments i diferents dispositius del record que van desactivar la possibilitat d'enfortiment dels cafès com

a espais d'obertura pública. Els cafès de Bogotà van quedar en aquest llimbs cultural en la forma d'espais del record en quedar anul·lada tota possibilitat de democratització cultural sota mecanismes simbòlics com la nostàlgia i el reforç moral i patriòtic d'un mite eficient per ajornar la modernització cultural a Colòmbia com el mite de Bogotà com l'Atenes Sud-americana.

Abstract

The study of cafes as spaces of cultural exchange and places of literary modernity can bring with them stories of gatherings and literary encounters, including vanguards defined under cultural movements that defied tradition and imposed renewed forms of culture. In the encounters of regulars in these historic cafes, one can find these lost images of cultural production and the diverse tensions surrounding the construction of cultural identity, especially in the case of European cafes. In the case of cafes in Bogota, this cultural experience is much more diffuse, due in part to a series of economic, social, and cultural contradictions that allowed for a late emergence of cafes in Bogota's social and urban spaces. This work insists that these material conditions, which are part of the same production conditions within the particular phenomenon of cafes, cannot be ignored.

In addition to these structural-type explanations, the study of cafes in Bogota cannot ignore the symbolic and mythical structuring of foundational stories. The tracking of the appearance of coffee in the turn of the nineteenth to twentieth century, was met with one of the great linguistic myths of Latin America: Bogota as the Athens of South America. This linguistic myth involved a detailed approach to the process of the construction of linguistic repertoires, cultural legitimation and revalidation of primary sources to achieve clarity, with regard to cafes, to the unfinished process of modernization in a country like Colombia³. With the relationship established between the appearance of coffee shops and the structuralization of the myth of a South American Athens, and with regard to a cultural capital associated with linguistic intelligence and the correct use of language, an unprecedented cultural democratization was expected. However, this apparent assimilation of cafes as spaces for discussion and the exchange of ideas, with association from some studies on the participation of literary groups in public life and the creation of literary vanguards in our country, suggests that these versions of a literary past have been intermingled with the same structuring of a cultural myth, strongly rooted in Bogota's cultural memory. Although it cannot be ignored that the promotion of these spaces has been linked to the development of the press and to the

³Although Colombian historians, such as Jorge Orlando Melo, have argued that studies on cultural modernization are scarce and propose dimensions for their study, such as the massive development of a school system, the emergence of a cultural market, the creation of a scientific practice and the mastery of a secular culture, (see Melo (2002) *Global considerations on modernity and modernization in: Colombia the awakening to modernity, national forum edictions in Colombia*,) it is important to keep in mind that the turn of the century constitutes one of the relevant references of change of cultural practices in our country. The analysis of cafes with regard to the theme of cultural modernization is considered a relevant topic to explain the complexities of a cultural project such as that of Colombia.

leading role of the journalist in social and public life of the city, there are many more reasons that could explain the ambiguity of coffee shops in Bogota. These spaces related to particular cultural dynamics, such as the Santa Fe visit, the practice of the conversation on the hill of the cathedral, the dynamic of markets and chicherias and some literary exchanges that gave rise to the constitution of some literary groups, distanced themselves by much, of a true auspicious climate for literary modernity or modernities⁴.

On the other hand, these spaces that initially were a projection of the old gatherings held in commercial shops located on the old commerce street, known today as the ‘Septima’ (or 7th street), as well as a projection of the city’s chicherias, which were required to be interrogated from perspectives different from the traditional and official historiography in order to respond to the conditions of the production of a particular phenomenon of cafes in Bogota. In this sense, a theoretical framework was proposed that involved a cultural historical approach under the epistemological articulation of concepts such as the field of cultural production, social and urban space, habitus, cultural and symbolic capital and cultural memory. With these relevant concepts and methodologies, the interrogation and empirical tracing of said spaces of sociability and cultural exchange was carried out. From a focus on cultural history linked with a few of Peirre Bourdieu’s sociological concepts and a complement of cultural studies that could provide insight in the time of those cultural resistances, a conceptualization was sought that allowed the tracing of these symbolic structures. Indeed, these forms of cultural capital that took mythical form from the correct use of language, were traced by the argumentative mechanisms offered by the concept of cultural memory proposed by Aleida and Jan Assman.

In this sense, a central aspect that was crossed in the midst of these economic, political and urban debates, in which cafes appeared and were consolidated, was the theme of the cultural model that the country should adopt. Under different foreign influences, especially from England and France, the cultural patterns rooted in the tradition noble forms, came under strain by the imposition of a vision and division of the social world in the order of practices and their material and symbolic projection in the social and urban spaces of Bogota.

⁴As Peter Gay (2007) warns, since the middle of the nineteenth century and during the whole of the twentieth century, the word “modern” has been applied to the innovations in all areas, to any object that presented an apex of originality. It is not surprising, therefore, that cultural historians, intimidated by the chaotic panorama of change that they attempt to order retrospectively, have resorted to a prudent, plural: “modernities” (p23).

In terms of cultural resistance around patriotic national heroes including intellectuals--statues, monuments and memorials were inaugurated that deactivated the possibility of strengthening cafes as public spaces. The cafes in Bogota stayed in this cultural limbo in the form of spaces of remembrance, nullifying any possibility of cultural democratization under symbolic mechanisms, such as nostalgia, and the moral and patriotic reinforcement of an efficient myth to postpone cultural modernization in Colombia as the myth of Bogota as the Athens of South America.

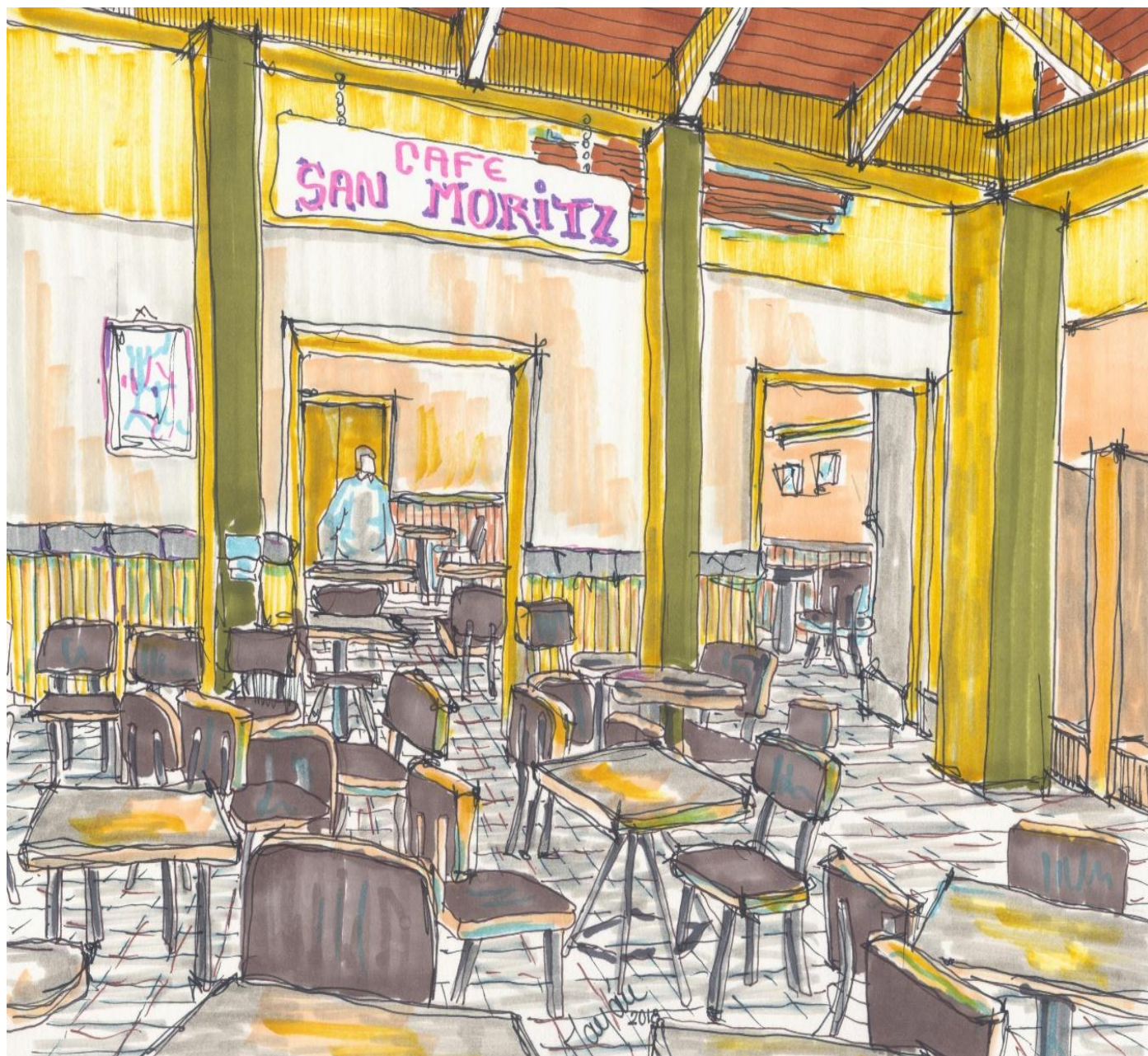


Ilustración 1. Café San Moritz. Ilustración Arquitecto Miguel Payán Aparicio.

Introducción

El 11 de septiembre de 2017, como fecha premonitória del desastre, cerró las puertas uno de los cafés más emblemáticos con los que contaba la ciudad de Bogotá. La Alcaldía de la localidad de Santa Fe canceló la actividad comercial del *Café bar San Moritz*, por considerar que el inmueble no contaba con las condiciones mínimas de seguridad. Como una ruina petrificada, el café sobrevivió por más de ochenta años, resguardando un mobiliario de los años cuarenta que sirvió de escenario para el rodaje de varias películas y series televisivas. Los recuerdos asociados a este espacio de intercambio de experiencias, frecuentado sobre todo por pensionados octogenarios sin un lugar en la ciudad y algunos jóvenes que sentían un apego especial por un viejo café, quedaran consignados en el cine con películas como *Pickpockets*, *Roa*, y series televisivas como *Betty la fea* y uno que otro documental.

El Palacio de la Arruga como lo denominaban algunos adultos mayores que frecuentaban el lugar, quedará en ese umbral de la memoria cultural bogotana en forma de recuerdo y de nostalgia de unos habituales, que en realidad poco pudieron hacer para evitar su cierre. Como un espacio del recuerdo, este café desaparecido del entramado urbano bogotano quedará como una huella en la memoria cultural bogotana, pero también como pérdida cultural importante de cohesión social y simbólica de un bien cultural no reconocido por las agencias culturales más importantes de la ciudad. Pese a las resistencias de la ciudadanía para conservar este espacio de encuentro e intercambio de experiencias, su cierre fue inminente. Más allá de las razones de la clausura de este mítico café bogotano, asociadas a su mantenimiento y a unas condiciones de funcionamiento precarias, la pregunta que aparece es ¿por qué tanta indiferencia con un espacio cultural de tamaño envergadura? ¿Por qué el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural no apoyó el mantenimiento y el funcionamiento de este espacio tan importante para la ciudad?

Sin unas políticas claras para intervenir los “negocios privados” el tema del patrimonio de la ciudad queda resuelto como un patrimonio privado. Ahora como café de la nostalgia, el Café San Moritz, se suma a muchos otros cafés que hicieron parte de la historia de Bogotá y de los cuales pocos recuerdos perviven en el presente. Frente a estos espacios del recuerdo, aparece la nueva cultura del café asociada al barismo y a las diferentes formas

de preparación de café de origen. Con la incorporación de métodos y procedimientos que le da a la preparación del café una connotación de espectáculo, poco a poco ha venido desplazando los sentidos y significados de un espacio de creación y producción estética como el café concebido como espacio de la producción cultural. Si a lo mejor café se escribiera con mayúscula, la diferencia lingüística pudiera darle otra connotación, otro sentido mucho más ligado a la academia y las posibilidades de la producción cultural. Al escribir Café con mayúscula, inmediatamente se evoca a la institución social que ha representado el café desde sus orígenes en el siglo XVII. También se involucra las posibilidades de un espacio formativo que, sin regulaciones, permitía una enseñanza libre y una democratización de la cultura. Vale la pena aclarar que, como espacio formativo alternativo a la academia y a la universidad, el café bogotano brindó una formación alterna de muchos escritores colombianos, entre ellos Gabriel García Márquez.

Más importante que una mirada nostálgica del café, ya sea como espacio cultural, como institución o como espacio del recuerdo, se requiere una intención más decidida de la reconstrucción de las condiciones de aparición de los cafés en un escenario social y urbano como el bogotano. Objetivar el café bogotano permite *en-tender* la importancia de su permanencia al desvelar las condiciones sociales que lo hicieron posible para justificar su existencia y tener la posibilidad de poner en valor su significado patrimonial. *Tender* un puente entre el pasado que permanece presente y las actuales dinámicas de patrimonialización en el país, supone comprender y justificar la existencia de los cafés desde un punto de vista que involucre las luchas, las contradicciones y los elementos estructurales que históricamente han estado presentes en la naturaleza de los cafés bogotanos.

El estudio de los cafés, particularmente el café bogotano supone una apertura interdisciplinaria en la construcción de puentes entre formas de hacer historia, sus dimensiones socioculturales y el problema de la memoria. Ahora bien, en un espacio social como el bogotano, los cafés se convierten en un atractivo centro de discusión sobre los modos de representación moderna bajo la supervivencia de antiguas formas tradicionales de comprensión cultural. En estas tensiones y confluencias históricas, económicas, sociales, culturales y políticas, las cuestiones relativas a la producción de la historia, los cuestionamientos por la necesidad de promover una memoria nacional y las paradojas de la

construcción de una identidad que buscaba cobijar a la ciudadanía bajo los ideales de la civilización y el progreso de las naciones, resultan cuestiones relevantes para abordar desde la línea de investigación del doctorado en Ciencias Humanas del Patrimonio y de la Cultura *Historia, Memoria, Identidades*, los problemas relativos a los cafés como espacios de producción cultural, que valga enfatizar, se ubicaron en el centro de esta coyuntura del cambio del siglo XIX y el XIX.

Más allá de la comprensión de unos consumos culturales alrededor de esta emblemática bebida, el presente estudio se interesó por las condiciones estructurales y simbólicas que acompañaron la aparición de los cafés. Al privilegiarse las condiciones de producción de la ciudad y sus espacios, las dinámicas culturales y sociales asociadas a los cafés bogotanos adquirieron protagonismo para la objetivación de un fenómeno social tan particular como el café bogotano. Desde su aparición a finales del siglo XIX, se confundieron con las tiendas y las chicherías bogotanas. Con el cambio de siglo, particularmente después de la primera década del siglo XX, se consolidaron como espacios de la producción cultural. En este sentido, este estudio sobre los cafés bogotanos fue pertinente en cuanto involucró un escenario cultural importante para la ciudad y porque permitió reconocer unos repertorios específicos que hicieron parte de la memoria cultural bogotana.

Este reconocimiento permite abrir la discusión sobre las posibilidades de patrimonialización de unos espacios que, aparentemente siendo privados, constituyen unas formas culturales que hacen parte de un pasado vivo de la ciudad. La pregunta de si los cafés son o deben ser considerados dentro de las opciones clásicas de patrimonio cultural, permite pensar en considerar el tema de los patrimonios que ya no están. En efecto, como lugares y tradiciones desaparecidas, los cafés bogotanos presentan la dificultad de no tener un referente espacial que hace mucho más complejo su apropiación. Más imaginado que recorrido, el café bogotano se constituye en una lección aprendida, sobre la identidad bogotana. En este sentido ¿qué hacer con los cafés que ya no están?, ¿de qué manera se pueden poner en valor?, ¿por qué valorarlos? y ¿por qué comprenderlos?

Frente a la posibilidad de olvidarlos y enterrarlos en la memoria cultural, los cafés de antaño, los cafés literarios y esos viejos espacios de la nostalgia, quedarán entre los gustos y los disgustos de personajes extravagantes y estrafalarios que se salen de las modas y prefieren

escoger lo retro como alternativa. Como nuevos nichos del mercado y del turismo, los antiguos cafés de la ciudad estarán dispuestos para recorridos y circuitos culturales bajo la guía interpretativa de la anécdota y la reducción cultural del café y los hombres y mujeres de café a un dato sin mayor importancia. ¿Será la nostalgia el mejor recurso mnemónico para no olvidar y mantener esa experiencia de los cafés alejada en el tiempo?, ¿cuáles son los aprendizajes que se pueden rescatar de esa experiencia perdida que ha significado el café bogotano?

La investigación propuesta para optar al título de Doctor en Ciencias Humanas del Patrimonio y de la Cultura de la Universidad de Girona, concretó en el estudio de los cafés bogotanos esa preocupación por entender las relaciones, las dislocaciones y las tensiones culturales que se presentaron en el espacio social y urbano bogotano entre finales del siglo XIX y las tres primeras décadas del XX. A partir de estas tensiones y contradicciones en las cuales surgieron los cafés, fue frecuente la mención a los procesos de construcción de los diferentes patrimonios con los cuales se intentaba afianzar una identidad Cultural. Bajo la influencia de los cafés de Europa y algunos países de América Latina, los cafés bogotanos aparecieron bajo un entusiasmo desmedido sobre los beneficios de la modernidad. Sin embargo, con respecto a los cafés, este entusiasmo modernizante no logró materializarse como una de las apuestas clave de la elite bogotana. Un aspecto que generalmente no se tiene en cuenta en los estudios sobre la historia social y cultural bogotana, es un punto de quiebre lo suficientemente evidente para desconocerlo. Se trata de las persistencias culturales y las ambigüedades políticas y económicas, en relación con unos referentes de identidad, que, convertidos en referentes de lucha por la legitimidad cultural, van y vienen alrededor de proyectos culturales difíciles de concretarse.

Por ejemplo, las resistencias culturales a la modernidad liberal y una defensa a ultranza de unos valores tradicionales que representaban un modo de vida hispánico bajo el predominio de un modelo colonial, provocaron unas tensiones que se proyectaron, por supuesto, a los nuevos escenarios de sociabilidad y encuentro. Al convivir con escenarios coloniales y formas tradicionales de conservación de la cultura, los nuevos lugares para la sociabilidad, a saber, clubes, salones, hoteles y cafés se abrieron paso dentro de la fisionomía

colonial para buscar imponer unos sentidos de lo moderno que, basados en una civilización de la palabra, no lograron afirmarse como espacios de la modernidad⁵.

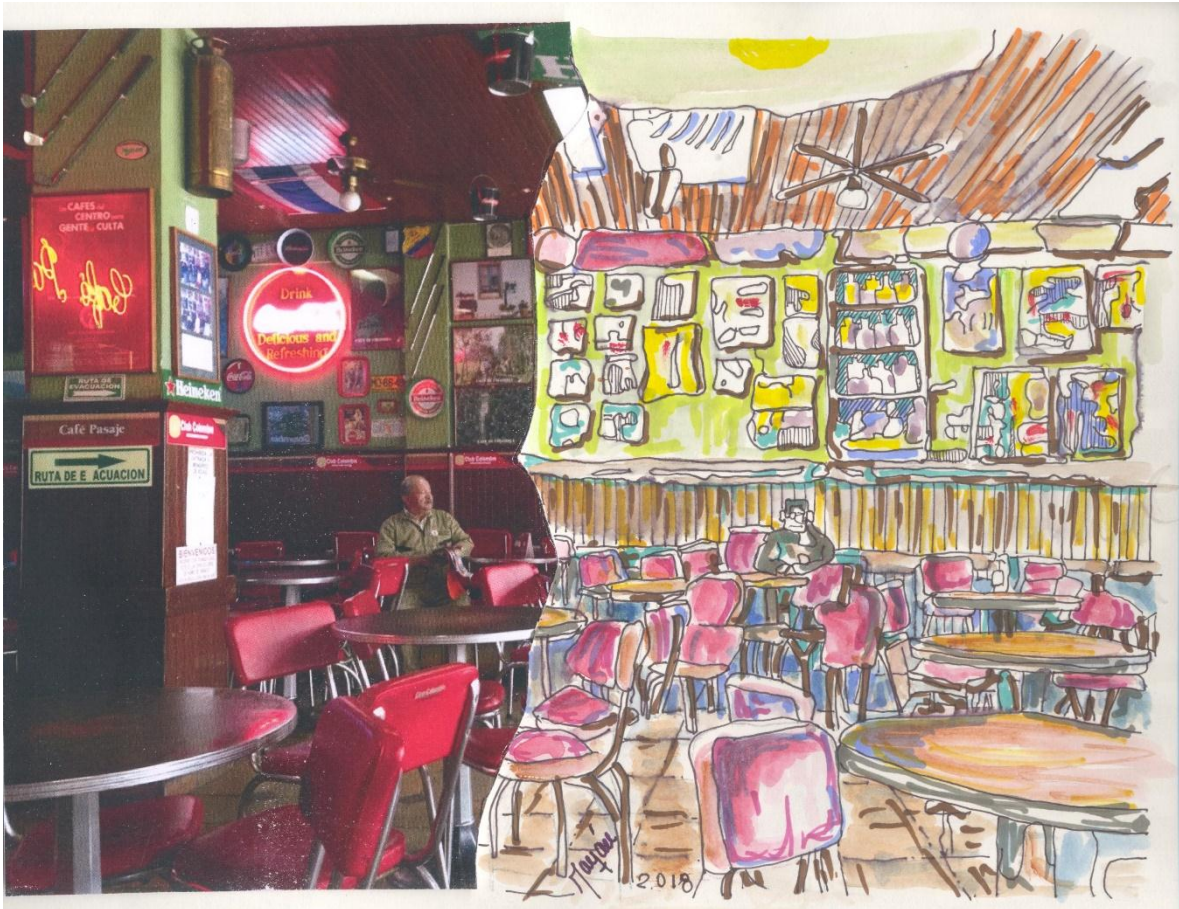


Ilustración 2. Café Pasaje, inaugurado en 1936; es el último de los cafés bogotanos. Collage Arquitecto Miguel Payán Aparicio.

Romper con el orden colonial y buscar la modernización y el modernismo cultural resultó un complejo proyecto compartido por diferentes facciones políticas que se debatían en torno a la legitimación de una identidad cultural, un proyecto de ciudad y un deseo conjunto de modernidad. Vale la pena aclarar que este proceso de configuración de la identidad cultural se afianzó, desde sus modos más tradicionales, con elementos

⁵ Según Monterde (2007) los cafés en Europa se convirtieron en espacios de la modernidad literaria, en unos espacios propensos a la existencia y opinión pública, por tanto, se constituyeron en un punto clave en los procesos de secularización. Tal cual como estaba ocurriendo en Europa, la elite bogotana, que había visitado diferentes partes de Europa, esperaban una vuelta de tuerca en la dinámica cultural de una ciudad como Bogotá. Con estos espacios modernos y unas ideas democráticas de la cultura, se esperaba una secularización de la sociedad. Este debate entre lo antiguo y lo moderno, que desde el siglo XVIII se venía presentando en Francia con el posicionamiento de una ética ligada a los valores laicos y el desarrollo de la ciencia que logró dimensionar al hombre como sujeto de la historia, se esperaba un deslinde con los valores y la simbolización cristiana en la subjetividad del hombre antiguo.

característicos que permitían una conexión con el pasado español como la erudición, la conservación de las formas clásicas del lenguaje y con una relación estrecha con el uso correcto del lenguaje bajo un proyecto político denominado “*la regeneración*”.

Lo interesante de este periodo denominado por la historiografía colombiana como la época de la regeneración y la República conservadora, no solo se reduce al estudio de los gramáticos y filólogos en el poder. Este interés se dirige precisamente al estudio de los cafés en el espacio social y urbano bogotano para asumir las contradicciones económicas, sociales y culturales, incluidas la creciente preocupación y respeto por las formas correctas del idioma. Esta relación entre la preocupación por la regulación lingüística y unas representaciones modernas y de vanguardia, como los cafés se proyecta como un espacio intermedio donde se entremezclan diferentes problemáticas asociadas a la definición de una identidad cultural bogotana.

Sin desconocer el papel que cumpliera el uso correcto del lenguaje en el proyecto cultural asociado a la regeneración, resulta importante entablar relaciones con la aparición de estos espacios que inicialmente fueron de encuentro para convertirse en espacios de la producción culturalcafés. La relación de los cafés con prácticas culturales tan arrigadas en el universo social bogotano como el uso correcto del lenguaje y su relación con la política, permite comprender la complejidad del fenómeno estudiado. Según Malcom Deas (1993) diferentes escritores, novelistas y poetas ejercieron la política en cargos como congresistas, ministros y hasta presidentes de la República desde finales del siglo XIX hasta la tercera década del siglo XX. Bajo esta realidad cultural, se podría haber esperado que la promoción de cafés literarios y una creciente democratización de la cultura se fomentaran por la prominencia de gramáticos y filólogos en la vida política del país. Sin embargo, esta influencia solo se hizo evidente en estos cargos políticos en la regulación de la vida social bajo la producción lingüística de diccionarios y obras asociadas con el lenguaje, donde se postulan como los más aceptados y representativos a Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro.

¿Qué paso entonces con la vida cultural en este espacio social y urbano bogotano?, ¿cuáles fueron las razones para que no se promovieran decididamente a los cafés como espacios de la producción cultural?, ¿por qué los cafés aparecen en el espacio social y urbano bogotano casi dos siglos después de haberse consolidado en Europa?, ¿estos cafés que aparecieron a finales del siglo XIX realmente, se relacionaron con una modernidad literaria?, ¿por qué resulta importante preguntarse sobre una dinámica cultural que afectó a una ciudad del pasado?, ¿qué pasó con los cafés en la ciudad?, ¿por qué poco a poco han desaparecido de la vida urbana?, ¿aún perviven recuerdos sobre ellos?, ¿de qué manera el uso correcto del lenguaje se relacionó con la aparición de los primeros cafés en Bogotá?, ¿por qué esa práctica lingüística no promovió y mantuvo escenarios dedicados a la producción cultural como los cafés? Si bien, las respuestas a estas preguntas requieren de unos referentes conceptuales para objetivar estas situaciones problemáticas, la intención de estudiar un fenómeno social y cultural poco analizado en el país, concretamente los cafés, demanda una rehistorización para comprender sobre unas intencionalidades particulares las implicaciones políticas, urbanas, económicas y culturales de la aparición y el apogeo de los cafés en el espacio social y urbano bogotano.

En este sentido, indagar en las representaciones del pasado estas formas de estructuración social y las tensiones individuales y sociales de un espacio que se debate entre lo público y lo privado, en este caso los cafés, resulta una iniciativa que permitirá comprender desde el pasado por qué poco a poco fueron desapareciendo estos lugares del espacio urbano y de qué manera estos hombres de café fueron desactivados del escenario social y cultural. Si a estas dudas se suman las contradicciones culturales en la definición de una identidad bogotana, se podrá comprender desde estas representaciones del pasado, cómo la vida de esa escritura al interior de la ciudad que se produce en el café, paulatinamente da paso a una cultura del café ligada al espectáculo del barismo y a las técnicas de preparación. Sin unas referencias claras, sobre el origen y el posicionamiento de los cafés desde finales del siglo XIX, tampoco se entenderá la distancia de casi dos siglos de los cafés europeos frente a los cafés bogotanos.

En tal sentido, la temporalidad a estudiar no puede reducirse a los análisis de algunos años, sino que la intención y la magnitud del estudio requieren abarcar varias décadas que encarnan la hegemonía conservadora y la consolidación de un mito cultural que, como historia sagrada, afectó la consolidación de los cafés bogotanos. En efecto, todas estas intencionalidades abren la puerta a desentrañar un mito que ha prosperado en el país y que se ha proyectado en diferentes territorios de América Latina. Se trata del imaginario que en Colombia se habla el mejor castellano, y que Bogotá es la Atenas de Suramérica. De entrada, es importante comprender que esta idea del mito de la Atenas Suramericana, se remonta a una gran tradición de gramáticos, filólogos y eruditos que se preocuparon por mantener las formas tradicionales del lenguaje en una época de grandes cambios económicos, sociales y culturales (Llano, 2012). El interés de los colombianos por el lenguaje ha sido objeto de múltiples valoraciones que proceden desde diferentes instancias académicas, hasta las nuevas dinámicas proporcionadas por los medios masivos de comunicación⁶.

No obstante, ante un pasado lejano y una historia primordial que renueva constantemente la idea de Bogotá como la Atenas de Suramérica cabe preguntarse si en realidad en esta ciudad de los tiempos míticos se hablaba el mejor castellano y de qué manera esa situación afectó el nacimiento y el posicionamiento del café bogotano. Más allá de referencias a las gestas de hombres sobrenaturales con poderes casi que sagrados, como los letrados, sería necesario rehistorizar dicho periodo con el propósito de comprender su relación con los procesos de identidad cultural y su relación con los cafés bogotanos.

Poner en tensión “esa historia verdadera” a propósito de la aparición y estructuración del café bogotano, permite desestructurar y superar una historia sacralizada que reclama constantemente el origen de esos tiempos fabulosos de la cultura colombiana. Esa es la verdadera intención del título de la presente tesis doctoral, comprender cómo esos héroes nacionales como los letrados, se apartaron de un proyecto cultural moderno, que además de la modernización cultural perseguía la democratización de la cultura con espacios abiertos para la discusión y la producción de la nacionalidad. Poner en crisis esas historias

⁶ En este último panorama aparece la serie televisiva transmitida por el canal 13, el Profesor Súper O, cuya trama está precisamente en la corrección de irregularidades idiomáticas, presentadas con frecuencia en la televisión.

primordiales también permite comprender a los cafés más allá de esas miradas nostálgicas de vanguardias que nunca fueron y de tiempos de gloria de la cultura bogotana arraigadas a una idea de explosión y avance cultural, para evidenciar las contradicciones y las exclusiones de una práctica más bien amañada como el uso correcto del idioma, que más que práctica incluyente y democrática se convirtió en el mecanismo de aceptación cultural y de legitimidad cultural, tanto para los gramáticos en el poder como para aquellas posiciones que intentaron quebrar con el modelo cultural dominante. Estas versiones y visiones que se reclaman a sí mismas posiciones en libertad y para la libertad, fracasaron en el intento de quebrar ese modelo cultural dominante contentándose con la aceptación de ese principio de visión y de división social que en algún momento criticaron.

Lo anterior se explica si se tiene en cuenta que, en un cambio de época donde sobrevivían formas coloniales en las costumbres, en la arquitectura y en la literatura, los anacronismos y las supervivencias convivieron con algunas formas renovadas de la cultura, por ejemplo, la influencia de las vanguardias europeas y el simbolismo francés. Este acontecimiento de ser modernos y el deseo de consolidar unos estilos de vida sofisticados en la ciudad, además de los significados en la moda y en el consumo cultural, precisaban de unos espacios físicos y lugares de encuentro que se inscribieron en las transformaciones de la estructura urbana colonial. En efecto, estos nuevos lugares de intercambio lingüístico, artístico y de producción cultural, se consolidaron en algunas partes de Europa a manera de espacios propicios para fortalecer una cultura de la conversación, la promoción de la opinión y sobre todo unos lugares de producción de pensamiento.

En el espacio social y urbano bogotano, los cafés nacieron dentro de las contradicciones urbanas, económicas, sociales y por supuesto las culturales. En este entramado que vinculó estas manifestaciones culturales asociadas al poder político y a unas formas míticas relacionadas con la vinculación a un pasado español, emergieron los cafés, que valga insistir, no fueron asociados directamente con los agenciamientos de los letrados y el proyecto cultural y político promovido por medio del mito cultural de la Atenas Suramericana. Estos cafés que aparecieron a finales del siglo XIX no hicieron parte de una acción decidida de la elite bogotana por establecer espacios de sociabilidad e intercambio

cultural para democratizar la cultura. Más bien, esta búsqueda de repertorios identitarios también entró en los circuitos de legitimación de repertorios lingüísticos utilizados, en tanto patrimonio cultural eficiente para reafirmar unas identidades acerca de otros bajo la representación de una ciudad culta y el mito de Bogotá como la Atenas suramericana.

Sin embargo, en este contexto se presentaban visiones que esperaban un quiebre total con los modos de vida coloniales bajo una idea de progreso y las representaciones de la civilización. Por una parte aparecieron las visiones que intentaron imponer un sentido legítimo de lo moderno desde la posibilidad de la industrialización, la urbanización y la modernización de la ciudad y de otro lado, aquellas prácticas culturales, que ya institucionalizadas en las pautas de socialización para la formación de un hombre letrado, culto y civilizado. Esta última posición tuvo un tipo de apego particular a las formas correctas del lenguaje y a la legitimación de la lengua como objeto sagrado de la cultura que bajo el referente de un pasado español, colocaba a Colombia en el nivel de una región culta, al ser herederos de los años gloriosos de las letras españolas.

Estas dicotomías y contradicciones entre lo tradicional y lo moderno, por una parte y entre una modernización con un claro sesgo hacia la conservación de la tradición, por otra, permite ver que este contexto no solo resulta interesante por las tensiones, el desvanecimiento de oficios y la aparición de nuevas representaciones sobre lo limpio, lo sucio y demás connotaciones relacionadas con la higiene y las buenas maneras asociadas al discurso civilizacionista y los referentes de la modernidad, sino porque a pesar de estas representaciones emergentes y algunas innovaciones, la aparición de los cafés no tuvieron la relevancia de acontecimiento cultural en el espacio social y urbano bogotano.

Aunque los análisis de esta serie de representaciones se enmarcan por lo general en la dicotomía tradicional/moderno, y en el afianzamiento del concepto de progreso a través una matriz sociocultural consolidada en los discursos civilizacionistas del siglo XIX y parte del XX, aparece una gran necesidad de interrogación sobre lo simbólico y lo ideológico en la producción cultural de la ciudad y en la aparición de los cafés. Sin distanciarse de la preocupación por entender los procesos de configuración del patrimonio lingüístico en el espacio social bogotano ni de los procesos de configuración de la identidad cultural entre

1880 y 1930, los cafés como espacios de producción cultural ofrecen por lo menos tres acercamientos para comprender las contradicciones sociales y culturales de un particular proceso de construcción de la identidad bogotana. En primer lugar, aunque los cafés no sirvieran como referente espacial de esas luchas por la consagración de un proyecto cultural para afianzar las escasas posibilidades de configuración de la nación colombiana, si se constituyeron en uno de los elementos culturales para comprender la producción, circulación y consumo cultural de la época en relación con las estructuraciones ciudadanas.

En segundo lugar, este apego por una parte a los referentes extranjeros provenientes del desarrollo de ciudades como Paris, Londres y New York y el abigarramiento a las formas clásicas de producción de la cultura, permite encontrar en los cafés, no solo esas diferencias en la producción de la ciudad, también en las trasformaciones culturales de oficios y profesiones donde se pondrán en juego estrategias culturales desde la producción de esta naturaleza para su supervivencia. En tercer lugar, junto al deseo de ser modernos en una ciudad con escasas posibilidades de expansión urbana, aparece la posibilidad de estructuración de una memoria cultural, que operó en forma de mito fundacional conocido como el mito de la Atenas Suramericana. Así, los cafés, en tanto espacios de producción cultural fueron eficientes para activar esta estrategia de la nostalgia y la bohemia con el propósito de recordar lo perdido en la ciudad y seguir afianzando un proyecto cultural apegado a las formas tradicionales de la cultura.

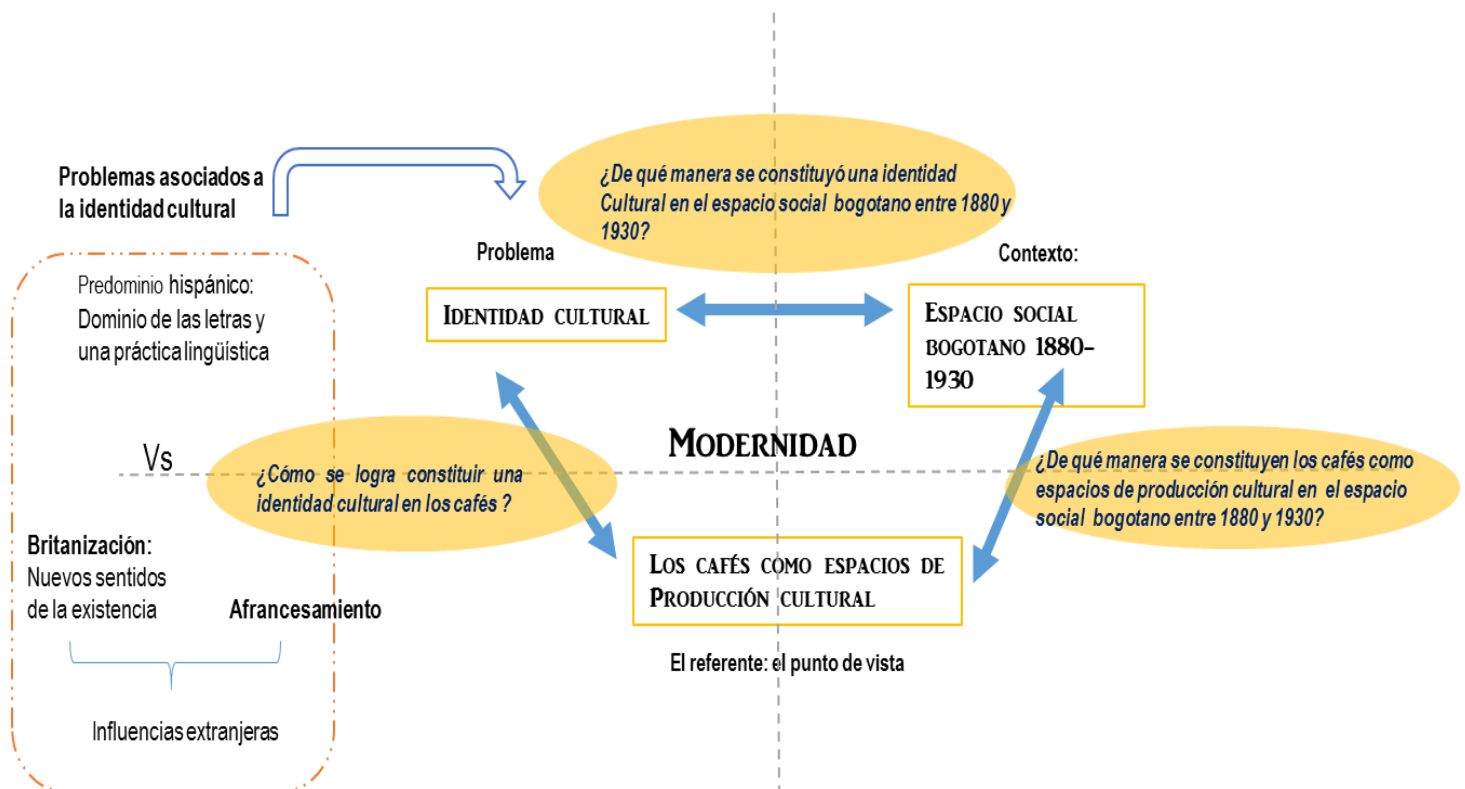
Qué mejor que unos lugares propicios de producción de lo simbólico como los cafés para rastrear estas estructuraciones simbólicas e ideológicas. Este aterrizaje sobre las comprensiones de la estructuración de una identidad cultural en espacios particulares de producción de significados permitió contrastar la aparición de valores y sentidos modernos en el escenario urbano con un tipo de arraigo cultural hacia el hispanismo afincado en estilos de vida y en prácticas culturales que denotaban el culto al lenguaje y el amor por las letras desde el hispanismo. Estas confrontaciones se hacen más evidentes si se tiene en cuenta el carácter tardío de la aparición de los cafés en Bogotá. Aunque su llegada a Colombia se presenta casi dos siglos después de tener un auge en Europa, era de esperarse que bajo los ideales de civilización y el predominio de la idea de progreso que estructuró una modernidad

literaria, los cafés aparecieran como espacios propicios para democratizar la cultura. No obstante, debido a las diferentes contradicciones antes mencionadas, la aparición y apogeo de los cafés en el espacio social y urbano no tuvieron la trascendencia de la mayoría de los cafés que funcionaron en Europa y que aportaron en la construcción de una opinión pública, bajo la comprensión de los cafés como espacios de intercambio cultural.

En estos términos, el abordaje de una problemática sobre las diferentes visiones sobre lo identitario en Bogotá se relaciona con las dinámicas propias de la vida de café y los hombres asiduos a este espacio, dispuesto para el intercambio cultural sobre cuatro aspectos fundamentales. El primero, que los cafés que aparecen en el espacio social y urbano bogotano a finales del siglo XIX no tienen la connotación de espacios de observación de las transformaciones urbanas ni se constituyen en lugares de la modernidad literaria, ni mucho menos transformaron la trama urbana para articular la vida social y cultural en la ciudad. Estos espacios se estructuraron dentro de una imagen dual y paradójica de Bogotá. Por una parte, la ciudad percibida por algunos viajeros como una ciudad pacata y atrasada con un desarrollo urbano lento y de otro lado la imagen de una Bogotá culta que se sostuvo por la permanencia de los filólogos y los gramáticos en el poder bajo el mito de la Atenas de Suramérica. En este sentido aparecen los primeros interrogantes a tener en cuenta ¿cuáles fueron las razones de esa imagen dual de Bogotá?, ¿por qué los cafés no lograron quebrar el predominio de los letrados en el poder? ¿Por qué los cafés no lograron democratizar en parte la cultura y construir una opinión pública?

El segundo aspecto está relacionado con que la problemática asociada a las condiciones de producción de los cafés en el espacio social y urbano bogotano, requirió inscribirse en las diferentes luchas por la imposición de un sentido legítimo de la existencia, sin desconocer el papel que cumpliera el café como espacio de difusión de ideas y de producción cultural. En este orden de ideas, la particularidad que representa el estudio de los cafés para la ciudad, no solo se ubica en la aparición de estos nuevos lugares de sociabilidad e intercambio cultural, sino que involucra una relación directa con la definición de una identidad cultural. En tanto construcción simbólica, pone en juego las confrontaciones entre unas estructuras tradicionales y unos nuevos sistemas de creencias afianzados en un deseo de modernidad y en la legitimación de unos sentidos acordes con la dinámica capitalista.

El tercer aspecto consiste en la observación de que, al ser Bogotá una ciudad que intentó vincularse a los circuitos de la modernidad europea, por supuesto requería de espacios propicios para la democratización cultural y el fortalecimiento de la opinión pública. No obstante, en un espacio social como el bogotano, las condiciones de producción de estos espacios de intercambio cultural como los cafés, más que apuntar únicamente al tema de la apertura a la modernidad en una ciudad, dejaron entrever que las tensiones por las formas de representación de lo nacional, orbitaron alrededor de la definición de una identidad cultural que ante la imposibilidad de un Estado nación moderno tuvo como dimensión fundamental, la escritura que se convierte en el vehículo del recuerdo y en la fórmula contra el olvido de una sociedad amenazada. Uno de los mayores objetivos de estas resistencias culturales apegadas al uso correcto del lenguaje y a la producción literaria de ensayos y poesías afianzadas en los valores hispánicos, fue consolidar una nación poética, heroica y creyente bajo la preeminencia de un capital cultural que reclamaba los orígenes sociales y los vínculos cercanos con la madre patria.



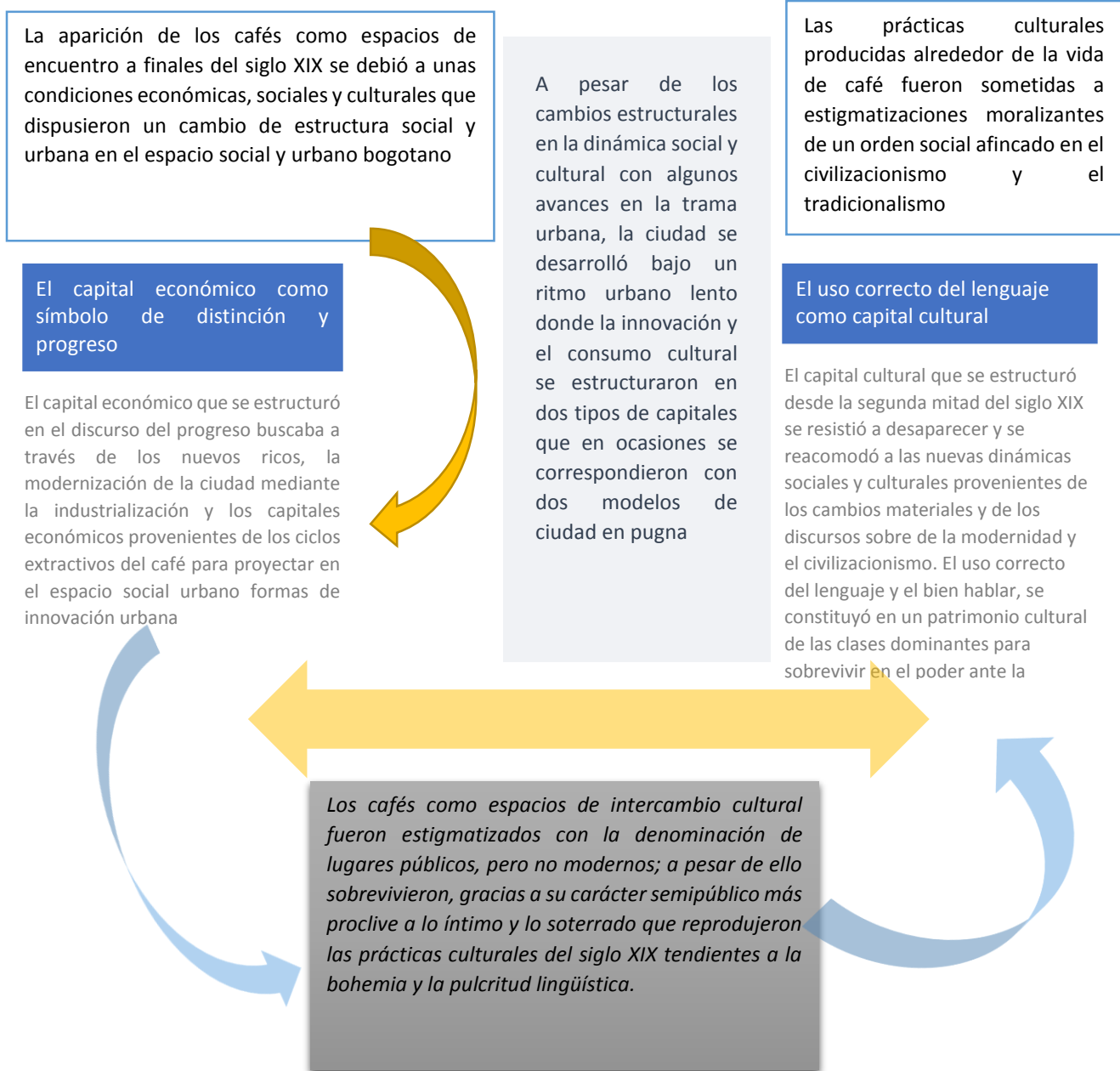
Gráfica 1. Planteamiento del problema de investigación (elaboración propia).

De esta manera, comprender los cafés en tanto espacios de producción cultural, además de estar involucrados en la trama de representaciones de la coyuntura antes mencionada, también implica las discusiones sobre la imagen pública de la ciudad. Los cafés considerados espacios de tertulias, bohemia y producción cultural, más que contribuir a consolidar una trama urbana que rompiera con el orden tradicional de ciudad, como en el caso de los cafés en Francia e Inglaterra, canalizaron en el espacio social y urbano bogotano las discusiones sobre la forma de proyectar la ciudad que seguía bajo un modelo espacial dominado por la preeminencia de las iglesias y el poder del lenguaje. Ante el atraso en el desarrollo de la ciudad, el bien hablar se convirtió en un elemento de distancia social y en una barrera cultural que estructuró un espacio social excluyente bajo la figura del letrado.

Por último, la aparición de nuevos espacios de sociabilidad en el espacio bogotano entre 1880 – 1930, ameritó ser comprendido desde un proyecto político particular donde los letrados, intentaron imponer unos repertorios simbólicos por medio de la idea de una Bogotá cultural; no obstante, en una época de transformación urbana, del ascenso del capitalismo y una emergencia de la vida burguesa, las apariciones de estos espacios de ocio y democratización de la palabra como los cafés no constituyeron amenazas para la consolidación de la opinión pública que hiciera frente a las diferentes representaciones que legitimaron culturalmente el mito de la Atenas Suramericana. Este mito fue efectivo en la medida en que generalizó unas formas de comportamiento urbano particular, a modo de elemento civilizador necesario para todos y negó la posibilidad de democratización cultural para el espacio social de Bogotá.

A continuación se presenta a modo de cierre de este apartado, el plan del texto de la presente tesis doctoral. Al terminar este apartado se encontrará un esquema sobre la lógica de argumentación soportada en unas proposiciones claves para comprender el problema de investigación expuesto en esta pequeña introducción, para terminar con la presentación de los objetivos propuestos. La primera parte del texto corresponde a un estado de la cuestión de la problemática asociada al objeto de estudio de la tesis doctoral. En segundo lugar, se presenta un capítulo exclusivo que da cuenta de los referentes teóricos utilizados para la objetivación de los cafés como espacios de la producción cultural en el espacio social y urbano bogotano entre 1880 y 1930. Seguido de esto se presentan los referentes

metodológicos utilizados para el rastreo del objeto de estudio. Por ultimo se presentan los capítulos resultados de la investigación realizada.



Gráfica 2. Proposiciones para explicar el problema de investigación (Elaboración propia).

Objetivos

General

Desde esta perspectiva se pretendió analizar cuáles fueron las condiciones económicas, sociales y culturales que permitieron de un lado, la aparición de los cafés en el espacio social y urbano bogotano, y de otro, su proyección como espacio de la producción cultural en sus relaciones con los letrados y unas estructuraciones míticas agenciadas desde la memoria cultural entre 1880 y 1930.

Específicos

1. Determinar cuáles fueron las estructuraciones económicas, sociales y culturales que permitieron unas condiciones de producción de los cafés y unas prácticas culturales de hombres de café en el espacio social y urbano bogotano, entre 1880 y 1930.
2. Comprender cuál fue la participación y la relación de los letrados y la producción cultural con los cafés como espacios de producción cultural en el espacio social y urbano bogotano entre 1880 y 1930.
3. Analizar de qué manera los cafés como espacios de la producción cultural se relacionaron con las estructuraciones de una memoria cultural que puso a circular el mito de Bogotá como la Atenas de Suramérica, en el espacio social y urbano bogotano entre 1880 y 1930.

Primera parte

Estado del arte.

**Identidad cultural, circuitos de legitimación y los
cafés como espacio de la producción cultural**



Ilustración 3. Tertulia bogotana. Diario el tiempo, 13 de junio de 1976

La imagen que tenemos de la ciudad siempre es algo anacrónica. El café ha degenerado en bar; el zaguán que nos dejaba entrever los patios y la parra es ahora un borroso corredor con un ascensor en el fondo.

(Borges, 2012, p29)

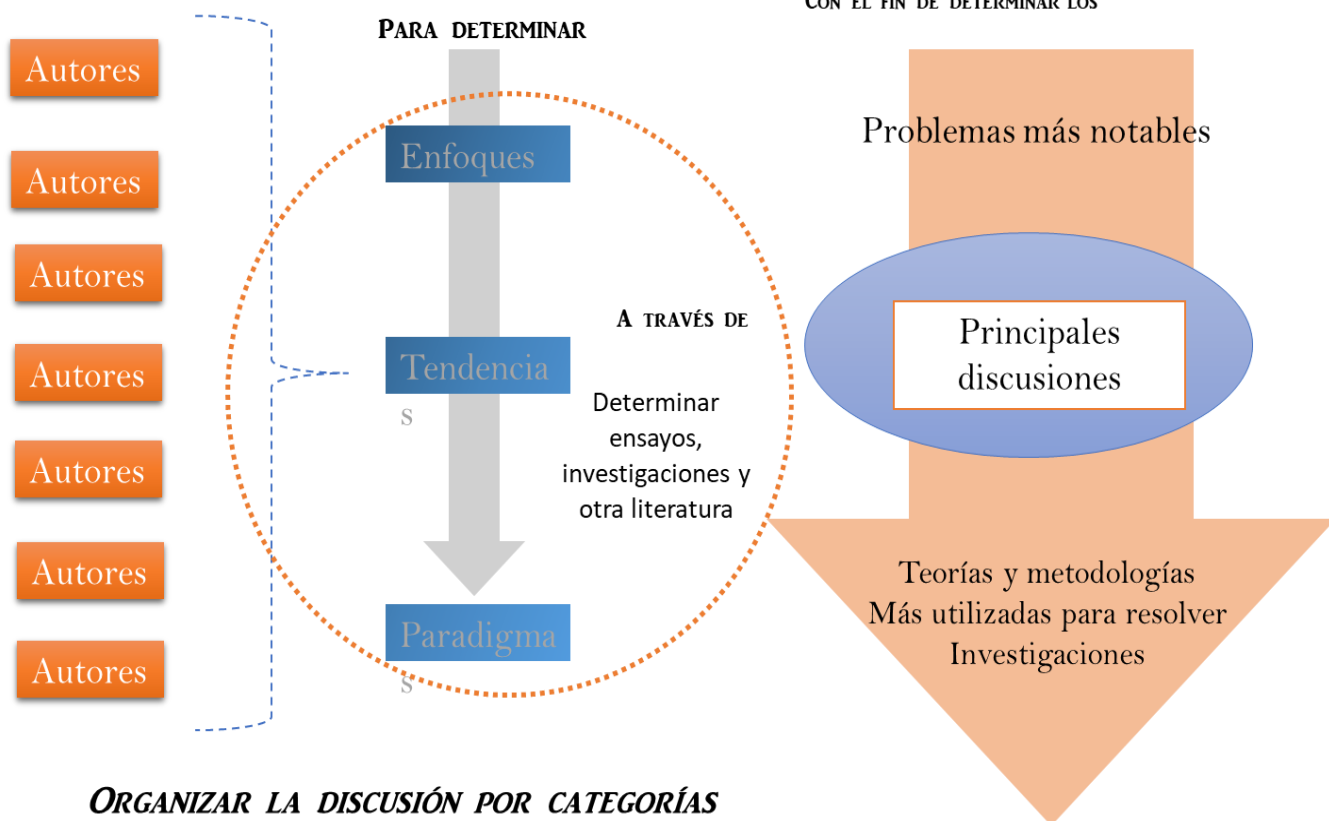
Desde los términos del problema de investigación, la elaboración del estado del arte de la presente tesis doctoral, requirió plantear un derrotero que involucrara directamente la relación entre la identidad cultural y los cafés como espacios de producción cultural. Esta indagación supuso un rastreo específico, en cuanto a unas coordenadas espacio temporales y, además, una estructuración desde tres relaciones, a saber: la configuración de nación, los procesos de estructuración de un capital cultural y su relación con la estructuración del espacio social y urbano bogotano entre 1880 y 1930. También, como innovaciones para el espacio social y urbano, se trabajó en la importancia de los cafés, dentro de los circuitos de la legitimación cultural en Europa y América latina y el impacto de los cafés en el espacio social y urbano bogotano en la época propuesta.

En primer lugar, la indagación por la construcción de identidad cultural en el espacio social y urbano bogotano persiguió una comprensión simbólica en tanto legitimidad. Más allá de dar cuenta de una totalidad cultural y de un universo que engloba de forma homogénea a los miembros de una comunidad, por medio de la identificación de un carácter estructural, el análisis se inscribió en las posturas que reclaman a la identidad, en virtud de su carácter de proceso de construcción social⁷. De entrada, este primer planteamiento rebasa el dilema de lo auténtico e inauténtico formulado, por lo general desde una visión esencialista de lo social y lo cultural que da por sentado la existencia misma de una identidad cultural. De este modo, la comprensión de la identidad cultural se lleva al plano de las relaciones y las tensiones para entenderse como construcción social producto de la historia⁸.

⁷ Una pregunta de tal calibre, supone un recorrido por los diferentes problemas asociados a ella, y además admite un recorrido amplio para la comprensión de sus estructuraciones, como categoría ligada a los procesos de construcción del Estado, Nación y la modernidad. Al respecto consultar Ortiz Renato (1998) Modernidad, mundo e identidad en: otro territorio ensayos sobre el mundo contemporáneo convenio Andrés Bello Santa fe de Bogotá, Colombia.

⁸ De acuerdo con Peter Burke (2012) la idea de representación en las investigaciones de historia, ha sido cuestionada por asociarse a un reflejo fiel de la sociedad, en cambio se ha preferido acoger la noción de construcción. De ahí que sea habitual

ORGANIZACIÓN DE LOS AUTORES

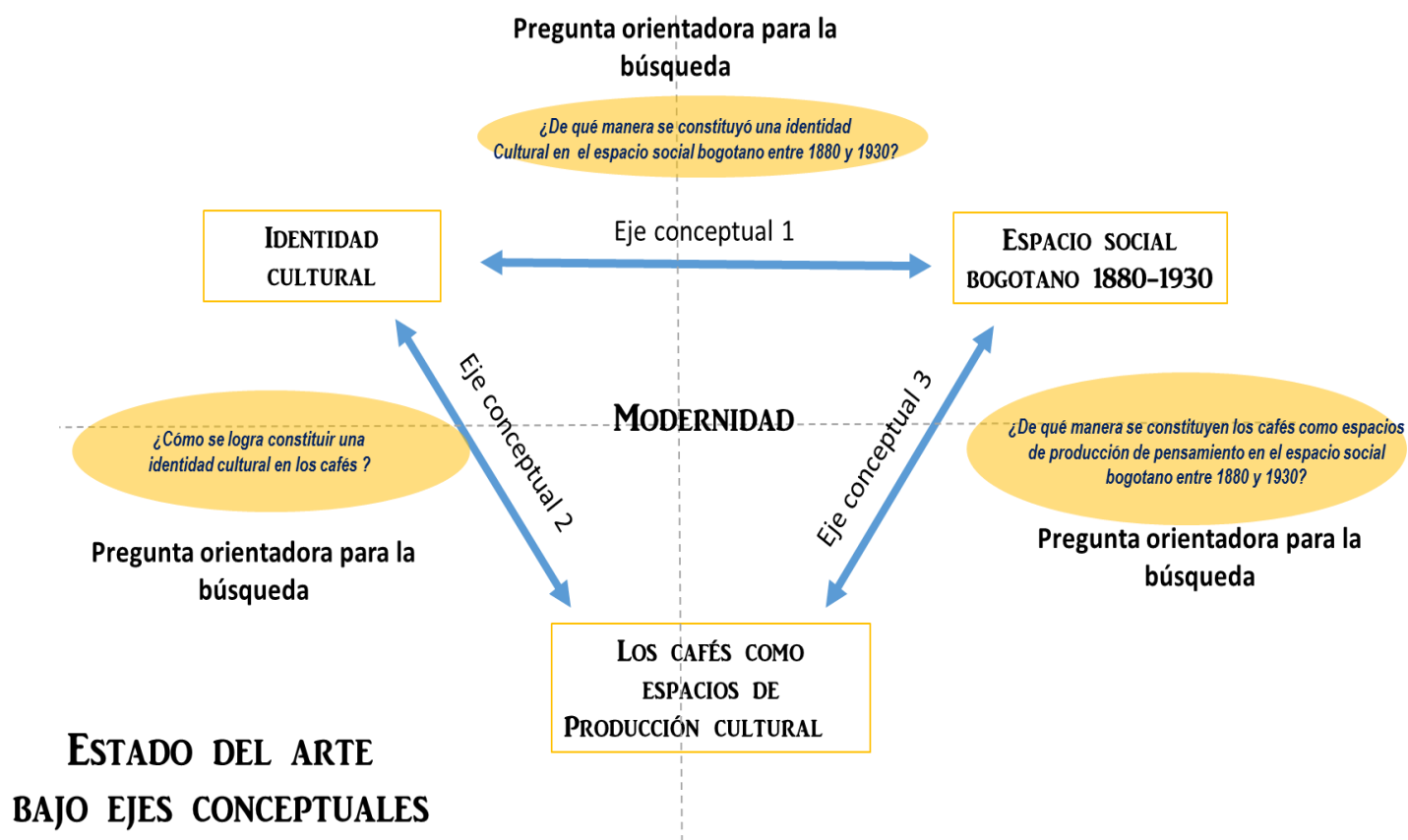


Gráfica 3. Construcción de antecedentes (elaboración propia).

En este sentido, como construcción simbólica, el problema de la identidad cultural, no puede ser rastreado como una entidad acabada, sino como el producto de las luchas sociales y culturales de diversas identidades que intentan posicionarse dentro de un espacio de posibilidades sociales que se transforma con el paso del tiempo (Le Goff, 1991; Bourdieu, 1999; Serna, 2001; Chavarro & Llano, 2010). Así, se restringió su rastreo bibliográfico a unas coordenadas espacio temporales que permitieran analizar los principales obstáculos, los problemas más sobresalientes, los enfoques, las tendencias o los paradigmas con los cuales se ha abordado el tema de la identidad cultural para una ciudad como Bogotá, específicamente en el tránsito del siglo XIX al XX, más exactamente, entre 1880 y 1930.

pensar y hablar de la construcción o la producción de la realidad (del conocimiento, de los territorios, las clases sociales, las enfermedades, el tiempo, la identidad etc) por medio de representaciones (p.97).

Esta primera búsqueda, que asoció unos procesos de construcción de una identidad cultural para el caso bogotano, admitió la posibilidad de cuestionarse sobre las representaciones y los sentidos en la estructuración de un proyecto de nación. Además, esta búsqueda logró proyectar en la discusión la importancia de las innovaciones en el espacio urbano, asociadas a modos de ser modernos y modos de representación y decantados en estilos de vida. La búsqueda de estas investigaciones demandó ordenar en otros dos ejes conceptuales el rastreo bibliográfico



Gráfica 4. Estado del arte bajo ejes conceptuales (elaboración propia).

Con un eje conceptual relacionado con el problema de la identidad cultural y con los desarrollos puntuales para el caso bogotano, se hizo necesario plantear un segundo eje conceptual que permitiera dar cuenta de las conceptualizaciones que han intentado explorar el tema de la construcción de la identidad cultural, desde el referente espacial particular de los cafés. A partir de este ángulo, fue indispensable rastrear los estudios relacionados con la construcción de una identidad cultural y los cafés en Inglaterra, en Francia y España, para el

caso europeo y de los referentes más cercanos, con los estudios de los cafés en diferentes partes de América Latina, entre ellas: Uruguay, Argentina, México y Costa Rica. En tercer lugar, con unos referentes internacionales para el seguimiento de los estudios sobre los cafés y la identidad cultural, aparece un tercer eje conceptual que ubica a los cafés como espacios de producción cultural en Bogotá entre 1880 y 1930. Con el supuesto de comprender los cafés, en tanto espacios de construcción de identidades, el campo del problema estuvo asociado a indagar la producción de la identidad cultural en un contexto de cambio de siglo y a la par, rastrear los estudios de reconocimiento de la nación en su condición de productora de repertorios de sentido.

Con esta organización preliminar para la indagación, sistematización y análisis de estos estudios, se tuvieron en cuenta, además, unos criterios de valoración y unas advertencias en el orden de lo teórico y lo contextual. Cabe mencionar que estos criterios de valoración y advertencias provienen de la forma como se planteó el problema de investigación. La intención de historiar la aparición de los cafés y de desestructurar el mito de la Atenas Suramericana, supuso por extensión la indagación de los grupos intelectuales, su producción cultural, el papel de los letrados en la política y la forma de comprender la estructuración de un capital cultural con el bien hablar y las formas correctas del lenguaje, características presentes en la vida urbana de Bogotá⁹.

Con unos ejes de discusión trazados desde las necesidades del planteamiento del problema, hubo cuatro consideraciones: En primer lugar, no se trató de re historiar o realizarle una arqueología a la categoría de identidad cultural, ya que su posibilidad de abordaje excede los límites de esta tesis doctoral. En segundo lugar, la indagación inicial sobre la identidad cultural se centró en rastrear los estudios que se relacionan con las formas de construcción desde su vinculación con la conservación de repertorios simbólicos. Los cuales pudieran representar a una nación en el uso del lenguaje, los modos de representación

⁹ Bajo estas intencionalidades se hace necesario apoyarse en los planteamientos de Mircea Eleiade (1996) para quien los mitos que tienen o han tenido vida, en el sentido de proporcionar modelos a la conducta humana y conferir por eso mismo significación y valor a la existencia, requieren comprenderse desde sus estructuraciones no desde etapas en la historia del pensamiento humano sino también en comprender mejor una categoría de nuestros contemporáneos (p 8)

frente a la modernidad y las relaciones de poder de los grupos sociales, por la imposición de un sentido legítimo de la existencia. En tercer lugar, para el rastreo bibliográfico asociado a las formas de construcción de la identidad cultural, se priorizaron los estudios asociados al caso bogotano. En cuarto lugar, al estar Bogotá relacionada con el mito de la Atenas Suramericana y, como consecuencia de ello a un fuerte imaginario de ciudad culta y civilizada, se enfatizó en los estudios se preguntan sobre la relación del uso correcto de la lengua con la construcción de un mito fundacional, anclado a las formas clásicas de la cultura en occidente, porque como advierte Burke (2006) la lengua es un indicador fiel, no simple reflejo, del cambio cultural (p7). De esta manera, se vincula el poder a una historia social del lenguaje, asumiendo que “la lengua es una fuerza activa dentro de la sociedad, un medio que tienen los individuos y grupos para controlar a los demás o para resistir el control, un medio para modificar la sociedad o para impedir el cambio, un medio para afirmar o suprimir identidades culturales (Burke, 1996, p.38).

Como advertencia contextual se requiere comprender que, en una época de cambios y transformaciones sociales y urbanas, la pregunta por las concreciones de los sentidos legítimos de la existencia se relaciona directamente con las novedosas adecuaciones urbanas y el nuevo escenario de consumo propuesto por la modernidad. Desde esta perspectiva, la indagación podría haberse realizado sobre todas aquellas innovaciones en la ciudad que daban cuenta de su transformación y del impacto en la vida social en Bogotá; no obstante, dada su importancia en la vida social y cultural esta indagación se volcó a revisar un espacio cultural en específico: los cafés y su relación con la producción cultural. Con unos problemas asociados a la legitimación de referentes culturales para el país, aparecen a finales del siglo XIX, en el espacio urbano bogotano, los cafés como escenarios de convergencia cultural.

Cabe anotar que en Europa ya tenían más de doscientos años de existencia y su importancia para el desarrollo de la ciudadanía había resultado determinante. Como referente cultural, los cafés en tanto espacios de vanguardia sirvieron para expandir y desarrollar una opinión pública en centros culturales europeos como Inglaterra y Francia¹⁰.

¹⁰ Para un acercamiento a los orígenes de las vanguardias en Francia y el papel que cumplieron los cafés como espacios de difusión cultural consúltese Shattuck R (1991) los buenos tiempos en: la época de los banquetes

Desde la fundación de las primeras *coffeehouses* londinenses quedó clara no solo la idea no solo de que el café es un epicentro de noticias al mismo tiempo que lugar desde donde estar al corriente de todo en cuanto en la ciudad acontezca, sino que también el conocimiento mismo de los acontecimientos y su escritura resultaría determinante primero para la consolidación misma de locales, en segundo término de la idea moderna de espacio público y la información, determinante en el surgimiento de la crítica cultural, y finalmente en la misma definición de literatura a través de la reinención de un género: el ensayo (Monterde, 2009, p43)

Para el caso bogotano, resultaban ser una novedad tardía, donde se pondría a prueba su poder de liberar vanguardias y rupturas con el modelo cultural dominante. Por tal motivo, un segundo referente a desarrollar bajo el seguimiento minucioso de los estudios asociados a los cafés en cuanto espacios de producción cultural, se basa en la pregunta por la manera específica de construcción de una identidad cultural mediante unos referentes espaciales propicios para la producción cultural y para el despliegue de la opinión pública.

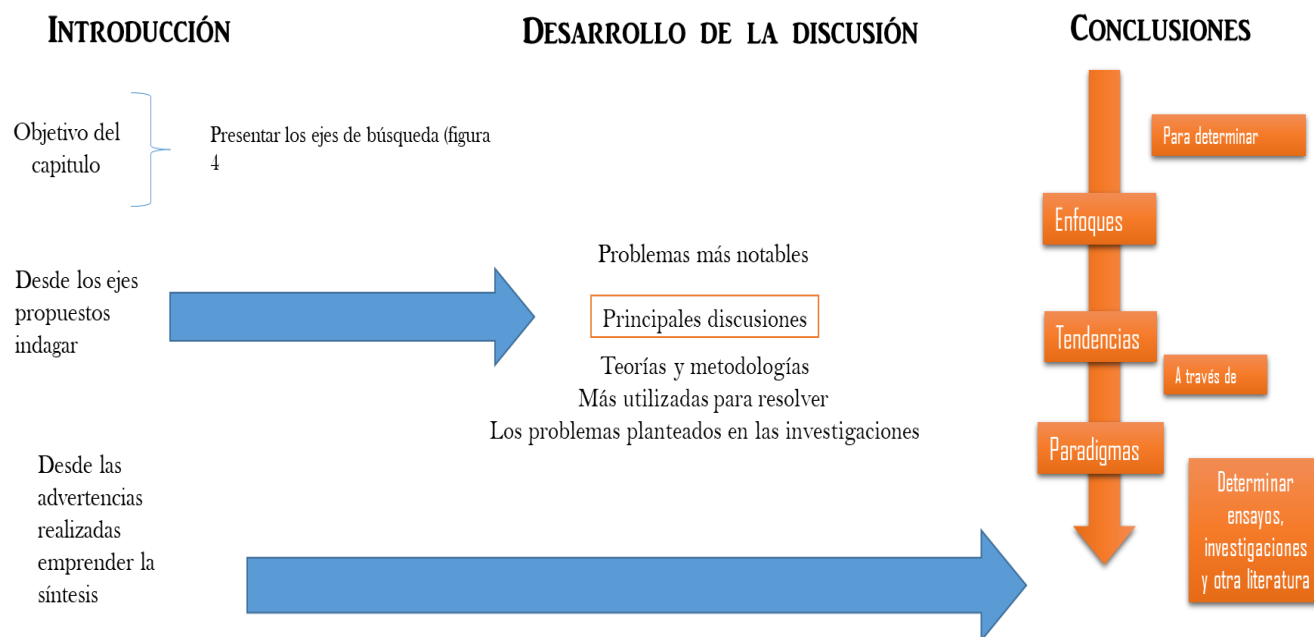
Así las cosas, tener en cuenta estas conceptualizaciones iniciales sobre la construcción de la identidad y luego desde la particularidad de esa construcción en los cafés, permitió pensar en la posibilidad de concretar un objeto de estudio que tuviera todas las posibilidades empíricas para ser rastreado. Aunque es preciso argumentar que inicialmente esta búsqueda documental propuso que los cafés se pensarán a la manera de innovaciones en el espacio urbano indagadas por medio de una historia urbana, el rastreo de la relación entre la construcción de la identidad cultural y los cafés se ligó a la reflexión guiada y reflexionada de la historia cultural y los referentes conceptuales de Pierre Bourdieu. Así, la discusión y la indagación sobre los antecedentes del problema de investigación se realiza desde la perspectiva de historia cultural donde son predominantes las prácticas, bajo los conceptos de campo cultural, espacio social, capital cultural y *habitus* utilizados por Pierre Bourdieu en trabajos de sociología. De esta manera, al tener un punto de vista reflexivo que toma a los cafés en tanto espacios de producción cultural, la indagación sobre los antecedentes del

orígenes de la vanguardia en Francia: de 1885 a la primera guerra mundial, Antonio Machado libros, Madrid, España.

problema persiguió identificar los insumos teóricos y metodológicos que permiten vincular los procesos de construcción de identidad, sus confrontaciones y la puesta en juego del patrimonio histórico cultural alrededor de los cafés.

Según Peter Burke, el enfoque histórico y el de la teoría social se han juzgado contradictorios, sin embargo, como sostiene el mismo autor estos enfoques pueden ser complementarios en la medida en que los cambios en el método y los giros históricos han propuesto nuevos enfoques como la sociología histórica, historia social, historia cultural (Burke, 2007). El concepto de campo (literario, lingüístico, artístico, intelectual) de Bourdieu se refiere a un ámbito autónomo, que adquiere independencia en un momento concreto en una determinada cultura y genera sus propias convenciones culturales. La idea de un campo cultural no ha atraído hasta la fecha a demasiados historiadores, aunque el concepto en cuestión se les ha antojado iluminador a los estudiosos de la literatura francesa y del surgimiento de lo intelectual (Burke, 2012 p.77).

En efecto, la discusión y el rastreo de fuentes secundarias, en cuanto a la indagación de un fenómeno sociocultural tan complejo exigieron un abordaje a partir de una postura constructivista, que reivindicara el contexto. Cabe anotar que este proyecto cultural, llamado por la historiografía colombiana la regeneración, presencié la aparición de los cafés, en medio de las transformaciones económicas, sociales y culturales de la ciudad. Desde un proyecto cultural que buscó la proyección de una imagen erudita de la ciudad bajo el remoquete de Bogotá como la Atenas Suramericana, los cafés en la ciudad nacían, en virtud de ser espacios desde donde presenciar las resistencias culturales de los letrados y las luchas por un porvenir moderno de la emergente burguesía bogotana, sostenida en la idea de progreso.



Gráfica 5. Propuesta de desarrollo del capítulo de antecedentes (elaboración propia)

Estos modos de representación sobre lo moderno y las posibilidades de construcción de una identidad cultural ligada a unos sentidos legítimos de la existencia permitieron ampliar las referencias sobre la forma en que se pensaba lo moderno desde los Cafés como espacios de sociabilidad. ¿Cómo ser modernos en una ciudad que se transformaba y necesitaba de unos referentes identitarios comunes para identificarse con el mundo moderno? ¿Qué clase de choque cultural se presentó en los nacientes cafés en la ciudad? ¿Cuál fue el shock, de estos cambios económicos, sociales y culturales para una ciudad como Bogotá y cómo se asumieron desde los cafés? ¿Qué representaba para los bogotanos de clases medias y bajas ser modernos? ¿Era un deseo compartido por todos? ¿Entraban todos a los cafés a buscar esa clase de noticias sobre la modernidad? ¿A todos les interesaba esa clase de discusiones? ¿No eran los bohemios personas que se resistían al cambio y el modo burgués que intentaba imponerse? ¿Se estaba intentando imponer un orden burgués muy al estilo francés?

De esta manera, con esta serie de interrogantes los términos de la búsqueda fueron matizados de la siguiente manera: en primer lugar, en la búsqueda sobre los modos de representación de la modernidad que estaban en juego al momento de consolidarse la

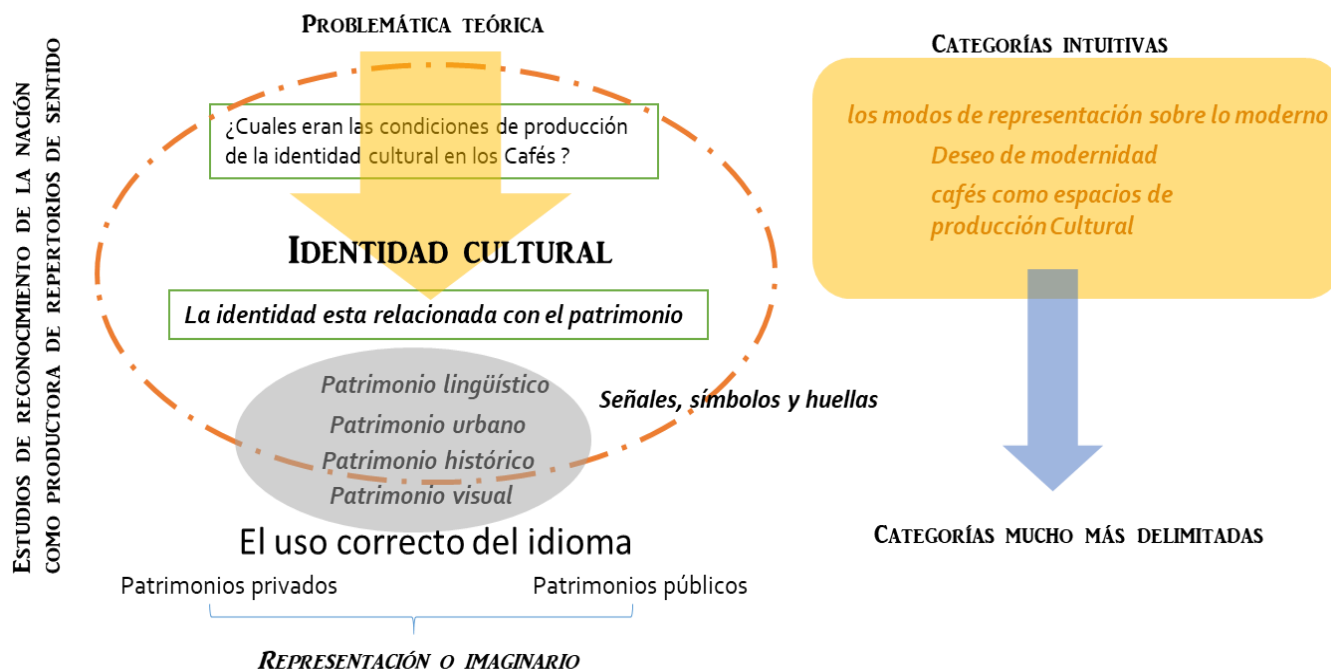
modernización de Bogotá bajo los parámetros de Londres, París y Nueva York. En segundo lugar, la consecución de una identidad cultural que se debatía entre la tradición y la modernización, entre los valores hispánicos afincados en un régimen colonial y los deseos de modernidad que se perseguían según los modelos de ciudad y ciudadanos antes mencionados. En tercer lugar, la aparición de espacios de sociabilidad para la ciudad como los cafés, que permiten circunscribir los debates, en torno a los referentes culturales legítimos para Bogotá y, sobre todo, el rastreo de las representaciones acerca del sentido de una ciudad moderna, las tensiones urbanas y culturales que se presentan al momento de un cambio cultural y los diferentes mitos fundacionales que la sostienen. Además, estos sobreviven entre los órdenes antiguos y las nuevas significaciones para la ciudad.

Finalmente, en el universo de posibilidades teóricas y metodológicas, los antecedentes del problema, más que relacionar un resumen de estudios y nombres ligados a ciertas tradiciones intelectuales, buscó los insumos conceptuales y metodológicos capaces de permitir un diálogo con la cultura, los dispositivos de memoria y los efectos patrimoniales evidenciados en las prácticas y en los espacios de la ciudad. Al indagar las tendencias, los enfoques y los paradigmas del tema, también resultó importante la delimitación de las principales problemáticas asociadas al espacio social bogotano. Así mismo, se rastrearon las pistas seguidas por otros autores para lograr la comprensión de la construcción de la identidad cultural, a propósito de los cafés. Estos procesos, además, permitieron determinar cuál ha sido el papel del uso del lenguaje y de los letrados en los procesos de legitimación de un orden social. En segundo término, aterrizar esta discusión a los procesos económicos sociales y culturales de la ciudad de Bogotá, en una época de gran dinamismo y tensión cultural enmarcada en el denominado mito de la Atenas Suramericana para evidenciar dinámicas particulares en relación con lo político, lo cultural y lo estético. En último lugar, de acuerdo con estas particularidades de los modos de representación de la modernidad en Bogotá entre 1880 y 1930, unas discusiones alrededor de la identidad cultural lograron poner de manifiesto ciertos indicios sobre el problema de la representación de lo moderno en Colombia, particularmente en la ciudad de Bogotá.

1. La identidad cultural y sus circuitos de legitimación

El rastreo de la pregunta por la identidad cultural y la aparición de los cafés como espacios de producción cultural están asociados a un campo de problemas relacionados con varios aspectos. Primero, las formas de construcción del patrimonio cultural bajo el rescate y la conservación de repertorios simbólicos que pudieran representar al país, por ejemplo, la cultura literaria bajo el proyecto cultural del *Papel Periódico ilustrado*, que a finales del siglo XIX intentó una visibilización de Colombia en el escenario internacional. Segundo, aparecen las estrategias culturales de la elite dominante para fortalecer una imagen de ciudad y un modelo de nación al establecer dispositivos como los monumentos en el espacio urbano. Muy próximo a las estrategias culturales, este rastreo reclama la relación de la identidad cultural con el uso correcto del lenguaje y las prácticas lingüísticas asociadas inicialmente a un proyecto de nación, que ante todo buscó la representación cultural del país bajo el predominio de los letrados en el poder (Martínez, 2000) y que en la práctica urbana también se asoció en el siglo XIX a la cultura de la conversación en la ciudad y a la proyección de los cafés como espacios de conversación a finales de este mismo siglo.

Con el cambio de siglo se vislumbra una tensión entre mantener las formas tradicionales de la cultura y la incorporación de unos lenguajes modernos en la elite bogotana, lo que llevó a una confrontación entre lo tradicional y lo moderno. Bajo resistencias culturales y la estructuración de un mito latinoamericano conocido como la Atenas Suramericana, toma forma un proyecto particular de nación. Este se constituye con la aparición en la ciudad de nuevos lenguajes escritos y visuales provenientes, por lo general, de algunos países europeos, por ejemplo, Francia e Inglaterra y que pusieron en tensión la legitimación de un proyecto moderno de ciudadanía. El cual contó con la ciudad como espacio de reproducción de esos sentidos legítimos de la existencia y una proyección inicial de los cafés, en tanto, lugares de producción de pensamiento y difusión de la identidad cultural.



Gráfica 6. Campo de problemas para el rastreo de la identidad en los cafés (elaboración propia).

Al tener en cuenta el complejo panorama para rastrear los estudios sobre la producción de la identidad cultural en el espacio social bogotano y el papel de los cafés vistos en tanto espacios de sociabilidad para la producción cultural, un escenario en verdad propicio para tal indagación son los estudios realizados sobre la modernidad y sus relaciones con el espacio social bogotano. Sin desconocer las condiciones que permiten el establecimiento de un Estado nación moderna, los instrumentos financieros y las posibilidades comerciales, junto a los procesos de urbanización e industrialización asociados a la triada nación-industrialización - modernidad, el análisis para el caso bogotano, intentó rastrear sus particularidades.

De esta manera, este primer rastreo bibliográfico se enmarcó en el primer eje conceptual bajo la siguiente pregunta orientadora ¿De qué manera se estructuró una identidad cultural en el espacio social bogotano entre 1880 y 1930? Ante esta pregunta era inevitable un rastreo inicial dentro del proyecto institucional particular de la modernidad, consistente en la consolidación de una Nación Estado. Frente a estas salvedades, con respecto al rastreo

de unos antecedentes del problema de investigación, asociado con las formas de construcción de la identidad cultural para el contexto bogotano, se buscaron en primer lugar, los estudios que vinculan el uso de la lengua en tanto atributo indispensable para la construcción de un Estado Nación moderno.

Estos estudios no solo resultaron pertinentes para el rastreo de ciertas problemáticas asociadas a la lengua y los letrados, como por ejemplo las regulaciones y la oficialización de unas formas concretas de lenguaje, a través de la producción y circulación de gramáticas y textos escolares sino que además, las relaciones de fuerza y circuitos culturales que utilizaron algunos agentes de la producción cultural como los letrados, lo cual permitió comprender las dinámicas que se esconden en estos procesos culturales. De esta manera, desde concepciones generales en cuanto al papel de la lengua, los letrados y las agencias que regularizan y estandarizan unas formas legítimas del uso de la lengua, hasta diferentes atributos culturales que participan en el proceso de concreción de la identidad, estos estudios han enfatizado en la movilización de estrategias culturales que logran hacer visibles unos grupos sociales sobre otros.

Aunque Wittock (2007) plantea que los proyectos institucionales de la modernidad son una Nación Estado, una economía liberal y las universidades centradas en la investigación. Estos proyectos institucionales se basaban en las nuevas premisas asumidas acerca de los seres humanos, sus derechos y su capacidad de agencia¹¹. Más que enfatizar en las teorías de Nación Estado, el Estado Nación o de la modernidad, el interés central de esta primera aproximación a los antecedentes del problema, además de no desconocer las influencias extranjeras en la construcción de un tipo particular de identidad cultural, buscó

¹¹ Estos cambios conceptuales conllevan una serie de garantías para el caso europeo. En primer lugar, la afirmación de una serie de logros deseables. En segundo lugar, estos logros fueron colectivos. En tercer lugar, estos logros concretan ciertos valores y ciertas identidades. En cuarto lugar, estas afirmaciones dependieron de la historia. En quinto lugar, la concreción de estas garantías logró institucionalizarse. Y, por último, estos principios se presentaron en forma pública (p293, 294). Para el caso latinoamericano, el tema pasa por algunas diferencias, que se pueden comprender en el proceso de secularización. De acuerdo a Bastián (1997) la América latina independiente nació a la modernidad jurídica antes que a la modernidad religiosa. La tardía aceptación de la libertad de cultos no permitió asentar en las conciencias los principios, que solo una reforma religiosa católica o una reforma laica hubieran permitido (p34).

en sus formas de estructuración unos campos problemáticos que permitieran rastrear su particularidad¹².

Así pues, esta primera parte del estado del arte acoge los planteamientos de Barbero (2000) cuando advierte que la modernidad mediada por la cotidianidad urbana de la mayoría lo que ha hecho es estallar un modo de ser de lo nacional. En el caso colombiano configurado, de una parte, por el monopolio ejercido por los partidos Liberal y Conservador como intermediarios entre la sociedad civil y el Estado nacional y, de otra, por el “aislamiento interiorizado” que, desde una Bogotá geográficamente alejada e intelectualmente ensimismada, se le impuso desde el centro al resto del país (p44). Para apoyar estas observaciones de Barbero se hace necesario acudir a los planteamientos de Urrego, M. (1994) tal vez quien mejor ha abordado el tema de la identidad cultural para el caso bogotano.

En el mismo sentido que Barbero (2000), Urrego (2004) reafirma el carácter regional dominante de Bogotá frente a otras regiones del país por tres razones fundamentales. En primer lugar, por su posición política y cultural, ya que fue el principal centro político, cultural y de servicios del país; en segundo lugar, porque en Bogotá permanecían los valores de la cultura tradicional de los blancos, y es allí donde aparecen nuevos valores entre los bogotanos blancos aburguesados. En tercer lugar, porque la sociedad bogotana se asume, como es tradicional, en la medida en que mantiene diferencias sociales, culturales y políticas que proyecta como paternalista, racista y al mismo tiempo modernizador en la medida en que incorpora nuevos elementos de la burguesía dominante en Europa y Estados Unidos.

La primera advertencia de carácter teórico y metodológico que realiza el autor se relaciona con la comprensión del mismo concepto de identidad cultural dentro de las dinámicas históricas particulares para el caso de Bogotá. El autor advierte que categorías

¹² Sin embargo, es necesario una matización de la categoría identidad para comprender su complejidad. De acuerdo con Serna (2006) la identidad bien podría ser la pertenencia a unos órdenes culturales definidos por estructuras tradicionales, sistemas de creencias o mecanismos simbólicos con ciertas cargas inconscientes o de otra parte supondría el vínculo con unos órdenes culturales definidos como la etnicidad, la racionalidad o la nacionalidad. Para el segundo caso en distintas tradiciones la ciudadanía se ha subordinado a la nacionalidad, la nacionalidad a la ciudadanía o la diferencia entre una y otra, estas diferenciaciones también se ven acompañadas de diferencias entre las conceptualizaciones entre Estados Nación, naciones Estado, Estados sin naciones o naciones sin Estado.

como la cultura nacional y la identidad cultural, poseen una connotación ideológica ya que son elaboraciones que por lo general se afincaron en el hispanismo, la cultura cristianizada y un Estado sin presencia Nacional. De esta manera, esta política maniquea que reconoció a Bogotá como una región dominante, contó con las siguientes manifestaciones: la oficialización del himno nacional, la consagración del país al sagrado corazón, la formación del Ejército Nacional, el establecimiento de una cultura cafetera, la protección de la iglesia con la constitución de 1886 y la firma del concordato. Todas estas, representaciones y agenciamientos atravesaron la construcción de la identidad cultural en el espacio social y urbano bogotano.

Al tener en cuenta el carácter regional dominante de Bogotá sobre otras regiones y las connotaciones ideológicas de la categoría identidad cultural para el caso bogotano, el autor suma la segunda advertencia metodológica. De acuerdo con Urrego M. (1994) se remite a dos órdenes histórico temporales. El primero de ellos admite procesos de transformación de larga duración donde se hacen evidentes los cambios en el uso del espacio, las estructuras del tiempo, la religiosidad popular y el imaginario político. En el segundo plano el proceso es simultáneo y se hacen presentes los cambios cortos como el ascenso de proyectos políticos y las transformaciones del régimen de producción. De este modo, el autor hace la salvedad de que el análisis de las identidades culturales posee varias particularidades para el caso bogotano. En primer lugar, que el fenómeno a estudiar se encuentra en un periodo de transición en la cual se generan tensiones, desaparición de oficios como el artesanado y la aparición de nuevas representaciones como lo limpio, lo sucio, la moda, los valores sociales dentro de un proceso de modernización de la ciudad con el apoyo de clase obrera y el proyecto de la república liberal.

Con estas consideraciones el autor acoge como objeto de estudio a la familia bogotana para rastrear estas construcciones simbólicas en un periodo de transición de la sociedad. A manera de hipótesis plantea que este periodo fue de cambio general y que el concepto básico para estudiar las identidades en este periodo es el de intimidad y por último, que en este periodo emergen moralidades alternativas que paradójicamente subvierten, pero acatan valores, modelos de familia y normas de comportamiento. Desde estos planteamientos el

autor considera que es importante no restringirse a un concepto unitario y homogenizante como el de identidad cultural, sino acoger la pluralidad del concepto y hablar de identidades dentro del proceso de modernización del Estado. Desde una concepción de las identidades como construcciones de lo simbólico el autor usa el concepto de descripción densa del antropólogo Clifford Gertz¹³.

En este punto es importante advertir que el proceso de construcción de identidades no solo se presenta para el caso bogotano alrededor del sentido y el significado de la contraposición entre lo burgués y lo popular, sino que además dentro de las mismas estructuraciones de la elite bogotana se presentaron confrontaciones identitarias asociados a proyectos políticos y culturales. Así, este rastreo de las nuevas estructuraciones en los estilos de vida que se inscribieron en el paradigma civilizatorio, y en los cambios en la estructura económica y social, que, seguían manteniendo los moldes coloniales arraigados en la cultura. Estas estructuraron unas imágenes del progreso ambiguas frente a la ruptura del orden tradicional en el cambio de siglo XIX al XX. Aunque en este periodo se observa con claridad la caída de las identidades que se forjaron en el universo colonial dadas las transformaciones económicas, sociales y culturales que intentaron quebrar los fundamentos de estructuración social de esta época, es importante decir que se mantuvieron incólumes unas prácticas ligadas a la cultura, como el uso correcto del lenguaje.

Aunque es relevante involucrar el concepto de intimidad para estudiar esta época, también lo es reconocer las supervivencias culturales en las nuevas estructuraciones urbanas y sociales. Por tal motivo, se hace necesario reconocer el papel fundamental de otros repertorios simbólicos y patrimoniales, a saber: el papel del idioma, de dispositivos culturales, de la imagen de ciudad que estaba en juego y, por último, de los procesos de legitimación cultural que estaban operando. El problema que se asocia a la construcción de identidades para el caso bogotano merece especial atención en la medida en que, como

¹³ La descripción densa asume que las condiciones de producción de las identidades se construyen por medio de sentidos que son vitales para la interpretación de los discursos sociales y el desarrollo del análisis cultural que se desenvuelve según una secuencia discontinua pero coherente de despliegues cada vez más audaces (Geertz: 1996, 36).

categoría asociada a buscar referentes de identificación con la nación, aspectos de clase o de pertenencia a un grupo social, involucra la construcción de patrimonios (López de la Roche, 2000).

Aunque inicialmente es importante advertir el problema de la identidad nacional que de acuerdo con Ortiz (1998) procede bajo la unificación lingüística, así como la invención de símbolos, la propagación de fiestas cívicas, los desfiles patrios, la bandera, el himno y los héroes nacionales, que son objeto de culto en las escuelas primarias, en realidad son el cimientamiento de esta nueva solidaridad (p54), también se hace necesario desentrañar los mecanismos de legitimación cultural que para el caso bogotano procede por medio de la consideración de la identidad como construcción de la imagen que un grupo crea sobre sí misma y con la cual se identifican sus miembros. Aquí son importantes estos repertorios simbólicos en forma de patrimonio lingüístico, urbano, histórico y algunos referentes visuales para la imposición de un sentido legítimo de la existencia particular, que intenta operar como referente cultural para todos (Serna, 2001; Llano, 2012).

1.1 Unificación lingüística y Estado nación moderno

De esta manera, los estudios que vinculan la lengua como atributo indispensable para la consolidación y modernización de las naciones en occidente han planteado una relación directa entre la producción filológica y literaria y la configuración de un patrimonio lingüístico alrededor de la nación (Anderson, 1983; Hobsbawn, 1997; Knight, 1999; Burke, 2004; Vallejo, O. 2010; Mejía 2010,). No obstante, la legitimación de una lengua nacional a través de la producción de gramáticas, diccionarios e historias literarias se convierte, desde estas posturas, en el insumo primordial para posicionar una comunidad imaginada y homogénea que responde a unos ideales culturales. Estas características nacionales fortalecen unos elementos identitarios que relacionan la lengua con unos repertorios compartidos en forma de patrimonio cultural e histórico y como saber lingüístico que estructura una política de la lengua alrededor de la construcción de la identidad lingüística (Bourdieu, 2001; Burke, 2006; De Certau M; Julia D, Revel J, 2008)

De acuerdo con Knight, (1999) desde esta concepción homogénea de la construcción de una identidad nacional, el idioma oficial se convierte inicialmente en un *rasgo* definitorio en la consolidación de una identidad que represente a todos los nacionales y a su vez los identifica en su pertenencia a un territorio. Ahora bien, ante un escenario que intenta homogeneizar unas formas apegadas a ideales nacionales, la legitimación de una lengua nacional requiere de la participación activa de los letrados que actúan bajo agencias como las academias para imprimirle una eficacia política al uso del lenguaje y que la función social de los letrados bajo esta participación designe a una elite intercomunicante en capacidad de legitimar el uso correcto del lenguaje en la elaboración de repertorios lingüísticos. En efecto, como sostiene Hobsbawn, (1997) esta función política y cultural de los letrados resultó determinante en la consolidación de los proyectos de Estados Nación moderno.

Sin desconocer los diferentes estudios sobre la identidad dirigidos a plantear básicamente una relación próxima con el surgimiento de la nación y la construcción de identidad nacional, que por medio de la configuración de un idioma consolida una comunidad imaginada con dispositivos culturales como la prensa (Anderson, 1983) o la eficacia política que procuran los letrados. Estas son indispensables para lograr la unidad lingüística, a través de la conformación de una elite intercomunicante que busca la correspondencia del dialecto de los letrados con los dialectos de determinadas zonas territoriales, mediante la educación pública y otros mecanismos administrativos (Hobsbawn: 1997); sin desconocer el papel del lenguaje en la constitución de la nacionalidad, donde se constituye en un rasgo importante de identificación de los nacionales, (Knight,1999) Cabe anotar que es importante llevar el análisis y la discusión más allá de estas visiones, aunque importantes, un poco limitadas para comprenderla estructuración de las identidades en Bogotá. La cuestión no es tanto si estos elementos patrimoniales son indispensables para la construcción de una identidad nacional, el problema concreto es quién o cómo se utilizan estos repertorios. Como producto de una construcción simbólica, las identidades requieren evidenciar quién ha participado de esa construcción, qué agentes están implicados y sobre todo cuales son las estrategias culturales desplegadas para legitimar un orden social.

1.2 Las estrategias culturales y la función del patrimonio en la construcción de identidades nacionales

Dentro de los debates que involucran la configuración de una identidad cultural a propósito de las formas y modos de representación sobre la modernidad, los estudios sobre la función del patrimonio en los procesos de consolidación del Estado Nación Moderno resultan fundamentales. Aunque cabe advertir que los estudios del patrimonio Histórico se han debatido entre las visiones más optimistas, desprendidas de las más altas aspiraciones espirituales y culturales de determinadas comunidades, hasta posturas un tanto más precavidas que lo conciben como una estrategia de dominación cultural.

Sin duda alguna, el estudio del patrimonio histórico posee unas particularidades, en tanto ocupa una relación determinada con el orden espacial. En esta medida, la comprensión que se tenga del patrimonio, depende en gran medida, de cómo se discernan las relaciones entre las diversas instancias sociales y la lógica del lugar; si bien el patrimonio histórico posee variadas cualidades, como expresión estética, como objeto del pasado o centro de la política, estas, en su gran mayoría, llevan a preguntarse por la manera cómo las sociedades adquieren ciertas relaciones con el espacio (Chavarro, Llano, 2012).

Para la primera postura, los diferentes estudios sobre el surgimiento de la nación y la configuración de la entidad política administrativa denominada Estado, plantearon una relación próxima de los monumentos con la consolidación de unos valores nacionales con el fin de consolidar una identidad nacional. Bajo estas posturas, la construcción de identidades nacionales y los procesos de cohesión social entre la ciudadanía y unas formas de producción de lo nacional vieron en la utilización del patrimonio, una estrategia fundamental para la creación de unas identidades consecuentes con la organización del Estado Nación moderno (Lechner 2000).

De acuerdo con lo anterior, los signos nacionales suelen ser abordados, a modo de reflejo de las condiciones sociales en que se desenvuelve la mayoría de la población perteneciente a una nación. Apelar a una representación histórica del país y consolidar unas

representaciones materiales en la ciudad, como monumentos, medallones y placas conmemorativas, se convierte en apuesta estatal cuyo fin conduce a la progresiva inserción de los Estados nacientes a los circuitos de la modernización y a la configuración de una identidad nacional capaz de albergar diferentes tipos de identidades de tipo étnico, cultural y social.

En efecto, las visiones conservadoras del patrimonio ligadas a los relatos fundacionales y a un proyecto político, económico y cultural alrededor de la constitución de los estados nacionales, lograron robustecer una visión homogénea de la conservación de la cultura y de la producción de un pasado común a partir de la consolidación de una historia oficial y de unos dispositivos eficientes para la simbolización de estas representaciones del pasado en la ciudad. Así, este tipo de identidades homogéneas lograron invisibilizar las diferencias identitarias por medio de recursos eficientes como la pedagogía de los museos y la consolidación de una historia oficial. En América Latina el populismo de las décadas del treinta al cincuenta, especialmente en el caso del populismo peronista, el populismo vanguardista brasileño y el caso mexicano con la pedagogía de los museos, consolidaron una identidad homogénea amarrada al sentido de lo nacional (López de la Roche, 2000).

Como sostienen autores como Van der Hammen, Thierre Lulle y Dolly Palacio, la política del patrimonio resultó eficiente para la consolidación del Estado Nación moderno con acciones como la recuperación, restauración y conservación del patrimonio, sin embargo, advierten que estas acciones en torno al patrimonio lo han “definido a partir de una supuesta “objetividad científica”, sustentación que generalmente se traduce en clasificaciones que, además de autoritarias, pretenden instituir realidades patrimoniales al amparo de enunciados excluyentes” (Van der Hammen, Thierre Lulle y Dolly Palacio, 2009 p.65).

En esta medida aparecen otras posturas para la comprensión del patrimonio vista como construcción social, donde se propende por la inclusión de nuevas identidades emergentes. Aunque muy cercana a las visiones homogéneas del patrimonio, la visión de los arquitectos en la simbolización del espacio resulta fundamental para potenciar identidades espaciales (Pérgolis: 1994, Viviescas: 1994, Moure: 1994, Lombardi: 1994 Saldarriaga:

2002) Ahora bien, dentro de estas visiones también aparecen otras posturas mucho más cercanas a la idea del patrimonio como construcción social e intencionada. Como sostiene Aprille Gniset (1990) las formaciones espaciales se convierten en el producto de una organización territorial que se corresponde con su función socioeconómica, cuya forma concreta son los hábitats considerados como un producto espacial resultante de una necesidad social. De acuerdo con Llano (2014) la ciudad como una elaboración en el espacio, posee la cualidad de generar múltiples valoraciones dentro de diversos grupos sociales, donde una de ellas es la intencionalidad patrimonial que se ve reforzada si se tiene en cuenta el papel que desempeñan diferentes instancias, como la política, la comunicación y las relaciones de fuerza que se presentan en su relación con la arquitectura (p75).

Desde estas posturas el patrimonio suele convertirse en el producto de selección y transposición de hechos y rasgos elegidos según los proyectos de legitimación política, que, mediante las políticas públicas y la utilización del rito para simbolizar las formas públicas del pasado, logran imponer unos sentidos y valoraciones particulares según el gobierno de turno. En los procesos de patrimonialización el Estado logra, mediante políticas públicas, objetivar el patrimonio en la ciudad, teniendo en cuenta que su función reside en el rescate del sentido social y los usos sociales del patrimonio al ser el árbitro por excelencia de las políticas públicas (Canclini, 1994; Llano: 1994). Así mismo, el Estado utiliza los ritos para insertar unas prácticas y unos valores acordes con unos grupos sociales específicos, a través de la ritualización cultural se imprimen en la cultura unos usos sociales del patrimonio.

Vale la pena aclarar que una variante de estos estudios concuerda en la función de dispositivo que adquiere el patrimonio para beneficiar los intereses de una identidad particular. De este modo, el papel de la elite para el agenciamiento y la legitimación cultural del patrimonio resulta fundamental. En esta medida, al hacer parte de los ritos de la nación o como el objeto de peregrinaje nacional de la gente, el monumento se inviste de una memoria nacional agenciada por el Estado para concretar interpretaciones históricas particulares (Serna, 2001, Chavarro y Llano, 2010, Young, 2011). Bajo esta mirada resulta complejo comprender que detrás de la representación simbólica de una sociedad, se ven confrontados

diferentes agentes de la sociedad que luchan por imponer un sentido de lo patrimonial como sentido legítimo de la existencia pública.

Estos discursos que circulan en la ciudad, movilizan diferentes intenciones e intencionalidades alrededor de la legitimación de lo patrimonial, para potenciar los procesos de construcción de identidad. Así, la mirada de los arquitectos, los historiadores, los antropólogos, filósofos y sociólogos, entre algunos profesionales de las ciencias sociales, buscan no sólo interpretar la relación antes mencionada, sino posicionar un punto de vista alrededor de los objetos patrimoniales y su institucionalización. De acuerdo con (Llano y Chavarro, 2010) como inversión simbólica, el patrimonio requiere de agenciamientos de diferentes instancias y posiciones sociales, que por lo general están en una posición dominante para lograr su objetivación y reforzar de esta manera los espacios ritualizados de la ciudad.

La utilización del patrimonio tiende a convertirse en una estrategia cultural para la imposición de un sentido legítimo de la existencia bajo un modelo de civilidad y de comportamiento ciudadano mediante la exaltación de valores patrióticos y ciudadanos. Así, cabe resaltar el papel que cumplen las academias y los historiadores para replicar el rito nacional bajo la narración histórica y la divinización de los héroes por medio de la creación de una ficción histórica y retórica donde los muertos siguen vigentes (Tovar 1997).

De esta manera, junto con White (2010) la obra histórica se constituye en una estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa que dice ser un modelo, o imagen, de estructuras y procesos pasados con el fin de explicar lo que fueron representándolos (...) si en el curso de la narración de su relato el historiador le da la estructura de trama de una tragedia, lo ha explicado de una manera, si lo ha estructurado como comedia, o lo ha explicado de otra. El tramado es la manera en que una secuencia de sucesos organizada en un relato se revela de una manera gradual como un relato de cierto tipo particular (p14, 18) En esta medida, la pregunta por el patrimonio histórico, requiere ser complementada con otras visiones que involucren la eficacia de otras estrategias culturales que involucren lo religioso, el uso de la historia y recaban en la utilización del lenguaje y sus supervivencias.

1.3 Estrategias culturales y circuitos de legitimación

Como estrategias culturales ligadas a la construcción de una identidad nacional vale la pena citar a Lodares, (2002) quien plantea que el nacionalismo lingüístico adquiere mayor relevancia de acuerdo con la fuerza ideológica que impriman agencias como la iglesia por medio de la difusión de algunas estrategias, por ejemplo, el bautismo. En este sentido, la religión es parte significativa de la difusión de lo nacional, en la medida en que gracias a su carácter sagrado del que se reviste, le es posible propagar e integrar a los individuos en una creencia única, a pesar de la diversidad lingüística (p52). Esta advertencia resulta fundamental en la medida en que la estandarización del lenguaje obedece además a otros atributos culturales que están presentes en la difusión de lo nacional, en la medida en que, a través de mecanismos como la catequesis, el bautismo y la propagación de imágenes, no solo se instituye una política de la imagen sino una estrategia cultural asociada a la consolidación de la nación (Gruzinski S. 1990; Urrego, 1997; Borja, J. 2003).

En este punto cabe destacar que desde el auto reconocimiento y la construcción de sentido se logra dar prioridad a algunos atributos culturales, entre ellos la lengua para la configuración de identidades. Así, Castells (1997) propone que el uso de la lengua es un atributo indispensable para la creación de imágenes colectivas de comunidades culturales. Vale la pena anotar que esta construcción de sentido, a través de ciertos atributos culturales puede tomar la forma de tres tipos de identidades. En primer lugar, la identidad legitimadora que, a través de las instituciones dominantes de la sociedad, como las academias, extiende su dominación a los actores sociales. El segundo tipo de identidad tendría para Castells (1997) un carácter de resistencia donde unas posiciones sociales devaluadas y estigmatizadas mediante la proyección de la lengua como mecanismo cultural hacen frente a la posición dominante, proyectando imágenes comunales para establecer una frontera nacional invisible, menos arbitraria que la territorialidad y menos exclusiva que la etnicidad (p73). El tercer tipo de identidad hace referencia a nuevos proyectos y nuevas identidades derivadas de la lucha y la legitimación de una lengua.

Para el caso colombiano, Wills (2000) sostiene que la nación católica se sostuvo sobre los pilares de la civilización cuyo rasgo distintivo era el catolicismo. Vinculada a la constitución de 1886, esta afirmación se relacionaba directamente con la negación de lo indígena, confinado a lo salvaje y lo bárbaro. Además de cristianizar a los distintos, en muchos de los discursos de las elites políticas se sugirió la estrategia informal puesto que nunca se refrendó legalmente, de blanquear a las poblaciones de color (Wade, 1997, citado por Wills, 2000, p393). Para estos casos, las relaciones de fuerza entre unos grupos sociales frente a otros se convierten en un referente importante para indagar sobre la identidad cultural, y además, plantean la relación entre el uso del lenguaje y la cohesión social, a propósito de unos modos de representación. Para el caso latinoamericano Ángel Rama (1984) recrea esta relación entre lenguaje y cohesión social por medio de lo que él denominó la ciudad letrada.

Vale la pena anotar que, esta ciudad letrada para el autor se correspondía con la organización espacial colonial que privilegio la forma de damero. Esta configuración al interior de la ciudad ordenada en forma de anillos, donde por supuesto, la ciudad letrada componía un anillo protector del poder, apartando así a dos anillos lingüística y socialmente enemigos. El primero de ellos era el anillo urbano con el que compartía la misma lengua, pero se distanciaba geográficamente de ellos, ya que la ciudad letrada se establecía en el centro y estos en la periferia; el segundo, correspondía a los indígenas quienes con el uso de su lenguaje se distanciaban aún más del centro del poder.

Esta conformación geográfica y simbólica de la ciudad lograba mantener a la población iletrada fuera de los círculos del poder que se constituía solamente en el diez por ciento de la población, mientras que la ciudad real conformaba casi el noventa por ciento de la población (Rama, 1984 citado en Llano, 2012). Bajo unos modos de representación que acudieron a los ideales de civilización en las ciudades latinoamericanas, un grupo especializado conformado por religiosos, administradores, educadores, profesionales y escritores que hacían uso de la pluma, tuvieron como propósito ordenar a la ciudad y facilitar la concentración y jerarquización del poder. Esta estrategia cultural se consolidó por medio de la configuración de un ente autónomo caracterizado por la consecución del monopolio de

las letras dentro de las instituciones del poder al que pertenecían, como por ejemplo las audiencias, capitolios, seminarios, colegios, universidades (Rama,1984).

Ante estos primeros antecedentes, cabe advertir que para el caso de América Latina, resultó indispensable la legitimación de una lengua nacional que utilizó la estandarización de las ortografías nacionales y la producción de gramáticas para la homogeneización de una lengua y los agenciamientos de los letrados y las instituciones dedicadas exclusivamente a esta tarea como las Academias, para la unificación del idioma bajo la articulación de una serie de dialectos esparcidos en los territorios mediante economías fundacionales y los textos escolares (González,1996; Serna, 2001). Estas instituciones como la escuela intervienen en los procesos de formación de unos valores específicos y permiten replicar modelos de sociedad y de cultura. Según lo dicho anteriormente y de acuerdo con Serna (2006) en un país como Colombia, la presencia de eruditos y gramáticos en el poder, además de proyectar una devoción intelectual al cultivo del idioma, lograron permear la institución escolar que, valga decir, ha replicado la formación en el recto uso del idioma. Con esto, el sistema educativo ha revestido esos lenguajes como necesarios.

De acuerdo con González (1996), las gramáticas, cuya función es servir de distribuidor de la norma lingüística, se constituyeron en bisagra para articular el espacio público y privado mediante códigos que organizaban campos de identidad nacional con la fuerza que le imprimían instituciones como el Estado, la familia y la escuela. Gramáticas, manuales y constituciones buscaron en común la legitimidad escrita. En efecto, para el caso latinoamericano, el ejercicio de la escritura correspondía con la necesidad de ordenar a la población en torno al ideal de civilidad, pero para lograrlo se necesitó de la implementación de instituciones legitimadas por las letras (escuelas, hospicios, talleres, cárceles) y de discursos hegemónicos (mapas, gramáticas, constituciones, manuales, tratados de higiene) que reglamentarán y domesticarán el cuerpo bajo la imposición de un comportamiento que se apartaba de la “barbarie” que era comprendido como la otredad en el límite de la escritura legal.

De acuerdo con De Certeau (2006) el descubrimiento del Nuevo Mundo, la fragmentación de la cristiandad, los desgarramientos sociales que acompañan el nacimiento de una política y de una razón nuevas, engendran otro funcionamiento de la escritura y de la palabra. Comprendida en la órbita de la sociedad moderna, su diferenciación adquiere una pertinencia epistemológica y social que no había tenido antes; en particular, se convierte en el instrumento de un doble trabajo que se refiere, por una parte, a la relación con el hombre salvaje, y, por otra parte, a la relación con la tradición religiosa (p205)

En estas regulaciones y estructuraciones sociales legitimadas por el Estado, la función de la historia es sin duda determinante para imponer unos sentidos de la existencia, que se hacen legítimos con la fuerza de un campo de la producción de la historia, y también fortalecen los valores patrios y cívicos de estas naciones que entraban a considerarse modernas. Este tipo de agenciamiento que dirige el Estado, buscó una nueva concepción de mundo en la progresiva inserción de los Estados nacientes a los circuitos de la modernización, con el fin de promover cierto tipo de identidades que superaran las múltiples diferencias de tipo étnico, cultural y social.

El patrimonio histórico, en este sentido, tenía por función exaltar un pasado, conectarlo con una identidad nacional y proyectar de este modo un futuro, para que los agentes reconocieran el tipo de virtudes necesarias para ser considerados hijos de la patria. Una de las estrategias para lograr este tipo de cohesión social, es la imposición de una historia oficial, definitiva en la construcción de las naciones y las nacionalidades. Las primeras tradiciones de historiadores han apelado a los mitos fundadores para lograr que unos agentes sociales se reconozcan como parte de un tejido social, pero tal vez lo más importante en este proceso es la formulación de unas políticas de la memoria que contengan básicamente dos dimensiones: la sacralización del contenido histórico y su teatralización por medio de los recursos estéticos.

De este modo, se pretende simbolizar el pasado para interpretar el futuro de un naciente proyecto de nación. Esta simbolización sagrada y estética requiere de su implantación en la vida cotidiana, para lo cual, como señala Lechner (2000), es importante

su inscripción en el calendario: las fechas especiales para la nación, las fiestas patrias, se convierten en el puente que permite encarnar, permanentemente, en el monumento el orden sagrado que éste representa. Sin embargo, la operación de estos dispositivos en ocasiones es instrumentalizada por unos grupos sociales para beneficiarse y tomar distancia frente a otros por medio de la utilización de la identidad nacional (Lechner, 2000). De acuerdo con Serna (2001) para el caso colombiano durante gran parte del siglo XIX y parte del XX la historia funcionó como religión pública, como discurso sagrado, capaz de articular unas tramas del pasado, y organizar el espacio social mediante la imposición de catecismos patrios y manuales de urbanidad y buenas maneras.

En efecto, el discurso histórico irrumpirá en tanto discurso por excelencia de lo público y la formación del ciudadano, afianzado con la retórica y la pulcritud del lenguaje en cuanto a las formas correctas de escribir la narración histórica como un oficio encargado a unos pocos (Llano, 2012) Lo anterior se logra comprender en la medida en que se caracterice el uso y el valor de la palabra en la sociedad colonial. De acuerdo con Silva (2004)

La sociedad colonial fue una sociedad que valoró y potenció enormemente *la palabra*, hasta el punto de desvirtuarla, convirtiéndola en una especie de práctica ceremonial carente de la alegría del sofisma griego. Valoración suprema de la palabra *reglamentada*, que desde luego no cubría la sociedad en todos sus grupos, estando depositada y limitada, en tanto palabra legítima, a los miembros de la corporación del saber, lugar de formación de la elite intelectual que cumplía, a través del discurso religioso, moral y jurídico funciones de consenso y cohesión claves para el mantenimiento de las estructuras sociales (p59)

Ahora bien, bajo estas características de la palabra en la sociedad colonial y con una diferenciación simbólica y espacial dada por la ciudad letrada, estas distinciones sociales se reforzaban en el uso del lenguaje. De acuerdo con Rama (1984) con el encumbramiento de la escritura, y los efectos de una diglosia se lograba diferenciar socialmente a unos grupos de otros. Así, el lenguaje de la vida pública se encontraba impregnado de rezagos cortesanos con despliegues de oratoria religiosa, ceremonias civiles, protocolares; en efecto, permanecía rígido y casi inmutable para defender la norma cultural. En cambio, en el habla popular, se identificaban a los sectores más bajos en la escala social. En esta medida, el lenguaje era

cambiante y solo se podía expresar popularmente mediante el *graffiti*, que se convirtió en la expresión privilegiada para los autores marginados de las vías letradas.

Estas clasificaciones se pueden ver claramente en las expresiones lingüísticas y en los modos de representación artística, que buscaban legitimar, para esta época, las diferencias raciales. De acuerdo con Mörner (1969) en el siglo XVIII el prejuicio sociorracial en Hispanoamérica, como en todas partes en la misma época, estaba creciendo. La terminología sociorracial que se hizo más precisa en el siglo XVIII, siempre reflejó desprecio. Palabras como *sois un mestizo, jibaro, tresaldo, jarocho, sambo prieto, lunarejo*, indicaban el desprecio y el desdén que los españoles sentían hacia los mestizos y otras castas

La mayor parte de estas expresiones son artificiales, producto de la inventiva de unos pocos intelectuales y artistas (...) Los cuadros con frecuencia presentaban un contraste sorprendente, representando de modo realista a cada individuo con su propia ropa peculiar, pero en las más improbables combinaciones de sujetos, especialmente absurdas en aquellos días: por ejemplo, la de un español elegante, vestido con una negra o una india cubierta así mismo con ropas típicas. Esto sugiere que se trata de un género artístico de entretenimiento, más propio del exotismo y rococó del siglo XVIII que de un esfuerzo serio por presentar la realidad social de las indias (p64, 65)

Lo que resulta interesante de este régimen de castas y estos modos de representación coloniales, es sin duda su carácter superviviente. De acuerdo con Serna (2006) el prejuicio y el racismo propios de una sociedad colonial perviven y se hacen evidentes en las estructuraciones sociales contemporáneas. Estos lenguajes coloniales se constituyen en trazas de unas identidades primordiales, que al mismo tiempo se traducen en un racismo criollo caracterizado por las apariencias y que se constituyen en rasgos esencializantes en el universo de lo público. La creencia de que en Bogotá se hacía uso del más selecto castellano ha permitido que se arraigue un poderoso vocabulario sostenido sobre las formas del buen decir. La tradición por el buen uso del idioma en Colombia no puede ser ajeno al efecto de censura que subyace a cualquier preocupación por la formalidad idiomática.

Entonces, gran parte de las exacerbaciones identitarias se presentan en el lenguaje. Si bien es cierto que la utilización del uso correcto del idioma es agenciada por la institución escolar, las formas del buen decir corresponden a unas elites particulares que tienen incorporados y naturalizados históricamente unos adjetivos descalificantes que utilizan para la diferencia, incluso aún, las formas del buen decir, se ven acompañadas por unas formas coloquiales que traspasan la diferencia entre la esfera de lo público y lo privado.

Serna (2006) sostiene del caso colombiano, que históricamente ha sido un espacio social fracturado, y parte de la exacerbación identitaria se manifiesta en la naturaleza de los lenguajes que dominan el mundo público. Este lenguaje custodiado por unas elites particulares, involucró toda una suerte de calificativos descalificantes como incivilizados, atrasados y parroquiales que funcionaron para la división del mundo social. A causa de este lenguaje la exacerbación de unas identidades históricamente subordinadas ha sido descalificada e invalidada. Por ejemplo, la mujer, el indígena, el negro y el pobre revestidos de unas propiedades disminuidas. En efecto, las exacerbaciones identitarias se expresan en el lenguaje, cuando las identidades parciales carecen de un espacio convergente y comunicativo, este lenguaje colonial se encarga de desvirtuarlas a través de toda suerte de apelativos.

Así pues, el buen decir ejerce una doble exclusión: cuando se expande por el sistema educativo garantiza que se imponga de manera general el descalificativo; cuando no se expande la exclusión se refuerza haciendo del buen decir un calificativo exclusivo y excluyente, al no entenderse el lenguaje del buen decir, que es rebuscado y anquilosado, las identidades que intentan ser incluidas, quedan excluidas quedando reducidas a las apariencias siendo este un rasgo distintivo colonial (Serna, 2006).

De otro lado, frente al buen decir se presenta la *jerga* que es propicia para la esfera privada y que además de romper con las formalidades idiomáticas, se caracteriza por ser directa y proscrita de los ámbitos institucionales. De esta manera, la *jerga* ocupa de forma expansiva lo público, con lo cual queda expuesta a las apariencias. La *jerga* hace de la apariencia una esencia y de la esencia un estigma. En este sentido, la *jerga* instala toda la carga histórica de la exclusión. Así, el lenguaje objetiva unas apariencias y el buen decir entra

en tensión con la *jerga*, ya que el uso de expresiones vulgares que atentan contra el idioma delatan la posición de esta identidad subordinada.

Ahora bien, lo que resulta en verdad paradójico es la complicidad estructural entre el buen decir y la *jerga* bajo la lógica del custodio. En las ciudadanías de consumo se sigue apelando a las apariencias, a través del racismo criollo (por ejemplo, en los lugares públicos se mira la apariencia para el ingreso y en este derecho de admisión se miran las investiduras físicas para el ingreso, lo cual fue una operación colonial) y la lógica del custodio, que, para el caso particular colombiano, sería el letrado. Para el caso concreto colombiano Serna (2006) asume los planteamientos bourdivianos con el fin de vincular estas estructuraciones lingüísticas con los procesos de construcción ciudadana.

Para esta argumentación, el autor acude a la teoría bourdiviana, del mercado lingüístico desde unos capitales culturales que transitan como legítimos en la institución escolar. En este sentido, el uso correcto del lenguaje delata la posición del agente dentro de un espacio social. Esto indica que aquel que no está ilustrado en estas formas correctas del decir inmediatamente se vincula con las posiciones excluidas e históricamente subordinadas en un espacio social como el colombiano, tan lleno de fragmentaciones y desigualdades sociales.

Estas fracturas evocan mecanismos que fueron eficientes en el pasado y que están anclados a una tradición de eruditos que hicieron de Bogotá una ciudad culta y deseable de acuerdo al apego de unas formas legítimas y legitimadoras de lo social. Lo anterior se ve claramente en la relación que el autor establece con la ciudadanía como identidad. En el contexto colombiano donde no ha prosperado, según el autor, una voluntad de lo ciudadano y de lo público, las exacerbaciones de las diferencias acuden a la violencia para su existencia social y a la utilización de mecanismos anquilosados que superviven en el presente como *el buen decir* y *el racismo criollo*. De esta manera, estos recursos coloniales, ante una ausencia de una identidad ciudadana que los involucre en el universo social, acuden a la apariencia como forma de existencia.

Como ya se ha mencionado, detrás del uso correcto de la lengua se esconden diferentes agenciamientos que los hacen posible, aquí juegan un papel importante, las academias, (La Real Academia Colombiana de la Lengua, la primera academia de este estilo fundada en Suramérica en 1871) y los diferentes agentes que movilizándolo sus intereses logran proyectar este mecanismo como un dispositivo eficaz, para ser árbitro de las diferencias sociales dentro del espacio social que constituye la ciudad. De allí que la producción de un lenguaje legítimo cobra importancia para aquellos interesados en proyectar una imagen pública de ciudad acorde con un pasado común y de esta manera compartir una experiencia de futuro que posibilite el albergue a distintas identidades que comparten el espacio físico de la ciudad. Detrás de estas dinámicas se esconden una multiplicidad de relaciones sociales, culturales y políticas que permiten que unos repertorios simbólicos (como el correcto uso de la lengua) puedan ser erigidos en patrimonios vivos.

Para comprender la legitimación cultural y el papel del lenguaje en su calidad de elemento cohesionador y objetivador, se hace necesario citar a Pierre Bourdieu desde sus planteamientos del mercado lingüístico. Desde un enfoque sociológico y antropológico, la construcción de una identidad cultural pasa además por la definición de un mercado lingüístico bajo unas relaciones que se producen con el lenguaje. En estos intercambios que se presentan en la comunicación, la lengua es vista en tanto que dispositivo de producción social y objeto de luchas entre agentes de la misma producción lingüística, situando sus diversos capitales lingüísticos bajo un principio de visión y de división del mundo. En efecto, el uso de la lengua para Bourdieu, se manifiesta en forma de *habitus* lingüísticos, que son disposiciones que se inculcan por medio de las acciones del mercado lingüístico; además este *habitus* lingüístico que se corresponde con el mercado lingüístico, es el producto de unas condiciones sociales que se ajustan de manera durable en el cuerpo (*hexis corporal*) pero no necesariamente se traduce en experiencias equitativas.

En este sentido, no todos los agentes dispondrían de un capital lingüístico equitativo, tal es el beneficio de la distinción que persiguen los agentes a través de las apuestas que realizan (Bourdieu, 2001). En este campo de luchas lingüísticas, se pone en juego la competencia lingüística de los agentes que dependen del capital cultural y de la trayectoria

social propia del agente en confrontación. Estas competencias lingüísticas provienen en primera instancia de la familia, ubicada en un espacio social determinado y del sistema escolar en el que fue aprendiendo estas estrategias lingüísticas, como, por ejemplo, la estrategia de la hipercorrección pequeño burguesa que busca la corrección comparando el sentido vulgar (popular) con los términos mucho más elaborados. Las estrategias de asimilación y disimulación que producen las diferencias distintivas en el tiempo, logrando favorecer la inculcación de determinadas prácticas culturales (asimilan) y logrando por supuesto disimular estas diferencias al mostrarlas como desigualdades naturales a través de la denegación simbólica.

Esta dominación simbólica se encuentra cargada de conminaciones tan sutiles que no es posible ver de antemano sus efectos. Un caso concreto de intimidación se presenta en las correcciones al uso del lenguaje, donde se emiten juicios que estigmatizan a los agentes por la pronunciación efectuada. De aquí se puede seguir que, los usos populares de la lengua oficial tienden a devaluarse en relación con el uso social legítimo que vendría a hacer el buen decir. Vale la pena considerar que estos estilos de vida encarnados en estos usos del lenguaje se pueden representar analíticamente por medio de *habitus*, que existen en forma práctica en los estilos de vida, en virtud de que allí se pueden observar las condiciones sociales de producción de un discurso. De acuerdo con Llano (2012) para el caso bogotano estas aplicaciones de la teoría Bourdiviana evidenciaron diversas posiciones, gracias a sus competencias lingüísticas y formas de vida caracterizadas, que buscaban imponer el reconocimiento de la lengua oficial, como lengua dominante por medio de relaciones de poder lingüísticas, que, junto con el posicionamiento de sus modos de vida legítimos, adquiridos según sus capitales y origen social, buscaban resistir paradójicamente, parte del influjo europeo(p23)

Finalmente, de acuerdo con Llano (2011) la resistencia de estas posiciones, que reclamaban, además de la vinculación con España, las distinciones del lenguaje que los distanciaba de una creencia económica basada en atributos prácticos y poco estéticos, tomó forma institucional, con la oficialización de la Academia Colombiana de la Lengua en 1871. Ante estas resistencias soportadas en el poder simbólico que acumulaban los letrados se

empezó a configurar un mercado lingüístico, que perseguía la generalización del uso de la lengua dominante como un dato natural, mediante la imposición de sanciones y censuras que buscarían, al mismo tiempo, la dominación simbólica por medio de la lengua como atributo distintivo y como habitus lingüístico (p23)

1.4 Modernidad, Modernismo y producción cultural

En este contexto de la producción literaria de la nación aparece el problema de cómo abordar el tema de la secularización de la sociedad, que se decantó en términos literarios en lo que algunos autores como Gutiérrez Girardot han denominado modernismo¹⁴. En estos debates aparece una imagen errática de Colombia y nuevamente aparece una suerte de resistencias culturales afincadas a las formas correctas y tradicionales del decir. Según Cuellar (2011) la imagen de Colombia, frente al movimiento del modernismo literario que se propagaba por América Latina con Rubén Darío, José Martí y José Enrique Rodó, tuvo una connotación de sociedad hispánica tradicional, que bajo la regeneración consolidó como principios básicos el orden y la autoridad. Estas resistencias y mantenimiento del orden social utilizaron la palabra oral y escrita para legitimar su autoridad social y su proyecto político.

Estas representaciones asociadas, por una parte, a los estudiosos literarios del siglo XX y de otro lado, a los estudiosos de la modernidad en el siglo XIX, de acuerdo con Cuellar (2011) plantearon algunas versiones ambiguas que se debatían en transmitir la idea de una Bogotá como ciudad pacata, atrasada y asociada a la imagen de la institución eclesial y de otro lado, la Bogotá que como ciudad culta era cuna de poetas, Areópago y Atenas de sur América. Aquí es necesario tener en cuenta que estas representaciones las asocia el autor al concepto modernismo literario y sus características planteado por Ángel Rama a propósito de la autonomía literaria¹⁵. No obstante, para el caso bogotano, se reforzó desde la imagen

¹⁴ Siguiendo a (Gutiérrez Girardot 1987 citando a Federico de Onís) el modernismo aquí se entiende como la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia y la religión, la política y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, de un hondo cambio histórico cuyo proceso continúa hoy(p15)

¹⁵ De acuerdo con Cuellar (2011) El modernismo literario para Rama corresponde a un periodo histórico de cambios ocasionado por las dinámicas propias de la modernidad experimentados en los puntos más avanzados del continente. Las características principales de este movimiento aparecen asociadas en primer lugar a una

de una Europa decadente, la identidad de la Atenas suramericana con una dirigencia política inclinada al ejercicio de las letras.

Como un movimiento de actualización de las artes latinoamericanas con respecto al arte moderno europeo, el modernismo o mejor los modernismos, como lo plantea Cuellar siguiendo a Pacheco, plantearon la denuncia al servil extranjerismo afirmando la importancia y originalidad de la tradición hispánica; sin embargo, en Colombia a partir de un discurso escatológico que ligaba la poesía y la religión se plantearon las reglas para el ejercicio de la crítica literaria, asunto paradigmático en cuanto a la defensa de la tradición hispánica afirmada en su conexión con España. En este orden de ideas Cuellar plantea la tensión entre Baldomero Sanín Cano quien representaba una apuesta por la reafirmación de lo estético y la lucha por el cosmopolitismo y su adversario Miguel Antonio Caro defensor acérrimo del régimen regeneracionista. Según Cuellar en las cartas abiertas a Brake, Miguel Antonio Caro confronta las críticas que Baldomero Sanín Cano hiciera en su momento a Rafael Núñez a través de un escrito conocido como *el Núñez poeta*. Criticado más en términos literarios y de traducción, que desde la apuesta política, en el Núñez poeta, Sanín Cano asesta algunas críticas a la poesía de Rafael Núñez, que inmediatamente es defendida supuestamente por Miguel Antonio Cara en *Cartas a Brake*¹⁶.

Es necesario resaltar, de acuerdo con Quin, (2008) que Sanín Cano fue objeto de una neutralización discursiva a partir de su muerte en 1957. A partir de este momento según este autor, su obra se alineó con la vieja intelectualidad tradicional-gramática conservadora que

especialización literaria y artística. En segundo lugar, una futura profesionalización del escritor. En tercer lugar, la búsqueda de la integración de los estratos inferiores de la sociedad. en cuarto, la edificación de un público culto modelado por la educación. En quinto lugar, la adopción de modelos extranjeros para competir en el mercado internacional. En sexto lugar la autonomía literaria. En séptimo lugar, la democratización del arte mediante el uso selectivo del lenguaje. En octavo lugar, un reconocimiento de la singularidad americana y de la pluralidad de la nación independiente. Cabe resaltar que la idea de pluralidad es ambigua según Cuellar en los estudios que se han realizado en América latina.

¹⁶ De acuerdo con Arango (2003) no es tan cierto que la verdad incontrovertible de Caro como autor de las cartas, sea del todo cierta. Estas reflexiones en torno a la crítica literaria en efecto entrometen la discusión entre el Núñez poeta de Baldomero Sanín Cano y las cartas a Brake firmadas por Manuel. Estas seis cartas publicadas en el periódico el orden de Bogotá entre julio y agosto de 1889, para Arango fueron escritas no por Miguel Antonio Caro bajo el seudónimo de Manuel sino por Manuel Uribe Ángel quien representaba para la sociedad de su época la figura intelectual culto, científico, religioso, hombre de bien y caritativo, reuniendo en una sola persona las cualidades ejemplarizantes para el pueblo antioqueño (p15).

había dominado la vida cultural durante casi cincuenta años en un periodo comprendido entre 1886 y 1930. Habría que analizar la producción ensayística de Cano más allá de una vinculación política con el modernismo colombiano en la medida en que estos rasgos se constituyen en estrategias de lectura que ocultan el aspecto político de su obra (Quin, 2008, p42)¹⁷.

De acuerdo con Quin (2008) Es cierto que Sanín Cano escribió sobre gramática y filología, y de ello es buen ejemplo su colección de ensayos titulada *Divagaciones filológicas*, pero lo hizo generalmente para desmontar los argumentos dogmáticos y ortodoxos de los gramáticos regeneracionistas. Si el propósito de estos era dictar las reglas para “*el uso correcto*” de la lengua y para protegerla del influjo extranjero, Sanín Cano se encargaría de denunciar el carácter arbitrario de esas reglas y de defender la libre circulación de las influencias lingüísticas (p48)

Ya sea por la legitimidad de las cartas y su vinculación con la producción de Cano o por la estrategia cultural asestada por una intelectualidad conservadora y apegada a las formas correctas del lenguaje a un personaje como Sanín Cano, queda en evidencia la escasa confiabilidad de la producción escrita. Estos últimos ejemplos dejan entrever que realizar historia de la crítica literaria o historia de la producción escrita requiere vincular las diferentes versiones, incluso las tensiones desatadas.

De acuerdo con López (2014) realizar historia de la actividad intelectual en Colombia requiere de algunas puntualizaciones y nuevas miradas. La comprensión de los estudios sobre la producción escrita en Colombia, van mucho más allá de su relación con la política, las administraciones públicas o la modernización política, cultural y económica. En efecto, para explorar nuevas comprensiones sobre este tema se requiere ir más allá de la vinculación ideológica de la producción escrita, que la suscribe por lo general a cuestiones de partidos y

¹⁷De acuerdo con Quin (2008) Es cierto que Sanín Cano escribió sobre gramática y filología, y de ello es buen ejemplo su colección de ensayos titulada *Divagaciones filológicas*, pero lo hizo generalmente para desmontar los argumentos dogmáticos y ortodoxos de los gramáticos regeneracionistas. Si el propósito de estos era dictar las reglas para “el uso correcto” de la lengua y para protegerla del influjo extranjero, Sanín Cano se encargaría de denunciar el carácter arbitrario de esas reglas y de defender la libre circulación de las influencias lingüísticas(p48)

debates políticos. Además de vincular a la investigación sobre la actividad intelectual, las tensiones y los debates, se hace necesario para un periodo histórico que va de 1880 a 1930, el papel de la escritura como escenario de los antagonismos.

Vale la pena decir que este periodo histórico ha recibido varias denominaciones: desde la historiografía. Esta etapa se denominó regeneración hasta 1899, desde el componente político a partir de 1903 se denominó Hegemonía conservadora y el conjunto de ambas será la república conservadora. En esta época se le restituyó a la iglesia parte de los privilegios que perdieron con las reformas liberales de medio siglo como la autoridad para limitar la circulación de escritos y doctrinas a partir de lo indicado por el Vaticano Syllabus (1864), encíclicas Quanta Cura (1864) y Aeterni Patris (1879).

Aunque esta circunscripción resulta importante para el autor, las diferencias, las oposiciones y los vínculos resultan mucho más atractivos en la medida en que las investigaciones se vinculen con nuevas formas de hacer historia desde una perspectiva dirigida a indagar por las condiciones de posibilidad de la actividad intelectual colombiana y el papel de la escritura en este periodo en particular. En este sentido, el autor realiza unas advertencias metodológicas sobre el análisis de la obra cultural. La primera de ellas, es que, aunque se requiere partir de la ubicación del autor dentro de una administración o partido político, no resulta suficiente sin la visibilidad y el reconocimiento público entre lectores y pares, que valga decir, lo permitía la escritura no solo desde lo político sino desde diferentes campos de esta actividad como las tertulias, correspondencia, educación formal, lectura.

Pese a que la política estaba llena de drama y ofrecía al espectador una serie de anécdotas, también significaba un vínculo con la escritura, que se traducía para este periodo en empleos y control de las políticas públicas. El carácter de prestigio de la escritura pública, aunque estuvo sometida a excesos de violencia y dogmatismo por las luchas ideológicas, no puede pasar por alto los debates entre escritores y sus gobernantes, entre escritores y sus pares, entre escritores y el público lector. En segundo lugar, para indagar la producción escrita, el autor propone revisar el concepto de modernidad. el autor no propone abandonar el concepto sino ponerlo en suspenso, de esta manera resulta importante tomar la modernidad

como objeto de investigación para comparar el uso que los investigadores presentes hacen de la palabra modernidad signándole valores al pasado o referencias cercanas al atraso, la lentitud del proceso y postergación, simulación y anormalidad para el contexto colombiano. La palabra modernidad además de indicar un complejo de procesos técnicos, políticos y culturales se las (hizo) usar como una teología a la cual debería llegarse (secularización, capitalismo, incorporación al mercado mundial o normalidad (p. 59) El riesgo que se corre es en primer lugar la homogenización de las fuentes y en segundo lugar la utilización del término en sentido análogo a las fuentes mismas evidenciando que se están de acuerdo o se comulga con los deseos de quienes estudian la producción escrita. En este sentido se hace indispensable evaluar el uso que hicieron los intelectuales del término modernidad en la regeneración y la republica conservadora.

En tercer lugar, el autor propone revisar la noción “mínimo textual” entendida como los criterios de selección de los escritos, en referencias, calidad gramatical, estructura lógica, y el rechazo de las publicaciones. Esta revisión se requiere realizar bajo la siguiente pregunta ¿Cuál era el valor literario y académico que debía tener la publicación? Con el fin de tener mayor control sobre la práctica de la escritura). Esta salvedad la realiza el autor al tener en cuenta que en los procesos de profesionalización del escritor aparecía un contexto donde predominaba de un lado una disociación entre la modernización económica y política y por otro el tradicionalismo cultural (con saberes exegéticos como la gramática y derecho) donde el pasado hispánico y las estructuras clericales conformaban el sustrato básico de la jerarquía y el poder en la sociedad finisecular. En este sentido, las administraciones conservadoras utilizaran la producción escrita exclusivamente al servicio de la acción de los gobernantes hasta 1930. Sin embargo, en el periodo de la republica liberal (1930-1946) predominaron los aspectos administrativos y se inician la actividad profesional con la producción de documentos de carácter científico con algunos reconocimientos académicos. Luego de la década del treinta, las ciencias sociales fueron empleados en el gobierno para resolver problemas particulares del gobierno. Estos intentos según Renán Vega Cantor Silva introdujeron a la investigación social por medio de la encuesta y la creación de instituciones de alta cultura para la formación de una nueva intelectualidad mediante un distanciamiento con la política y el dominio de un instrumental método y de teoría.

Con estas consideraciones el autor busca la contextualización de la producción cultural y los diferentes agenciamientos que esta producción supone. Poner en suspenso una categoría como la modernidad de hecho es un avance considerable en la superación de las versiones de la historia que reproducen la historia legítima o dominante. Según advierte Collingwood (2009) la empatía como procedimiento del historicismo, es inevitablemente empatía con los que han vencido, de otro lado, suponer que es posible y necesario empatizar con el pasado vencido resulta, desde cierto punto de vista, tan problemático como empatizar con los vencedores (p 29, 30).

Más allá de la historia de los vencedores o de los vencidos, se hace necesario el descubrimiento de los mecanismos que se ponen en juego, de las representaciones sociales que circulan en el escenario de lo público y que además sirven para legitimar ciertos estilos de vida como formas deseables de la cultura. En la misma vía, la producción escrita participa como arbitrario cultural sometido a tensiones y a luchas por la posibilidad de legitimación cultural¹⁸. Ahora bien, esta producción cultural ha de vincularse a unas formas particulares de estructuración de capital cultural entre 1880 y 1930, que en Bogotá se caracterizó por una creciente preocupación y respeto por las formas correctas del idioma. Esta época de gran versatilidad intelectual liderada por un grupo de eruditos asociados al poder político, intento construir una identidad cultural a través de la proyección de un patrimonio cultural histórico en la ciudad, no solo desde el embellecimiento de la ciudad con algunas placas, monumentos y plazas sino, sobre todo, con la intención de fortalecer un proyecto cultural cuyos efectos simbólicos buscaban afianzar el mundo colonial con la rememoración de un pasado español.

¹⁸ La noción de arbitrariedad cultural procede de la teoría de la reproducción de los sociólogos Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron, quienes entre los años sesenta y setentas propusieron que la reproducción de las relaciones sociales y la configuración de las clases sociales son el resultado de una acción pedagógica con los efectos de una violencia simbólica encarnada en la escuela como institución social. Este concepto permite pensar en las condiciones sociales de producción y reproducción del orden social bogotano, que no ha procedido como reproducción mecánica, sino como resultado de unas fuerzas sociales en constante lucha por la imposición de un principio de visión y de división del mundo. La naturalización de un orden social como el bogotano, donde se admite que el uso correcto de la lengua ha sido y sigue siendo uno de los atributos culturales que más nos representan, esconde los intereses que tuvieron las clases dominantes para imponer un proyecto cultural de la nación en una época donde el desarrollo material e industrial era una consigna en la división del mundo representada en las exposiciones universales.

1.5 Un rastreo bibliográfico obligado: tradición y pulcritud lingüística en Colombia

Con estas primeras aproximaciones frente al tema de la identidad cultural y el uso de la lengua y con unas supervivencias culturales amparadas en el uso correcto del idioma como mecanismo de distinción social, la búsqueda de los referentes bibliográficos en este sentido, se hace indispensable para el caso colombiano. De allí que la producción de un lenguaje legítimo cobre importancia para aquellos interesados en proyectar una imagen pública de ciudad acorde con un pasado común y de esta manera compartir una experiencia de futuro que posibilitara albergar a distintas identidades que habitaban el espacio físico de la ciudad (Barbero, 2000).

En este sentido, los estudios sobre el uso del lenguaje en Colombia han propuesto que el uso correcto del idioma ha sido un objeto privilegiado de los letrados para imponerse en el poder. Mejía Pavony (1988), Deas (1993), Raymond, W. (1991), Zambrano (2002), Llano (2012). En este sentido advierte Deas (1993) que, el conocimiento de galicismos, provincialismos y correcciones se utilizaba para el ataque y la defensa en política. El manejo del latín era otro factor importante en la relación entre política y lenguaje, era sin duda un signo de distinción y poder, ya que, al ser pocos los que manejaban el latín se convertían en actores reconocidos, es el caso de Miguel Antonio Caro uno de los pocos latinistas del país en la época de su presidencia¹⁹. En virtud de lo anterior el conocimiento de galicismos, provincialismos y correcciones se utilizaba para el ataque y la defensa en política,

De acuerdo con Mejía, P. (2010) en su texto el idioma de la nación, la experiencia decimonónica colombiana, plantea que la relación entre idioma y nación se fundamentó en la convicción de un gusto nacional basado en la convicción de que la cultura de los hombres cultos era la de todos los colombianos. Este binomio entre idioma y nación se unió basándose

¹⁹ En este sentido, Deas sostiene que la hegemonía conservadora, logró imponerse gracias al manejo de la gramática, componente importante asociado al gobierno conservador que duró desde 1886 hasta 1930. Este manejo, está directamente relacionado con el poder en Colombia; los congresos de finales de siglo, por ejemplo, fueron ampliamente dominados por los conservadores quienes usaban el conocimiento de galicismos y provincialismos en luchas constantes de reconocimiento político, un instrumento fundamental para adelantar esta contienda. Fue el periódico, donde el periodismo forjó en muchas ocasiones la reputación política. No obstante, esta práctica toma su forma concreta con el establecimiento de la Academia Colombiana de la Lengua en 1871, donde se institucionalizó el interés por las letras de estos personajes (Deas, 1993).

en el antecedente de la conquista española hasta tal punto que se terminó por cambiar la celebración de Bogotá el 6 de agosto de cada año por la fiesta del idioma y de la religión nacional bajo un proyecto civilizador nacional. Idioma y nación se hicieron uno en términos de futuro al fijar su posibilidad, no en la libertad sino en el orden mediante academias y sus sacerdotes y bajo las normas y los presidentes gramáticos. De esta manera, el idioma y la nación en el habla bogotana se convirtió en el proyecto civilizador de sociedades cerradas bajo un centralismo político a excepción de Santiago Pérez (p. 11).

El autor se remite a Antonio de Nebrija quien sostuvo que la lengua se impone a través de la gramática. En el prólogo de su gramática explica a Isabel la católica que necesitara la lengua para que el vencido entienda las leyes de vencedor. La lengua del imperio se convirtió en el idioma de las naciones colonizadas. Cabe mencionar que, al momento de la independencia de la Nueva Granada, la paradoja que se presentó fue si además de la independencia política se requería una independencia en el lenguaje, y los cuestionamientos se relacionaban con cómo comunicarse entre naciones del mismo continente.

De esta manera, el idioma empezó a consolidarse como Patrimonio en la historia de la literatura en la Nueva Granada por medio de José María Vergara y Vergara que enfrentó el tema de los orígenes y lo resolvió mediante un catálogo de obras escritas con anterioridad a 1810. Así, en esta labor le ayudarán Ezequiel Uricoechea y José María Quijano Otero para aprobar la existencia de un movimiento literario antes de 1810. Cabe destacar que los catálogos se ajustaron a las hegemonías. Mejía argumenta que Vergara buscaba la unificación Nacional a través del dominio de un tipo regional y proseguir en el camino de la literatura española hasta encontrar una verdadera expresión nacional, teniendo claro un alejamiento de lo francés. En este sentido es necesario decir que en 1859 se quemarán en la plaza de Bogotá libros franceses que no gustaban al clero, de acuerdo con Mejía, en su mayoría eran novelas.

Aunque cabe señalar que los antecedentes de una Academia que vigilara el lenguaje se presentaron en 1825 en el periódico la Miscelánea donde Francisco de Paula Santander solicitaba la creación de una academia americana, solo fue hasta 1871 que fue fundada, en asocio con la Academia española quien autorizó su creación en 1870, para según sus

fundadores se lograra consolidar una nacionalidad literaria. Otra preocupación era formar lectores a través de la educación y la divulgación de revistas. El mosaico fue la escuela de formación de lecturas más significativa del siglo XIX. A mediados del siglo XIX ninguna persona medianamente instruida negaba la importancia de la escritura en la gesta independentista. El nacimiento de las letras nacionales que se buscaba justificar como Nacional. Lo que posibilitó la consolidación de esta idea, fue la producción literaria y el aumento de imperantes, editoriales y periódicos, esfuerzo mayoritariamente privado, pero también estatal (p. 13).

Finalmente, también Andrés Bello advirtió el riesgo del idioma con la introducción de Neologismos los que, según él, causarían la corrupción del idioma. Por su parte, Rufino Cuervo apoyándose en Bello sostuvo que, si no existía norma unificada en el idioma, el resultado sería la transformación en diversas lenguas. La solución para Bello y Cuervo era que la lengua culta, debía regir y controlar el habla cotidiana a través de las gramáticas y las historias literarias. Caro y Cuervo escribieron la gramática de la lengua latina advirtiendo que el uso del latín era un requisito de la lengua hablada y lengua literaria. La inclinación de Caro por el lenguaje no era filológica sino filosófica lo que le permitió incidir en la política y en las instituciones, mientras que Cuervo incidió solo en la ciencia. Cuervo escribió aportaciones críticas para corregir las formas inapropiadas del uso cotidiano del lenguaje, pero fue el diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana publicados en (1886 primer tomo) y en 1893 segundo tomo el texto fundamental para proteger el lenguaje.

De acuerdo con Deas (1993)

El dominio del idioma llegó a ser; y lo fue durante mucho tiempo, elemento del poder político (...) la preocupación por el idioma no se derivaba del temor al aislamiento, aunque Colombia estuviera aislada, ni del menguante nivel de comunicación con los mexicanos, chilenos o argentinos, que le importaba poco. Me parece que el interés radicaba, en que la lengua permitía la conexión con el pasado español, lo que definía la clase de república que estos humanistas querían (p47-48)

En este sentido, Deas (1993) sostiene que la hegemonía conservadora, logró imponerse gracias al manejo de la gramática, componente importante asociado al gobierno conservador que duró desde 1886 hasta 1930. Este manejo, está directamente relacionado con el poder en Colombia; los congresos de finales de siglo, por ejemplo, fueron ampliamente dominados por los conservadores quienes usaban el conocimiento de galicismos y provincialismos en luchas constantes de reconocimiento político, un instrumento fundamental para adelantar esta contienda. Fue el periódico, donde el periodismo forjó en muchas ocasiones la reputación política. No obstante, esta práctica toma su forma concreta con el establecimiento de la Academia Colombiana de la Lengua en 1871, donde se institucionalizó el interés por las letras de estos personajes (Deas, 1993).

De acuerdo con von der Walde (2002)

Dentro de los proyectos hispanoamericanos de constitución de la nación en el siglo XIX, el colombiano se distingue no sólo por haberse concretado muy tardíamente hacia finales de la década del 80, sino porque obedeció especialmente al impulso de un grupo de filólogos, gramáticos, latinistas y prelados. La tendencia generalizada de suponer que la excelencia en las letras es un reflejo del grado de civilización de un pueblo, y que hay una conexión directa entre las virtudes de la población y las obras de sus elites letradas, les ha permitido a los colombianos durante más de un siglo ufanarse de la alta cultura que profesaban sus prohombres. Bogotá todavía se precia -aunque cada vez más tímidamente- de haber sido considerada la Atenas sudamericana (p1).

La prominencia de gramáticos y filólogos en la vida política del país, se puede evidenciar en la producción lingüística de diccionarios y obras asociadas con el lenguaje, donde se postulan como los más aceptados y representativos Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro. Pero ¿qué caracteriza a estos personajes tan representativos de la vida nacional? Un punto importante que sostiene Deas es el origen cultural y social de estos hombres prolíficos, donde el linaje no está asociado con la acumulación de riquezas sino con el fortalecimiento de las letras a través de la educación.

Aunque esta tradición lingüística fue encarnada por grandes filólogos, gramáticos y lingüistas que se preocuparon por mantener unas formas correctas del idioma, defendiendo su conexión identitaria con España, este calificativo del buen uso del idioma, se construyó desde una tradición lingüística que estuvo ligada a las pretensiones de constituir una identidad nacional de carácter homogeneizante que reclamaba el uso correcto del idioma, en la política, en la vida pública y en el ejercicio de las letras (Llano,2012).

Desde unas marcadas resistencias culturales, arraigadas por una parte a mantener un vínculo con el pasado español y de otro lado a legitimar unos modos de vida hispánica, fue fundamental para gran parte de la elite bogotana, la conservación y el resguardo de la lengua desde sus formas correctas del decir. En este sentido, los gramáticos y letrados, mantuvieron intercambios lingüísticos y fortalecieron una práctica lingüística, que les permitía por una parte el reconocimiento de una comunidad cultural y de otro lado afianzar un modelo cultural.

En efecto, esta referencia a diferentes escritores, novelistas y poetas, según Malcom Deas (1993) ejercieron la política en cargos como congresistas, ministros y hasta presidentes de la República desde finales del siglo XIX hasta la tercera década del siglo XX. (1880-1930). Este proyecto cultural conocido como la regeneración, asumía como requisito de distinción la herencia idiomática y la conexión con el pasado español a través de unas formas de moral y de modal que afianzaron la adscripción a una comunidad política, a la educación y a las buenas maneras (Llano, 2012).

Finalmente, de acuerdo con el análisis de Llano (2012) siguiendo los planteamientos de Pierre Bourdieu, se hace necesario privilegiar la eficacia de la lengua como recurso simbólico donde se ponen en juego los trasuntos de la cultura a partir de estrategias simbólicas movilizadas por diferentes grupos sociales que de acuerdo con la consolidación de su identidad y de una creencia social logran la cohesión y la legitimación social. En el caso bogotano el uso del más selecto castellano ha sido referido en varias ocasiones, especialmente a la presencia de una tradición de eruditos que desde el siglo XIX se preocuparon por el cultivo de la lengua. Sin embargo, este calificativo en apariencia sin ninguna sospecha, presenta en la vida cotidiana el efecto estructurador de unas posiciones

legitimadas para hablar bien y otras que son excluidas por no hacerlo. Estas formas del buen decir, en este sentido, se corresponderían con unas elites particulares, que a su vez se legitimarían mediante el uso del lenguaje como atributo de distinción.

1.6 La estructuración de un capital cultural: La pulcritud lingüística y sus modos de representación

Un antecedente importante de esta tradición lingüística se encuentra en las formas de representación de Colombia. La difusión y representación cultural de la nación, aunque estuvo mediada por diferentes iniciativas por parte de elite bogotana a propósito de la comisión coreográfica liderada por el ingeniero Agustín Codazzi a mediados del siglo XIX y la participación de Colombia en las exposiciones universales y algunas de tipo nacional, el papel que cumplieron las revistas de difusión cultural fue determinante²⁰. En este sentido Vallejo (2010), resalta el papel que cumplió el Papel Periódico Ilustrado en la construcción literaria de la nación bajo el liderazgo de Alberto Urdaneta²¹.

De acuerdo con este proyecto gráfico liderado por Urdaneta que correspondió con los intereses y las necesidades de la elite en cuanto a la consolidación de historias literarias y la formación de un discurso político, se abre la posibilidad de una representación visual de

²⁰ De acuerdo con Martínez (2000) Aproximadamente tres décadas después de la independencia, las exposiciones universales aparecen en Colombia. Algunos dirigentes colombianos ven la oportunidad para mostrar el grado de modernidad de Colombia, sin embargo, la preocupación por la representación de la nación en un comienzo, no era una política de Estado, sino que obedeció a la presencia de colombianos en el extranjero que reuniendo objetos de su pertenencia representaron a Colombia. En 1851, por ejemplo, Rufino Cuervo y un grupo de compatriotas forman la sociedad central neogranadina para reunir y exponer algunos objetos procedentes de Colombia. En el primer decenio del siglo XX existe una indecisión entre la representación productiva de la nación o la representación cultural en las exposiciones, se enfrentan, entonces dos tendencias, en primera instancia, la exposición nacional inaugurada por Rafael Reyes en el bosque del centenario de Bogotá el 20 de julio de 1907 que tiene una orientación marcadamente industrial y la exposición del centenario (1910) producto de la ideología de la hegemonía conservadora que reflejara una visión predominantemente cultural de la nación.

²¹ Ante todo, Alberto Urdaneta fue un dibujante y pintor colombiano que participó en la fundación de la escuela de bellas artes (1886) de acuerdo con Rubiano Caballero (1997) Urdaneta fue un hombre polifacético y emprendedor, fue el fundador del Papel Periódico Ilustrado que publicó 116 números entre 1881 y 1887. En ellos aparecieron 604 grabados trabajados por numerosos artistas formados por el español Antonio Rodríguez, quien llegó al país invitado por Urdaneta cuando este pensó en la realización de la publicación. Pero si Rodríguez les enseñó a Greñas, Crane, Flórez, Moros Urbina etc., el oficio del grabado en madera, el propio Urdaneta los ilustró como escribiera Barney Cabrera- en cátedras teóricas y prácticas de dibujo. Como se sabe las ilustraciones del Papel son un documento valiosísimo de la realidad del país en la segunda parte del siglo pasado(p53)

Colombia²². Aunque el Papel Periódico Ilustrado intentó ser neutral para consolidar un proyecto moderno de nación bajo la formación de una opinión pública, lo que en realidad postuló fue una cercanía de los géneros literarios asociadas a la pulcritud del lenguaje.

De otro lado, la función de editor que cumplió Urdaneta se parecía a las de las grandes revistas y periódicos de EEUU, donde el director de acuerdo con el escritor, podría llegar a modificar el escrito (p.458). El primer ejemplar contiene los rasgos de un manifiesto donde se plasma la versión ideal de su empresa editorial. Según la autora muchos rechazaron la invitación a participar en el Papel Periódico Ilustrado por considerar la propuesta de Urdaneta ingenua (es decir sin compromiso político). No obstante, el Papel Periódico Ilustrado remuneró los artículos que publicó, fijándoles cierto precio que recibe el escritor junto con un número en el cual aparece publicado el artículo. Según la autora, lo anterior hace pensar que las propuestas de generar dividendos para los artistas, esto de alguna manera contribuía a la profesionalización del oficio de la escritura²³.

La autora sostiene que la revista, aunque contenía una extraña mezcla entre el liberalismo y conservadurismo, en ella se hacía evidente la intención liberal de cimentar la nación colombiana, pero con la salvedad de realizarlo a través de una identidad cultural conservadora. Así pues, se reconoce en la imagen Mariana el ideal femenino, el culto a la lengua, la vindicación romántica de los paisajes nacionales, la observación costumbrista de los tipos humanos, la representación realista de la cotidianidad social por medio de la crónica y, por último, la pregunta por el legado indígena o la comunicación de la capital con otras ciudades del país para expandir la experiencia identitaria y engrandecer la gloria de la nación.

²² En efecto, la ciencia, la literatura, el arte pictórico (el grabado como una de sus posibilidades) eran necesidades de la patria y de la elite patriótica y europeizante que Alberto Urdaneta representaba muy bien (Vallejo, 2010, 465).

²³ De lo que no hay duda según el consenso historiográfico, es que con el Papel Periódico Ilustrado se inicia la historia del periodismo gráfico en Colombia de acuerdo a los siguientes planteamientos: En primer lugar, en el PPI existió una clara conciencia de las estructuras y de la función social de la escritura de géneros literarios, periodísticos e históricos por la propuesta de secciones que se encontraba en el primer número. En segundo lugar, al configurar lo literario como ficción y lo literario como estilo (mirar el orden de los números en la pág. 461). Sin embargo, en el orden de presentación del PPI se presenta una serie de interrogantes alrededor de la configuración de lo literario. Por ejemplo, los cuadros de costumbres, los relatos, de viajeros y la gran mayoría de las crónicas están por fuera de la sección literaria, la poesía se encuentra en los textos de ficción. Así, los escritos de poesía representan el 70% de los textos del PPI cercanos a los textos como ficción. Las producciones de cuadros de costumbres y viajes superan a la poesía (50 producciones) (Vallejo,2010)

Es posible mencionar que, en la construcción literaria de la nación, el Papel Periódico Ilustrado fue un proveedor de unas historias literarias para consolidar la representación de la nación y además contribuyó a la consolidación del género literario de la crónica. Aunque la autora sostiene que existió una cercanía de los géneros literarios por una suerte de efecto de realidad y similitud por la descripción, el detalle y la repetición, lo que recogen todas esas iniciativas por lograr la autonomía del género es sin duda y de acuerdo con la autora *la pulcritud lingüística*.

Ahora bien, la investigación realizada por Vallejo está encerrada en los límites de los estudios literarios. Más que una cercanía de los géneros literarios y una representación literaria de la nación, el proyecto de Urdaneta fue ante todo la intención de dibujar a Colombia, representarla como un gran mosaico de recortes que variaban entre los dibujos y los géneros literarios. En el texto no se encuentra con claridad, el aporte de Urdaneta con su Papel Periódico Ilustrado en cuanto a la postura ideológica que tenía Urdaneta, en efecto, la autora excluye esta pretensión de universalización de este agente inscrito en los procesos de transformación cultural de Europa y EEUU, en este sentido habría que ver cuáles eran las relaciones de Urdaneta con el campo del poder y de qué manera contribuyó con la configuración de un campo de producción cultural teniendo en cuenta que fue uno de los fundadores de la escuela de Bellas Artes

Este intento por consolidar unas historias literarias para la consolidación de una nación, se confronta con el carácter soterrado de una literatura cuyas pretensiones no buscaban afectar la opinión pública sino mantener una comunidad letrada cerrada. De acuerdo con Peralta (2002) la representación de la Atenas suramericana estuvo ligada al secreto de una comunidad imaginada letrada, que al contrario de la producción europea que no escondiera temas como la prostitución, esta identidad social virtual al decir de Goffman, silencio las emociones de la literatura. En la parroquia Bogotá se silenciaban las emociones y los instintos más humanos que podían ser representados literariamente. En la literatura hispanista (predominante) solo se encuentran algunas referencias al tema de la prostitución

como el caso de José María Vargas Villa con sus novelas *María Magdalena* (1919) y *Salome* (1920).

Es importante anotar que las evidencias sobre la prostitución en Bogotá no están consignadas en obras literarias como insumos importantes para la elaboración de una representación literaria de lo cotidiano, en su mayor parte están recogidas en los informes de salud pública. Las referencias a las casas de lenocinio aparecen registradas en informes policiales con nombre como *Cara de perro*, *La brisa*, etc. Aunque la ciudad de Bogotá se consolidó como tierra de poetas, la poesía no expresaba la vida practicada ni sus fantasías más profundas. El texto de Peralta muestra una característica importante de la cultura letrada bogotana la cual hace referencia a mantener un silencio frente a las desgracias y prácticas ocultas de algunos personajes importantes ligados a la política y a la cultura como Salvador Camacho Roldan, quien, valga decir fuera propietario de unas de estas casas de lenocinio.

A pesar de que en la escritura se podía denunciar esta práctica y en algunas novelas de Osorio Lizarazo se evidenciaba el problema de la prostitución, los personajes que están inmiscuidos en la dinámica de la vida social no aparecen, en efecto, las prácticas ligadas a mostrar otro tipo de subjetividad diferente de las costumbres católicas con frecuencia fueron escondidas, como en el caso del poeta José Asunción Silva quien disfrazo sus emociones con un manto romántico bajo el estilo que se conoce en América latina como modernismo. Finalmente, la autora plantea que no es fortuita que las experiencias recogidas por Silva en su estancia en Francia fueran extraviadas en un naufragio durante su viaje de regreso a Colombia.

Ante esta situación y una característica particular de la literatura en Colombia, se hace necesaria una consulta a las formas de consolidación de la novela en nuestro país. De acuerdo con Raymond L. Williams (1991) en su texto *la ideología y la novela en los siglos XIX y XX*, la elite colombiana privilegió el ensayo y la poesía como géneros ideales. Los escritores de novelas como María y la vorágine habían perseguido ser reconocidos como poetas antes que como novelistas. Según este autor, la oligarquía colombiana no produce novelas. Aunque

cabe destacar que los novelistas generalmente han sido liberales y los críticos conservadores, casi siempre estos personajes se dedicaron a la política

Para el comprendido entre 1817-1862, el ensayo político tenía mayor impacto que la novela. No existían novelistas, ya que se consideraban escritores y además incursionaban en el discurso político, o filosófico. Cabe resaltar de una parte que los escritores de este tiempo eran terratenientes jóvenes y aristócratas urbanos y de otro lado que la oligarquía en el siglo XIX aceptaba e imitaba valores culturales extranjeras, dándole preferencia a modas literarias provenientes de Francia, España o gran Bretaña. En efecto, la clase alta colombiana adopto muchos valores españoles implantados durante los tres siglos coloniales.

Este periodo estuvo dominado por dos hombres de letras: Julio Arboleda (1817-1862); y José Eusebio Caro (1817-1853) quienes no escribieron novelas. Se distinguieron por su poesía y pertenecían a la clase acomodada. Esta poesía patriótica se convirtió en instrumento para ideologizar bajo la influencia de la literatura clásica grecolatina y neoclásica ya que según arboleda podía inculcar cierto orden a la sociedad, (p45). Las empresas ideológicas que los intelectuales proyectaron fueron la utopía liberal y la arcadia helena católica.

Por otra parte, los conservadores creían que los hombres de letras debían formarse en la escuela pública. Cabe destacar que, para esta época, el salón y la escuela fueron escenarios de enfrentamientos entre los partidos políticos para la moralización de la masa analfabeta. Por ejemplo, en la arcadia como en la utopía el indígena necesita ser civilizado como en las novelas *ingermira* o *la hija de calamar* de Juan José nieto y *el mudo Eladio Vergara*. La novela más notable de esta época fue *Manuela*, aunque es necesario advertir que Eugenio Díaz era un conservador que no se ajustó al modelo de letras conservador, por eso se mantuvo apartado del diario *quehacer* político. También, desde el punto de vista del dialogo político y la militancia, podrían considerarse marginales José Caicedo Rojas y José David Guarín (conocidos por sus cuadros de costumbres)

Finalmente, la literatura colonial gozaba de más reconocimiento que las novelas, aunque se hubieran publicado más de treinta. Se utilizaban lenguajes poéticos en las novelas; en cambio la oposición (liberales) recurría a la ficción con miras al progreso. Desde este punto de vista, los cuadros de costumbres jugaron un papel importante para difundir el gusto correcto. Por ejemplo, las tres tazas Vergara y Vergara Ridiculizó las costumbres bogotanas.

El caso de Vergara y Vergara es sin duda paradigmático como agente cultural, pues además de fundar en 1871 el periódico *La Unión Católica* y ser parte integral de la Academia Colombiana de la Lengua como uno de sus fundadores promovió un club literario, llamado el mosaico, donde hombres nuevos que reunían ciertas credenciales de clase e intelectuales se reunían. Los intelectuales más renombrados entre 1863- 1885 fueron: José María Samper, Rafael Pombo, José María Vergara y Vergara, y José Eusebio Caro. Desde una posición un poco marginal Rafael Pombo se destacó no por sus fabulas, sino por ser traductor de poesía del griego., latín, francés, portugués e inglés; por ultimo cabe mencionar a Soledad Acosta de Samper quien también escribió desde una posición marginal, decía que las mujeres debían dedicarse a la literatura en vez de la política y a traducir novelas del francés al español. (p55).

Por su parte Acosta (2011) refuerza esta idea por medio de las representaciones y del uso de la lectura y la escritura en cuanto a la construcción de la intimidad en el siglo XIX. Particularmente se centra en dos usos característicos de la producción literaria de este periodo de tiempo: los cuadros de costumbres y la novela. Para el primero de los casos, esta estrategia de representación de los tipos y las costumbres de las clases sociales permitía un cierto tipo de orden donde se establecían las diferencias sociales, pero no se denunciaban las injusticias y las inequidades, lejos de tener una connotación de crítica social, los cuadros de costumbres mostraron a través de la contrastación, la construcción de un mundo expuesto a los ojos de los demás bajo el chiste.

De esta manera, la reproducción de las diferencias sociales fue aceptada bajo un modelo de civilización que entrometía los nuevos valores modernos, pero se mantenía en las formas predominantemente católicas del comportamiento. Por su parte la novela, como recurso para la exploración de los mundos privados también reprodujo estas estructuras,

dándole prioridad a la construcción de una realidad externa que fortalecía los valores y la moral católica.

Aquí es importante mencionar que, en la construcción de una identidad y unos referentes simbólicos compartidos, la elite no logro vincular los demás grupos sociales sino los caracterizo desde una mirada particular. Por tal motivo resulta indispensable vigilar estas representaciones que además de la carga ideológica estuvieron dirigidas a mantener un tipo de sociedad particular. Aunque la autora recalca las diferencias y tensiones al interior de la elite, es importante mencionar que la literatura funcionó además como una estrategia para la educación y la regulación moral y social en el siglo XIX.

Ante unas representaciones mediadas por unos intereses de clase, es difícil tener en cuenta estas descripciones que aparecen como copias de la realidad, pero que en el fondo representan los intereses burgueses por objetivar una sociedad en tránsito de convertirse en una sociedad moderna al estilo Europeo; sin embargo si son vistos como referentes de caracterización de unos grupos sobre otros, sobre las caracterizaciones y las luchas sociales por objetivar unos estilos de vida deseables y característicos de la sociedad moderna, entonces son relevantes en la medida en que como representaciones están matizadas por sus diferencias de clase.

Finalmente, habría que preguntarse si el uso de estas representaciones sociales y literarias en el siglo XX no es en realidad una supervivencia cultural, reforzada por la estrategia de lectura en voz alta. Estos escritos que resultan anacrónicos para la época estudiada, pueden ser referentes de supervivencias para la sociedad del siglo XX en la medida en que como representaciones actualizadas también tenían la función estratégica de recordar un mundo y de mantener unas costumbres que se estaban perdiendo.

1.7 El mito de la Atenas suramericana y sus implicaciones en la estructuración de la memoria cultural

Este proyecto cultural que tomo forma en el proyecto político conocido como la regeneración, asumía como requisito de distinción la herencia idiomática y la conexión con el pasado español a través de unas formas de moral y de modal que afianzaron la adscripción a una comunidad política, a la educación y a las buenas maneras. Esta transición entre el siglo XIX y XX consolidó a la ciudad como un referente cultural importante dentro de un proyecto de nación amarrado a los ideales de la civilización, cuyas intencionalidades estaban dirigidas, a la imposición de una identidad nacional consecuente con un ideal específico de ciudadanía y con unas formas correctas en el uso del lenguaje (Chavarro, C. & Llano, F. 2010; Llano, 2012). De allí que la producción de un lenguaje legítimo cobre importancia para aquellos interesados en proyectar una imagen pública de ciudad acorde con un pasado común y de esta manera compartir una experiencia de futuro que posibilitara acoger a distintas identidades que compartían el espacio físico de la ciudad.

Así, esta práctica lingüística que se desarrolló en medio de las transformaciones económicas, sociales y culturales de la ciudad no solamente buscó la proyección de una imagen erudita de la ciudad conocida como la Atenas Suramericana para hacerle frente a la naciente burguesía bogotana, sino que por medio de la censura, el insulto la descalificación y la clasificación social, los letrados intentaron transgredir estos cambios mediante el anacronismo de criterios coloniales como la limpieza de sangre, el orgullo de linaje, y el prejuicio social, convirtiendo el uso correcto del lenguaje en un mecanismo para impedir el cambio y suprimir otras identidades culturales que intentaban posicionarse en la ciudad (Llano, 2012).

Algunas de estas razones para mantener esas resistencias culturales relacionadas directamente con el poder, pueden encontrarse en el mito que encarnó esta generación de hombres prolíficos conocido como la Atenas Suramericana. De acuerdo con Rincón (2014) este mito cultural se enmarcó en la imposibilidad de una experiencia de un Estado nunca moderno. Esta experiencia estuvo caracterizada por una vinculación a la cosmología

crisiana, unos procesos coartados e incompletos para formar una nación moderna y por una sincronía cultural e intelectual de los grupos dominantes frente al proyecto de la modernidad y el hispano centrismo que valga decir, utilizaron estrategias reactivas que atravesaron el afán de modernidad con el mito de la Atenas suramericana que prospero bajo la sombra de un mito patriótico originario bajo resistencias culturales y héroes culturales como Rafael Pombo.

En este orden de ideas Rincón (2014) se propuso estudiar la memoria cultural en el proceso de la formación de la nación colombiana. Desde los planteamientos de Maurice Halbwachs, Aby Warburg, y Jan Assman, la cultura es vista como un fenómeno de la memoria donde los hechos son recordados. Estas formaciones discursivas que constituyen la memoria cultural aparecen representadas en iconos, iconografías, topografías, rituales, colecciones y museos junto con cánones historiográficos y literarios. En esta medida, el autor propone realizar un recorrido por diferentes constelaciones de la memoria cultural para evidenciar las permanencias y las superposiciones en el tiempo. El autor parte del mito patriótico fundacional caracterizado por una fragmentación particularista del país y la imposibilidad de una pintura paisajística, queda el carácter político que alimentó el mito patriótico en América Latina por medio del poder de las imágenes.

A través del concepto de *mito patriótico originario* Rincón (2014) sostiene que el mito patriótico fundacional de los colombianos fue más que un mito político corriente. Cabe resaltar en primer lugar, que el término originario no se refiere al sentido clásico de lo fundacional, que lo separa de la problemática historiográfica que inscribe el origen en una cultura determinada. Es importante sostiene Rincón (2014) emparentar el mito patriótico con un tipo de saber que se evidencia en la narración como categoría analítica que valga decir, es al mismo tiempo producto y proceso, objeto y acto, estructuras y estructuración caracterizada principalmente por la fidelidad del relato en la repetición, el tiempo infinito de esa repetición y los que legitiman y dan autoridad al relato(p75) Metodológicamente se puede rastrear la narrativa bajo tres instancias que hacen parte de la memoria comunicativa. En primer lugar, quienes pueden ser tema de narración, quien cuentan la narración, y quien la escucha, en estos términos quien narra no es un sujeto autónomo, sino que está constituido por la misma comunidad.

En segundo lugar, cabe decir que lo patriótico se deriva del intento o invento romano de patria, palabra del siglo XVIII que fue seguida de republicanismo, democratísimo, liberalismo y nacionalismo. En este sentido toda la semántica política se transformó con la aparición del patriota, donde la patria aparecía como un nuevo sujeto colectivo de acción convertida en benefactora para el bien común distinto al régimen patriarcal de un monarca benevolente. No obstante, durante el siglo XVIII los monarcas borbones no lograron convertir el imperio colonial bajo el esquema de patria; aunque los españoles americanos descubrieron el concepto de patria, esto no cambió su adscripción a la monarquía católica hispánica bajo unas fidelidades primarias de súbditos.

En este sentido, Rincón (2014) define el mito patriótico originario como una narración vinculada con los principios representacionales, cognitivos y afectivos inconscientes que pertenecen al pensamiento mítico agrupables en cuatro categorías: cosmología, fertilidad, liberación y heroísmo. De esta manera, el mito patriótico originario se ubicó entre la memoria comunicativa de muy diversos grupos y la memoria cultural de la nación. Hasta 1890, el mito patriótico fundacional parece haber sido parte de la memoria comunicativa capaz de asimilar heterogeneidades y ofrecer continuidades a partir de recodificaciones conseguidas después de haber algunos quiebres y rupturas culturales, aunque este mito no dependió de especificaciones temporales evidentes en diferencias entre presente, pasado y futuro si reconfiguro esperanzas del pasado y recordación de futuro que se superpusieron y se fundieron

Estas afirmaciones de Rincón en parte pueden ser respaldadas por Sánchez (*s.f*) quien afirma que el mito político además de ser una construcción social que expresa una dialéctica entre individuo y sociedad, muestra al héroe como síntesis, resultado de la antítesis de la sociedad. En efecto, el mito político refleja la sociedad donde se construyó y el héroe expresa el sendero que naturalmente se impone a la sociedad. Con la muerte del individuo el héroe se fortifica. Como síntesis social el héroe político es una construcción social que expresa una dialéctica entre individuo y sociedad. Así, la emergencia del héroe político se da en momentos en que la sociedad está en crisis políticas. A partir del héroe convergen los

intereses políticos e ideológicos. De acuerdo con Sánchez aún en la actualidad Bolívar expresa los intereses institucionales y los contras institucionales (p38).

Así mismo, para el caso colombiano los planteamientos de Zambrano (1994) fortalecen la importancia de los mitos en la constitución de una identidad nacional. De acuerdo con el autor, la contaminación de un imaginario político a través de un discurso liberal igualitario y la práctica de una sociedad conservadora intentó resolver el conflicto de una sociedad fragmentada y conflictiva a través de mitos, tradicionales que buscaba un reconocimiento e identificación común. Aunque “la nación del siglo XIX y XX se constituyó como una organización nominalmente unitaria, pero en realidad la identidad nacional no se formó con un reconocimiento explícito de su carácter pluricultural y multiétnico” (p 66).

La explicación de esta falta de unidad política se corresponderá con una homogeneidad cultural dada por un lenguaje común y un sistema educativo para la movilidad social y ocupacional para la conformación de una identidad y la estabilidad de una comunidad nacional. Bajo este panorama se presentó desde el mundo colonial una división normativa y nominal entre una república de españoles blancos, y otra república de indígenas. Esta división presentada inicialmente desde las leyes de indias en 1680, afectó la conformación de una identidad nacional en la medida en que, la nación fue percibida como jurisdicción en el ejercicio del poder colonial. La ausencia de un proceso explícito de integración forjó dudas y tensiones en torno a la construcción de la nación con una clasificación en el lenguaje entre blancos españoles que habitan la ciudad e indígenas que habitaba en el campo, esta clasificación presentó una desintegración de un proyecto colectivo basado en la exclusión.

Desde un caos de dobles entre españoles y criollos e indígenas, prosperó una nación producto de una élite criolla; valga aclarar que solo desde el perímetro urbano existía un sistema efectivo de jerarquías sociales aceptadas donde era posible proyectar la fuerza del Estado. Debido a la cantidad de tierras realengas o baldías donde la población indígena y mestiza se refugiaba, estas grandes zonas fuera del perímetro urbano estuvieron desprovistas de la presencia política y religiosa. Al finalizar la colonia la estructura de jerarquías sociales y de normas tenía aceptación restringidas sobre la base de la exclusión del mestizo, del

indígena y del negro para la consolidación de una comunidad nacional. Así prosperó la construcción de una nación sobre los límites administrativos de la colonia bajo un imaginario colectivo fragmento que empleo los mitos fundamentales para construir un patrimonio colectivo desde la base de unas representaciones elitistas y clasistas (Zambrano 1994).

Esta permanencia de los mitos fundacionales en las estructuraciones del espacio social y urbano bogotano requiere además de su caracterización y los efectos de estructuración social, el rastreo obligatorio de los orígenes de la denominación con el propósito de brindar un marco de interpretación y una mayor comprensión de su estructuración. El apelativo de Atenas suramericana, Atenas del sur o “la ciudad del águila negra”, para referirse a la cultura literaria de la ciudad de Bogotá se le endilga al geógrafo francés Eliceo Reclus quien visitó Colombia a mediados del siglo XIX. Además de esta referencia a los orígenes de la denominación apareció otra en Madrid, España de 1893 a 1895, con la publicación *antología de poetas hispanoamericanos* por Marcelino Menéndez Pelayo, donde caracteriza la cultura literaria de Santa Fe de Bogotá como la Atenas de la América del sur (Montenegro, A. 2003).

Según Rincón (2008) las formas que adquiere el apelativo no parten directamente de Reclus, sino que desde un auto reconocimiento con el mundo literario español se instaura este mote bajo el contexto de un país en crisis y consagrado al sangrante corazón de Jesús. De acuerdo con Rincón Eliceo Reclus hacia 1860 fue redactor de guías de viaje luego de recibir la influencia de Karl Ritter, geógrafo que enseñaba en el ámbito universitario. Su conexión con el país, estuvo relacionada para la misma época con una exploración y explotación en inmediaciones de la sierra Nevada de Santa Martha. En un artículo publicado en *Revue de Deux*, relaciona la literatura del continente colombino con el París moderno. En una suerte de evocación a partir de lo clásico Reclus sostuvo que a mitades del siglo XIX había dos Atenas en Suramérica: Buenos Aires y Bogotá (p18).

Aunque fue Reclus quien inauguró el discurso de Bogotá como la Atenas de Suramérica fue José María Vergara y Vergara quien suprimió el nombre de Reclus frente a este apelativo. En la historia de la literatura de la Nueva Granada Vergara y Vergara buscó

la conexión del apelativo con la instrucción, el término lo vinculó con dos o tres colegios religiosos que por vicisitudes políticas habían dejado de funcionar. Este interés por difundir este reconocimiento cultural de Bogotá, por medio de proyectos pedagógicos estuvo influido por un contexto religioso que más que perseguir la Atenas de Suramérica estuvo ligada a la búsqueda de Jerusalén como referente cultural. Desde un ambiente de reconocimiento de los Estados Naciones modernos, Colombia sufre una crisis de representación que vinculó por un lado las guerras civiles y por otro lado, el desmembramiento del territorio, con la guerra de los mil días y la pérdida de Panamá. En este contexto el futuro arzobispo de Bogotá Bernardo Herrera Restrepo consagró a Colombia a la devoción del Sagrado Corazón de Jesús bajo la reconciliación y la paz para Colombia.

De acuerdo con Rincón (2008) es precisamente en este contexto donde se presenta un constante auto reconocimiento con el pasado literario español desde tres producciones concretas. La primera de ellas, las referencias de Menéndez y Pelayo, corresponsal de Miguel Antonio Caro quien declaraba rasgos identitarios comunes entre los madrileños y los bogotanos a propósito del uso del lenguaje. El segundo de ellos, María Rivas Groot con una clara referencia a la cultura española en la antología denominada la nueva lira y por último, las cartas americanas de Juan Valera donde proclamó a los bogotanos más españoles que los madrileños. Sin embargo, de acuerdo con Rincón, (2008) fue Rafael María Carrasquilla, Ministro de educación bajo el gobierno de Caro y rector del colegio Nuestra Señora del Rosario, quien intentó bajo un claro proyecto pedagógico proclamar el apelativo de Bogotá como la Atenas suramericana cambiando sus orígenes y su contenido. Lo ambicionado no era la Atenas sino la Jerusalén.

Ahora bien, con Jaramillo (1998) los epítetos del águila negra o Atenas suramericana que se designaba para Santafé de Bogotá, más que una designación o un apelativo representaba la realidad de unos pocos. Estos “espíritus selectos” como así mismo se llamaba nunca negarán la otra ciudad que existía, es decir la ciudad de los pobres e ignorantes, los mencionaba en sus obras, pero los transformaba en seres dóciles, limpios e higiénicos. Los otros que no representaban esa ciudad idílica eran retratados por cuadros de costumbre donde

se representaba la miseria y los tipos sociales como las aguadoras, reclutas, y la idealización de la figura del guache.

Valga decir que el águila negra se relaciona con el escudo de armas que Carlos V le había conferido a la ciudad en 1548, para mostrar un águila rampante en campo de oro y orlada de granadas entres abiertas. El autor sostiene que ni Reclus, ni Cané utilizaron la expresión Atenas Suramericana, pero sí resalta que algunos extranjeros que visitan a Bogotá (Santafé de Bogotá) relievaron aspectos de la cultura del lugar. Por ejemplo. Eliseo Reclus, exalta la biblioteca de la ciudad, el instituto de bellas artes y los paseos enarbolados, Miguel Cané exalta la atmósfera culta de la ciudad, en especial el altozano donde la compara a un círculo literario, con un areópago

Según Jaramillo (1998) la disolución del águila negra o de la Atenas suramericana se debió a una discusión, donde un tal académico consideró que en Bogotá había pobreza intelectual. El 19 de agosto de 1891, el periódico el correo nacional público, un artículo firmado por un tal “Académico” que lamentaba la pobreza cultural de Bogotá y urgía a los intelectuales a participar de manera más activa en el mercado intelectual del mundo. Los seudónimos como Académico, ateneo y Macabeo confirman el cuidado para no herir susceptibilidades y conservar esa camaradería. El intelectual Baldomero Sanín Cano introduce en la polémica a otros dos participantes Macabeo y Ateniense que representaban el cambio cultural de dos épocas (p 475). Baldomero Sanín se quejaba de la falta de producción pública de escritos, pero ratificaba la forma en que los bogotanos cultivaban su espíritu en contraste con la miseria con la que vivía Bogotá.

Finalmente, el autor plantea que, ante la pobreza y la desigualdad, los lugares de encuentro eran el café con aspecto de taberna como *La Botella de Oro* y el altozano de la catedral. El autor sostiene que la Atenas suramericana era un espejismo vivido en el atrio de la catedral donde una comunidad homogénea buscó articular un proyecto civilizador que se impusiera sobre los otros, es decir frente a los guaches y los barbaros que ignoraban el griego y pasaban las más elementales reglas de cortesía y comportamiento. En el altozano descubría hombres de distintas condiciones políticas como José María Samper (a quien consideraba

liberal acérrimo). Que en algunas ocasiones se conectaba con los pobres mediante anécdotas como la Guaricha (p. 474) y la partida de Tejo de Moratín. A pesar que, en algunos momentos, esta comunidad homogénea tuviera algunas diferencias políticas (sangrienta historia política) dos hechos incontrovertibles mantuvieron su homogeneidad: el espíritu caballeresco y el lenguaje esmerado. En esta comunidad existía una camaradería entre los miembros del mosaico basada en una homogeneidad de trato y en la vigilancia de unos miembros sobre otros para conformar una utopía letrada y una ciudad ideal.

Por su parte Mayorga (s.f) expone algunas reflexiones sobre la cultura bogotana del siglo XIX. Bajo la pregunta por la importancia de la invención de una cultura ateniense en relación con la formación de una identidad bogotana, la autora propone como hipótesis que la apropiación del mito de la Atenas suramericana fue perpetrada por una elite letrada que legitimo unas formas concretas de cultura. La apropiación del mito fue utilizada como un mecanismo de segregación social que repercutió en la interacción cotidiana como en la organización espacial. Para el primer caso, la autora se preguntó sobre los parámetros desde los cuales el mito se edificó, para esto tomo algunos relatos de viajeros y el libro de Antonio Gómez Restrepo sobre la Bogotá de 1938 para cotejar las características del mito que, se sustentó en el respeto a las instituciones y al civismo para proyectar una ciudad galante, blasona, noble y muy leal. En estas publicaciones, la autora buscó a través de los ritos de exclusión como los bailes y la asistencia a teatro, el distanciamiento social de las clases altas frente a las populares.

Cabe advertir que debido al analfabetismo la gran mayoría de la población quedó excluida de la cultura. Desde el paisaje urbano bogotano se evidencia como la ciudad de Bogotá frente a otras ciudades como Buenos Aires estaba atrasada. Las tiendas que estaban sobre las calzadas eran descritas como antros infectos sin luz, la ciudad con tinte colonial permanecía a oscuras, las chicherías dominaban el paisaje urbano, aun en los sectores exclusivos, al no existir alcantarillado, eran evidentes los caños olorosos que atravesaban las principales vías y por último la industria era casi nula. Con estas descripciones extraídas de viajeros extranjeros y del libro de Antonio Restrepo, la autora sostiene, como ya se ha mencionado, que en este proceso de construcción de una identidad para el bogotano aparecían

serias contradicciones que fueron resueltas con la legitimación de un discurso apologético y el fortalecimiento de la cultura letrada que bajo la erudición y la cultura compensaba las carencias del espacio urbano.

1.8 Proyecto cultural y desarrollo urbano: las apuestas patrimoniales en el escenario urbano

En una época de tránsito entre una sociedad colonial y una ciudad moderna, la pregunta por el desarrollo urbano no solo es pertinente, sino que además obliga a buscar respuestas ante la ralentización en el desarrollo urbano bogotano. De acuerdo con Zambrano (2002) el lento proceso modernizador de Bogotá recurrió a construir fronteras culturales virtuales para establecer elementos de jerarquía social como la Atenas suramericana. Dentro de los parámetros del discurso sobre la civilización, la cultura se instrumentalizó a través del lenguaje literario que se diferenció del popular para crear una imagen común a todos con el fin de dirigir el rumbo de la sociedad bogotana bajo la dicotomía civilización-barbarie, expresada sobre todo en manuales de urbanidad, reglas de comportamiento y de vestuario, según parámetros occidentalizados.

En efecto, la condición de ciudad letrada quedaba definida con la academia, el salón ateneo, los boletines, las revistas y periódicos y de otro lado, la conducta social se aseguraba con los manuales de urbanidad que proyectaba a Bogotá como ciudad culta. De esta manera, Zambrano (2002) sostiene que, bajo el discurso de la civilidad con sus restricciones y mandamientos, se afirmó el mito de la Atenas suramericana que proyectó la imagen de la Bogotá culta construida por la elite intelectual de la época, que apoyados en la creación de la Academia Colombiana de la Lengua (primera en América), impulsó tertulias, percibidas como herramientas para humanizar y civilizar a través de la revista de Bogotá y el salón ateneo. Ante el atraso urbano de Bogotá, el buen hablar se constituyó en elemento de distancia amparado en una nueva urbanidad burguesa basada en el respeto al orden social, corrección en el vestir, uso del tiempo libre y la regulación del comportamiento femenino, claro está que la persistencia de las costumbres tradicionales aseguraba a la elite letrada la posesión de un patrimonio cultural.

Solo a partir de la tercera década del siglo XX se presenta un tímido ingreso a la modernidad en Bogotá en gran medida por la influencia del proceso de industrialización y la economía exportadora, lo cual generó una progresiva democratización del paisaje social urbano con la industrialización y los nuevos métodos de comercio como el crédito, introducidos por la influencia de turcos, palestinos y libaneses quienes contribuyeran a cambiar la vestimenta de Bogotá y la democratización del paisaje social urbano. De esta manera, el vestido, símbolo de distinción y atributo de las clases altas pierde su carácter exclusivo y deja de ser el uniforme de la distinción social. En la modernización que se estaba presentando en la ciudad, la práctica de los deportes y la fundación de clubes deportivos como el polo club llevo a la apertura de almacenes deportivos y a la consolidación de estos nuevos espacios de sociabilidad burguesa que competían las clases altas.

Se debe decir que las chicherías continuaban siendo los espacios de sociabilidad de las clases populares donde se practicaba el tejo (Turmequé), la taba y los paseos en ocasiones especiales, concepción de sociabilidades distintas a las que proponían las clases altas. Aunque Zambrano (2002) no nombra directamente la influencia de los cafés como espacios de sociabilidad modernos, cabe advertir que nombra la difusión de nuevas corrientes musicales, a través de la radio como la voz de Colombia y la voz de la Víctor, consolidaba desde 1933 y constituida en el órgano difusor de ritmos caribeños, boleros, rancheras, mexicanas. Ritmos como el tango, el fox-trot, el Rag time, se convertían en moda, en sustitución de los valeses, mazurcas y polkas (Zambrano, 2002).

Ante algunas resistencias en el desarrollo urbano de la ciudad bajo el predominio civilizatorio por encima de toda consideración urbana, los espacios de sociabilidad fueron escasos. Aunque el panorama, muestra claramente cómo el desarrollo de una cultura ciudadana se empieza a consolidar solo a partir de los años cuarenta debido en gran medida a las resistencias culturales afincadas en el buen hablar. En realidad, Zambrano no le da tanta preponderancia al mito de la Atenas suramericana, en cuanto referente de identidad cultural en el desarrollo de la ciudad de Bogotá, ciudad moderna. Si queda claro a partir de sus consideraciones el carácter restringido de un mito que funcionó a manera de *frontera*

cultural, entre letrados que buscaban afianzar un estilo de vida particular de acuerdo con la culturización de la ciudadanía y la nueva modernización de la ciudad amparada en los desarrollos urbanos y en las expectativas capitalistas.

Estas tensiones entre un grupo particular caracterizado por el manejo del lenguaje y las formas correctas del decir y las clases populares las intentan elucidar Blanco y Salcedo (2012) a propósito de la dicotomía entre lo tradicional y lo moderno. Los autores adscriben esta discusión en las tres primeras décadas del siglo XX, a partir de las fuentes primarias de la prensa y los documentos oficiales y el complemento de fuentes secundarias. Ahora bien, estas tensiones se evidencian en los comienzos del siglo XX, justo cuando se presentan en la ciudad algunas adecuaciones urbanísticas como nuevas vías, parques y espacios públicos; sin embargo, pese a las iniciativas de modernización de la ciudad, esta seguía manteniendo su estructura colonial. En estas tensiones, la iglesia se auto-proclamó el motor definitivo del progreso y civilización de la sociedad colombiana. Otra de las tensiones entre lo tradicional y lo moderno se suscitó en la celebración del centenario de la independencia en 1910. Lo interesante de este planteamiento no es solo el choque de visiones de mundo entre lo tradicional y lo moderno sino la invisibilización de lo popular en estas fiestas patrióticas.

Durante la celebración se pretendió mostrar una cara más moderna y europea de la ciudad. En este contexto (celebración del centenario) se hace evidente la negación de lo popular. Lo que se muestra como elemento de la identidad nacional, es una nación de élites e intelectuales europeizados, amparados en los presupuestos de una nación católica centralista y los discursos basados en la libertad y la independencia que desconoció lo popular. Aunque el trabajo presentado, no desarrolla esta idea, lo que se puede observar durante el desarrollo del texto es la aparición de esta tensión entre lo civilizado y lo popular. Si bien, los autores plantean la tensión entre lo tradicional y lo moderno, como planteamiento central del texto, la verdadera apuesta, que lamentablemente no se explicita, ni se enfatiza, es la tensión entre lo popular y lo civilizado.

Esta tensión antes mencionada, se empieza a evidenciar en el crecimiento de la ciudad. Durante la mayor parte del siglo XIX, la ciudad de Bogotá no creció. Los dos primeros años del siglo XX, la ciudad que esperaba un desarrollo industrial, frenó este

impulso por la guerra. Al terminar la segunda década del siglo XX se presenta un impulso por ampliar las calles y carreras (pág. 200) y los barrios obreros. (202) valga anotar que, aunque no fue desequilibrante el crecimiento de la ciudad para lograr cambios en la mentalidad urbana, si se muestran algunos elementos de transformación. En las dos primeras décadas del siglo XX empieza a aparecer en la ciudad un componente de lo íntimo (anonimato) que era denunciado (Chisme) como una de las características de un pueblo grande.

Una de las características importantes de este crecimiento es sin duda la construcción de barrios obreros. Según Blanco y Salcedo (2012) citando a Puyo (1987) entre 1910 y 1930 el 64% de la construcción en Bogotá correspondía a los barrios obreros. El más famoso de los barrios obreros fue el llamado *Unión Obrera*, apoyado por Leo Kopp fundador de Bavaria. En efecto, la población que residía en los barrios obreros eran considerados objeto de intervención social (médica, cultural y política) más que como actores sociales y políticos. Uno de los líderes de este proceso de urbanización de los barrios obreros fue el padre Jesuita Campo Amor, quién fundó el barrio Villa Javier donde existía una serie de restricciones como prohibición de perros en las habitaciones, consumo de bebidas alcohólicas y la no asistencia al cine y otros espectáculos considerados focos de corrupción. Estas restricciones de las actividades de ocio en los barrios obreros contrastan con las diversiones que llegaban a la ciudad. Dentro de las diversiones en la ciudad se encuentra la llegada del cine itinerante en cabeza de los hermanos Di Doménico.

Aunque se pensara en alternativas para el desarrollo de la ciudad futura como (El plano de la ciudad futura de 1923 donde se pensaban los Park Way.) opciones importantes para la estetización de la ciudad, no fue posible llevarlo a cabo por la falta de recursos y la dificultad de organizar la ciudad por su crecimiento. En los primeros años del siglo XX, Bogotá dependía administrativamente del gobierno central y del departamento. En la administración de Bogotá, para la época estudiada se presentaban inconvenientes de tipo administrativo como la falta de autonomía de la ciudad con respecto a la municipalidad y al orden nacional. Esta situación de dependencia administrativa condujo a que los alcaldes de Bogotá se convirtieran en agentes del gobernador y del ejecutivo central.

A pesar de los intentos por industrializar al país, la acumulación de capital, y la dotación de infraestructura, Bogotá no tenía las condiciones para llevar a cabo dicha tarea. Ahora bien, la modernización de la ciudad estuvo acompañada de procesos de industrialización incipientes, impulsados por las élites, para generar una transformación en la mentalidad ciudadana muy al estilo de ciudades europeas y norteamericanas. Por el crecimiento de la ciudad, la naciente clase industrial se desplazó hacia Chapinero (Urrego 1997) y aunque existían 22 establecimientos industriales en 1918 entre los que se destacaban la fábrica de sombreros, espermás y fósforos (ver inventario pág. 207) no era suficiente para jalonar un desarrollo industrial.

Con el crecimiento de la población y la desmedida urbanización se presentaron problemas de salubridad como las epidemias (Gripa 1918-1919) lo que condujo a la creación del laboratorio municipal, que se encargó principalmente del trato del agua y la leche. Del lado de los servicios públicos en Bogotá como el acueducto, el servicio eléctrico y el teléfono, fueron limitados para las clases populares y se convirtieron en signos de distinción entre las clases altas y las menos favorecidas. Para solucionar los problemas de higiene en la ciudad se pensó en la compra del acueducto privado en manos de Ramón B Jimeno, el cual fue adquirido en 1914 por trecientos mil pesos. En este contexto (1918) aparece en la ciudad una preocupación por la salubridad en la ciudad, a partir de la pandemia de gripe que azotó a Bogotá y Cundinamarca en 1918-1919.

En este contexto, es importante matizar estas afirmaciones aludiendo a la aparición de fuerzas políticas disidentes que dieron fuerza a lo popular. En este clima de modernización e industrialización se lograron establecer discursos disidentes de corte de izquierda como el partido socialista, el movimiento estudiantil y el obrero. Con algunas protestas se logró convertir el espacio público en espacio para las protestas. (Sociabilidad popular) En las postrimerías de la década del diez (1918) aparece con fuerza el movimiento estudiantil en cabeza de Germán Arciniegas, director de la revista “Universidad”.

Finalmente, en un clima de modernización de la ciudad se presentaron varias polémicas en torno a la conservación o destrucción del referente espacial colonial (p. 224) y a la denuncia de espacios despreciables para la modernización. De esta manera, se presenta una división de la ciudad en dos: la ciudad limpia y de acceso a los servicios públicos y el

transporte y la ciudad sucia que sometida a la mugre y al desaseo es representada como incivilizada. La élite bogotana se había constituido como misionera de la civilización por sus formas de hablar y de comportarse dando lecciones cotidianas de cultura y progreso a las clases populares que eran condenadas. En el primer decenio del siglo XX los barrios más pobres se ubicaban en la parte oriental del centro del municipio. (El más conocido fue el paseo Bolívar) y suscitaban varias polémicas en cuanto al tema de la higiene. Desde 1919 hasta mediados de los años treinta, se llevaban a cabo varias campañas políticas y periodísticas, sustentando en varios informes médicos y de salubridad, que buscaba la eliminación de este foco de infección que daba una mala imagen de la ciudad.

La postura de los autores es una versión de la historia sobre el conflicto entre lo tradicional y lo moderno. Aunque se intenta realizar una historia social desde estas tensiones, no logran rescatar los elementos de lo popular para contrastarlos decididamente con los modelos europeos de civilización. La evidencia de datos y citas, sobre todo provenientes de fuentes secundarias, permiten un acercamiento a unas regularidades en los discursos de la época; sin embargo, al carecer de elementos teóricos y metodológicos, estos análisis quedan sujetos a la recomposición que pudieron darle los autores. Sin unos mecanismos argumentativos fuertes, la tesis que muestra un poco más de lo mismo, puede estar anclada a una visión de la historia que denota lo tradicional y lo moderno bajo los tipos de problemas caracterizados por Le Goff. Desde una dialéctica de la historia pasado/ presente, que puede incluir lo tradicional y lo moderno, se presenta en el texto como un dato natural. Estas construcciones que realizan los autores, se enmarcan en una historia positivista y romántica que no da cuenta del documento como una elaboración monumental, sino es concebido desde su inocencia en la construcción del hecho histórico. En este sentido es importante citar a Le Goff quien advierte que el problema de la representación pasa por su legitimación mediante los debates historiográficos.

En la Europa de finales del siglo XVIII la polémica sobre la oposición entre antiguo/moderno, surgida a propósito de la ciencia, la literatura y el arte, manifestó una tendencia a una inversión de la valoración del pasado: antiguo se convirtió en sinónimo de superado y moderno en sinónimo de progresivo (Le goff, 1991 p15)

Ante esto, es importante reaccionar sobre la representación del pasado, advirtiendo que puede estar replicando una ideología del progreso. “La oposición presente / pasado no es un dato natural, sino una construcción” (p15). Estas construcciones analíticas permiten establecer un punto de vista frente a los fenómenos abordados. Para Bourdieu (2008) el punto de vista es entendido como un Ángulo conceptual desde donde se aborda una problemática, permite constituir un campo científico bajo una relación conceptual entre problemas. Esto quiere decir que es importante abordar un problema de investigación bajo categorías conceptuales que permitan de alguna forma pensar la realidad. La realidad no está dada, es necesario construirla.

En este mismo sentido, la categoría de identidad urbana a propósito del caso bogotano requiere ser analizada en la medida en que puede aportar mecanismos argumentativos y pistas metodológicas para abordar el espacio urbano bogotano. De acuerdo con Pérez (2002) la pregunta por la identidad urbana es posible plantearla a partir de la historia cultural, para evidenciar modelos culturales y estrategias de organización de lo urbano como el recuerdo y la nostalgia. La autora analiza un texto publicado en 1938, llamado *el alma de Bogotá*, publicado con motivo del cuarto centenario de la fundación de la ciudad. Este cuestionamiento se puede ubicar en el tránsito de un orden colonial a uno republicano donde uno de los elementos de la identidad urbana es la ciudad pasada. En el texto de Pérez (2002) se plantea desde el análisis de contenidos la dicotomía entre modernización/tradición en un primer momento y en un segundo momento se plantea lo siguiente: Modernización con tradición/Modernización sin tradición, de allí que las elites letradas apegadas a las formas tradicionales pensarán en la modernización de la ciudad. De acuerdo con esto, el mito de la Atenas Suramericana ante todo se fundamentó en la conservación de las formas puras del lenguaje (que en esencia se podía mantener más o menos sin cambios sustanciales) a pesar de la modernización del espacio urbano. En este mismo texto se alude a la crónica, los cuadrados de costumbre y las reminiscencias como fuentes indispensables para rastrear los cambios entre Santafé de Bogotá y Bogotá con la nostalgia y el recuerdo (estrategia para gestionar el presente. Esta nostalgia constituye un proyecto en el cual está (se articula) una identidad urbana sobre el cual se cimienta un modelo de modernización en el que se pretende conjugar progreso y tradición (p. 58).

De esta manera, la escritura se convierte en el vehículo del recuerdo y en la fórmula contra el olvido. La palabra pasa a ser un instrumento potente para mantener la esencia de la ciudad a pesar de las transformaciones que ha presentado la ciudad. De esta manera, la nostalgia y el recuerdo sirvieron como estrategia para contener el proceso modernizador en cuanto a la organización de la ciudad alrededor *de su alma antigua* para permitir un tipo particular de progreso. Desde un modelo que acepta el progreso, pero con tradición, las elites letradas intentaron construir una identidad urbana y un proyecto centralizador justificado sobre la diferencia de Bogotá con otras ciudades nuevas. El planteamiento al que apunta la nostalgia de las elites letradas es el de *cómo* modernizar, en efecto, el tipo de proyecto modernizador que se debe adoptar y en últimas la nostalgia se convierte en una estrategia para gestionar el presente.

Este análisis de la antología se dio a partir de la búsqueda de su sentido bajo la pregunta por el papel que cumplieron las elites letradas y su escritura como portadoras y creadoras de modelos culturales para la recomposición del orden social de Bogotá, todo esto, valga aclarar, dentro del marco de la modernización urbana. La pregunta que se hace la autora sobre las implicaciones de *este lugar de escritura* en la producción de significación de la ciudad, se refiere a cuál fue la función que cumpliera la antología de Nicolás Bayona, el alma de Bogotá en cuanto a la definición de una identidad urbana. Ahora bien, este cuestionamiento esconde una intención referida a la ubicación de un posible sentimiento de nostalgia de la ciudad pasada vinculada en principio con un rechazo a la modernización

El análisis que realizó la autora acudió a una categoría utilizada por Michel de Certeau donde se hace referencia a los *lugares institucionales* entendidos como modelos culturales, es decir, los núcleos de tradición y los referentes sociales desde los cuales se elabora una percepción específica de la realidad o se construye un texto determinado. Complementario a este análisis de los lugares institucionales se aplicó análisis de contenido (desde la sociología cultural Pierre Hiernaux) a partir de la siguiente pregunta ¿cuáles fueron los modelos culturales que las elites letradas pusieron en juego en medio de un proceso modernizador? Lo que plantea la autora es que el sistema de percepción que los estructura están articulados

por una misma esencia, el alma de Bogotá. Desde este texto en particular, la búsqueda de la identidad se refiere a lo propio y típico en oposición a lo extranjero.

Para la autora, la relación entre modernización, crónica y memoria es directa. La transformación material de la ciudad lleva consigo la desaparición de rasgos característicos de la urbe que solo podrán evocar hacia adelante a través del recuerdo plasmado en la escritura (p.51) Las crónicas, las reminiscencias y los cuadros de costumbre se presentan en el plano de la oposición de ciudad pasada y ciudad presente, santa fe/ Bogotá. A pesar de la distancia entre los cuadros de costumbres y las reminiscencias y las crónicas se comparte una imagen común que hace referencia a la coexistencia de lo antiguo y lo moderno. En efecto, mediante el grafo, que corresponde al concepto técnico de isotopía semántica de Greimas se logra evidenciar las posiciones y asociaciones en un universo de sentido.

Los autores de la antología hacen referencia a los cambios y transformaciones de la ciudad y a la imagen de silencio, tranquilidad y recogimiento de la ciudad antigua. Bajo el análisis de estructuras de significación por oposiciones, se llega a sostener desde los escritos, que el tiempo pasado es un tiempo de tranquilidad y la política como guerra y revolución, es significada como un tiempo infeliz. Inicialmente, el modelo que se decanta de las representaciones, es Naturaleza del tiempo (pasado/presente) Atributos del tiempo (Quietud /movimiento). De este modo, la presencia del escudo de armas y la una cita de Menéndez Pelayo hace referencia a la afirmación de unos símbolos que configuren la unidad y un pasado como vehículo para que los pueblos alcancen su madurez

En segundo lugar, el criterio de periodización pasa de una caracterización de un hecho político y nacional como 1810 a un criterio de modernización de la ciudad dado en 1862 (Cordovez Moure). En este sentido, la manera en que Samper Ortega aborda la ciudad, está relacionada con el conflicto y la injusticia social, que dista de los cuadros de costumbres y las reminiscencias A partir del padre Carrasquilla aparece un segundo modelo de progreso diferente a la dicotomía progreso/ tradición, con la afirmación del progreso desde el conocimiento (progreso falso/ progreso verdadero) donde lo que está en juego es el tipo de modelo modernizador que se adopta

De acuerdo a la postura de la historiadora Amada Carolina Pérez referente a la escogencia de algunos conceptos ligados a las formas de hacer historia desde el planteamiento de modelos culturales bajo la categoría de lugares institucionales de Michel de Certeau y una metodología de análisis de contenido que ha promovido un sector de la sociología cultural, se hace evidente la apuesta de la autora en cuanto a desentrañar las estructuraciones culturales que se encuentran en un libro como el alma de Bogotá. Sin embargo, queda corta en cuanto a la descripción de los lugares institucionales de los escritores que participaron de esta compilación. Solo enuncia la fecha de nacimiento de los escritores y deja clara la ubicación de Bayona como hombre de letras e historiador. Haría falta un concepto más potente, que apunte a verificar las luchas sociales por la imposición de un sentido legítimo de la existencia, como la noción de campo de la producción cultural, que además de vincular la filiación institucional desde el campo del poder, evidencia las posiciones de los agentes de este universo social que, de acuerdo a unos capitales culturales, se encuentran en disposición de emitir juicios con pretensiones universales.

En efecto, el análisis de contenido, fue una estrategia de investigación acorde con el análisis del texto en mención. Este análisis permite evidenciar que existe una imagen de la ciudad afianzada en el recuerdo y en la nostalgia como estrategia para mantener un proyecto político y promover unas formas de identidad urbana. Así, resulta importante tener en cuenta el carácter anacrónico de los cuadros de costumbres frente al análisis de una época de transformación urbana. Si bien es cierto que los cuadros de costumbres, las reminiscencias y las crónicas se constituyen en representaciones sobre la realidad de unos agentes que tienen unas intencionalidades políticas y que posiblemente hacen parte del universo de letrados que encarnan un proyecto político, no se puede desconocer su mirada nostálgica sobre la ciudad antigua, que amparada en la tradición y en las formas tradicionales de la cultura siguen siendo eficientes para una época de transformación.

En últimas, la palabra pasa a ser un instrumento potente para mantener la esencia de la ciudad a pesar de las transformaciones que va teniendo la ciudad. La nostalgia y el recuerdo sirvieron como estrategia para contener el proceso modernizador para organizar a la ciudad

alrededor del alma antigua para permitir el progreso. Desde el modelo progreso con tradición, las elites letradas intentaron construir una identidad urbana y un proyecto centralizador justificado sobre la diferencia de Bogotá con otras ciudades nuevas.

Aunque Pérez (2002) sostiene que, por medio de las crónicas, las reminiscencias y los cuadros de costumbres se puede rastrear una matriz cultural, Therrien advierte sobre la posibilidad ideológica de estos discursos que no solamente invisibilizan a diferentes grupos sociales, sino que además son promotores de la desaparición de espacios bajo el argumento de existir como antros y obstáculos para el progreso urbano. En el texto titulado *Dandies en Bogotá: Industrias para la civilización y el cambio, siglos XIX y XX*, esta autora asume una postura crítica frente a la historia arqueológica para abordar desde los estudios de *la arqueología de la marginalidad* un caso de estudio interesante como es una antigua fábrica de loza en Bogotá. En el transcurso del texto, se hace evidente una fuerte referencia a una pequeña rehistorización de los estudios sobre historia arqueológica, con el fin de tomar posición frente unas representaciones y narrativas ideologizadas. En este sentido emprende esta discusión advirtiendo que los estudios arqueológicos latinoamericanos que se han basado en las trayectorias de grupos étnicos a partir de la circulación y consumo de bienes materiales han fortalecido la imagen de unos grupos dominante.

En efecto, los objetos exhibidos se constituyen en objetos narrativos que soportan el devenir político y económico de las elites. En este sentido, el discurso de la historia arqueológica, de acuerdo a los estudios realizados para América latina, ha privilegiado el siglo XVIII, la época colonial, estatuyéndola como crucial en la conformación de la sociedad contemporánea bajo la homogenización de las prácticas culturales, lo que no permite evidenciar la autenticidad de grupos indígenas y africanos. Desde esta situación, los arqueólogos han tomado la cerámica como objeto privilegiado para analizar la cultura material (huella física de la presencia humana) para observar la permanencia o desaparición de los grupos con el fin de privilegiar el tipo cerámico de origen local o foráneo, también el estilo decorativo y la cantidad presente en cada tipo cerámico para observar la condición de estos grupos en la negociación e hibridación de sus culturas. Además, en la producción

bibliografía arqueológica se reitera como el consumo de este bien material es un instrumento de cambio en las prácticas culturales y el posicionamiento del grupo social.

En los museos, anticuarios y colecciones particulares, advierte Therrien, se exhiben unos objetos cuya significación se le otorga la función de la representación de la identidad nacional moderna, la identidad familiar y la inserción de la industrialización. Esto supone que las mismas ciencias sociales han replicado estos esquemas representacionales de soporte a la elite. De esta manera, los estudios de arqueología histórica sobre la confrontación y el conflicto se disponen a dar cuenta de las consecuencias de la desaparición de los grupos étnicos y las resistencias de estos al momento de enfrentarse a los modelos europeos, pero no de temas marginales como la pobreza, la violencia y la represión. Aunque algunas versiones de la historia han sido críticas con el manejo de la historia como recurso de legitimación de las elites, la arqueología histórica sigue apegada a los discursos nacionalistas emanados de este tipo de historia.

Desde este panorama, no son abundantes los estudios de historia arqueológica en el siglo XIX y XX en América Latina porque se asume la entrada a la modernidad de los grupos sociales que están amparados en los discursos históricos que reproducen unos esquemas de representación excluyentes. Ante este panorama, la autora sostiene que en la literatura sobre historia arqueológica no se encuentran con facilidad referencias que hagan explícitos los conflictos que se presentan entre grupos bajo la utilización de estrategias culturales, ni tampoco es cuestionada la atribución otorgada a los objetos como reflejo de la situación de los grupos, en la medida en que la literatura arqueológica se dispone a dar cuenta del refinamiento y el gusto y la distinción por medio de la inducción de la población independizada a modos de vida más civilizados, que se presenta con la producción industrializada, en este caso una fábrica de loza.

Ahora bien, frente a esta problemática conceptual la autora propone una nueva ruta de abordaje teórico y metodológico. Desde los “pequeños objetos olvidados” (Geertz, 1996) se han evidenciado las acciones de negros e indígenas frente a la dominación, lo cual supone unas narrativas de resistencia y rebelión. Un enfoque alternativo para la arqueología histórica

es la arqueología de la marginalidad. Bajo este enfoque un criterio de adecuación utilizado por la autora, es precisamente que los individuos despliegan mecanismos de sometimiento en el contacto diario y rutinario, lo cual contribuye a la configuración, diferenciación y jerarquización de grupos, sin embargo, es importante tener en cuenta la capacidad de asumir la manipulación de los sentidos y usos dados a la cultura material como parte de una estrategia utilizada por unos individuos para someter a otros.

Desde un estudio arqueológico amparado en la marginalidad de los grupos dominados se realiza un análisis desde diferentes manifestaciones materiales intervenidas por los grupos dominantes, como el paisaje, los documentos escritos y objetos durante el siglo XIX. La autora propone una narrativa alterna crítica por medio de una etnografía de las formas de ejercer el poder y constituir la diferencia, auscultando huellas materiales diversas desde el paisaje, los documentos, los escritos y los objetos que han sido manipulados y usados bajo discursos e ideologías concretas para incidir en el cambio de unas prácticas cotidianas con el fin de afianzarlas en un orden y sentido de vida particular de cada momento. En estos análisis se busca reflexionar sobre cómo estos hechos materiales se les confiere sentidos explícitos que siguen permeando las interpretaciones del pasado.

Desde esta perspectiva Therrien propone realizar un examen crítico a las condiciones en que se establecieron ciertas políticas e ideologías de dominación que aun inciden en las narraciones elaboradas por los arqueólogos sobre las formas de poder ejercidas en el pasado. De esta manera, por medio del análisis de una antigua fábrica de loza en Bogotá, se indaga por las estrategias utilizadas. El análisis se abordó desde las posibilidades de la cultura material como base del intercambio de ideas y perspectivas entre los interesados por la construcción material de las relaciones sociales (p122)

Bajo este panorama teórico y metodológico la autora sostiene que un sector de la sociedad construyó de manera retórica y física lo marginal, poco tiempo después de la independencia interviniendo las prácticas cotidianas de otro sector para así someterlo al nuevo régimen político. Las frustraciones frente a la capacidad civilizadora y de productividad económica de la fábrica, condujo a la desviación de la representación de esta

como paisaje industrial/cultural controlado y regulado hacia una latente marginalidad (p120). Bajo un ambiente de cosmopolitismo donde los dirigentes que intentaban constituir un Estado luego de la independencia, participaron por medio de viajes, correos y la socialización de algunas lecturas sobre el progreso, se establece una fábrica de loza bogotana en 1832 por Rufino Cuervo, Joaquín acosta, director del Museo Nacional y Nicolás Leiva, joven empresario antioqueño. Las cartas, los relatos de viajes y las experiencias vividas en el exterior fueron las fuentes con las cuales se construyó un sentido de organización social que buscaba refrenar actitudes violentas y disminuir las agresiones luego de la independencia.

En 1836 empezó el funcionamiento de la fábrica luego de la importación arquitectónica del edificio, la maquinaria, los moldes y grabados decorativos y funcionó durante 70 años construyendo narrativas propias de la marginalidad. La fábrica de loza seguía el modelo de la arquitectura industrial europea caracterizado por un edificio de dos pisos. En el primer piso se encontraba 30 pequeñas celdas en las que se ubicaban a los trabajadores. En el segundo piso se ubicaban la parte operativa de la fábrica, donde se encontraba la oficina de la administración que vigilaba la producción diaria y nocturna, de todo el personal (la fábrica rememora los principios del panóptico).

La industria europea buscaba domeñar lo marginal a través de la disciplinación de sus operarios y a la vez enriquecer a la nación. Se esperaba que la fábrica pasara a reemplazar las funciones de las ermitas, pequeñas capillas con las que se sacralizaba el terreno lo marginal durante el periodo colonial. Los sitios para establecer las fábricas privilegiaron lugares donde se pudieran abastecer de agua y lugares criminales pensados como salvajes para domesticarlos. En el caso de la fábrica se ubicó en la parte alta del recorrido de la quebrada de san Juanito, contra los cerros orientales, creando una barrera y demarcando una frontera domesticada en un territorio caracterizado como criminal y salvaje

La implantación de la fábrica requirió construir un paisaje industrial, desde el cual se logrará domesticar un paisaje cultural para civilizarlo y regularlo. El entorno industrial, donde se emplazó la fábrica de loza estaba dentro de un triángulo delimitado al nororiente por el cementerio de los suicidas, en el extremo sur de los chircales y tejares, frecuentado por

barbaros que inspiraron la crónicas y novelas, y en la esquina noroccidental con el punto de encuentro de los capuchinos hedonistas, caracterizados por Cordovez Moure como enemigos de las virtudes morales.

Con la forma de producción, amparada en los principios de la división del trabajo, se buscaba la diferenciación con los artesanos, caracterizados como población suburbana, dedicados a la producción de cerámica sin estética. Era de esperarse que con La producción de loza se promocionaran imágenes de paisajes románticos, como almuerzos campestres, actividades de esparcimientos, como la música y montar a caballo o remar en lagos rodeados de monumentos, para infundir cambios en el comportamiento. La loza era una estrategia de inculcación de un estilo de vida.

Más allá de los significados de ostentación y lujo relacionados con el estatus social, lo importante del análisis es identificar los sentidos otorgados por quienes poseían las losas. Muchos diseños de la loza provenían de Europa, pero se realizaron a nivel local algunas representaciones referidas a la bandera de la misma fábrica y al sagrado corazón en un plato recuperado en la antigua quinta de Bolívar. La loza bogotana, importada o tuvo acceso a todas las clases sociales. El uso de loza industrial en un comienzo fue símbolo de distinción, pero con el contrabando su uso se masificó como lo demuestran los hallazgos de estos vestigios en diferentes partes del territorio en ámbitos urbanos (en el centro como en la periferia) y en las zonas rurales (áreas de resguardos indígenas, haciendas, pueblos y villas)

La fábrica de loza nunca tuvo los resultados esperados y en manos de Leiva quien finalmente tendría toda la partición con la venta de Cuervo y Acosta recién inaugurada, cerró sus puertas a finales del siglo XIX. Aunque, la fábrica siguió funcionando hasta mediados del siglo XX bajo la organización de sus empleados, ya sin una estructura administrativa como la anterior y además en este espacio se estructuró una identidad alrededor del lugar conocido como de la antigua fábrica de loza, en las crónicas este espacio fue nombrado como un lugar sombrío oscuro y sin salida identificado como el túnel. Desde los procesos criminales y las crónicas se denuncia el barbarismo y la delincuencia en los márgenes de lo urbano (los cerros orientales) Las crónicas urbanas difunden a través de ciertas descripciones,

este territorio como un territorio de miedo que sustentan la política de exterminio de estos espacios para el bienestar colectivo. Las crónicas urbanas y los discursos arqueológicos derivan de discursos constitutivos del poder y la diferenciación de la sociedad del siglo XIX que son concebidos como naturales.

Aunque es interesante el abordaje teórico y metodológico que realiza la autora, lo que se esperaba era el desarrollo de la presencia de Dandis en Bogotá, tal como lo sugiere el título. Es importante tener en cuenta las referencias sobre la historia arqueológica en cuanto promueve por lo general una narrativa que excluye las representaciones de lo indígena y lo africano. Estas versiones dominantes de la disciplina, naturalizan unas versiones de la historia que intentan homogeneizar las prácticas y los discursos, en la medida en que están reproducidos bajo un paradigma de lo moderno. En este sentido, su discursar es ideológico y es necesaria la crítica y propuestas de alternativas a los modelos dominantes. Sin embargo, el texto, no muestra la participación de indígenas, negros o sujetos marginales en la construcción de identidad colectiva, pues como se ha mencionado han sido excluidos. En este panorama teórico y metodológico, las referencias al poder quedan rezagadas por un interés tal vez desmedido en visibilizar la exclusión y la marginalización a través de elementos enunciativos y discriminatorios como las crónicas.

Ahora bien, en esta discusión sobre la identidad urbana, otro aspecto relevante a considerar en cuanto a configuración es sin duda el tema de la intimidad. Desde los planteamientos de la teoría de la banalidad que contrarresta las definiciones abstractas de la identidad nacional y regional, Murcia (2010) buscó rastrear la construcción de identidad local por medio de aspectos banales que se pudieran rastrearse en la cotidianidad. En este sentido, la autora utilizó como objeto de reflexión, los espacios como reflejo “banal” de la identidad. Esta postura abre la puerta a la observación de detalles espaciales con las transformaciones urbanas de las calles y las casas, que desde este planteamiento se asumen como el reflejo de las clases sociales.

La tesis de la autora se sitúa en afirmar que durante el siglo XX las mujeres de élite bogotanas contribuyeron desde lo “banal” a la creación de nuevos modelos sociales

apropiados a la identidad de la ciudad, para permitir cambios fundamentales reflejados, sobre todo en la vivienda y en la construcción de la intimidad. Para evidenciar dicha afirmación, la autora postulo unos prototipos representativos de casas, que en diferentes épocas reflejan la construcción de una identidad colectiva, denominada la “bogotanidad”. En este caso específico, la autora realiza un análisis de objetos culturales primarios para examinar en primer lugar de qué manera se tejen las relaciones entre la calle y la casa y posteriormente sobre lo banal y lo cotidiano de los espacios físicos como reflejo de lo social

Desde las comprensiones teóricas que asumen lo banal y los elementos cotidianos como referentes sociales y culturales se puede rastrear la identidad gracias a la capacidad de reflejo social que poseen estos elementos. Ante categorías abstractas como la identidad nacional y regional, se asume la identidad local en los territorios por medio del reflejo de elementos cotidianos. A partir de considerar el espacio físico habitado como un lugar con vida, este puede convertirse en el reflejo de relaciones sociales evidentes en la construcción física de la ciudad y la casa. De esta manera, se puede plantear el siguiente argumento relacional: como la ciudad, la vivienda reproduce los vínculos afectivos o de poder de la estructura social.

Es importante anotar que, en efecto, existe una percepción diferenciada de los espacios públicos y privados de acuerdo a las clases sociales y a las épocas. Sin embargo, la transformación en las formas de habitar hace palpable el cambio social y la modificación de los modelos que inciden en la construcción de una identidad colectiva local. Así, el cuerpo, los espacios y la comida entre otros, se constituyen en elementos que reflejan quienes somos. Para entender la variación de las relaciones entre las estructuras de poder o de género, y del entorno social y urbano, como proceso de reflexión sobre la construcción de la identidad bogotana en el siglo XX, la autora propone un análisis comparativo de los espacios habitados por tres mujeres de la élite bogotana que vivieron diferentes momentos de la ciudad. Estos espacios reflejos que representan a diferentes mujeres de la elite bogotana se basan en tres momentos de desarrollo urbano en Bogotá. En primer lugar, la representación de la aristocracia con la casa de la abuela que, con un mundo reducido a sus alrededores de la ciudad para las mujeres, harían ocasionales salidas al mercado o pasar vacaciones familiares

en la sabana (1890-1910). En segundo lugar, aparecen las quintas (1930-1950) que representan a la quinta de la madre, donde se desplaza la antigua casa aristocrática dándole privilegio a las fachadas y a un ambiente espacial culto en la construcción de la intimidad: representa la casa burguesa. En tercer lugar, aparece la casa de la hija (1960-1975) que representa la construcción de modernidad con la vivienda familiar.

Para el análisis urbano se tomó en primer lugar, la casa de la calle 8 entre carreras 8 y 9 en la calle de la sal (la casa de la abuela) para el segundo análisis se tomó la quinta Camacho, construida por la compañía Cemento Samper para Jorge Durana. Para el tercer análisis se parte de las casas localizadas en el Nogal y el sector Rosales, específicamente la casa de Guillermo Bermúdez Umaña. De esta manera, el análisis de un espacio doméstico, brinda la posibilidad de comparar materiales, elementos decorativos, fachadas y los cambios derivados con el tiempo. Se tomaron algunos elementos de la estructura social, desde las transformaciones estéticas de las casas y la disposición espacial al interior de las casas. Con la casa burguesa se consolida la construcción de la intimidad y con la casa unifamiliar se sufre una ruptura física y espacial por las consecuencias del bogotazo generando en la elite el temor de compartir el espacio público con otras clases sociales.

Este texto resulta importante en la medida en que se acerca a la relación entre el espacio físico y social, bajo la intencionalidad de evidenciar una construcción local de identidad como la bogotanidad, sin embargo, el texto carece de comparaciones con otras clases sociales y se centra en la representación espacial y social de la elite bogotana. Esta dificultad en la recomposición de un espacio social cargado de contradicciones urbanísticas y de tensiones sociales por la desigual distribución de capital, permite sostener que el análisis de la identidad local, no puede excluir el análisis de las diferentes representaciones surgidas de las clases bajas y medias en un contexto de transformación urbana y de cambios fundamentales en lo social y lo cultural.

Aunque las construcciones de espacios físicos para la ciudad puedan representar una forma de invocar algunos referentes conceptuales, que valga aclarar no eran propios, en la medida que hacían parte de un deseo de modernidad que traía consigo modelos extranjeros

como la arquitectura inglesa, francesa y americana, deja de lado las prácticas y los estilos de vida consecuentes con los espacios habitados. Al dejar de lado estos estilos de vida caracterizados por unas formas particulares de hacer de la ciudad un espacio y de su lugar de vivienda un espacio diferenciado con respecto a las demás clases sociales, resulta difícil advertir, la representatividad de unas representaciones sobre la definición de una identidad local. Ante esta situación resulta fundamental contraponer unas comprensiones teóricas más dinámicas en establecer las relaciones entre espacios físicos y sociales alrededor de los efectos sociales que produce habitar ciertos lugares de acuerdo a los capitales simbólicos, económicos y culturales acumulados como ganancias de posición que se retraducen en ganancias de localización.

Finalmente, como dimensiones localizadas del espacio social y urbano, Serna (2001) plantea un análisis de las condiciones sociales de producción y circulación de las formas históricas que diferentes instancias pertenecientes a los campos de la producción cultural intentaron imponer en el espacio urbano bogotano, para ello el autor plantea una *historia social de las formas urbanas*. Inicialmente, estas referencias a las formas de bordaje de la historia y su proyección hacia el escenario urbano, permite establecer una conexión entre una producción sobre las representaciones del pasado, las tensiones y las luchas simbólicas por la imposición de sentidos legítimos de la existencia por medio de unos campos de la producción cultural.

Bajo estos planteamientos, la identidad cultural pasa por las elecciones y los agenciamientos de grupos sociales que desde sus diferentes posiciones en los campos de la producción cultural se intentan imponer. Al asumir las condiciones sociales de aparición de unos discursos sobre la historia en las primeras décadas del siglo XX en Bogotá, se hace urgente la visibilización de unos sentidos sobre lo moderno donde no solo aparecen en la definición de la ciudad el papel de las instituciones sociales como la sociedad de mejoras y ornatos y la Academia Colombiana de Historia que buscaba el monopolio de la simbolización en la ciudad sino la aparición de entidades técnico urbanísticas que empezaron a tener protagonismo en las decisiones y simbolización de la ciudad.

Antes de ubicar estas formas de historia más allá de unas historias urbanas, el autor menciona que la historia para un contexto que acoge gran parte del siglo XX y que tiene como trasunto las estructuraciones de la moral católica y a su vez de los discursos sobre la modernización, requiere ser entendida ante todo como religión pública. Con un objeto de estudio enfocado a la historia como religión pública se puede ubicar este discurso como fuerza mística que pervive mediante ritualizaciones periódicas para imponer una naturaleza del espacio y el tiempo. Como discurso sagrado, la historia como religión pública, además de articular unas tramas del pasado, logra organizar el espacio social mediante la imposición de catecismos patrios y manuales de urbanidad y buenas maneras. En efecto, como extensión profana del discurso histórico irrumpirá como discurso por excelencia de lo público y la formación del ciudadano.

Aprovechando el carácter difuso de la historia que supone desde esta perspectiva, la existencia de un espacio social homogéneo, la efectividad de la historia como religión pública permite evidenciar sus posibilidades de aplicación en un objeto de conocimiento como la ciudad. Entendida como realidad culturalmente producida en diferentes ámbitos como lo histórico, lo arquitectónico, lo urbanístico y lo artístico, la ciudad pasa de esas formas esenciales articuladas a las historias urbanas, a unas formas urbanas de la historia para desentrañar los agentes y las agencias implicadas en su producción con el fin de poder diferenciar la historia y los historiadores, para reunir las narraciones con sus narradores y lograr ubicar unos productos culturales en el medio público. En este sentido, se hacen evidentes unas relaciones de fuerza y las formas que adquieren las formas simbólicas se constituyen en un verdadero objeto de conocimiento. El agenciamiento de lo histórico como discurso estructurador de la ciudad, no solo permite hacer entrar a la historia representada en la historia, como advertiría Bourdieu, sino reivindicar las versiones alternas al recuperar la relación oficialidad/ disidencia. En este orden de ideas el autor se pregunta por las condiciones que han determinado la existencia de unas historias oficiales, unas historias académicas y populares que han transitado como proclamas y agenciamientos por la institución educativa.

En este sentido Serna (2001) al preguntarse por las condiciones estructurales que permiten la circulación de lo histórico en el contexto y las instituciones sociales como la escuela, pone en evidencia por una parte una guerra de versiones por lo histórico y por las representaciones del pasado objetivados en los textos escolares y de otro lado las intenciones de imposición de unas condiciones determinadas de existencia de lo público y lo ciudadano. El autor en mención se ocupa de realizar un análisis de las condiciones sociales de producción y circulación de las formas históricas que diferentes instancias pertenecientes a los campos de la producción cultural intentaron imponer en el espacio urbano bogotano. Al acoger las tesis de Pierre Bourdieu con su teoría de los campos y particularmente desde las consideraciones de la historia social, el autor plantea una historia social de las formas urbanas. Antes de ubicar estas formas de historia más allá de unas historias urbanas, el autor menciona que la historia para un contexto que acoge gran parte del siglo XX y que tiene como trasunto las estructuraciones de la moral católica y a su vez de los discursos sobre la modernización, requiere ser entendida ante todo como religión pública. Con un objeto de estudio enfocado a la historia como religión pública se puede ubicar este discurso como fuerza mística que pervive mediante ritualizaciones periódicas para imponer una naturaleza del espacio y el tiempo

En efecto estos discursos agenciados de diferentes campos de la producción cultural, participaron en la constitución del medio público urbano en la ciudad de Bogotá. Estas representaciones de lo histórico en el espacio urbano funcionaron como mecanismos de imposición de unos sentidos legítimos de la existencia que junto con el patrimonio cultural desde sus manifestaciones culturales y de arbitraje cultural a través de las conmemoraciones, celebraciones cívicas y la proliferación de monumentos en la ciudad, afianzaron los efectos constitutivos de la representación del pasado como discurso moral bajo la forma de la historia como religión pública que utilizó la institución escolar para la divulgación de unas formas concretas de lo ciudadano. En este sentido, los monumentos y los catecismos patrios para afianzar una ciudadanía bajo los efectos de la institución educativa, reclamaron sus formas y su legitimidad con el acontecimiento del 9 de abril de 1948. De esta manera, la institución educativa, junto con las producciones del campo de la producción de la historia, se encargaron de legitimar un tipo de historia cuasi sagrada que tenía por objeto legitimar las

diferentes posiciones del espacio social bogotano. En ella transitaron las diferentes expectativas de los diferentes agentes del campo social por la imposición de unas formas específicas del discurso histórico y el ejercicio de tales formas en la caracterización pública del ciudadano.

Así, el reconocimiento de diferentes escenas de la ciudad montadas desde campos específicos, develan esas luchas por la imposición de un sentido de lo histórico y sus relaciones directas con el campo del poder. Como experiencias concretas de los sujetos sociales, estas tensiones permanentes entre un pasado objetivado a través de su representación y las formas como son inscritas, permiten recuperar aquella relación entre historia y memoria. El autor acude a una analogía que permite establecer una especie de arqueología de lo histórico para escavar en la memoria colectiva urbana esas formas de historia urbana que se ha estructurado y que además ha posicionado un patrimonio cultural histórico con unas manifestaciones sobre las representaciones del pasado, arqueológicas y artísticas.

En suma, como experiencias concretas de los sujetos sociales, estas tensiones permanentes entre un pasado objetivado a través de su representación y las formas como son inscritas, permite recuperar aquella relación entre historia y memoria. El autor acude a una analogía que permite establecer una especie de arqueología de lo histórico para escavar en la memoria colectiva urbana esas formas de historia urbana que se ha estructurado y que además ha posicionado un patrimonio cultural histórico con unas manifestaciones sobre las representaciones del pasado, arqueológicas y artísticas. Desde este horizonte de actuación se hace evidente el interés por la memoria, que se convierte en el escenario estratégico de legitimación de agencias como las academias, centros de preservación y recuperación patrimonial, el campo técnico-urbanístico donde participan la arquitectura, el urbanismo y la sociedad de mejoras y ornatos y por supuesto el campo educativo. Como dimensiones localizadas del espacio social y urbano, el autor se pregunta más por cómo se construyen las estrategias de legitimación de estos sentidos de la existencia, que por cómo se pueden representar. Así, el reconocimiento de diferentes escenas de la ciudad montadas desde

campos específicos, develan esas luchas por la imposición de un sentido de lo histórico y sus relaciones directas con el campo del poder.

Ahora bien, estas representaciones del pasado afincadas en los campos de producción cultural como el campo de la historia, y el campo de la producción y regulación de la lengua (Academia Colombiana de Lengua) transitaron por las discusiones sobre la construcción de una identidad cultural para una ciudad como Bogotá, pero posiblemente podrían proyectarse a los Cafés como espacios de producción de sentido. Como ya se ha mencionado, el problema de la construcción de la identidad cultural en el espacio social bogotano entre 1880 – 1930, fue asumido desde un proyecto político particular agenciado por los letrados en el poder, que intentaron imponer unos repertorios simbólicos en la forma de patrimonios lingüísticos unas representaciones del pasado eficientes y unas estrategias culturales de legitimación como los monumentos y las festividades patrióticas. Estos intereses de esta identidad dominante se amparó bajo el referente de Bogotá como ciudad culta, que reivindicó su conexión con el pasado español bajo el mito de Atenas suramericana; No obstante en una época de transformación urbana, donde emerge una burguesía bajo un incipiente desarrollo industrial y de una vinculación al capitalismo, la aparición de espacios de ocio y democratización de la palabra como los cafés tendrían que haber sido espacios propicios para la consolidación de opinión pública para hacer frente a la representación de legitimidad cultural amparada en el mito de las Atenas suramericana.

Estos nuevos espacios con pretensiones de una modernidad europea, se desarrollaron dentro de una escenografía tradicional que albergaba viejos caserones coloniales, iglesias y algunos atisbos de arquitectura moderna. La expansión de la trama urbana desde el centro de la ciudad hacia chapinero y los barrios obreros convivieron con antiguos caserones coloniales y los esquemas simbólicos de una ciudad centrada en lo conventual y en la organización espacial por parroquias. Una demanda creciente de espacios para concretar los sentidos de la modernidad, como los Cafés, se hicieron cada vez más necesarios en la medida en que la capital se consolidaba como centro financiero producto de una industrialización que en el país empezaba a concretarse. Según Melo (1991) durante la segunda y tercera décadas el siglo XX un nuevo crecimiento exportador contribuyó a consolidar definitivamente las bases

para el desarrollo capitalista en el país y para su definitiva incorporación en la economía mundial. El café, cultivado sobre todo por campesinos independientes, había contribuido apoyando una transformación general de la economía del país (p.236)

A pesar de este desarrollo económico que se correspondía con una satisfacción de ser modernos y una demanda creciente de concretar un orden simbólico en la ciudad, supervivían unas formas tradicionales de conservación cultural que propendían por una conexión con España y una necesidad creciente de una historia literaria para soportar la identidad nacional del país. En este proceso de transición de una sociedad colonial a una sociedad moderna, los cafés en la ciudad marcaron los primeros desplazamientos de los lugares de encuentro de la elite bogotana. Se pasaba de las prácticas de la conversación en el altozano, a los encuentros literarios del Café “la Botella de oro”, ubicado en el mismo lugar del atrio de la catedral. De los peripatéticos letrados que circulaban y conversaban en el terraplén de la Catedral sosteniendo conversaciones elevadas muy al estilo de los grandes filósofos griegos, se pasaba a los encuentros de los habitantes en el café ubicado en el mismo lugar donde acontecía la vida política y literaria de la ciudad.

Finalmente, la indagación sobre los cafés como espacios de producción de sentido tiene como telón de fondo la pregunta por la identidad cultural. Bajo estas consideraciones se indagó sobre las formas de construcción de repertorios culturales y sus convergencias en los cafés como espacios de sociabilidad. De este modo se buscó comprender las condiciones de producción de estos discursos y las diferentes miradas teóricas y metodológicas frente a la vinculación de espacios modernos como los cafés y, además, buscar su relación con los estudios sobre la identidad cultural emparentados con el patrimonio cultural y la construcción de identidades.

Así, esta discusión pretende dar paso al segundo eje conceptual articulado bajo la siguiente pregunta ¿Cómo se logró constituir una identidad cultural en los Cafés como espacios de producción de sentido? Este interrogante resulta ineludible, en la medida en que la ciudad de Bogotá acoge a finales del siglo XIX unos espacios de sociabilidad y de vanguardia que ya contaban con más de doscientos años de antigüedad en Europa, donde

valga decir, fueron espacios que no solo fortalecieron la idea de una opinión pública, sino que fueron relevantes para las rupturas políticas y culturales. En esta medida se hizo necesario un breve recorrido entre los procesos de construcción de identidad cultural y la influencia de estos espacios de sociabilidad y de producción cultural en Europa y algunos países de Latinoamérica donde se hizo evidente la incorporación de prácticas de hombres de café como legado de la modernidad literaria.

2. Los cafés, las vanguardias y la modernidad literaria

Según las referencias de Monterde (2007) la aparición del café como bebida se remonta a los relatos de viajeros y a las experiencias relacionadas con la guerra entre venecianos y los turcos. Según este autor, a nivel privado el consumo de café en Europa aparece con la comercialización del grano a principios del siglo XVII, mientras que el uso público de consumo de café aparece en los puertos de Venecia y Marsella con el aprovisionamiento de espacios específicos para su venta.

No obstante, lo que realmente posibilitó la consolidación de los cafés como espacios de intercambio fue el ascenso del capitalismo. De acuerdo con Pirenne (1974) con la alianza franco inglesa firmada en Hannover en 1716 se inaugura un proceso de Paz que dio lugar a la expansión capitalista y la aparición de grandes flujos financieros. En la segunda mitad del siglo XVII en Inglaterra significó una apertura en los negocios que tuvo como centro los *coffehouses*, el primero de los cuales data de 1652. Estos espacios se convirtieron en puntos de reunión donde se daban cita los hombres de negocios

Y en 1691, a Eduardo Lloyd, gerente de un café que frecuentaban marinos y armadores, se le ocurrió la idea de publicar tres veces por semana, en servicio de sus clientes. Los *Loyds News*, que gracias a un sistema de correspondencia organizado daban noticias concernientes a la navegación y el comercio marítimo de todo el mundo (Pirenne, 1974, p.18)

Sin embargo, de acuerdo con Álvarez (2002) los cafés que aparecieron por primera vez en Inglaterra en siglo XVII, eran concurridos por personas de distintas clases y condiciones incluidas las mujeres. Allí se comentaban noticias, rumores o cualquier asunto

de interés. En este sentido la tertulia tuvo una participación importante debido a que generaba un discurso distinto al dirigido desde las instituciones. El ambiente de conversación presente en los cafés se fue modificando para dar paso al hombre de letras ya para el siglo XIX el comportamiento estaba regido por la apariencia, la buena educación, la cordialidad y el trato civilizado.

Aunque los cafés tuvieron su origen como práctica relacionada con las *coffehouses* inglesas, en Francia los cafés se caracterizaron por la sociabilidad urbana de acuerdo al intercambio de información sobre el estado de las carreteras y sobre la ciudad. “Aunque las diferencias de rango social resultaban evidentes en la apariencia de la gente y en su dicción, la necesidad de hablar con libertad dictaba el que las personas las ignorasen mientras estuvieran bebiendo juntos. De acuerdo con Richard Senett (1994) A principios del siglo XVIII, las *coffehouses* empezaron a aparecer como apéndices de las estaciones de diligencia, pero como lugares de sociabilidad urbana tuvieron mayor protagonismo a lo largo del siglo XIX. “El Café francés del Antiguo régimen tomo su nombre de la *coffehouse* inglesa y funcionaba de manera muy similar: los extraños discutían en él, murmuraban y se informaban con toda libertad (p367)” Con la llegada del periódico moderno y con el experimento de sacar unas cuantas mesas del espacio cerrado del café a la calle, el café como institución social potenció este intercambio cultural. El desarrollo de los grandes bulevares de Paris llevado a cabo por el barón de Haussmann, particularmente en las calles de la segunda red, estimuló ese uso del espacio exterior. Las anchas calles proporcionaron mucho más espacio para que el café se extendiera (pp367, 368)

En su libro, el declive del hombre público, Richard Sennet, sostiene que los cafés en Paris comenzaron a extenderse sobre las calles a finales del siglo XIX, ya desde el siglo XVIII, con el café Le Procope, la extensión del café a la calle era un hecho incontrovertible gracias a la construcción de los *grands boulevards* por el barón Haussmann en la década de 1860. Esta adecuación urbana permitió, además alentar unas prácticas culturales relacionadas con estar en las puertas de las casas en primavera y otoño, mientras que en invierno permanecían detrás de las lunas que miraban hacia la calle. Sin embargo, en lo referente a la

vida de café, las adecuaciones urbanas permitieron construir dos ejes donde la actividad cultural de estos cafés se desarrollo

Uno se encontraba alrededor de la nueva Ópera de Garnier; juntos se hallaban el Grand Café, el Café de la Paix, el Café Anglais y el Café París. El otro centro de la vida del café era el Barrio Latino. Los más famosos eran el Café Voltaire, el Soleil d'Or y el Francois Premier. En el Café del Bulevar, de la Ópera y del Barrio Latino, la columna vertebral del comercio era el *habitué* más que el turista o el caballero elegante que salía con una mujer mundana. Era esta clientela la que utilizaba el café como un lugar para estar en público y solo (Sennet, 2001, p480)

Así, el café como institución social se relacionó entonces con una difusión de la cultura de la conversación y prácticas de intercambio cultural, dispuesto ante todo por intereses particulares sobre cómo moverse en la ciudad. Además de este interés, el café se convirtió en el escenario donde se lograba ver el espectáculo de la ciudad desde las mesas instaladas en las afueras del espacio urbano. Muy al estilo de una prolongación de la calle, el café hizo parte del mobiliario urbano y de la dinámica urbana. Para mostrar la eficacia de la relación calle – café es importante citar un ejemplo de los años sesenta en la construcción de viviendas en Francia. Aquí, la relación del café y la calle, resulta tan estrecha, que, al proponer nuevos barrios urbanos para hacer desaparecer de la dinámica urbana, el alcoholismo y el tiempo perdido, algunos técnicos no previnieron según Lefbrve (1975) la desarticulación de un punto neurálgico de la vida social: el café y la taberna Club. Estos espacios articuladores de la vida social, además de haber provocado una experiencia sociológica moderna, permiten la reactivación de las relaciones sociales mediante las conversaciones. Desde esta perspectiva, la calle y el café se convierten en lugares de tránsito, de intercambios humanos, de informaciones y de espectáculo y de estímulo.

De acuerdo con la argumentación de Monterde (2007) aunque son muchas las historias sobre el origen del café como producto de consumo por sus propiedades euforizantes, por ejemplo, el consumo de los místicos derviches durante la vigilia, y su aparición en oriente entre los siglos XV y XVI, lo que interesa para esta tesis doctoral es su relación con las prácticas culturales. En este orden de ideas, se acoge su origen cercano al

salón literario al tomar el modelo de la tertulia²⁴. Sin embargo, en el café desaparecen los mecanismos de inclusión y exclusión propios de esta institución aristocrática como el salón para cambiarlos por la asiduidad y la regularidad al café (p26)

Ahora bien, el paso del salón literario al Café como institución social, se presenta por la necesidad de una arena verbal y un nuevo espacio para la conversación. De acuerdo con Shattuck (1991) aunque en el trascurso del siglo XVIII la aristocracia aún conservaba el arte de la conversación desde la institución social denominada el salón literario, espacio dirigido por unas damas capacitadas y una actitud de reverencia bajo ritos, lo que sucedería a mediados del siglo XVIII cambiaría el panorama cultural; ahora los artistas y escritores de París visitaban el café en búsqueda de estímulo e intercambio cultural. Una evidencia de estos cambios estuvo relacionada con la aparición de la palabra *boulevardier* que significaba la habilidad de aparecer en el momento adecuado y en el café idóneo. Otro rastro importante de la influencia de estos espacios en la vida urbana está en su crecimiento y despliegue por la ciudad. Para el caso francés aparecen Cafés importantes en la época de la vanguardia como *el Napolitain*, *el Weber*, y *el Vachelte* para 1885. De acuerdo con Shattuck (1991) los Cafés se diseminaron desde los elegantes Boulevalers al Quartier latino y las pendientes de Montmatre.

Ya para finales del siglo XIX el café representaba un ritual que podía absorber todo el día. Al no tener una restricción sobre quien lo visitaba, ya que todo mundo podía entrar solo pagando su consumición, el café más que el salón fue un lugar mejor provisto para el intercambio de ideas y ayudo a Francia a producir una constante sucesión de escuelas artísticas. El impresionismo, por ejemplo, fue el primer movimiento artístico organizado en Cafés bajo la influencia del café *Guerbois* y el *Nouvelle Atenas* entre 1860 y 1870. La influencia de los Cafés en la vida cultural, también se hizo evidente en el teatro. La relación entre café y teatro en el París de finales del siglo XIX se hizo evidente en la representación a menor escala de un grupo de actores que hacían sus representaciones en los Cafés.

²⁴ De acuerdo con Graveri (2005) El salón no es un lugar de representación del poder mundano, sino de comunicación. El prestigio de quien lo preside no estriba en dominar a sus huéspedes, sino en garantizarles igualdad de derechos y de expresión (p64).

A este respecto, la reflexión más profunda sobre los cafés como institución social la provee George Steiner en su libro *la idea de Europa*. Este autor sostiene que la idea de Europa no puede entenderse fuera de la dinámica de los cafés. Al trazar un mapa de los cafés se tendrá un indicador esencial de la idea de Europa, sobre este entendido, Steiner (2006), argumenta que *Europa es ante todo un café* repleto de gentes y palabras, donde se escribe poesía, se conspira, se filosofa y se practica la civilizada tertulia. Mientras existan cafés la idea de Europa tendrá contenido.

Ahora bien, no es que únicamente la idea de Europa se afinque en la idea de comparar el viejo continente con la vida de un café. El autor plantea que para hacerse una idea de Europa es importante tener en cuenta dos elementos adicionales: el primero relacionado con la idea que Europa puede ser recorrida, andada, paseada, tal vez sinónimos todos de una experiencia asociada al fortalecimiento del territorio, el segundo elemento no menos importante que los dos anteriores es que una idea de Europa sin un elemento recordatorio sería desconocer el esfuerzo del europeo por mantener sus tradiciones; en últimas, Europa es un territorio que además de poder ser recorrido, es recordado.

No en vano Steiner acoge como primer elemento a los cafés para definir a Europa. El café europeo es un lugar de encuentro, de intercambio, un lugar para la cita, para la conspiración para el caminante y para todo aquel que participa de las significaciones y los sentidos europeos, ya bien sea lugareño o extranjero, donde el periódico gratuito y el ajedrez están siempre a disposición de los clientes. En esta medida es diferente del bar americano donde se impulsó el jazz y del Pub inglés donde se potenció la literatura irlandesa en Dublín

Europa está compuesta de cafés. Estos se extienden desde el café favorito de Pessoa en Lisboa hasta los cafés frecuentados por los gánsteres de Isaak Bábel. Van desde los cafés de Copenhague ante los cuales pasaba Kierkegaard en sus concentrados paseos hasta los mostradores de Palermo. En el Milán de Stendhal, en Venecia de Casanova, en el París de Baudelaire, el café albergó a la posición política que existía, al liberalismo clandestino. Tres cafés principales de la Viena imperial y de entreguerras ofrecieron el ágora, el centro de elocuencia y la rivalidad a escuelas contrapuestas de estéticas y economía política, de

psicoanálisis y filosofía. Quienes quisieran conocer a Freud o a Karl Kraus, a Musil o a Carnap, sabían exactamente en qué café buscarlos, a que Stammtisch (mesa) se sentaban (Steiner 2006. p35)

Según Monterde (2007) los cafés en Europa se convirtieron en espacios de la modernidad literaria, en unos espacios propensos a la existencia social y al desarrollo de la opinión pública, en este sentido, se constituyeron en un punto clave en los procesos de secularización. Con estos espacios modernos y una democratización de la cultura, se esperaba una secularización de la sociedad. Este debate entre lo antiguo y lo moderno, que desde el siglo XVIII se venía presentando en Francia con el posicionamiento de una ética ligada a los valores laicos y el desarrollo de la ciencia logró dimensionar al hombre como sujeto de la historia, donde se esperaba un deslinde con los valores y la simbolización cristiana en la subjetividad del hombre antiguo.

Una de las formas de promoción de estos valores, según Habermas (1997) se presenta por medio de la publicidad burguesa como campo de tensiones entre el Estado y la Sociedad. Esa subjetividad nacida en el ámbito de la intimidad de pequeñas familias forma su propio público. De esta manera la vanguardia burguesa aprendió el arte del racionio público, derivado del influjo de una disciplina como la psicología, que desde el siglo XVIII se convirtió junto con la economía política en las dos disciplinas propiamente burguesas. Estas formas de subjetividad se establecieron por medio de la publicidad literaria, que contrapusieron los valores de la sociedad cortesana aristocrática con los valores de la ciudad.

La ciudad no es solo centro económicamente vital de la sociedad burguesa; en contraposición político- cultural con la corte, es signo, sobre todo, de una publicidad literaria que cuaja institucionalmente en las coffe-houses, en los salons y en las Tischgesellschaften (convidados, o comensales). La herencia de aquella sociedad humanístico aristocrática tendió, en el encuentro con los intelectuales burgueses, y gracias a sus conversaciones sociables y comunicativas, el puente entre los residuos de una publicidad decadente-la cortesana- y el embrión de una nueva publicidad: la burguesa (Habermas, 1997, p67,68)

En estos términos, la relación entre los procesos de construcción de identidad cultural y los cafés como espacios propicios para su desarrollo se potencia bajo un clima de pensamiento y sentimiento conocido como la modernidad. El café como lugar de encuentros y como espacio articulador de la estructura urbana se relaciona de manera directa en Europa con una dinámica vida cultural y con una serie de innovaciones estéticas que encontraron inicialmente en el salón las condiciones propicias para su desarrollo.

Además de estar asociadas a nuevos referentes de identidad urbana, la inserción del café como bebida cambia las prácticas y el régimen alimentario. De acuerdo con Pérez (2001) en Barcelona a finales del siglo XVIII se hacen evidentes unas prácticas asociadas a un referente alimentario. Este común denominador asociados al café, el chocolate, el té y los refrescos no solo gozaron de gran prestigio dietético, sino que sobre todo fueron referentes sociales que ayudaron a la diferenciación y el distanciamiento. Desde un referente histórico bajo el rastreo de fuentes escritas como el periodismo costumbrista, la autora rastreo el *Calaix de Sastre* del Barón de Malda, un escritor quien a su vez rastreo con pasión y rigurosidad su dietario. En estos escritos, aparecen las críticas a las nuevas modas francesas y los petimetres y además unas descripciones sobre las prácticas y espacios de sociabilidad que empezaban a ser evidentes en la sociedad barcelonesa del final del siglo XVIII. Estos recursos periodísticos y literarios, le permitió a la autora, mostrar las transformaciones culturales y espaciales con la influencia de estas bebidas, como por ejemplo el café de Barcelona, una obra teatral de Ramón de la Cruz, que fue realizada en un café de Barcelona.

Más allá del consumo de refrescos en la Barcelona del final del siglo XVIII, lo que era evidente eran las practicas asociadas a estos referentes alimentario. Las tertulias por ejemplo no solo se convirtieron en referentes de prestigio y distinción, deseable incluso para las clases medias, sino que se extendió incluso a determinar algunas prácticas eclesiales. La bendición de los abades en los conventos, por ejemplo, adquirirían cierta fama de verdaderas fiestas. Sin duda como plantea la autora, la nobleza necesitaba de estos encuentros, que los llamaban refrescos, para reafirmarse y distinguirse desde una vida ociosa. Las clases altas de Barcelona organizaban reuniones donde era habitual servir bebidas frías. Las tertulias se polarizaban en torno al refresco llamado agasajo que se celebraban por lo general en la tarde

o en la noche. Los componentes de los refrescos eran bebidas lisas, como leche fresca, leche imperial, archata, limonada y bebidas tradicionales como aurora y la bebida imperial (p36,37)

En este espacio ritualizado, el refresco era un concepto amplio que abarcaba lo siguiente: en primer lugar, se preparaba con gran antelación, en segundo lugar, se ofrecían gran cantidad de bebidas donde se podía encontrar el tradicional chocolate, helados, dulces y pastas. En tercer lugar, se servía por orden de jerarquías, apegada en parte a la etiqueta y la norma, se servía primero a las damas y luego a los caballeros. En estas tertulias se organizaban juegos como la rueda, similar a la gallina ciega cuyo propósito era el cortejo, también había juego de cartas, se leía el periódico y libros

La autora insiste en que, entre la nobleza catalana, la norma y la etiqueta no era seguida con tanta precisión; sin embargo, si se insiste en que en la celebración denotaba prestigio por medio de la exposición de estos elementos de distinción. En estos encuentros primaban lo dulce como manjar exquisito y refinado, pero sin duda el centro de todo era el chocolate. En estas celebraciones por lo general se reunían a parientes y amigos, se celebraba en ocasiones la llegada de familiares, también se festeja los nombramientos a cargos públicos y fiestas importantes como bodas, bailes y saraos que se celebraban de noche

No obstante, de las tertulias, donde se encontraba una anfitriona y donde el chocolate era el centro, estas prácticas se extendieron a otros espacios como los calles. En las fiestas de carnaval o en las procesiones del corpus, por ejemplo, las prácticas de los refrescos empezaron a ser importantes. De las procesiones se pasaba al agasajo en la casa. En realidad, de lo que se trataba era de emular el tipo de vida de la nobleza, que valga decir, era muy complejo de seguir y muy pocos de hecho podían lograrlo. Asociadas a las procesiones y el ejercicio de ocio para las clases populares, las tabernas y los mesones se convirtieron en lugares propicios para acudir en multitud, los días domingos y festivos. En las descripciones del Barón de Malda, se insistía en la relación de tabernas y soldados; como alternativa a las tabernas se desarrollaron entre el siglo XVIII y XIX los cafés. Como signo de las luces, el café se opuso a los espacios populares y logro introducir en sus espacios las prácticas de los refrescos y se constituyeron en proveedores legítimos de las tertulias de la nobleza.

Según Pérez (2001) en la provisión de la pastelería y los refrescos el café *Useleti*, era uno de los más importantes. Con algunas cifras importantes de la provisión de productos mediante pedidos, se evidencia la importancia del café como elemento articulador de la cultura. Aunque la afición del café se fue generalizando extendiéndose a otras horas del día y surgieron como lugares públicos con posibilidades de hacer negocios y dispuesto a la producción literaria, también es cierto que se constituyeron en una ampliación de las tertulias de la nobleza. Entre las clases altas, el café inicialmente era bebido de sobremesa, pero en la segunda mitad del siglo se amplió su consumo a otras horas del día. Los Cafés intentaron emular la academia ilustrada, y replicar la tertulia en cuanto al juego, al galanteo y el cortejo. Es importante anotar que, aunque el cortejo era censurado en estos espacios, también se buscaba.

Así, los cafés más celebres de Barcelona a finales del siglo XVIII tenían vocación pastelera, sus propietarios eran Juan Zamit, Miguel Useti, Antonio Fornells (Pastelero) y Madrona Costa (pastelera). Esto es importante mencionarlo, en la medida en que se convirtieron en los principales proveedores de las tertulias y la réplica de las tertulias en sus propios espacios de atención. Vale la pena anotar que, el periodismo también medio en la difusión de las tertulias y los cafés

Para Álvarez (2002) estas reuniones presentaron un nuevo pensamiento en España en diversos campos, como la medicina, la economía, la política y la literatura. El papel del letrado en la sociedad burguesa intento posicionar nuevos espacios para opinar y discutir. Aunque las tertulias principalmente eran guiadas por hombres, muchas de ellas fueron dirigidas por mujeres cultas. Antes la tradición española obligaba a las mujeres a guardar silencio, debido a que no aportaban ningún punto de interés a la discusión, sin embargo, a finales del siglo XVIII cuando se incrementó la incursión en los medios de comunicación (periódico), permitió debatir ideas desde el anonimato y de esta forma se presentaba un trato igualitario para las mujeres. Si es cierto que las tertulias más famosas españolas contaron con la dirección femenina, esto fue solo a finales de siglo” (133) En estas tertulias se trataban temas de conversación particulares, incluso se hablaba de cofias, collares y criadas.

De otro lado en Madrid el siglo XIX también se presenta un ambiente político y cultural muy detallado con el surgimiento de nuevas costumbres llevadas a cabo por la aristocracia para distinguir las clases sociales de las populares. De acuerdo con Diez (2006) durante la monarquía isabelina se percibe una estabilidad política y económica, que permite la inversión en actividades de sociabilidad, como los conciertos en el palacio, los bailes realizados por monarcas de gran importancia como la Condesa de Montijo. “Pero no solo la vieja nobleza se daba cita en tales espacios. Miembros de la alta burguesía, los “nuevos ricos” -también aludidos como la “nobleza del dinero”- se codean ahora con las gentes de la alcurnia en un alarde de grandeza.” (p196). La liberación económica que permitió el comercio de manera industrializada generó grandes oportunidades financieras para familias de empresarios, abogados y comerciantes, quienes llegaron a tener puestos de poder político todo gracias al tamaño de su cartera, esta nueva aristocracia busca adoptar características de la nobleza, por lo que empiezan a asistir a los salones, cafés y reuniones.

“A su vez la pequeña burguesía se siente igualmente atraída por la moda de los salones”(p198), las familias de la clase media organizaban cenas para sus amigos, donde se charlaba, se leía e incluso se componía música, estas reuniones se hacían de acuerdo a la capacidad económica de la familia, tratando de imitar el comportamiento de alcurnia, los eventos como las veladas musicales, que eran reuniones privadas en las que se manejaba un repertorio con pieza de piano, ópera italiana y canciones españolas las cuales alcanzaron su mayor auge en el reinado de Isabel II. “Los bailes fueron exponentes de la influencia extranjera -sobre todo francesa, inglesa y alemana-, materializada en valeses, rigodones, polkas, mazurcas, redowas y otras danzas foráneas que desplazaron a los aires nacionales en las preferencias del público, especialmente entre las clases acomodadas” (p208)

Se hizo evidente en los salones y en la sociedad, la utilización de extranjerismo franceses para expresarse en reuniones o tertulias, con el fin de dar a entender su opinión, el comportamiento en sociedad se fue modificando, adquiriendo gestos y ademanes de acuerdo a las reglas de buen comportamiento copiadas a los franceses, en los salones se hace presente distintos tipos de conducta que dividían a algunos asistentes en tres grupos. El lechuguino

quien desprecia lo español y habla con mayor número de palabras extranjeras, la calavera que hace gala de hablar muy bien inglés, francés e italiano, “De vez en cuando tiene un escándalo ligero con una casada, que no produzca demasiado trastorno, pero que sirva para mantener su fama” (p207), por último, los pollos que ostentan juventud y una insoportable petulancia.

La nobleza, gustaba de asistir a reuniones y tertulias en domicilios burgueses y salones nobiliarios, con el fin de dialogar sobre la guerra, la política y la vida cotidiana, estas prácticas de visitas eran acompañadas de juegos (los naipes o cartas) y música que era interpretada por señoritas y amigas de la casa. “La música adquiere importancia como elemento socializador y de proyección personal -con sus derivaciones matrimoniales-, como medio de ostentar la buena educación, sobre todo en el sexo femenino.”(1), las jóvenes tenían la posibilidad de darse a conocer a la sociedad y de esta manera entablar relaciones y matrimonios convenientes, pero la posición a la que estaban confinadas las mujeres era al de la esfera de lo privado, aunque algunas mujeres alcanzaron una notoriedad y reconocimiento que les permitió presentar aportes en materias de política, literatura y arte.

Finalmente, los cafés fueron otro espacio en el que se manejaba un ambiente social muy activo, contó con una participación musical muy importante debido a que músicos y compositores se daban cita para expresar sus sentimiento por medio de notas y silencios, “El Piano” símbolo de la época y de obligatoria presencia en todo salón, fue el instrumento que reafirmó la apreciación por canciones españolas y andaluzas, sin deja atrás la ópera italiana, “-es importante la accesibilidad brindada a los estratos populares, quienes por poco dinero podían gozar de un entretenimiento que les estaba vedado en otros espacios-”(p210).

Vale la pena anotar que un antecedente de esta consolidación de los cafés como espacios de sociabilidad en España de acuerdo con Castilla (1977) estuvo ligada a las prácticas teatrales. Para comienzos del siglo XIX, Europa ofrecía un nuevo formato para mostrar el teatro, los Cafés-teatro donde florecieron presentaciones muy variadas, acompañadas de música y bailes las cuales se hicieron muy populares; los teatros empezaron a percibir una disminución significativa de sus asistentes, “Un cambio de gustos en el público

y altos precios de las localidades parecen ser las causas principales de esta crisis.”(p64), debido a que el precio para una función en el café era de una peseta a comparación de las cinco que costaba en el teatro.

De acuerdo con Castilla (1977) España por su parte muestra un gran número de Cafés-teatro, debido a que su aparición se desarrolló mucho antes que en el resto de Europa, con el surgimiento de estos Cafés, la clase media que buscaba adoptar comportamientos de la clase alta, podían tener la posibilidad asistir al teatro y la ópera lo que les proporcionaba cierta impresión de prestigio, de igual manera, “La aristocracia no debió de satisfacer particularmente la intromisión de la nueva clase en los comienzos de la década de los sesenta desarrollan un tipo de teatro casero marcado por un sello de exclusivismo y privacidad.”(p63). De este modo la clase alta volvía a tener su superioridad, se reunían en mansiones con familia y amigos para deleitarse con obras dramáticas y recitales de poemas.

De acuerdo al gran número de Cafés teatro en la ciudad de Madrid se infiere que hay una extraordinaria variedad de obras de distintos géneros, como el bufo y el melodrama, al incrementar el número de asistentes el repertorio se fue modificando, tratando rasgos de sátira política e intención erótica (bailes de can-can), estas obras eran ejecutadas por actores jóvenes e independientes, debido a que el dinero recaudado en los cafés no era el suficiente para pagarle a un actor de renombre, “Los Bufos Madrileños, el cambio político permitió no solo una más directa expresión de sus preocupaciones ideológicas, sino también una renovación de su técnica dramática”(p68). Al aproximarse la fecha de la revolución de septiembre los cafés se politizaron, los asistentes al establecimiento eran bombardeados con frases, obras y canciones alusivas a un clamor revolucionario, todo esto con el fin de persuadir al pueblo de unirse en pie de lucha por un pensamiento democrático y liberal.

Para el caso español, la incidencia de los cafés en el trazado urbano y en la vida moderna se hace evidente particularmente en Zaragoza. De acuerdo con Vásquez (2014) los cafés en Zaragoza además de constituirse en un eje principal de la vida cultural, sobre todo finales del siglo XIX y comienzo del siglo XX representaron unos espacios de difusión de ideas modernas que se vivía en Europa, principalmente en París. A su llegada a la ciudad en

el siglo XVIII, los cafés situados en las principales avenidas a ejes urbanos de la ciudad como la calle del coso, no tenía mayor difusión al estar en el mismo orden de las fondas, mesones y posadas. Con la conformación de una burguesía emergente, los cafés a partir de la segunda mitad del siglo XX empezaron a tener mayor participación en la vida cultural burguesa. De los cafés con espacios reducidos e iluminados por alumbrado a gas y el humo de tabaco se pasa a cafés espaciosos, confortables y ostentosos, que fueran decorados por artistas y re dispuestos en las principales calles de Zaragoza como calle del coso y la independencia. En este orden de ideas los cafés se consolidaron como los principales focos de la modernidad, no solo por incorporaren la adecuación de sus espacios, el uso de hierro y espectáculos culturales como las galas de plato, sino además por presentar innovaciones tecnológicas del momento como el fonógrafo de Edison.

Además de constituir la época de oro de los cafés en Zaragoza este periodo que va de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, permitió, la vinculación de prácticas artísticas y actividades de ocio como las tertulias, el ajedrez y el domino. También sirvieron de espacios para la difusión política y el patriotismo que se vivió en las contiendas contra cuba y filipinas. Finalmente, la autora sostiene que este trayecto de los Cafés, se constituye hoy día, en apenas a un recuerdo de este florecimiento cultural en Zaragoza.

Finalmente, la influencia europea sobre las prácticas relacionadas con los cafés como espacios de producción cultural sin duda proviene de los procesos de modernidad literaria europea proyectados en Latinoamérica. En este orden de ideas, es importante realizar un recorrido por algunas de estas características que afianzadas en Europa luego pasaron a constituirse en herencias culturales para los contextos latinoamericanos

2.1 Los cafés en Latinoamérica: Prácticas heredadas y deseo de modernidad

Son pocas las referencias sobre los estudios sobre los Cafés en América Latina. Estos estudios se desarrollan a propósito de las ciudades con mayor desarrollo durante el siglo XIX. La llegada tardía de los Cafés a los contextos latinoamericanos difiere en cuanto la inclusión de estas novedades culturales por medio de la elite. Por ejemplo, Gayol (1993) sostiene a

propósito de los cafés en Buenos Aires que fueron ámbitos de sociabilidad que se transformara de acuerdo a los parámetros del orden y la civilización en discurso positivo que fue agenciado por la elite apoyados en una institución como la policial. La autora nombra la existencia de los cafés en Buenos Aires desde la segunda mitad del siglo XIX ofreciendo ocio y recreación como un espacio alternativo del hogar. En estos espacios especialmente frecuentados por hombres se disponía la palabra y el gesto como activadores de la identidad; sin embargo con el crecimiento de la ciudad los despachos y los cafés, que permitían una itinerancia, una sociabilidad empezara a ser percibidos como focos de delincuencia, alcoholismo y prostitución, en la medida en que inmigrantes llegaban a Buenos Aires, el cambio de propietarios y el arrendamiento de estos espacios generalmente ubicados en el centro de la ciudad, los relatos que utiliza la autora más datos estadísticos, muestra como estos espacios empezaban a ser percibidos como espacios que iban contra la moral. Ante esta situación la elite propuso la delimitación de cafés principales en un mobiliario acorde a la estética burguesa con la exhibición de objetos culturales como el billar, el piano y prácticas como el canto. En contra posición los cafecitos como fuera designados tuvieron cada vez más restricciones en la medida en que interrumpieran la vida laboral con el posicionamiento de una práctica que iba en controversia con la dinámica laboral como el juego.

Con una institución como la política el control frente a los despachos y cafés fuera cada vez más contundentes en la vigilancia, la reglamentación y el control adentro de los espacios donde al propietario se le hacía responsable del control de la ebriedad. Con un análisis sobre el crecimiento urbano y la evidencia de propietarios –dependientes de estos ámbitos de sociabilidad como los cafés, la autora a través de relatos y datos estadísticos proporcionados por censos de la época reconstruye unas prácticas alrededor de los cafés. Estas pasaron de la conversación a través de las bebidas a las prácticas asociadas al juego, a la bebida y a la festividad que interrumpían otras formas de articulación de lo social ligadas con la industrialización y el capitalismo.

De acuerdo con Vega (2004) el consumo de café puede relacionarse con procesos culturales vinculados con la modernidad y prácticas cotidianas. Para el caso particular del consumo de café en Costa Rica, la autora se propuso analizar la evolución histórica del

consumo del café y su relación con el mercado interno entre 1840 y 1940 con el fin de determinar y comprender porque, como cuando y donde surge y se desarrolla esta práctica cultural de consumo.

De acuerdo con el rastreo bibliográfico realizado por la autora, el tema del consumo de café inicialmente ha sido abordado por la historia económica, luego por los historiadores sociales y en las últimas tres décadas por los historiadores culturales. Los historiadores económicos buscan las respuestas del fenómeno del consumo desde las respuestas que pueden brindar los avances técnicos y tecnológicos, que para este periodo histórico se remontan a los avances de la revolución industrial, no obstante desde una concepción de la alimentación que declara los alimentos más allá de su valor biológico y los posiciona como bienes culturales, la autora reivindica el café como elemento estructurador de los social que organiza mediante códigos simbólicos, los elementos de identificación cultural

Al tener en cuenta los anteriores desarrollos conceptuales, el análisis metodológico que planteo la autora involucraron la complementariedad de estas tres perspectivas al rescatar el valor del consumo como un objeto de estudio y herramienta para la interpretación histórica. Para este análisis se partió de una estrategia metodológica que involucro tres perspectivas: Una dimensión, económica, otra social y por último una cultural. En primer lugar, un análisis desde la historia económica con el fin de evidenciar el consumo de café en diferentes regiones del país y determinar el momento en que se expande a los lugares públicos y privados. Este análisis requirió el inventario de cafés y fábricas, la producción de diversas guías, establecimientos comerciales en San José de Costa Rica y en las principales cabeceras de provincia. En segundo lugar, un análisis desde la historia social con el propósito de analizar por medio de revistas, periódicos, anuncios de café, fotografías, las formas de estructuración social presentes en Costa Rica a propósito del consumo de café. Y por último un análisis desde la historia cultural para observar los procesos de construcción de sentido de pertenencia compartido alrededor del consumo de café. Para este último análisis fue particularmente importante involucrar los cuadros de costumbres, la literatura costumbrista, los relatos de viajeros.

Finalmente, Vega (2004) concluye que el café empieza a hacerse común en Costa Rica cuando se establecen los contactos con Europa cuyas versiones de la modernidad fueron emuladas por los círculos de notables. En este sentido la comunicación interpersonal como proceso social de intercambio jugó un papel predominante en la difusión de la práctica en cuanto a las técnicas del cultivo en diferentes provincias de Costa Rica y en relación con la apropiación de hábitos culturales propios de la cultura occidental. Este proceso cultural se desarrolló en su relación con los procesos de modernidad y en el significado que tuvieron para la vida social y cultural, el consumo de café como bebida distinguida y popular al mismo tiempo

3. Los Cafés en el espacio social y urbano bogotano

Este rastreo bibliográfico sobre los cafés en un espacio social como el bogotano además de tener como referente el tema de la construcción de la identidad cultural, los circuitos de legitimación de la cultura y los diferentes debates en relación con la tensión entre el desarrollo urbano y las resistencias culturales, entromete las dinámicas propias de los cafés en Europa y en algunos países de América Latina, desde sus propiedades más específicas. En este sentido, más que reproducir las mismas dinámicas de los cafés europeos y latinoamericanos, lo que se buscó con el rastreo de las discusiones sobre el café bogotano, fue precisamente evidenciar sus particularidades. De esta manera, asociados al surgimiento de los cafés en el espacio social y urbano bogotano a finales del siglo XIX, se hace evidente una práctica lingüística que había logrado desde la segunda mitad del siglo XIX, afirmarse como práctica legítima y legitimadora de la vida cultural santafereña (Llano, 2012) al reconocer que los primeros cafés estuvieron asociados a prácticas de intercambio lingüístico en el siglo XIX, se evidencia que la práctica de la visita a los cafés, más que estar afianzada al interior de los lugares de encuentro, estuvo legitimada en un espacio reducido de la ciudad conocido como el altozano de la catedral.

A estas prácticas culturales asociadas a la aparición de los cafés en el espacio social y urbano bogotano a finales del siglo XIX, habría que sumarse lo que Peralta (1995) sostiene cuando asocia los cafés con lugares poco recomendados por la clase alta bogotana como las chicherías. Al no contar con espacios de sociabilidad, las clases altas preferían seguir

manteniendo las prácticas de las tertulias al interior de las casas y las tradicionales tiendas y almacenes bogotanos



Ilustración 4. Café La Romana. Ilustración Arquitecto Miguel Payán.

De acuerdo a Zannella y López (2008) Bogotá amplió significativamente el número de cafés, a finales del siglo XIX. Estos establecimientos según las autoras se pueden y López (2008) dividir en dos categorías: en primer lugar, el café como sitio de encuentro masculino donde se realizaban tertulias y se practicaban juegos de mesa; y los Cafés-Restaurantes, los cuales vincularon el bello sexo y ofrecieron además de la bebida, servicio de restaurante y acompañamiento musical. Ahora bien, categorizar y dividir los cafés de esta época en solo dos opciones, excluyendo las contradicciones sociales desde las cuales emergieron los cafés como proyecciones de tiendas y chicherías, es sin duda un equívoco que no permite incluir a las tabernas, piqueteaderos y demás sitios de encuentro de las clases consideradas más bajas.

En efecto, estas versiones de la historia que consideran la aparición de los cafés como un evento memorable, muy ligado al fenómeno europeo, desdibujan y excluyen otras visiones de mundo que participaron de este acontecimiento que para la mayoría de bogotanos paso más bien desapercibido.

Desde su tesis doctoral Mejía (2010) propone que la aparición de los cafés se enmarcó en la ruptura del orden colonial por la aparición de otro sistema y orden social urbano y capitalista en Bogotá entre 1810 y 1910. En esta ruptura aparecen los cafés como símbolos de un equipamiento urbano de tipo burgués. Esta consolidación de los cafés en la vida urbana avivó una de sus funciones sociales más características, el de convertirse en verdaderos espacios de observación de la vida urbana. Como espacios de observación, como escenarios que avivan la mirada, los cafés en Bogotá, como sostiene Carreira (2008) se convirtieron en miradores de la vida política, social y cultural.

La relación de la ciudad con el café se parece a esa interrupción del tiempo, una interrupción improvisada, azarosa, para que se produzca en sus gentes otra manera de pensar los vínculos entre su presente y su memoria, como si ambos fueran a perderse para siempre, vínculos establecidos por un azar como de trenes perdidos porque llegan tarde a su propio retraso, como de cafés que no saben muy bien a qué hora abren porque en realidad nunca cierran (Martí Monterde 2007 pp. 41, 42, citado en Cubillos, Llano, 2015).

Finalmente, esta aparición de los cafés en el espacio social y urbano bogotano a finales del siglo XIX, no muestran espacios caracterizados por la producción cultural ni mucho menos escenarios de observación de la ciudad. Muy ligado a las tiendas a las chicherías y a las formas que podían adquirir en su relación con la venta de comida, los primeros cafés que aparecen en la ciudad no se relacionan tan directamente con la vida cultural ni con las formas de producción de una vanguardia que intentara romper con el orden clásico y correcto en el uso del lenguaje. En este sentido, se hace necesario la búsqueda de fuentes relacionadas con las tertulias, el posicionamiento de grupos literarios y los sentidos de la modernidad para ahondar en la relación del café con las prácticas culturales y su vínculo con las ideas de modernidad que empezaban a circular bajo un equipamiento urbano burgués en las primeras décadas del siglo XX.

3.1 Los cafés, las tertulias y la modernidad

En este contexto, la elite bogotana que había visitado diferentes partes de Europa llega nuevamente al espacio social y urbano bogotano cargada de expectativas y nuevos sentidos de la modernidad. Ahora bien, es necesario tener en cuenta que, frente a nuevos espacios de sociabilidad como los cafés, estas expectativas modernas visibles en Europa, no logran concretarse fácilmente en el espacio urbano pese a su aparición a finales del siglo XIX. En efecto, las condiciones sociales y urbanas de la ciudad no permitían una explosión de estos lugares de una forma evidente y arrolladora. De acuerdo con Serna (2001) durante la segunda mitad del siglo XIX, especialmente desde las transformaciones urbanas y las nuevas dinámicas económicas se presentó un equilibrio entre lo público y lo privado. Esta dinámica se mantuvo hasta comienzos del siglo XX, cuando se empieza un decidido esfuerzo de la elite bogotana de fijar en el espacio urbano sus expectativas de vida bajo estilos de vida deseados y deseables.

De acuerdo a Mejía (2011) los cafés se concretan en esta relación entre el desarrollo de la intimidad y la ciudad burguesa. El autor plantea que la búsqueda de la intimidad en Bogotá se relacionó con la aparición de la ciudad burguesa que se caracterizó por la extensión espacial de la plaza central con emblemáticos edificios del poder bajo centros financieros y de comercio, además de alardear de la presencia de cafés, hoteles restaurantes y otros locales de claro gusto burgués, la elite bogotana a partir de los discursos de finales del siglo y acuerdos legales, se sellaron los principales cambios que permitieron afianzar la ciudad burguesa.

Sin embargo, los cafés no se constituyeron ni en un símbolo ni en un sentido de expectativa de la clase dominante, como si lo fue el club privado. Aquí resulta relevante citar a Monje Pulido (2011) que plantea que tanto los cafés como los clubes han sido espacios de transitoria intimidad en Colombia. La pregunta por esta transitoriedad hace referencia a un estado intermedio entre lo público y lo privado en este sentido, el autor se pregunta inicialmente Esta connotación de espacios para el encuentro y la conversación para la sociabilidad, como él llama a los cafés y clubes le permiten mostrar algunas características

que las vinculan con formas identitarias estructuradas en el espacio y en la práctica. Al tomar algunas poesías, donde se nombran a los cafés y acudiendo a relatos en novelas, el autor trata de vincular la narración histórica con el relato literario por medio de libros y artículos de prensa, que valga decir, fueron escritos por clientes asiduos de estos lugares. En el testimonio que toma la forma de descripciones (novela) y simbolizaciones literarias (poemas) en Luis Fayad y León de Greiff y Luis Vidales respectivamente, junto con los relatos de otros habituales al café y al club, descarga la fuerza de los argumentos que presenta como evidencia de la existencia y las características de estos lugares. En este sentido, la narración histórica es muy cercana a la narración literaria.

A este respecto el autor menciona la novela los parientes de Ester de Luis Fayad, La novela de Fayad, relata el encuentro de un pensionado y un asalariado público quienes se ponen cita en un café para hablar de negocios. Lo interesante de este relato es que el negocio tiende a hacerse en voz tenue que se pierde en las voces de todos los que asisten al café; sin embargo, existe intimidad en este espacio a pesar de ser un lugar público y de estar cerca a la calle. Una característica de los cafés y algo que podía llamar la atención sobre el tema de la intimidad es la presencia de un orinal que todos compartían. No obstante, si algo caracterizaba a los cafés era la presencia de un personaje imprescindible para un lugar que connotaba esta dualidad. De este modo, un personaje característico de los cafés fue la mesera diurna (mesera madura) o la copera nocturna (bella y joven) que además involucró una característica del café como espacio para el día y la noche.

De acuerdo con Monje Pulido (2011) el bogotazo significó el primer episodio de la extinción de estos establecimientos. Además de ser un lugar para la intimidad, la conversación y la sociabilidad, el café también fue un lugar para la polémica y la persecución política, sobre todo en el gobierno de Mariano Ospina Pérez (1946-1950). El autor termina la caracterización de estos lugares extintos con una referencia a la transformación de los mismos en espacio para la sociabilidad moderna como el pasaje que aún sobreviven ya no alrededor de la registradora y una figura literaria sino de la televisión y el tránsito rápido de la clientela por el lugar.

Esta diferenciación y caracterización de los cafés como lugares cuya naturaleza puede encontrarse en la transitoriedad de lo privado y público, es muy interesante; sin embargo, habría que preguntarse con anterioridad, cual era esta caracterización y cuáles eran los elementos distintivos de esta relación. Con un crecimiento lento en lo urbano y una diferenciación en las apariencias y la ostentación de las clases y además una escasa profusión de espectáculos públicos y escenarios para el ocio, esta diferenciación tendía al equilibrio. Bien sea desde la disposición estética (mostrar el ejemplo de la procesión y la representación teatral de Cordoves Moure) donde no se diferenciaba un espectáculo y la teatralización de una escena de la vida religiosa, incluso en el cine y con una sociedad proclive al silencio y al ocultamiento de prácticas delatoras de un estilo de vida contracultural al modelo dominante, de una civilización con muchos visos catolicistas, o desde la contradicción cultural

Bajo una apuesta clara por alcanzar un deseo de modernidad, la elite bogotana reclamó espacios de intimidad para expresar sus diferencias. Según Téllez (2012) en Bogotá los cafés no han ejercido influencias físicas de orden urbanístico o arquitectónico, como sería el caso de ciudades europeas de clima estacional, donde en primavera y verano y otoño los cafés invaden con sus toldos y mesas avenidas, calles y plazas, creando así espectaculares cambios de uso y apariencia del espacio urbano.

La relación de los cafés con la arquitectura tiene algunas particularidades para el caso bogotano, sin embargo, también presenta algunas generalidades con los cafés de otras ciudades. En primer lugar, la esencia del café en el centro de la ciudad fue siempre el de un lugar para estar al abrigo de las inclemencias del incierto clima bogotano y se relacionó en términos urbanos a establecimientos cerrados que influenciaron la conducta colectiva de los bogotanos en relación con los horarios y hábitos de trabajo reinventando, así, el sentido de la reunión. En ese sentido, el papel histórico social y urbano del café fue similar al del bierhalle alemán, el pub inglés, o el bar de tapas español, aunque su funcionamiento fuese distinto del de aquellos. Sumada a la francofilia presente en muchas facetas de la vida y hábitos de la burguesía bogotana. No existe arquitectura propia para los cafés, más bien lo que sí es evidente es la ambientación de este espacio con una declaración y un mobiliario específico para generar un ambiente adictivo. En este orden de ideas, el café como lugar de convivencia

social, se adapta con versatilidad a casi cualquier espacio arquitectónico preexistente, careciendo en efecto de “forma” predeterminada. Desde las últimas décadas del siglo XIX, estos espacios desplazaron a las chicherías y tiendas- tabernas de bebedores coloniales de chicha, también se asoció a una francofilia presente en la vida cotidiana y urbana de la ciudad. Para Téllez (2012) el café automático fue el café de las artes visuales y en este sentido para los años sesenta, recuerda algunos aspectos relacionados con la arquitectura y los cafés, como por ejemplo la exposición de Rogelio Salmona de su trabajo de grado relacionado con un proyecto arquitectónico para los profesores de la Universidad nacional en el norte de la ciudad

De otro lado y como hecho problemático en este acercamiento de los cafés a las dinámicas europeas aparecen los planteamientos de Brigitte König (s.f) quien plantea que el café como espacio de tertulia se convierte en los años veinte en símbolo de Vanguardia en Colombia. Para la autora en mención, en esta época se reconoció la autoridad social del café. Por ejemplo, en Medellín con el café el globo y la bastilla, en barranquilla con el bodegón en Bogotá con el café Reviere, el Astor y el Pensilvania. Como café literario, la autora entiende la constitución de un espacio donde literatos de toda índole (poetas, cuentistas, cronistas, periodistas, ensayistas) celebran diariamente su tertulia y como vanguardia comprende desde lo literario como el nombre colectivo para las diversas tendencias artísticas que surgen en Europa en las dos primeras décadas del siglo XX. En Europa los cafés funcionaron como lugares lujosos, centros de debates políticos, focos de rebeliones, salas de conciertos y talleres literarios. Esta vanguardia literaria, política, artística y cultural se convirtió en un sinónimo de combatiente y de avanzada.

En un contexto de auge en las exportaciones de café en Colombia, la autora plantea que el caso colombiano es un caso curioso en la medida en que la dinámica de consumo de la bebida a nivel nacional fue baja en el momento en que el café se constituyese en producto de exportación hacia 1900. Este rechazo la bebida en un comienzo se asocia a lo que Gutiérrez Girardot indica alrededor del conocimiento fragmentario y posterior de las vanguardias europeas, razón por la cual la iniciación de la vanguardia en Colombia no surgiría bajo la influencia directa europea. En los años treinta las vanguardias estaban unidas

al café frecuentado por políticos y periodistas. En el café la cigarra había una pizarra donde se publicaban las principales noticias, en el café la victoria, frecuentado por poetas se estudiaba y se recitaban temas asociados a la generación del 98 y del 27. Estas reuniones contribuyen a crear el grupo literario de los nuevos. Vale la pena aclarar que las librerías también fueron receptáculo de estos encuentros y estas tertulias

Para la autora, del café surgía lo nuevo, de manera que estos espacios propiciaron las condiciones para la constitución de la vanguardia. Estas condiciones estuvieron afincadas en las historias de los cafés y los hombres de café como, por ejemplo, las historias del grupo de piedra y cielo que fueron anteceditas por las historias de León de Greiff, los políticos y periodistas que según testimonio de Fernando Arbeláez frecuentaron el café Asturias.

Para probar el carácter de vanguardia de los cafés, la autora se remite a cinco personajes de café. El primero de ellos y tal vez el más emblemático es León de Greiff. En 1905 perteneció a la tertulia de los Panidas, que editaba la revista Panida. Fundador del grupo los Arquilokidas y de la revista los nuevos utilizó en su poesía arcaísmos y palabras extranjeras, alusiones y ritmos externos. De acuerdo con la autora y apoyada en fuentes documentales, León de Greiff fue el renovador de la poesía colombiana, pero ante todo un literato de café. Hombre de la calle y de los espacios públicos se pasaba la vida en el café. Vale la pena decir que muchos de sus poemas encarnecen el orden social existente. León de Greiff expresa poéticamente una rebelión literaria y política contra el pragmatismo y la obsesión centenarita afincada en la tradición. El segundo personaje de café que referencia la autora es Luis Vidales, otro poeta de vanguardia de la tertulia los nuevos. En 1926 publicó *suenan timbres*, título que alude a los timbres eléctricos que empezaban a reemplazar a las tradicionales aldabas para anunciar nuevos tiempos. Como poeta urbano Vidales tematizó el café como espacio de vida, al igual que de Greiff, con algunos poemas sobre el café. Sus poemas se consideran renglones desarticulados alejados de lo que se considera poético. De acuerdo con Charry Lara, los lectores bogotanos comprenden los textos de Vidales como un enfrentamiento. Profesaba ideas socialistas desde los años veinte y organizó junto con Luis Tejada y otros de los nuevos el primer grupo comunista en Colombia, fue director del periódico *Vox Populi*. El tercer personaje es Luis Tejada, quien murió muy joven (1924) antes

de que se agruparan los nuevos. Lo apodaban el pequeño filósofo debido a su gran fama de periodista. Era un observador, un caminante. Por esa razón era partidario de la utilización de la crónica en el periodismo. Frecuentaba el café Riviere. El cuarto de ellos fue Ricardo Rendón quien se quitó la vida en el café taberna denominado La Gran Vía. Aunque frecuentaba el Windsor y el café Riviere donde salían los libros y las revistas, prefería la Gran Vía.

A poco más de un año de la victoria liberal, Rendón se quitó la vida en el reservado del local de La Gran Vía. Llamado por German Arciniegas el despertador de Bogotá, fue uno de los trece Panidas, formó parte de los Arquilokidas y de los Nuevos. Participaba callado de las tertulias, pero expresaba su opinión por medio de la caricatura y la sátira política. El último de los hombres de café, reseñados por König fue Germán Arciniegas que ante todo fue un gestor cultural que, influenciado por la revolución estudiantil de Córdoba en 1918, luchó por implantar una reforma radical en los métodos de enseñanza superior. Además, fue asesor y participaba de las tertulias animando la producción intelectual con la revista *Universidad*.

Aunque los precursores de la vanguardia fueran los miembros de la gruta simbólica, el verdadero literato de café fue León de Greiff, y junto con la tematización del café como lugar de vida y producción intelectual fortalecieron la vanguardia. En los cafés se producían textos que puede ser considerada literatura de café y estos cinco personajes fueron considerados miembros de una vanguardia subestimada. Ahora bien, ante estos argumentos presentados por la autora, el tema de la vanguardia se ve desprovista de una reflexión seria sobre sus implicaciones ideológicas. Por tal razón es importante complementar esta postura con algunas reflexiones sobre la vanguardia desde los planteamientos de Peter Burger. En estas reflexiones preliminares para una ciencia crítica de la literatura, el autor hace una serie de consideraciones. La primera de ellas es determinar la posición que ocupa el investigador, cuáles son sus intereses y sobre todo en que debates y disputas sociales está inmerso. Esto permite pensar que una ciencia crítica de la literatura ha de tener en medio el problema de la interpretación. En la motivación del cuestionamiento donde se tiene en cuenta el presente y sus intereses y además se define el, tema y el objeto de investigación, el investigador se

enfrenta a dos problemas centrales; el primero de ellos es el “prejuicio” que en términos de Gadamer corresponde a los textos extraños, texto que sin duda el investigador descarta por no hacer parte del conjunto de textos del paradigma dominante; el segundo de ellos es la recepción pasiva de lo dado, hipostasiar la realidad dejando por fuera el problema de la ideología.

Un modelo consecuente con una ciencia crítica de la literatura requiere interponer el problema de la ideología para concebir a la obra literaria, no como un objeto dado, sino como construcción mental en oposición y la situación social. Sin embargo, a esta función social de la sustancia real, en términos marxianos, es importante interponer el concepto de institución social del arte en términos de Marcuse aquí se hace relevante entender que entre las condiciones sociales y las objetivaciones literarias existe una tercera categoría que media entre las dos: el status que representa las condiciones sociales de producción de la obra.

Finalmente, Peter Burger propone que a partir de las reflexiones de Marcuse y teniendo en cuenta las advertencias de Marx, un concepto que se puede articular a esta discusión es el de intensión de la obra. Este concepto permite articular el carácter dialectico de la obra de arte como producción y a la vez determinar los puntos de fuga y los efectos de la obra en la sociedad. En este orden de ideas el texto de Peter Burger puede servir para mostrar una relación entre las condiciones sociales y las categorías (objetivaciones literarias) en un contexto como la Bogotá de 1880 y 1930. El problema ideológico pasa por lo religioso (sustancia real según Marx). Una institución como el arte, no definía de forma absoluta el valor de la obra artística, en nuestro país pasaba por la definición y la representación de lo nacional dentro de un contexto de industrialización y deseo de modernidad.

La expresión estética sin duda era un campo de luchas entre unas visiones nacionales amarradas a la tradición española y otras que buscaban un horizonte de sentido en orden social moderno vinculante con la idea de progreso. ¿Cuál es el papel de los cafés en este problema? Como lugares de producción de pensamiento, los cafés se convertían en lugares de inserción de los sentidos modernos de la existencia; pero al mismo tiempo se constituye en lugares de observación de las transformaciones y de las formas modernas y excluyentes de

la vida cotidiana. En primer lugar, habría que observar si los cafés bogotanos tenían algunas características de los cafés europeos. En segundo lugar, teniendo en cuenta que en Bogotá el desarrollo del arte no procedió como una inversión de los salones aristocráticos como sucedió en Francia, habría que pensar en las características y procedencia de los cafés en la ciudad. En este sentido, ¿Cuál es la relación de los cafés como espacios de producción de pensamientos y la configuración de una identidad cultural? En tercer lugar, habría que plantear si esta identidad cultural estaba en ajuste con los sentidos modernos y por último si esta identidad Cultural podría ser considerada una vanguardia; ¿si fue así que clase de orden pretendían quebrar?

Finalmente, el papel de la prensa en la transformación de los relatos orales en fuente escritas fue relevante desde las primeras décadas del siglo XX. Habría que preguntarse, si estaban siendo testigos de estos cambios y además si eran conscientes de la transformación del oficio del periodista, ligado a las certezas de la literatura y la gramática, para convertirse en un profesional en este aspecto. Además, si el campo de la producción literaria visiblemente afectado por la injerencia cada vez más determinante de la actividad comercial y de los valores burgueses, permitió una especie de transformación o un tránsito a la consolidación de un campo periodístico, donde era posible no solo ganar un prestigio sino además seguir con un estilo de vida ligado a las letras.

Otro aspecto a tener en cuenta además de lo ideológico es el tema del ocultamiento de algunas prácticas que atentaban contra el orden social establecido. Por ejemplo, Guarín (2011) sostiene que el uso de bebidas alcohólicas y de estimulantes llamadas drogas heroicas entre la elite fue ocultado, silenciado desde un modelo de sociedad que defendía la moral y las buenas costumbres. En estas prácticas se estigmatizó el uso de bebidas alcohólicas por parte de las clases populares (denominadas borrachera) frente al consumo aceptado de bebidas importadas por parte de las clases altas (denominada embriaguez). Como práctica aceptada del consumo de bebidas alcohólicas se realizaba en lugares privados y en clubes, donde se aceptaba esta práctica ligada al gracejo, al chispazo y a la bohemia, que a su vez se asociaba a la literatura y la poesía. Más que convertirse en unas prácticas que amenazaban con transformar el orden social, la bohemia bogotana se afianzó en el orden establecido y

defendió el consumo de licor y de sustancias psicoactivas por parte de la elite bogotana. La vida del café, el cafetín y las chicherías contravenían dichas prácticas por ser evidentemente públicas (Guarín, 2011)

Se condenaba públicamente la borrachera popular y se toleraba el consumo clandestino de licor y sustancias psicoactivas entre las elites. Beber licores extranjeros era visto como algo distinguido y consumir chicha era percibido como algo nocivo para la salud y culpable de la violencia y la ruina moral del pueblo. Aunque el consumo de alcohol solo fue regulado a lo largo de los años treinta cuando el alcoholismo fue considerado un problema de salud pública, es importante tener en cuenta que solo hasta después del 9 de abril se logró que el consumo de chicha fuera totalmente refrenado solo hasta cuando el consumo de cerveza supero al de la chicha.

Este texto de Oscar Guarín hace referencia a una dinámica de contravención social y cultural oculta dentro de la elite colombiana en el periodo historiográfico conocido como la hegemonía conservadora. El ocultamiento sistemático de prácticas relacionadas con el consumo de bebidas y drogas, permitió a la elite refrenar prácticas relacionadas con la clase popular bajo un modelo de civilización, que además de exacerbar la vigilancia del individuo y lo privado, imponía las buenas costumbres bajo manuales de comportamiento.

De esta manera, la hegemonía conservadora propicio una paradoja sobre la sociedad que se tradujo en los siguientes términos: mientras refrenaba los comportamientos de las clases populares con las fiestas y sus prácticas, al mismo tiempo, la elite debía ocultar y silenciar sus prácticas ante los ojos del pueblo, tolerándose y justificándose. Con esto se presentó un fenómeno deliberado de ocultamiento del comportamiento de la élite mediante el cual, por medio del silenciamiento, la des objetivación del individuo y el uso de un lenguaje muchas veces metafórico, se camuflaron ciertas prácticas sociales.

Bajo esta distinción, la elite elaboró un repertorio discursivo en el cual se afianzaba como agente civilizador abanderado del proceso civilizador de la nación. La elite se auto referenciaba como parte de la civilización buscando su contraposición con lo popular a quienes se les atribuía vulgaridad y barbarie. Para lograr lo anterior, fueron eficientes, la difusión de manuales de moral y buenas costumbres. Además, desde el modelo civilizador, la elite debió someterse a una paradoja: al restringirse de su comportamiento publico tuvo

que trasladar a la esfera privada muchas de las contradicciones que se manifestaban en su comportamiento cotidiano, donde el consumo de licor estaba asociado a las actividades sociales y además a la productividad. Una creencia de la elite era que la ebriedad resultaba productiva. En este sentido, la ebriedad era prerrogativa de las clases altas y se restringía a los espacios privados, es decir en sus espacios de sociabilidad.



Ilustración 5. Café La Gran Vía. Ilustración Arquitecto Miguel Payán Aparicio

En términos generales se puede argumentar que la asistencia de las elites a los cafés era restrictiva, no porque fuera vedada su asistencia sino por constituirse en modelo civilizador que necesitaba refrenar prácticas de contravención social y cultural como el consumo de licor. En la medida en que los cafetines eran cercanos a las chicherías, la elite se distanciaba de estos lugares y prefería el escenario privado para no tener que exponerse en público, esta práctica soterrada de consumo de licor y sustancias psicoactivas fueron racionalizadas y justificadas como practicas propias relacionadas con las actividades sociales

y la práctica literaria bajo una bohemia disfrazada que en vez de amenazar el orden social establecido lo mantenía.

Frente a los cafés como espacios de producción cultural, esta referencia de prácticas soterradas permite entrever que la producción literaria podría estar más ligadas al espacio del club y de la vivienda. Sin embargo, algunos poetas como Delio Seraville, frecuentaban los piqueteaderos y las chicherías, esta aproximación de la poesía con los lugares sórdidos, según este autor podría estar condenada por la elite bogotana. Llama la atención en las memorias de Eduardo Caballero Calderón. (Memorias infantiles 1916-1924) la anécdota presentada en la página 54, donde relata la historia de su abuelo que se disfrazaba para acudir a los cafetines de san Victorino. Con esto es posible pensar, que no era tan clara la forma en que la producción cultural, materializada en versos, poemas y demás formas orales (escuchados en los cafés) junto con la producción de ensayos, poemas escritos y demás tipo de literatura, transitaban al público. Más bien las preguntas planteadas desde este panorama ofrecido por Guarín, son: si el café, no es un lugar para fomentar la cultura de la conversación, por la estigmatización de un proyecto civilizador que los denigra, entonces de qué manera logro expandirse por la ciudad. ¿Es posible que el café fuera el espacio intermedio entre la chichería y el club? ¿Si la práctica de la bebida en Bogotá era tan fuerte, el consumo de café de qué manera se asoció con la producción literaria? ¿Es posible que el consumo de café se asociara con las dinámicas capitalistas, en la producción laboral y no cultural?

Estos interrogantes, abren la posibilidad de observar y matizar con detenimiento, estos espacios para el encuentro y una sociabilidad sui generis, que entrometía, el ocultamiento de prácticas que al mismo tiempo se denunciaban por su carga moral. Finalmente, el uso de conceptos como prácticas, inscriben al historiador en formas de hacer historia relacionadas con historia social y cultural de las prácticas. Aunque es interesante, el tema trabajado desde uno de los aspectos de la historia privada en Colombia, no es claro en enfatizar las fuentes de referencia que utiliza para dar cuenta de esta práctica de silenciamiento y ocultamiento. Aunque muestra algunos datos interesantes, sus mayores referencias provienen de Arguellas, el diplomático boliviano que estuvo en Bogotá para la época estudiada. Lo que queda por contestar a partir de este texto es si los bogotanos querían imitar un modelo cultural que habían visto en Europa o adaptaron este modelo y el consumo

cultural a las supervivencias coloniales. Aunque se menciona algunas referencias de los viajes de las elites a Europa, todavía no queda claro, porque se consumía tanto licor y se consumía drogas, que era lo que estaba en juego, ¿qué era lo que se quería evadir? ¿Cuál era ese despertar espiritual colectivo que se perseguía por medio de la bebida? ¿Cuáles eran las razones de tipo identitario que hacían a los bogotanos proclives al consumo de licor y Drogas?

Finalmente, de acuerdo con el historiador Alfredo Barón (2015) Leal, la historia de los cafés en Bogotá se remonta hasta los años cincuenta y sesenta del siglo XIX, cuando aparecieron los primeros establecimientos denominados “cafés” en la ciudad. Según este autor, en ese momento aparecieron el Café del Comercio, el Café y Licores Italiano y el Café de la Unión. En el tránsito de la ciudad colonial a la moderna, los espacios de encuentro y sociabilidad no tenían por función hacer visible las diferencias sociales. En la primera década del siglo XX lo que abundaba eran piqueteaderos, chicherías, cantinas y licoreras que hacían funciones de café o lugar de encuentro. En los cafés de la primera mitad del siglo XX se veían juntos al intelectual, al embolador, al voceador de prensa, al lotero, al desempleado, a las coperas, a los estudiantes y a media Bogotá cuando en la ciudad llovía. Por último, para los años ochenta el café literario clásico bogotano estaba desapareciendo. Ahora bien, según leal Los cafés además de constituirse en lugares de encuentro, también lo fueron de formación de la opinión pública. Como lugar de intelectuales y escritores, los cafés de Bogotá tienen una historia estrechamente ligada a la del país.

Aunque el autor plantea que su escrito corresponde a una mirada panorámico sobre la historia de los cafés en Bogotá, lanza algunas afirmaciones que requieren mayor profundidad. Habría que corroborar hasta qué punto, los cafés fueron lugares para la formación de la opinión pública, como sí lo fueron en ciudades como Paris y Londres. Esta cultura de la palabra e intercambios lingüístico se afincaron inicialmente en el altozano de la ciudad y en tertulias desde finales del siglo XIX y comienzos del XX, que de acuerdo con el historiador urbano Mejía Pavony p25 sí tuvieron incidencia en la formación de la opinión pública. Habría que mirar con detenimiento el papel de los letrados en la vida política y pública de la ciudad, que de acuerdo con Malcom Deas (1993) dominaron hasta 1930. Es importante cuales eran los escenarios de la elite bogotana y las luchas simbólicas que se

establecían en torno al tipo de modernización para la ciudad. Como lugar donde se establecían relaciones democráticas y de acceso a diferentes personajes de la ciudad habría que advertir las diferencias de acceso en los cafés de Bogotá según el texto de Hernando Téllez de 1976 titulado “Los cafés que murieron el 9 de abril”

La aparición de espacios para el ocio concuerda con la modernización de la ciudad, sin embargo, el predominio de chicherías y cada vez más tabernas a comienzos del siglo XX hacen pensar en la proyección de la chichería como lugar para la legitimación de las clases populares y un estilo de vida caracterizado por la carencia de capitales económicos. La visita constante de algunos personajes con capitales culturales altos, a estos espacios como Delio Seravile hacen pensar en la forma en que los lugares para el consumo y la ostentación se dispusieran fuera del parámetro del café que recibió connotaciones de lugar indeseable y estigmatizaciones de las clases altas. De allí, la diferenciación en los lugares, el Café restaurante, el café de los periodistas y los políticos como el Café Windsor, muy al estilo de los cafés europeos que fueron por lo general salones grandes dispuestos para el consumo y la ostentación. Desde una lucha por la imposición de unos sentidos legítimos de la existencia, el papel de los letrados fue sin dudas determinante.

En esta confrontación con una burguesía en ascenso y un deseo de modernidad latente, el proyecto cultural que estuvo en juego requería de algunos mecanismos para su puesta en marcha. La puesta en valor de unos repertorios lingüísticos, asociados a un imaginario sobre el uso correcto del lenguaje que se denominó la Atenas suramericana, fueron asumidos desde modos de representación legítimos en busca de una modernización con tradición que se encontró con la invariable necesidad de aumento del consumo bajo la dinámica capitalista; no obstante en una época de transformación urbana, del capitalismo y una emergencia de la burguesía, las apariciones de estos espacios de ocio y democratización de la palabra, como los cafés no constituyeran amenazas para la consolidación de opinión pública que hiciera frente a la representación de legitimidad cultural amparada en el mito de las Atenas suramericanas.

Finalmente, si a esto se suma esa práctica de silenciar unas prácticas que entran en contradicción con un modelo civilizacionista afincado en la moral y las buenas costumbres, las connotaciones de estos espacios podían aceptar desde la interioridad, esa intimidad que resguardaba el secreto de contravenir la cultura. Más que espacios de sociabilidad podría decirse que fueron espacios soterrados para encubrir prácticas asumidas como deseables y al mismo tiempo como indeseables. En este orden de ideas habría que plantearse, ¿cuál fue el papel que asumió la literatura, la poesía y demás manifestaciones culturales ligadas al arte? ¿Qué función desempeñó en los cafés como espacios para reforzar la intimidad y la seguridad de un lugar confiable? ¿Cuáles fueron los agentes que denunciaron, o describieron las nuevas prácticas de sociabilidad? ¿Es posible asumir que en los cafés se aceptaban los excesos y las excentricidades que el mundo público no lograba digerir? ¿Es posible pensar que los cafés se convirtieran en espacios del ruido y de la vida citadina que no podía expresarse en público?

Segunda parte

Marco teórico:

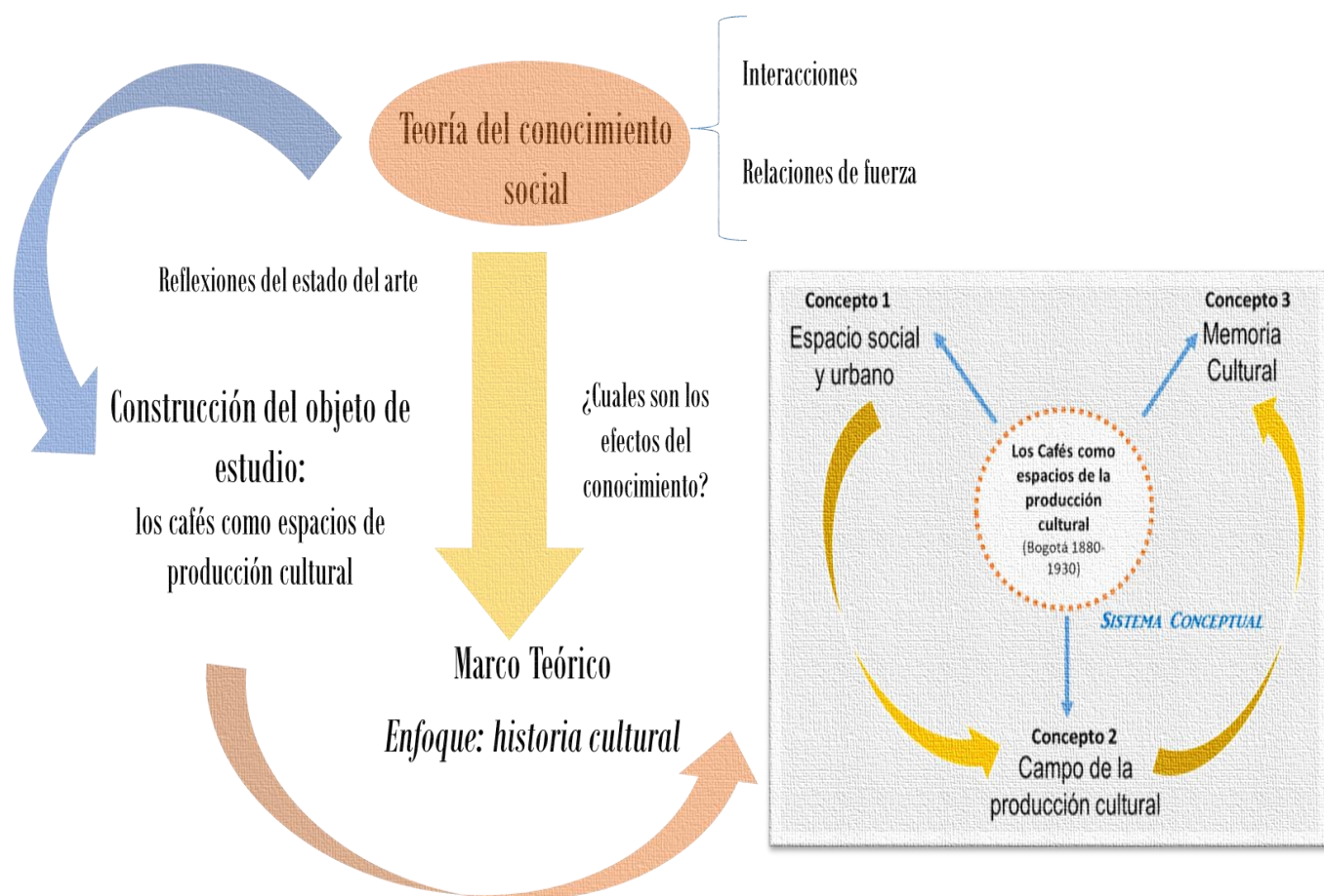
Historia cultural de las prácticas en los cafés

El abordaje del café como espacio de producción cultural supone inicialmente una aclaración de orden epistemológico. Esta reflexión inicial se presenta desde las bases de una teoría del conocimiento social para una mejor explicitación del marco teórico. En la medida en que se comprenda que todo intento de objetivación procede de un rasero epistemológico, se puede hacer visible la intención, la crítica y el discernimiento de la dilucidación teórica. En este proceso, se hace relevante la distinción entre las teorías del conocimiento social y las teorías del mundo social. De acuerdo con Serna (2015) la confusión entre teorías del conocimiento social y las teorías del mundo social se presenta con frecuencia en la práctica investigativa al quebrar de una parte, las interrelaciones entre la reflexión epistemológica y teórica y de otro lado, las relaciones entre epistemología y metodología²⁵. De esta manera, se hizo relevante una reflexión inicial sobre la producción del conocimiento social para comprender la función y el sentido de los cafés como espacios de la producción cultural desde la naturaleza, la forma y las relaciones que adquiere este objeto de estudio en relación con una posición epistemológica, con la cual se abordó la investigación doctoral.

En efecto, esta gran sombrilla que involucra una breve disquisición epistemológica sobre los procesos de legitimación en la construcción del conocimiento, permitió la articulación teórica en cuatro momentos, a saber: La discusión sobre los efectos del conocimiento en la vida social, particularmente en la lucha por el monopolio de la representación legítima del mundo social, la reflexión epistemológica de la construcción misma del objeto de estudio, bajo el rescate de consideraciones y advertencias conceptuales en el estado del arte; la posibilidad de articulación de la historia cultural como puente entre

²⁵ Si se tiene en cuenta lo que plantea Vasilachis (2006) cuando argumenta que la epistemología del sujeto cognoscente demuestra el conocimiento del sujeto teniendo en cuenta el espacio, las teorías y lo metodológico, también es posible pensar en la epistemología del sujeto conocido que tiene como objetivo dar a conocer e interpretar de forma constante toda aquella información proveniente de lo que se está conociendo. Esta intersección entre el sujeto cognoscente y el sujeto conocido se resuelve para Bourdieu (2008) desde un ejercicio de reflexividad y una pedagogía de la investigación que reclama el punto de vista como derrotero indispensable para la construcción del objeto de estudio. El punto de vista, entendido como un ángulo conceptual desde donde se aborda una problemática, permite constituir un campo científico bajo una relación conceptual entre problemas. Esto quiere decir que fue importante abordar el problema de investigación bajo categorías conceptuales (expuestas en el estado del arte) que permitieran una reflexión crítica sobre la realidad y en esta medida fue importante la construcción categorial del objeto de estudio para disponerlo como un objeto cognoscible y analizable

consideraciones sociológicas y los estudios culturales y por último la presentación del sistema conceptual propuesto para esta tesis doctoral. Bajo esta consideración se logró articular estos cuatro momentos para la consolidación y comprensión de una historia cultural de las prácticas en los cafés.



Gráfica 7. Esquema de marco teórico (elaboración propia).

Una reflexión inicial sobre la construcción del objeto de estudio: De las versiones simplificadas del conocimiento social a sus relaciones con la legitimación cultural.

Desde este primer apartado se logró aclarar la posición epistémica y epistemológica en la construcción del objeto de estudio. Este régimen representacional desde el cual se enmarcó la reflexión sobre la construcción del conocimiento, se alejó un poco de las concepciones de construcción de la realidad social limitadas a reconocer en el sentido común, las objetivaciones de la sociedad. Aunque se acepte de entrada que la realidad social es construida y que está procede bajo la participación activa de agentes y agencias en la producción y circulación de un conocimiento del sentido común, no hay que desconocer las relaciones de fuerza que están en medio de esta construcción. He aquí la diferencia sustancial entre una concepción del conocimiento que plantea una relación entre las elaboraciones intersubjetivas y objetivas del mundo social, por medio de la institucionalización y el poder tipificador del lenguaje y otra concepción del mundo social que involucra los efectos sociales del conocimiento, y vincula además las relaciones de fuerza y las prácticas en relación con el poder simbólico como corolario de la naturalización misma de la realidad.

En este sentido, resulta indispensable la vinculación de una teoría del conocimiento social que involucre la institucionalización de unas prácticas en la vida cotidiana y que al mismo tiempo logre articular la producción cultural y las tensiones sociales en la objetivación del mundo social. Más allá de una sociología del conocimiento que acepta que la realidad es una cualidad propia de los fenómenos que reconocemos independientes de nuestra propia voluntad, es necesario proponer una reflexión más profunda sobre las tensiones y las relaciones de fuerza que están involucradas en la construcción social de la realidad²⁶.

De acuerdo con Bourdieu (2001) para desentrañar el sentido del mundo social es necesario comprender que la realidad no se presenta completamente determinada pero tampoco como completamente indeterminada. En este orden de ideas, no se afirma como una realidad fija e inmutable, ni tampoco se puede considerar universal y unidireccional. La

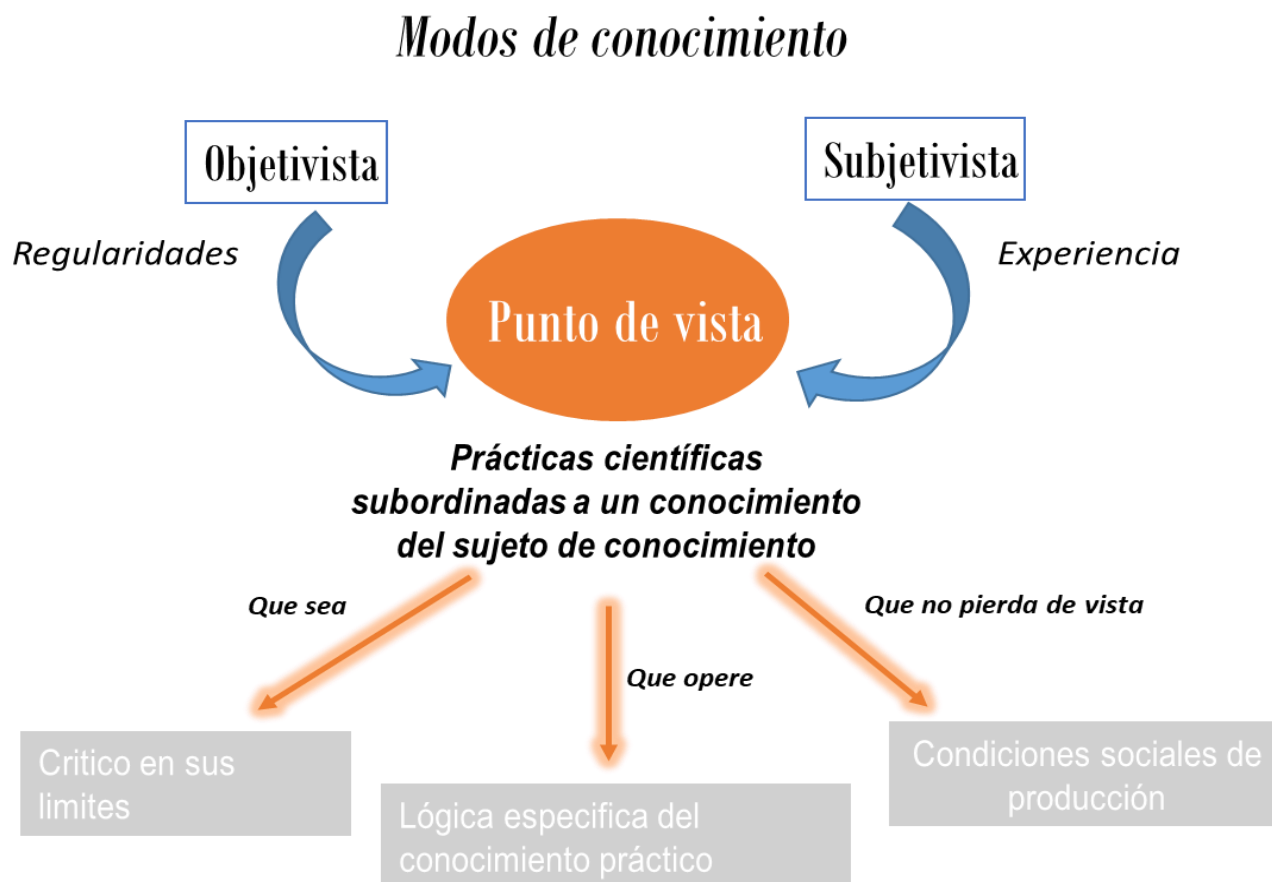
²⁶ Aunque es necesario reconocer que el conocimiento es ordenado por la sociedad y se presenta desde la realidad subjetiva como un a priori de la experiencia individual, las preguntas por cómo conocer desde una realidad que me antecede y que puede haber estructurado un conocimiento ideologizado se concreta en la consideración que implica que todo acto de conocer involucra el reconocimiento de una posición determinada y la posibilidad del relativismo social como mediador entre lo qué es lo real y el cómo conocerlo (Berger y Luckman, p2001).

realidad del mundo social está sujeta a varios puntos de vista que pueden entenderse como visiones de mundo. Desde el punto de vista objetivo, la realidad se presenta en una relativa indeterminación que se ofrece a la percepción sin la participación del sujeto; desde esta perspectiva, los agentes sociales son tratados como cosas y clasificados como objetos. Desde el punto de vista subjetivo, la realidad se presenta desde la perspectiva del sujeto que percibe, siendo la realidad el producto de la agregación de actos individuales. Más allá de estas parejas epistemológicas bajo las dicotomías objetivo, subjetivo lo que plantea Bourdieu (2007) para superar esta antinomia de estos dos modos de conocimiento e integrar sus logros es la subordinación de la práctica científica a un conocimiento del sujeto de conocimiento, conocimiento esencialmente crítico de los límites inherentes a todo conocimiento teórico, tanto subjetivista como objetivista(p46) No obstante, tanto desde el punto de vista objetivo como desde el modo de conocimiento subjetivo, la realidad se ofrece con unos principios de visión y de división del mundo social presentes en un momento dado del tiempo que pueden confluír en varios puntos de vista.

Desde estas consideraciones que implican, por una parte, un conocimiento en ajuste a unos intereses y a unas prácticas específicas y de otro, unos efectos sociales de esa producción, se hace necesario reconocer los diferentes espacios de lucha por la clasificación del mundo social, donde por supuesto está incluido el científico social que intenta objetivar mediante sus teorizaciones al mundo social²⁷. Vale la pena aclarar que desde esta teoría del conocimiento del mundo social se presenta una paradoja: mientras los agentes y las agencias sociales objetivan la verdad legítima y legitimadora del mundo social, también resisten, mediante estrategias culturales a la desaparición de esa verdad objetivada bajo los efectos de la violencia simbólica y la arbitrariedad cultural²⁸.

²⁷ En realidad, la comprensión de los efectos del conocimiento social, lleva a reivindicar a la práctica como un estar en el juego social con unas reglas nunca explícitas y unas concepciones sociales que estructuran unas visiones del mundo, movilizadas por estrategias culturales. La eficacia simbólica del poder simbólico permite la sublimación de las contradicciones socialmente producidas mediante un proceso de naturalización que pasa por los cuerpos y por las prácticas haciendo uso de la violencia simbólica (Serna, 2015, p131).

²⁸ Vale la pena aclarar que la noción de arbitrariedad cultural procede de la teoría de la reproducción de los sociólogos Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron, quienes entre los años sesenta y setentas propusieron que la reproducción de las relaciones sociales y la configuración de las clases sociales son el resultado de una acción pedagógica con los efectos de una violencia simbólica encarnada en la escuela como institución social. Se retoma esta noción para esta investigación, en la medida en que este concepto permite pensar en las condiciones sociales de producción y reproducción del orden social bogotano, que no ha procedido como reproducción



Gráfica 8. Modos de conocimiento de acuerdo a Bordieu (adaptación del libro "Crítica de la razón teórica" (Bordieu, 2007).

Bajo esta concepción antropológica de la cultura se asocia la participación de la creencia en los procesos de producción cultural bajo la noción de legitimación cultural que al mismo tiempo que hace visible unas verdades incontrovertibles en el espacio social, también esconden unas prácticas detrás de esta pretendida naturaleza, que no es más que una construcción social y cultural y no un orden social natural. De acuerdo con Bourdieu (2001), toda conciencia y percepción del mundo nunca está desprendido de un hacer y un decir, en realidad, se está en el mundo social en tanto cuerpo y como cuerpo. Mediante los cuerpos y

mecánica, sino como resultado de unas fuerzas sociales en constante lucha por la imposición de un principio de visión y de división del mundo.

los usos del cuerpo, los agentes se hacen al mundo social y al mismo tiempo son hechos por el mundo social.

La existencia entonces de inconscientes intelectuales, de obstáculos epistemológicos anclados a teorías erráticas y convertidas en verdades difícilmente cuestionadas, permite establecer, que este discurso autorizado capaz de hacer existir en las conciencias y en las cosas, las visiones y divisiones del mundo social, requiere ser desestructurado, mediante un ejercicio de historia social de la producción de la ciencia y de la producción cultural. Esto debido a que son los mismos científicos sociales y los agentes culturales quienes objetivan el mundo social, a través de las luchas por la imposición de un principio de visión y de división del mundo social. Desde el mismo campo científico, las verdades científicas se convierten en productos sociales transhistóricos relativamente independientes de las condiciones sociales de su producción. Desde ahí, resulta importante relacionar los actos y los discursos legítimos y legitimados con las condiciones de producción y los intereses específicos de sus productores.

De acuerdo con Serna (2015) las economías del poder simbólico, aunque se inscriben en las relaciones de fuerza del mundo social, tienen la capacidad de desprender a la cultura de cualquier injerencia social y material o más allá, tienen la capacidad de desprender a cualquier objeto, incluso a los materiales de cualquier injerencia social o material objetivándolos como culturales (p131). Esta postura sociológica implicó reconocer que, en los procesos de construcción de la realidad proceden una serie de aspectos a considerar como: la actividad humana del trabajo, las relaciones sociales provocadas por dicha actividad, la relación del conocimiento y las estructuraciones históricas que organizan y en ocasiones desestructuran las relaciones sociales y además, la posibilidad de participación de agentes y agencias sociales en estas decisiones sobre lo legítimo bajo estrategias culturales; pero además la presencia de inconscientes teóricos en la producción del conocimiento.

De esta manera se acepta, por una parte, que una reflexión epistemológica sobre el conocimiento implica al sujeto de conocimiento y que además no hay crítica epistemológica sin crítica social. En este sentido se acepta la necesidad de historiar o hacer historia social de las mismas prácticas científicas, por medio de balances y reconocimiento de lo que hacen los científicos y de otro lado, la necesidad de buscar en las condiciones de producción de ese

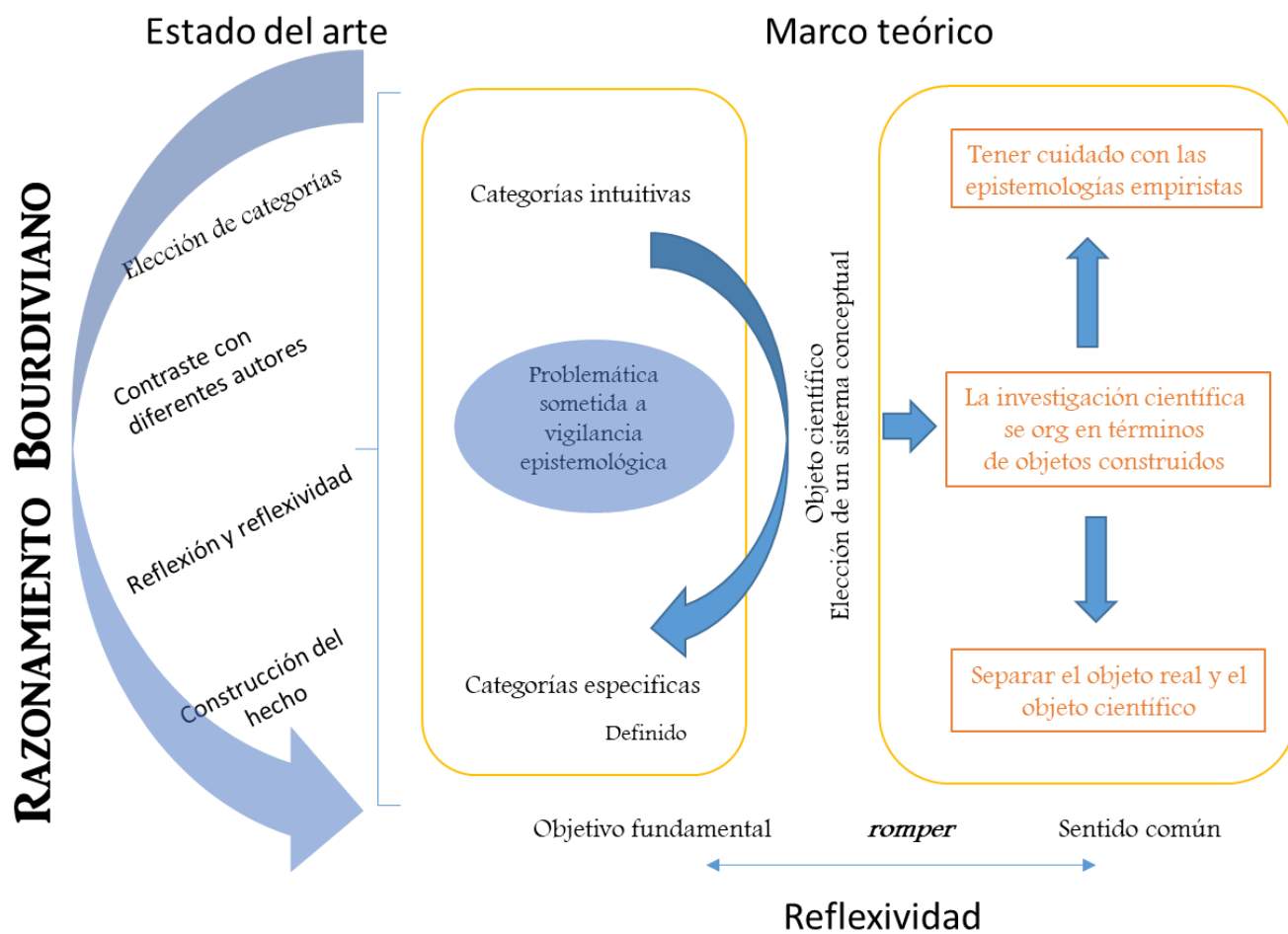
conocimiento, las luchas sociales por la imposición de una verdad legitimadora. Paraphrasing the same Bourdieu se puede argumentar que a través del científico social, agente histórico históricamente situado, sujeto social socialmente determinado, la historia, es decir la sociedad en la que la historia sobrevive a sí misma, se vuelve un momento sobre sí, medita sobre sí misma; y, a través de él, todos los agentes sociales pueden saber un poco mejor qué son y qué hacen.

Finalmente, un objeto de estudio como los cafés, no solo resulta interesante en su relación con la producción cultural, sino en sus pliegues y despliegues con la construcción de identidad cultural. Para indagar esta construcción conceptual en su articulación con unos referentes conceptuales que procedan como operadores y articuladores de la mirada, se hizo necesario desvelar la intención, la crítica y el discernimiento realizado en el estado del arte con el propósito de confirmar la teoría como medio crítico de objetivación. Desde estas comprensiones iniciales en la forma, la función y los efectos de este objeto de estudio, se logró plantear una historia cultural de las prácticas en los cafés. Estas comprensiones epistemológicas no sólo permitieron aclarar la relación del objeto de estudio con el sujeto que conoce, sino que además se logró proyectar unos procedimientos de orden teórico para concretar una reflexión rigurosa, que en el próximo capítulo se expondrá, sobre el método y las estrategias de investigación más adecuadas para abordar este objeto de conocimiento.

La construcción del objeto de estudio: los cafés como espacios de producción cultural

La intención investigativa de relacionar los procesos de construcción de la identidad cultural y los cafés como espacios de producción cultural permitió un reconocimiento inicial del papel de la práctica cultural como mediadora de esta relación. Desde una vinculación de las visiones de mundo y las relaciones de fuerza inscritas en el mundo social, la construcción del objeto de estudio se encaminó a ubicar desde los estudios sobre la identidad cultural para el caso bogotano, esa lucha por la imposición de representaciones sociales. Desde un régimen representacional anclado a la sociología de Pierre Bourdieu, la discusión en el estado del arte persiguió controvertir dichos enfoques y tendencias bajo un enfoque construccionista del conocimiento que asume que la realidad social es una construcción que implica la participación de diferentes agentes por la imposición de un sentido legítimo de la existencia

con sus diferentes visiones de mundo, diferentes intereses, diferentes estilos de vida y diferentes acumulados culturales y simbólicos²⁹.



Gráfica 9. Razonamiento Bourdiviano (elaboración propia).

²⁹ Estas luchas sociales por lo general se convierten en batallas colectivas propiamente políticas, donde es posible evidenciar las fronteras entre grupos que generalmente tienen el poder de imponer e inculcar los principios de construcción de la realidad, así como preservar, transformar los principios de separación, asociación y disociación, la clasificación sobre el género, edad, etnicidad. Este poder para nombrar proviene del Estado y del poder simbólico como poder estructurador del mundo en la forma de violencia simbólica (Bourdieu, 2001)

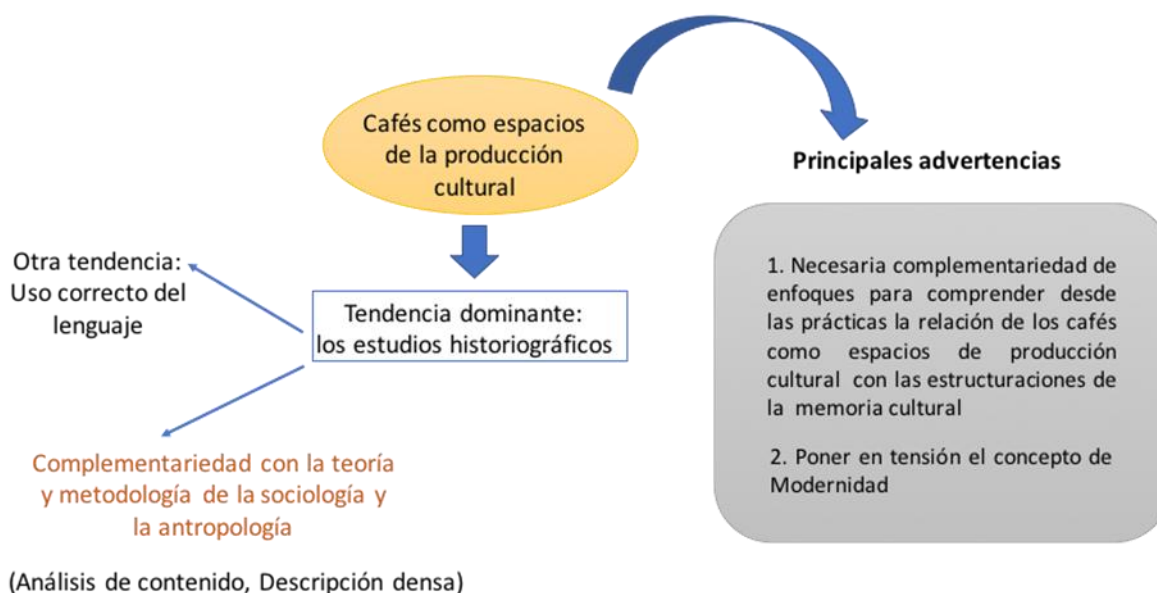
De este modo, desde los estudios abordados en el estado del arte emergieron los enfoques y las perspectivas sobre las cuales fue abordado el problema de investigación. Estos enfoques y tendencias convergieron en el afán de relacionar el tema de lo cultural en la explicación del fenómeno histórico. Propuestas como la sociología cultural con el análisis documental, las explicaciones antropológicas con conceptos de cultura como descripción densa y el problema del mito como estrategia cultural, fueron dominantes en el debate por la definición de la identidad nacional.

Otra de las tendencias dominantes en el abordaje de la identidad cultural estuvo relacionada con las posibilidades del lenguaje y el uso correcto de la lengua, de objetivarse en los espacios materiales y en los patrimonios. La naturalización de un orden social como el bogotano, donde se admite que el uso correcto de la lengua ha sido y sigue siendo uno de los atributos culturales que más nos representan, esconde los intereses que tuvieron las clases dominantes para imponer un proyecto cultural de la nación en una época donde el desarrollo material e industrial era una consigna en la división del mundo representada en las exposiciones universales.

En estas discusiones prosperó la idea que detrás del uso correcto de la lengua se esconden diferentes agenciamientos que los hacen posible; aquí juegan un papel importante, las academias y los diferentes personajes que movilizándolo sus intereses logran proyectar este mecanismo como un dispositivo eficaz, para ser árbitro de las diferencias sociales dentro del espacio social que se estructura en la ciudad. De allí que la producción de un lenguaje legítimo cobra importancia para aquellos interesados en proyectar una imagen pública de ciudad acorde con un pasado común y de esta manera compartir una experiencia de futuro que posibilite el albergue a distintas identidades que comparten el mismo espacio físico de la ciudad. Detrás de estas dinámicas se esconden una multiplicidad de relaciones sociales, culturales y políticas que permiten que unos repertorios simbólicos (como el correcto uso de la lengua) puedan ser erigidos en patrimonios vivos.

Del análisis de estas tendencias se logró evidenciar la necesidad de complementar enfoques y sistemas conceptuales. En efecto, desde estos debates aparece la necesidad de complementar los enfoques historiográficos con conceptualizaciones y préstamos de otras disciplinas de las ciencias sociales como la antropología y la sociología. En este orden de

ideas, algunos estudios que estuvieron bajo el predominio de la historiografía subordinaron conceptos como la descripción densa, y otros aplicaron metodologías de la sociología cultural, como el análisis de contenido. Cabe mencionar que, aunque, dentro de estas mismas disciplinas aparecen notables diferencias, la reflexión epistemológica fue escasa en esta revisión bibliográfica.



Gráfica 10. Esquema explicativo, formulación marco teórico (elaboración propia).

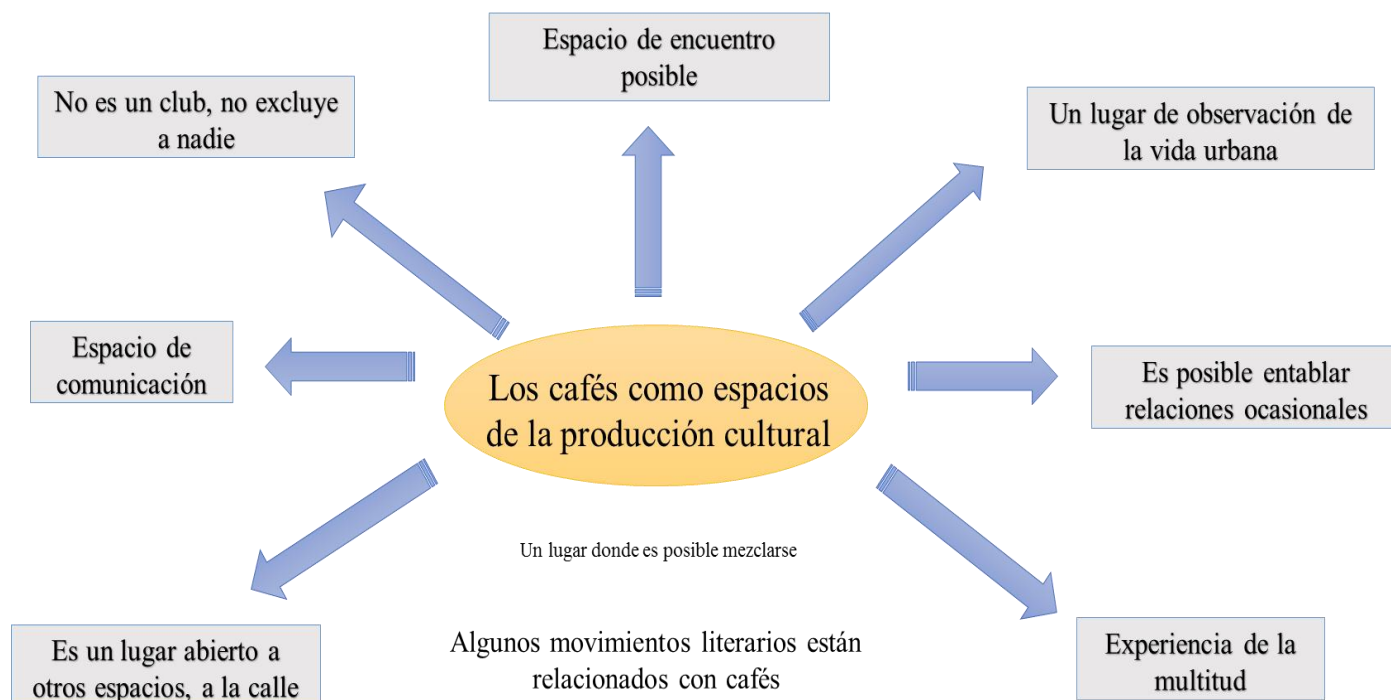
La periodicidad de indagación propuesta (1880-1930) de entrada vinculó los estudios historiográficos que en algunos casos tomaron préstamos de conceptualizaciones como la antropología y sumaron aspectos metodológicos usados en la historia cultural como el análisis de contenido y la descripción densa de Clifford Gertz. Además de los préstamos de la historia social y cultural, estos estudios insistieron en unas particularidades en la construcción identitaria para el caso bogotano en dos vías principales. La primera que señala que para el abordaje de un proceso historiográfico para esta ciudad se ha de recurrir a las oposiciones pasado – presente, tradición- modernidad y la segunda, intenta valorar el papel de las culturas populares en la participación de la construcción de una identidad bogotana para el periodo propuesto con el propósito de confrontar estas historias, con la historia legitimada propuesta por la elite en su intento por imponer un orden social y cultural particular.

En segundo lugar, con algunas advertencias conceptuales como por ejemplo poner en tensión el mismo concepto de modernidad o tener presentes unos mínimos textuales para la comprensión de la producción cultural, la discusión sobre la relación entre los cafés y la construcción de la identidad cultural avanzó al reconocimiento de dispositivos culturales y circuitos de legitimación de la cultura en los cuales participaban agentes y agencias con la proyección de proyectos culturales. Estos estudios que se relacionan además con los procesos de construcción de la nación, resultaron relevantes en la medida en que se logró evidenciar el carácter intencionado de la participación de agentes y agencias en la producción, circulación y apropiación de repertorios simbólicos, como una política de la lengua, los dispositivos culturales como los monumentos y de otro lado las formas de capital cultural dispuesto en el escenario urbano, como por ejemplo, el correcto uso del lenguaje, para contrarrestar las innovaciones sociales y los cambios en la cultura propuesto por la inserción del capitalismo y los modos de vida anclados a formas concretas de burguesía en la ciudad.

En tercer lugar, como resultado de estas intencionalidades en la cultura, la discusión de los cafés con los procesos de construcción de identidad cultural permitió involucrar manifestaciones culturales como los mitos fundacionales, que para el caso bogotano se afincó en el mito de la Atenas Suramericana con el propósito de elevar unas representaciones a las formas de memoria cultural para la ciudad. Aquí cabe mencionar las supervivencias culturales de unas formas de exclusión dadas por las formas del lenguaje y la apariencia donde resulta fundamental la comprensión de la reproducción cultural desde dispositivos socializadores como la escuela.

En cuarto lugar, con unos derroteros claramente definidos para la comprensión del fenómeno de los cafés como espacios de producción cultural, el referente material se hacía no solo indispensable sino necesario. Con unas reflexiones iniciales sobre la identidad cultural que resultaron bastante homogéneas se pasó a considerar que los cambios sociales y culturales se relacionaban mucho más con nuevas estructuraciones y nuevas disposiciones evidentes en el espacio urbano. En este sentido, el abordaje de la producción cultural tuvo un asidero material en la comprensión de las estructuraciones urbanas y en las escasas posibilidades de desarrollo urbano en Bogotá. En este panorama, las resistencias culturales frente a las innovaciones urbanas y el deseo de modernidad frente a las formas tradicionales

de la cultura encontraron en los cafés un escenario propicio para la comprensión de estas disputas y las intencionalidades en la proyección de un proyecto urbano y cultural para la ciudad.



Gráfica 11. Los cafés como espacios de la producción cultural.

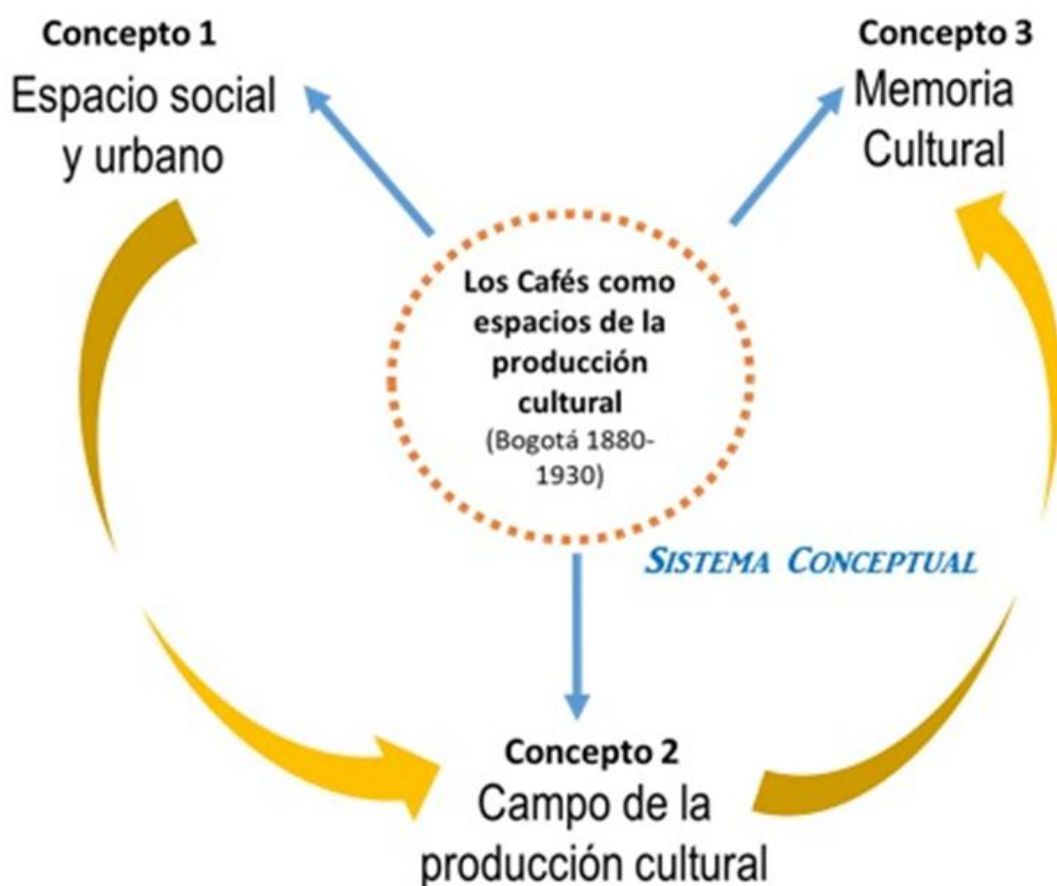
Con un panorama amplio en cuanto a las formas culturales y las estructuraciones de la ciudad para un periodo de cambio de siglo, la discusión sobre los cafés también requirió comprender la dinámica de los cafés en los escenarios europeos y sus manifestaciones como espacios de sociabilidad en algunos países de América latina. Esta indagación persiguió vislumbrar las especificidades para el caso bogotano, pero para lograrlo, fue entonces necesario un reconocimiento de estos lugares como espacios de producción cultural a pesar del escaso desarrollo urbano y de las resistencias culturales de una parte de la elite bogotana a aceptar las nuevas estructuraciones sociales. Así las cosas, la tendencia dominante en estos estudios fue sin duda la búsqueda de explicaciones históricas en la relación entre cafés e identidad cultural. Para el caso bogotano, si bien no se encuentran muchas referencias sobre el estudio de los cafés, es importante anotar que estos abordajes sobre todo desde una historiografía muy ligada a sus valoraciones estéticas en la vinculación de la literatura y los

análisis literarios, fueron relevantes para entender el valor de la crónica como fuente historiográfica y su vinculación con vanguardias y grupos literarios.

Desde esta vinculación de una teoría del conocimiento que vincula por una parte la producción cultural como un objeto de luchas por la clasificación del mundo social y desde otro lado un recorrido reflexivo por las principales aristas del objeto de estudio construido, se entromete una discusión necesaria sobre las formas culturales que adquiere la realidad a ser estudiada desde tres perspectivas complementarias. La primera de ellas relacionada con los desarrollos epistemológicos, teóricos y metodológicos de un nuevo paradigma denominado Nueva Historia Cultural. La segunda de ellas involucra directamente en la discusión los presupuestos teóricos y metodológicos de la sociología de Pierre Bourdieu con sus conceptos de campo, espacio social, la teoría de la práctica y su noción de *habitus*. Y la última perspectiva, conectada mucho más con los estudios culturales, permitió vincular las prácticas y las representaciones a un componente imaginario que, junto con las potencialidades de la literatura como forma simbólica de la cultura, se concretan en el concepto de memoria comunicativa y cultural propuesto por Aleida y Jan Assman.

Circunscribir el objeto de estudio a un régimen representacional que vincule lo cultural, lo histórico y el fenómeno de la memoria bajo estas tres perspectivas antes mencionadas, permite dejar en claro la intención investigativa de realizar una historia cultural de las prácticas en los cafés de Bogotá entre 1880-1930. La decisión de esta circunscripción no solo dependió de un acercamiento anterior a la sociología de Pierre Bourdieu sino además de las posibilidades teóricas ofrecidas en las fuentes consultadas en el estado del arte.

Desde el diálogo entre estas perspectivas que conectan a la historia cultural con algunos préstamos interdisciplinarios de problemas, objetos y metodologías con disciplinas como la sociología cultural, la antropología y los estudios culturales involucrando aquellas perspectivas que intentan comprender los temas de la identidad, la experiencia, la memoria y el recuerdo. Esta preocupación por lo simbólico y su interpretación hacen parte de estos regímenes representaciones que desde la década del treinta del siglo XX han recobrado las potencialidades de involucrar las dinámicas culturales para explicar las diferentes problemáticas sociales y los baches que la historia política ha dejado entreabiertos bajo una interpretación histórica sesgada únicamente a la comprensión de documentos oficiales.



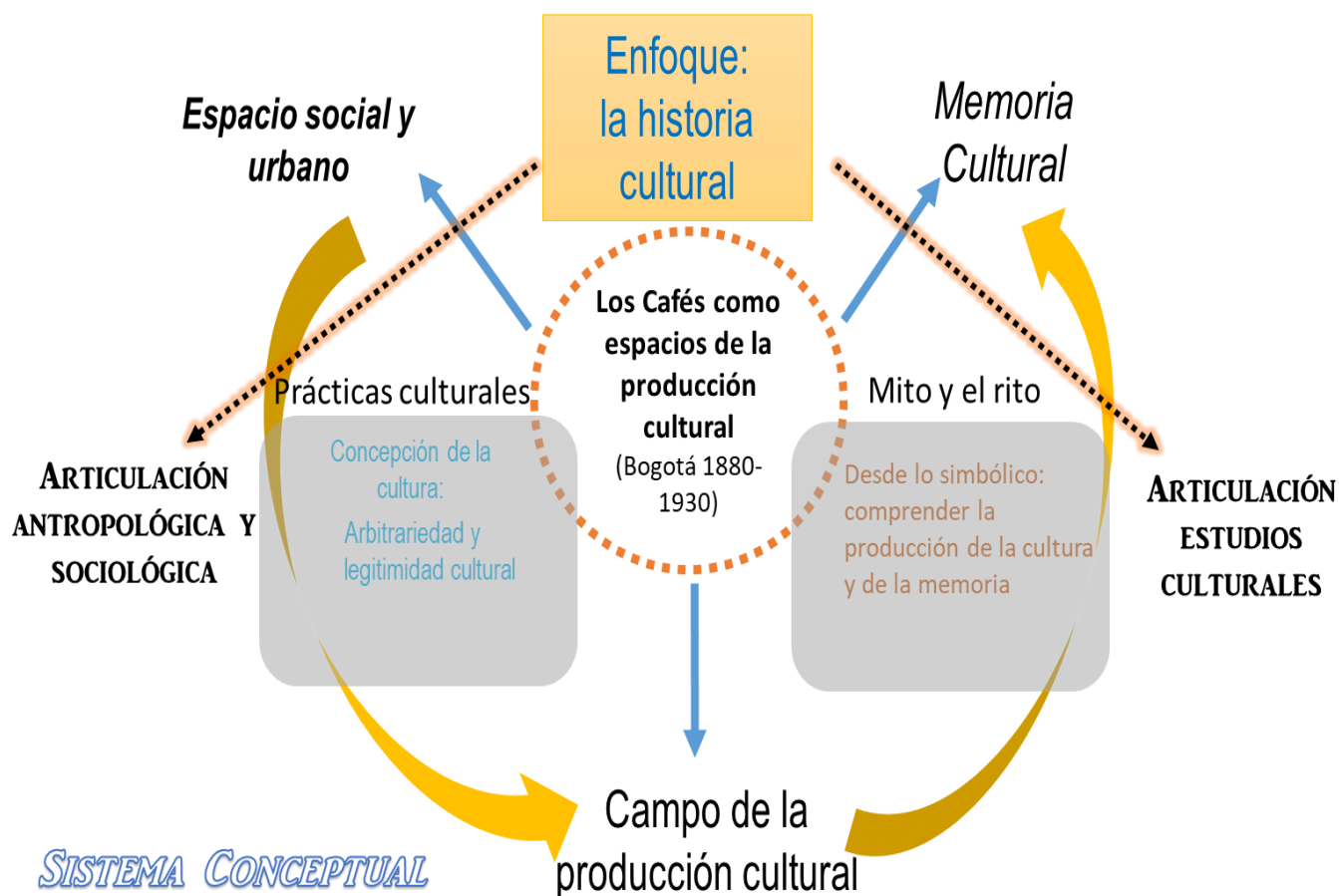
Gráfica 12. Sistema conceptual (elaboración propia)

De este modo, los cafés como espacios de producción cultural se inscriben dentro de las apuestas de producción de sentido de una historia cultural de las representaciones sociales y la construcción de identidad colectiva. Como espacios de sociabilidad moderna, los cafés se convirtieron en receptores de las más variadas representaciones sobre el sentido de ser moderno y sobre las diferentes formas de asimilación de la cultura. Desde la primera perspectiva se realiza un acercamiento a este campo de estudio denominado historia cultural con el propósito de acercarse a las tradiciones y las vinculaciones conceptuales de la antropología y la sociología cultural para comprender estas articulaciones y los préstamos conceptuales que han alimentado este enfoque. La necesidad de circunscribir este objeto de estudio relacionado con la producción cultural y la sociabilidad y las prácticas culturales a unos referentes epistemológicos específicos, permitirá establecer un puente entre la naturaleza del problema de investigación y la reflexión epistemológica, con el propósito de

proyectar un referente teórico reflexionado y articulado a las potencialidades de la historia cultural.

Finalmente, estas consideraciones además brindaron posibilidades teóricas y metodológicas pertinentes frente al problema de investigación propuesto donde además de la producción cultural se asumieron los cafés como espacios de construcción de identidad cultural, producción circunscrita a unos referentes espaciales que valga mencionar, requirieron ser valorados desde una noción como la de espacio social, que asume que las relaciones con el espacio son construidas. Es así como se vincula el enfoque de la historia cultural a la segunda perspectiva bajo préstamos conceptuales tomados de la sociología de Pierre Bourdieu con las nociones de espacio social, campo de la producción cultural y habitus. Estas nociones permitieron establecer las relaciones sociales y espaciales de los cafés como espacios de producción cultural en una ciudad que poco a poco se alejaba de los referentes sociales y espaciales de la colonia. Particularmente la noción de espacio social permitió establecer esas relaciones de la producción cultural en los cafés con las dinámicas y estructuraciones urbanas.

Historia Cultural y sus posibilidades de articulación con la sociología bourdiviana y los estudios culturales



Gráfica 13. Sistema conceptual de los cafés como espacios de producción cultural (elaboración propia).

La pertinencia de la historia cultural como un enfoque importante para abordar el objeto de estudio de los cafés, entendidos ahora, en tanto que espacios de producción cultural, radica en las posibilidades de comunicación con teorías y metodologías provenientes de otras disciplinas. Desde el reconocimiento y redescubrimiento de tradiciones historiográficas como la alemana, la holandesa y la francesa en el campo de la historia cultural, se han intentado vincular nuevas formas de acercarse al fenómeno histórico desde la literatura, el arte y otros referentes culturales. Esta posibilidad se potencia desde las variables que ofrece el tema de lo cultural al que hacer histórico, pero también desde la incorporación de métodos y conceptualizaciones de otras disciplinas de las ciencias sociales y humanas, especialmente

desde la influencia de la antropología y la sociología. En este sentido, desde un enfoque interno de la disciplina, la historia cultural se ha preocupado por el reconocimiento de diferentes tradiciones historiográficas que han intentado la incorporación de referentes simbólicos y diferentes manifestaciones culturales a la práctica misma del historiador.

En esa búsqueda constante de nuevas fuentes historiográficas, la disciplina ha involucrado otros lenguajes y conceptos para el fortalecimiento del abordaje de objetos de estudio que escapan a las tradicionales formas de hacer historia. Esta búsqueda de respuestas en teorías y metodologías de disciplinas de las ciencias sociales renuevan el trabajo de archivo y la interpretación del documento. En realidad, la posibilidad de diálogo con otras disciplinas se efectúa en la incorporación de la teoría en la investigación histórica³⁰. Anclada a los referentes de las tradiciones del siglo XIX con historiadores como Jacob Burckhardt y un poco más adelante Johan Huizinga, la historia cultural ha logrado incorporar a sus reflexiones y desarrollos investigativos estas posibilidades de lograr procesos de interdisciplinariedad que proceden de la disposición de los historiadores para ampliar este campo de investigaciones más allá de considerar las fuentes como un reflejo fiel de la sociedad.

Con el denominado giro lingüístico se introduce en el debate filosófico y científico el tema del uso y los juegos del lenguaje. En esta búsqueda, la disciplina se conecta con el giro lingüístico y las formas de significación cultural que representó este cambio de paradigma que rompe con la presunción del reflejo entre realidad y representación³¹. De acuerdo con Burke (2012) esta conexión entre esta ruptura representacional y las nuevas visiones de unas ciencias sociales renovadas, configuraron los aportes y los desarrollos conceptuales de una perspectiva constructivista en filosofía bajo la reincorporación de filósofos como Nietzsche, Schopenhauer y Wittgenstein.

³⁰ Este debate entre la importancia de la historia para otras disciplinas o de la importancia de la teoría en la historia, se puede consultar en Burke P (2007) *Historia y teoría social*, Amorruto editores, Buenos Aires, Argentina

³¹ En el desarrollo moderno de las ciencias sociales la noción de representación social ha estado vinculada a fuertes debates entre los órdenes simbólicos y los derroteros estructurales del análisis social que se desprenden, por supuesto, de la tradición Durkheimiana a nivel micro y macro, gracias a sociólogos como Erving Goffman y Basil Bernstein. (...) La tradición durkheimiana tiene también un aspecto que intenta volver a enlazar los niveles micro y macro, sobre todo con la teoría del intercambio y la alianza desarrollada por Mauss y Claude Lévi-Strauss, con la teoría del capital cultural de Pierre Bourdieu” (Collins, 1996, pg. 205. Citado por Charry; 2006)

En realidad, los aportes de estos filósofos permitieron abrir la discusión del papel del lenguaje en cuanto a generador de puntos de vista e intereses en la objetivación del mundo social. Así, la perspectiva representacionista del conocimiento entra a ser cuestionada desde unos regímenes representacionales que evidencian las tensiones, los conflictos y los límites de los lenguajes en tanto son sometidos a la relatividad de un conocimiento construido y en muchas ocasiones ideologizado³². Asociado al giro antropológico que se presentó entre los años sesenta y setenta del siglo veinte, prosperó toda suerte de referentes históricos asociados a la idea de cultura proveniente de los debates de la disciplina. Aquí fueron presentes, el nacimiento de la microhistoria, los acercamientos a la historia estructuralista de Levi Strauss y por supuesto, los impactos del debate antropológico en nuevas subdisciplinas de las ciencias sociales como la psicología cultural, la geografía cultural, la ciencia política entendida desde estos referentes como acción simbólica y la economía cuyo referente de interpretación iba más allá del acto racional del consumo.

Tal como advierte Burke (2012) en esta confluencia entre la historia social de la cultura y la historia de la cultura popular aparece el concepto de cultura proveniente de disciplinas como la antropología. De este modo, el concepto de cultura anclado a la tradición antropológica permite pensar a los historiadores en el tema de los símbolos y de los protocolos culturales. Con unas barreras disciplinares diluidas por el giro antropológico de los años sesenta y setenta, la psicología, la geografía, la economía y la ciencia política, que en otro tiempo tuvieran clara su autonomía relativa, se ven comprometidas a asumir a la cultura dentro de sus formaciones discursivas. Así como se desarrolló una antropología histórica, también aparecen subdisciplinas como la psicología cultural, la geografía cultural.

De esta manera, el papel fundamental del contexto y del sentido amplió de la discusión de la participación de otras disciplinas. Esta conexión de la historia cultural con la ciencia política, la geografía, la economía, la antropología y los embrionarios estudios culturales, permitieron establecer que el debate sobre la multiculturalidad, las culturas

³² En realidad, las representaciones sociales no pueden ser reducidas al plano de lo estructural, ni mucho menos de lo individual donde se ponen de manifiesto pensamientos y opiniones personales desligadas del contexto, ni leyes del pensamiento que reclaman la estructuración del orden social bajo categorizaciones cognitivas, ya que, “a priori no existe realidad objetiva, toda realidad es representada, apropiada por el individuo o por el grupo y reconstruida en su sistema cognitivo, integrada en su sistema de valores que depende de su historia y del contexto social e ideológico que le circunda (Abric; 2001, p12).

populares y la superación de una historia social del arte, requerían intercambios conceptuales y metodológicos. Se hizo evidente entonces que la idea y el posicionamiento de las distinciones culturales y las comprensiones de lo simbólico resultaban mucho más relevantes que las bases políticas y económicas para el abordaje de estas manifestaciones culturales.

Ahora bien, desde los debates de los estudios de historia popular con Stuart Hall a la cabeza, hasta las visiones más ortodoxas que temieron involucrar una discusión más directa de la cultura en la determinación de la estructura y la superestructura, se evidenciaron varios problemas, a saber: las presuposiciones de la idea hegeliana de linealidad de la historia, las diferentes comprensiones del problema de los conflictos y las distinciones para evitar el problema de la homogeneidad, la postulación de diferentes temporalidades para dar cabida a las supervivencias culturales, las resistencias y formas anquilosadas del pasado en el presente, y por supuesto los conflictos entre la búsqueda de regularidades frente a la especificidad de lo local.

En el tratamiento de dichas problemáticas se logró ampliar el espectro en las fuentes, los métodos y los presupuestos con los que la historia cultural requería entender los fenómenos contemporáneos. Por ejemplo, el análisis documental fue una de las estrategias de investigación que paso del periodismo a las formas de hacer historia. Sin embargo, una posición legitimada y legitimadora para abordar el tema de la cultura procedió bajo los lenguajes y las metodologías de la antropología.

En historia, la incidencia de la cultura visual, la necesidad de realizar historia de la lectura y de la ciencia permiten pensar en un enfoque de historia cultural denominado según Burke (2012) la Nueva Historia Cultural. Bajo el slogan de Hartley que designa que el pasado es un país extranjero, el encuentro entre la antropología y la historia se logró concretar con la vinculación del término cultura desde sus diferentes acepciones y conceptualizaciones, siendo las más relevantes las elaboraciones teóricas de Marcel Mauss y Clifford Geertz. De esta manera, se incorporaron los estudios de los mitos, los ritos, la vida cotidiana, la etnografía y el uso de la analogía bajo los enfoques dramaturgicos que relacionan la dinámica social como un drama social. De este modo, se presenta un acercamiento de la historia cultural al concepto de cultura y con ello a su vinculación con categorías como prácticas culturales, representaciones del pasado y el componente simbólico del ritual y del mito.

No obstante, lo que deja ver Burke en su reconocido texto *¿Qué es la historia Cultural?* es la ausencia de lenguajes y metodologías propias de la disciplina. Ante la falta de organización de un conocimiento y unas prácticas investigativas, la historia cultural no ha logrado fortalecer unos campos de conocimiento propios bajo unas conceptualizaciones particulares y bajo unos procedimientos de investigación anclados a la propia tradición; lo que si hay que reconocer es una práctica investigativa acumulada alrededor del análisis visual y del texto y el préstamo constante de teorías y metodologías de las ciencias sociales (Burke, 2012). En este sentido, es importante tener presente que también cualquier intento de historiar prácticas culturales no se puede convertir en historia cultural (Pons, 2013; Serna 2015)

Es precisamente en las articulaciones con otras disciplinas donde, la historia cultural ha logrado concretar sus objetos de investigación. En estas interacciones y prestamos, es influenciada por diferentes disciplinas bajo la aparición de nuevos referentes de significación y la incorporación del uso de metáforas en el problema epistemológico del acto de comprender. El reconocimiento de estos nuevos horizontes de significación, permiten retomar el uso de la teoría para el análisis historiográfico bajo el problema de la representación y las formas simbólicas antes mencionadas.

En este orden de ideas, las posibilidades de articulación de esta disciplina no suponen un desplazamiento de los enfoques y teorías con los cuales se abordó esta investigación doctoral. Sin dejar de lado, esa vigilancia epistemológica asumida en esta tesis, el complemento de una historia cultural como puente entre la antropología, la sociología y los estudios culturales, no solo resulta estratégica sino eficiente. Tomar a la historia cultural como puente para resolver problemas asociados a lo simbólico, a la producción de la memoria y a la comprensión de la identidad cultural, permite abrir las posibilidades inter y multidisciplinarias que ofrece.

En esa medida, más que una exploración centrada únicamente en el socioanálisis como historia social propuesto por la teoría sociológica de Bourdieu, se acoge a la historia cultural como disciplina convocante de la sociología y los estudios culturales, para lograr las articulaciones conceptuales propuestas de este marco teórico que procede como un sistema conceptual. Como ya se ha mencionado, esta articulación resulta necesaria para comprender las relaciones de los cafés con las estructuraciones identitarias y a su vez con las

articulaciones simbólicas de los mitos fundacionales estructurados en la memoria cultural de una ciudad y de un país como Colombia.

Finalmente, se asume a la historia como un producto cultural que permite vincular los procesos de construcción cultural alrededor de los cafés en Bogotá. Así, la importancia de este acercamiento se inclina mucho más hacia la preocupación por lo simbólico y su interpretación en el contexto. Las relaciones conceptuales que a continuación se evidencian permiten un diálogo con la cultura, los dispositivos de memoria y los efectos patrimoniales evidenciados en las prácticas culturales y en los espacios de la ciudad. Para estas objetivaciones resulta fundamental incorporar el concepto de espacio social, campo cultural y habitus utilizados por Pierre Bourdieu desde la sociología y el de memoria cultural incorporada desde los estudios culturales³³. En la medida en que se involucre la comprensión de las prácticas desde lo simbólico, es posible acercarse con mayor rigor a la comprensión de las condiciones de producción de la ciudad y de sus estructuraciones en la memoria cultural.

Del concepto de espacio social y urbano a la historia de las prácticas culturales

La articulación de la historia cultural con algunos conceptos de la teoría bourdiviana procede bajo la incorporación de un régimen representacional asociado a la comprensión de las prácticas culturales inscritas en relaciones de fuerza y en las estructuraciones económicas, sociales y culturales. Esta historia cultural de las prácticas en los cafés necesita de la teorización de un concepto relevante en la obra de Pierre Bourdieu como la de *espacio social*. Sin arrancar totalmente esta conceptualización del intento de realización de una teoría general de las prácticas de Pierre Bourdieu, se procederá a complementar esta historia cultural bajo las necesidades de comprender cómo se estructura la realidad social y cómo intervienen las relaciones de fuerza en la producción del espacio.

33 Según Peter Burke, el enfoque histórico y el de la teoría social se han juzgado contradictorios, sin embargo, como sostiene el mismo autor estos enfoques pueden ser complementarios en la medida en que los cambios en el método y los giros históricos han propuesto nuevos enfoques como la sociología histórica, historia social, historia cultural (Burke, 2007). El concepto de campo (literario, lingüístico, artístico, intelectual) de Bourdieu se refiere a un ámbito autónomo, que adquiere independencia en un momento concreto en una determinada cultura y genera sus propias convenciones culturales. La idea de un campo cultural no ha atraído hasta la fecha a demasiados historiadores, aunque el concepto en cuestión se les ha antojado iluminador a los estudiosos de la literatura francesa y del surgimiento de lo intelectual (Burke, 2012 p.77).

Bajo el realismo de la relación, la teoría bourdiviana postula que la noción de clase social al mismo tiempo que existe en la realidad, también procede como una construcción científica. De acuerdo con Bourdieu (2001), una clase existe cuando hay agentes capaces de imponerse a sí mismos como autorizados para hablar y actuar oficialmente en su lugar y en su nombre, la existencia del mandatario implica la existencia propia del mandato; en ocasiones los profesionales de representación, que por lo general provienen del Estado, se convierten en objeto de culto, en veneración de su propia personalidad. En este orden de ideas, los objetos en el mundo social, se constituyen por las luchas por la imposición de representaciones. Este poder para nombrar poseído por el Estado bajo la forma de *violencia simbólica* se despliega como poder constructor del mundo³⁴.

La genialidad de Bourdieu radica precisamente en conciliar la postura científica que postula que una noción como la de clase es un artefacto teórico obtenido de un corte arbitrario que opera bajo una construcción lógica y analítica y la postura realista que desde lo empírico delimita y determina la propiedad y las características de las diversas clases sociales. Irónicamente cuanto más exacta es la construcción teórica de las clases sociales mayor es la posibilidad de que sean percibidas como grupos reales (Bourdieu, 2001, p107).

Estos grupos reales de individuos movidos por la conciencia de su identidad y de sus intereses generalmente se oponen a otras clases. De esta manera, el concepto de clase no se afirma en una forma direccional y universal, sino que corresponde con una pluralidad de visiones que constantemente entran en confrontación por la imposición de una visión particular, como visión legitimadora de una generalidad. Estos principios de visión y de división del mundo social como por ejemplo principios religiosos, étnicos, nacionales y de identidad, están expuestos a competir con principios políticos basados en criterios

³⁴ La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador (por consiguiente, a la dominación) cuando no dispone para imaginarla o para imaginarse a sí mismo o, mejor dicho, para imaginar la relación que tiene con él, de otro instrumento de conocimiento que aquel que comparte con el dominador y que, al no ser más que la forma asimilada de la relación de dominación, hacen que esa relación parezca natural o en otras palabras, cuando los esquemas que pone en práctica para percibirse o apreciarse o para percibir y apreciar a los dominadores (alto/bajo, masculino/femenino, blanco/negro etc.) son el producto de la asimilación de las clasificaciones, de ese modo naturalizadas, de las que su ser social son el producto (Bourdieu, 2000, p51)

económicos u ocupacionales. Así, este espacio de relaciones se presenta a sí mismo en la forma de agentes e instituciones dotados de diferentes propiedades que tienen muy desiguales posibilidades de aparecer en combinación (Bourdieu, 2001, p120) De este modo, la realidad existe mediante relaciones que podrían asumirse como espacio de diferencias.

En este orden de ideas, para observar la producción de los cafés dentro de la lógica de la producción cultural, así como las prácticas culturales y las dinámicas en la ciudad, se hace relevante interponer la categoría de *espacio social* entendido como

Conjunto de posiciones distintas y coexistentes, exteriores las unas respecto de las otras, definidas las unas con relación a las otras por vínculos de proximidad, de vecindad o alejamiento, y también por relaciones de orden como debajo, encima, entre (Bourdieu, 2011, p28)

De esta manera, fue necesario entender que este instrumento conceptual, es una categoría dinámica y cambiante que es transformada por las relaciones de fuerza que se presentan entre diferentes agentes que luchan por imponer unas formas legítimas de existencia en el escenario social. Sin embargo, lo que interesa para realizar una historia cultural de las prácticas en los cafés, es sin duda la serie de valoraciones sociales, de reconocimientos y de formas de distinción que se presentan tanto en la vida social como en el espacio urbano. Por lo tanto, la conceptualización del espacio social no puede ir separada de una referencia al espacio físico como escenario las prácticas culturales. Por estas razones, la categoría de *espacio social* no puede estar desligada de la del *espacio físico o urbano*.

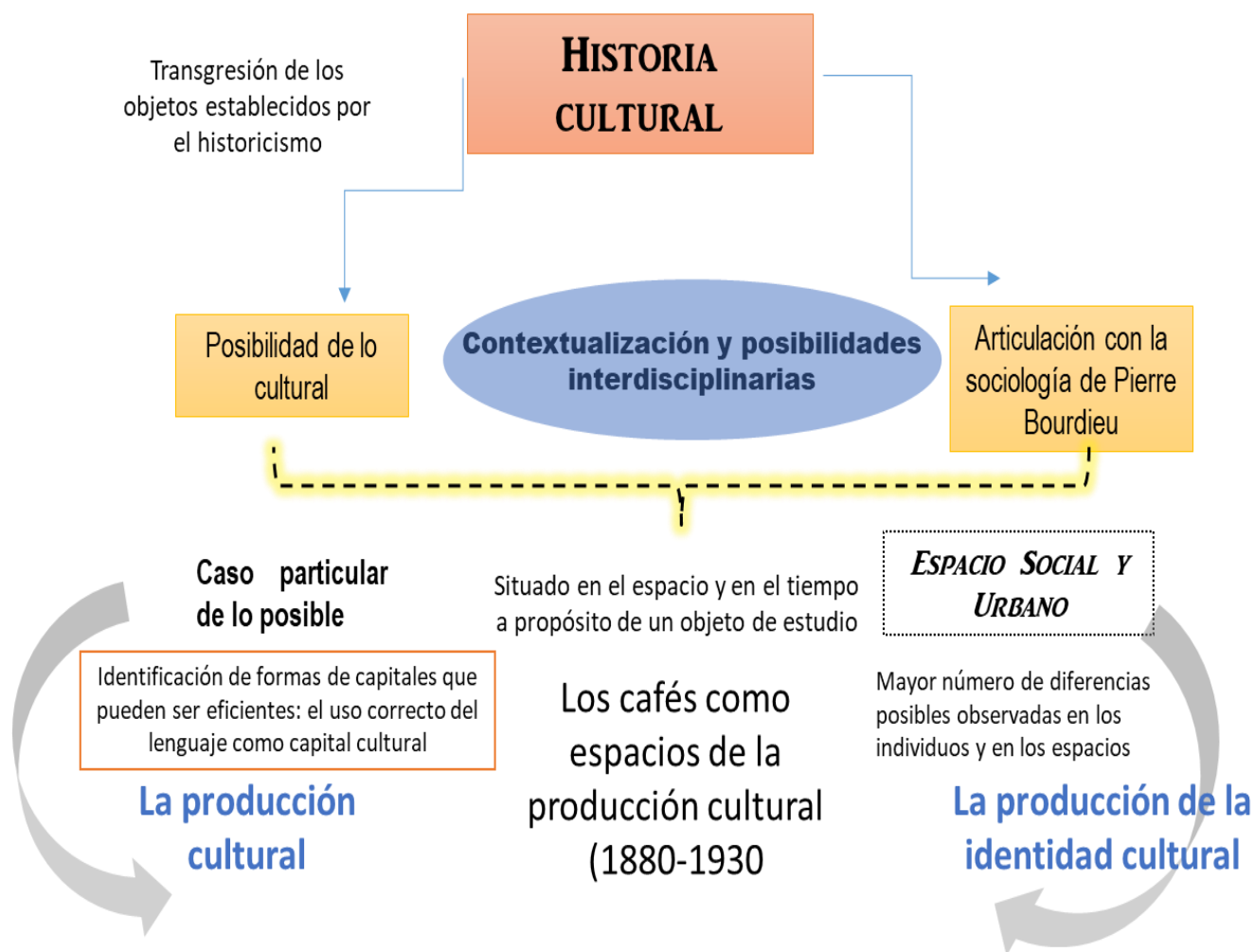
Para Bourdieu (1999) la concepción del espacio físico también procede como objeto de luchas y de ganancias de localización. Contrario a lo que se cree no es la mayor apropiación de los espacios físicos lo que genera distinción, sino la posesión de los bienes más escasos. La confrontación entre los agentes por obtener ganancias de localización se presenta por la obtención de los bienes más escasos como por ejemplo espacios libres de obstrucciones visuales que se convierten en privilegios para ciertos agentes sociales que invierten para su posicionamiento en una lógica de la valoración/ devaluación espacial y social. Precisamente lo que permite la distinción de unos agentes frente a otros es la

consecución y posesión de los bienes más escasos en el espacio físico. En este sentido, la confrontación por estos bienes vendría a ser apuestas por parte de unas posiciones sociales con el fin de obtener ganancias de localización, donde los bienes más encarecidos se ubicarían en una posición favorable frente a otros lugares menos valorizados.

No obstante, lo interesante de esta concepción del espacio físico es la relación directa con un espacio de diferenciaciones sociales que se presentan en el espacio social. En este sentido las luchas por estos bienes vendrían a ser apuestas dirigidas a la consecución de ganancias de localización, es decir, que los bienes más valorizados serían los que mejor situados socialmente y espacialmente se encuentren. Sin embargo, una condición importante para estos espacios físicos y sociales sean valorizados, está en que existan espacios devaluados. Así, las relaciones sociales se corresponden con las relaciones espaciales en una especie de homología. Esta retraducción del espacio social en el espacio físico se presenta de una manera más o menos turbia por el efecto de naturalización que entraña la inscripción duradera de las realidades sociales en el mundo natural a través del ejercicio de la violencia simbólica. De este modo, el espacio urbano, el cual antes de ser el resultado del desenvolvimiento de fuerzas naturales, se debe a estas relaciones de fuerza, que tienen como objetivo imponer las distribuciones de una serie de capitales, o lo que es igual, naturalizar las posiciones del espacio social.

El espacio urbano debe sus condiciones de existencia a las relaciones que se desatan entre los diferentes agentes del espacio social, encaminadas a imponer en el espacio físico la distribución de unas formas objetivadas de capitales socialmente existentes en el espacio social. Estas formas objetivadas encuentran su expresión en múltiples manifestaciones, en un recorrido que involucra desde el conjunto de adecuaciones arquitectónicas y urbanísticas que en determinadas circunstancias históricas modelizan la diversidad de entornos urbanos y la ciudad en su generalidad, hasta las disposiciones que definen las formas de participación de los agentes en la urbe a propósito de este conjunto de adecuaciones que no son, por todo lo anterior, sino mecanismos objetivantes de la globalidad de capitales que están en juego en el espacio social. Por esto a la inminencia de los efectos económicos en la constitución del espacio urbano, se suman los efectos de unas dimensiones políticas, culturales y estéticas,

que operando dentro de estos mecanismos objetivantes, bajo el auspicio de los propios efectos económicos, afianzan ecológicamente a la ciudad en ajustes a las expectativas de los estilos de vida de los diferentes sectores y clases sociales (Serna, 2001).



Gráfica 14. Posibilidades interdisciplinarias (elaboración propia).

Con unas estructuraciones sociales naturalizadas, este espacio de las diferencias no puede ser percibido a menos que el investigador social lo objetive. En la práctica investigativa, el científico social requiere construir este espacio con el mayor número de diferencias posibles observadas. Bajo un trabajo histórico de construcción de estas

diferencias se requiere contrastar los principios de visión y de división del mundo social que establecen quienes trabajan en la construcción de las clases teóricas y los principios étnicos, raciales o nacionales que en la experiencia ordinaria participan de las divisiones y las rivalidades ocupacionales. Para esta operación no se requiere gran cantidad de información para ubicar el conjunto de agentes que ocupan posiciones similares en este espacio de diferencias, ya que están sujetos a similares condiciones de existencia y están dotados de disposiciones similares que los lleva a desarrollar prácticas similares. Estas prácticas se pueden identificar en la composición global de capital, la composición del capital que está en juego y la trayectoria social de los agentes que participan en el espacio de las diferencias.

De acuerdo con Bourdieu el mundo social puede ser concebido como un espacio multidimensional que puede ser construido empíricamente. La tarea del investigador social, es evidenciar el conjunto de relaciones constantes que son a menudo invisibles. Estas relaciones por lo general son oscurecidas por las realidades de la experiencia sensitiva del mundo de la vida cotidiana y también por agentes y agencias particulares. Bajo la lógica específica de la producción simbólica, estos agentes e instituciones que tienen el poder del nombramiento y de la representación utilizan los ritos de institución para hacer existir de forma pública estas objetivaciones. El poder de nombrar casi siempre es llevado a cabo por profesionales de representación que actúan como portavoces de los grupos a cuyo servicio colocan su competencia específica.

Dentro de este proceso, el Estado cumple un papel muy importante porque, partiendo de su tipo ideal, se encuentra en capacidad de arbitrar las contradicciones que se generan a partir de la búsqueda de imponer ciertas formas de la existencia como estilos de vida legítimos, que de la misma forma se encuentra posibilitado para proscribir aquellas formas de existencia que no concibe como posibles. Un ejemplo de lo anterior, se encuentra en las políticas públicas, en las cuales se ponen en juego todo un aparataje que nombra de manera oficial los sentidos legítimos de la existencia, como se puede observar en el caso de la educación o de la misma arquitectura.

Vale la pena aclarar que, esas formas de existencia legítimas sólo son comprensibles si se interpone la categoría de habitus, ya que a través de esta se presenta el manejo de los distintos capitales objetivados e incorporados y por los cuales se presentan las luchas. En consecuencia, *el habitus*³⁵ por ser una categoría analítica solo es posible observarla empíricamente a través de los estilos de vida que se desenvuelven en el espacio social atravesado por relaciones de fuerza. Sin embargo, el habitus por ser una categoría analítica, solo es posible observarlo empíricamente a través de los estilos de vida. En este sentido, los *habitus* vendrían a ser estilos *de vida deseables*, característicos de diferentes prácticas, donde se pone de manifiesto, la imposición de un principio de legitimidad. En este sentido, la afirmación de los estilos de vida, no está exenta de las luchas entre los agentes del mundo social, más bien, estas relaciones de fuerza pueden evidenciarse en el caso del uso del lenguaje, el cual antes de ser el resultado del desenvolvimiento de fuerzas naturales, se debe a la confrontación de estas relaciones, que tienen como objetivo imponer la distribución de una serie de capitales culturales o lo que es igual, naturalizar las posiciones del espacio social. En consecuencia, estas competencias lingüísticas, toman la forma de capital cultural, entrando en confrontación con otros tipos de capitales, que buscan imponerse en el espacio social; en efecto, estos capitales se desenvuelven en estilos de vida que imponen un principio de visión y de división, ubicando al mismo tiempo, a diversos agentes en determinadas posiciones en el universo social.

Conocer los estilos de vida presentes en determinado universo social implica una doble tarea; la primera tarea, consiste en desentrañar la existencia del mundo social que aparece en el orden objetivo, esta da cuenta de la manera como son distribuidas las diferentes posiciones en el campo social. Estas últimas se traducen en unos capitales que pueden ser del orden económico, educativo, social o simbólico. La posesión de capitales determina la posición que se ocupa de manera global dentro del universo social. Una segunda tarea, observa como esta estructura de capitales que se encuentran en el espacio social son

³⁵ **habitus** : sistema de disposiciones duraderas y trasferibles, estructuras estructuradas predispuesta a funcionar como estructura estructurante, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su fin, sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente reguladas y regulares sin ser el producto de la obediencia a reglas y a la vez que todo esto, colectivamente orquestadas, sin ser producto de la acción organizadora de un director de orquesta (Bourdieu : 1991: 92)

incorporadas por los agentes, es decir, como se constituyen de manera particular en el orden subjetivo de los propios agentes. En correspondencia con este conjunto de posiciones se propician unas disposiciones, que, siendo esquemas de percepción, funcionan como sistema de coordenadas de orden simbólico, orientando las prácticas cotidianas, las cuales, para ser reafirmadas, procuran el agenciamiento de una serie de estrategias que a su vez propician unas tomas de posición dentro del campo social. En efecto, dichas estrategias son de orden simbólico y se relacionan directamente con la manera como dichos capitales los ubican en posición diferenciante, diferenciada y distintiva frente a los demás agentes; estas diferencias se presentan en el orden social como espacio de los estilos de vida, a donde concurren, ya objetivadas, las propiedades del espacio social.

Finalmente, el concepto de espacio social de Pierre Bourdieu (1990) se constituye en una categoría indispensable para observar las estructuraciones económicas y urbanísticas que reorganizaron los estilos de vida en el periodo propuesto. En esta complejidad se hace evidente una lucha constante entre diferentes posiciones por la clasificación social, producto de las estructuraciones económicas sociales y culturales, que, sometidas a la fuerza de la historia, evidencian desigualdades como fenómenos naturales y los expone como productos terminados e inalterables. Los efectos de las estructuras económicas y sociales sobre el espacio proceden bajo procesos constantes de naturalización de la realidad mediante acatamientos silenciosos de las valoraciones y devaluaciones sociales y espaciales.

En síntesis, la noción de espacio social que complementa al constructo teórico de la representación social entra a relacionarse en la práctica, con las dinámicas de sus usos sociales, donde se intenta naturalizar unas visiones particulares de la existencia en la ciudad. En este sentido no se hacen esperar las confrontaciones entre los agentes del espacio social que interponiendo estrategias culturales buscan desactivar las contradicciones sociales a partir de naturalizar las posiciones en el espacio social a través de legitimación de estilos de vida dominantes por medio de las representaciones que impone. Por estas razones se acude a una conceptualización de la historia como producto cultural, que sin duda es un punto convergente con la historia cultural entrometiendo el papel de las estrategias culturales y las intencionalidades de los campos de la producción cultural en las representaciones del pasado.

Campo de la producción cultural: La producción del pasado y las estrategias culturales en las representaciones de la historia

Para rastrear las dinámicas del pasado en su relación con las prácticas culturales y los referentes simbólicos que hacen parte de la estructuración de la memoria cultural, se requiere una concepción de la historia que destruya la linealidad de una historiografía positivista. En efecto, poner un énfasis en las prácticas y en los relatos poco convencionales que atraviesan una memoria comunicativa y que valga decir son dejados de lado por el ejercicio académico que los caracteriza como minucias históricas, además supone la destrucción de un relato histórico lineal anclado a los rudimentos de la historia oficial. La hegemonía de la historia positivista no solo se ha estructurado bajo una larga tradición de las Ciencias Naturales, sino que además ha pretendido la descripción de hechos del pasado bajo hipótesis universales. En efecto, esta forma de pensar el pasado ha prosperado dentro de una tradición científica que ha tomado las epistemologías de las ciencias naturales como referente indispensable de elaboración del conocimiento. Según Serna (2007) con el advenimiento de la ciencia moderna fortalecida bajo un conjunto de operaciones inscritas en el método científico tales como: la certeza epistemológica y metódica de las Ciencias Naturales, la separación de la realidad y la representación mediante lenguajes universales, instrumentales y neutros, se operó una conversión de la realidad en objetos discretos en el espacio (objeto próximo occidental) o distantes (oriental) junto con la caracterización temporal de los objetos (sincrónico y diacrónico) y de esta forma se consolidaron las diferentes disciplinas de las Ciencias Sociales bajo procesos de asociatividad caracterizados por las esferas individuales, interaccionales o colectivas.

En este proceso de disciplinarización de los saberes, el historicismo del siglo XIX establece unos criterios básicos para pensar el pasado. El primero de ellos establece que lo que sucedió debe explicarse en el momento en que sucedió y el segundo criterio relevante, es que existe una ciencia dotada de específicos procedimientos lógicos, para desentrañar lo que sucedió

“Estudio”, “lectura” y “escritura” nombrarían según el ideal del historicismo, no operaciones con efectos retroactivos, sino la contradictoria neutralidad de unos medios en y a través de los cuales el pasado habrá de presentarse así mismo por sí mismo. La empatía como método

se impone como garantía de extrema objetividad, neutralidad, imparcialidad y fidelidad – exactitud del conocimiento que engendra (Collingwood, 2009, p95)

Esta falta de reflexividad en la construcción del conocimiento histórico, encumbró al historiador como agente objetivo y objetivado de la historia y a los documentos de su producción los dispuso, como referentes indiscutibles de lo sucedido (Le Goff, 1991), de allí, que la tarea del historiador y su hálito cuasi sagrado de narrar el pasado, lo posicionó como un agente en la organización de los acontecimientos vistos como hechos incontestables del pasado por medio de la representación que ponía a circular a través de los discursos que producía.

Al establecer una articulación entre la historia cultural que involucra en su producción las relaciones de poder y de otro lado, los efectos de un conocimiento que involucra al mismo productor de representaciones y la propia legitimación del saber, se puede advertir que la historia se establece mediante luchas por la imposición de un sentido legítimo del pasado. En este sentido, para rastrear las significaciones de contexto se hace necesario evidenciar este doble efecto de la representación en un contexto discursivo y contextual. En el primero de ellos la atención estará centrada en el rastreo de las condiciones de producción de los discursos. Esto permitirá entrar a determinar la situación de la representación que, a su vez, depende de las relaciones concretas de producción, verificadas en las interacciones en el tiempo. Cabe resaltar que la verificación en el tiempo de una representación del pasado resulta indispensable dado que esta ha sido un recurso para elaborar determinadas versiones de la historia y su papel puede resultar eficiente en los procesos de construcción de las naciones y las nacionalidades³⁶.

De esta manera, las representaciones del pasado cobran valor indiscutible para las sociedades de tipo Estatal, ya que las imponen para la promoción de una identidad nacional bajo los efectos de la historia oficial, que por lo general tiene las connotaciones hegelianas

³⁶ Si se quiere, la representación del pasado fue fundamental para promover unas identidades nacionales, en capacidad de superar las múltiples diferencias procedentes de los orígenes étnicos, culturales y sociales propios de los estados antiguamente colonizados. Así, como señala Norbert Lechner (2000), las representaciones del pasado resultaron recursos simbólicos expuestos como incuestionables, por medio de los cuales el Estado promovió en sus habitantes tanto un pasado común como una visión de futuro.

de acumulación de experiencia bajo una linealidad histórica. Las primeras tradiciones de historiadores apelaron a los mitos fundadores para lograr que unos agentes sociales se reconocieran como parte de un tejido social, bajo la formulación de unas políticas de la memoria que contenían básicamente dos dimensiones: la sacralización del contenido histórico y su teatralización por medio de los recursos estéticos bajo la inscripción en el calendario y las fiestas patrias (Lechner 2000, citado por Chavarro y Llano, 2010).

En este orden de ideas, la representación de la historia se entronca con estrategias culturales como la promoción y divulgación de monumentos, que como mecanismos simbólicos son capaces de desactivar las contradicciones sociales a través de la promoción de una identidad nacional. En este sentido, se hace necesario preguntarse por el carácter natural del que éste se enviste tras permanecer oculto bajo una visión sacralizada de la historia; para tal efecto, se interponen unas posturas que ven en las representaciones del pasado un tipo de construcción social, donde unos agentes se encargan de poner a circular discursos conceptos e imágenes sobre un pasado que se muestra inherente a la sociedad.

De acuerdo con Chavarro & Llano (2010) una de las versiones significativas que apelan a la funcionalidad de la representación histórica entromete el debate sobre el patrimonio histórico en tanto recurso simbólico capaz de dirimir las contradicciones sociales. Estos dispositivos son expuestos frente a los agentes pertenecientes a una sociedad, como representaciones históricas incuestionables por medio de las cuales el Estado, promueve en sus habitantes un pasado común como una visión de futuro. Una de las estrategias para lograr este tipo de cohesión social, es la imposición de una historia oficial, definitiva en la construcción de las naciones y las nacionalidades.

Para estas posturas, además del posicionamiento de dispositivos culturales como los monumentos, el papel en la comprensión del documento, es por demás también elevado a la categoría de monumento. El documento, pieza clave de la investigación histórica, termina convertido en un reflejo fiel de la sociedad y de la cultura y adquiere forma de monumento por medio de una elevación moral que le da el mismo historiador. El investigador al divinizar los documentos, tomando el contenido que este provee en su forma literal, produce un efecto

retórico descontextualizando su producción histórica; por tanto, ha de interrogarse el documento como monumento para evidenciar sus condiciones históricas de producción y de este modo evidenciar la condición de aparición natural que se le atribuye (*cfr.* Le Goff 1991).

Desde la perspectiva Bourdiviana esta discusión entromete necesariamente la existencia de unos campos relativamente autónomos dedicados a la construcción del discurso historiográfico y su representación legítima. Así, el campo de la producción de la historia se encarga de proveer unas imágenes, conceptos y discursos susceptibles de materializarse. Los productores de la historia oficial hacen parte de una forma legítima de contar la historia, imponiendo un tipo de creencia que es reconocida por la sociedad como natural y que es proyectada bajo el patriotismo y la nacionalidad sobre todo en las festividades.

Esta lucha entre posiciones y disposiciones del campo de la historia se presenta por la imposición de un principio orientador de este campo de fuerzas. Las posiciones legítimas y las posiciones devaluadas buscan reorientar los discursos y las producciones historiográficas de acuerdo a una posición, lo que indica que la historia deviene en múltiples interpretaciones en tensión³⁷. Ahora bien, esta apuesta por la imposición de una representación legítima del pasado, pasa indudablemente por una lucha por la memoria, que sin duda esta trazado por pugnas y amenazas. Cada uno de sus protagonistas desarrolla una visión de dicha historia adecuada a los intereses vinculados a la posición que ocupa en ella, ya que los diferentes relatos históricos están orientados en función de la posición de su autor y no pueden aspirar, por tanto, a la condición de verdad indiscutible (Bourdieu, 2003 p25).

En este orden de ideas, la pregunta que aparece se dirige a pensar en las formas de expresión de esta legitimidad cultural. Aquí resultan relevantes las nociones de capital cultural y simbólico anteriormente explicitadas. En los intentos de imponer unas formas legítimas de la existencia y de la historia por medio de unas representaciones literarias e

³⁷ Las funciones que desempeñan las representaciones, evidencian el posicionamiento de las identidades dentro del campo social, estas funciones identitarias además de salvaguardar la especificidad del grupo cumplen una función diferenciadora. De esta manera, una representación social surge cuando grupos concretos en la sociedad requieren para su actuar en la misma, formas de orientación que les permitan definir con claridad su comportamiento frente a fenómenos nuevos, frente a las propias acciones o como forma de diferenciación social y ante las cuales requieren de un cuerpo de saberes y actitudes más complejos que la mera opinión, la actitud o el estereotipo.

históricas, se puede apelar a las formas míticas de la revalidación del héroe nacional y el discurso patriótico. Aquí cobran especial relevancia, la instauración de Academias para legitimar esas representaciones del pasado que circulan por el espacio social. El capital cultural para un campo de la producción de la historia se relaciona para contextos específicos como el bogotano con las relaciones que se presentan en el lenguaje. La cercanía del campo de la producción de la Historia, con el campo de la producción de la Lengua, son muy cercanos en cuanto a que el capital cultural que estructura ambos campos es sin duda el uso correcto del lenguaje (Llano, 2012).

Estas relaciones se pueden entender desde la objetivación de unos intercambios lingüísticos direccionados por diferentes agentes del espacio social. A su vez estos agentes de la producción cultural ocupan una posición determinada en el campo de la producción cultural destinada a regular las formas correctas del decir y la estabilización del uso del lenguaje, por medio del desarrollo de una competencia lingüística. En esta tarea son importantes las academias, que para el caso de Colombia estableció en 1871 a la Academia de la Lengua de Colombia literario como institución reguladora del lenguaje. En efecto, esta competencia adquirida a través del tiempo, le permite consolidarse consciente o inconscientemente al mismo tiempo, dentro de un mercado lingüístico, producto de estos intercambios³⁸.

³⁸ En esta dinámica se producen discursos dirigidos especialmente a receptores capaces de evaluarlo, apreciarlo y por ende darle un precio.

La historia cultural de las prácticas y la Memoria cultural

Una historia cultural de las prácticas en los cafés, retoma estos espacios, como lugares para debatir los problemas de la identidad cultural. Estos procesos de construcción colectiva son el mismo tiempo objeto de luchas entre diferentes visiones y divisiones del mundo que intentan imponer unas formas legitimadas de existencia. De esta manera, los cafés como espacios de la producción cultural se ofrecen como lugares para el debate político, artístico y estético de una ciudad y un país que se está transformando. No basta con reconstruir las condiciones históricas de la aparición de los cafés en Bogotá entre 1880 y 1930, por medio del concepto de espacio social y Urbano provenientes de la sociología de Pierre Bourdieu, tampoco resulta necesario entroncar esas visiones y divisiones del mundo social, con los campos de la producción cultural, en especial el campo de la producción de la historia, para cotejar el cambio en las prácticas culturales.

Una historia cultural de las prácticas en los cafés, no puede dejar de lado las estructuraciones simbólicas del mito y del rito. Las escenificaciones simbólicas de un mito fundacional como el de la Atenas Suramericana y su relación con los cafés como espacios de la producción cultural, requieren la articulación de un concepto que permita evidenciar esas formas de la memoria que se estaban estructurando en este cambio de siglo en Bogotá y sus conexiones con las prácticas culturales.

En efecto, abordar el tema de la memoria en relación con dinámicas identitarias implica necesariamente asumir una postura frente a la cultura y hacia los fenómenos que desde allí se articulan. En este sentido resulta importante advertir, que el concepto de *memoria cultural* propuesto por Aleida y Jan Assman, se hace relevante para esta apuesta investigativa. Involucrar dentro de las prácticas culturales el tema de la memoria como un referente importante de la creencia social, no solo es complementario sino relevante en la medida en que involucra a la discusión esquemas de pensamiento estructurados a lo largo de diversas generaciones para comprender las resistencias culturales y las supervivencias de prácticas anquilosadas a las formas coloniales en un momento de la historia donde se esperaba la modernidad. Antes que ubicar este concepto en la articulación conceptual, se hace necesario dilucidar sus orígenes dentro de los estudios culturales para lograr un mejor encaje con el enfoque de historia cultural.

Los estudios culturales y la memoria cultural

Más allá de entender los estudios culturales como un enfoque, una tendencia o un nuevo paradigma, advierte Jameson (1993) es necesario pensarlos como un bloque histórico. Este autor, promueve la idea que este proyecto de los estudios culturales estuvo liderado por la Derecha para la reconquista de las instituciones y la promoción de políticas públicas. Para el caso que interesa en esta tesis doctoral, los estudios culturales fueron pensados como postdisciplinas para dar nombre a los objetos de estudio ausentes en la práctica investigativa de disciplinas tradicionales. Como proyecto de construir un bloque histórico, los estudios culturales surgieron como resultado de la insatisfacción de otras disciplinas por sus limitaciones y por sus contenidos.

En este sentido, los estudios culturales se presentan como una justificación para la existencia de la interdisciplina en los diferentes institutos y universidades. De acuerdo con Jameson (1993) El termino interdisciplina reúne varias generaciones de programas académicos que requirieron ser reescritos por su fracaso, así, el esfuerzo interdisciplinario siguió vigente en la medida en que las disciplinas seguían reprimiendo los rasgos fundamentales del objeto de estudio que deberían compartir. De esta manera, más que hablar de un enfoque interdisciplinario, el autor propone tratarlos desde una perspectiva comunicativa que permita a programas académicos convocar a diferentes disciplinas desde la misma separación de las disciplinas. “Solo cuando se unifican los diferentes focos de estudio de la comunicación desde una perspectiva específica, entonces, comienza a surgir una nueva luz sobre los estudios culturales y su relación con los programas de comunicación” (p77).

En realidad, más allá del debate académico e histórico sobre los estudios culturales, lo que importa para esta tesis doctoral es la posibilidad de utilización de material de archivo. La investigación de archivo que solo involucra al historiador, además de ser costosa en tiempo y dinero, resulta limitada en fuentes. Mientras que la historiografía reconstruye en el archivo, los fragmentos de una época, los estudios culturales promueven una utilización del archivo que está más a la mano del investigador.

Aquí es relevante mencionar que la diferencia entre estas modalidades de consulta y de manejo de archivo está disponible en el mismo concepto de cultura utilizado por los historiadores. Mientras que en Gran Bretaña antes de 1955 existió una ausencia de historia social y cultural de la educación orientada a desentrañar la utilización de conceptos y metodologías que permitiera pensar en la problemática y en los cambios de enfoque historiográficos, en Francia, Alemania y los Estados Unidos, la pregunta por la cultura ya habría pasado por una fase clásica de reincorporación elementos culturales a la práctica historiográfica, por otra donde se reconocía la importancia de la cultura en la historia social del arte hacia 1930 y por una etapa en la cual se reconocería el valor de las culturas populares. En los años sesenta un grupo de historiadores académicos se preocupó por la idea de cultura popular siendo el más destacado Edward Thomson con su estudio sobre la formación de la clase obrera y Eric Hobsbawm conocido para la época como Francis Newton. Además, en este debate de los años sesenta aparecieron figuras como Stuart Hall, Michel de Certeau e historiadores como Roger Chartier quienes plantearon el debate entre la distinción entre la cultura erudita y popular como una alternativa a la asunción de homogeneidad cultural (Burke, 2012). Aunque subsidiaria de los estudios de Maurice Halbwachs, y de la presencia casi obligada de Aby Warburg, los estudios sobre la memoria cultural estuvieron mucho más emparentados con los estudios culturales

El concepto de memoria colectiva que crearon Aleida y Jan Assman a finales de los años ochenta, es considerado como el más discutido en el mundo germano parlante. Este concepto proviene de la investigación de la memoria que se ha desarrollado en el campo de los estudios culturales. El mérito más importante de la teoría de la memoria cultural es haber mostrado de una manera sistemática, conceptualmente diferenciada y teóricamente fundamentada la relación que hay entre cultura y memoria (Erll, 2012, p36)

La articulación entonces de una historia cultural de las prácticas en los Cafés con la problemática de la memoria, precisamente estriba en la comprensión de las relaciones entre cultura y memoria. Estas formas de articulación dependen de la comprensión alcanzada en cuanto en la estructuración de la memoria cultural como fenómeno social y cultural. Aunque Halbwachs planteara que la memoria solo se desarrolla en contacto con los demás, es importante saber que la memoria posee una base cultural comunicativa.

De acuerdo con Jan Assman (2008) entre la base neuronal y social de la memoria, se encuentra un fenómeno social que se construye en el ciclo de tres generaciones, denominado *memoria comunicativa*. Como punto intermedio entre una memoria individual y una social, se concreta una memoria de base cultural que moviliza el tema del recuerdo, entendido como pasar una cosa hacia atrás, hacer distinciones, cubrir mucho para iluminar algo (p19). Este recuerdo afirmado desde la memoria comunicativa se puede entender además desde unas tipificaciones y desde dos clases de memoria. Desde las tipificaciones, el recuerdo puede ser voluntario, espontáneo e incluso falso, desde las clasificaciones de la memoria, se puede entender una memoria episódica donde aparece la vivencia y la experiencia como puntos relevantes y una memoria semántica, que conectada con el sentido y el significado es mayormente social. En este punto, el olvido y el recuerdo resultan importantes. La discusión entonces no se presenta en términos de metáfora entre la memoria biológica, social y cultural, sino en términos de interacciones entre la psique, la conciencia, la sociedad y la cultura.

Aunque como advirtiera Nietzsche y más adelante Freud, sobre la capacidad vinculante de la memoria, lo realmente importante es sin duda las formas simbólicas que adquiere. Nietzsche demostró que el ser humano necesita una memoria para poder relacionarse, esa memoria de la voluntad se relaciona entonces con la decisión de seguir queriendo una y otra vez aquello que está perdido y que se quiso alguna vez. En este sentido, la memoria vinculante para Nietzsche es el producto del antagonismo entre la obligación a recordar y los intereses de una actualidad futura (Assman, 2008, p28) para Freud, la memoria vinculante de Nietzsche avanza hacia la diacronía y hacia formas primordiales de humanidad, aunque es una inscripción corporal realizada mediante actos simbólicos y símbolos, no adquiere el carácter de dolor sino de trauma; es decir, que el tema del recuerdo pasa a ser reprimido bajo el inconsciente de las tradiciones culturales.

Una historia cultural de las prácticas de los Cafés en Bogotá, ha de tener en cuenta esta advertencia, en la medida en que la vida social y cultural bogotana prosperó una estructuración mítica conocida como la Atenas Suramericana reprimiendo esas formas politizadas del recuerdo. Aquí es importante mencionar que el campo de la producción de la historia invoca en las formas simbólicas, los imaginarios y los mitos a la historia como

agencia capaz de llevar a cabo unos fines políticos y de promover los grandes relatos por medio de monumentos, los días conmemorativos, los festejos patrios y los ritos.

Estos sistemas de marcas que fijan la pertenencia a una tradición (memoria cultural) promueven a lo largo de generaciones ayudas de la memoria como los monumentos, los ritos y las festividades. Estos *espacios del recuerdo* afincados generalmente en una comunidad religiosa y en una comunidad nacional promueven formas de memoria que han de establecer una identidad y una orientación común a lo largo de diversas generaciones. Desde el horizonte y la perspectiva de los espacios del recuerdo esta semántica asociativa puede estar asociado a la historia o a un orden cósmico y atemporal. Desde la tradición escrita se realiza una internalización de la historia para hacer de ella el motor del desarrollo de estas tradiciones culturales y desde la tradición oral, se mantiene fuera a la historia a través de una sabiduría especial y unas instituciones especiales.

Esta mnemotecnia cultural y ritual además de estar al servicio de una memoria vinculante y proyectar escenas simbólicas ilustra y estabiliza una identidad colectiva. Aunque el paso de la memoria vinculante a una memoria educacional proceda bajo la escritura que fija la memoria y libera de los ritmos al recuerdo y al olvido, el papel fundamental de la escritura está en formar culturalmente al recuerdo. De acuerdo con Jan Assman (2008) el ejemplo palpable de esta inscripción se encuentra en el Deuteronomio. En la tradición judía, el Deuteronomio configura una identidad de un nosotros, en la medida en que refuerza el paso a la escritura en los judíos. En esta transición espacial, temporal y de forma de vida, Israel se constituyó en una comunidad de aprendizaje y del recuerdo entre el siglo VII y V a.d.C. En este paso de concepción de la religión como pureza a un asunto de educación, el texto memoria del Deuteronomio fue inculcado por medio de dos puntos clave. Mantener vigente la historia que se vivió en el éxodo y el requisito fundamental de no olvidar la ley. De esta manera, se consolidó un pueblo sabio y entendido.

Finalmente, de acuerdo con Assman (2008) el concepto de memoria cultural se puede entender como la forma de memoria que constituye el presente y posibilita el futuro mediante símbolos lingüísticos y extralingüísticos, discursivos y no discursivos penetradas por las estructuras políticas de poder y dominación (p47). En este sentido, el concepto se corresponde con presupuestos Bourdiviana de espacio social y el campo de la producción

cultural, pero admite además otras fuentes de reconocimiento de lo simbólico en su conexión con las estructuras individuales y sociales. Aunque involucra una dimensión psicológica de la transmisión de lo cultural, permite una conexión del recuerdo con el contexto social, sobre todo el local. Esa conexión o dependencia se haya en el ritual. El ritual escenifica la interacción entre lo simbólico y lo físico y además procede como señal de escenificación simbólica para mantener vivo el recuerdo que ya no tiene sustento en la vida diaria (p28). La memoria entonces sería la restauración de una conexión perdida. En este caso, la memoria vinculante o comunicativa, se relaciona con ese interés de establecer esa conexión y esa asociación mediante un interés cultural.

Una historia cultural de las prácticas en los cafés, admite una reflexión por esas estructuraciones de la memoria, en la medida en que tienen la capacidad de consolidar comunidades y grupos de aprendizaje. Como espacios formativos, los cafés participaron de la consolidación de ritos y rituales que buscaban en unos casos quebrar con un orden social establecido por medio de vanguardias y por el otro mantener unas formas tradicionales de la cultura, que bien podrían quedar activados como espacios del recuerdo.

Una historia cultural de las prácticas en los cafés

El camino recorrido para proponer una historia cultural de las prácticas abarcó cuatro momentos importantes en la reflexión teórica. En primer lugar, una reflexión que permitió llevar el diálogo entre los cafés más allá de su comprensión como espacios de sociabilidad, para comprenderlos como espacios de intercambio y de producción cultural. Este primer acercamiento involucró una concepción de la realidad mucho más relacional bajo el universo de las prácticas y de los espacios sociales, con la salvedad que en estos espacios intervienen agentes y agencias en la objetivación del mundo social. En esta participación se pueden evidenciar las luchas sociales por la imposición de un sentido legítimo de la existencia social.

En segundo lugar, desde una reflexión epistémica sobre un objeto de estudio como los cafés y su relación con la producción cultural, se buscó relacionar la producción de la cultura desde un régimen representacional que involucró las luchas por la legitimación cultural, con las intencionalidades y la posición del sujeto que investiga, quién a través de su práctica investigativa, controvierte, acepta o descarta formas de comprender el mundo social

en relación con la objetivación del objeto de estudio antes mencionado. Esta reflexividad no implicó una reflexión del sujeto acerca del sujeto, sino más bien una exploración sistemática de las categorías de pensamiento que se relacionaron con la elaboración del estado del arte. Desde esta reflexión epistémica se logró rescatar en primer lugar categorías de análisis y presupuestos teóricos para el abordaje de la investigación y, en segundo lugar, delimitar el objeto de estudio frente al diálogo con los autores bajo las advertencias recibidas en esta construcción conceptual³⁹.

En tercer lugar, con una teoría del conocimiento social y una recuperación de los debates y consideraciones en la construcción del objeto de estudio, se pasó a la articulación conceptual de categorías y enfoques emergentes en la discusión del estado del arte. Desde esta perspectiva aparece la historia cultural como enfoque propicio para articular de un lado, las conceptualizaciones y los presupuestos conceptuales de la sociología de Pierre Bourdieu, con los aportes de los estudios culturales para comprender los mitos fundacionales y las estructuraciones de la memoria cultural.

Por último, aunque claramente la tesis doctoral tiene un sesgo sociológico en cuanto a la incorporación de las prácticas sociales y la comprensión de la producción cultural desde la sociología de Pierre Bourdieu, en el debate de la construcción del objeto de estudio esta perspectiva se vio limitada en cuanto a las comprensiones simbólicas de la memoria cultural y la incorporación de elementos literarios para la reactivación de la memoria comunicativa. Vale la pena recordar que, ante la escasa bibliografía sobre los cafés en Bogotá, los recursos bibliográficos existentes se limitaban a crónicas y ensayos que fueron destinados como fuentes invaluable de la construcción de la memoria cultural para el caso bogotano.

³⁹ De acuerdo con Wacquant 1995 citando a Bourdieu 1990 lo que debe ser constantemente sometido a examen y neutralizado en el acto mismo de la construcción del objeto, es el inconsciente colectivo científico inscrito en las teorías, problemas y las categorías (en especial las nacionales) del entendimiento científico. De ahí se desprende que el sujeto de la reflexividad deba en última instancia, ser el campo mismo de las ciencias sociales (...) gracias a la dialógica del debate público y de la crítica mutua. La labor de la objetivación del sujeto objetivante es efectuada, no solo por su autor, sino también por los ocupantes de todas las posiciones antagónicas y complementarias que constituyen el campo científico(p33)

Marco metodológico:

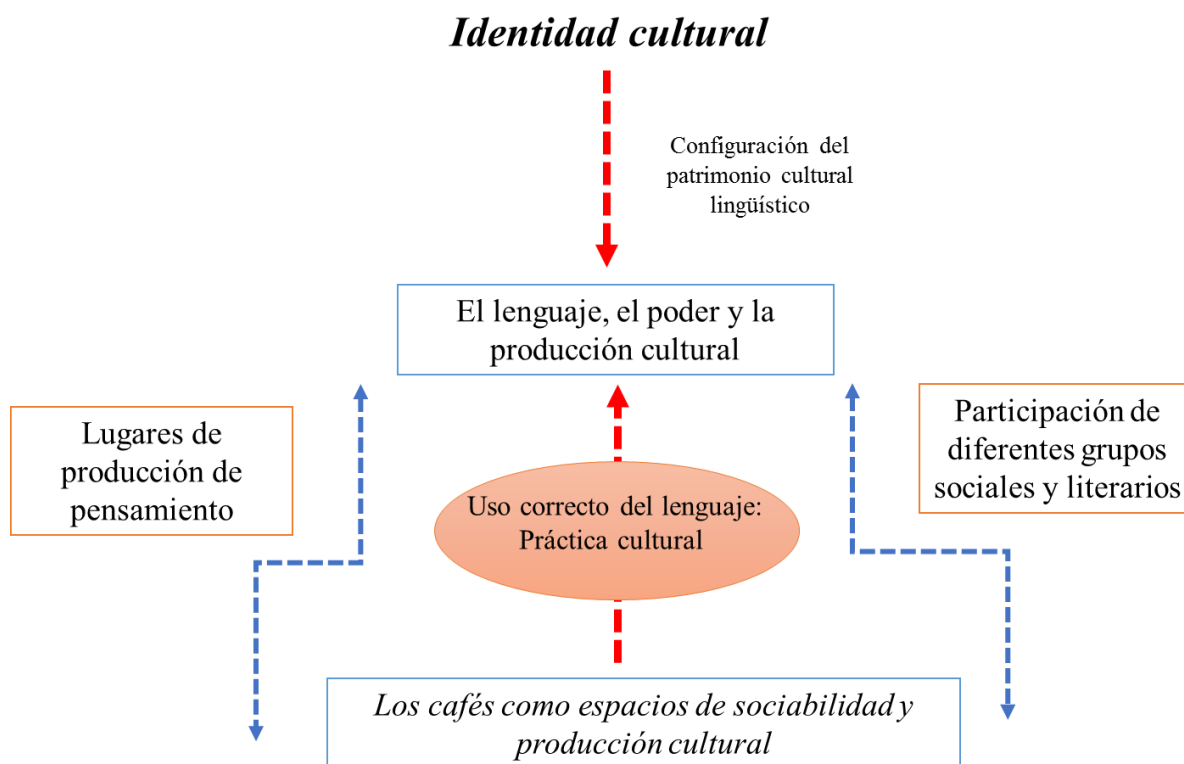
La objetivación de las prácticas en los cafés

Inicialmente, la investigación propuesta para este doctorado, partió de la preocupación por entender los procesos de configuración del patrimonio cultural lingüístico en Bogotá. Esta iniciativa, centrada en el papel de los letrados y de sus luchas alrededor de la definición de la identidad cultural, permitía involucrar aspectos poco estudiados en Colombia y en el extranjero; particularmente el estudio de la relación entre el lenguaje, el poder y la producción de la cultura. Así, un objeto de estudio como el uso correcto del lenguaje, los procesos de legitimación y la consagración de unos repertorios identitarios, resultaban relaciones interesantes de abordar en cuanto a su vinculación como correlato simbólico en los procesos de consolidación de un incipiente Estado Nación. Este uso correcto del lenguaje se inscribía como una práctica cultural atractiva en una época de gran versatilidad intelectual llamada *la Atenas suramericana* (1880-1930).

Sin abandonar el papel que cumpliera el uso correcto del lenguaje en la consolidación de un proyecto cultural, el plan de tesis requirió de una delimitación más precisa para la comprensión del tipo de identidad cultural, en un contexto que valga decir, estuvo mediado por diferentes cambios económicos, sociales y culturales. Gracias a las apreciaciones de mi director de tesis Joaquim Nadal I Ferreras y a las recomendaciones realizadas por los historiadores urbanos Juan Carlos Pérgolis y Germán Mejía Pavony, la pregunta por la identidad cultural en una época de transición económica, política y cultural donde, estaban en juego la consolidación de una identidad nacional y social y además, un quiebre total de los modos de vida coloniales, demandó una aproximación más exacta del objeto de estudio.

Una de las formas de concretar la discusión por la identidad cultural y sus implicaciones en las relaciones entre lenguaje, poder y producción cultural para el caso bogotano, se planteó a partir de lugares de producción de pensamiento o de cultura como los cafés. Esto permitió llevar la discusión abstracta sobre la producción de identidad a un plano mucho más concreto y material para visibilizar la participación de diferentes grupos sociales y literarios, alrededor no solo de la identidad cultural, sino de un proyecto cultural que definiera el rumbo del país. Este entramado condujo a las referencias sobre los cafés en su calidad de espacios de sociabilidad y producción cultural, que en un periodo de transición

donde se presentaron cambios estructurales a finales del siglo XIX y las tres primeras décadas del siglo XX, emergieron dentro de un espacio social, fracturado y excluyente⁴⁰.



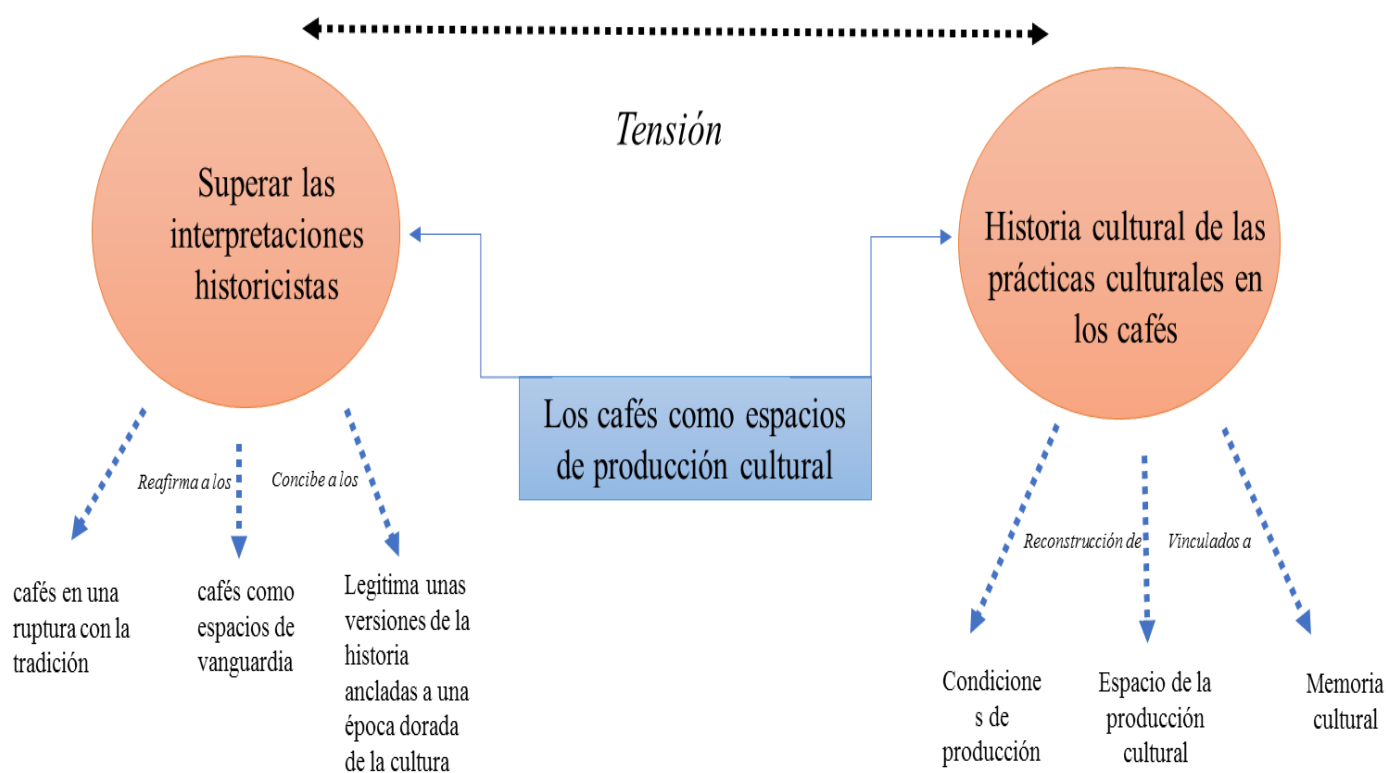
Gráfica 15. Delimitación metodológica.

Más allá de las explicaciones de la historiografía

Sobre este entendido, la indagación metodológica sobre los cafés como espacios de la producción cultural requirió las siguientes precisiones. En primer lugar, el abordaje metodológico pretendió ante todo superar las interpretaciones que hasta el momento se han afirmado y reafirmado desde la historiografía y la literatura sobre los cafés bogotanos. Estas explicaciones intentan reivindicar el papel de los grupos literarios y de la vida de café, en tanto espacio creativo de ruptura con la tradición y de consolidación de vanguardias con la creencia de la libertad de los artistas y su emancipación desde una nueva mirada del mundo.

⁴⁰ En adelante haré referencia a Bogotá como el espacio social y urbano bogotano en la medida en que, como representación, esa realidad a objetivar involucra diferentes tensiones y contradicciones que no pueden perderse de vista con una noción tan abstracta y generalizada como la ciudad de Bogotá.

Para lograr objetivar a los cafés como espacios de la producción cultural se hizo necesario poner en tensión estas explicaciones históricas, que más que todo se reducen a ensayos y crónicas sobre una supuesta época dorada de la cultura bogotana recordada bajo una imaginación histórica bajo un modelo narrativo nostálgico. La aparición de los cafés en un espacio social y urbano fracturado como el bogotano, no puede ser abordado desde la descontextualización como un hecho aislado. Se insiste en que la llegada de los cafés a finales del siglo XIX no pueden estar apartados del aumento de la población en las ciudades, de procesos de urbanización, de espacios de diferenciación, de nuevos patrones culturales ligados a los gustos intelectuales de una identidad dominante que intentaba incorporar sentidos y significados de una sociedad burguesa. Esta mirada de los cafés supuso un abordaje para involucrar contradicciones económicas, sociales y culturales.



Gráfica 16. Tensiones entre interpretaciones historicistas y la historia cultural.

De esta manera, la indagación que se realizó sobre los cafés bogotanos requirió de un enfoque de historia cultural, que permitiera una reconstrucción de las condiciones de su

producción. Para lograr incorporar estas estructuraciones en el plano económico, urbano y social, el abordaje metodológico requirió de un complemento conceptual potente para rehistorizar las condiciones de producción de los cafés, no solo desde sus significaciones y sentidos culturales, sino también desde sus referentes materiales. La articulación de un enfoque de historia cultural con la profundidad que ofrecieron algunos insumos teóricos, a como las nociones de *campo*, *capital* y *habitus* provenientes de la sociología de Pierre Bourdieu, permitió presentar un panorama mucho más abarcador de las explicaciones que reducen el fenómeno cultural e histórico a meras anécdotas o explicaciones sin mayor sustento empírico.

En segundo lugar, con un panorama epistemológico y conceptual mucho más claro, la investigación se comprometió con la búsqueda de las relaciones y las contradicciones económicas, sociales y culturales que permitieron la aparición de los cafés. Para ello, se utilizó una categoría conceptual *bourdiviana* asociada a las relaciones físicas y simbólicas en la producción del espacio como la noción de espacio social y urbano. Desde estas indagaciones las explicaciones sobre el surgimiento de los cafés en Bogotá se distancian de aquellas argumentaciones que lo vinculan como un producto del azar y como consecuencia directa de un contacto paulatino con los nuevos sentidos y significados de la modernidad.

Sin desconocer dichas influencias, la explicación sobre el arribo de los cafés, en tanto espacios de producción cultural, se comprometió con argumentaciones estructurales que reivindicó las condiciones de producción de la ciudad en el orden de lo económico, lo urbano, lo social y lo cultural. En medio de intensos debates y bajo ciertas resistencias culturales a la adopción de prácticas netamente capitalistas, la gradual llegada de los cafés al espacio social y urbano bogotano, se vió ensombrecida por diferentes confrontaciones expresadas en las estructuraciones económicas, sociales y espaciales. En este sentido, se vinculó a la historia cultural estas discusiones que se relacionaban con los cafés y la producción de la ciudad.

Ahora bien, no es que la aparición de los cafés en la ciudad resultara un acontecimiento celebrante de la modernidad. Más bien desapercibidos y refundidos bajo la dinámica cultural de la época, su aparición fue casi espectral. Pasaron desapercibidos en medio de tantas contradicciones y conflictos que enfrentaba el país en el cambio del siglo

XIX al XX. De esta manera, la indagación y las formas de reconstrucción del espacio social y urbano bogotano se dirigió a corroborar esta poca difusión de estos espacios de encuentro y a explicar el carácter cerrado y casi privado que tuvieron desde finales del siglo XIX.

En tercer lugar, al tener en cuenta que la historia cultural por lo general carece de una base económica que la sustente, fue necesario involucrar fuentes documentales de base económica para superar la tensión entre el economicismo y el culturalismo bajo una mirada material en clave de cambio cultural. De este modo, desde los conceptos de capital económico, cultural y simbólico se lograron rastrear las fuerzas inherentes a las estructuras objetivas y subjetivas. Por medio del análisis de las prácticas económicas, sociales y culturales se logró suplir las escasas referencias de los cafés y la vida de café en las fuentes documentales analizadas como la prensa de la época, revistas, crónicas y diferentes periódicos de la época. Desde la incorporación de análisis económico se buscó comprender a través de fuentes primarias y secundarias el escaso desarrollo económico del país. Desde el trabajo de archivo, se realizó una revisión de la literatura de la época en revistas tales como Cromos (1916-1938), El Gráfico (1910-1935), Mundo al Día (1924- 1930), Diario el Espectador (1891-1930) diario el Tiempo (1910-1935), Papel periódico lustrado 1881-1888) como el rastreo de fuentes secundarias en relación a la ciudad de Bogotá en cuanto a la vida urbana, la transformación del mobiliario urbano, los principales cambios económicos, la producción literaria y la vida de los cafés en la época, con el fin de contextualizar los datos encontrados.

Ahora bien, estas explicaciones sobre las estructuraciones económicas que posibilitaron la aparición de los cafés y su posterior legitimación en la segunda década del siglo XX, permitieron comprender que como espacios de encuentro, de crítica y de algunos intentos de transformación cultural de la ciudad, cafésestos espacios de la producción cultural, no pueden seguir siendo explicados desde posturas coyunturales que los reducen a un capítulo aislado de la vida cultural de Bogotá para reivindicar la consolidación de los grupos literarios.

Vale la pena aclarar que al poner de manifiesto estas confrontaciones y los diversos intereses en relación con las condiciones económicas que encauzaron al país hacia la modernización capitalista, se logró involucrar miradas de más largo aliento en las estructuraciones económicas. De esta manera, la indagación de esta aparición tardía de los cafés en el espacio social y urbano bogotano se vinculó directamente con los cambios económicos producidos durante el siglo XIX. En realidad, esta concreción de unos lugares para el ocio y la sociabilidad no quedaron sujetos al desarrollo de una economía capitalista, bajo la consolidación de una industria cafetera de exportación, más bien se vincularon a lentas transformaciones económicas que detuvieron el desarrollo urbano en Bogotá durante gran parte del siglo XIX. Lo importante aquí es comprender que estos aletargados desarrollos en la economía fueron provocados por tensiones políticas, económicas y culturales que retardaron la aparición de dichos espacios en la ciudad.

En cuarto lugar, además de involucrar estas tensiones en torno a la definición de un modelo económico, aquellas estructuraciones materiales se relacionaron con un análisis de la publicidad de la época para evidenciar los bienes de consumo que empezaron a transitar en el espacio urbano. Esto con el propósito de comprender los patrones culturales en su transformación con la adopción de estilos de vida que empezaban a alejarse de los principios diferenciadores coloniales. De este modo, el acercamiento a las estructuraciones económicas del país, permitió vincular la producción de artículos y mercancías que circularon en el espacio social y urbano bogotano. En definitiva, tales repertorios de cosas que empezaron a circular en Bogotá, además de simbolizar la pertenencia a ciertas clases sociales, también connotaron un vínculo directo con el deseo de modernidad de diferentes agentes sociales. Es por esto que la interrogación acerca de estos bienes y la concreción del comercio en el espacio social y urbano bogotano permitieron, más allá de evidenciar las condiciones de la economía, ubicar sus usos sociales y culturales en realizaciones simbolizantes de unas prácticas cotidianas.

Ante las escasas referencias sobre los cafés, estas prácticas fueron rastreadas mediante relatos de viajeros. En su conexión con la vida misma de café y la producción cultural, el tratamiento conceptual para comprender estos espacios semipúblicos de la ciudad, no podía

ser otro que aquel que complementara las representaciones materiales y las simbólicas. En este sentido se acogieron las consideraciones de Thomas Fischer en cuanto al manejo de las fuentes de viajeros extranjeros que visitaron el país y dejaron sus impresiones. Las crónicas de viaje constituyeron una fuente muy apreciada para la descripción de la vida cotidiana. Sin embargo, debe considerarse que no constituye un testimonio de primera mano, sino que, siempre, se exponen desde el punto de vista de un espectador no involucrado, que, además, solo disponía de un periodo limitado de tiempo para sus observaciones. Cabe destacar que, por lo general, los viajeros tenían acceso exclusivamente a las capas altas, lo que limitó su juicio acerca de los otros juicios (Fischer, 1999, p39). Estas fuentes que sobre todo daban cuenta de las dinámicas del siglo XIX, fueron complementadas con otros análisis que involucraron un acercamiento al modelo cultural y a las estructuraciones de la memoria cultural

En efecto, al tener en cuenta que el lento desarrollo económico limitó las posibilidades de introducir prácticas modernas en la ciudad, el análisis rescató las supervivencias de antiguas prácticas económicas que le dieron al espacio social y urbano un carácter ambiguo. Ante la carencia de referencias documentales de tipo estructural se optó por un doble análisis. Este doble análisis se caracterizó por comprender, por una parte la apertura de la ciudad a unas formas libres de expresión y en otro sentido, evidenciar el ensimismamiento de unas prácticas solapadas, que en el fondo tenían la pretensión de ser modernas bajo el modelo cultural de Bogotá como la Atenas del sur. Desde esta perspectiva, no bastó con el abordaje de una coyuntura histórica para comprender la aparición casi inadvertida, de los cafés en el espacio social y urbano bogotano a finales del siglo XIX, sino que fue necesaria una aproximación desde las estructuraciones de la memoria cultural.

En quinto lugar, la indagación de los cafés, en tanto espacios de la producción cultural, requirió complementar el enfoque de historia cultural con las estructuraciones de una memoria cultural a travesada por las significaciones de una Bogotá culta, cuya fortaleza simbólica se estableció en el mito de Bogotá como la Atenas suramericana. Al asumir que fueron las transformaciones económicas las que posibilitaron unos cambios en las estructuras urbanas, se pudo comprender que una dinámica económica a travesada por luchas económicas

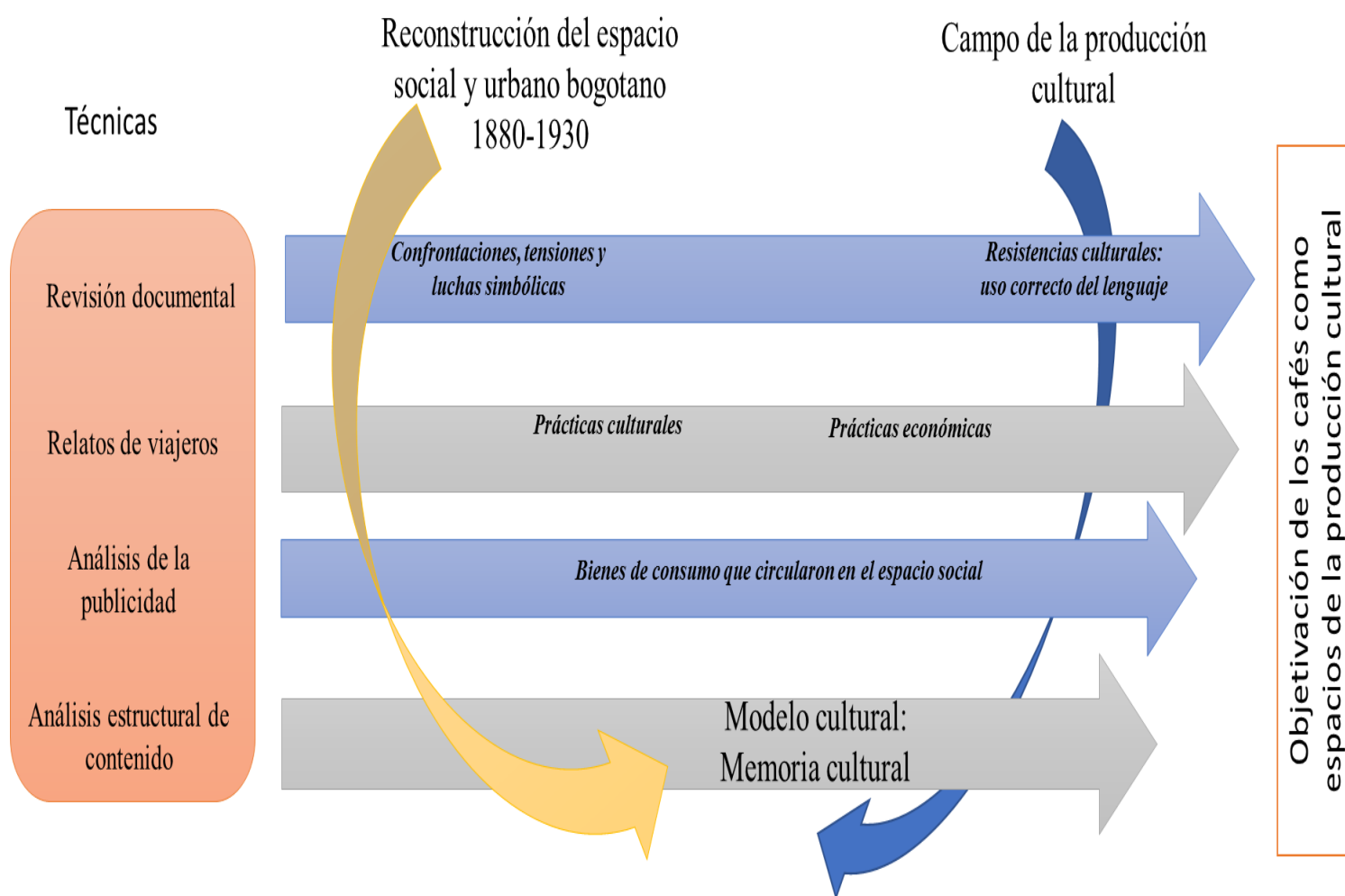
y diversos intereses políticos en el direccionamiento del país, rezagó la aparición de espacios modernos en la ciudad. Además esta dinámica económica y cultural permitió que afloraran supervivencias y superposiciones de prácticas anquilosadas en el mundo colonial.

Con el fin de analizar la relación de los cafés, con las supervivencias culturales reafirmadas en el mito de la Atenas suramericana, se interpuso el concepto de campo de la producción cultural con el propósito de vislumbrar las relaciones, las tensiones y los vínculos de algunos de estos letrados con los cafés. Como habituales a los cafés y también como posiciones en favor y en contra de estas formas de construcción cultural, la vinculación de los gramáticos, poetas y filólogos, junto con las referencias al uso del mejor castellano por parte de algunos representantes del interior del país como Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo, permitió tener claridad en la indagación sobre las relaciones entre los cafés, la sociedad, la cultura, la política y las relaciones de poder. Estos indicios y las huellas lingüísticas, sociales y culturales que esta época dejó, permitió rastrear a propósito de los cafés, los procesos de construcción de una identidad cultural, pero sobre todo el modelo cultural que estaba en juego desde finales del siglo XIX hasta la tercera década del siglo XIX. Seguir los rastros de esta embrionaria historia literaria y las formas de producción cultural bajo los cambios materiales y simbólicos de la ciudad permitió, además, enlazar esas huellas de la historia para recomponer una imagen de la Bogotá culta y al mismo tiempo, evidenciar las carencias y la miseria de esta ciudad en su proceso de modernización⁴¹.

Esta representación de la ciudad de Bogotá como ciudad culta tuvo como trasfondo una serie de aspectos que requirieron ser explicitados. En primer lugar, la relación de gramáticos y filólogos con la legitimación de una identidad cultural capaz de expandirse a todos los sectores de la población como una imagen compartida de pasado, presente y futuro. En segundo lugar, la relación de estos patrimonios fundamentados en el compromiso por la conservación del lenguaje y las relaciones de poder que se evidencian en los procesos de

⁴¹ Luego de varias conversaciones con el historiador urbano Juan Carlos Pérgolis logré comprender que “*debe existir una coincidencia entre identidad cultural e identidad espacial, que el habitante integra en la imagen de la ciudad*” (Pérgolis, 2000). Esta intención interpretativa de observar las transformaciones sociales y culturales en una ciudad como Bogotá requiere necesariamente observar sus transformaciones urbanas y la proyección de lugares para el encuentro ciudadano y el intercambio de sentido.

legitimación y por último una reapropiación de las fuentes bajo una clara vigilancia a los conceptos de progreso; las cuales han cargado nuestras formas de hacer historia. Estos fragmentos, a veces caóticos y otras veces coherentes, despiertan el interés por una recomposición, por una articulación del pasado y del presente, por una interpretación de aspectos literarios y sociales, por el posicionamiento de un punto de vista sobre una línea de sentido, en este caso particular, la vida de los cafés alrededor de la literatura, las contradicciones sociales y la identidad cultural.



Gráfica 17. Cruce entre técnicas y conceptos.

En este sentido, la necesidad de vincular unos nuevos sentidos de la existencia frente a las tradicionales formas de la cultura en la ciudad exigió tener presentes tres consideraciones. La primera, referente a que los patrimonios lingüísticos caracterizados por

el uso correcto del idioma, se consolidaron desde unos procesos de resistencia cultural frente a los embates modernizadores de posiciones que amenazaban con quebrar los modos de vida hispánicos. La segunda consideración es que en estos procesos de legitimación alrededor de la cultura no participó una elite homogénea que como grupo abriera el escenario para la modernización cultural. Por último, que los intentos para afianzar un proyecto aglutinador bajo el patriotismo y la celebración de las efemérides se contradicen con la comprensión de las configuraciones identitarias que aparecen en el cambio del siglo XIX al XX donde se consolidó la ciudad de Bogotá como un referente cultural importante dentro de un proyecto de nación amarrado a los ideales de la civilización, cuyas intencionalidades estaban dirigidas, a la imposición de una identidad nacional consecuente con un ideal específico de ciudadanía (Serna, 2001, Chavarro, C. & Llano, F. 2010).

En sexto lugar, cabe anotar que metodológicamente para superponer los resultados de la estructuración del espacio social y urbano bogotano a propósito de la aparición de los cafés en la ciudad, junto con las estructuraciones de un campo de la producción cultural, fue necesario involucrar los modelos culturales y las estructuraciones de la memoria cultural. Esta superposición se realizó para corroborar la efectividad de este mecanismo simbólico en relación con los cafés que buscaban desde su naturaleza pública, una mayor apertura de la ciudad y una democratización de la palabra. En términos metodológicos se procedió bajo el análisis estructural de contenido, donde se analizaron materiales reducidos bajo la pregunta sobre ¿cuál es el sistema de sentido y el modelo cultural manifestado por este material? En efecto, el análisis se interesó en los contenidos que se desprendieron de diversos materiales concretos como entrevistas, relatos, testimonios e imágenes. Habría que aclarar que estos materiales no fueron concebidos como discursos. Según Hiernaux, (2008) este análisis parte del supuesto epistemológico asociado a una estructuración de los contenidos en el pensamiento de los sujetos, que valga decir, proceden bajo sistemas de percepciones. En realidad, el contenido expresa estos sistemas dentro del texto que relaciona el contenido con unos sentidos. Lo que persigue el análisis estructural de contenido son las persistencias culturales que se pueden expresar en modelos culturales. Para esto se hace necesario una perspectiva teórica ligada a la sociología de la cultura donde se comprende el modelo cultural como géneros diferentes de sistemas de sentido socialmente producidos (Hiernaux, 2008)

De acuerdo con Hiernaux, (2008), estos géneros se expresan como guías que orientan el comportamiento y funcionan como principios organizadores de la percepción y el comportamiento. De allí que se proceda metodológicamente a conocer el sistema de sentido para hacer previsible los conceptos en cuanto a un conocimiento interiorizado, socialmente producido, reproducido y transformado. Ahora bien, estas prácticas, comportamientos y haceres pueden ser restituidos bajo formas discursivas diversas que se pueden esquematizar desde planteamientos greimacianos sobre la base de dos mecanismos argumentativos: la disyunción y la asociación. Por el primero se entiende, la contra definición, la distinción al interior de un mismo género al identificar ciertas representaciones que se despliegan unas en función de otras, por ejemplo, interior en función del exterior. Desde la segunda operación, se procede bajo conjunciones donde los elementos restituidos en la disyunción se asocian con diferentes atributos o calificaciones. En la investigación propuesta se determinó en primer lugar el estatuto teórico de los materiales mediante entrevistas en profundidad, se partió del presupuesto metodológico que los mejores materiales para el análisis estructural de contenido, son aquellos donde las personas se expresan libremente y sin imposiciones de tiempo y control de variables (Hiernaux, 2008).

De allí, los datos emergentes fueron dispuestos como unidades de análisis bajo un inventario del material observado. Luego de determinar las unidades de análisis se pasó a identificar las disyunciones elementales de estas manifestaciones culturales, con el propósito de demarcarse de lo que no eran, para estructurar las parejas de contra definiciones. La tercera operación metodológica tuvo que ver con la verificación de las asociaciones entre unidades y términos de las parejas de contra definiciones y, por último, se extrajeron los grafos que esbozaron los modelos culturales asociados a la imagen de la ciudad y a las formas de hacer ciudad. Los resultados del análisis implican los montajes culturales bajo cuatro operaciones principales. La extracción de las bases empíricas, la emergencia del modelo cultural por disyunciones y asociaciones, la visibilización de grafos sobre el modelo cultural para hacerlo generalizable y las formas de abstracción privilegiadas cuya forma constituye un abanico.

Con este proceder metodológico se propuso un mapa de proposiciones que orientó la búsqueda mediante hipótesis de la siguiente manera: Los cafés como espacios de la producción cultural, aparecen en el espacio social urbano bogotano a finales del siglo XIX.

Esta aparición se debió a unas condiciones económicas, sociales y culturales que dispusieron cambios de estructura social y urbana por medio de la incorporación de un discurso del progreso y la inserción del capitalismo. Estas prácticas culturales modernas producidas y reproducidas en el escenario urbano entre finales del siglo XIX y la tercera década del XX entraron en tensión con unas prácticas anquilosadas en el universo colonial. Lo cual ocurrió bajo un modelo cultural tradicional que negó la democratización de la cultura. Así, las innovaciones modernas como los cafés no adquirieron el carácter de expansión de una cultura de la palabra, porque fueron asumidos en su característica de espacios de producción cultural cerrados a unas formas de capital cultural (formas correctas del lenguaje y pulcritud lingüística), reducidos a espacios prácticamente privados donde se intentó una transgresión moderada de las formas puras del lenguaje.

Frente a esta problemática, aquellos agentes sociales que participaron con una transgresión abierta al modelo cultural dominante, terminaron por aceptar una especie de acuerdo explícito. Este fue reafirmado en una comunidad lingüística afianzada en el capital cultural (uso correcto del idioma) y en la estructuración de un campo de la producción cultural sostenido en las formas clásicas y en la tradición cultural española. El acuerdo entre unos agentes de la producción cultural tomó la forma de una estrategia cultural basada en una representación nostálgica de Bogotá que se reforzó en una estructuración mítica y fundacional como parte de la memoria cultural del país, denominada la Atenas Suramericana con el propósito de proyectar una imagen de Bogotá culta y clásica en la forma de patrimonio lingüístico.

Finalmente, los cafés en su condición de espacios de producción cultural y democratización de la palabra quedaron culturalmente desactivados al promover unas formas nostálgicas de un pasado español. Así, los cafés quedarían reducidos a espacios del recuerdo y la añoranza donde se rememoraré lo que se estaba perdiendo en la ciudad.

Hipótesis 2

Las prácticas culturales modernas producidas y reproducidas en el escenario urbano entre finales del siglo XIX y la tercera década del XX entraron en tensión con unas prácticas anquilosadas en el universo colonial por un modelo cultural tradicional que negó la democratización de la cultura

Hipótesis 3

Las innovaciones modernas como los cafés no adquirieron el carácter de expansión de una cultura de la palabra, sino que fueron asumidos como espacios de producción cultural cerrados a unas formas de capital cultural (Formas correctas del lenguaje y pulcritud lingüística), quedando reducidos a espacios prácticamente privados donde se intentó una transgresión moderada de las formas puras del lenguaje.

Hipótesis 1

Los cafés como espacios de encuentro, aparecen en el espacio social urbano bogotano a finales del siglo XIX. Esta aparición se debió a unas condiciones económicas, sociales y culturales que dispusieron cambios de estructura social y urbana por medio de la incorporación de un discurso del progreso y la inserción del capitalismo

Hipótesis 4

Aquellos agentes sociales que participaron con una transgresión abierta con el modelo cultural dominante, terminaron aceptando una especie de acuerdo explícito reafirmado en una comunidad lingüística afianzada en el capital cultural (uso correcto el idioma) y en la estructuración de un campo de la producción cultural sostenido en las formas clásicas y en la tradición cultural española.

Hipótesis 6

Los cafés como espacios de producción cultural y democratización de la palabra quedaron culturalmente desactivados al promover unas formas nostálgicas de un pasado español. Así, los cafés quedarían reducidos a espacios del recuerdo y la añoranza donde se rememoraba lo que se estaba perdiendo en la ciudad

Hipótesis 5

Este acuerdo entre unos agentes de la producción cultural tomó la forma de una estrategia cultural basada en una representación nostálgica de Bogotá que se reforzó en una estructuración mítica y fundacional como parte de la memoria cultural del país, denominada la Atenas suramericana con el propósito de proyectar una imagen de Bogotá culta y clásica en la forma de patrimonio lingüístico

Los cafés como espacios de la producción cultural (Bogotá 1880-1930)

Gráfica 18: Mapa de hipótesis (elaboración propia)

Tercera parte

Resultados

**Un antecedente obligatorio:
La aparición tardía de los cafés en el espacio social
y urbano bogotano**



Ilustración 6. Ricardo Rendón. Dibujo de J. Restrepo Rivera, Revista Pan, 1939.

Espetros de café: apariencia cultural e inapariencia urbana en el siglo XIX

La aparición tardía de los cafés bogotanos con respecto a la dinámica europea específicamente con el club londinense y el café parisino, reclama una explicación desde las condiciones de producción de este fenómeno en el espacio social y urbano bogotano. Sobre todo, si se tiene en cuenta que, desde mediados del siglo XIX, los cafés en Europa se comienzan a extender por las calles y se convierten en fenómenos importantes de la vida urbana. A raíz de la construcción de los *grands boulevards* por el Barón de Haussmann en la década de 1860, los cafés dispusieron de un espacio mucho mayor para extenderse por la calle (Sennett, 2002, p479). Aunque muchos bogotanos viajaron a las principales capitales de Europa como Londres y París, y lograron evidenciar estos cambios importantes en la fisionomía urbana, el interés de difundir estas innovaciones culturales, no estuvo ligado a la concreción de los cafés en el espacio social y urbano bogotano, sino más bien en la difusión de una representación de Colombia en el extranjero, particularmente en la necesidad de una participación más activa en las exposiciones universales

En 1851, Rufino Cuervo y un grupo de compatriotas residentes en Londres forman la Sociedad Central Neogranadina para reunir y exponer un fondo de objetos procedentes de Colombia. La pesca no fue abundante, así que no les quedó otra solución que exponer algunas de sus posesiones personales: cacao, tapioca, nuez moscada y algunas esmeraldas de Muzo (...) en París, el botanista José Jerónimo Triana se especializó en enmendar a último momento las fallas de las iniciativas oficiales improvisando la presencia nacional con colecciones privadas de objetos colombianos, comenzando por los suyos. Gracias a este procedimiento logró que la patria figurara en las exposiciones parisinas de 1867, 1878 y 1889 (Martínez, 2000, p320)

La evidencia de colombianos en el extranjero y sus experiencias relacionadas con un deseo de modernidad y de progreso, admite la pregunta por el escaso interés que representaron estas innovaciones culturales como el salón y el café para estos distinguidos hombres de la elite bogotana. ¿Por qué no fueron estas instituciones sociales tan atractivos para estos personajes? ¿Por qué los cafés aparecieron en el espacio urbano bogotano con tanta distancia temporal con respecto a los cafés europeos?

La presencia de estos lugares de encuentro y unos públicos particulares en el espacio social y urbano bogotano no solo fue escaso, sino que además podría decirse que fue espectral. Como visitante intempestivo, las formas embrionarias de lo que pudieron ser los cafés en el siglo XIX, aparecieron y desaparecieron del escenario social y urbano sin dejar un rastro claro. Mucho más ligados a prácticas culturales, estas formas precarias de los cafés se asociaron en algunas ocasiones a su antecedente más inmediato del siglo XVIII como las tertulias eutrapélicas; sin embargo, en otras ocasiones, estas apariciones de lo que podría haber sido un espacio de mediación cultural y un espacio donde se entrecruzan voces, más bien quedo reducido a las formas de la vida social y cultural asociada a la vida al interior de las viviendas, práctica cultural que predominó durante el siglo XIX.

Estos espacios que pudieran haberse convertido en epicentros de noticias y lugares de la vida nocturna santafereña, fueron casi inexistentes, en la medida en que la dinámica urbana, con sus escasas posibilidades de desarrollo en cuanto a una transformación urbana no contempló un mapa de cafés donde se lograra hacer una pausa para enterarse de las principales noticias de la vida social y cultural del espacio social y urbano bogotano. Lo que más bien ocurrió fue un anquilosamiento en el desarrollo urbano que reforzó esa práctica cultural asociada a la visita santafereña al interior de las viviendas. Ahora bien, el escaso desarrollo económico y las constantes guerras civiles en Colombia promovieron un lento proceso de desarrollo económico y urbano que permite comprender esta aparición tardía de los cafés.

Lo que resulta más contradictorio es que el desarrollo de la industria cafetera, constituido a finales del siglo XIX en el motor de la economía nacional, no promoviera decididamente prácticas culturales asociadas al consumo de café a nivel nacional. Una parte de la elite bogotana, convertida en empresarios de café encontró en la producción cafetera una forma de generación de riqueza que desligó el consumo nacional y los ambientes culturales y políticos, que podrían haber propiciado los cafés como espacios de intercambio cultural. Aquí, los argumentos culturales son mucho más relevantes para explicar dicha paradoja. No obstante, solo fue posible comprender estas dinámicas económicas, urbanas,

sociales y culturales, en la medida en que se logró incorporar a la historia cultural un concepto teórico y metodológico como el del espacio social y urbano.

De esta manera, se puede explicar cómo los cafés, en tanto espacios de producción cultural no prosperaron durante el siglo XIX. Su aparición intermitente en el espacio social y urbano bogotano, más que una intención declarada de la elite bogotana, se constituyó en una moda que se articuló mucho más a la vida íntima de una sociedad jerarquizada limitando a las clases medias y bajas un uso extensivo del café en un espacio público renovado. Así al ser consideradas prácticas poco atractivas para objetivar en el espacio social y urbano, la elite bogotana decidió replicar unos esquemas culturales afincados en unas expectativas y unos estilos de vida más conservadores. A lo anterior habría que sumar desde las prácticas culturales la predominante tendencia de consumo de chocolate cuyo simbolismo acentuaba una sociedad aristócrata de las buenas maneras y costumbres, que, ante el escaso desarrollo industrial y urbano, lograron destacarse como prácticas culturales legítimas y legitimadoras.

Expectativas económicas y frecuencias culturales:

La tienda y la tertulia como antecedente del café bogotano

Un antecedente inmediato del café bogotano, se encuentra en las prácticas culturales que sobrevivieron del siglo XVIII como el comercio en las tiendas de la calle del comercio, hoy carrera séptima. Estas prácticas culturales abigarradas en el espacio social y urbano bogotano se mantuvieron debido a las escasas posibilidades de transformación de las condiciones económicas del país. En este sentido, las escasas posibilidades que tuvieron las elites de imponer en el escenario urbano nuevas formas de sociabilidad, tienen su explicación en la dinámica económica que, aunque intento quebrar con el predominio del modelo cultural español, no logró desactivar el predominio de prácticas anquilosadas en el universo colonial.

Desde comienzos del siglo XIX se evidenció una expectativa económica y comercial diferente al orden económico colonial. Una parte de la elite criolla, que apoyó la causa republicana de la independencia, tuvo como principal bandera quebrar definitivamente el monopolio colonial, que a pesar de encontrarse diezmado y reducido, mantenía su poder simbólico para resistir a toda forma de introducción de patrones extranjeros (Jaramillo, 1982,

p27) 42. Pese a estas resistencias, era más que un hecho el desmoronamiento del poderío español. Así, con un imperio reducido y acabado se preveía el arribo de un proyecto modernizador para la futura Republica.

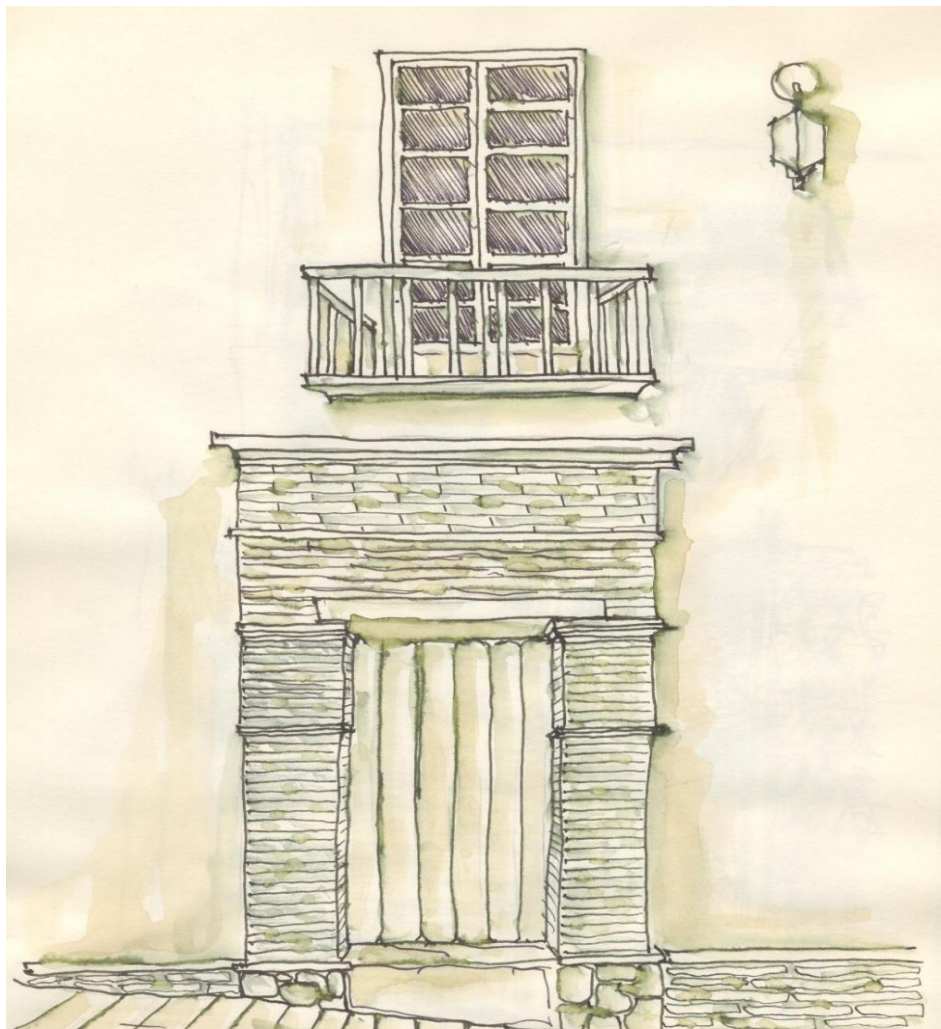


Ilustración 7. Casa centro histórico de Bogotá. Ilustración Arquitecto Miguel Payan Aparicio.

De acuerdo con Joaquim Nadal I Ferreras (1977) en los años del tránsito del siglo XVII al XIX España ve desmoronarse su antiguo imperio colonial. Como resultado queda

⁴² Tras la batalla de Boyacá, en diciembre de 1819 se constituyó la República de Colombia que comprendía el Virreinato de la Nueva Granada con su Capitanía General de Venezuela, el reino de la Nueva Granada y la presidencia de Quito. La Republica así formada se dividió en tres departamentos: Venezuela, Quito y Cundinamarca, el territorio de Panamá adscrito al Virreinato se unió en 1821. En el mismo año fue firmada en Cúcuta la Constitución de la República de Colombia, conocida como la Gran Colombia que duró hasta 1830 cuando empezó el proceso de desintegración que luego conformarían Venezuela y Ecuador. Panamá quedó adscrita al territorio colombiano hasta 1903. Desde 1831 la República de Colombia ahora desintegrada asumió el nombre de la Nueva Granada, el país llevo ese nombre hasta 1858(Tirado, 1989, p155)

relegada a un papel de segunda fila en el concierto internacional, al mismo tiempo que se ve inmersa en una aguda crisis interior. Además, el interés que en plena guerra demostró Gran Bretaña por las colonias americanas fue siempre manifiesto y en 1811 el embajador Wellesley se ofreció a mediar entre España y sus colonias sublevadas a cambio de la posibilidad de comerciar directamente con ellas (p.186,187)⁴³.

Bajo unas expectativas comerciales y un intento por quebrar la primacía del modelo económico aparecen algunas críticas a la economía colonial por parte de la primera generación republicana⁴⁴. Una parte de la elite criolla, además de criticar el monopolio comercial y los excesivos impuestos de la burocracia colonial, también denunció el pobre desarrollo en la industria, la agricultura y el aumento del contrabando, enfatizando el pésimo manejo de la hacienda pública en las colonias americanas bajo la administración española (Ocampo, 1989, p35).

A pesar de las denuncias y las críticas a la economía colonial, lo que se consolidó en la estructura social de comienzos del siglo XIX fue una fracción conformada por terratenientes y propietarios de los grandes latifundios que, en la dinámica de la guerra, se beneficiaron con la apropiación de algunos territorios. En esta dinámica, los estragos de la guerra y la inestabilidad política atrasaron los desarrollos agrícolas y por supuesto, la

⁴³Es innegable la influencia económica y social de países como Inglaterra y Francia, que lograron como potencias mundiales, filtrar sus ideas conducentes a la consolidación de la independencia y a una posible configuración de un nuevo sistema político y económico. Para 1820, la independencia en nuestro territorio estaba casi consolidada, gracias en parte a los préstamos realizados por Inglaterra para esta tarea; el bono de la deuda externa lo había suscrito, Luís López Méndez, ministro de Colombia en Londres que, junto con Simón Bolívar, habían desempeñado la misión en Gran Bretaña para solicitar respaldo financiero que se consolidó finalmente el 15 de abril de 1820, quedando atada la incipiente nación, a las consecuencias de estos favores económicos. Paradójicamente, se lograba la autonomía de gobierno, con una fuerte subordinación estructural a la potencia inglesa, que trató de consolidar sus empresas en estos territorios sin mucha fortuna (Llano, 2012).

⁴⁴ Vale la pena aclarar, que este intento por asumir un modelo librecambista por algunos miembros de la elite criolla se venía discutiendo desde finales del siglo XVIII bajo las opciones de apertura a nuevos mercados con Francia e Inglaterra. Estas influencias se presentaron no solo por la capacidad mercantil de estos países sino además por constituirse en referentes simbólicos del progreso y la independencia. Aunque desde la segunda mitad del siglo XVIII existía un atisbo de concreción de una ideología modernizadora muy cercana al liberalismo europeo, la elite criolla no estaba del todo de acuerdo en los objetivos concernientes para asumir una economía capitalista. Estas confrontaciones se presentaban de un lado por un interés por mantener un desarrollo agrícola bajo el crecimiento de los centros urbanos, mineros y los mercados intercoloniales que incluían por supuesto el contrabando, y de otro, desarrollar competencias comerciales para hacer entrar en contradicción los intereses de los empresarios agrícolas con las políticas del sistema colonial (Tovar, 2007, p104). De una economía colonial basada en el intercambio entre la metrópoli y sus colonias se intentaba pasar a la participación de un mercado mundial bajo la hegemonía de una economía expansionista centrada en la Gran Bretaña (Llano, 2012).

exploración de nuevas formas de desarrollo económico. Sumado a las luchas económicas y políticas entre la misma elite criolla, la recuperación económica de la guerra de la independencia planteaba un escenario hostil para la readecuación económica, que fue solo posible empezar a superarla en la década del treinta del siglo XIX. Esta recuperación operó bajo una reordenación de la economía nacional en cabeza de los viejos herederos del sistema de haciendas (Tovar, 2007, p105).

Pese a sus herencias, los capitales económicos de la elite bogotana no fueron tan arrolladores como para establecer una activación del comercio que rompiera definitivamente con la lógica de una economía autárquica

No hay en Bogotá diez comerciantes que tengan 100.000 piastras; entre las personas que viven de sus rentas, no hay cinco que tengan un capital mucho mayor. Las fortunas más corrientes son de 5 a 10.000 piastras. Como casi todo el mundo tiene una tienda, el negocillo que con ella hacen, triplica por lo menos las rentas (Serna, 2012 p.178 citando a Mollien 1825/1992, p223)

En estas tres primeras décadas del siglo XIX, particularmente en lo referido al comercio, se evidenciaron, para el caso bogotano, unas prácticas culturales más proclives al consumo que a la misma producción y desarrollo industrial.

Para dar una idea más exacta del comercio directo debemos tomar por base que Bogotá recibe un millón, doscientos mil pesos en mercancías extranjeras anualmente: el costo orijinal de estos efectos alcanzará á cerca dé setecientos mil pesos, que, precisamente han de llevarse al mercado donde se obtienen aquellas, lo mismo que trescientos cincuenta mil pesos más ó menos a los puertos de Cartajena y Santa Marta, para el pago de derechos en las aduanas. fletes &c, y ademas cuarenta mil pesos que deben tenerse á mano para satisfacer la alcabala en esta capital. Los gastos de mulas entre esta ciudad y Honda causan otros desembolsos proporcionados a la capital, mientras que la cantidad restante forma la ganancia del introductor. Facilmente veremos que de todos los diferentes ramos que componen esta parte de la especulación en Bogotá, las letras de cambio, y el dinero contante, son los únicos objetos

que e se pueden calificar como dados en cambio directo á las naciones extranjeras (J.A.Cualla, 1831, p 4)⁴⁵

Vale recordar que el Nuevo Reino de Granada pasó de una economía monopolística y de gran cantidad de tributos, a una mayor atención a los impuestos aduaneros, considerándolos como la mayor fuente de ingresos. El consumo de artículos importados tendió a superar las posibilidades de exportación para contrabalancear el comercio exterior; de allí que hubo necesidad de los préstamos extranjeros, los cuales fueron considerados para financiar la guerra de independencia (Ocampo, 1989, p39).

Con unas ventas exageradas de los productos extranjeros y con unos capitales reducidos de la elite bogotana, el comercio en la ciudad orbitaba entre una producción reducida, prácticamente de subsistencia en las haciendas de la sabana de Bogotá y la venta de artículos en *las tiendas* de la calle real. Para ejemplificar esta dinámica de circulación de los productos se trae a colación el relato de los doce pañuelos, de José David Guarín que representa paradójicamente el tendero bogotano que no sabe negociar. Este cuadro de costumbres se lo dirigió José David Guarín a Ricardo Silva diciendo lo siguiente:

Me metiste un clavo, Ricardo, y a fe que no me quedé con él adentro. Por supuesto que ya ni te acordarás de que una vez que estuve en esa capital a emplear mis cincuenta pesos, tú me metiste unos pañuelos «rabo de gallo» tan caros como te dio la gana (...). De lo que sí te acordarás, porque eso se lo dices a todo el mundo, es de los argumentos que me hiciste para convencerme de que debía darte mis cincuenta pesos por la docena de pañuelos. (...) luego de esto, estudié por el camino todo lo que me habías dicho para decírselo a los indios y sacarles un doscientos por ciento en mis pañuelos (Guarín citado en Llano, 2013)

⁴⁵ La redacción y la ortografía corresponde a la época.

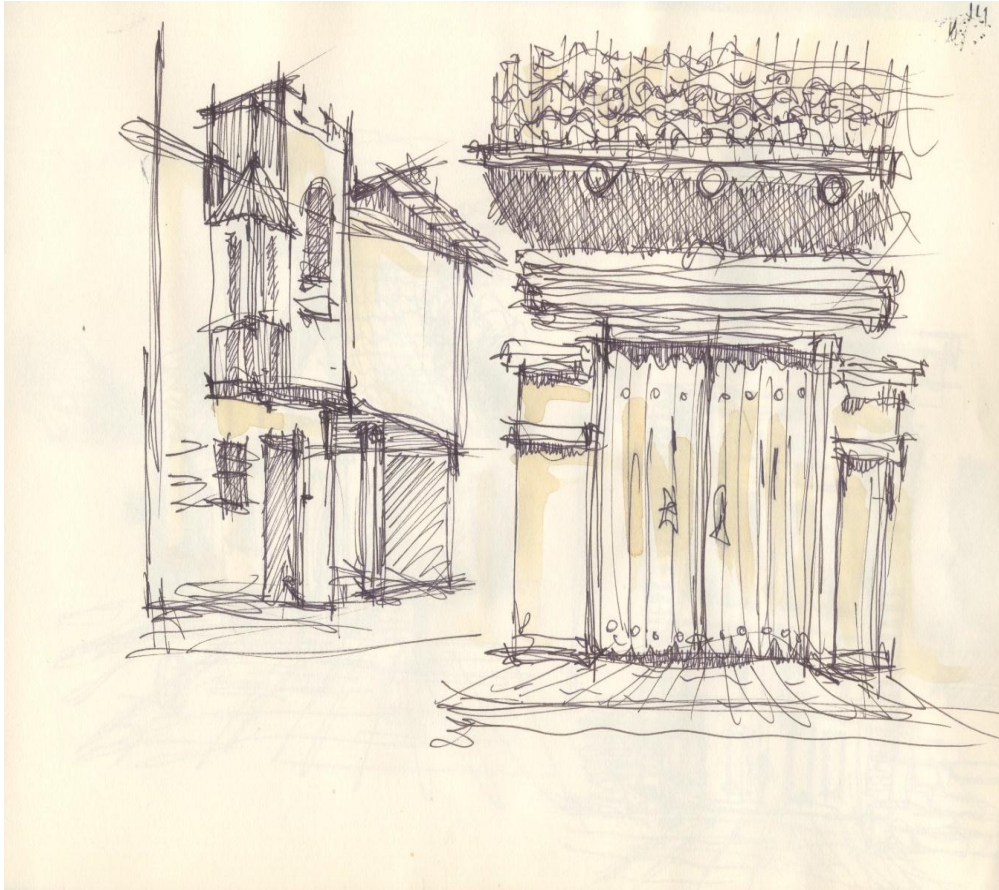


Ilustración 8. Centro histórico Bogotá. Ilustración Arquitecto Miguel Payán Aparicio.

Silva era dueño de una lujosa tienda en la que se vendían sedas y porcelanas provenientes en su mayoría de Inglaterra. En efecto, los Silva habían adquirido la tienda ubicada en La calle real, conocida tiempo después como la calle del comercio; además de los dividendos que arrojaba el establecimiento, se estableció allí una *tertulia literaria* que apenas alcanzaba una connotación cultural que no fue muy difundida. Frente a estos espacios de encuentro se encontraban las chicherías frecuentadas por las clases populares que desde el siglo XVIII se encontraban funcionando para el goce y el deleite de los encuentros de las clases populares.

Como un antecedente de los cafés bogotanos, estas prácticas culturales que se desarrollaron tanto en los interiores de las tiendas bajo una incipiente práctica comercial, como en las chicherías que se extendían alrededor de la plaza central de la ciudad, dejan entrever desde ya, las particularidades de la vida de café que se empezará a establecer desde

finales del siglo XIX en el espacio social y urbano bogotano. Por ejemplo, en algunas de las tiendas donde por lo general se ofrecían los artículos provenientes de diferentes partes de Europa, estas tiendas además promovían la conversación y los debates literarios y además fueron escenarios donde no solo se lograba estar al día con las noticias de la época, sino que se aprendía a hablar. Por esta razón fue lugar privilegiado de las clases altas que vieron en los almacenes un resguardo literario que duró aproximadamente hasta la última década del siglo XIX, cuando apenas las tertulias comenzaban a proyectarse a la vida del club.

En esta lógica de compra y venta, la usura y la pereza se convierten en atributos del negociante bogotano que incorpora otro tipo de capitales relacionados con la acumulación cultural más que con el desarrollo de una lógica de rentabilidad. En este sentido, Vergara y Vergara describe al bogotano de siempre: "perezoso por modestia, modesto por pereza... Lo comprende todo, pero se burla de todo" (Aristizabal, 1988, p77). La anterior definición del bogotano, se concreta en la proyección que el mismo Vergara y Vergara hiciera de Ricardo Silva, quién para esta época, era considerado una figura importante de la sociedad Santaferña: "Tal vez a nadie cae mejor ese retrato que a don Ricardo Silva (1836) acaso la figura más interesante del período, opacada por el brillo inmenso de su hijo José Asunción. (Los Silvas son buen ejemplo), que vive de la moda y no de la corriente impetuosa de los negocios, tan distinto de aquel advenedizo que no se deja "envolver en la red de ese lujo exagerado y ridículo."

Ahora bien, bajo el predominio de unas formas de trabajo no salarial, no podía prosperar la regulación del trabajo, del crédito y la activación de la producción, circulación y consumo de productos. Además del atraso en la agricultura predominaron en la vida de hacienda unas formas asociadas al ocio y al cultivo del espíritu. De acuerdo con Fischer (1999) en las haciendas se observada una carencia de conciencia burguesa del rendimiento, con el rechazo del trabajo manual y la disciplina estricta. El trabajo de las haciendas, por ejemplo, era parsimonioso y no requería de mucho trajín, por ejemplo, la gente que dependía de las haciendas dedicaba una parte del año a vivir en las haciendas, pero por lo general vivían en la ciudad sin mayores ocupaciones (...) efectivamente, al tener la clase alta, la suficiente gente a su disposición para trabajar, bien fuera en la casa, o en el campo, etc. le

quedaba mucho tiempo libre, lo cual, ante la inexistencia de dinamismo social y cultural, se le abría campo al ocio y a la pereza (Peralta, 1995, pp 39-40)

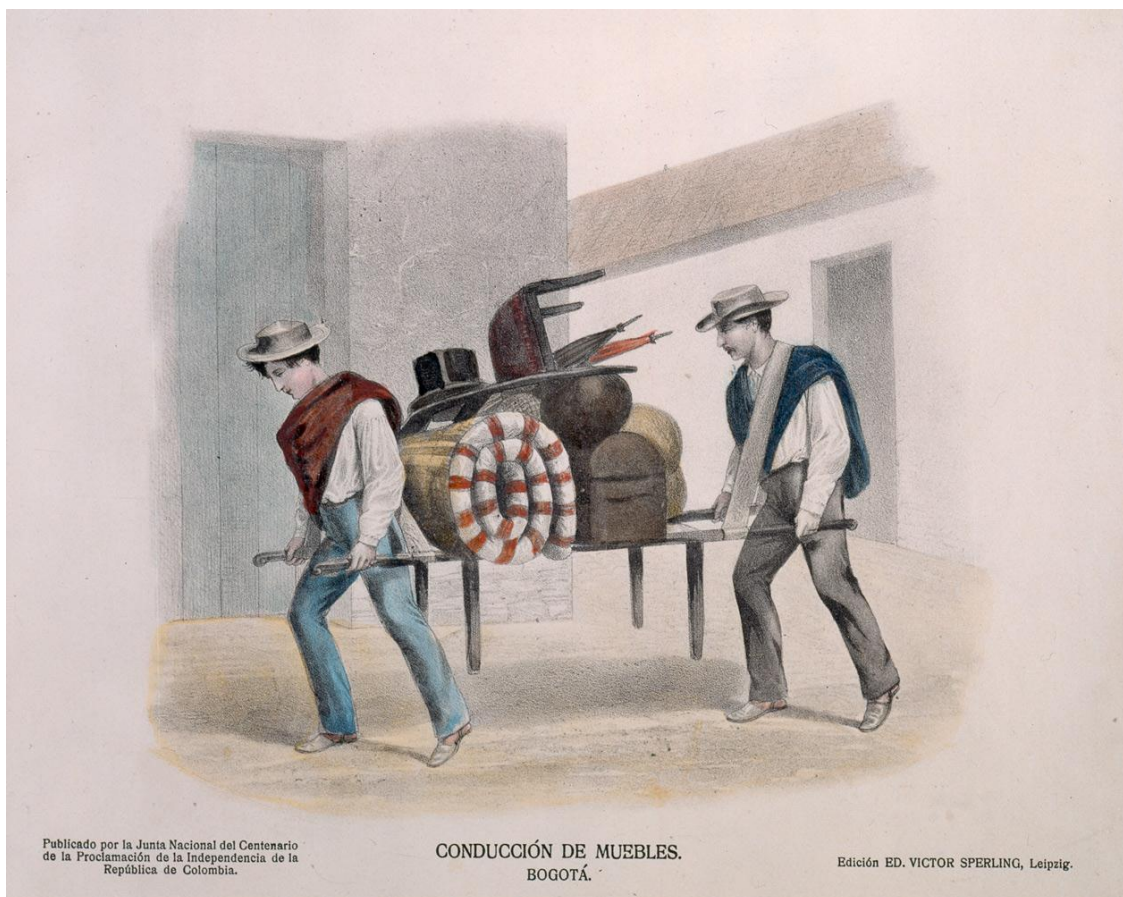


Ilustración 9. Conducción de muebles. Ramón Torres Méndez, litografía iluminada.

Con la independencia de España, el costumbrismo en forma de artículos, crónicas y obras de teatro cobran importancia para describir las fuertes conmociones políticas, guerras civiles y cambios estructurales en la cultura. “la elite intelectual, compuesta por jóvenes terratenientes o aristócratas urbanos, hijos de quienes han luchado en las guerras de liberación o soldados ellos mismos, escriben, a veces en medio del fragor de las batallas, como suele decirse, himnos patrióticos, obras de intención política inmediata, o unos años más tarde, cuando la marea se serena un tanto, tragedias galo-clásicas, artículos de costumbres, sainetes, odas anacreónticas etc. (Camacho, 1989 p. 322)

De esta manera, frente a las constantes denuncias de estos estilos de vida, aparecieron algunas defensas de dichos estilos de vida aristocráticos y ociosos. Un ejemplo de lo anterior se ve claramente en los mismos productos culturales que denuncian los estilos de vida burgueses como prácticas poco deseables. En el sainete *Las convulsiones* de Luís Vargas Tejada, se puede observar claramente la figura del burgués como un estilo de vida poco atractivo. En la primera parte de la obra se encuentra Cirilo, que representa los valores hispánicos, junto con Jervacio que trata de confundir y convencer a Cirilo de no abandonar el estilo de vida burgués:

CIRILO.

*Al cabo se ha cumplido mi deseo:
Ya me tienes amigo sin empleo,
Se admitió mi renuncia esta mañana
i puedo hacer lo que me de la gana*

JERVACIO

*Eres un destapado calavera
¿A qué fin abandonas tu carrera?*

CIRILO

*Por no estarme parado eternamente.
¿Podrá acaso sufrir más paciente
Una vida tan triste i tan mezquina
¿Cómo es la de un empleado de oficina?
Esto de trabajar desde las nueve,
Mojarse sin remedio cuando llueve,
Escribir cada día cuatro pliegos,
Aguantar pestes, i escuchar reniegos,
Estar sin fumar mortales horas,
No poder visitar a las señoras,
Cuando toca el domingo algún correo
No salir ni a visita ni a paseo,
i para ser la cosa más completa
Quedarse por la noche sin retreta⁴⁶.*

De acuerdo con Llano (2013) esta representación del ocio bogotano se vislumbra en esta época, a través del sainete de Vargas Tejada. La obra mencionada no solo buscaba afianzar un estilo de vida artístico, sino además darle una significación al ocio, visto aquí

⁴⁶ Tomado de: Vargas tejada Luís. (1828). *Las convulsiones*. imprenta de Morales y García.

como un trabajo que se convierte en un descanso⁴⁷. Incluso aún se podría afirmar que este estilo de vida que llevaban las clases altas bogotanas, se presentaba proclive a la distinción artística, puesto que se daba más importancia a las tertulias y charlas políticas que a la producción agrícola y al trabajo manual. En la medida en que el volumen del comercio no era alto en las tiendas de comercio, esta actividad mercantil no implicaba mayor demanda de tiempo. De este modo, el estilo de vida de una parte de la clase alta bogotana se alejaba del ethos burgués en lo económico y se afianzaba desde unos capitales más bien culturales ligados al ocio y a la contemplación.

Lo anterior se puede ejemplificar con el caso de los empresarios ingleses que vinieron a estas tierras hacer fortuna, pero “quizás una de las circunstancias que más influían, al lado de la discriminación política para desanimar las empresas extranjeras, era la dificultad para amoldarse a un ambiente cultural español y católico (...) el problema cultural más difícil para los negociantes extranjeros residió en el tradicional estilo español de “coger” cuando se pueda “coger”. Los comerciantes angloamericanos acostumbrados a la pronta cancelación de sus obligaciones encontraban agotadora la falta de rigidez al respecto” (Safford: 1969:97-98).

Finalmente, las tiendas y los almacenes que proveían toda esta imagería europea bajo la oferta de bienes suntuosos, se constituyeron en los espacios propicios para el encuentro de la clase dominante. Bajo una clara disposición hacia la vida literaria y sobre todo un afán por acercarse a la cultura europea, la elite bogotana que además se debatía entre fortalecer unos vínculos con la civilización y el progreso desde los patrones de vida anglosajones y los hispánicos, prefirieron imitar el universo del salón antes que entrar en las dinámicas liberalizantes que promovía el café europeo. En este orden de ideas, los espacios propicios para ser parte integrante de la civilización y los estilos de vida de hombres brillantes y cultos fueron los encuentros sostenidos en las casas de algunos miembros de la elite, que ofrecían, toda una serie de agasajos para mantener firme su pertenecía a un mundo social que

⁴⁷ Según Bourdieu citando a Balzac en un mundo dividido en “tres clases de seres”, “el hombre que trabaja” (es decir sin distinción, labradores, albañiles o soldados, tenderos mozos o incluso médicos, abogados, comerciantes importantes, pequeños terratenientes y burócratas) “el hombre que piensa” y “el hombre que no hace nada”, que se dedica a la vida elegante, el artista es una excepción: su ocio es un trabajo, y su trabajo un descanso (Bourdieu, 1995 p92).

perseguía bajo formas distintas y distintivas, unas formas de sociabilidad amparadas en el derroche y la suntuosidad.

Un viaje alrededor de la sala: más que el salón, el interior de la vivienda como el antecedente más próximo del café bogotano.

Los encuentros y las tertulias bogotanas que se llevaron a cabo al interior de algunas viviendas de la elite bogotana fortalecieron una regularidad y una asiduidad, que bien podría compararse con las dinámicas de los salones aristocráticos del siglo XVIII. No obstante, esta dinámica cultural que se desarrolló al interior de las viviendas, especialmente en el salón principal de la visita santafereña, conocida como la sala de la casa, no contó con el mecenazgo de una dama patrocinadora de las letras, ni con la visita de personajes con grandes ambiciones literarias. Como espacio de conversación y de rituales de conversión de unos patrones de vida, la sala, se convierte para el caso bogotano, en uno de los escenarios más propensos a la aceptación y legitimación social.

Ahora bien, con unas prácticas anquilosadas en el universo hispánico y unas pretensiones de apertura liberal, era muy probable la incorporación de otras prácticas provenientes de Francia e Inglaterra. De esta manera, bajo un clima político y económico fueron visibles en el espacio social y urbano bogotano unas pretensiones liberalizantes, que en el mejor de los casos hubieran podido introducir innovaciones para la ciudad como los cafés. Estas influencias se mostraban sobre todo en la inserción paulatina de patrones culturales que tenían como pretensión restarle poder simbólico a las formas culturales y tradicionales que se mantenían vigentes. De acuerdo con Martínez Carreño (1990)

Mercancías importadas de Manchester y Glasgow, y un buen número de familias inglesas instaladas en distintas regiones del país comenzaban a introducir otros valores, no muy fuertes en cuanto comida, aunque sí evidentes en diferentes aspectos de lo cotidiano (p39)

Otra muestra de lo anterior se puede observar en lo que Germán Arciniegas llamó el proceso de Britanización

Como la independencia nos ha venido en parte de los ingleses —porque fueron los ingleses de Filadelfia quienes primero nos regalaron con la fórmula republicana, y luego Inglaterra nos prestó unas cuantas libras para ayuda de costas en la guerra—, nos da por tomar de Inglaterra la mayor colección de hábitos nuevos, con que ofender a la tradición española de los chapetones (...) El mayor tono que se dieron por un siglo los americanos fue cambiar los géneros de Castilla por artículos ingleses. Ya no se volvieron a mencionar paños de Córdoba, sino ingleses. Ingleses eran los vidrios de las ventanas. El calzado inglés, el mejor. El corte del vestido, inglés. Se trocaron las casacas de terciopelo y cascadas de encajes, y chambergos, por trajes de corte inglés, por el smoking y el jacket y el cuello duro y el sombrero duro. Hasta las indias empezaron a vestir con zarzas de Manchester, que fue la mayor influencia de la escuela manchesteriana registrada a principios de la república". Pasamos de los toros a los hipódromos con jockeys, e introdujimos enfermedades como el exótico spleen londinense. "Finalmente, introdujimos teja inglesa legítima, metálica, galvanizada". (Arciniegas: 1982 citado en: Aristizabal, 1988)

De otro lado, cabe mencionar que estos sentidos y patrones culturales ingleses mencionados por Arciniegas, no estaban del todo generalizados. A propósito de las tertulias y bailes aristocráticos, el centro de la atención no era de ninguna manera el té o el café, sino el chocolate. Esta bebida emblemática reunía a diferentes personajes prestantes de la ciudad, en torno a la tertulia santafereña

En la capital, en las ciudades de provincia, alrededor de la mesa, frente a las tazas de chocolate- el café vendría más tarde- canónigos, notables, damas sensibles, políticos, científicos, se reúnen en las llamadas “tertulias”, que se institucionalizan con nombres llenos de sabor a época: “eutropélica”, “del buen gusto”, “científica.” Esta última alcanza importancia, ya que fue presidida por el fundamental magisterio del sabio gaditano José Celestino Mutis, que congregó a jóvenes en quienes había logrado despertar el interés por las ciencias y la política desde hace años (Camacho: 1989: 323)⁴⁸.

⁴⁸ Este auge de las ciencias impulsadas a través de las tertulias, lograron publicar por medio de la dirección de Caldas el Semanario. Aquellos literatos pretendieron siempre exhibirse formados en los moldes del clasicismo; invadieron por primera vez con seriedad y éxito el campo de las ciencias físicas, cultivando in pectore el amor a la política, en cuyas teorías y problemas habían de ensayarse después con tanto ardor (Laverde: 1963)

Vale la pena aclarar que, tanto la fracción de la elite que perseguía la introducción de prácticas liberales y liberadoras de la vida colonial y las facciones que intentaban esa misma modernización desde unas bases más tradicionales, perseguían la adopción de patrones de distinción. La mejor impresión que la elite podía dar sobre su condición distinguida era hacer alarde de patrones europeos incorporados en los famosos bailes de salón. Cuando se hizo evidente la llegada de viajeros extranjeros al país hacia 1820, las prácticas de sociabilidad frente a estos personajes que por lo general desempeñaban cargos diplomáticos, científicos o tenían pretensiones comerciales, era por supuesto invitarlos a estas reuniones exclusivas para lograr un posicionamiento cultural que demostrará cercanía con los procesos civilizatorios.

Vale la pena anotar que algunas referencias de la aparición de unas prácticas culturales asociadas al consumo de café en nuestro país, se vincularon directamente con la actividad aristocrática, que más que permitir la disposición de un lugar donde los escritores y artistas pudieran juntarse de acuerdo a sus afinidades dentro de una institución como el salón, se dispuso más bien como una práctica cerrada y poco difundida. De acuerdo con Martínez Carreño (1990) una de las pocas evidencias de la presencia del café en la vida social en esta época, se vinculó directamente a las actividades restringidas de la aristocracia del siglo XVIII. Por ejemplo, en el inventario de bienes de El virrey Solís, hecho con motivo de su ingreso a la orden franciscana en 1761 se percibió la enorme diferencia numérica entre utilería para servir café y chocolate. Esto parece indicar que el primero era apenas una moda incipiente y tal vez un tanto exótica (p24). Muy asociada a la tradición de los refrescos y las bebidas exóticas, todo parece revelar, que como práctica cultural no se había extendido a las diferentes clases sociales⁴⁹. Mucho más adelante en la segunda mitad del siglo XIX aparece otra referencia a la aparición de los cafés en el espacio social y urbano bogotano.

⁴⁹ Las clases sociales más que vivir en familiaridad, estaban sometidas a fuertes diferenciaciones que los distanciaban de ese ideal de igualdad introducido por algunos miembros de la elite en sus viajes a París. De acuerdo con Mörner (1969) en el siglo XVIII, el prejuicio racial en Hispanoamérica, como en todas partes en la misma época, estaba creciendo obviamente. Los párrocos generalmente llevaban tres registros separados, uno para los españoles, otro para las castas de mezclas, y un tercero para los indios(pp63,64)

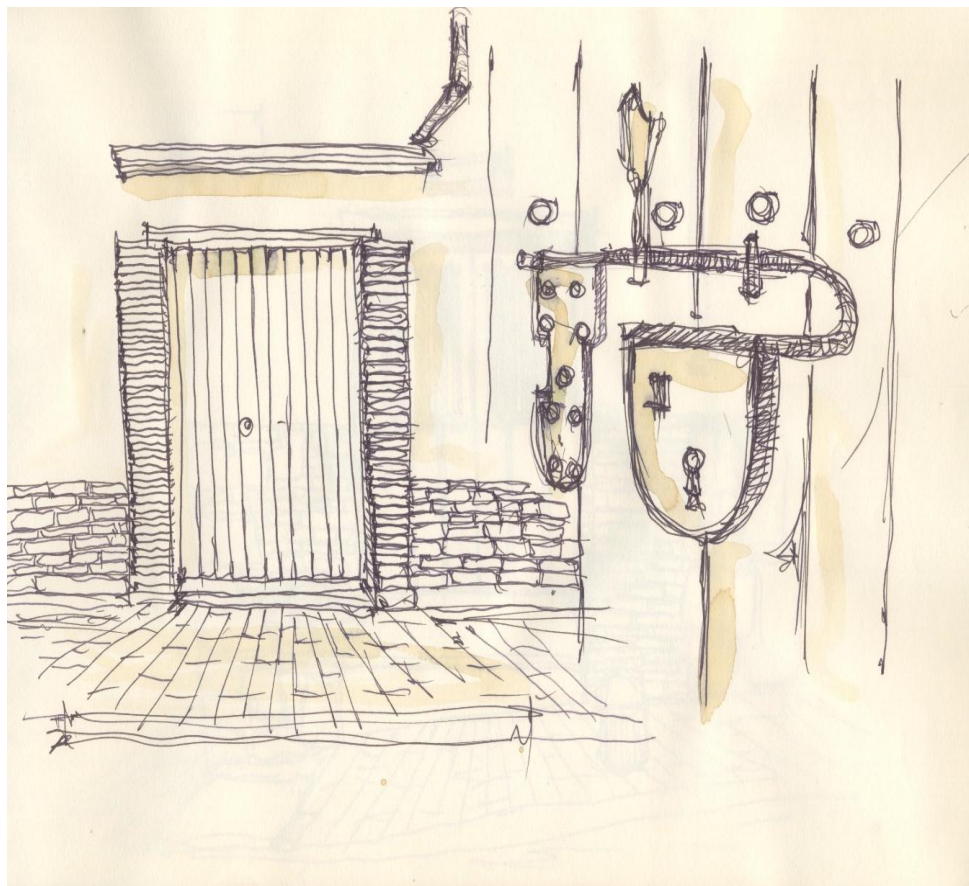


Ilustración 10. Centro histórico de Bogotá. Ilustración Arquitecto Miguel Payán Aparicio.

Lo que más bien ocurrió en el espacio social y urbano bogotano fue la cada vez más generalizada visita santafereña para reafirmar las diferencias. De acuerdo con Serna (2001) las visitas, eventos ampliamente reconocidos en el mundo santafereño del siglo XIX, implicaban una particular atención en tanto era a través de ellas que se reafirmaban las formas legítimas de pertenencia a las diferentes posiciones del espacio social. El hogar se convertía en el espacio predilecto para ejercer las actividades de lo público, ante la inexistencia de lugares propicios para exaltar las diferencias. De esta manera, el papel de los intelectuales y la existencia de espacios para interlocutar, era más bien reducido a la vida privada

En este panorama eran las residencias, la disposición privada de los hogares, uno de los lugares que definían de manera determinante la pertenencia a una de las jerarquías del espacio social. En realidad, era tan frecuente la proximidad entre las clases sociales que se dio el caso en el que las casas de dos pisos eran subdivididas, conviviendo en el mismo inmueble gentes aristocráticas y acaudaladas en el segundo piso, con moradores paupérrimos en el primero. (Martínez citado por Peralta: 1995:33) los criterios de distinción, no recaían en las fachadas de estas casas sino al interior de ella, donde se constituía en un centro social por excelencia, a través de las fiestas y celebraciones privadas que eran las actividades para introducir los nuevos sentidos legítimos de la existencia, cumpliendo de esta manera la labor de dar a conocer las nuevas divisiones del mundo social.



Ilustración 11. El bambuco. Ramón Torres Méndez, litografía iluminada, s.f.

En este sentido, la dinámica que se establecía en torno al interior de las casas de la elite bogotana, mostraron una mayor incidencia de los bienes de consumo que vinculaban a estas posiciones con el universo de lo público, transformando de esta forma, los parámetros de lo público y lo privado. Como la vida social se desarrollaba al interior de las casas,

específicamente en la sala, los gustos legítimos de la existencia se manifestaban en la práctica de la ostentación y el lujo

“El lujo en la sala, aunque expresión de una actitud esnobista, también estaba relacionado con un aumento en el bienestar económico de un sector importante de la capital. El caudal promedio de los inventarios entre 1820 y 1846 era de \$ 40.047.46. Esta cifra resulto casi duplicada entre 1854 1882 (\$ 75. 292.67). El valor de la sala, por su parte paso de un promedio de \$ 331.93 en el primer periodo mencionado, a \$ 1.076.5 en el segundo periodo, mostrando un aumento de 3.24 veces. En este sentido la sala debía tener: alfombra y papel colgado; los muebles debían estar acorde en diseño, tamaño, tipo de madera y forros, es decir, en estilo; debían estar a la moda y por lo mismo debían ser importados; no debían disfrazar la madera barnizándola; la sala no debía exhibir muebles en mal estado, asientos de guadamacil, ni enseres que – como el ropero y la cómoda – no correspondieran al lugar; desde la sala no debía verse el interior de la alcoba; el salón debía exhibir cielo raso del que debía colgar una sola lámpara (y no bambas de vidrio)” (Lara,1997 p.102)

Desde 1846, época, en la cual se fundó la sociedad filarmónica, por José Caicedo Rojas, se difundió el interés por la música para piano avivado por el mayor número de estos instrumentos que se veían en las casas de las elites. Aunque el piano importado seguía siendo costoso (\$ 1.200), David McCormick tenía en Bogotá una fábrica de pianos desde 1837, lo que ayudo un poco a su popularización (cfr. Lara, 1997, p186)

En el interior de las casas el lujo es extraordinario y causa espanto al extranjero, cuando se considera que la mayor parte de los ricos muebles, cuadros y espejos que adornan las casas de los ricachos de Bogotá, son traídos a hombros de hombres desde honda. El clima exige el uso generalizado de la alfombra, y con frecuencia pise ricos tapetes aterciopelados de las fábricas de Francia e Inglaterra. Los corredores y terrazas de los claustros están todos forrados de estera común, fabricada en el país; el gusto por la pintura al óleo es general; y es muy rara la casa de una persona acomodada donde no exista el piano, aunque el transporte de uno de estos instrumentos desde Honda a Bogotá cueste doscientos cincuenta pesos (Lisboa, 1866/1984 p.214)

Ahora bien, las visitas y la práctica de evidenciar estos lujos al interior de las casas, predominarían hasta las últimas décadas del siglo XIX. Estos encuentros de la elite bogotana fueron narrados por Miguel Cané ministro plenipotenciario de Argentina, quién estando de visita en nuestra capital para el año de 1881, resaltaba el carácter de las fiestas en Bogotá:

“La vida social es muy activa con respecto a las fiestas... (D)e tiempo en tiempo un gran baile, tan lujoso y tan brillante como en cualquier capital europea ó entre nosotros. (M)iraba aquel mobiliario lujoso, los espesos tapices, el piano de cola Ehrard ó Chickering y sobre todo los inmensos espejos, de lujosos marcos dorados que cubrían las paredes...” (Cané: 1901/1992: 160)

Así pues, en un espacio social y urbano caracterizado para esta primera mitad del siglo XIX como un espacio limitado en apertura pública con una dinámica cultural que, en vez de proyectarse a la vida urbana, fortaleció su ensimismamiento en el interior de las viviendas, se hizo importante, entonces, la promoción de bailes y encuentros bajo un carácter mucho más íntimo y excluyente. Vale la pena decir que estas prácticas ya estaban afianzadas desde comienzos de siglo. En su diario el 19 de julio de 1815 José María Caballero resaltaba lo siguiente:

Al baile asistieron 175 señoras carracas y adictas al gobierno (de criterio centralista) y otros tantos hombres de la misma opinión...en seguida se sirvió un refresco costeadado por el Estado, que importó \$250, con un ambigú que se dio a las 12 de la noche. ¡Bueno ¡me gusta que coman, bailen y se diviertan a costillas ajenas. Que sabroso será. ¡Oh, quien pudiera, pero no con lo ajeno ¡(Martínez Carreño, 1990, p35).

De acuerdo con Llano (2012) en estas reuniones sociales de salón, era común observar manifestaciones de la cultura francesa a través de expresiones como *à la Française*, que simbolizaba en cierto sentido, una representación de las mujeres que lucían vestido y tocado a la moda francesa. Esta dinámica era corroborada por el diplomático sueco August Gosselman, quien estaba complacido que en estas tierras se vieran costumbres similares a las europeas con un ritual de inspiración europea:

En la manera de conducirlo, en la decoración del salón, en el vestido y arreglo de los asistentes, en los modales, en la música, en los bailes y en la manera de servir la comida. En efecto la elite había adoptado los rituales franceses a finales del siglo XVIII, a través de la ideología ilustrada de los borbones; sin embargo, en las primeras décadas de vida Republicana seguían conservándolos (Gosselman, 1825).

Finalmente, a pesar de introducir prácticas y estilos de vida afrancesados, la vida social al interior de las viviendas encerraba todo un universo social y simbólico. Esta experiencia espacial resultaba ser todo un viaje de descubrimiento de la sociedad capitalina al interior de un salón. En la medida en que el mismo espacio urbano bogotano tampoco daba muestras de un cambio que permitiera fortalecer la vida pública, esta práctica se mantuvo en el tiempo negando la mirada del espacio exterior con las historias que pudieran haberse contado desde la ventana y desde los cafés, que no existieron para este momento.

Las guerras, el atraso económico y los cafés que no nacieron

Frente a estas pequeñas transformaciones y a las posibilidades de apertura al intercambio cultural en el espacio social y urbano, parecía entonces que en este contexto se podía presentar una gran disposición hacia algunos cambios relevantes en las estructuras sociales bajo nuevas modas que se derivaban de la cultura inglesa y francesa. Aunque el ambiente cultural se mostraba proclive al cambio, las resistencias culturales por parte de una fracción de la elite bogotana que defendía los valores de la cultura y el legado español seguía manteniéndose a pesar de la circulación en el espacio social y urbano bogotano de una serie de innovaciones y nuevos referentes extranjeros que expresaban patrones culturales provenientes de Paris y Londres. En este sentido podrían haber aparecido los cafés como referentes de esos cambios y como vehículos de la democratización de la cultura, no obstante, ¿por qué no prosperaron en su momento estos espacios dirigidos a democratizar la cultura? ¿Cuáles fueron las razones para que estos espacios de encuentro no prosperaran en este clima de intercambio cultural?

Frente a estos cuestionamientos cabría decir que uno de los mayores obstáculos para propiciar la construcción de la nación colombiana ha sido el tema recurrente de la guerra.

Los conflictos en el siglo XIX no solo fueron constantes, sino que en diferentes circunstancias se justificaron bajo los catecismos patrióticos y un clima de inestabilidad política, que valga decir fue restando importancia al tema de la identidad cultural De acuerdo con Hincapié (2001)

En Colombia, el referente de la pertenencia a una colectividad histórica determinada, se ha tejido en torno al eje de las guerras y las violencias (...) La guerra como eje de pervivencia histórica pone en juego el poder y el predominio sobre el territorio y la población que lo habita (...) Durante el siglo XIX, Colombia vivió una sucesión de guerras en torno a las cuales se tejieron argumentos muy diversos para justificarlas y explicarlas (pp 10-12)

Lo que es menos visible para los diferentes estudios revisados sobre la identidad cultural, es el papel que cumplieran las guerras civiles no solo en el atraso económico, sino en el vericuetto cultural del país. Las constantes guerras civiles que se presentaron, generalmente, en lo rural se relacionan con las resistencias culturales frente a modos y patrones de vida extranjeros, que hicieron de Bogotá una ciudad aislada, pacata y silenciosa con el predominio de un ritmo urbano lento. Estas explicaciones aclaran la aparición tardía de los cafés en Bogotá y el distanciamiento de casi dos siglos frente a los cafés de Europa.

En este orden de ideas, una poderosa razón de la falta de espacios para la producción cultural, el caso de los cafés, fue sin duda alguna, el papel que jugaron las constantes guerras en el siglo XIX. Estas confrontaciones armadas y heredadas de la independencia estancaron el desarrollo económico y con ello, el desarrollo cultural del país. Los gastos de la guerra no permitieron pensar en grandes inversiones dirigidas a promover innovaciones y espacios para la cultura. Las guerras de independencia extendidas entre 1810 y 1820 y la guerra de los supremos entre 1839 y 1842, no solo dejaron miseria, sino que incrementaron el bandidaje y la migración. Como la guerra no se decidía en las ciudades, sino en los campos, las haciendas se convirtieron en un factor muy importante para el abasto de alimentos, reclutas y semovientes (...) de esta manera, la economía rural, en sus haciendas, en sus grandes y medianas propiedades, sufrió políticas de secuestro total, embargo de bienes y saqueo de ejércitos y organizaciones paramilitares (Tovar, 2007, p106)

Con excepción de las aventuras en el campo de la agricultura y en el negocio de la importación y exportación, la mayor parte de las industrias británicas fracasaron completamente (...) las primeras guerras especialmente durante los veinte y los treinta, causaron aparentemente algunas pérdidas directas a los negociantes extranjeros debido a contribuciones forzosas o la confiscación de sus propiedades (Safford, 1969, p95).

En este sentido, frente a las confrontaciones armadas y los problemas fiscales, la disposición de espacios para la diversión no significó una apuesta relevante para un espacio social y urbano precario. En efecto, las guerras y los problemas fiscales no solo demoraron una transformación económica, sino urbana. Bajo un intento de transitar de una economía autárquica a una economía monetaria se presentaron fuertes crisis económicas De acuerdo con Safford (1989) los problemas fiscales y de crédito de la Nueva Granada fueron agravados duramente por las guerras políticas que caracterizaron la historia del siglo XIX. Los más importantes conflictos civiles ocurrieron en 1831, 1839-1842, 1851, 1854, 1859-1862, 1876, 1885, 1899-1903. Además, entre 1864 y 1880 ocurrieron muchos levantamientos locales. La rebelión provincial y la constante amenaza de rebelión general hicieron que los gastos militares tuvieran siempre un nivel alto (p70).

Como si esto no fuera suficiente, de acuerdo con Deas (2006) los gobiernos republicanos además de enfrentarse a las constantes guerras también enfrentaron la evasión de impuestos y una práctica de corrupción constante; prácticas que se resguardaron en una fuerte resistencia política al cambio y a una negación sistemática a incrementar rentas. La debilidad básica del sistema fiscal en el siglo XIX se derivó de los débiles logros en las exportaciones y sus consecuencias para la aduana (p70).

Estas condiciones económicas desfavorables que menciona el autor, no empezaron a cambiar sino hasta mediados del siglo. Algunas muestras de estos cambios en la transición de una economía de subsistencia a una economía monetaria se presentaron a mediados del siglo XIX bajo un optimismo liberal amparado en las revoluciones liberales de medio siglo. Con el primer gobierno de Tomas Cipriano de Mosquera (1845-1849) se establecieron políticas dirigidas a propiciar una nueva dinámica en la economía del país bajo una

simplificación del régimen arancelario con el propósito de permitir la libre circulación de productos provenientes de Europa y Estados Unidos.

Hasta 1847 el azúcar fue de prohibida importación. En 1846 antes de las reformas liberales, el arroz pagaba el 173%; la harina, el 63% y la manteca de cerdo el 70% de sus precios en puertos norteamericanos. En el caso de las telas ordinarias de algodón, los gravámenes oscilaban en torno al 80% y en el de las telas finas de la misma fibra en torno al 40% (Tovar, 2007, pp127, 128).

Bajo un entusiasmo desmedido de los liberales en el poder, se esperaba una participación más activa en el mercado internacional para lograr un papel protagónico en la división internacional del trabajo. Con el ascenso al poder del General José Hilario López en marzo de 1849, se reforzaron las medidas de Mosquera en la aplicación de decretos y leyes para lograr posicionar al país como una nación moderna. En este sentido, se decretó la libertad del cultivo del tabaco, se inició la Comisión Corográfica que valga decir había sido iniciativa del general Mosquera y se avanzó en la descentralización administrativa que dotó a las provincias de ingresos como el impuesto directo a la renta. Además, se suprimió la pena de muerte y la prisión por deudas, pero quizás la reforma más importante consistió en decretar la libertad definitiva de los esclavos, que hasta la fecha no se había logrado.

De acuerdo con Correa (2011) hacia la mitad del siglo XIX el país vivió una de sus transformaciones más profundas, en lo que se conoce tradicionalmente como las reformas liberales. Estas comenzaron a tomar forma con la abolición de la esclavitud, la división de los resguardos indígenas, la ampliación de las libertades civiles y de prensa, la abolición de la pena de muerte por delitos políticos, la descentralización de la administración y de los impuestos, el mayor control de los gobiernos locales sobre la Iglesia, la supresión de los tribunales eclesiásticos especiales y el desarrollo amplio del sistema de banca libre en Colombia. De esta manera, se inició en el territorio colombiano un periodo de reformas económicas, sociales y políticas que buscaban modernizar el país, acabando con las obsoletas estructuras heredadas de la colonia que dificultaban el desarrollo de corte liberal (Domínguez, 2000, p343).

Este panorama no cambiaría hasta mediados del siglo XIX cuando se introducen con mucha más vehemencia, innovaciones sociales a causa de una inserción pasajera en el sistema mundial por efectos de unas economías extractivas, unas estructuras socio productivas y socio-ocupacionales afectadas por un incremento relativo de la industria manufacturera, pero sobre todo del comercio interno gracias a los capitales producto de la extracción, un robustecimiento de algunos mercados regionales, y en medio de esto, una serie de reformas del Estado decididas a mover la economía liberando tierras y mano de obra, auspiciando unas nuevas instituciones económicas y cualificando la tasación y la tributación(Serna,2012, p176)

Finalmente, llenos de contradicciones y paradojas en el desarrollo de una economía capitalista, la sociedad colombiana asume el modelo librecambista a partir de 1845 con una apertura al comercio internacional con grandes esfuerzos por establecer un mercado interno de tierras y de trabajo. La coincidencia de objetivos entre todos los sectores de la elite no evitó algunas divergencias fundamentales, que condujeron a identificar al partido liberal con los esfuerzos modernizadores más radicales, en cambio, el partido conservador escogió un proyecto de modernización capitalista que pretendía conservar las estructuras de autoridad y de mentalidad tradicionales del país (Melo,2002 p232)50.

La aparición de los primeros cafés: Entre las revoluciones sociales de medio siglo y unas nuevas expectativas comerciales

Con unas altas expectativas en cuanto a la adopción de patrones culturales y prácticas económicas liberales, se requería para la época una visibilización aun mayor del país en cuanto a su producción. En el escenario internacional, una de las formas de visibilización de productos de exportación, sobre todo de materias primas, se realizó por medio de las

⁵⁰ En las circunstancias señaladas muchas de las industrias y empresas que emergieron a mediados de siglo bajo unas expectativas de renovación de unas formas vigentes de lo urbano, tuvieron escasa duración o apenas lograron sobrevivir. Después del éxito obtenido por Samuel Sayer en 1826, se emprendieron numerosas iniciativas para la consolidación de una cervecería competitiva. Existió por esas fechas una cervecería de Baltasar Meyer establecida en san Victorino (...) los químicos Vicente y D. Pastor Restrepo abrieron para conmemorar un aniversario de la independencia, el 20 de julio de 1858, la Cervecería Nacional, que en breve estableció sucursales en otras ciudades (Martínez Carreño, 1990 p,94.).

exposiciones universales. Vale la pena aclarar que aproximadamente tres décadas después de la independencia, las exposiciones universales aparecen en Colombia como la oportunidad de representar al país en el extranjero. De acuerdo con Martínez (2002) en un comienzo esta participación no constituyó una política de Estado, sino que obedeció a la presencia de colombianos en el extranjero que, reuniendo objetos de su pertenencia, representaron a Colombia. En 1851, por ejemplo, Rufino Cuervo y un grupo de compatriotas forman la Sociedad Central Neogranadina para reunir y exponer algunos objetos procedentes de Colombia

En las exposiciones de las décadas de 1850 y 1860, las colecciones colombianas dedicaban mucho espacio a los productos minerales (oro, plata, hulla, cobre) y vegetales (quina, tabaco, vainilla, café, cacao, maderas preciosas) (Martínez, 2000, p 322).

Dentro de los productos que se exhibían en las exposiciones universales, el de mayor posicionamiento para esta época, fue el del tabaco. Con unas relaciones comerciales que se empezaban a promover para la exportación tabacalera, fue preciso entonces ejercer presión social para abolir los monopolios estatales. Con una exportación tabacalera cada vez más dinámica, las medidas de protección bajo el monopolio estatal fueron parcialmente removidas bajo las reformas fiscales del gobierno de Mosquera.

Liberado parcialmente el monopolio del tabaco desde 1845 y totalmente en 1850, sobrevino aquella otra medida de política económica destinada a cambiar el panorama económico nacional. Se trata del decreto de 1847 que permitía el comercio libre y que suprimía todas las restricciones que hasta el momento se habían mantenido en aras del ingreso fiscal y de la política económica de protección (González: 1989 p 194)

Con unas medidas liberales en la economía y un entusiasmo sin precedentes frente a la modernización económica, sobrevino una confrontación bélica entre mayo y septiembre de 1851. Era de esperarse que, con las reformas liberales de José Hilario López, el partido conservador se levantara en armas. Esta guerra civil, que fue la más corta de las anteriormente mencionadas, no solo dejó innumerables pérdidas, sino que además promovió prácticas de corrupción, de defraudación del fisco y de agiotismo

Los caudillos y gamonales que lideraron la Guerra Civil de 1851, como otras tantas, requerían de dinero, disponer de ganados, armas y hombres de sus haciendas y redes de poder para sostener las tropas, inversiones que podían recuperarse asegurando el acceso al Tesoro público. Tal expectativa de control sobre los recursos del Estado garantizaba la disposición y fijación de reglas sobre recursos en especie como terrenos baldíos y concesiones, o la expedición de notas de deuda interna, garantizadas en aduanas, a favor de los acreedores públicos que no eran más que prestamistas y agiotistas(...) Para dar una idea de los cuantiosos gastos que esta amplia variedad de implementos suponía, el secretario de Guerra mencionaba que, en sólo las provincias de Bogotá, Popayán, Córdoba y Medellín, la cifra pagada por vestuario, a diciembre 31 de 1851, ascendía a casi \$ 552.000 pesos, lo que parecía corresponder a un cuarto del gasto público anual, según los estimados citados anteriormente. Mientras que las armas, fornituras, medicinas y otras tantas dotaciones en otras provincias ascendieron a un costo de \$ 353.000 pesos. El documento refiere que en semejante situación tan crítica se había comprado a un comerciante extranjero 2.000 fusiles, 300 carabinas, 300 rifles de percusión y 400 sables (...) Cabe señalar que los usureros no se conformaron con proporcionar oportunos créditos al Estado y estuvieron atentos a hacerse a buenos contratos para proveerlo de todo cuanto fuera necesario durante la Guerra Civil de 1851(Jurado, 2013)

Bajo estas confrontaciones y una exacerbación de las acciones bélicas para solucionar los conflictos afloraron aún más las diferencias de intereses económicos y políticos entre la misma elite. Pese a esto persistieron los esfuerzos por asegurar un contacto con el exterior bajo las exportaciones de algunos productos como el tabaco, la quina, el añil y el algodón. Así en medio de la agitación popular de artesanos en contra de las facciones librecambistas como el ocurrido el 17 de abril de 1854, prosperó la comercialización de materias primas⁵¹. Implantado el libre cambio con la supresión de los aranceles propios de una economía proteccionista se evidenció una confrontación clasista, la cual se dividió en dos facciones por intereses económicos

Los comerciantes, abogados y tribunos que por su atuendo europeo se denominaban “cachacos”, quedaron en la fracción “liberal gólgota” que proponía el libre cambio.

⁵¹El golpe de estado al presidente José María Obando por parte del General José María Melo se presentó bajo una agitación popular de artesanos que se resistieron a las medidas librecambistas.

A su vez los sectores populares, y entre ellos, como principal fuerza organizada, los artesanos –a quienes por su extracción y atuendo de ruana se les denominó “guaches”- militaron la fracción “Draconiana” del liberalismo. Como es lógico, su acción política iba a mantener las tarifas proteccionistas (Tirado, 1989, p173)

Las tendencias culturales que se introducían a través de la moda desde los inicios de la República, se disponían poco a poco a minar la competencia local que manifestaba su descontento en la falta de oportunidades para adelantar la producción. Los artesanos, luego del ascenso de José Hilario López, asumieron una postura aún más radical con un claro apoyo a Obando, y la protección de la industria nacional. De acuerdo con lo anterior, los sectores medios también lograron crecer en cierto grado de conciencia social y política, tras la aparición de las sociedades de artesanos que comenzaron a formarse en la década de los cuarenta; pero los campesinos mestizos e indígenas, antiguos esclavos, sirvientes domésticos y peones de hacienda constituyeron la materia prima pasiva de la conflictiva época y de sus guerras civiles generales y locales (Jaramillo: 2002: p.121). Esta manifestación de su descontento sobre las importaciones se ve claramente en la prensa de la época. El orden, era el órgano informativo recién surgido de la alianza militar – artesanal; en 1853, El Orden, sostuvo que los productos que los artesanos fabricaban eran de la misma calidad que los extranjeros; pero paradójicamente, se compraban los últimos por el solo hecho de ser extranjeros.

“Sacad una casaca del almacén de Agustín Rodríguez e hijo, ponédla en prensa todo el sábado en la noche, para que se crea que la casaca ha viajado, i salid el domingo diciendo a todo el mundo, esta casaca me la han traído de París. No encontrareis una sola persona que no os diga: ¿cuándo los Rodríguez podrán hacer una casaca como esta? ¡Que corte tan elegante! (...) Decidle a Vega que os haga dos pares de botas perfectamente iguales: charol, tafilete, cordoncillos de oro; i al un par ponédle: “José Vega, zapatero, Bogotá” i en el otro par estampad un gracioso sello que diga: “Malpel, Bottier a Paris”; veréis como todo el mundo reconoce que es inconmensurable la superioridad de las botas de Malpel, i que, en comparación con este, Vega es un torpísimo aprendiz (El orden: 1853: 5, tomado de Gutiérrez y Santos: 1985p 24)

Aunque posterior a este conflicto prosiguió la guerra de 1859-1862, y en la dinámica política y económica se consolidará la desamortización de bienes de la iglesia con el reparto de la tierra, de lo que se denominó en su momento, bienes de manos muertas, se mantuvo un comercio centrado en la comercialización de materias primas. Bajo un clima de inestabilidad política, del atraso de la agricultura y la ausencia de elementos industriales modernos, la agricultura de consumo interno se debatía en una aguda crisis que abrió mucho más las puertas a las importaciones que a las exportaciones⁵².

Para la época se aducían como causas del atraso de la agricultura las siguientes: la concentración de la propiedad del suelo en pocas manos, el ausentismo, la inseguridad en la vida campestre (por las guerras civiles, las expropiaciones y confiscación de precios, etc.), la falta de desarrollo científico y técnico, la ausencia de crédito, la competencia extranjera, las plagas, y las economías cerradas (Tovar, 1989, p27)

Se esperaría que con las revoluciones liberales de medio siglo, los cafés hubieran aparecido en el escenario urbano. De acuerdo con carrillo (s.f) el Café más antiguo de Bogotá del que se tiene alguna referencia es el llamado La Miscelánea de 1845. Nada se sabe de las características del lugar, lo único que se tiene es la fecha del periódico en el que aparece un aviso que dice: “Tienda y Café La Miscelánea: la esquina de la segunda Calle de los Plateros (p4)

⁵² De acuerdo con Safford (1989) en las grandes haciendas de la sabana de Bogotá no se usaron maquinas trilladoras antes de 1855, y el viejo método del apaleo continuaba siendo el más empleado. Al final de la década de 1850 y cada vez con mayor frecuencia en la de 1860, los bogotanos de la clase alta empezaron a importar arados norteamericanos, maquinas trilladoras y otros implementos agrícolas, lo mismo que semillas mejoradas y animales reproductores. En 1865 los hacendados de la sabana se maravillaron con una maquina segadora de trigo que podía realizar el trabajo de doscientos peones; pero los grandes terratenientes del altiplano, cuyas iniciativas eran desestimuladas en parte por los altos costos del transporte de maquinaria por el camino de herradura de honda, fueron muy cautelosos respecto a las innovaciones(p291,292). Vale la pena aclarar que prácticamente los recorridos que se hacían por el camino de Honda eran por lo general a lomo de mula. Las mercancías llegaban por el río magdalena al puerto y de ahí al pueblo de Guaduas. El Camino Nacional construido a partir de 1558, fue el eje de comunicación entre Europa y la ciudad de Santa Fe, en el valle del Magdalena, y en los costados de las cordilleras, se tendió también una red compuesta por caminos de todo tipo: prehispánicos, construidos por españoles por nuevas rutas o por rutas ya existentes, caminos de herradura (los más frecuentes), senderos y carreteros empedrados en zonas contiguas a los cascos urbanos (Cárdenas y Rincón, 2013).



Ilustración 12. Ilustración Miguel Payan Aparicio.

Pese a algunas modas intelectuales aisladas, que se tratarán un poco más adelante, esta práctica de consumo masivo de la bebida no prosperó debido en parte a un ambiente económico y político poco favorable para estas innovaciones culturales. Como resistencia a la invasión cultural francesa en nuestro país, se hacía indispensable difundir de manera sistemática obras de escritores colombianos contemporáneos con lo que efectivamente se creara una bibliografía nacional. Para tal propósito se empieza a consolidar en Bogotá, luego de la caída del gobierno del general Melo, el Liceo Granadino que posteriormente se consagraría como el Mosaico⁵³. Se hacía indispensable para esta tarea identificar, publicitar y publicar las obras que habían sido escritas por colombianos o por criollos durante la Colonia o los primeros años de la República (Llano, 2013 p. 93)

53 La revista buscaba convertirse ella misma en una “biblioteca nacional”, en donde se recogerían de preferencia las obras escritas en castellano por escritores nacionales o hispanoamericanos en diferentes épocas, y donde se centralizarían los esfuerzos dispersos de una elite intelectualmente inquieta. Pero más allá de la misma revista, sus editores buscaron por otros medios estimular la deficiente producción de impresos nacionales. (Gordillo: 2003)

Uno de los aspectos clave para difundir ideas literarias en Colombia se propició gracias al desarrollo del periodismo en un contexto de cambios y transformaciones sociales. Según Jaramillo (2002) desde 1850 el periodismo difundía además de las ideologías de los nacientes partidos políticos información relacionada con la promoción de mercancías y con la difusión del folletón que se constituía una sección destinada a reproducir artículos literarios extranjeros, preferiblemente autores franceses consagrados⁵⁴

“Varias muestras interesantes vieron la luz en la imprenta de Manuel Ancízar, en la cual se editaba el periódico El Neo-granadino, uno de los más notables e influyentes de la época. Matilde o Memorias de una joven, novela en dos tomos escrita por Eugenio Sue, el controvertido autor de El judío errante, inició la serie, por el sistema de entregas periódicas o Semana Literaria de El Neo-granadino, como calificaron los empresarios ese original método publicitario. Sobre incidencias de la publicación, vale la pena leer varios anuncios aparecidos entre febrero y junio de 1849 en el mencionado periódico. (...) A esto debe agregarse que existieron otras modalidades en las que el contenido se publicaba independientemente del periódico, ya en forma de fascículos sucesivos dispuestos para integrar uno o varios tomos, o de una vez en un volumen completo, previamente anunciado. Todo ello, obviamente, con los debidos descuentos y estímulos para los suscriptores, que de esa manera aseguraban su derecho a la primacía en la lectura y contribuían, de paso, al sostenimiento de la empresa periodística, por lo menos durante el tiempo que duraba la emisión de entregas o cuadernos. Una auténtica forma de crear demanda (Llano 2013 p. 91 citando a Jiménez, 1991)

Más allá del folletón, lo que tuvo impacto en el espacio social y urbano bogotano fueron los cuadros de costumbre. En este contexto el vínculo con España seguía vigente mediante la difusión del costumbrismo español que, de acuerdo con García, (2007) daba cuenta del cambio de vida en las ciudades con la naciente industrialización y como producto de la revolución liberal de riego y la resistencia al gobierno absolutista de Fernando VII. En varios periódicos de la primera mitad del siglo XIX como El Mercantil y El Duende Travieso se acogieron varios artículos de costumbres como las cartas españolas. Mariano José Larra,

54 También hay que advertir, que se presentaban algunas relaciones de interferencia entre el costumbrismo francés y el español en una época en que el periodismo literario francés se legitimaba como campo cultural. El costumbrismo francés se consolidó bajo la colección costumbrista los franceses pintados por sí mismos de Henry Monnier, donde participaron autores como Gavarni, el mismo Monnier y Daumier, Estos cuadros tuvieron varias imitaciones europeas entre las que se encontraba la española (García, 2007, p 219)

escritor progresista y Mesonero Romanos, escritor nostálgico, se postulan como las principales figuras de este género que alcanzó su madurez comenzando la tercera década del siglo en mención. El periodismo romántico español y latinoamericano, en multitud de artículos periodísticos, se ocupó de pintar tipos sociales en trance de desaparición, por referirse a modos de vivir que no dan de vivir de Mariano José Larra (García, 2007, p.223). En este orden de ideas, el costumbrismo colombiano fue homologado con el desarrollo del costumbrismo español, iniciando con Luis Vargas Tejada y consolidándose con José María Vergara y Vergara quien defendió la lengua castellana contra los peligros del afrancesamiento⁵⁵.

De este modo, una muestra de estas resistencias culturales que se mantenían vigentes en el universo bogotano lo representa el artículo de costumbres titulado *Las tres tazas* de José María Vergara y Vergara. En el texto el autor es invitado por Juan de las Viñas a degustar una taza de café, que para ese momento aparecía como una práctica extranjera distinguida; recuérdese que, para esa época, el producto bandera del país era el tabaco, el café vendría más tarde y era conocido por ser el primer legado inglés.

El CAFE. Este artículo apenas se cultiva entre nosotros. Los gastos de transporte y otras circunstancias hacen necesario su cultivo casi en la misma costa, pues el café que se cultiva en el interior no puede competir con el de Santo Domingo, Jamaica y otras Islas que lo producen con estrema abundancia. El café importado anualmente de la Gran Bretaña alcanza a ochocientas mil arrobas (Cualla, J.A 1831, p25).

Sí, el café, y no el té, fue el primer legado inglés, dice Vergara, que para 1848 es invitado a beber una taza de café:

55 El costumbrismo colombiano, según Antonio José Restrepo en sus estudios sobre literatura colombiana es definido como un género realista, ingenioso en su tiempo que aspira a ser conservado para consulta del pasado. No aspira a conmover para revolucionar, apenas si pinta, para corregir con suave tono; ni tampoco cava en el estercolero social, con la pluma hecha piqueta o bordón ferrado, para extirpar injusticias, remover privilegios y cambiar instituciones. Trisca por entre la maraña humana, apunta más bien los defectos que los vicios y retrata a las personas y las cosas, dejando su huella tenue para consulta de curiosos y artistas que quieran volver sobre el pasado (Reyes, 1993, p. 215, 216)

El café me era conocido como un remedio excelente, feo como todo remedio". Por fortuna, a este precede el irremplazable ajiaco —señal de la evolución gastronómica—, que era una sopa acompañada seguramente de "curas" o aguacates y seguida por hermosos pollos asados, "dignos de un príncipe convaleciente" y de todo tipo de vinos y, al final, del odioso café. Vergara escribe a su amigo Ricardo Silva: "¡Oh Silva! ¡Oh Silva! ¡Qué sorbo!... Apurado el primer sorbo, apartamos respetuosamente el pocillo, y yo volví la cara para escupir con maña y sin que nadie notara el puñado de afrecho que me había quedado en las fauces. Impúdico brebaje, tinta de uvilla con tártaro, lo llama. "Ahora no soy caballero, no soy sino un hombre herido en lo más caro que tiene, en su guargüero; soy un león enfurecido; y si no me das chocolate —dice al anfitrión— te despedazo, aquí en presencia de tu tierna esposa y de tus tiernos hijos" (Vergara: 1866 citado en: Aristizabal, 1988).

Acompañado de la ostentación y el lujo, el consumo de café hacia parte de los ritos culturales de distinción que se amparaba en la pretensión de aparentar lo que no se tenía y lo que en realidad no se era. Este anfitrión invitó a sus amigos a tomar café, solo porque era una bebida de moda; pero lo más embarazoso era que había gastado una fortuna en ello. Las tres tazas es un artículo de costumbres que relata tres épocas de la vida social de Bogotá en el siglo XIX. Esta trilogía empieza relatando la época colonial bajo el agasajo, a base de típico chocolate santafereño, que realizó el marqués de San Jorge al general Antonio Nariño. En el segundo capítulo, la taza de café, hace gala Vergara de la exquisitez y la finura de su humor en la descripción de una familia de la naciente clase media bogotana que, dentro del marco de la más tierna y amable cursilería, brinda a un grupo de amigos, entre ellos Vergara, un agasajo a base de novísimo café, que ya a la sazón comenzaba a irrumpir en la vida cotidiana de los bogotanos (Iriarte, 1999, p 145).

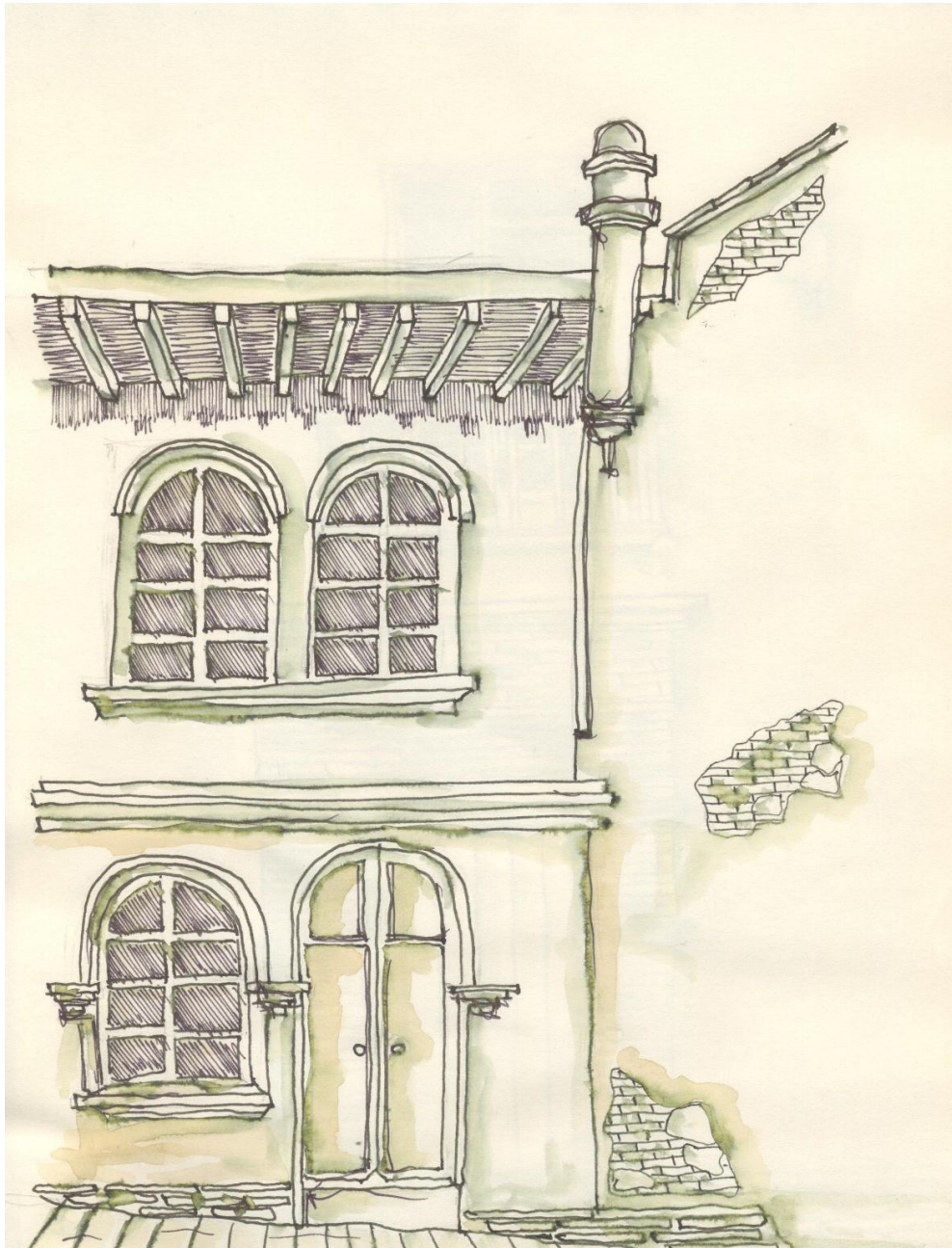


Ilustración 13. Ilustración Miguel Payan Aparicio

Lo que empieza a mostrar este texto, es sin duda el cambio en las estructuras económicas y sociales. Estas transformaciones permiten la introducción de nuevos patrones de vida, pero también ciertas resistencias a alejarse de un modo de vida particularmente anclado a los patrones hispánicos. En este orden de ideas, el caso más representativo de la famosa trilogía lo constituye la taza de té, donde aparece la historia del marqués de Gacharná y su esposa. Oriundo de Sutamerchán y cónsul honorario de Noruega en Bogotá, se casa con una inglesa del Barrio Santa Bárbara, ambos olvidan el castellano, se enriquecen con un almacén en la Calle Real (Iriarte, 1999, p 146). En sus chispeantes cuadros, llenos de gracejos, Vergara, señaló que los santafereños o raizales estaban desapareciendo para dar paso a una multitud de provincianos, agregando que éstos se estaban enriqueciendo (Vergara: 1866 citado en: Aristizabal: 1988).

Vergara los personificó a él y a su esposa como la arquetípica pareja de lobos. La razón para tal caracterización se encontraba en el momento económico que vivía el mismo Vergara. Con esta representación quería anotar las condiciones de pobreza en las que el hombre dedicado a las letras se encontraba y en las formas de ostentación, chabacanería, plebeyz y mal gusto, como diría Vergara, caracterizaba a esta especie.

Vergara y Vergara fue el heredero de la basta hacienda sabanera “Casa Blanca”, que de sus manos paso a la de sus voraces acreedores, dejándolo en tal penuria, que a su muerte don José María Samper encabezó una colecta de amigos para costear el sepelio; y más triste aun fue el caso, hoy bien conocido gracias al centenario, de José Asunción Silva, hijo de uno de los más acaudalados comerciantes de la Calle Real, cuyo infortunio financiero atrajo sobre él una legión de chacales que terminaron conduciéndolo a la fatídica solución del suicidio. Después de producir a los treinta años de edad el milagro literario de María, la vida de Isaacs fue hasta su muerte, acaecida dentro de la mayor pobreza 28 años más tarde, una lucha encarnizada por evadir la bancarrota, con breves y angustiosos paréntesis literarios. Y la vida de Vergara, no fue en lo esencial diferente de la de Isaacs y Silva (Iriarte, 1999, p144)

Algunas otras denuncias sobre la ostentación, el lujo y el escaso desarrollo industrial aparecen en Emiro Kastos, quién observó lo siguiente para el caso bogotano:

Bogotá carece de industria y de movimiento: sus condiciones económicas son enteramente desfavorables: los objetos extranjeros cuestan aquí enormemente y la vida es carísima. Agregando á estas causas naturales las necesidades facticias que ha introducido la vanidad, el necio orgullo y el espíritu de extranjerismo, resulta que la vida en menaje es muy difícil, el matrimonio un lujo que sólo está al alcance de los ricos. Seda para todos los días, gorras costosas, cachemiras magníficas, terciopelo, diamantes, buenos vinos, caballos de á quinientos pesos, muebles de caoba y de rosa, modas francesas y te inglés, son refinamientos muy superiores a los recursos de Bogotá y que sólo los capitalistas pueden y suelen proporcionarse. Y el mal no está en que estos gasten lujo, lo cual es para ellos casi un deber, sino en que los pobres los imitan eclipsándolos muchas veces. La hija de un empleado ostenta joyas y arrastra seda como la de un capitalista, y la vanidad enloquece á las mujeres de familias pobres hasta el punto de no temer que el público burlón busque fuentes deshonorosas á ese lujo incomprendible (El Tiempo, número 213, de 25 de enero de 1859, En: Kastos: 1885).

Lo que observó Emiro Kastos para el caso bogotano, no estaba muy lejos de la realidad que vivía la ciudad, estos cambios observados evidenciaban la aparición de otras prácticas en la figura del pepito, que además de vivir de la ostentación introducía formas afrancesadas de la cultura. De acuerdo a Martínez Carreño (1990) Emiro Kastos decía en 1850

Varios amigos que me habían mandado preparar un almuerzo enteramente a la francesa compuesto de salmón, langostas, asados, frutas, vino blanco, café puro (...) para el año 1857, el *Café del Comercio* ofrecía: asistencia enteramente a la francesa y se servirá a toda hora café, té y chocolate (p59)⁵⁶

Para esta misma época, Peralta (2009) sostiene que durante la primera mitad del siglo XIX eran escasos los lugares de encuentro y la desolación de las calles a partir del atardecer era más que evidente sin la presencia de cafés ni restaurantes. En 1853 el Correo el Mercantil saluda la apertura del primer restaurante abierto en Bogotá (p35)

⁵⁶ La negrita y la cursiva son mías



Gráfica 19. CafésCafés 1866. Mapa elaborado por la arquitecta Diana Fernández

En este contexto, la presencia de establecimientos designados como cafés para la época no eran en realidad lugares destinados al fomento de una cultura de la conversación y el debate, ni mucho menos espacios donde se organizaban tertulias y participaba la prensa en presentar posibles discusiones. Estos lugares vedados para las clases sociales bajas, se asociaron a la práctica de ofrecer alimentos por fuera de la casa. Esta influencia proveniente de la institucionalización del restaurante en Francia logro permear desde la exclusividad y la

distinción algunos lugares llamados cafés- restaurantes o café licores. Estos establecimientos, sirvieron como puerta de entrada de la modernidad para las clases altas bajo un carácter enteramente privado.

De acuerdo con Barón y Duran (2015)

La referencia más antigua a unos cafés en Colombia aparece en el almanaque de Bogotá y guía de forasteros del año 1886. En medio de confiterías, pastelerías fondas y hoteles, casas de asistencia, cigarrerías, panaderías, heladerías, bodegones y pesebreras sobresalen los que, según parece, fueron los dos primeros establecimientos de esta naturaleza en el país: el café y licores italiano, situado en el número 24 de la calle oriente, y el Café de la unión, emplazado en la calle ecuador a la altura del número (p70).

Dispuestos en un mapa actual de Bogotá, estos cafés estuvieron ubicados en las cercanías de la plaza principal, donde se empezaba a desarrollar la vida urbana a finales del siglo XIX.

Muy cercanos a pastelerías y confiterías, estos lugares que aparecen en el espacio urbano bogotano, más que cafés con una característica de espacios de producción cultural cafés, se constituyen en modas incipientes que no representaron un cambio notable en las prácticas de sociabilidad, ni en los patrones de vida urbana. Lo evidente era que en el espacio urbano se presentaban escasas posibilidades de sociabilidad pública al carecer de espacios que posibilitaran los encuentros ciudadanos. Así lo reafirma el conde de Gabriac en 1868

En Bogotá no hay sociedad, ni lugares de reunión, ni sitios de baile, ni conciertos ni club, ni siquiera un café, ni un salón de lectura; nada, absolutamente nada: lo cual es horrible para el viajero, pero es curioso ver una capital con semejante grado de nulidad. Sin embargo, la fatuidad de los bogotanos sobrepasa cuanto es posible imaginar. No habiendo salido jamás de su terruño, se figuran de buena fe que su capital es la ciudad más hermosa del mundo y la llaman nueva Atenas (nouvelle Athènes) (De Gabriac, 1868 citado en Rincón, 2014, p259)

Al escasear los lugares públicos donde se podía realizar la diferenciación de los grupos sociales bogotanos, los habitantes de la elite, reforzaron estas diferencias sociales muchas veces en los lugares privados, debido a la cercanía espacial con las demás clases sociales. En este sentido, se buscó la distinción social, no tanto en las adecuaciones arquitectónicas, ni tampoco en el derroche público de la riqueza, como ocurría a comienzos del siglo XIX, sino más bien en resaltar las diferencias en el aspecto y en algunos atributos distintivos como el hablar y vestirse bien dentro de los parámetros civilizatorios. En este sentido la elite aristocrática, instrumentalizó la cultura para dirigir el rumbo de la sociedad hacia lo que la elite consideraba civilización, y dejar atrás lo que entendían por barbarie: hablar y vestirse mal y tener un comportamiento ajeno a las reglas dictadas por los manuales de urbanidad (Zambrano: 2003, p119)

De otro lado, otra fracción de la elite bogotana se acogía con mayor fuerza a los ideales del progreso. Esta proyección de los ideales europeos en un espacio social y urbano como el bogotano se difundió internacionalmente bajo las exposiciones universales. A partir de un paradigma civilizatorio y la transmisión de los avances materiales de potencias europeas como Francia e Inglaterra, las exposiciones universales se consolidaron a manera de foco de difusión del imaginario de naciones poderosas con avances técnicos y tecnológicos. Este ideal del progreso, se fortaleció en una cultura visual donde se podía apreciar todo y al mismo tiempo no tocar nada, insumo necesario para fortalecer el imaginario nacional las ciudades se convirtieron en el principal foco de los gobiernos locales para la consolidación de unas formas culturales y unos estilos de vida deseables (Martínez, 2002; González, 2008; Llano, 2013)

Finalmente, esta aparición tardía de los cafés en el espacio social y urbano, puede explicarse por lo menos por cuatro razones fundamentales. En primer lugar, por el embrionario desarrollo económico que no permitió una dinamización mucho más decidida de la elite bogotana en sus apuestas en el espacio urbano. En segundo lugar, al mantenerse unas estructuras económicas ancladas a prácticas coloniales, se refuerza en el escenario privado unas prácticas culturales reafirmadas desde unos claros referentes aristocráticos que buscaron marcar las diferencias y los rituales de pertenencia por medio de la visita

santafereña. Esta práctica cultural estuvo cargada de simbolismos como puerta de entrada a la civilización y a la cultura legítima. En tercer lugar, al reafirmarse unas prácticas pertenecientes al mundo colonial, el ambiente liberal y progresista de las revoluciones liberales de medio siglo, intentaron por medio de una facción de la elite bogotana, romper definitivamente con ese universo simbólico introduciendo patrones de vida londinenses y franceses. Sin embargo, el resultado no fue tan significativo a pesar de las tensiones entre los estilos de vida hispanizados anclados a la tierra y los nuevos comerciantes de la ciudad.

Los cafés como espacios de encuentro (1880-1910)



Café La Botella de Oro, en la Plaza de Bolívar de Bogotá.

Foto: [Biblioteca Luis Ángel Arango](#)

Ilustración 14. Café La Botella de Oro, en la Plaza de Bolívar de Bogotá. Foto: Biblioteca Luis Ángel Arango.

Alejandro volvió a mirar. De la Botella de Oro, salía iluminado por el gas de la puerta, bajo un cubilete descomunal, un hombrecillo grueso, paturro, que botaba su sombra sobre las losas y arrastraba los pies como dos reptiles. Era Pelusa. (Fragmento de Diana Cazadora novela de Clímaco Soto Borda)⁵⁷

Con esta imagen de un hombre de mediana estatura saliendo de un café bogotano de finales del siglo XIX, Clímaco Soto Borda, quiso referenciar en su novela *Diana Cazadora*, un ambiente bohemio de la capital bajo dinámicas modernizantes. Por eso no resulta extraño encontrar en sus descripciones algunas referencias a símbolos modernizantes como el telégrafo, el teléfono, el alumbrado público, la chimenea industrial, los libros y revistas del extranjero, el ferrocarril y la modesta estación de la sabana, e incluso menciona una congestión vehicular. Además, compara el río San Francisco con el Sena, la calle del Serrucho, con el Boulevard des Italiens, en las Véjares, lamenta que no se levanten los bellos edificios que vio en la Rue de la Paix. Echa de menos el Moulin Rouge, el arco del triunfo y la Tour Eiffel y se refiere, con cierta nostalgia, a *L’Affaire Dreyfus* (Botero, 1999, pp384, 390)

Estos signos de modernización planteados en las descripciones sobre el entorno urbano, permitieron a Soto Borda ser satírico en cuanto a las escasas posibilidades de Bogotá de ser si quiera cercana a la dinámica urbana francesa. Con un tono ambiguo, en la novela *Diana Cazadora*, los signos visibles del progreso como la luz del gas, el acueducto y las colonias extranjeras, se entremezclaron con menciones satíricas como la viruela, el tifo, la policía secreta, el chisme en gran escala (Raymond, 1991 p80). Las descripciones de la

⁵⁷ La novela *Diana Cazadora* escrita a finales del siglo XIX y publicada solo hasta 1915, cuenta la historia de Alejandro Acosta y su hermano menor, Fernando, quienes heredaron una fortuna cuantiosa y para darse aires de aristócratas, viajaron por París y Londres, donde adquirieron conocimientos en artes e idiomas. Al llegar a Bogotá contaron su viaje a sus amigos, Antonio Velarde y José Lasso. Fernando que desde hacía un tiempo se dedicaba al licor, al opio, las mujeres y al juego, había caído en las redes de Adriana Montero, quien proveniente del Tolima, llegó a Bogotá en la miseria.

ciudad propuestas por Soto Borda encarnaban además un intento por posicionar un estilo bohemio bajo las ensoñaciones de sus personajes.

En estas representaciones literarias se hace visible una vocación bohemia de hombres libres de la necesidad, que, al vivir de una fortuna, eran mucho más cercanos a la clase de hombres que no hacen nada y que cuentan con demasiado tiempo para pensar. En sus recorridos por esa ciudad soñada y deseada, aparecen las escenas bohemias que tenían como preámbulo las imágenes de miseria de la ciudad. Bajo la ensoñación de un refugio intelectual como el café europeo, y con la imagen literaria de un depósito de cadáveres se concreta en el relato una alegoría, que bien puede referenciar la presencia de una crisis de modernización naciente⁵⁸.

En un apartado de la novela *Diana Cazadora*, se menciona que Antonio Velarde y Alejandro, dejaron a José Lasso, conocido como Pelusa en uno de los lugares más concurridos por la intelectualidad de la época: El altozano de la catedral. Justo al lado de la catedral primada ubicada en la plaza de Bolívar, en medio del altozano de la catedral se encontraba el café la Botella de Oro. Desde las referencias literarias realizadas por Soto Borda, Pelussa, era un habitual de este Café. Lo que se menciona en el relato es que este personaje había entrado allí a comprar turronecillos, pero al no encontrarlos, se dirigió a San Carlos a conseguirlos en el Neva (una posible tienda de la época). En este recorrido, se detuvo a contemplar las agencias mortuorias hasta que de pronto, poseído por la curiosidad entró en uno de estos lugares y al contemplar esta escena de muerte propia de la condición humana

⁵⁸ Sin ser uno de los propósitos de esta tesis doctoral, estas representaciones dislocadas presentes en la alegoría, pueden constituirse en posteriores líneas de investigación que permitan comprender con mayor profundidad los siguientes aspectos: En primer lugar, las relaciones entre los modos de representación sobre la modernidad y la construcción de identidad cultural en el periodo propuesto para esta tesis. En segundo lugar, se podría abordar, el shock que representó la guerra en su relación con la producción cultural a finales del siglo XIX y comienzos del XX. En tercer lugar, se propone comprender, la relación entre estos modos de representación asociados a la política, la religión, y el arte y las formas legítimas del lenguaje. Cabe decir, que la forma de expresión alegórica como discurso de lo simbólico tiene un uso subrepticio que se ofrece como paisaje primordial petrificado. Como idea encarnada, la alegoría puede comprender el mito. Desde esta perspectiva benjaminiana se plantea el siguiente enunciado investigativo para futuras investigaciones. “Los diferentes modos de representación sobre la modernidad ligados a la política, la religión y el arte, entre 1880 y 1930 en Bogotá, intentaron imponer unas formas legítimas del lenguaje que en procura de un modernismo cultural quedaron reducidas a unas ruinas petrificadas como imagen primordial, que se recuerda hoy como Bogotá “la Atenas de Suramérica”.

“reía ante los cajones de agujetero y de papaya con sus puntas brillantes y sus chapas de cobre, esos amplios y ricos palacios de ébano y de oro a dónde van los poderosos, esos alcázares mágicos que se regalan a los gusanos para que tengan un recinto digno de sus regios festines. Y seguía sonriendo ante los otros, los ataúdes baratos, chozas estrechas y miserables, de cuatro tablas sin brillo que se rajan entre la tierra, donde los cadáveres de los humildes viven apretados y sin aire, y donde los gusanos de los pobres padecen de hambre y mueren de flacos(...) Dejaba salir su risa acordándose de haber oído contar que en París hay un *café de la muerte*, donde los criados son esqueletos, los manteles mortajas, y donde beben vino como sangre los parisienses calaveras en cráneos tallado, como lo hacía el rey Albuino en la calavera del rey Comundo (...) Y su risa seguía saliendo al recordar lo que le pasó a un amigo suyo en el mismo París, en *el café del cielo*. Los criados son ángeles y las cocotas que van son serafines. Aquel joven tomaba café en la Gloria cuando pasó un ángel con unas copas, y como se pegase en una de las alas tan fuertemente que por poco tienen un ángel caído, soltó éste un vizcaíno redondo que hizo estremecer a las once mil vírgenes de las alegres mesas. Era un ángel español, un angelote barbudo, indigno de Murillo, con unas alazas que no lo dejaban caminar como el albatros de Baudelaire (Soto Borda, 1914, p53, 54)⁵⁹.

Estas referencias alegóricas a los cafés, permiten confrontar esta *condensación* que superpone diferentes ámbitos semánticos, con el contexto⁶⁰. En la novela José Lasso era ante todo un rentista, que desde la imaginación que propiciaba Alejandro Acosta y Fernando con su viaje a Europa, soñaba otra ciudad posible, otro destino para un espacio social urbano que apenas se estaba transformando. Ahora bien, no es que las descripciones de Soto Borda en su novela *Diana Cazadora* presenten un calco exacto de las dinámicas de esta pequeña ciudad. Como unos de los primeros intentos de realizar novela urbana en el país, *Diana Cazadora*, es ante todo un punto de vista, que para este caso funciona como punto de partida para señalar las condiciones sociales y urbanas de producción de este espacio literario, donde se presentan algunas pistas sobre la aparición de los cafés, de la vida bohemia y algunas formas embrionarias de la producción cultural. En últimas, esta novela se constituye, además,

⁵⁹ De acuerdo con Benjamín (2009), el núcleo de la visión alegórica es la calavera, allí se expresa la historia configurada en un rostro. No se expresa únicamente como enigma de la existencia humana, sino como historicidad biológica del individuo que deviene en la historia del sufrimiento. En las investigaciones de Susan Buck Morss sobre Benjamín, se advierte que él quería mostrar el elevado valor artístico de la alegoría, y aún más quería presentarla como una forma artística particular de comprender la verdad (Buck Morss 2009, p32)

⁶⁰ Consultar en el capítulo metodológico los puntos de intersección entre la literatura como forma simbólica de la cultura del recuerdo y la observación literaria de la cultura del recuerdo.

como un signo intencional habitado que requiere ser descifrado en tanto se comprenda la relación del autor con su entorno.

Con relación a los cafés, lo que sí es claro en las representaciones literarias de Soto Borda con su novela *Diana Cazadora*, es su referencia a unas ensoñaciones y alegorías, que más que describir los lugares de encuentro precisaba un deseo de modernidad en un espacio urbano precario que seguía sin tener lugares para las reuniones de tertulios. Salvo marcadas excepciones mencionadas en el capítulo anterior, durante gran parte del siglo XIX la presencia de cafés en el espacio social y urbano bogotano fue casi un espejismo. Ahora bien, las condiciones de producción de esta novela pueden mostrar algunos rasgos de modernidad ya visibles en la conventual Bogotá, como por ejemplo cables eléctricos que simbolizaban la llegada del progreso y de otro lado, las siluetas de algunos edificios modernos que contrastaban con la apariencia colonial de un esquema urbano que se resistía a desaparecer.

Este capítulo aborda de manera más concreta la aparición de los cafés en el espacio social y urbano bogotano a finales del siglo XIX. Vale aclarar, que más que espacios de producción cultural estos espacios en sus comienzos fueron más cercanos a constituirse en lugares de encuentros esporádicos. Al acogerse a unas prácticas culturales que se estructuraron desde el siglo XVIII y se mantuvieron incólumes durante todo el siglo XIX, los cafés fueron herederos de las tiendas, próximos a las chicherías y desde los relacionamientos de la elite, fueron además pensados como restaurantes. Las razones iniciales por las cuales estos espacios de encuentro no fueron eficientes para la construcción de una opinión pública y la democratización cultural obedeció a unas condiciones urbanas, económicas sociales y culturales, que no permitieron un auge mayor de los cafés, por lo menos en lo que se refiere al cambio del siglo XIX al XX.

Un viaje por las cercanías: la ciudad que no crece

El cuestionamiento relacionado con una escasa mención de los cafés en la vida urbana bogotana al finalizar siglo XIX, tiene unas explicaciones particulares en la naturaleza del

espacio social y urbano que se estaba estructurando en el cambio de siglo. Las apuestas por introducir nuevos sentidos y significados relacionados con la vida moderna y caótica de ciudades como París, representaron para la elite bogotana una advertencia de un acelerado proceso de industrialización, que durante gran parte del siglo XIX permitieron cambios en la estructura urbana donde aparecieron los cafés como símbolos de libertad de la palabra y apertura social. A diferencia del salón, en el café todo el mundo podía entrar y cada cual pagaba su consumición. A mediados del siglo XVIII, los artistas y los escritores franceses habían empezado a frecuentar mucho más los cafés en búsqueda de estímulo y de intercambio (Shattuck, 1991, p25).

La elite bogotana y la alta clerecía, empezaban a viajar a las ciudades que fueron en su momento referentes de la modernidad como París y Londres. Las intencionalidades de involucrar estos aspectos civilizatorios en diferentes lugares de la ciudad, fueron además de escasas, restringidas en función de un acatamiento a la moral católica y las buenas costumbres. En este orden de ideas, los cafés más que representar espacios deseables para la distinción y el refinamiento, fueron lugares mucho más frecuentados por las clases populares. Estos sitios que amenazaban con la moral y seducían con “ideas perjudiciales” no pudieron legitimarse en el espacio social y urbano por lo menos por tres razones fundamentales. La primera, relacionada con el predominio eclesiástico en la distribución de bienes simbólicos en la ciudad con la erección de iglesias y el predominio en la vida urbana de la noción de parroquia y no la del barrio. En segundo lugar, en un espacio urbano bajo el dominio espacial y simbólico de la iglesia, los cafés no fueron elecciones y apuestas interesantes para las clases altas. Como antros y espacios estigmatizados, los cafés que fueron cercanos a las chicherías representaron para la iglesia y algunos grupos sociales un verdadero peligro que podía poner en tensión el orden social basado en el respeto por las formas civilizadas y cristianas del buen ciudadano.

En tercer lugar, bajo esos intereses por mantener un orden social resguardado de “los peligros del libertinaje sobrevivieron en el espacio social y urbano, unas prácticas culturales relacionadas con los encuentros en el interior de las viviendas; como espacio solariego, la vivienda y la tienda fueron resguardos y en algunas ocasiones sitios de reunión y tertulia, de

una ciudad con pocos espacios para la diversión y el ocio. En cuanto a los cafés que se acercaron mucho más a la actividad de comer fuera de la casa, más allá de la degustación de la cocina internacional, el intercambio cultural fue más bien escaso.



Ilustración 15. Ilustración realizada por el arquitecto Miguel Payán Aparicio

En este orden de ideas, el cuestionamiento sobre las condiciones urbanas que permitieron la aparición de unos espacios de encuentro como los cafés en el espacio social y urbano bogotano, entromete la primera hipótesis de esta tesis doctoral. Antes que espacios de la producción cultural, los cafés que emergieron a finales del siglo XIX en el espacio social y urbano, fueron espacios de encuentro con escasas posibilidades de reorganización del espacio público que pasaron casi inadvertidos, en la trama urbana. En un espacio urbano como el bogotano, la presencia de los cafés no representó para las elites bogotanas una innovación relevante para la vida urbana. Más bien, se perdieron como posibilidad real de transformación del espacio público y en las prácticas y dinámicas propias de un espacio social y urbano anclado al universo colonial. En este sentido, los nacientes cafés bogotanos se inscribieron en un espacio urbano con escasas posibilidades de desarrollo ¿Cuáles eran las

razones para que la ciudad no creciera? ¿Por qué los cafés no se constituyeron en innovaciones urbanas?

Las respuestas a estos interrogantes se relacionan con la escasa dinámica de este espacio urbano de lento crecimiento. Prueba de lo anterior lo demuestra el reducido perímetro urbano y la escasa población de Bogotá. Hacia 1820 el área de la ciudad era 203 hectáreas dividido por 21.394 habitantes darían un promedio de 95 mts por habitante y a finales de siglo, suponiendo que el área no se ensanchara, dividiendo por 100.000 habitantes daría un promedio de 20.3 mts por habitante (Mejía: 1985 citado por Peralta: 1995 pp 32-33) Bajo una misma topografía colonial, la vieja ciudad santafereña mantuvo sus límites casi intactos, con san Diego al norte, san Cristóbal al sur y San Victorino al occidente, mientras permanecía replegada en el pie de los cerros orientales. Así, el espacio urbano, seguía conservando su estructura inicial heredada de la colonia, donde su área no sobrepasó los límites de la calle 26 hasta la calle 1 y desde la actual carrera 2 hasta la carrera 14.

En realidad, el área de la ciudad sobrepasaba al número de sus habitantes, lo cual generaba, la idea de poca expansión de los límites propuestos.

El área poblada de la ciudad comprendía el terreno que se extiende entre las actuales calles 3ª y 24, de sur a norte y de la carrera 2ª la 13, de oriente a occidente. A lo largo de todo el siglo XIX, esta área urbana casi no creció a pesar que la población se quintuplico entre comienzos y finales del siglo como resultado de una utilización más intensiva del espacio urbano gracias a un paulatino achicamiento de nuevas casas construidas y, sobretudo, a la subdivisión de las ya existentes (Fundación Misión Bogotá, 1988).

Un espacio social y urbano estrecho no podía ofrecer muchos lugares de diversión para la activar la vida urbana. Mucho más cercanos a lograr ganancias de posición, la elite bogotana intentó objetivar sus capitales culturales en la introducción de prácticas culturales relacionadas con la asistencia exclusiva a lugares exclusivos. De acuerdo con Llano (2012) la estrategia utilizada por la élite bogotana consistió en tratar de dotar a la ciudad de espacios donde simultáneamente podían servir como sitio de encuentro; una muestra de lo anterior, se refleja en la necesidad de abrir nuevos teatros, espacios propicios para dar a conocer los

nuevos estilos de vida, que buscaban imponerse en la ciudad. Al respecto, Pedro María Ibáñez, comenta como el inicio de las obras del teatro municipal a cargo del arquitecto Mariano Santamaría o la expropiación del teatro Maldonado –posteriormente Teatro nacional-, respondían según Ibáñez (1989) a las “*crecientes exigencias sociales de la capital*”, que bien se pueden señalar como las intenciones de la nueva élite de imponer su visión de ciudad sobre los demás grupos sociales.

En estas exigencias sociales de la capital, los cafés aparecían relacionados con cafés restaurantes, que empezaban a ser frecuentados por la elite bogotana. En 1893, de acuerdo con la información del almanaque de Bogotá, las mejores posibilidades eran: Café del teatro, Florián, Madrid, Café Restaurante Roma y los restaurantes Chantilli y Petit Fornas (Martinez, 1990 citada por Peralta 1995, p35)

Tabla 1. Sitios públicos que permitían diversión (1867-1900). (Mejía, 1985)

	1867	1888	1893
Plazas.	6	7	
Plazuelas.	9	8	
Iglesias.	31	30	
Fuentes públicas.	22	17	
Parques.	0	1	1
Teatros.	1	2	2
Clubes.	1	2	2
Restaurantes.(cafés- Restaurantes)	1	7	13
Confitería- Reposterías	1	1	7
Hoteles y Fondas	5	21	18
Chicherías.			209
Periódicos –Revistas	15	30	?
Fotografías.	3	4	7
Casas de educación física.*	?	?	1
Baños**	?	2	13

Pasajes(centros comerciales)	1	?	6
Librerías. ***	?	7	13
Circo de Toros.			1
Billares.	?	3	20
Bibliotecas.	1	3	3
Galleras.	1	1	1

* Gimnasios

** Las casas de baño eran a la vez peluquerías. Una de ellas como la Casa de baños Guarahani” tenía salón de billares.

***algunas de ellas tenían sala de lectura y se alquilaban libros.

Ante la escasés de espacios públicos, la prevalencia de la ciudad parroquial

Para comprender las escasas posibilidades de diversión en el espacio físico de la ciudad, solo falta recrear aquella ciudad colonial de arquitectura blanca y de casas vetustas, para entrar a comprender el escaso crecimiento urbano y la eficiencia de ese simbolismo espacial que represento esa ciudad parroquial. Con casas desplegadas horizontalmente en el espacio urbano, se hacía evidente la presencia del edificio religioso bajo su majestuosidad. De expresión paleocristiana, con atrios doctrineros y en su mayoría naves únicas, los edificios coloniales tuvieron en un comienzo la intención y ocupación del territorio conquistado con el fin de ampliar la catequesis⁶¹. Bajo estas circunstancias, las capillas se convirtieron en los lugares para perpetuar la imagen y la vida ejemplar de los santos. Así, los discursos sobre lo sagrado y las imágenes expuestas se asociaron para crear sentido⁶². Esta significación entre

⁶¹ Esta función espacial y simbólica de las ermitas y las iglesias coloniales además de buscar la conversión al catolicismo fueron sin duda un referente espacial que afectó la forma de percibir la realidad y la imaginaria local. Según Pégolis y Villar (2015) en el imaginario de la época, los edificios hacían parte de la aceptación de la institución como portadora de la verdad, confianza y seguridad; las capillas doctrineras como espacios cubiertos estaban abiertos para la catequización, pero no tenían una clara definición de un recorrido para unificar el interior de la vida religiosa y contemplativa con la vida exterior y secular, características posteriores de la arquitectura republicana.

⁶² Bajo la sustitución del paganismo indígena por el cristianismo, las capillas doctrineras resultaron un mecanismo eficiente para la propagación de la fe católica. Sin embargo, en el discurso, aquellas representaciones asociadas a lo indígena estuvieron estigmatizadas y asociadas con el valor nefasto de lo demoníaco. La asociación del demonio con los dioses indígenas persistió toda la colonia, pues aun en el siglo XVIII los escritores sostenían que Satanás se disfrazaba en ellos (Borja, 1998, p.196). Esto supuso, la consolidación de una política de la imagen donde confluyeran la palabra y la imagen. En los debates entre iconóduos e iconoclastas, la contrarreforma apostó en los contextos latinoamericanos por el sincretismo y la eficiencia de la imagen para esconder las diferencias culturales entre los ritos religiosos indígenas y católicos. A propósito de lo anterior, Gruzinsky (1990) desde el contexto mexicano se refiere al papel del teólogo

logos e icono permitió un mayor control de las imágenes y las representaciones por parte de la institución eclesiástica.⁶³

Más allá, de este dominio simbólico e histórico en el imaginario, la fuerza simbólica de la iglesia en el espacio social y urbano bogotano estuvo arraigada en el dominio espacial. La construcción de las iglesias en la antigua Santafé, tenía un orden estratégico que se configuró en una forma de protección a la ciudad. Las iglesias que existían en Bogotá a finales del siglo XIX, y que venían desde los primeros tiempos de la colonia, eran: la iglesia de San Ignacio, Santo Domingo, San Francisco, Nuestra Señora de la Concepción, nuestra Señora del Carmen, San Juan de Dios, San Agustín, Nuestra Señora de Las Nieves, Santa Bárbara, La Candelaria, La Capuchina, las Aguas, Santa Clara, Santa Inés, La Tercera, Voto Nacional Parroquia del Sagrado corazón de Jesús), San Diego, La Enseñanza ó Santa Gertrudis, Capilla de Nuestra Señora del Rosario, Capilla del Sagrario, La Iglesia-Panteón de la Veracruz, Belén, Egipto, Capilla de Monserrate, Capilla de Guadalupe (era republicana), Capilla de nuestra Señora de La Peña, Las Cruces (republicana), Capilla de los Ejercicios (republicana de Fin de Siglo), Capilla del Cementerio (republicana), capilla protestantes y San Victorino (Historia de Bogotá, tomo 1, p. 201) ⁶⁴.

tradicionalista, el dominico Alfonso de Montúfar en la reconversión de la aparición de la imagen de Guadalupe a la tradición católica.

⁶³ En un escenario como la Nueva Granada, la profusión de imágenes no se presentó como un espectáculo público administrado únicamente por el Estado. Esta tarea de elaboración de los enunciados pictóricos estuvo a cargo de la iglesia y los talleres de pintura Neogranadino del siglo XVII bajo un sistema de transmisión familiar y gremial en el que participaron Los Figueroa, los hermanos acero de la cruz, Gregorio Vásquez, Juan Francisco Ochoa y los hermanos Heredia (Borja, 2003, p168) Según el historiador Jaime Humberto Borja para la época se encontraban alrededor de 1.100 pinturas, donde se presentó un predominio de la representación de los santos con un total de 443 pinturas, seguido de las representaciones de la virgen con un total de 228 pinturas

⁶⁴ La Bogotá de principios del siglo XVII, fue una ciudad religiosa por excelencia. Los cambios urbanos en la ciudad solo se sintieron con fuerza luego de la modernización de la ciudad hacia 1950 con el antecedente inmediato de la tragedia del 9 de abril de 1948, sin embargo, durante todo el siglo XIX afirmaciones y narraciones de los visitantes extranjeros, exponían su asombro al ver la cantidad de templos en la ciudad. Tal fue el caso de los franceses Boussingault y Roulin, quienes llegaron a Bogotá cuando esta comprendía lo que hoy llamamos el Centro Tradicional.

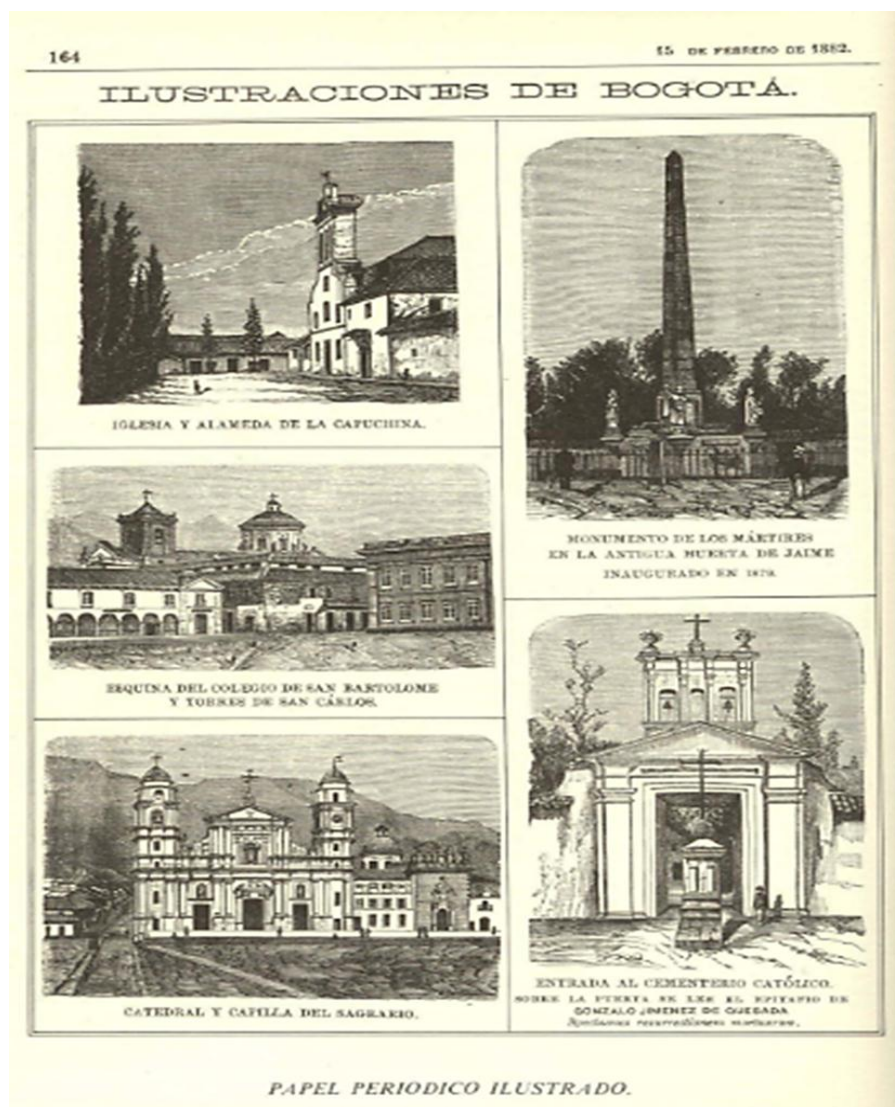


Ilustración 16. *Papel Periódico Ilustrado* 15 de febrero de 1882.

Esta profusión de iglesias representó un simbolismo espacial contundente con monumentales construcciones que se elevaban por las casas de un piso. En el paisaje urbano de finales de siglo todavía se hacía evidente todo un inventario de casas construidas con muros gruesos en adobe y grandes tejados diseñados con teja de barro. Este tipo de arquitectura que tuvo como escenario, las pilas y acueductos presentes en las plazas, tuvo como eje central las iglesias⁶⁵. Con un espacio social y urbano de aspecto monacal se

⁶⁵ En efecto, durante la colonia, la ciudad se proveía de los ríos Fucha, San Francisco, San Agustín y Arzobispo, de los que se derivaron pilas y acueductos que abastecían las casas aledañas a las plazas coloniales de Bogotá. Las pilas más importantes estaban en la Plaza Mayor, en Las Nieves y en San Victorino, a su vez había unos primitivos acueductos como el de Aguavieja y Aguanueva que cubrían el sector central. Aunado al lento cambio en lo referente al espacio urbano, las obras de adecuación urbana como los acueductos también eran escasos. En la época de la república hubo grandes carencias en el abastecimiento de aguas en la ciudad. Durante todo el

denotaba en el cielo claro oscuro de una ciudad lluviosa, las siluetas de los edificios coloniales; en este panorama urbano era poco probable la existencia de barrios. Aunque este espacio urbano estaba reglado y trazado bajo un sistema geométrico, ortogonal y abierto como el damero español (ciudad ajedrezada) la morfología y la trama urbana a finales del siglo mantenía el prototipo de la ciudad colonial bajo el sistema de parroquias. Esta forma espacial de predominio eclesial en el pequeño espacio urbano lo expresa Mejía Pavony de la siguiente manera:

Durante todo el siglo XIX, los bogotanos no cambiaron su forma de referirse al sector en que vivían como Parroquia. (...) De hecho, el concepto de Parroquia estaba tan arraigado, que las diferentes divisiones de la ciudad, en el orden administrativo, como las electorales y las de policía, salvo cortas excepciones, coincidieron o tomaron como principio de organización las zonas eclesiásticas hasta las décadas finales del siglo XIX. Así mismo, la Parroquia, fue la célula de división territorial del país hasta 1886, año a partir del cual, los distritos parroquiales comenzaron a ser conocidos como municipios (...) “Bogotá quedó así dividida en cuatro sectores desde mediados de los años 1830 hasta la década de 1880. La Catedral, Las Nieves, Santa Bárbara y San Victorino, fueron entonces parroquias para la iglesia y barrios para los gobernantes de la ciudad. De igual manera, en la medida en que los arrabales se iban consolidando y quedaban plenamente incorporados al casco urbano, adquirirían la denominación de parroquia y barrio (Mejía, 2009. p 304.)

Con algunas excepciones como la reforma de la plaza mayor y el inicio en la construcción del capitolio Nacional a finales de la primera mitad del siglo XIX, la arquitectura bogotana era predominantemente de tipo religioso. Con calles estrechas, las comentadas casas de un solo piso y los escasos de escenarios públicos como plazas y parques, el espacio urbano bogotano careció de una vida pública animada por eventos civiles y seculares. En este sentido, el café como signo de una nueva época se refundió en la dinámica

siglo XIX el hábitat urbano bogotano, careció de mecanismos suficientes de provisión de agua que logran un completo abastecimiento para los ciudadanos de la urbe, estas adecuaciones, como por ejemplo los acueductos eran escasos, frenando de esta forma el suministro de tan necesario recurso en la vida cotidiana, además de esto, su construcción generalmente era lenta debido en gran medida a la falta de recursos necesarios para tal empresa. Las obras del acueducto y pila de San Victorino se continuaron en los comienzos del siglo XIX. Esta vez sí se culminarían las labores (...) la petición inicial de este acueducto se hizo en 1680, en 1792 se continuó la obra, y en 1801 se obtuvieron los dineros que permitirían concluirlo en 1803 (Rodríguez, 2003, p 121).

religiosa que se sostenía con los rituales sagrados, las fiestas religiosas y la inauguración de iglesias.

Según Chavarro y Llano (2010) en los momentos en que el espacio social y urbano bogotano experimentaba algún aumento de población se inauguraban iglesias. Antes de tener un interés claro por la expansión de la ciudad, las autoridades se encaminaban a inaugurar mayor número de Iglesias, porque, se consideraba que el número de feligreses era demasiado para una sola parroquia. En este espacio social y urbano bogotano los eventos públicos de carácter religioso eran los que mayormente legitimaban la vida social y cultural. Estos eventos se encontraban en capacidad de congregar a las diferentes clases en un mismo espacio físico y, por tanto, fue un espacio propicio para demostrar la distancia social que existía en la ciudad. Rosa Carnegie Williams, de origen inglés, quien acompañaba a su marido en un viaje de negocios describe de la siguiente manera la forma como se experimentaban en la cotidianidad la religiosidad, en el marco de la Semana Santa:

Algunas coronas que cargaba la gente eran verdaderamente hermosas. Resulta divertido ver a las damas con su sirviente que extienden pequeños tapetes bordados sobre los cuales aquellas se arrodillaban para repetir las oraciones mientras observaban el movimiento de la incansable muchedumbre de palmas cruces y ramos, llevados por hombres y muchachos con las ruanas más sucias (Carnegie Williams:1990, p107)

Un cambio significativo en la organización del espacio social y urbano bogotano fue la aparición de formas de regulación de la vida urbana y un papel mucho más protagónico de los barrios en la organización urbana. Este cambio en la legislación y en ordenamiento espacial de la ciudad, permitía pensar en la consolidación de una nueva identidad bajo nuevas representaciones y prácticas asociadas a la territorialidad de esa unidad básica denominada barrio, sin embargo, a pesar de la legislación, las prácticas y las formas de percepción del territorio siguieron ancladas a las connotaciones de la ciudad parroquial.

A finales del siglo XIX, ya se avizoraba un cambio en la forma de organización espacial que fue complementada con los distritos de policía. Bajo el gobierno de Carlos Holguín se fundó la policía Nacional como institución. En repetidas ocasiones, el periodo

entre 1890 y 1891 se ha considerado como el momento fundacional de la institución. Sin embargo, no se debe olvidar que para entonces ya habían existido alguaciles y cuerpos de serenos, dependiendo de los cabildos durante la colonia y del poder municipal en el siglo XIX (Hering Torres, 2017, p38) Con la institucionalización de la policía, a finales del siglo se logró afianzar un proyecto burgués bajo el cuidado y vigilancia de espacios, otro mecanismo fundamental fue el discurso de la higiene y la moral.

Durante todo el siglo XIX, los bogotanos no cambiaron su forma de referirse al sector como parroquia. Esto porque la palabra barrio no guardaba ninguna relación con los usos y prácticas cotidianas de los habitantes (...) la parroquia fue la cédula de la división territorial del país hasta 1886, año a partir del cual los distritos parroquiales comenzaron a ser conocidos como municipios (...) a partir de la década de 1880 existieron más barrios que parroquias en Bogotá, por lo que las divisiones de policía ya no quedaron comprendidas dentro de los anteriores límites parroquiales (Mejía, 1999, p304)

Finalmente, en la última década del siglo XIX, el espacio urbano bogotano se dividía en nueve barrios: La Catedral, Las Nieves, Santa Bárbara, San Victorino, Las Aguas, Egipto, San Diego, Las Cruces, y Chapinero. Además, la policía fraccionó la ciudad en seis circunscripciones organizadas y comandadas desde la central, ubicada en lo que había sido el hotel Universo en la actual calle 10 con carrera 11 (Hering Torres, 2017, p49). Con estas divisiones urbanas, también aparecieron sobre el escenario urbano unos cambios progresivos en el urbanismo y la arquitectura caracterizados por fenómenos como la presión demográfica en una pequeña ciudad hacinada, la apertura del servicio del tranvía de sangre hacia chapinero y la transformación del caserío de chapinero con la aparición de las casas quintas y con ellas los nuevos sentidos arquitectónicos eclécticos que pasaban del republicanismo al clasicismo criollo (Serna, 2012, p261)

Valga decir, que este tipo de arquitectura poco a poco transitaba del pequeño edificio paleocristiano, con atrios doctrineros y en su mayoría naves únicas, a una arquitectura republicana con unas plantas basilicales más definidas. En efecto, muy al estilo de los antiguos mercados romanos aparecen en las iglesias la estructura de tres naves que van a expresar una direccionalidad entre la entrada y el altar para definir mucho más el recorrido

entre el mundo exterior y terrenal y el mundo celestial. De acuerdo con Pégolis y Villar (2015) lo importante de esta transformación radicó en la fascinación de los bogotanos por la monumentalidad del espacio para el culto y la imponencia de los estilos arquitectónicos importados. En este sentido, el edificio religioso no escapó a ese deseo de modernidad que acompañó el nacimiento de la arquitectura republicana, también llamada arquitectura ecléptica porque poseía rasgos de diferentes estilos y procedencias⁶⁶.

Una modernidad en ladrillos: Proyecciones urbanas y la estructuración de una sociedad jerarquizada

Frente a un espacio social y urbano con pocas posibilidades de crecimiento, la elite bogotana más que fortalecer la sociabilidad pública y los encuentros ciudadanos para promover nuevos espacios para la diversión, la conversación y la vida pública, se centró en fortalecer la diferenciación social en lugares privados y en la cercanía espacial. En este orden de ideas prospero más la idea del club que la del café. Estos sentidos sociales y culturales que procedían de la experiencia de visitar ciudades como París y Londres abrieron las posibilidades de una experiencia moderna al estilo de estas ciudades que se posicionaban como referentes sociales y culturales para la época⁶⁷. Este deseo de modernidad expresado como un deseo de sentirse partícipes de un mundo conocido por referencias y por las imágenes de bogotanos que viajaron a París y Londres, permitieron a las clases altas introducir con mayor facilidad estos nuevos sentidos de la existencia, donde predominó la idea de la diferenciación y el distanciamiento social.

Una de las formas de afianzar estas diferencias se encontraba en las posibilidades de transformación del espacio público. Con unas resistencias espaciales y culturales

⁶⁶ Un caso realmente representativo, lo constituyó los *revivals* del neogoticismo introducidos a finales del siglo XIX con la construcción de la iglesia de Nuestra Señora de Lourdes en Chapinero bajo las referencias arquitectónicas del parlamento inglés y algunas iglesias de Europa (Pégolis y Villar 2015)

⁶⁷ La modernidad como experiencia del tiempo y del espacio bajo la estructuración del modernismo y la modernización proyectó imágenes intensas, extravagantes abismos, terremotos, ruptura con la tradición, en fin, un sin número de contradicciones que se convirtieron en una nueva forma de vida, una nueva identidad que concreto en la vida urbana. Marshall Berman (1991) lo ilustra a través de la novela romántica de Rousseau "la nueva Eloísa" Saint Preux capta esta nueva experiencia moderna en la agitación de la ciudad, en la destrucción de las barreras morales y los vínculos personales, en la expansión y desarreglos de la personalidad, en últimas, capta la atmosfera de la sensibilidad moderna(p4)

provenientes de las afirmaciones de un modelo urbano como el colonial, esta tarea de transformación urbana se vio disminuida y contenida. Para el caso de los cafés como innovación cultural, estas apuestas ni siquiera se presentaron como una posibilidad para romper con el orden familiar y rutinario de la vida colonial. Así, el trazado urbano en la forma de damero español, mantenía las calles estrechas con una posibilidad casi nula de circulación urbana. Sumado al lento el desarrollo urbano y a la inclinación de la elite bogotana por la afirmación del club antes que el café, estas innovaciones modernas como los cafés tuvieron que esperar hasta la primera década del siglo XX para concretarse con claridad.

Para finales del siglo XIX, como ya se ha mencionado, los cafés que aparecieron no tuvieron una función social definida, en la medida en que se confundieron con restaurantes, tiendas y tabernas. Ahora bien, esta ambigüedad en su naturaleza no solo amplió lo que podría considerarse como cafés en esta época de transición urbana, sino que además hizo mucho más difícil el reconocimiento de unas prácticas asociadas a la vida de café.

Para ubicar estas contradicciones en la trama urbana y lograr evidenciar esta ambigüedad de los primeros cafés en el espacio social y urbano bogotano, se hizo necesario poner de manifiesto el tímido intento de las elites por intervenir el espacio urbano para transformarlo y lograr pasar de la idea de un paisaje casi natural a un paisaje urbano⁶⁸. Lo anterior se puede comprender mucho más fácilmente desde los intentos que realizó la elite bogotana por desmontar las estructuraciones espaciales y sociales del modelo colonial.

⁶⁸ Durante gran parte del siglo XIX, la vida urbana había estado atada a los ciclos naturales donde los ríos demarcaban el orden de la vida social. La fundación de la ciudad se había hecho aplicando criterios que establecían cuales deberían ser las condiciones naturales. Por ejemplo, el declive del terreno sirvió para tener una visión del entorno que permita el control, al brindar amplias visuales. Las corrientes de agua se constituyeron en límites naturales y murallas defensivas. Las aguas próximas se aprovecharon para el uso doméstico y los árboles y las tierras fértiles fueron requeridas para el abastecimiento de la población (...) “Según las instrucciones reales, se traza la ciudad orientando sus calles paralelas a las corrientes de los ríos San Francisco y San Agustín. Desde los cerros bajan aguas abundantes en épocas de lluvia, y así, la mayor pendiente sigue la dirección de las calles. A escasas tres décadas de su fundación en 1572, Juan López de Velasco dice: «hay agua de pie por toda la ciudad, que se saca de los ríos que pasan por cerca de ella...». A su vez, las carreras llevan el escurrimiento pluvial hacia uno de los dos ríos, conformando algo similar a las dos vertientes de un tejado. El río San Francisco es el mayor y más caudaloso de la ciudad y el que, según los cronistas, provee las aguas más «dulces» y «puras». Aguas que bajan con fuerza hacia la ciudad, y abastecerán a Bogotá hasta los años finales del siglo XIX” (Carreira, 2007).

Vale la pena aclarar que, ante esta escasa posibilidad de reconocimiento de un espacio público se promovió en la vida urbana unos ritmos lentos y pausados en relación con el ocio y el tiempo libre. Otra de las razones asociadas a la dificultad de quebrar el modelo colonial se vinculó con un lento desarrollo del espacio urbano que además trajo consigo, un aspecto llamativo como, lo fue una urbe de edificación de poca altura. Bajo una corriente migratoria hacia la ciudad, se dinamizó la actividad constructora en las últimas décadas del siglo XIX, en esto fue clave, la medida de desamortización de bienes de la iglesia y las modificaciones a las viejas casonas coloniales.

A pesar de estas dificultades, la elite bogotana insistió en realizar algunas proyecciones sobre la ciudad por medio de la inauguración de instituciones encargadas del embellecimiento de la ciudad. De acuerdo con Serna (2001)

las proyecciones de las clases altas se empezaron a dirigir al espacio físico de la ciudad. Con este referente, es natural que aparezca en el año 1898 la sociedad de mejoras y ornato, sin embargo, para conseguir esta tarea las sociedades se encontraban secundadas por las políticas oficiales. En el momento esta intención se ve plasmada en las nuevas disposiciones que para el espacio urbano comienzan a adoptarse, tratando de hacer de la ciudad un espacio que respondiera a los criterios de orden, lo cual lo va a conseguir regulando los usos que sobre ellos se tenía (pp8-11).

En este orden de ideas, la arquitectura se convirtió en uno de los referentes simbólicos necesarios para hacer visibles en el espacio social y urbano esas prácticas y sentidos. En efecto, los sentidos de la modernidad asociados mucho más a innovaciones arquitectónicas que a sentidos artísticos, permitió en el espacio social y urbano la introducción de algunas innovaciones que intentaron quebrar con el aguerrido modelo espacial colonial. Bajo este panorama, la elite bogotana intentó reforzar la fisionomía urbana con espacios como los teatros y el resguardo de los patrimonios asociados a una idea hispanizante. La conversión de las plazas en parques fue sin duda uno de los signos más visibles en la ciudad. Aquí fueron importantes los monumentos patrióticos como estrategia para prolongar en el espacio urbano esa tendencia hispanizante que los vinculaba aun con España. Como una de las contradicciones y tensiones más visibles fue sin duda que a pesar de las motivaciones y los

intereses de la elite por modernizar el espacio urbano, también aumentó el número de parroquias como ya se ha mencionado en el apartado anterior.

Otro ejemplo de esta intención de transformar la fisonomía colonial, pero sobre todo de dinamizar la actividad moderna, se vio presente con las Galerías Arrubla, con la presencia de cafés

Las Galería Arrubla, nombre con el que se conoció popularmente a gran edificación que fue construida por Juan Manuel Arrubla en el costado accidental de la plaza principal, fueron inauguradas en 1846. La obra fue realizada en parte con fondos del municipio, con el objeto de colocar en ellas en el sitio tradicional que había ocupado de la plaza). Las oficinas de gobierno y administración del Municipio. Las Galerías fueron, sin duda, una construcción que sobresalía dentro del conjunto arquitectónico de la ciudad por sus tres plantas, sus 103 metros de frente, y la “nitidez modular de la estructura portante que le asigna unidad, y la utilidad de la galería como acceso cubierto a restaurantes, **cafés** y almacenes de lujo muy frecuentados por la alta sociedad bogotana (Mejía, 2009 p215)⁶⁹

Ya para finales del siglo XIX, la estructura urbana sostenida sobre la base del damero español, empezaba a presentar un tímido intento de transformación con la introducción de algunas innovaciones como el tranvía de tracción animal, el tranvía eléctrico y los servicios públicos. Estas iniciativas hicieron parte de la intención de involucrar elementos de arquitectura francesa en oposición a la arquitectura colonial. La ciudad afrancesada surgió donde los espacios públicos pudieron ser ampliados y redecorados con estatuas terrazas y otros elementos neoclásicos. Los liberales convirtieron la plaza de mercado en la plaza de Bolívar contraponiendo lo moderno a lo tradicional, los hermanos Arrubla reformaron la

⁶⁹ La negrita es mía. De acuerdo con García (2011) las galerías Arrubla fue el primer edificio construido para una plaza de mercado, no solo en Bogotá sino en el país, fue obra del constructor Juan Manuel Arrubla. Este edificio cubierto, llamado Plaza de Mercado de La Concepción, se inauguró en enero de 1864. Aunque los diseños iniciales le fueron presentados al Cabildo Municipal en 1848, siguiendo de cerca las pautas de su última obra —las galerías Arrubla—, su construcción solo fue posible dieciséis años después, gracias, en parte, al respaldo del presidente y general Tomás Cipriano de Mosquera, quien aprobó los fondos para ello. La plaza se construyó en un lote de propiedad del mismo Arrubla, adquirido años antes a la Comunidad de monjas de La Concepción. Este lote, seleccionado por el Cabildo Municipal para la construcción de la plaza, dejó de repente de ser un huerto privado para convertirse en la despensa pública de la ciudad, situada a dos cuadras de la Plaza de Bolívar, en lo que se conoce hoy como el sector de San Victorino.

plaza de armas que era utilizada como plaza de mercado y construyeron las galerías Arrubla primer edificio percibido como moderno (Rawitscher, 2000). Vale la pena anotar que, a pesar de los cambios arquitectónicos realizados, se seguía manteniendo el principio urbanístico llamado tablero de ajedrez caracterizado por calles rectas y perpendiculares. Aquí aparece el servicio de teléfono, que fue establecido en 1881 con la línea que unió el Palacio Nacional, con la oficina de Correos y Telégrafos.

Otro de los cambios importantes en esta lenta transformación del espacio urbano, fue la introducción del ladrillo, el cemento, los baldosines mosaicos, el vidrio y una mayor utilización del papel de colgadura, lo que permitió dar mayor fuerza a una arquitectura republicana como símbolo del progreso. De acuerdo con Rawitscher (2000) a partir del periodo republicano estas innovaciones en la arquitectura le permitieron a la elite bogotana incorporarse de a poco a los circuitos de la modernidad. Por ejemplo, con la posibilidad de adquirir bienes materiales, se incorporó una arquitectura neoclásica dentro del contexto de la arquitectura colonial.

Aunque el espacio urbano no estuvo ajeno a la llegada de tecnologías de la construcción como el ladrillo, la introducción de estas innovaciones por parte de la elite bogotana no se proyectó a la construcción de escenarios de sociabilidad como los cafés, sino que más bien reforzaron las formas distintas y distinguidas en las viviendas⁷⁰. Con la introducción del ladrillo se estimuló la utilización del cemento como material indicado para pegar los ladrillos. De acuerdo con Delgadillo las empresas representativas antes de la inauguración de cementos Samper en 1909, fueron cementos Pórtland y Romano. Otro de los materiales introducidos a finales del siglo XIX, fue el vidrio plano, relacionado inicialmente con el lujo y la ostentación de las clases acomodadas para exhibirlo en sus casas, poco a poco se fue difundiendo su uso en los envases de vidrio.

⁷⁰ De acuerdo con Delgadillo (2008) a finales del siglo XIX se propagó el uso del ladrillo, que desplazó gradualmente a los bloques de adobe. Su fabricación y su posterior comercialización se realizó principalmente en los cerros orientales que eran ricos en arcilla de alta calidad (...) las fabricas industrializadas de los mismos materiales darían lugar en el siglo XIX a barrios como las Cruces, Lourdes, Belén y San Cristóbal. Entre las industrias ladrilleras se destacaron la fábrica de José María Calvo Ortega y la de Mc Dowell, así como el horno de el Rosario, ubicado en los altos de San Diego, y la ladrillera de Jesús Gómez en Chapinero(p34)

En el año de 1885, Silvestre Samper y Simeón Martín fundaron la Fábrica de Vidrio que, en 1897, produjo el primer vidrio plano en la ciudad; también surgieron otras empresas como *la Catalana* que promovió, la producción de vidrios planos y huecos y la fábrica de vidrios Fenicia establecida en 1885 por Leo Siegfrieg Koop para la fabricación de envases de cerveza de la fábrica Bavaria del mismo dueño. Esta última fábrica de vidrio, con el tiempo incursionó en la fabricación de otros productos como lámparas, jarras de agua, objetos en vidrio soplado, frascos entre otros en el año de 1900 ya comenzaba a distribuir la producción de vidrio plano en su agencia principal localizada en el barrio la Veracruz (Delgadillo, 2008, p40)

Ahora bien, este deseo de sentirse partícipes de un mundo conocido por imágenes y por referencias fue contrastado por la precariedad de los espacios públicos en el espacio urbano. Con un espacio público precario, por lo general reducido a la dinámica de la plaza pública, eran más bien pocos los espacios para mostrarse en público. Con un espacio urbano de lento crecimiento donde escaseaban los lugares públicos, tendió a crecer una confusión entre lo público y lo privado. De acuerdo con Serna (2001), el espacio social urbano bogotano mantuvo un equilibrio entre lo público y lo privado hasta finales del siglo XIX. Una de las razones que este autor arguye frente a este equilibrio fue precisamente que mientras la población aumentaba, el crecimiento de la ciudad se mantenía casi estático. Esto obligó a una densificación del espacio urbano y una proximidad en las clases sociales. Sin una clara delimitación entre estos dos referentes de la vida urbana, los primeros cafés, se instalaron dentro de la ambigüedad que seguía reclamando las prácticas de sociabilidad heredadas del universo aristocrático del siglo XVIII, que consistía, como ya se ha mencionado, en una mayor actividad cultural al interior de las viviendas y las escasas posibilidades

Al introducir algunas innovaciones en el espacio social y urbano bogotano, la elite bogotana empezó a expandir su lugar de vivienda hacia lo que posteriormente se conocería como Chapinero. En estos nuevos espacios alejados del pequeño perímetro urbano se buscó además del distanciamiento social y la valorización de otros espacios para habitar, imponer nuevos hábitos donde se pretendía afincar un estilo de vida en la ciudad como elemento deseable y legítimo. Con esta estrategia para entrar en la modernidad las elites conservaban

el dominio sobre el espacio material ya que sus mansiones eran difíciles de copiar gracias a su majestuosidad y a los materiales en que estaban construidas (Rawitscher, 2000)

En lo que concordaban las facciones de la elite dominante de la época fue en el paradigma civilizatorio no tanto asociado a los desarrollos materiales, sino a las buenas costumbres y hábitos sin tacha. Lo que, sí era claro para esta época, era el afán de modernización, no solo económica sino cultural, en donde la élite aristocrática, instrumentalizó la cultura para dirigir el rumbo de la sociedad hacia lo que la élite consideraba civilización, y dejar atrás lo que entendían por barbarie: hablar y vestirse mal y tener un comportamiento ajeno a las reglas dictadas por los manuales de urbanidad (Zambrano, 2003, p119).

Estos modos entusiastas de representación sobre lo moderno que incluía la transformación de la ciudad desde sus espacios físicos para dotar a Bogotá de un mobiliario urbano en su apertura pública y cuya proyección ideal buscaba la inclusión y la aceptación de formas de contravención cultural como la bohemia, las revistas literarias, los cafés y los *cabarets*; chocaron con otras formas de representación de lo moderno caracterizado por el apego a las formas clásicas y tradicionales representadas en la idea de Bogotá como la Atenas de América del sur.

Estas referencias más que dilatar la discusión sobre la aparición de unos espacios de encuentro como los cafés, brindan una comprensión sobre las dinámicas espaciales y culturales que acompañaron su aparición. Ahora bien, con un ritmo urbano lento y un desarrollo precario era de esperarse la falta de espacios para la sociabilidad pública, es más al escasear los lugares públicos se reforzó una identidad religiosa bajo el sentido y el significado que tuvo el edificio religioso y los itinerarios religiosos bajo las procesiones del corpus.

En esta dinámica más los reproches y las resistencias al cambio, que el propósito de incorporar lugares, escenarios y prácticas modernizantes, como, por ejemplo, la propagación de espacios para la modernidad, como los cafés. Lo que ocurrió en cambio fue que estas

resistencias culturales se mostraron superpuestas, entremezcladas y muchas veces invisibilizadas, dentro de los mismos procesos modernizantes que se proponían. Así estas resistencias culturales, que asumió la forma de un capital simbólico, se mantuvieron en el debate económico y cultural restándole fuerza simbólica a estas influencias extranjeras desde el poder afincado de los valores morales.

Así, esta iniciativa liberal se estrelló con una férrea resistencia por parte de la iglesia

El enfrentamiento Iglesia-Estado, la abolición del impuesto conocido como "diezmo" y del sistema de crédito, así como la desamortización de las tierras eclesiásticas, son el resultado de un progresivo choque entre un gobierno laico que se propone cimentar las bases para un comercio próspero y consolidar las nuevas relaciones internacionales, pero que no puede hacerlo mientras la institución eclesiástica le siga disputando el control prácticamente de todos los aspectos de la vida civil y de muchos de la misma actividad estatal (Kalmanovitz, 1997, pp 94,95).

A pesar de estas iniciativas de transformación cultural, por parte de la elite bogotana, era evidente el arraigo de viejas formas de lucir el vestido y la moda en el espacio social y urbano bogotano. Mientras que por una parte se mostraba una aparente homogeneización cultural como lo expresó en su momento Le Moyne: “soy de los que ven, con profundo sentimiento, desaparecer poco a poco los diferentes tipos de traje de Bogotá, ante la importación de las modas francesas” (Le Moyne citado en Lara: op cit: 178), lo que en realidad permanecía en la cotidianidad era el tradicional vestido de diario, rezago de los tiempos coloniales que demoraría en desaparecer de las costumbres bogotanas. Aunque esta variación en el uso del vestido se relacionó con las prácticas de las mujeres al momento de recibir la visita de los hombres en sus casas para los días domingos y festivos, cabe decir que esta innovación no se constituyó en una práctica generalizada.



Ilustración 17. “La mantilla bogotana” de Coriolano Leudo Obando (Ca. 1917). Foto: ©Museo Nacional de Colombia / Juan Camilo Segura.

Ante esta situación, salieron a relucir recursos anclados a la sociedad colonial para lograr la diferenciación social, expresando en el espacio físico la raigambre de la casta: las disposiciones corporales y los atuendos, así como el interior de las residencias. Por un lado, las disposiciones corporales y los atuendos se convirtieron en signos de distinción por excelencia: recursos para preservar los añejos criterios raciales, reflejos inmediatos del linaje, manifestaciones de la capacidad adquisitiva, expresiones del decoro y evidencias de la moral (Serna: 2006, 70).

Sin embargo, tal como se muestra en el cuadro de Leudo, los gustos y los sentidos de la existencia se debatieron entre lo tradicional y lo novedoso, entre la incorporación de lo universal en la vida de la ciudad y el mantenimiento de las tradiciones. De esta forma, la estrategia cultural utilizada por las elites, consistió en resaltar unos estilos de vida como forma legítima de la existencia en la ciudad. Escenarios como el cine, el teatro y las exposiciones de pintura, se convierten en lugares propicios para mostrar el lujo y la

ostentación, como beneficios inexpugnables del avance de la civilización (Chavarro, C. & Llano, F. 2010).

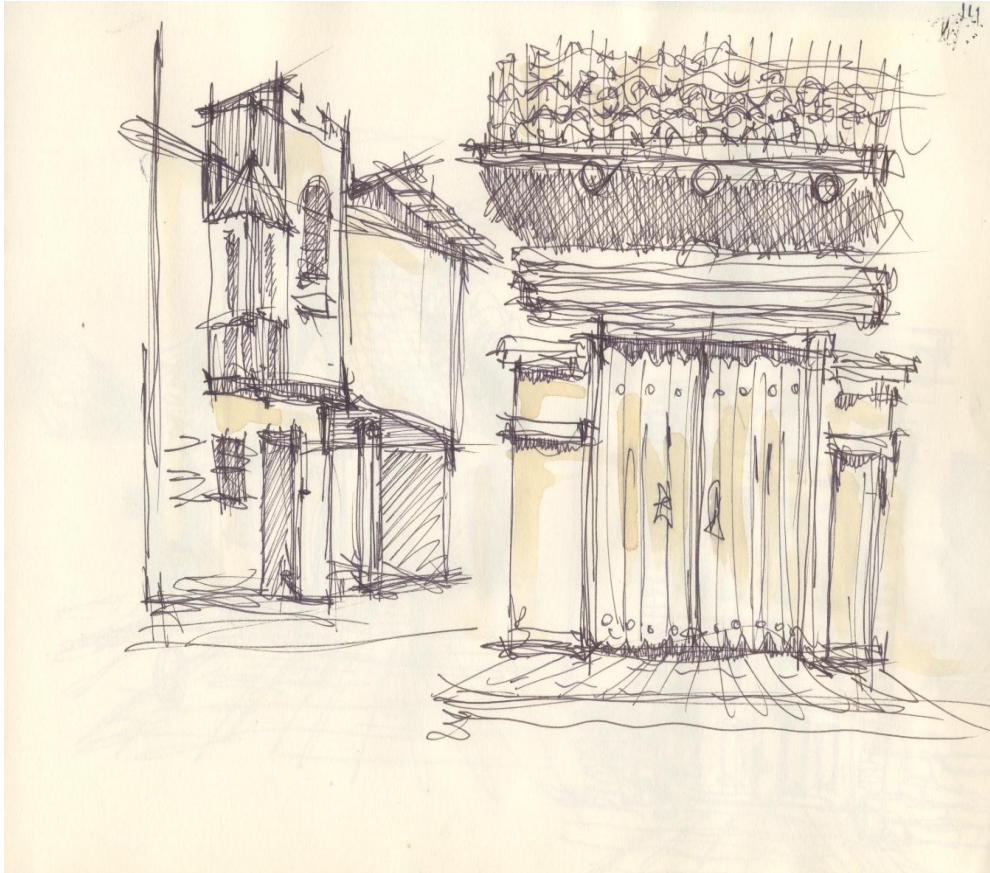


Ilustración 18. Ilustración realizada por el arquitecto Miguel Payán Aparicio

En este anudamiento para la consolidación de una identidad cultural, terminó por vincular la tradición, las formas clásicas en el uso del lenguaje y además conservar los nuevos sentidos de la existencia. Bajo tal contexto, la élite bogotana propugnó por encumbrar unas formas de ciudad y ciudadanía que tenía en medio el discurso civilizatorio y del progreso imitando, de alguna forma, a las metrópolis europeas y al mismo tiempo conservando unas formas clásicas de la cultura que muchas veces entraron en contradicción con los referentes identitarios provenientes sobre todo de Francia e Inglaterra. Como en el reconocimiento del hombre en un espejo, la élite bogotana buscó los referentes propios de su imagen, en la imagen de otros. No obstante, es necesario tener en cuenta que la ciudad adquiere sentido cuando es capaz de satisfacer el deseo de sus habitantes, un deseo de modernidad que supone

una historia y que además se satisface cuando se produce un acontecimiento (Pérgolis, 2000). Con una idea de ciudades civilizadas y unas historias sobre la estética, el gusto, y las buenas maneras afianzadas desde la literatura europea, la elite bogotana se acercó a un proyecto cultural que tenía en medio los trasuntos coloniales.

Las estructuraciones sociales que se hacían presentes en un espacio social y urbano sin mayores posibilidades de expansión, estaban caracterizados para el año de 1870 de la siguiente manera: en primer lugar permanecía una élite de corte patrimonialista pre moderna, que generalmente había heredado su fortuna relacionada en la mayoría de las ocasiones con la tenencia rentística de la tierra; estos grandes propietarios, junto con los funcionarios del Estado y la alta clerecía conformaban la clase alta, que para seguir vigentes en el universo social, reiteraban la ancestralidad de sus títulos y una reivindicación constante de su pasado español para reafirmar los lazos con el universo hispánico- colonial.

El bogotano distinguido suele ufanarse de su ascendencia castellana o por lo menos española. Por mezclada que esté, salvo raras excepciones, alcanza a hacer resaltar el tipo español, en su curiosa combinación de rasgos indo germanos y semitas. Estaturas altas y fisonomías perfiladas son frecuentes. (...) también la gente de la clase media se sentiría sensiblemente ofendida al no tenérsele por blanca, a pesar de correr por sus venas por lo menos tanta sangre india como europea (Hettner, 1882)

La reivindicación del fenotipo blanco y la defensa a ultranza de una conexión con España, se constituyó en un elemento característico de esta parte de la elite. Esta clase de los heredados entró paulatinamente en tensión con los nuevos comerciantes de la ciudad que había cultivado su riqueza ejerciendo las profesiones liberales bajo la defensa de una ética modernizante del trabajo. La diferencia substancial entre una fracción y otra correspondía elementalmente al tipo de capital que acumulaban. Mientras el elemento estructurador de la vida social, para esta fracción de la elite apegada a la riqueza se encontraba sencillamente en la acumulación de capitales económicos, la otra fracción como ya se ha visto con anterioridad reiteraba su poder simbólico en la fuerza de sus capitales culturales apegada a los títulos

nobiliarios, bajo la creencia del derroche y la suntuosidad como criterios legítimos de la vida santafereña⁷¹

En contraposición al suntuoso estilo de vida de las élites capitalinas, las condiciones de existencia para los grupos sociales medios y bajos se caracterizaron en gran medida por su precariedad. En un espacio urbano escasamente renovado se hacía evidente la proximidad de las clases, pero, sobre todo, las condiciones de hacinamiento. Así, un espacio urbano pequeño que, en efecto no se extendió sino densificó fue proclive al hacinamiento de su población en grandes casas que se subdividían y hacían las veces de los inquilinatos actuales. En 1891 había un promedio de 10 habitantes por casa (Peralta, 1995,33)

No es fortuito que la miseria se manifestara a través del hacinamiento, ya que una de las imposibilidades, por parte de la élite en la capital, de implantar certeramente sus estilos de vida como legítimos, se manifestó por no estar en condición de quebrar el modelo espacial prototipo de la ciudad santafereña. De este modo se fortaleció un espacio social fuertemente jerarquizado que impedía generar creencias sobre la base de un nuevo modelo social y urbano que trajo consigo la imposibilidad de ascender socialmente. Aunque el crecimiento demográfico, se mostraba de manera lenta: Desde 1881 sólo aumento en 15. 277 su número de habitantes hasta 1902, que es la fecha cuando alcanzó los cien mil habitantes, por consiguiente, la ciudad al mostrar un pequeñísimo margen de crecimiento, no se expandió físicamente.

Si se observa la densidad por manzana “para el periodo 1881-1906 la densidad absoluta bajó de 486 a 335 habitantes por manzana, y que se abrieron nuevos espacios en la ciudad, los cambios y el crecimiento físico significaron muy poco para los sectores sociales

⁷¹ Ahora bien, estas distinciones y tensiones pueden observarse con claridad en los censos de la época. Por ejemplo, en el censo de población de 1870 se encuentra una entrada de “literatos” en la clasificación por actividades económicas. Allí se enumeran 77 literatos hombres y 5 mujeres. (Arrubla: 1970 citado en: Gordillo: 2003) este cambio en los oficios, como por ejemplo el de escritor, ya se encuentra centralizado para la época en actividad económica. En este sentido, estos símbolos de la sociedad aristocrática santafereña, como “funcionarios y escritores” dejaban de ocupar una posición preponderante. En efecto, los capitales propiamente económicos, comenzaban a determinar la posición, del comerciante en la élite bogotana, desplazando tímidamente, el elemento racial, que se había constituido en una barrera para la movilidad social a lo largo del siglo XIX (Fischer: 1999).

más bajos” (Mejía: 2009 p33) En este sentido, las condiciones de hacinamiento en las que vivían las clases medias y bajas, las hacían proclives a las múltiples epidemias que de continuo se presentaban en la ciudad. En efecto, los lugares donde se ubicaban estas clases sociales, conocidas para la época con el apelativo de tiendas, se confirman las pésimas condiciones que les ofrecía la ciudad para resolver su existencia:

“Todavía una buena parte de la gente pobre vive amontonada en tiendas que principalmente son los bajos delanteros de las casas altas, focos de inmundicias una vez que se las dejó subsistir después de suprimir los arroyos de las calles convertidos en sui-generis alcantarillas. (Vergara Y Velasco: 1901:666. Citado en Mejía: Op. Cit. 32)

Con la aparición de una arquitectura republicana, sobrevino un deseo de modernidad mayor, que valga decir, se estrelló con las carencias y las contradicciones de un espacio social y urbano jerarquizado. Las condiciones de miseria que se hacían evidentes en la vida cotidiana de las clases bajas de la época, contrastaban firmemente con las formas de la existencia que se intentaban legitimar por parte de las clases altas, si bien es cierto que sectores como los artesanos apostaban por ámbitos como el educativo, este todavía se encontraba en ciernes, y no es menos cierto que la manera como se distribuían los bienes en el universo social Bogotano daba cuenta. Si observamos la densidad por manzana “para el periodo 1881-1906 la densidad absoluta bajó de 486 a 335 habitantes por manzana, y que se abrieron nuevos espacios en la ciudad, los cambios y el crecimiento físico significaron muy poco para los sectores sociales más bajos” (Mejía: Op.Cit. 33)

El caso de las clases bajas todavía es más extremo. Este grupo social no tuvo acceso a la posesión de capitales y encontraba como única forma de existencia la mendicidad, o el reclutamiento de manera obligatoria para las guerras civiles. De acuerdo con Serna (2001)

esta era la clase de los marginados, ausente de participación alguna en las decisiones políticas e imposibilitada para diversificar los roles consuetudinarios que imponían los linajes decimonónicos con base en la vieja factura colonial, solo tuvo como alternativa el reclutamiento en las filas de los ejércitos (habitualmente de manera forzosa) clase de los

condenados naturales en la percepción de las otras clases, era vista por éstas, de manera contradictoria, como el refugio de las virtudes naturales o como el bastión de las virtudes patrióticas, unas y otras traumatizadas por las formas históricas de dominación. Las condiciones de existencia de este grupo social, eran paupérrimas, vivían por lo general en casas de techos de paja y chozas, por supuesto, constituían el grupo al que más se le aplicaba la defecación social, conminándolos a vivir a los alrededores de la ciudad, especialmente en la parte oriental de la ella.

Dentro de estas luchas, que se expresaban en el modelo espacial de la ciudad, habría que resaltar que se presentó un intento por expandir la ciudad a partir de la zona de Chapinero, la cual era considerada como lugar de recreo de las clases altas. Este acontecimiento refuerza la afirmación acerca del poder simbólico que mantenía la Iglesia en la ciudad y su relación con las dinámicas del espacio urbano. El poblamiento de esta zona aledaña a Bogotá no adquirió mayores proporciones sino hasta que el Arzobispo Vicente Arbeláez ordenó la construcción de la Iglesia de nuestra señora de Lourdes, templo que se convirtió en el centro de la vida social de esta nueva población; replicando de esta manera el modelo de la “parroquia” erigido como el modelo de las clases santafereñas por excelencia, cuyo máximo emblema es la parroquia de la catedral.

Asimismo, las relaciones de fuerza que se presentaban en el espacio social bogotano y que se objetivaban en el espacio urbano, sufrieron percances para su ejecución. La precariedad de las empresas que se encargaban de prestar los servicios, así como el insuficiente presupuesto que manejaba la administración municipal, ponían de manifiesto la resistencia del espacio físico para incorporar los nuevos estilos de vida en el espacio social. Son múltiples los ejemplos donde la administración de la ciudad al verse imposibilitada para ejecutar los proyectos acudía, como única condición para ejecutar el proyecto a la iniciativa privada. (Mejía: Op. Cit: 40-41)

Sin embargo, el aspecto urbano no se había modificado en lo absoluto; de esta manera, las clases sociales adineradas o en su defecto acomodadas, llegaron a ser víctimas del producto de la segregación social que se había generado, por el hecho de establecer un orden arquitectónico preestablecido por ellos mismos que causó que las gentes se conglomeraran

en unos sitios tácitos o ya definidos, como el barrio La Catedral con casi la mitad de la población, el barrio Las Nieves que contaba con la cuarta parte de los habitantes, el barrio Santa Bárbara, que tenía aproximadamente el 16% de la población y el barrio San Victorino que contaba con el 14% de la población, bajo esta dinámica y sin grandes modificaciones se mantuvo hasta la penúltima década del siglo. Es por ello, que la población bogotana *se multiplicó por cinco, mientras el radio de la ciudad apenas crecía* (Rodríguez, 2003, p7).

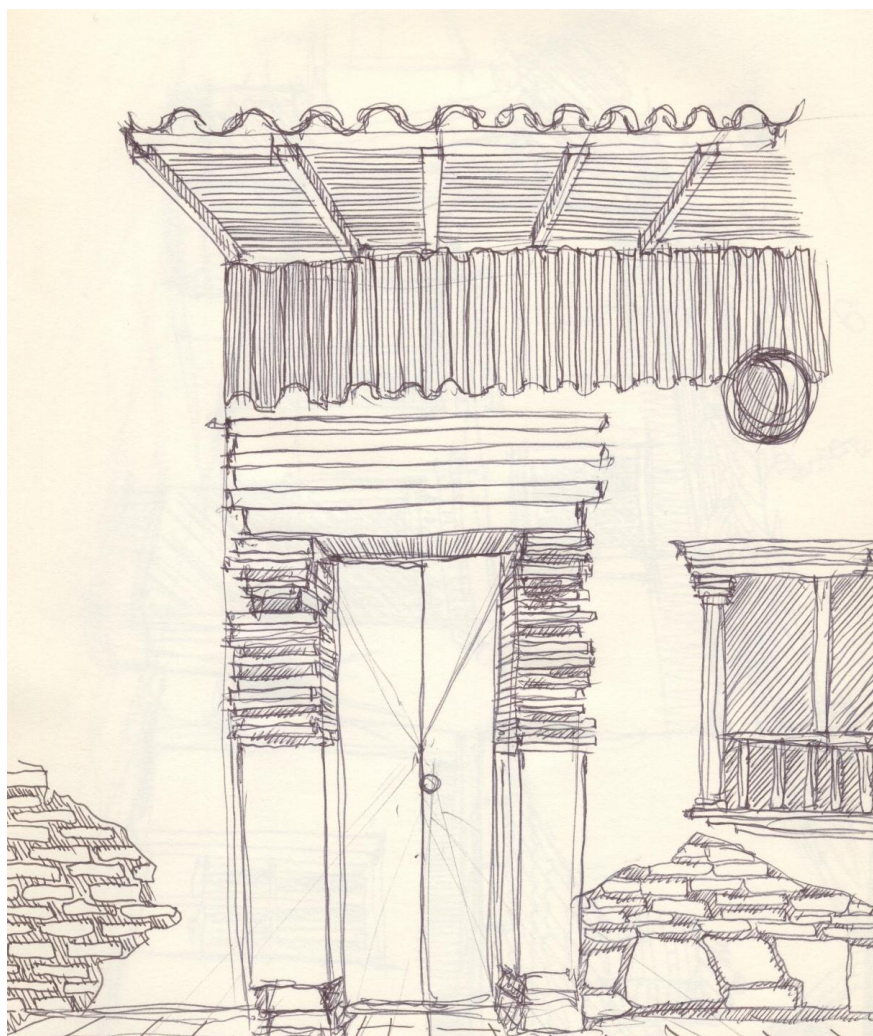


Ilustración 19. Ilustración realizada por el arquitecto Miguel Payán Aparicio.

Debido a que las casas eran muy amplias, se empezó a manejar figuras como el arriendo, y también a modificarse, los patios construyendo habitaciones sobre estos. Y es aquí cuando toma auge el comercio y la concepción de tiendas (fondas y chicherías), estos lugares se encontraban en deplorables condiciones de salubridad en las cuales vivían

hacinados una gran parte de la población del proletariado de la capital. Cabe resaltar que en el barrio La Catedral, donde se encontraban la gran parte de casas de dos plantas, se daba, pues, el caso de convivir en el mismo inmueble gentes aristócratas y acaudalados desde un segundo piso con moradores misérrimos en el primer piso. Debido a que el flujo de capital empezó a darse en el centro de la ciudad, las personas comenzaron a conglomerarse en este lugar.

En lo referente a las tiendas o piezas, estas estaban constituidas únicamente por una puerta que conducía a la calle, y las personas que las habitaban carecían por completo de las mínimas condiciones de higiene, a esto se le suma la cantidad de gente que vivía en estos cuartos y el mantenimiento de animales dentro de la misma; así lo evidencia Isaac Holton en su paso por Bogotá, al visitar a su lavandera:

¿Y dónde está la puerta para entrar al patio? Naturalmente que no hay puerta ni derecho a tenerla. ¡Bonita cosa sería que una guaricha, por el solo hecho de haber arrendado este miserable cuartucho, tuviera derecho a pasarse por el patio! Entonces, ¿qué puede hacer? Porque ni en sueños existe ninguna clase de comodidad moderna, ni siquiera alcantarillado. Fuera de su cuartico, apenas tiene libertad para ir a las calles, a los lotes vacíos y a las orillas del río. No culpemos entonces a la pobre mujer acucillada al borde del río; hace todo lo que puede para guardar el decoro. El número de familias que vive en las mismas condiciones de mi lavandera excede en mucho al de las que realmente viven bien (Rodríguez 2003, p68).

Finalmente, en un espacio urbano con ritmo lento y más bien solariego, la presencia de cafés se relacionó con la ambigüedad de una sociedad jerarquizada. Los cafés que surgieron a finales del siglo XIX expresaron ante todo la estructuración de una sociedad jerarquizada con escasas posibilidades para disponer espacios públicos de encuentro para todas las clases sociales. Con algunas de estas iniciativas de la elite por transformar el espacio urbano se esperaba una mayor proyección de estos intereses en la ciudad y una actitud más decidida frente a la apertura de espacios de sociabilidad. Sin embargo, la intención de apertura de los cafés para la ciudad se vio atravesada por ideales civilizatorios aferrados a la tradición y a los valores morales, lo que hacía que estas iniciativas no fueran del todo atractivas. En este sentido, esta iniciativa de apertura pública de los cafés, no formó parte de

las proyecciones de la elite de incorporar patrones culturales provenientes sobre todo de Paris, en la medida en que las formas estigmatizadas que adquirieron los cafés, por lo menos para una parte de la elite bogotana que había viajado a diferentes partes de Europa, se relacionaron más bien como una amenaza a la moral pública con la admisión de bohemios y personalidades de diferentes clases sociales, que mediaban su entrada por el mínimo consumo, convirtiéndose así, en habituales de un espacio sin restricciones sociales, llenos de humo y de alto consumo de licores que pudieran amenazar con el orden social establecido. Así, en lo referente a las prácticas de los cafés y los hombres de café, las escasas posibilidades del espacio urbano negaron esta experiencia moderna.

La ambigüedad de los primeros cafés en el espacio social y urbano bogotano

En un escenario urbano precario como el bogotano, los acontecimientos cotidianos de la vida urbana ocurrían sin mayores novedades. Sin muchos espacios para la diversión y una propensión hacia unos espacios de experiencia mucho más íntimos, los pocos espacios de encuentro y sociabilidad no se prestaban para convertirse en verdaderos cruces de noticias y las distracciones. En una ciudad aburrida, sin ruido y sin mucha diversión, las estrechas calles y los espacios urbanos no constituyeron una opción para el encuentro ciudadano. En este orden de ideas, se inscribieron los primeros cafés de la ciudad en un espacio urbano donde los lugares públicos, eran prácticamente inexistentes.

Los nacientes cafés bogotanos más que representar estos espacios donde confluía la vida literaria, las novedades de la ciudad y la producción cultural, se convirtieron en espacios de encuentro fortuitos. Como cooptación de estos espacios y prácticas culturales del siglo XIX, los cafés bogotanos fueron invisibilizadas por prácticas culturales como la visita santaferña y el paseo por el altozano de la catedral donde se seguía manteniendo la vida social y pública de la ciudad. Los cafés entonces, se erigieron en las cercanías a la plaza central bajo la incipiente actividad económica representada en los comercios.

Como ya se ha mencionado, con la aparición de los cafés emergen unas débiles transformaciones urbanas que involucraron la adecuación espacial de un modelo urbano

centrado en las parroquias a unas formas mucho más racionalizadas representadas en el modelo de barrios. En este ordenamiento urbano, los cafés fueron casi imperceptibles y se confundieron con una dinámica urbana, que amparada en los ritmos coloniales absorbía toda novedad al ajustarla a prácticas anquilosadas al orden colonial. De esta manera, los primeros cafés que aparecieron en el espacio urbano bogotano, lo hicieron dentro de esta lógica de transformación urbana que no dejó de estar sometida al poder simbólico del prototipo espacial de las iglesias y las parroquias. En esta organización espacial por barrios se pueden ubicar los primeros cafés en el espacio urbano bogotano de la siguiente manera:

Tabla 2. Primeros cafés en el espacio urbano Bogotano.

ESTABLECIMIENTO	DIRECCIÓN	BARRIO	Año de aparición
CAFÉ DE MADRID	Calle 12 N° 166	La Catedral	1894
CAFÉ DE SEVILLA	Calle 12 N° 223	La Catedral	1884
CAFÉ RESTAURANTE ROMA	Pasaje Rivas N° 22 y 26	La Catedral	1894
LA GRAN VÍA	Carrera 7 N° 654	Las Nieves	1892
CAFÉ FLORÍAN	Carrera 8 N° 171	Santa Bárbara	1894

Datos tomados de (Zanella y López 2008, p35, 36)

Sin embargo, en los datos proporcionados por Zanella y López no se logra tener claridad en cuanto a la totalidad de estos cafés desde su clasificación por barrios. Más importante que este reconocimiento territorial de los cafés desde una unidad básica de la percepción urbana como el barrio, se hizo relevante la ubicación de los cafés en el espacio social y urbano, no solo para comprender cuales fueron las condiciones urbanas que permitieron su aparición, sino también cual fue su lugar y función en la vida urbana. Ante este desafío, lo primero que se logra evidenciar en este lento proceso de modernización del espacio urbano bogotano, es sin duda una tensión entre unos tímidos intentos por introducir en la ciudad algunas innovaciones y de otro lado las resistencias de antiguas prácticas coloniales que no permitieron el asombro de innovaciones modernas en la vida urbana como los cafés. El primer café del que se tiene registro en Bogotá es la Gran Vía. Fue fundado el 11 de octubre de 1893 y estaba ubicado en el costado oriental del antiguo camellón de las Nieve, hoy calle 17. Funcionaba también como almacén y bar. Su nombre fue un homenaje

al éxito alcanzado en Bogotá por la alegre zarzuela española de los compositores Chueca y Valverde (Vasco y Rodríguez, 2009, p16)

En un escenario urbano cargado de contradicciones urbanas, económicas, sociales y culturales, aparecen los primeros cafés sin mayor trascendencia pública, ya que predominaba la práctica de encuentro e intercambio cultural en el altozano de la catedral. Solo a partir de 1890 se hacen mucho más evidentes su presencia en el espacio social y urbano, bajo una clara mezcla con las chicherías que desde el siglo XVIII, ya tenían demarcada una territorialidad en las cercanías a la plaza de Bolívar otrora plaza de mercado

“En 1891 se contaban 209 establecimientos (chicherías) reconocidos, situados en pleno centro de la ciudad. Estos establecimientos eran frecuentados por las clases populares, las clases altas en ausencia de sitios de reunión, preferían las tertulias que estorbaban las ventas en los almacenes, en las boticas y librerías. Hacia la última década del siglo las tertulias comenzaron a localizarse en los cafés: el café Florián, el café Madrid, el café Italia (Peralta: *op cit: 36*)

Además de estos cafés que menciona Peralta, se encontraban en el espacio urbano bogotano los siguientes cafés: café la Rosa Blanca, Café el León de Oro, Café Restaurante de Paris, Café Mascotte, Café la Botella de Oro, Café la Gran Vía, Café Restaurante Roma, Café del Teatro, Café de Sevilla, Café y Tresillo de la Plaza, café el italiano. Esparcidos por la calle del comercio hoy carrera 7 y también por la calle 12, la vida de estos cafés se asoció para las clases altas, con la apertura de algunos hoteles y restaurantes en el espacio urbano bogotano.

Los cafés y los restaurantes, todavía algo prosaicos en estos lustros, comenzaron a diferenciarse por la clientela a ellos asidua y, desde luego, por los gustos que en ellos se satisfacían(...) en el barrio La Catedral, según un informe de 1892 del respectivo inspector de policía, contaba con el Hotel Sucre, El Hotel La reina, La Rosa Blanca, el Café Madrid, el Hotel Panamá, la Fuente Castalia, El Hotel Tequendama, el Hotel Victoria, el Gran Restaurante, el Hotel del Norte, el Bazar del Mercado, el Hotel Cundinamarca, el León de

Oro, el Hotel Bolívar, el Café Florián, el Café Petit Fornos, y el Hotel Central(Mejía 2011 p37)

Estos primeros cafés fueron más cercanos a restaurantes. Aunque no cumplieron con esa función social de constituirse en espacios de libre acceso y de intercambio cultural, si lo fueron en su relación con la difusión de sentidos de lo moderno por medio de la alta cocina. En estos comercios, el café de Sevilla, ofrecía más los servicios de restaurante, con la difusión de la cocina francesa e inglesa, que la comida a bajo costo y la accesibilidad de un espacio abierto para todas las clases sociales. En un anuncio del diario de la tarde denominado *los hechos*, aparece el sábado 24 de noviembre de 1894, la siguiente publicidad de este café

Café de Sevilla. Servicio á la carta á precios módicos y con 20 por 100 de descuento por mensualidades.

Almuerzo a la parisiense.....\$ 1 20

Comida íd íd.....1 50

Cocina francesa, inglesa española, italiana y del país. Comedor reservado para señoras, cultura y esmero en el servicio. Música á las horas de comer

(Los hechos diarios de la tarde serie IV Núm. 258 sábado 24 de noviembre de 1894)

Lo interesante de este ejemplo, es que el café de Sevilla, inaugurado en 1894, se debatió entre ofrecer comida altamente refinada para un público distinguido y culto y convertirse en un espacio atractivo para la juventud de la época haciendo las veces de tertuliadero entremezclado con tiendas y almacenes

La tienda de don Antonio Forero, donde había una permanente tertulia, vendía sombreros de suazas, muy acreditados frenos de Suesca y estribos de cobre hechos en el país (...) un almacén que se llamó las preciosidades de china, cuyos artículos ni eran preciosidades, ni eran de la china (...) el famoso Café Sevilla del negro Vanegas, a donde concurríamos los muchachos de la época...el negro tenía en el tercer piso una casa de juego (Serna, 2012, p 267 citando a Herrera, 1948, p153)

Esta ambigüedad en la naturaleza de los cafés permite entrever unas prácticas culturales, que, al resistir el paso del tiempo emergen dentro de estas prácticas modernas como la visita a los restaurantes. Esta práctica anquilosada de las tertulias en las tiendas y en los comercios se caracterizaba por la prolongaba estada de pequeños grupos por horas sin realmente estar atados a la lógica comercial del consumo de productos. Estas tertulias no tenían un fin comercial sino más bien social, por eso, en ocasiones se iba a la tienda no a comprar sino a conversar. Esta práctica, donde se pasaba largo tiempo conversando, seguía siendo efectiva como una práctica que fomentaba la vida social desde la interioridad. La tienda brindaba un ambiente familiar con amigos, para aquellos que, excluidos de los ambientes aristocráticos y las grandes celebraciones y agasajos realizados al interior de algunas residencias, requerían de espacios de reunión.

Esta práctica de reunión en los comercios, llamados en la época almacenes, la refiere Zuluaga (2012) al citar al historiador bogotano Cordoves Moure en los siguientes términos

“Para Cordovez Moure el almacén era consustancial a una tradición cultural quizás más santafereña que bogotana. En Bogotá, el almacén era un centro de comunicación social, fuente ubicua de rumores políticos y comadreo familiares, antecesor directo del café abierto, en contraste con el club: “La preferente ocupación de los bogotanos se reduce a desempeñar un destino público, o a permanecer doce horas del día detrás de un mostrador, esperando a quien no ha querido venir” (p234).

En cambio, los otros cafés, que tenían la connotación social de antros y tabernas, empezaron a ser mucho visibles a finales del siglo XIX como la prolongación de las tiendas y las chicherías frecuentadas en su mayoría por las clases populares. Esta aparición de unos locales que en su fisionomía material podrían parecer tiendas, chicherías y en los casos más estilizados restaurantes para las elites, no alcanzaron a adquirir esa característica de convertirse en espacios de apertura a la vida pública, ni mucho menos en espacios que reflejara en una especie de microcosmos la síntesis de la vida urbana. Estos espacios de encuentros fueron más bien efímeros y un poco distantes de una práctica de habituales que estaban en capacidad de realizar una lectura e interpretación de una pequeña urbe que requería proveer noticias de la actualidad y la novedad. En efecto, lejos de convertirse en un

espacio de crítica de la vida urbana y de contribuir al desarrollo del espacio público, estos espacios de encuentro, estuvieron distantes del impacto que tuvieron los cafés de París.

Lo que resulta interesante en esta oferta de restaurantes no es solo la pervivencia de antiguas prácticas culturales como la visita a las tiendas, sino que además aparecen como prácticas distintivas, otras prácticas culturales mucho más cercanas a los agasajos y la costumbre de las elites españolas de los refrescos. De acuerdo con Mayorga (s.f) Las reuniones más célebres de la capa alta capitalina giraron alrededor de la música.

En 1887, diez acaudalados bogotanos, encabezados por Luis Soto Landínez –patriarca de la estirpe Soto del Corral– organizaron el baile de los diez, una fiesta de gran magnitud que se llevó a cabo en la «mansión» de doña Bernardina Santamaría de Restrepo, localizada en el número 100 de la calle 12. La residencia había sido tomada en arriendo con dos meses de anticipación, tiempo necesario para que cada uno de los organizadores engalanaran los salones en donde se situarían los invitados de acuerdo a la temática de su preferencia: muebles antiguos, alfombras orientales, espejos venecianos, cuadros de escuelas europeas, obras de Gregorio Vázquez de Arce y Ceballos, bronce, cristales y «valiosos recuerdos del ya lejano tiempo de la colonia y del aún reciente de la emancipación y la república», eran parte de la decoración. En este tipo de celebraciones siempre se recurría a la gastronomía para denotar su magnificencia. El rito de los atenienses bogotanos (la mencionada élite ilustrada que cumplía con las condiciones necesarias para poder pertenecer a semejante categoría) consistía en ofrecer una taza de té acompañada de «todos los refinamientos de la pastelería» capitalina. Tras ese aperitivo, se servía una mesa de helados, sorbetes, ponches, champaña, entre otras «invenciones soporíferas», que eran el abrebocas para la cena de la madrugada: El caldo de carne, o sea la quintaesencia de algún hermoso par de ejemplares de la raza Durham, y los mejores vinos que al país (arribaban), eran las bebidas principales. El comedor rivalizaba casi con el salón central. Lo adornaban franjas, festones y coronas; pero su belleza la daba un juego inteligente de colores, en que los nacionales, en forma de mil banderas, predominaban graciosamente (pp 81-82)

Estas formas de distinción realizadas desde el derroche, permitieron introducir a partir de prácticas del siglo XVIII, objetos que además de representar la ostentación y el lujo, connotaban unas formas identitarias de pertenencia a un grupo selecto. Algunos atisbos de

modernización, sobre desde las prácticas culturales, permite pensar en las estrategias culturales que la elite bogotana intento introducir en el escenario urbano con la creación de los clubes deportivos y con ellos almacenes especializados en la venta de elementos deportivos. De acuerdo con Zambrano (2002)

Desde 1890 se inició la práctica del polo, el tenis y el fútbol, los cuales estaban inicialmente limitados a las élites capitalinas que los importaban de sus viajes a Europa. El siglo se cierra con la fundación en 1897 del primer club deportivo de Bogotá: el Polo Club, destinado a la práctica del llamado "deporte de los reyes", el polo. Los clubes fundados en la ciudad fueron en sus inicios, lugares exclusivos de los hombres. Estos clubes sociales, establecidos en amplias casonas ubicadas en el centro histórico, eran lugares para conversar, jugar o leer prensa nacional y extranjera. En 1882 se funda el Gun Club, en el tercer piso de las galerías Arrubla. En 1894 se funda el Jockey Club, lugar del juego de póquer y tresillo y de contactos políticos. En sus primeros años, la práctica de los deportes aparece asociado a la institución del Club (p4).

De esta manera, la elite de la ciudad impulsó a través del Jockey Club las carreras de caballos, con el ánimo fundamental de distanciarse de las actividades antes mencionadas, porque eran consideradas como eventos donde concurría toda la guacherna de la ciudad. Aníbal Currea Restrepo refirió de la siguiente manera la llegada del hipódromo:

“El primer campo de deporte para carreras de caballos y ciclismo lo tuvimos en Bogotá...el 14 de julio de 1898. Se viajaba al hipódromo en fiacres, landós, victorias y calesas o en los coches de la empresa de don Santiago de la guardia. A la inauguración acudieron nuestras damas engalanadas con larguísimos trajes de seda, de talle muy ceñido sombreros llenos de flores y botas terminadas en agudísima punta. Los caballeros lucían apretadísimo pantalón de fantasía, sombrero duro de ala enroscada, sacolevita corto de punta de lanza, bastón o fute del más puro estilo británico y botas de charol...” (Currea Restrepo citado en Mejía: 1988: 35)



Gráfica 20. Cafés 1881 - 1894. Mapa elaborado por la arquitecta Diana Fernández.

Ya sea desde la práctica musical o deportiva, la elite bogotana no considero primordial introducir prácticas asociadas a la democratización de la cultura como los cafés, sino que más bien se promovieron espacios excluyentes como el club. Así, la aparición de los primeros cafés en el espacio urbano bogotano pasó casi que inadvertida entre la función que cumplieran como restaurantes. Más que una innovación urbana y un evento que introdujera los sentidos de la modernidad, los cafés restaurantes fueron apuestas distintivas para comer fuera de la casa.

Los cafés que surgieron a finales del siglo XIX tuvieron como epicentro a la plaza principal. Por lo general, estos cafés antes mencionados, se ubicaron en cercanía con la plaza de Bolívar, que antes de 1846 cumplía las funciones de plaza de mercado⁷². Sin dejar del todo su función de mercado, la vida de la mayoría de estos cafés se articuló en un comienzo a las viejas costumbres de la plaza de Bolívar, donde, se seguía manteniendo la venta de productos agrícolas y víveres provenientes del campo para abastecer la ciudad. Ahora bien, estos otros cafés que no tenían la connotación de restaurantes, sino de tiendas estuvieron mucho más cerca de las chicherías por su connotación simbólica. Por ejemplo, algunos cafés que emergieron a finales del siglo, como la Botella de Oro y la Rosa Blanca, fueron más proclives a ser considerados lugares poco recomendables por la elite bogotana, mientras que otros, muchos más cercanos a las clases altas ofrecieron servicio de restaurante, como el café de Sevilla, el Madrid y el italiano. Estos espacios propicios para adelantar reuniones sociales o lo que en su momento se denominó tertulias, se llevaban a cabo en las tiendas del comercio y se extendían a conversaciones en el altozano de la catedral. De esta manera, el café la Botella de Oro, fue uno de los primeros cafés de la ciudad que se contrastaba con la monumentalidad de la catedral primada en el altozano de la catedral

⁷² De acuerdo con Pérgolis (2000) En 1846 con la excusa de destacar el monumento erigido al libertador, se retira el mercado de la plaza. En forma progresiva se va especializando el ámbito multifuncional de la colonia, llamado desde este año, Plaza de Bolívar, lugar de paseo, parque con jardines y árboles para la elite social de la ciudad. El espacio fue más tarde enrejado, ornamentado con sucesivos monumentos y objetos; remodelado en 1926, con la incorporación de cuatro fuentes monumentales y transformadas, finalmente hacia su fisionomía actual, en 1960 (p37).

La plaza mayor seguía siendo el gran centro de actividad comercial y social. En ella estaba la Catedral y capilla anexa del Sagrario, depositaría de grandes obras de arte como su sagrario y algunas de las más representativas obras del pintor colonial santafereño Gregorio Vásquez; también quedaban allí los correos, la casa de la aduana, varios tribunales y el Consejo de Estado. Pero el más importante sitio de ella era el altozano, una amplia terraza frente a la Catedral, frecuentada todos los días de cuatro a seis de la tarde por el mundo social, literario y político de la ciudad. (Jaramillo, 1989)

De acuerdo con Llano (2013) el altozano se consolidó en el espacio por excelencia de la práctica lingüística, cuando se empezó a salir de las tiendas de la calle real (hoy conocida como la carrera séptima) hacia lugares más públicos. En esta dinámica, el Altozano se consagró como el lugar por excelencia de la gente distinguida y culta de la ciudad⁷³.

“Pero, me diréis, ¿los bogotanos no pasean, no tienen un punto de reunión, un club, una calle predilecta, algo como los bulevares, nuestra calle Florida, el Ring de Viena, el Unter den Linden de Berlín, el Corso de Roma, el Broadway de Nueva York ó el Park-Corner de Londres? Sí, pero todo en uno: tienen el altozano. Altozano es una palabra bogotana para designar simplemente el atrio de La Catedral, que ocupa todo un lado de la Plaza de Bolívar, colocado sobre cinco ó seis gradas y de un ancho de diez á quince metros. Allí, por la mañana, tomando el sol, cuyo ardor mitiga la fresca atmósfera de la altura, por la tarde, de las cinco á las siete, después de comer (el bogotano come á las cuatro), todo cuanto la ciudad tiene de notable, en política, en letras ó en posición, se reúne diariamente (Cane: 1991)

Un cambio cultural evidente desde mediados del siglo XIX, era sin duda que las tertulias empezaban a salir de las tiendas de la calle real hacia lugares más públicos. El altozano se constituyó en el lugar para el encuentro de la gente distinguida y culta de la

⁷³ De acuerdo con Pérgolis (2010), el cambio de siglo encontró a la Plaza de Bolívar rodeada en su costado occidental por las Galerías Arrubla que ese mismo año fueron destruidas por un incendio; en el lado sur estaba la obra del Capitolio, inconclusa y suspendida, aunque con su fachada casi completa que ayudaba a definir el ámbito de la plaza y el futuro espacio monumental. El costado oriental era el más consolidado, tanto en su arquitectura como en el uso por parte de la población: allí está la catedral, obra del monje Petrés, con su atrio elevado, *el altozano*, sitio clave en la vida de la ciudad desde muchos años antes: Al frente de la cuadra donde está la catedral hay una plataforma elevada, ancha y plana, el altozano, con escaleras de piedra a todo lo largo, para bajar a la plaza. Es el sitio más concurrido de Bogotá, relata el viajero Holton, a mediados del pasado siglo(p11)

ciudad. Esto es ya visible en los relatos de viajeros extranjeros al país, quienes dejaron consignadas sus impresiones sobre este lugar tan particular de la vida pública bogotana⁷⁴.

Si la "Ciudad del Águila Negra" o la "Atenas suramericana" designaban alguna realidad, debía tratarse entonces de una realidad cercada, limitada, una superficie de adoquines bien puestos, a cinco o seis gradas sobre el nivel de la calle y del mundo, en la que podían verse algunos cuantos bogotanos instruidos, los "doctores", paseándose en las mañanas soleadas o en las tardes, poco después de la cena. Esos notables habitantes llamaron a aquel lugar "el altozano", un cultismo que deriva del latín "ante-", "elevación", y "ostium", "puerta de entrada". No otra cosa fue pues la "Atenas suramericana": el atrio de la catedral, en la Plaza de Bolívar, y ciertas reglas de cortesía y también un hábito de conversaciones ceremoniosas y elevadas (Jaramillo, 1998, p472).

Ahora bien, el atrio de la catedral que se constituía a finales del siglo XIX en un lugar de encuentro, también fue un lugar para el desencuentro y la dimisión de conflictos. En realidad, era un lugar para la defensa del honor y el intercambio cultural (Llano, 2014). Por ejemplo, manifestaciones de dignidad, que se presentaban sobre todo en las clases altas las narra Miguel Cané, de la siguiente forma

En Colombia el duelo, aunque más frecuente que en Chile y el Perú, no es común. En cambio, reina desgraciadamente una costumbre que los mismos colombianos califican de salvaje. A pesar de toda mi simpatía y cariño por ellos, no puedo desmentirlos (...) Un hombre insultado en su honor ó en su reputación, hace lealmente decir á su enemigo que se arme, porque lo atacará donde lo encuentre. Ahora bien, en Bogotá, la gente de cierta clase social (porque es desgraciadamente entre lo alto del mundo que tienen lugar esas escenas deplorables) sólo se encuentra durante el día en las calles de Florián ó Real y por la mañana y en la tarde en el altozano. (Cané: 1901)

Entre los establecimientos de comienzo de siglo los más importantes fueron las cantinas La Gran Vía y La Botella de Oro, que se hicieron famosas por recibir en sus mesas a los contertulios de la Gruta Simbólica. Valga decir que el primero funcionó en la carrera

⁷⁴ A este respecto, si se requiere una mayor explicación metodológica sobre el manejo de las fuentes para el caso de esta tesis doctoral, remitirse directamente al apartado sobre metodología al inicio del texto

Séptima, entre calles 17 y 18, y fue el Café más longevo de la ciudad. Estuvo allí cerca de noventa años. Por su parte, *La Botella de Oro* fue víctima indirecta del Bogotazo. Estuvo cerca de setenta años en la Casa de los Portales, en el atrio de la Plaza de Bolívar (Barón leal, 2015)

De acuerdo a Alarcón (2014) el mercado de los viernes era uno de los grandes espacios de convivencia entre los distintos grupos sociales, tras la construcción de las Galerías Arrubla y el emplazamiento del monumento a Simón Bolívar. Este mercado se intenta retirar de la Plaza hasta que se consigue al finalizar el siglo XIX. Esto se debe a que su funcionamiento en aquel lugar entorpecía la apreciación del paisaje que se estaba generando y, por supuesto, debido a los problemas de salubridad que ocasionaba, ya que una vez concluidas las ventas, se formaban cúmulos de desperdicios que provocaban que bandadas de aves de carroña y ratas rodearan la Plaza (p209).

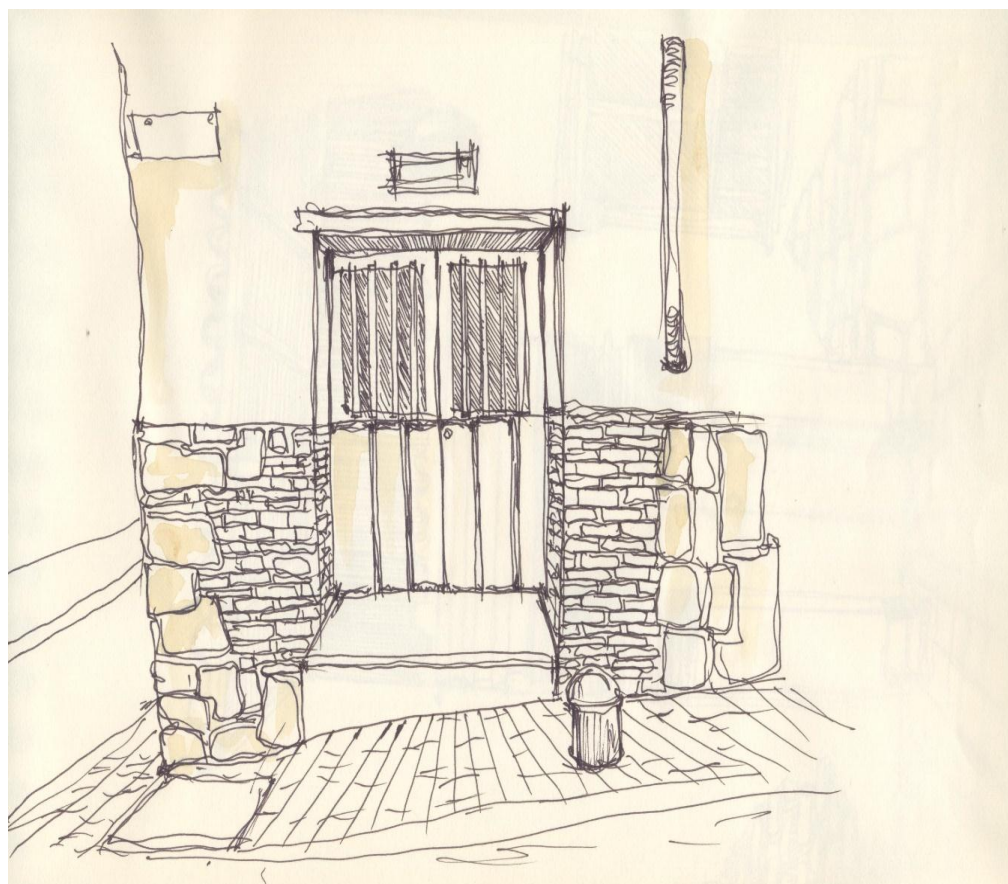


Ilustración 20. Ilustración realizada por el arquitecto Miguel Payán Aparicio

Desde un día antes del mercado empezaban a llegar de diferentes lugares en carrozas y vehículos de tracción animal para organizar el mercado en la plaza, práctica que, a finales del siglo XIX, fue puesta en tensión desde el discurso de salubridad, que para este momento empezaba a tener fuerza desde una estrategia de medicalización de la política aduciendo que la ciudad, y el pueblo apestaban⁷⁵. Entre contradicciones sociales culturales de la elite bogotana para esta época aparecía la necesidad de reorganización del espacio urbano. Con unos discursos asociados al progreso y a los desarrollos de la ciencia en Europa, se entronizó el discurso de la higiene en medio de un universo social caritativista que también participó en re disponer los espacios de la ciudad, con el propósito de buscar una correspondencia, aunque conflictiva, proyectiva de una nueva imagen de los grupos dominantes

A este respecto Josué Gómez uno de los abanderados del discurso higienista a finales del siglo XIX plantea la pregunta también por las condiciones de salubridad de aquellos espacios cerrados de la ciudad, donde por supuesto se encontraba el café

¿Y qué decir del aire de las cárceles de detenidos, de los establecimientos de beneficencia, del asilo de San Diego, de los hospitales militares, de los establecimientos de educación, sin excepción alguna? ¿Quién no ha respirado, en fin, el aire de las tiendas de Bogotá, de los billares, *de los cafés*, de los teatros, de las cárceles, juzgados, inspecciones de policía, de las carnicerías, de las plazas de mercado, de los carros de los servicios públicos, que hacen el aseo de la ciudad, de los que conducen restos humanos de San Juan de Dios, y de los tranvías? ¿quién no ha sentido el aire de los conventos, de las iglesias, de los cuarteles y, con el perdón del público, el que uno mismo exhala al abandonar su propio lecho?(Gómez Josué, 1898 citado en Noguera, 2003, p51,52)

En efecto, los cafés que surgieron a finales del siglo XIX en el espacio social y urbano bogotano estuvieron ligados en primer lugar a la antigua práctica de reunión y tertulia donde pasaron desapercibidos en su mezcla con los comercios provistos en la plaza de Bolívar. Sin

⁷⁵ Aunque en el siguiente capítulo este aspecto se tratará con más detenimiento, es importante mencionar aquí a finales del siglo XIX, en plena consolidación de la regeneración en Colombia, se crea la Junta Central de Higiene (JCH) mediante la ley 30 de 1886. En esta Junta una de las posiciones más fuertes para esta época era el médico Pablo García Medina, quien tomo la dirección nacional de higiene.

embargo, también se entremezclaron con espacios poco recomendables para la alta sociedad bogotana como por ejemplo las chicherías que estaban expandidas en la calle del comercio, conocida hoy como la carrera 7. Con las formas de control y dulcificación de las costumbres ejercida por la iglesia y el influjo de la naciente institución de la policía Nacional, los habitantes de la ciudad empezaron a denunciar además de la presencia de jóvenes en la calle, la prostitución e incluso la frecuente participación de miembros de la policía en fiestas de ramerías. En 1893 la indisciplina de los agentes iba de mal en peor por el uso del licor y principalmente de la chicha, bajo cuyo influjo fuerzan mujeres, seducen jóvenes y forman grandes escándalos en las calles (Martínez 2002 p. 154)

En lo que se refiere a la prostitución, las chicherías se constituyeron en espacios propicios para esta actividad en esta pequeña urbe. Tal como lo afirma Peralta, (2002) los lugares de trabajo de estas mujeres, sobre todo, para los de clase más baja, durante todo el siglo XIX, fueron las chicherías y las pulperías. Allí se juntaban los soldados y hasta con mendigos; en la trastienda funcionaba el negocio, que comenzaba en la tienda (p349). De este modo, como lugares de prostitución para unos y espacios exóticos para otros, las chicherías encarnaron para la elite bogotana los lugares de desenfreno de las pasiones, de las riñas y los tropeles.

Aunque la presencia de cafés ya empezaba a ser notoria, sobre todo en lo concerniente a las actividades cerradas y distinguidas de la elite bogotana, estas formas modernas asociadas al consumo de café y sobre todo a la vida de café, no estaban presentes en el espacio social y urbano bogotano. La actividad comercial estaba por lo general conglomerada y no existía diversificación de espacios en la ciudad. Un ejemplo de lo anterior se puede evidenciar en la dinámica de la calle 11

Al frente, calle por medio, don Antonio Rivera tenía su almacén de mercancías; en una pequeña tienda, la cuñada de este señor dirigía un expendio de lanas, hilos, agujas y otros artículos de femeninas labores. Los dos amplios locales de la “Casa de Monas” servían para la afamada “Peluquería Española”, y el otro de almacén de Zarazas y telas... Más arriba se encontraba el... “Café de los italianos”, en donde se vendían todos los productos de la península italiana. La casa de don Timoteo Maldonado se distribuía en su parte baja en la

entrada de la “Gallera”, la Heladería Bogotana... el almacén de Avellano Moreno, sombrerero de jipijapas, frazadas, jergas, hulero... Citaremos también... el expendo de cereza fabricada por los hermanos Cuervo (Mejía, 2009, p183)

Durante casi todo el siglo XIX, lo que si predominó como lugares de encuentro y socialización sobre todo de las clases bajas fueron las chicherías que

Ocupaban un lugar importante en el paisaje citadino, ubicándose algunas de ellas en la calle Real del Comercio y en el espacio simbólico jerarquizado de la plaza mayor. En realidad, la venta y el consumo de chicha guardaban una cercana relación, tanto espacial como económica, con el comercio y el intercambio mercantil en la ciudad. Durante los días de mercado aumentaba considerablemente la asistencia de los vecinos de la sabana a dichos establecimientos y, por tanto, la euforia y la algarabía en las calles de la taciturna ciudad (Vargas, 1990 citado en Calvo y Granados, 2002, p16)

Sin ser un cambio notorio en la fisionomía urbana, algunos cafés que se aproximaban a ser considerados chicherías, también se refundían con antiguas prácticas culturales asociadas a las tertulias en las tiendas y el paseo por el altozano de la catedral. Estas prácticas de reunión, que fueron inicialmente, actividades de una elite rentista con altos capitales culturales, poco a poco, se venía concentrando en lo que otrora eran las tiendas, que, ahora convertidos en chuchos, es decir lugares, donde se vendían chucherías, daban la impresión a las clases altas de chismoseaderos y lugares poco recomendables. En este sentido, muy cerca de la calle 11, se presentaba otra dinámica relacionada con la chichería *El Ventorrillo*, famosa en su época por recibir no solo a la clase popular sino a importantes diplomáticos que buscaban en la bebida y en la dinámica de la chichería un sentido de la existencia relacionado con la bohemia generada con el famoso vino amarillo

Desde el siglo XIX, según una placa colocada a la entrada funciono aquí El Ventorrillo, unas de las chichearías más afamadas por vender el licor que un escritor de la escuela costumbrista, Rafael Eliseo Santander, denominada eufemísticamente: “la que Dios crío tan amarilla y sabrosa”. Dice que “por lograr mayor consumo de las chicherías (que mantiene la gente de distinción en las accesorias de sus casas), se ponen para vender dichas bebidas mujeres mozas”. Lo peor consistía en que a la bebida se mezclara huesos humanos. Se creía que esto,

en caso de ser cierto, le daba propiedades afrodisiacas. La Candelaria estuvo sembrada de chicherías. Se cuenta que, a finales del siglo pasado, residió en Bogotá, un caballero que desempeña el cargo de ministro plenipotenciario de Italia y que, a más de sus ambles condiciones personales, poseía el título de conde. Sus amigos lo condujeron casualmente a probar el licor nacional El Ventorrillo, y le gustó tanto que regreso. Al cabo de varias semanas de visitas varias – que efectuaba por su cuenta y riesgo - no quiso volver a salir de la chichería. Permanecía día y noche bebiendo, y en el mismo local dormía las borracheras. Para disuadirlo no valieron consejos, ni la amenaza de las sanciones en que seguramente incurriría por parte de su gobierno. Que efectivamente no tardo en destruir al ministro alcoholizado, y en ordenar su repatriación a Italia. Fue la única manera de deprenderlo de los barriles de El Ventorrillo.

Ahora bien, las actividades de ocio que animaban a la población a reunirse seguían ancladas a las prácticas de ese universo colonial tan presente en el espacio social y urbano del siglo XIX. Un ejemplo de lo anterior lo muestra Karl August Gosselman oficial de la marina sueco, quien, a su paso por Bogotá, dejó las siguientes impresiones:

Excepto este (las peleas de gallos), los habitantes de la ciudad no asistían a otra representación, ya que a pesar de que allí haya un teatro grande y bien construido, se representan muy pocas obras en el” (1827:158 citado en Fischer: óp. Cit)⁷⁶

En el caso de las corridas de toros la situación se asoció con el paso del tiempo como una practicas salvaje relacionada con las clases bajas. Sin embargo, a partir de las transformaciones antes mencionadas, comenzaron a observarse de mal gusto, ya que, este no tenía las “propiedades estéticas” que le imprimía la élite en España:

Hasta el año 1890, en que vino a esta ciudad la modesta compañía de toreros americanos compuesta por el director Manuel González (clown), torero; de los banderilleros Rafael Parra (cara de piedra); de los capeadores, Julián González (regaterin) y Julio Ramírez (fortuna), no tenían ni idea los santafereños de lo que era una corrida de toros al estilo español, en las que todos son reglas fijas y posturas académicas, con cierta gravedad y compostura aún en las suertes más arriesgadas (Cordovez Moure: op cit, 84)

⁷⁶ La traducción del alemán es del autor Thomas Fischer.

En este sentido, las prácticas populares concernientes a las corridas de toros, fueron consideradas como prácticas bárbaras que daban cuenta del salvajismo de las clases bajas de la ciudad; aun así, para comienzos del siglo veinte se conservaba como una forma de pasar el tiempo libre. Como práctica cultural asociada a las clases populares, estas formas de socialización se relacionaron también con formas de consumos particulares.

Así, en esta dinámica de venta de productos, la mayoría de los cafés que surgieron se articularon fácilmente a las actividades comerciales y a viejas prácticas asociadas a la plaza de mercado donde se tenía por costumbre visitar las antiguas chicherías. Como práctica cultural la visita a las chicherías aumentaba sobre todo los días de mercado en Bogotá, que valga decir concordaba, con el espacio eclesial y ritual de la misa dominical. Una connotación no tan favorable para estos espacios de encuentro como las chicherías, era su asociación directa con unas representaciones sociales asociadas a las más bajas pasiones y prácticas de libertinaje, que atentaban contra la moral católica.

Bajo una estética más bien barroca, donde confluían la venta de productos, la venta de chicha y en algunos casos la prostitución, las chicherías se enfrentaron a las formas de exclusión de una sociedad jerarquizada y trazada por la moral católica. Con la venta de diferentes productos como el chocolate, los huevos, pan, y sopa caliente de maíz, se vendía el veneno amarillo, como se le conoció después de las campañas que contra el consumo de chicha se adelantaron desde la época colonial. Bajo la separación de un mostrador, el público, se agolpaba a ritmo de melancólicos bambucos, como una de las únicas actividades de ocio, que pudiera ofrecer la ciudad (Hering Torres, p2018).

Finalmente, esta connotación de espacios oscuros que adquirieron las chicherías para las clases altas, trazaron un esquema de clasificación social y espacial, donde el lugar con más altas valoraciones sociales seguía siendo la vida al interior del hogar. Esta es una de las razones para que los primeros cafés, no tuvieran un carácter abierto y dinámico en la vida cultural, sino que más bien adquirieran una connotación casi cerrada y clandestina. Bajo estas representaciones sociales estos cafés concentrados en las cercanías de la plaza de Bolívar, se

confundieron la mayoría de ellos, con las denominadas chicherías, que por mucho tiempo fueron estigmatizadas como lugares poco recomendables para la “gente decente de la ciudad” (Calvo, y Granados Salazar, 2002 p)

Cabe advertir, que, como parte de las contradicciones en esta dinámica de transformación urbana, la fisionomía colonial se mantuvo casi incólume, por lo menos por cuatro razones básicas. En primer lugar, aunque se intentó introducir elementos del nuevo orden capitalista en cuanto a la diversificación de los espacios públicos con la construcción de algunos teatros, eran más bien escasos otros espacios para el ocio y la diversión, como los cafés. En la medida en que la vida nocturna era casi nula y se seguía practicando en la incipiente vida urbana, la costumbre de recluirse tempano en las viviendas, los lugares de encuentro y sociabilidad como los cafés no se hacían necesarios.

La consolidación de un capital cultural dominante: la pulcritud lingüística

El consumo de café como práctica distinta y distinguida, muchas veces asociada a excentricidades, lejos de asociarse con la promoción de la cultura de la palabra, no logró ser potencializada debido a las condiciones económicas y a un panorama poco alentador de la industria en la ciudad. Aunque una parte de la elite venía invirtiendo en las pequeñas industrias familiares, el clima económico no les fue muy favorable. Solo hasta que empezó a despegar la industria cafetera, estas inversiones en las industrias de la ciudad se hicieron mucho más visibles. A partir de 1880 se evidencia una decadencia de las exportaciones en el país producto del abandono de la política del libre cambio bajo la orientación de Rafael Núñez. Aunque, la tendencia global parece haber sido el estancamiento de las exportaciones, detrás de esto se ocultaba el comportamiento muy dinámico del café, que pasó a representar casi el 50% del total de las exportaciones (Melo, 1989 p 82).

Con un declive en las exportaciones de algodón, quina y tabaco, la producción cafetera condujo a transformar una economía basada en productos que dependían de zonas aisladas para aprovechar pequeños territorios que antes no habían sido tenidos en cuenta para la producción cafetera. Esta situación económica, que ahora resultaba rentable, provocó un

abandono paulatino de una economía autárquica en la hacienda. Esta dinámica trajo consigo dos consecuencias inmediatas: De una parte, esta acumulación de dinero en grupos de empresarios nacionales condujo a la formación de una clase media rural de pequeños propietarios, y de otro lado se logró una vinculación de esta exportación con el mercado internacional bajo la integración de un sector importante de campesinos que pasaron a formar según, Cataño (2012) una clase de propietarios territorial liberal.

Pese a estas dificultades relacionadas con el atraso del agro, el comercio se empezaba a convertir para el caso de Bogotá, en una de las actividades económicas más importantes, trayendo consigo, un cambio en la lógica del comerciante colonial, que otrora se lucraba de la comercialización de objetos suntuarios dadas las dificultades de acceso de los mismos a la capital del país (Serna, 2001, Llano, 2013). Este comercio de materias primas ahora transformado en capitales económicos dispuestos para la actividad financiera, provocaría la aparición de dos grupos sociales que entraron en disputa por su discrepancia en la forma de hacer riqueza. En primer lugar, una elite terrateniente cuya intención fue la de mantener el valor de la tierra como principal capital y de otro lado un poco más ligado a la actividad financiera aparece el comerciante que buscó a través de la circulación del capital aumentar sus ingresos mediante la actividad mercantil⁷⁷.

Una clara muestra de estas tensiones entre los dos grupos aparece en algunos miembros que denunciaron la falta de visión de una parte de la elite dedicada, únicamente, a la vida de hacienda. Así se manifiesta el comerciante y político Miguel Samper al asumir que a pesar de las posibilidades de desarrollo económico se mantenían unas arcaicas formas de procurar riqueza anclada al mundo colonial

⁷⁷ En la medida en que se incrementó el flujo de comercio exterior colombiano de unos 3.5 millones de pesos oro a unos 10 millones de pesos oro durante el decenio de 1870 y se incrementaron la actividad y los capitales circulantes, los índices de precios de la misma ciudad de Bogotá empiezan a tomar un curso ascendente (Kalmanovitz, 1989, p113). Vale la pena anotar que, a pesar de los adelantos antes mencionados, el desarrollo industrial no mostraba grandes progresos y Colombia se consolidaba cada vez más como una nación que producía y exportaba materias primas.

La economía colonial de Santafé, produce el disfrute de la dulce y clásica ociosidad en la que, dentro de ella, ejercen la agradable tarea de explotar a indígenas y esclavos (...) esta ociosidad será la condición económica de la futura cultura santafereña. Mientras los indígenas trabajan los extensos latifundios, las encomiendas y los mayorazgos, los hidalgos santafereños y los miembros de las comunidades religiosas, se dedican con suave tranquilidad al lento cultivo del espíritu (Samper 1881 citado en: Peralta: 1995:40)

Estos ataques a los hidalgos santafereños, como los denominaba Miguel Samper, quedaron plasmados en su texto *La miseria en Bogotá*. Sin embargo, otras miradas reforzaban el carácter contemplativo de esta parte de la elite que más que producir capitales seguía manteniendo una vida apacible bajo el consumo de lo que sus tierras apenas producían, así lo expreso el viajero Rothlisberger

Hasta finales de los años ochenta la mayor parte de las mercancías se subían a la sabana para enviarlas luego a los estados del norte y del sur; hoy día, con muy buen acuerdo, las vías de transporte se han desplazado más hacia el valle de la Magdalena, de donde reciben directamente sus productos los distintos Estados. Bogotá pues, es una ciudad consumidora, que solo gasta y nada produce (Rothlisberger: 1896/93:12, citado en: García y Serna: 2002: 155)

Paralelamente a los beneficios que obtenía la economía nacional como producto del llamado ciclo de las exportaciones (añil, quina, caucho algodón y tabaco) empezaron a circular de manera gradual por el escenario bogotano una serie de innovaciones que, sumadas a cierta ampliación del universo de bienes de consumo, señalaron unos tímidos esbozos de conversión de los patrones de vida pública en la ciudad y, con ellos, de los espacios en que se desenvolvían, unos y otros de fuerte raigambre colonial (Zambrano, 1994, Rawitscher, 2000).

Sumado a lo anterior, es importante reconocer Las últimas dos décadas del siglo XIX marcan con fuerza la llegada de la *Regeneración*, tras la deposición del régimen liberal

conocido como el Olimpo radical. En el orden económico esto significó un cambio para la situación de la economía nacional con el giro de la política económica librecambista - auspiciada por el radicalismo-, hacia un proteccionismo aduanero que se orientó básicamente, hacía la creación de una manufactura nacional. Sin embargo, esta coyuntura estuvo marcada por incesantes guerras civiles que colocaron en aprietos al país, hasta el punto de desmembrarlo con la pérdida de Panamá⁷⁸.

Esta época de transición de una economía arraigada a los referentes coloniales para proyectarse como una economía que privilegiará el sector exportador y el desarrollo de la industria, estará atravesada por profundas crisis financieras que dejaron las guerras civiles en el país. Bajo este panorama las guerras civiles de 1885,1895 y por supuesto la guerra de los mil días que dividió al país no solamente políticamente sino geográficamente con la pérdida del Ismo, generaron constantes cambios económicos y sociales propiciando un escenario de pesimismo en el progreso del país.

Estas intencionalidades de la elite bogotana por introducir en el espacio social y urbano las formas modernas de la cultura y el desarrollo económico, se afianzaron en un deseo de modernidad bajo el paradigma civilizatorio. El sueño por lo moderno, entonces choco con unas condiciones políticas, económicas, y urbanas que no permitieron la apariencia de una ciudad moderna. Las guerras y manejos inadecuados en la economía, no permitieron que las empresas privadas pudieran salir adelante para impulsar las innovaciones en la ciudad.

No obstante, la poca exportación, es innegable la transformación que se gestaba en las dinámicas económicas del país, lo cual se reflejaba de manera notoria para Bogotá en el censo realizado en 1884. En este se daba cuenta de cómo se había transformado ya la economía, lo cual se puede observar en los oficios que se ejercían en este momento que comprendían las siguientes cantidades:

⁷⁸ junto con el primer ferrocarril construido en este lugar en 1855 y que posteriormente perdería en 1903. Sin duda algunos semejantes acontecimientos dejarían al país sumido en una profunda crisis económica.

“5.567 personas se calificaban de negociantes y comerciantes, 1. 692 terratenientes, 324 abogados, 841 funcionarios, treinta y un escritores, 185 ingenieros, 128 médicos, 311 profesores, 153 propietarios y setenta y cuatro rentistas” (Censo citado en Fischer: 1999)⁷⁹”

Con la muerte del Presidente Rafael Núñez en 1894, se hizo cargo de la presidencia Miguel Antonio Caro, un reconocido Gramático, que enfrentó a la oposición liberal y algunos sectores de la burguesía financiera con fuertes medidas económicas que giraron alrededor del cambio del patrón oro por el papel moneda de curso forzoso. Esta pérdida del predominio económico basado en el monopolio del crédito y el libre ejercicio de la usura exacerbó los ánimos de la oposición, al punto que el liberalismo creyó dada las condiciones objetivas para lanzarse a una fácil y nueva aventura militar que lo condujera a la toma del poder (Jaramillo, 1989, p66)

Esta contienda que se inició el 22 de enero de 1895 conocida como la contienda de los sesenta días es el antecedente más inmediato de una de las guerras más crueles y sentidas en el territorio colombiano conocida como la guerra de los mil días⁸⁰ Sin embargo estas contracciones y conflictos entre liberales y conservadores se venía presentando con anterioridad. Un ejemplo de lo anterior lo representó la guerra de 1885 que ocasionó, un aumento del déficit fiscal ocasionado por la caída de los ingresos fiscales, los cuales fueron sustituidos de forma irresponsable a través de emisiones de billetes del Banco Nacional. Además, el Decreto 260 suspendió la convertibilidad del billete con la promesa de pago de

⁷⁹ El autor Thomas Fischer realiza una serie de objeciones a la metodología del censo, como, por ejemplo, que este no tenía en cuenta las ocasiones en las que se ocupaban distintos oficios simultáneamente, como, por ejemplo, terrateniente y comerciante. (Fischer, 1999) pese a lo anterior, el censo se aproxima más a los datos sobre la ocupación de las personas si se tiene en cuenta que los censos publicados desde 1825 hasta 1870, estaban atravesados por obstáculos que le daban inexactitud al dato, como por ejemplo, la escasa eficacia administrativa del Estado, la ausencia de funcionarios suficientemente preparados en lugares separados de las ciudades, las diversas guerras civiles, la alteración de votaciones y datos por cuestiones políticas, que daban paso a la poca credibilidad de los Censos (Melo, 1989: 66).

⁸⁰ Una de las batallas más crueles registradas fue la batalla de Palo Grande. A propósito de la batalla de Palo negro el coronel Duque Ramírez en sus memorias expresa lo siguiente ¿Quién podrá describir todo lo que allí pasó? nadie. sólo teniendo el don de la ubicuidad, de otra manera parece imposible estar en todos los incidentes de una batalla. Harán relaciones más o menos exactas y cada cual dará razón del punto por donde le tocó combatir y lo que abarcó con su vista, pero ¿cuántas otras cosas permanecerán ignoradas? ¿Cuántos hechos heroicos ocultos? ¿Cuántos muertos que no merecen ni siquiera el honor de figurar en el parte de la batalla y que sólo aparecen con el nombre anónimo de desaparecido? (...) muchos más son los que recuerdo que me parece largo enumerar (...) Largas, muy largas fueron nuestras veladas en las noches tenebrosas de Palonegro, cuyo aterrador campo no se borrará jamás de mi memoria (el Cr. Duque Ramírez p33)

una prima del 12%, cuando se restituyera la convertibilidad, lo que técnicamente convirtió al billete del Banco Nacional en un documento de deuda pública. Por otra parte, el Decreto 104 declaró unidad monetaria y moneda de cuenta al billete de un peso del Banco Nacional; y el Decreto 448 de 1886 declaró que los billetes del Banco Nacional circularían bajo fe y responsabilidad del gobierno (Correa, 2011)

Ahora bien, para sostener la guerra y así generar un clima de confianza en medio de las dificultades propias de estos enfrentamientos armados, se emitieron billetes sin un control particular a manos del Banco nacional. En este contexto de guerras civiles encontramos como consecuencia directa la inflación por la emisión de billetes, generando así un clima de alta incertidumbre económica. El Banco Nacional fundado en enero de 1881, se vio enfrentado a varias dificultades por la emisión ilegal de billetes que llevaron a liquidarlo en 1894. En un tono irónico Garcés escribe lo siguiente a propósito de esta situación.

Durante el primer mes de la existencia del Banco, ósea en enero de 1881, la circulación de billetes aparece en el Balance por valor de \$ 980, y ya en Julio siguiente figura por valor de \$ 215.145. El señor Gerente mereció aplausos de la misma Junta de que él hacia parte. (...) Hasta el 31 de diciembre de 1891 el Banco había cambiado en moneda de 0,500 la suma de \$ 3.200,000, y bajo ese supuesto demostramos de acuerdo con el Balance del Banco en aquella fecha que la suma de billetes emitidos clandestinamente era la de \$ 5.569,111-21 Debe agregarse á esta suma el resto de moneda de 0,500 cambiada posteriormente. 800,000-00. Total, de la emisión clandestina, \$ 6.369,111-021/2 (Garcés, 1892, pp 12, 156).

Con un clima bélico como el de finales de siglo y bajo fuertes amenazas al orden público, la parte económica y fiscal del país se resintió de manera desastrosa. En este escenario, la economía del país estaba dirigida en mayor medida al pago de la guerra, al control del costo de la vida y a la exportación de café que lograba generar confianza en el campo económico y con la cual el gobierno perseguía la modernización capitalista que le permitiera al país conectar las dinámicas económicas nacionales con los referentes internacionales en el intercambio de productos.

Ya para 1896, la división entre nacionalistas (promotores de las políticas la regeneración) y los históricos quienes promovían algunos cambios frente a estas reformas, se haría oficial con el documento titulado *motivo de disidencia o manifiesto de los 21*. Con Miguel Antonio Caro en la presidencia y con las pretensiones de mantenerse en el poder plantea una estrategia política: antes de las elecciones de 1898, decide dimitir en 1896 y en su lugar colocar al general Guillermo Quintero Calderón, quien prácticamente lo traiciona, nombrando en su gabinete al señor Abraham Moreno, fiel representante del historicismo. Como malhadado signo de traición fue considerado por Caro este acto de independencia del general Quintero, por lo que de manera inmediata decidió retornar a la presidencia a los 5 días de haberse retirado, quedando inhabilitado como candidato al próximo periodo presidencial, con lo que debió cambiar su estrategia política (Jaramillo, 1989, p70)

Acompañado de controles electorales, contradicciones políticas en 1898 es elegido como presidente Manuel Antonio San clemente y vicepresidente el hombre de letras José Manuel Marroquín, quien asumiría la presidencia debido al estado de salud del presidente elegido. En medio de una controversia, por las medidas adoptadas en contra de las políticas de la regeneración, que ahora encarnaba el propio Miguel Antonio Caro, San clemente se ve obligado a regresar de su natal Buga a la capital para desmontar la abolición de los impuestos a la exportación de café y la derogación de los caballos, ley conocida como la supresión de libertad de prensa que se había estipulado contra la oposición. Con un gobierno dirigido desde ambalema (Tolima), los históricos y los liberales se deciden entonces por la guerra con un golpe de estado dado a San clemente en Bogotá el 31 de julio de 1900.

Algunos recuerdos asociados a esta experiencia de guerra se hacen evidentes en algunos apartados del libro *Gruta simbólica y reminiscencias del ingenio y la bohemia en Bogotá* de José Vicente Ortega Ricaurte y Antonio Ferro (el Jetón) donde reviven una escena urbana dentro de un café bogotano denominado la Botella de Oro. En el segundo de estos recuerdos se menciona lo siguiente

Estando yo en “La Botella de Oro” en el atrio de la Catedral, oí un cañonazo que anunciaba la salida de don Guillermo Quintero Calderón de la Presidencia de la República. Era el año de 1895.

El señor Quintero sólo había durado 5 días como Presidente.

Y está demostrado que el señor Caro resolvió volver a Palacio por miedo a la traición que pudiera hacerle don Abraham Moreno, designado Ministro de Gobierno por Quintero Calderón.

Lo cierto fue que al oír el cañonazo Mc. Douall, lleno de pavor me preguntó: -¿Qué pasará? Y yo poniéndome en pie y quitándome el sombrero, dije:

“- ¿Qué nos anuncia el cañón?

-¿Qué Caro tumbó a Quintero.

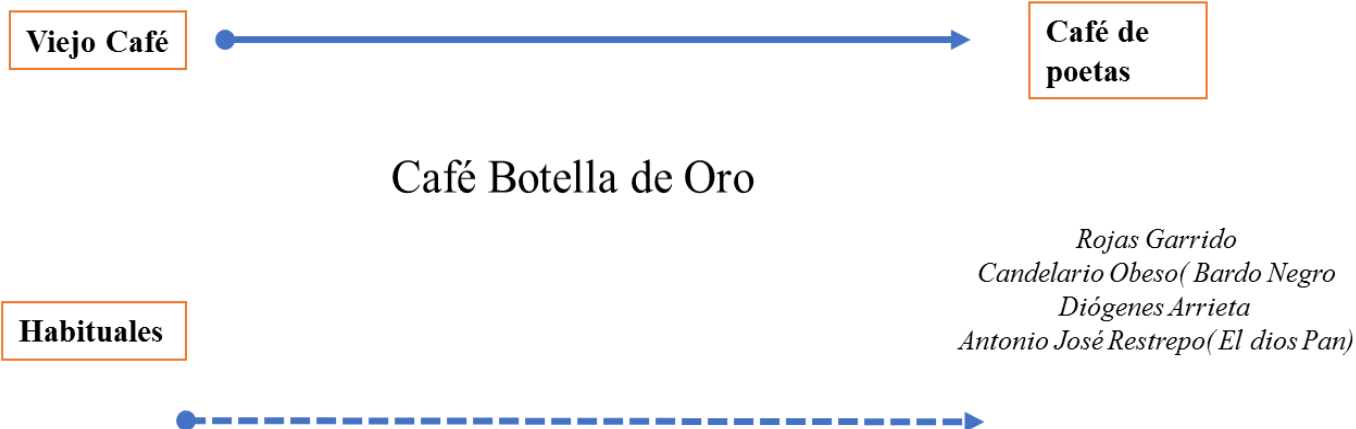
Quitémonos el sombrero...

Pasó una administración.”

(Ricaurte y Ferro, 1952, p68)

La visión de Julio Vives

Seudónimos: José Velásquez García, Conde de Casanegra, Fray Cepillo, Juan Ruiz, K Odack, Luis Obando, Andrés Votino



Gráfica 21. Café la Botella de Oro.

Estos fragmentos asociados al chispazo bogotano que se caracterizó por el verso libre y espontaneo de un grupo de escritores agrupados alrededor de una tertulia conocida en la época como la Gruta simbólica, permitió pensar en la consolidación de una posible bohemia bogotana. Digo posible bohemia en la medida en que este grupo literario no logro imponer su estilo de vida como un habitus deseable, ni como arte de vivir. Más allá de definir la especificidad del hombre de letras y de su errancia por la ciudad, esta tertulia promovió esa antigua práctica de reunión al interior de las viviendas.

Con este panorama político, la dinámica de la ciudad entro en el toque de queda y en el resguardo de la actividad cultural nuevamente al interior de las viviendas. Sin duda uno de los factores que detuvo la aparición de los cafés en la ciudad fue la ausencia de vida nocturna en la ciudad. La falta de dinámica nocturna en el espacio social y urbano bogotano, con la excepción de las pulperías, y las representaciones teatrales o líricas en el coliseo, explican de acuerdo a Mejía (2009) la ausencia casi absoluta de cafés, restaurantes y otros lugares similares. En este orden de ideas vale la pena advertir lo siguiente:

Otras características de la vida citadina ayudaron a mantener igualmente la imagen conventual que Bogotá había adquirido desde tiempos remotos(...) por ejemplo, la costumbre de los habitantes de recluirse temprano en sus viviendas; segundo la ausencia casi total de vida nocturna hasta los años ochenta del siglo XIX, debido a la escasez de teatros, restaurantes, cafés y otros sitios de esparcimiento, con la salvedad de las pocas fiestas y visitas vespertinas que se realizaban entre los sectores acomodados, y de las casas de juegos y prostíbulos que, aunque prohibidos, siempre existieron en los fondos de las chicherías y en las lejanas casas de los arrabales; tercero las modas que imponían los colores oscuros en los vestidos de hombres y mujeres; y, cuarto, la sobrevivencia de ritmos pausados en la apreciación del tiempo y de la realización de las actividades tanto productivas como cotidianas (Mejía, 2009 p169)

Pese a que se presentaron estas prácticas incipientes de la vida urbana, lo que físicamente ralentizó su generalización fue la ausencia de vida nocturna en la ciudad y la tendencia de los habitantes de entrar temprano en sus viviendas. Se esperaba que, con la implantación del alumbrado en Bogotá a través del gas, se produjera un cambio relevante.

No obstante, el espacio social y urbano ante la precariedad de su economía, que se reflejaba en su bajo presupuesto, encomendaba la transformación del espacio urbano a aquellos miembros de la clase alta quienes, a partir de su posición, podrían asumir estos proyectos, aunque no de la mejor manera. En este sentido se ofrece a don Nicolás Pereira Gamba, empresario de la época, la implementación del alumbrado a gas. Para esta empresa, funda la sociedad anónima colombo-americana que empezó a funcionar pese a múltiples dificultades, como la guerra civil de 1876. Para el año de 1880, los accionistas no habían recibido ningún dividendo de sus acciones (Iriarte: op.cit.128).

En este contexto económico aparecen otras iniciativas privadas para la transformación del espacio urbano bogotano con la implantación del alumbrado público.

En agosto 4 de 1886, el Gobierno Nacional firmó el contrato sobre la explotación del privilegio para el alumbrado eléctrico de la ciudad de Bogotá con el señor Rafael Nieto París, quien lo traspasó en marzo de 1887 al señor Camilo A. Carrizosa; Carrizosa a su vez lo cedió a Otero & Cia. y Víctor Cordovéz en marzo de 1888, quienes, por su parte, lo entregaron a la sociedad Ospina Espinosa Guzmán, en octubre de este año, con consentimiento del Gobierno". Esta sociedad instaló finalmente el servicio de alumbrado público en la ciudad de Bogotá, inaugurándolo el 7 de diciembre de 1889. Finalmente, el siete de diciembre de 1889 se exhibieron en inauguración cuatro lámparas en la plaza principal, de las cuales una no funcionó, otra se instaló en la estación del Ferrocarril y dos más en la empresa de alumbrado. La gente quedó satisfecha. Para enero de 1,890 ya se había inaugurado el alumbrado en los barrios de la Catedral y del Parque de Santander; se continuaba con el resto del montaje, pero el servicio era deficiente. En enero de 1895, ante la turbación del orden público, el territorio de Cundinamarca fue declarado en estado de sitio y la empresa pasó a ser administrada por el Ministerio de Guerra que designó al Señor Vernagno para que, asumiera la vigilancia y garantizara el funcionamiento de la planta de alumbrado en las noches de toque de queda. (Toro Botero, 1984, pp117, 123,131)

Producto del toque de queda, la gruta simbólica sesiono en la casa del médico Rafael Espinosa en la actual calle 17 con Cra 5. En la casa número 203, se reunían constantemente por lo menos una vez a la semana para compartir las producciones literarias y tener contacto con las producciones artísticas provenientes de Europa. Con una clara influencia del

simbolismo francés, la tertulia acoge este nombre en su intento de emular algunas prácticas literarias extranjeras. Al tratar de seguir esas pautas del artista que vive como quiere, algunos representantes de la gruta Simbólica intentaron fomentar mediante las tertulias y un estilo de vida unas formas legítimas de estar en la ciudad.

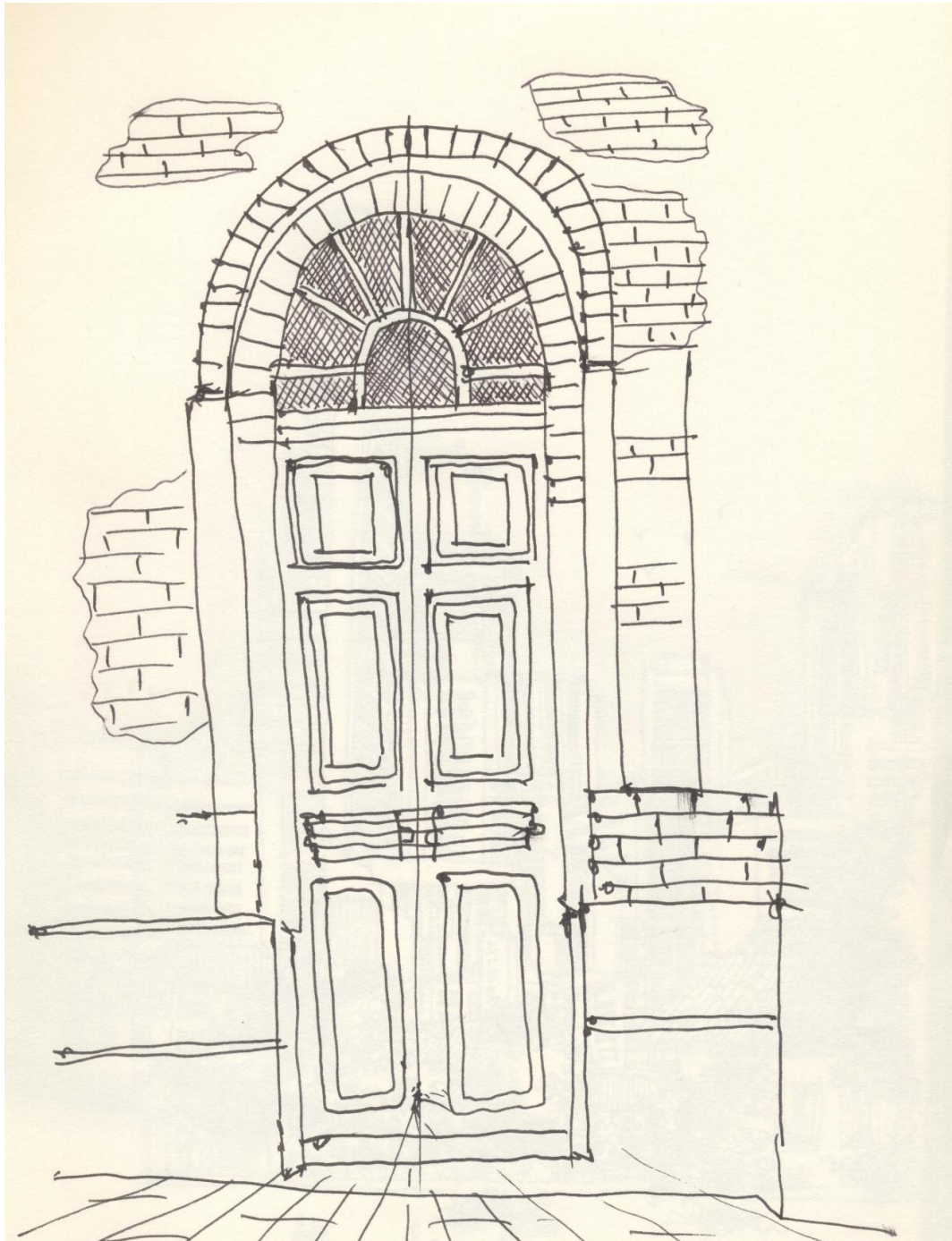


Ilustración 21. Ilustración realizada por el arquitecto Miguel Payán Aparicio.

El nacimiento de la tertulia se asoció a una práctica de ocultamiento de consumo de licor. Los fundadores de la gruta simbólica habían estado bebiendo, desde temprano en un lugar cercano a la catedral de Bogotá conocido como la puerta falsa, cuando fueron interceptados por una patrulla militar, se dirigieron a la casa del médico Rafael Espinosa Guzmán, con el pretexto de una enfermedad. Según Guarín (2011) las regulaciones sobre el consumo de alcohol entre la elite eran escasas gracias a que muchos de los personajes encargados de los impuestos a los licores hacían parte de la elite. El consumo de licores finos, nunca fue perseguido como la chicha, este consumo para las clases altas se circunscribía a espacios privados. En este sentido, Pulperías, tiendas y chicherías no solo eran para las clases populares, sino que además era mal visto, desde la sanción moral para aquellos que los frecuentaban. El autor describe y explicita estas formas de ocultamiento y silenciamiento de estas prácticas, que invisibilizaron y justificaron las prácticas de las elites En primer lugar, en esta dinámica que restringía el consumo de chicha y aceptaba el consumo de licores extranjeros se presentó una distinción en el uso del lenguaje, la cual asumía la diferencia entre la borrachera y la embriaguez dependiendo de la clase social. El consumo de licor se asociaba a una serie de palabras que encubrían el hecho inmoral con el manto de actividades meramente sociales Ágape, tenuta, alzada, chupipanda, corrientazo y chispazo (p54)

En el marco de la plaza había dos establecimientos muy frecuentados por poetas y artistas y que, como todos los sitios nocturnos de diversión, estuvieron obligados a cerrar al caer la tarde. Sin embargo, estos locales consiguieron conservar sus clientes ofreciéndoles a puerta cerrada, claro, y con la condición de no ser delatados, servicio corrido hasta la madrugada del día siguiente. Eran la Botella de Oro (que compartía el atrio de la Catedral Primada y su pequeña hija barroca Sagrario) y los portales, que desapareció con el incendio de las Galerías el 31 de mayo de 1900 (Serpa, 1993, p593).

Los puntos de reunión más frecuentados por los integrantes de la Gruta, cuando no sesionaban, fueron:

1. La cantina de Pacho Angarita, calle 13 entre carreras 6ª y calle real
2. La cantina de Pacho Jiménez, Barrio de las Nieves
3. Las Fosas, restaurante popular de mala muerte frente al cementerio central, calle 26
4. La Rosa Blanca, calle 12 entre 6ª y calle Real
5. La rueda de Ferris, tienda en la plaza de las cruces
6. Los eucaliptos, piqueteadero a la orilla del antiguo camino de San Cristóbal
7. La Gaieté Gauloise (la alegría Galesa llamada la gata Golosa) al oriente en el sitio de Agua Nueva
8. La botella de Oro, atrio de la catedral.
9. La Paloma, piqueteadero al norte, calle 69 con el Camino Real
10. La Gran Vía, Carrera 7ª entre 17 y 18 de propiedad de Manuel Murillo

Datos tomados de (Serpa, 1993, p593, 594)

Monje Pulido (2011) plantea que el antecedente de los Cafés fueron las reuniones y las tertulias llevadas a cabo por la gruta simbólica donde se recitaba e improvisaban versos al fragor de la guitarra y donde además se cantaba. A las reuniones de la gruta también asistían miembros de la prensa para registrar las sesiones que posteriormente traducían y publicaban. En efecto, los sitios de reunión de la gruta simbólica fueron los cafés *La Botella de Oro* y *La Gran Vía*.

Una figura representativa de esta tertulia fue Julio Flórez, grabador, músico y poeta, quien en alguna medida representaba un cambio en los valores y en las formas simbólicas que entronizaba su poesía popular. Sin embargo, frente a estas manifestaciones de rebeldía y transgresión de unas formas legítimas de la cultura, aparecen las posiciones que defienden a ultranza el lenguaje

En la vida intelectual de Bogotá existían dos grupos bien definidos: los estereotipados, señores serios y trascendentales que comentaban a Nietzsche y a Barrés, y estudiaban cuidadosamente las traducciones que llegaban de Verlaine y de Rimbaud a quienes leían primero en su idioma original (...) y los de abajo. Los bohemios. Los que vivían felices en un mundo de retruécanos y chascarrillos y hacían poemitas subjetivos, sin demasiada

trascendencia, de los calificados como menores. Dueños de un ingenio pasmoso, cifraban su orgullo mayor en el repentismo. Había sin embargo entre los dos grupos, un cierto respeto. Y sobre todo lo tuvieron hacia Flórez los del lado serio como el señor Miguel Antonio Caro, quien, pese a saber al poeta enemigo de sus ideas políticas y de que había entre el estilo científico, académico, frío que a él distinguía y la fácil y populachera poesía de Flórez una distancia abismal no dudó en remitirle un mensaje, cuando apareció su primer libro(.) desde mi ocaso literario felicítolo con un piropo igualmente bello respondió el destinatario: Los genios como usted no tienen ocaso (Restrepo Duque 1972, pp16,17)

Estos grupos, como los denomina Duque, eran más bien unas posiciones bien definidas en relación a la configuración del hombre de letras. La idea de bohemia más allá de constituir una heterodoxia que quebrara la lógica bien definida de un grupo de gramáticos y filólogos asociados al poder, se constituyó en un grupo falto de disciplina, con una producción cultural basada en el repentismo y en las pocas posibilidades de traducir y controvertir los valores de una sociedad conservadora.

Al respecto Iriarte escribe lo siguiente de los miembros de la Gruta Simbólica

Fueron todos morbosamente proclives a la línea de menor resistencia. Eran brillantes sin la menor duda, pero indisciplinados hasta extremos caóticos: entonces lo que quedó de ellos fueron flores de un día, fueron castillos de arena naipes condenados desde los inicios de su construcción a no resistir indemnes pasos de unos pocos lustros (p227)

En cambio, la posición que representó este grupo asociado a las formas correctas del decir, exaltaba el trabajo disciplinado. Bajo una acumulación de capital cultural que los vinculaba con las traducciones, el manejo del latín y las formas correctas de la escritura, lograron reafirmar una práctica lingüística que se constituyó en un estilo de vida deseable, que pronto dejaría dividendos políticos. En efecto, además de la veneración que profesaban por el lenguaje, estos hombres de letras, lograron una conexión directa con el poder desde las formas más clásicas y respetables del lenguaje.

Esta práctica lingüística convirtió el uso del lenguaje en un objeto relacionado con las lógicas del poder en la defensa del idioma. Por ejemplo, el conocimiento de galicismos, provincialismos y toda serie de herramientas gramaticales, eran permitidos y asumidos dentro de la actividad política. No era extraño que, en la defensa y el ataque, las correcciones en el lenguaje fueran una de las armas más contundentes a la hora de la legitimación política. De esta manera, en la actividad política de los diferentes congresos, transitaron, por medio de la difusión en los periódicos de la época, estas luchas lingüísticas- políticas.

Asociada a la práctica bogotana de visitar piqueteaderos y comer chicharrones, estas formas que adquirió el lenguaje como arma política se asocia con la figura de la pluma y la espada. Don Tomas Rueda rememora algunas de las prácticas bogotanas desde un relato llamado a vuelo de pájaro donde ensalza las costumbres bogotanas desde la independencia haciendo una analogía entre la espada y la pluma.

muchachos, a comer esta tarde pan fresco a Popayán – les dice por toda arenga Nariño a sus soldados (...) lo mismos exactamente lo mismo que cualquiera de nosotros puede decir en una tarde clara de diciembre a cuatro amigos: Vamos a comer chicharrones a Egipto, o a piquetear en la Gata Golosa (...) y sin embargo, aquellos muchachos toman las ciudades, cruzan los páramos, atraviesan los ríos en taravitas y se hacen matar, ebrios de entusiasmo, bajo la mirada tranquila y juguetona del alegre parejo de las tertulias bogotanas, del amigable componedor de querellas, que solo es cruel cuando se descíñe la espada y empuña la pluma para defenderse atacando. Empuña la pluma, decimos, porque por una singular contradicción, muy bogotana, por cierto, la pluma en sus manos tornarse en espada (Rueda 1954 p142)

Ahora bien, desde el establecimiento de la Academia Colombiana de la Lengua, estos miembros de número lograron una vinculación con las decisiones políticas del precario Estado Colombiano. De acuerdo con Deas (1993) una evidencia contundente del poder que llegarían a tener estos gramáticos fue su dominio en el poder sobre todo desde 1886 a 1930. De acuerdo con Llano (2012) La prominencia de gramáticos y filólogos en la vida política del país, se puede evidenciar en la producción lingüística de diccionarios y obras asociadas con el lenguaje, donde se postulan como los más aceptados y representativos Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro.

Estas formas clásicas de legitimación de la cultura, estaban lideradas por un grupo de eruditos asociados al poder político: Los letrados. Esta identidad dominante buscó fortalecer un proyecto cultural que asumió en tanto requisito de distinción de la herencia idiomática y la conexión con el pasado español, a través de unas formas morales y de modales que no sólo afianzaron la adscripción a una comunidad política, sino que a través de la educación y las buenas maneras persiguió un tipo de modernidad cultural frente a la influencia de una parte de la élite bogotana, que privilegió los desarrollos materiales provenientes de la experiencia europea (Llano,2013).

Ahora bien, el origen cultural y social de estos hombres prolíficos, donde el linaje no estaba asociado con la acumulación de riquezas, busco el fortalecimiento de las letras a través de la educación que muchas veces asumió el autodidactismo. Esta dinámica social controvirtió con aquellos capitales económicos que buscaban posicionar un tipo de hombre de negocios, dedicado a hacer fortuna bajo los circuitos del capitalismo Así, con un capital cultural fortalecido, ante tales cambios económicos y sociales se presentaron resistencias en el plano de la cultura, donde la élite aristocrática en especial, procuró distanciarse de la necesidad por medio de la creencia de la reconversión de sus titulaciones y sus talentos en capitales enteramente simbólicos, que tuvieran la facultad de consagrar socialmente al agente como un hombre prestigioso que goza de buen nombre. De allí que estos capitales culturales, entre ellos la acumulación de educación, se alejan de la lógica económica de acumulación y consumo para buscar el reconocimiento social de sus talentos, como ciudadanos desinteresados, no dependientes de la economía para subsistir, sino de la experiencia acumulada en el plano de la cultura (Llano, 2012).

Esta práctica lingüística, que según Jaramillo (1998) se caracterizó por la conversación, la lectura en voz alta y la recitación, tuvo un desarrollo en medio de las transformaciones económicas, sociales y culturales de la ciudad, donde no solamente se buscaba la proyección de una imagen erudita de la ciudad conocida como la Atenas Suramericana para hacerle frente a la naciente burguesía bogotana, sino que por medio de la censura, el insulto, la descalificación y la clasificación social, los letrados intentaron

transgredir estos cambios mediante la imposición de criterios coloniales, a saber: la limpieza de sangre, el orgullo de linaje, y el prejuicio social, convirtiendo el uso correcto del lenguaje en un mecanismo para impedir el cambio y suprimir otras identidades culturales que intentaban posicionarse en la ciudad (Llano, 2013).

Desde un escenario de la producción cultural más bien precaria, la producción de ensayos y poesía se habían consolidado no solo como tendencia literaria sino como un operador político. Ante la ausencia de un periodismo fuerte, la producción cultural estuvo más bien reducida a unos pocos letrados quienes establecieron y estructuraron un capital cultural asociado al uso correcto del lenguaje. Por ejemplo, esto se hizo evidente desde el oficio del periodismo, donde aparecían los ataques políticos bajo una pulcritud lingüística que muchas veces se constituían en ensayos y en estudios literarios⁸¹.

La prensa diaria es un medio formativo de primer orden en todo país nuevo. Por entonces aparecían en Bogotá nada menos que de veinte a treinta publicaciones periódicas, tanto políticas como de contenido científico, pero sólo una salía diariamente. Muchos de los periódicos políticos tenían una brevísima existencia, desapareciendo ya al segundo o tercer número. Como los periódicos no podían vivir del mismo modo que los nuestros, o sea a base de noticias del día y telegramas, concentraban su energía en los artículos de fondo, en estudios literarios, traducciones, desahogos líricos y crónicas locales (Rothlisberger p1896)

En efecto, los periódicos que más duraron, lo hicieron por espacio de cinco años y fueron el Neogranadino y el Tiempo. Además de esto, las producciones para este tiempo apenas comenzaban a incrementarse. Si bien es cierto que entre las décadas de 1830 (89) a 1870 (114) el número de publicaciones se incrementó aproximadamente un 22% no resultó un aumento en las publicaciones definitivo. Esto demuestra que la empresa literaria apenas

⁸¹ No suma treinta nombres la lista de los grandes ensayistas colombianos en el Siglo Diecinueve. José Eusebio Caro, José María Torres Caicedo, Ulpiano González, Joaquín Posada Gutiérrez, José María Vergara y Vergara, José Antonio de Plaza, José María Quijano Otero, Manuel Ancizar, Felipe Pérez, Salvador Camacho Roldán, Manuel Uribe Ángel, Manuel María Madieto, Miguel y José María Samper, Soledad Acosta de Samper, Ezequiel Uricochea, Rufino José Cuervo, Florentino Vezga, Cerbeleón Pinzón, Miguel Antonio Caro, Rafael Núñez, Carlos Cuervo Márquez, Isidoro Laverde Amaya, Federico Cornelio Aguilar, Ángel Cuervo, César C. Guzmán, José Manuel Groot, Medardo Rivas, Eugenio Ortega, Vicente Restrepo, entre no muchos otros intelectuales que legaron un importante trabajo cualitativo de ensayos sobre diversas materias (Santos:2007p3)

se encontraba en ciernes y solo hasta la década del noventa (1890- (293)) se presenta en el país un aumento significativo de la producción cultural, duplicando la producción de la época anterior (Villalobos: 1994)

Sin embargo, el papel periódico ilustrado fue una excepción sobre la producción cultural de la época, que como ya se ha mencionado tenía por característica tener poca continuidad. En efecto, donde mejor se logra comprender el alcance de la pulcritud lingüística en una publicación prácticamente apolítica fue el proyecto editorial denominado *papel periódico ilustrado* que apareció a finales del siglo XIX. El director de esta publicación fue el bogotano Alberto Urdaneta Urdaneta, junto con sus colaboradores el grabador español Antonio Rodríguez y Manuel Briceño, tuvo en las ilustraciones un componente determinante que abrió paso a los magazines culturales para tomar distancia del periodismo de filiación política⁸². Tal como sostiene Vallejo (2010) los textos publicados, literarios, periodísticos o informativos no eran plataformas de discusiones políticas o de agresiones partidistas, esta característica apolítica del papel periódico ilustrado, donde primaba la pulcritud lingüística y la remuneración de los artículos publicados, tomó la forma de un álbum nacional de la independencia para mostrarle al mundo lo mejor de los paisajes nacionales y sus talentosos artistas.

Según Vallejo (2010) a finales del siglo XX se requería una consolidación de una historiografía literaria nacionalista que contribuyera al fortalecimiento de una conciencia nacional. Se esperaba que esta producción literaria fortaleciera los mitos fundacionales de la joven República que se estaba afianzando. Vale la pena aclarar que, en estos procesos de construcción de la identidad cultural de la nación, la ciudad de Bogotá se consolidó como un referente cultural importante dentro de un proyecto de nación que siguió los ideales de la civilización amarrados al progreso material para modernizar a Colombia.

82 Este cambio en el direccionamiento de las producciones culturales hacia lo apolítico resulta determinante si se tiene en cuenta que la producción de ensayos para el periodo de 1850 y 1865 fue la más destacada, ya que, los objetivos de la elite bogotana, estaban precisamente orientados a consolidar las empresas ideológicas que los intelectuales proyectaron en la utopía liberal y la arcadía helena católica. En este sentido, la oligarquía colombiana no producía novelas se creía que las novelas y el género novelístico, no contribuían significativamente a la empresa ideológica, a la política de la clase alta o a la elite intelectual. El ensayo político, por el contrario, tenía un impacto mucho más pronunciado (Llano 2013 citando a Raymond: 1991p. 44)

Aunque los intercambios lingüísticos necesitarán de la industria literaria para lograr la consolidación de estos agentes culturales como literatos de profesión, es decir, que con sus producciones resolvieran sus condiciones de existencia, el panorama que se presentaba seguía consolidando el estilo de vida hidalgo, con un fuerte desapego a lo material:

“Un día, en un salón de Nueva York, una dama argentina, que tiene un sitio elevado y merecido en la jerarquía intelectual de nuestro país, recibía una numerosa sociedad sudamericana. Rafael Pombo estaba allí. ¿Qué hacía en los Estados Unidos? Había ido como cónsul, creo; un cambio de política lo dejó sin el empleo, que era su único recurso, y como no quería volver á Colombia, donde imperaban ideas diametralmente opuestas á las suyas, tuvo que ingeniarse para encontrar medios de vivir. ¡Vivir, un poeta, en Nueva York! ¡Me figuro á Carlos Guido en Mánchester! Pombo, como Guido, nunca ha tenido la noción del negocio y tengo para mí, que allá en el fondo de su espíritu, ha de haber una sólida admiración por esos personajes opacos que logran, tras un mostrador, labrarse, con la fortuna, la deseada independencia de la vida. ¿Qué hacer? Hombre de pluma, vivió de su pluma. No creáis que como periodista ó corresponsal. Con más suerte que Pérez Bonalde, el admirable poeta venezolano, el único que ha vertido á Heme dignamente al español y que hoy fabrica con toda tranquilidad en Nueva York los avisos de la casa Lanmann y Kemp en siete idiomas, Pombo se puso al habla con los editores Appleton & Co., que entonces publicaban esos cuadernos ilustrados, con cuentos morales, que todos hemos visto en manos de los niños de la América entera (Cané: 1901)

No obstante, Pombo se negó a varias editoriales, para la publicación de sus poesías a las cuales les daba un valor inmaterial:

“Rafael Pombo, á pesar de las reiteradas instancias de sus amigos y de ventajosas propuestas de editores, nunca ha querido publicar sus versos coleccionados. Tiene horror por la masa y cree que pocos son los poetas que resisten á un análisis del conjunto de sus obras. Opino como él; aunque lleve la firma fulgurante de Víctor Hugo, un grueso volumen de poesías aterra.

En este sentido aparece otro poeta Bogotano quien únicamente publicó dos poemas, pero que alcanzó fama de poeta lírico tiempo después. Se trata de Diego Fallón quien publicó, un canto a las rocas de Suesca y otro a la luna; sin embargo, esta valoración del producto cultural, tendría una incidencia importante en el alejamiento del literato con el político y el hombre de negocios. Con esto demostraba el poeta, que no era necesario publicar volúmenes enteros para lograr la consagración:

La prosa vulgar se traga, como el pan común; pero una crême fouettée insípida... no. Detesto el mal verso y me es una fatiga enorme la lectura de esos volúmenes, rimados que no dejan preocupación ni agitación; prefiero las dos composiciones de Fallón a la mayor parte de los gruesos tomos de versos que han hecho gemir las prensas de la América española y de la España misma (Cané: 1901)

Sin duda alguna, para estos hombres de letras consagrados, su ocupación referente a la práctica lingüística, no tenía mucha relación con la acumulación de capitales económicos que resolvieran su estilo de vida. Lo anterior lo vemos presente con la formación de algunos hombres eruditos, que gracias a su capital cultural ocuparían grandes posiciones, posterior al régimen radical⁸³. En el caso de Cuervo el viajero A. Hettner se manifestó:

“Cuervo, autor de un diccionario enciclopédico del idioma español elogiado también por las revistas literarias alemanas, era cervecero de profesión y, como tal, hasta obligado al principio a tapar a mano él mismo las botellas que contenían su producto. Tan solo en sus horas libres pudo dedicarse a la obra de su afición, con la consecuencia de demorar la conclusión de ella hasta cuando la renta de su fortuna reunida como empresario le permitía vivir económicamente libre en Europa (Hettner: 1882)

Por último, las rentas y las herencias generalmente resolvían las condiciones de existencia de estos personajes para su dedicación a las letras y de este modo a la consolidación de la lengua legítima. En efecto, la producción y oficialización de un discurso legítimo, frente a

⁸³ Deas pone el ejemplo de la carencia de dinero de personajes como Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro y José Manuel Marroquín, que ejercerían el poder a partir de 1885. “aunque ellos iban a ejercer el poder y a establecer una hegemonía a partir de 1885, no se trataba de hombres ricos. Algunos de ellos habían conocido la pobreza en carne y hueso.

otros capitales puestos en juego, era una tarea que se debía emprender a pesar de circunstancias adversas de escritura.⁸⁴ En este sentido era de real importancia, la conexión del ascendiente español y sus formas de habla, con la capital, que debía seguir el paradigma civilizatorio distinguiendo, lo culto de lo vulgar.

A finales de siglo XIX aparece en este escenario una de las primeras novelas modernas. En el espacio social y urbano bogotano, este fenómeno se presentaría en la figura de José Asunción Silva, con su novela *En De Sobremesa*, que para algunos críticos será el primer ejemplo cabal hispanoamericano de este tipo de “novela nueva”. Según la expresión de un ensayo señero de Rodó, esta oposición en cuanto a los rasgos de novedad de las demás artes se ve caracterizada así:

“En vez de las prostitutas y de las cocineras, de los ganapanes y de los empleadillos que ganan cien pesetas al mes, deléitanse los novelistas en pintarnos grandes damas que se mueven en suavísimos ambientes, magas que realizan los prodigios de los antiguos teúrgos y sabios que poseen los secretos supremos. Tórnase la música de sensual modulación que acariciaba los oídos y sugería voluptuosas tentaciones, en misteriosa voz que habla al cerebro; pasan místicas sombras por entre el crepúsculo que envuelve las estrofas y toman forma en los lienzos, las visiones del más allá. Los exploradores que vuelven de la Canaán ideal del arte, trayendo en las manos frutas que tienen sabores desconocidos y deslumbrados por los horizontes que entrevieron, se llaman Wagner, Verlaine, Puvis de Chavannes, Gustave Moreau. En manos de los maestros la novela y la crítica son medios de presentar al público los aterradores problemas de la responsabilidad humana y de discriminar psicológicas complicaciones; ya el lector no pide al libro que lo divierta, sino que lo haga pensar y ver el misterio oculto en cada partícula del Gran Todo (Minnemann: 1996)

⁸⁴ El argentino miguel Cané, tiempo después plasmaría la condición del escritor colombiano, aludiendo a las dificultades, que se le presentaban para desarrollarse como escritor: “Siempre he mirado con un supremo respeto al distinguidísimo escritor colombiano que tiene, como Prometeo, la cadena que lo aferra y el buitre que lo devora, sin que su espíritu decaiga un instante. En su soledad, vive la vida intelectual del mundo entero y con el cuerpo marchitado para siempre, conserva la frescura de la inteligencia. ¡Bendecidas sean las letras que así suavizan los dolores de la existencia! (Cane: 1901)

En la novela de Silva se puede ver claramente, las paradojas a la que se ve sometido uno de los personajes (José Fernández de Sotomayor), quién heredando la cultura aristocrática y una gran fortuna, se ve enfrentado a desligarse de ella a causa del exceso de placeres al que se había acostumbrado. José Fernández de Sotomayor, heredero de un apellido de renombre y de una gran fortuna. En el inicio de la novela su amigo Oscar Sáenz, tratando de explicarse porque José había abandonado la poesía, responsabiliza de ello al exceso de placeres al que su amigo se había acostumbrado:

En síntesis, este tipo de novela nueva representaba la autonomía del escritor desligado de la política, lo que evidentemente constituía, una nueva configuración de la personalidad literaria capaz de criticar, los sentidos legítimos de un campo literario establecido: "En manos de los maestros, la novela y la crítica son medios de presentar al público los aterradores problemas de la responsabilidad humana y de discriminar psicológicamente sus complicaciones: ya el lector no pide al libro que lo divierta, sino que lo haga pensar y ver el misterio oculto en cada partícula del Gran Todo"(Silva: 1993)

Finalmente, desde la imposición de su estilo de vida que se desplegaba a la búsqueda de algo que le diera sentido a su existencia, José Fernández Sotomayor, ensayaba todas las posibilidades de la sociedad mundana que lo llevaban a la experimentación de todas las posibilidades que brinda dicha sociedad y al final solo encuentra su satisfacción en el recuerdo del amor de su amante preferida, Helena (Jaramillo: 2002, 128); pero es tal vez en la crítica a la crisis del siglo XIX, donde Silva pudo contrarrestar la existencia formal de sus opositores que ocupaban una posición legítima. Con impresionante lucidez Silva se refirió a la crisis de la modernidad en varios poemas: la respuesta de la tierra, el mal del siglo, capsulas. Este último se cierra así:

Luego, desencantado de la (vida)
Filosofo sutil,
A leopardo leyó, y a Schopenhauer,
Y en un rato de Spleen,
Se curó para siempre con las (cápsulas)

*De plomo de un fusil*⁸⁵

De esta manera, con la aparición de unas formas modernas de producción cultural y con la figura descollante de José Asunción Silva en el plano de la cultura, se dibuja con claridad en el espacio social y urbano bogotano la figura del señorito bogotano que mantenía unas formas nobiliarias de la cultura, pero que, en el caso de Silva, se distanciaba del cachaco bogotano y de las formas correctas de la versificación, lo cual le traería varios contradictores, pero también varios seguidores.

De acuerdo con Jaramillo (1998) la Bogotá del siglo XIX era la de los “doctores” instruidos que tomaron el altozano para desarrollar hábitos de conversaciones ceremoniosas y elevadas. La invención del epíteto pueda atribuirse a la eufórica nativa bajo la modalidad de anécdotas caballerescas que registraron autores de fines de siglo XIX como Laureano García Ortiz, José J. Casas o Ismael Enrique Arciniegas (Jaramillo, 1998, p. 472). Casas, por ejemplo, escribe una anécdota sobre el poema la luna de Diego Fallón, donde en un momento de euforia por lo literario, Ricardo Silva imprime todo el poema y lo reparte a los ciudadanos; la anécdota corrobora que a la mañana siguiente ya lo sabían de memoria varios ciudadanos como por ejemplo José María Rojas Garrido, contertulio del mosaico quien recitaría el poema en voz alta a Ricardo Silva.

Sin embargo, en el momento poético (silencio) no había lugar a divergencias, el tedio de los caballeros, lo abanicos de las mujeres, los cuchicheos de los jóvenes, todo quedaba en silencio, ante los gestos del poeta. El más grande recitador de la segunda mitad del siglo XIX en Colombia fue José Joaquín Ortiz y su fama llegó a ser superada a finales de siglo solo por Guillermo Valencia (p. 471). La estrofa predilecta de Ortiz fue la de Silva cuya extensión y combinación de heptasílabos y endecasílabos, le permitía producir imágenes visuales y apóstrofes para el auditorio junto con efectos sonoros como la alteración, la enumeración, la exclamación y la repetición (479).

⁸⁵ En qué medida lo que podría interpretarse como una cuestión de información literaria y erudita se transformó también en un drama personal que influyó en la decisión final del suicidio, el secreto que Silva se llevó consigo el 24 de mayo de 1896 (Jaramillo, 2002, p129)

En fiestas patrias como la del 20 de julio, subía Ortiz a tribuna para recitar poemas dedicados a Bolívar o a Colombia. Las aliteraciones (ruido de música guerrera) los sonidos vibrantes y oclusivos (torrente, acrecentado, despeinado, rugiente) apelaciones a lo público ¿no oís? ¿no sois más cerca ya? e imágenes visuales (ved más allá, enhiesta y sola... la inmortal bandera, todas estas formas estaban en los poemas de Ortiz criticados por perderse en exceso de palabras, pero que si se trataba de privilegio e recitado eran necesarias. En este sentido, Ortiz escribió un tratado de recitación llamado “lectura y recitación” el autor toma como fuentes a Cicerón y Quintiliano” (p. 480). En el siglo XIX el medio de difusión más importante de la poesía fue la recitación (el recitador exhibía su arte).

Según el autor, aunque la vida intelectual pública fuese importante, la vida intelectual privada seguía permaneciendo en todos los ámbitos del que hacer intelectual bogotano. A finales del siglo XIX existiría diversos géneros retóricos como el arte de la conservación, la lectura en voz alta y la recitación de poesía que determinará la manera de leer, de discutir ideas, de comentar libros, de hacer crítica literaria en Colombia. Estas formas se desarrollaron entre la vida intelectual privada y la precaria vida intelectual pública. El modelo de conversación de los cachacos tenía un origen francés (L'art de la Causerie) y funcionaba según Silva (el poeta) en no agotar nunca un tema sino pasar intempestivamente a otro para tener pendientes a los oyentes a través de la anécdotas profundas e insignificantes para alejarlos de controversias.

En el arte de la conversación, el cachaco que era su representante, Miguel Cané lo definía como una calavera de buen tomo, alegre, decididor, con entusiasmo comunicativo. La recitación determinaba el éxito de un poema, era su prueba de fuego. Marco Fidel Suarez hizo un análisis gramatical de *Pax*. En este análisis de la novela de Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot se critica la recitación de José Asunción Silva quien representa un hombre presunto llamado S.C. Mata (ese Mata). La forma de recitación de Mata no era como debía ser como la atención del público.

Finalmente, en cuanto a la aparición de escenarios de sociabilidad e intercambio cultural como los cafés, al retomar el hilo argumentativo, se puede decir lo siguiente: en el

espacio urbano bogotano de finales del siglo XIX se empiezan a hacer evidentes unos lugares de encuentro que podrían ser considerados los primeros cafés de la ciudad. No obstante, esta connotación de cafés que adquirieron estos espacios distó para esta época de las significaciones de un espacio de producción cultural por cuatro razones fundamentales. En primer lugar, porque como espacios asociados a una dinámica urbana caracterizada por un ritmo lento y un desarrollo urbano precario, estos espacios pasaron desapercibidos y no lograron constituirse en verdaderas innovaciones para la ciudad. En segundo lugar, con un espacio urbano con escasas posibilidades de lo público, estos lugares quedaron rezagados al escenario de lo íntimo bajo una naturaleza semipública. En tercer lugar, porque en un espacio social y urbano jerarquizado, la dinámica económica, no permitió, que estos cafés se convirtieran en lugares de intercambio de información económica, ni mucho menos, de intercambio de la producción cultural. En cuarto lugar, porque algunos de estos lugares fueron muy cercanos a las chicherías, que eran consideradas por las clases dominantes, como espacios poco atractivos para exhibir, los sentidos de la modernidad, incluidos los intercambios en las modas literarias.

En quinto lugar, asociado a la producción literaria otro problema que fue escondido y en pocas ocasiones visibilizado fue el problema de uso de morfina y heroína entre los jóvenes de las clases altas. El consumo de drogas estaba asociado con la actividad intelectual y de manera más estrecha con la literatura y la poesía (ver el caso de la novela Pax y la novela de sobremesa de José Asunción Silva) una evidencia de este consumo y de esta práctica de silenciamiento fue el descubrimiento de estos lugares de consumo

Así, a relación de prácticas literarias con la aparición de los primeros cafés en el espacio urbano bogotano a finales del siglo XIX, inicialmente se vinculó con la visibilización de un grupo de escritores que, en busca de intercambios culturales, terminaron por asumir el carácter soterrado de unas prácticas culturales proclives a la intimidad. Aunque con excepciones, la vida de café permitía los encuentros nocturnos a puerta cerrada, no fue del todo visible en el espacio social y urbano de finales del siglo XIX, estas prácticas culturales, como prácticas legítimas. Más que afianzarse en la vida cultural y urbana, estas prácticas fueron objeto de críticas de unas posiciones legitimadas en la cultura y en la política como

los letrados, que manteniendo las formas clásicas del lenguaje se retrajeron en la vida de la académica.

Los cafés como espacios de la producción cultural (1910-1938)



"LA GRAN VIA", cantina que fué fundada hace treinta y cuatro años por el señor Manuel Murillo. En la puerta aparece el propietario.

El hábito de concurrir al café, no ha sido parte de nuestras costumbres. No sucede lo mismo en España, en donde todos los ciudadanos pasan gran parte del día en el Café, centro de todas las actividades. Los emborrionados de cuartillas, especialmente, son parroquianos obligados de tales sitios y por eso, los entrevistadores profesionales, al relatarnos la vida y milagros del dramaturgo, el poeta o el novelista famoso, nos hablan de sus cafés favoritos. Las anécdotas de café, son la salsa picante de esas entrevistas.

A pesar de no existir entre nosotros esa españolísima costumbre, los amigos de las bellas letras, han acostumbrado en Bogotá reunirse en las cantinas, para cambiar ideas alrededor de unas copas de "bon vino", como diría un amigo de las frases añejas.

"La botella de oro" y las cantinas de las galerías fueron los centros en donde lucieran su ingenio, Antonio José Restrepo, Candelario Obeso, Cesar Compto, el Indio Uribe, Julio Añez y otros muchachos varones de parecida envergadura.

La modesta cantina de Agustín Nieto, situada frente a la puerta principal de Santo Domingo, era el altar en donde oficiaba Rojas Garrido, cuando le rendía culto al dios Baco. Allí iban los admiradores del gran tribuno a escuchar sus grandielocuentes peroraciones.

En la época de la última guerra civil y en los años siguientes, la "gran vía", fue el cenáculo del grupo literario en que descollaron Julio Florez, Soto Borda y Álvarez Henao.

Mundo al día, 23 de enero de 1926, p 16

Estos recuerdos asociados a la connotación de cantinas que habían adquirido los cafés bogotanos desde finales del siglo XIX, muestra con claridad el carácter desdeñable de una práctica cultural poco valorada en el espacio social y urbano bogotano. Aunque la presencia de algunos grupos literarios como la Gruta Simbólica fuera evidente, ese reconocimiento del café como espacio de la producción cultural se perdía en las connotaciones de lugares sórdidos y de mala reputación. A pesar de esto, los cafés como espacios de la producción cultural tuvieron su época dorada luego de la primera década del siglo XX bajo unas condiciones económicas, sociales y culturales, que permitieron su consolidación como espacio de tertulias e intercambio cultural. Muy cercana a las prácticas del periodismo moderno, las prácticas culturales asociadas al hombre de café aparecen gracias a unas condiciones que permitieron su legitimación. Estas condiciones económicas, sociales y culturales convirtieron al café en un espacio de reunión, de intercambio cultural y en algunas ocasiones en espacios para la producción cultural. Todo lo anterior permitió que el café se constituyera además en un espacio proclive a la formación artística de algunos personajes que provenían de provincia e intentaban insertarse en la vida cultural capitalina. En efecto, el café luego de la primera década del siglo XX, se constituyó en un espacio formativo para todo aquel aspirante a convertirse en escritor.

El paso obligado por el café, ya fuera de personajes provenientes de la provincia e incluso extranjeros que venían a buscar suerte en la capital, se convirtió en una práctica cultural que tomó fuerza con la inserción del café en los mercados internacionales y con una asimilación tardía de la práctica de consumo del famoso tinto bogotano (así se le suele llamar al café en Colombia). Cabe anotar que estas formas de consumo de café como práctica cultural moderna, entró en controversia con el generalizado consumo de chocolate, que como ya se ha mencionado en los capítulos anteriores, era sin duda una práctica arraigada en el universo bogotano y en las formas culturales coloniales. Todo lo anterior permitió que los cafés empezaran a visibilizarse más allá de la función social que habían adquirido a finales del siglo XIX.

En este sentido, un cambio importante que se requiere destacar es sin duda el paso de los cafés como lugares de encuentro, a los cafés como espacios de la producción cultural. Esta transformación se presenta además bajo un cambio en la estructura de ciudad con la circulación de bienes de consumo que intentaron resquebrajar los antiguos patrones culturales afirmados en las tradicionales formas coloniales. De este modo, estos cafés que aparecen como espacios de la producción cultural en el espacio social y urbano bogotano a partir de la primera década del siglo XX se encontraron en medio de las transformaciones urbanas de un paisaje urbano, que una parte de la elite bogotana intentaba reconvertir a unas formas modernas de estar en la ciudad con la incorporación de modas y formas más visibles de la cultura europea.

Así lo demuestra la influencia de la publicidad con la promoción de nuevos productos de consumo y la apertura de nuevas casas comerciales, que, junto a los escenarios urbanos más tradicionales como las iglesias y las plazas, daban la impresión de un espacio urbano entremezclado de elementos tradicionales y modernos. Sin un agenciamiento contundente en la apertura pública del espacio urbano y sin una clara muestra de modernizar algunos espacios de la ciudad con la incorporación de escenarios como los cafés, estas innovaciones modernas, quedaron más bien refrenadas entre por lo menos dos posiciones de la elite bogotana que reclama por una parte, una ruptura definitiva con las formas clásicas de la cultura y otra parte de la elite bogotana, que no siendo ajeno al cambio, intentaron asumir las nuevas formas modernas de pensar la ciudad y la ciudadanía bajo los órdenes de la tradición.

Estas contradicciones en los programas nacionales que se proyectaban a la reorganización del espacio social y urbano bogotano, ubicaron a los cafés en medio de diferentes contiendas por las formas legítimas de asumir la ciudad. Sin un marcado desarrollo urbano y con la incapacidad de un Estado quebrado por la guerra, la poca posibilidad de asumir cambios en el espacio público quedó refrenada. Algunas innovaciones ya referidas como la introducción de materiales y nuevos estilos arquitectónicos, no pasaron de erigir algunos edificios modernos y embellecer las casas quintas, ubicadas a las afuera de la ciudad. Si bien la burguesía ascendente en el espacio social y urbano bogotano encontró las condiciones propicias para hacer de su forma de existencia una visión del mundo urbano

deseable, paradójicamente otro sector de la identidad dominante ofrecía resistencia para la objetivación de estas intencionalidades.

Ya para las primeras décadas del siglo XX, el universo social bogotano presenció cambios intermitentes relacionados con nuevas configuraciones en los estilos de vida. Estos patrones de comportamiento agenciados por una burguesía bogotana y, se debatieron entre las formas más estilizadas de la moda francesa, los consumos de bienes suntuarios y unas de vivir la ciudad soportadas en el paradigma civilizatorio y otras formas mucho más tradicionales apegadas a las formas clásicas del comportamiento y el decoro y, sobre todo, reafirmadas en la conexión con España y el valor dado al uso correcto del lenguaje. Ahora bien, vale la pena aclarar que bajo estas transformaciones que se inscribieron en las dinámicas de modernización del espacio social y urbano bogotano, ambas formas de ser en la ciudad, persiguieron bajo el ideal del progreso, la prosperidad económica.

En estas contradicciones económicas, sociales y urbanas los cafés se entremezclaron con los signos y los cambios de un espacio social y urbano en pleno proceso de transformación. Estas formas soterradas y casi que clausuradas que adquirieron los cafés en el espacio social bogotano no le restaron el carácter de espacios de la producción cultural, en la medida en que lograron visibilizar por primera vez estas posiciones que intentaron quebrar un modelo cultural predominantemente clásico, basado en las formas correctas del decir.

Al tener en cuenta que en los capítulos anteriores se evidenció la manera en que los cafés fueron apareciendo como espacios de encuentro desde la segunda mitad del siglo XIX, lo que explicita este capítulo, precisamente es la aparición y legitimación de los cafés como espacios de la producción cultural. Esta aparición solo se concretará después de la primera década del siglo XX, bajo unas condiciones económicas, sociales y culturales favorables para un cambio en estructura social y urbana por medio de la modernización y el despliegue de un discurso capitalista. Así, estas condiciones permitieron el paso de los cafés como espacios de encuentro a espacios de intercambio cultural sobre todo desde la segunda década del siglo XX.

Los cafés y el consumo de café

Las condiciones económicas que posibilitaron la aparición de los cafés como espacios de la producción cultural se asoció a un auge en las exportaciones cafeteras con la vinculación de comerciantes a las dinámicas del capitalismo y a los circuitos de la industrialización. De esta manera, esta apertura en el mercado, trajo consigo unos beneficios económicos con los cuales se intentó, por parte de la elite bogotana, transformar la estructura social y espacial de Bogotá. Para mayor claridad frente a este asunto se realizará a continuación un explicitación de los principales momentos de este cambio de las dinámicas económicas cafeteras y la lenta incorporación del consumo de café en la vida nacional.

En este orden de ideas, lo primero que se requiere tener en cuenta es el cambio económico que se estaba produciendo. Un viraje en política económica nacional, se hizo visible para Bogotá, de manera más evidente, a partir de 1905, en el gobierno de Rafael Reyes, ya que una vez terminada la *Guerra de los Mil Días*, la confianza en un clima de “reconciliación nacional”, como la confirmación del proteccionismo como política económica, generaba un ambiente positivo para la industria. Además de esto, el café ya se avizoraba como el producto de exportación que iba a conectar la economía colombiana con el sistema económico internacional. Una vez superada la recesión provocada por la guerra civil ya mencionada, el café comenzó a mostrar serios dividendos económicos.

“En 1905 se exportaron 30.486 toneladas por valor de \$ 4.8 millones, el 39.2 % de las exportaciones. La exportación se mantuvo baja hasta 1911 en que se comenzó a presentar un nuevo auge; en 1912 se exportaron 55.993 toneladas por valor de 16.8 millones, lo que significaba nuevamente más de la mitad del valor total de las exportaciones, un 52.1%” (Tovar, 1999 p10)

En efecto, durante el periodo de la regeneración, es posible que la introducción de papel moneda, con el consecuente desplazamiento del oro y la plata, más la inseguridad que creaba, produjese una reorientación de los activos hacia inversiones un poco más seguras, como en los bienes raíces y en la ganadería; ello también debió contribuir a las inversiones del café y posiblemente en la actividad industrial (Tovar, 1999 p 32)

El auge de una industria y una nueva contradicción: Cafeteros sin hombres de café

Mucho más ligado al ámbito rural que al urbano, la producción cafetera se desarrolló en la región andina, principalmente en regiones agrícolas y no agrícolas de Antioquia, Caldas, Cundinamarca, los Santanderes, Tolima y el Valle del Cauca. Sin convertirse en el único producto de exportación, los campesinos parcelarios como principales productores de café, practicaron la recolección manual de una industria atrasada sin mayores inversiones en lo tecnológico (Arango, 1981). Esta transformación de un mercado cerrado a una economía capitalista, que además introdujera: la acumulación de capital dinero, la apertura de un mercado de consumo de bienes manufacturado, el desarrollo del transporte, el desarrollo de un grupo de empresarios, se presentó en gran medida por la fuerte vinculación de una economía cafetera con los procesos de industrialización, que cabe mencionar se desarrolló en medio de un lento proceso de urbanización en las principales ciudades del país.

Tal como sostiene Arango (1981) aunque la intensificación de la producción de café desde 1865 había permitido una notable acumulación de capital dinero en los comerciantes exportadores del grano, el aumento de peones desposeídos en el campo aumento dirigiéndose a la búsqueda de trabajo en las principales capitales del país. En efecto, esta expropiación aceleró el proceso de urbanización en las ciudades de acuerdo a las siguientes cifras:

Mientras los jornaleros representaban el 14.6% de la población activa nacional en 1912, la participación de los obreros y peones era ya del 37% del total en 1938. Paralelamente a lo anterior avanzaba la urbanización, como lo expresa el notable aumento del porcentaje de la población de las principales ciudades capitales con respecto al total de sus departamentos; así, Barranquilla paso del 42.6% en 1912 al 56.7% en 1938, Bogotá paso del 16.9% al 28.1%, Cali del 12.3% al 16.6% y Medellín del 10 al 14.2%, entre los mismos años (Arango, 1981 p25)

Lo que era de esperarse era que el aumento de la migración de habitantes de las zonas rurales a las principales ciudades del país acelerara el proceso de urbanización. Las condiciones que propiciaron la aparición de los cafés como escenarios de la producción cultural, estuvieron vinculadas desde lo económico, con una expansión paulatina de la

producción cafetera y un lento proceso de industrialización en el país. Desde estas explicaciones, se puede comprender que la aparición de los cafés como espacios modernos se vincula tardíamente a un lento proceso modernizador que empezó a generar a finales del siglo XIX una serie de requerimientos para las ciudades. Los centros industriales como Medellín, Bogotá, Barranquilla y Cali empezaron a exigir del sector agrícola suministro de alimentos y algunas materias primas para el sector, así como la construcción de calles, viviendas, edificios públicos, escuelas parques, plazas de mercado; el suministro de los servicios de acueducto, alcantarillado, electricidad, transporte etc. (Tovar, 1989, p19).

La naturaleza del negocio cafetero (tamaño y localización geográfica) no llegaba a modificar las relaciones sociales, sino que se adaptaba a las mismas. Muy a pesar, la esperanza creada por los mercados internacionales tuvo efecto sobre la composición de identidades sociales en un mundo lento, de tipo rural. La economía se volvió monetaria, la tierra adquirió valor, se abrieron carreteras y prosperó el pequeño comercio. Y sucedió con estos cambios un ciclo de transformaciones sociales propias de la historia económica desde los tiempos de Adam Smith: los hacendados cafeteros adquirieron posición social y poder político, mientras que los terratenientes sin capital y sin espíritu empresarial quedaron marginados. El mundo mercantil se abrió paso y el comercio empujó transiciones importantes para la industria cafetera (Salazar 2011).

La apertura de estos espacios de sociabilidad en un comienzo no se relacionó directamente con el consumo de la bebida. En este proceso de modernización económica, los cafés emergen desligados de la producción cafetera en la medida en que las prácticas de consumo de la bebida, no se asociaron directamente a la producción del grano. Con un paulatino aumento en el consumo nacional, el café no constituyó una bebida emblemática en las principales ciudades del país. Lo que resulta paradójico para un país como Colombia es que los agentes sociales antes de asumir una práctica de consumo de café en el ámbito nacional, buscaron que el desarrollo de una industria cafetera estuviera mucho más ligada a la exportación del grano en el ámbito internacional.

En 1872–73 se exportaron 7.364 toneladas de café por valor de \$ 1.9 millones, lo que significaba el 18% del valor total de las exportaciones(...) entre 1887 y 1896 se vivió un

nuevo auge cafetero, hasta llegar en este último año a representar el 56.3 % de las exportaciones (...) en 1905 se exportaron 30.486 toneladas por valor de \$ 4.8 millones, el 39% de las exportaciones pero en 1912 se exportaron 55.993 toneladas por valor de \$ 16.8 millones, lo que significaba nuevamente más de la mitad del valor total de las exportaciones, un 52.1% y para 1919, la participación había ascendido al 68.7%(Tovar, 1989, pp 9, 10)

Si bien, no existe una relación directa entre el desarrollo de la industria cafetera y la aparición de los cafés en el espacio social y urbano bogotano, es importante decir, que el aumento de la exportación del café además de soportar la economía nacional, logró propiciar campañas y artículos de prensa animando a los ciudadanos al consumo de la negra y sutil bebida. Para 1920 cuando la exportación cafetera representaba casi el 70% de las exportaciones del país, apareció un artículo en la revista semanal ilustrada Cromos donde se animaba el consumo nacional del café

El primero y más gustoso consumidor de café debe ser el mismo país que lo produce. Las razones son obvias: ante todo porque es un buen acto de nacionalismo y esa no más bastaría; luego porque el artículo es excelente, porque se puede consumir a bajo precio, porque es una bebida alimenticia y tónica, y porque es un enemigo notable del alcohol(...) como bebida saludable no se podrá señalar ninguna otra superior al café: a más de sus propiedades alimenticias tiene la virtud de estimular convenientemente los nervios, mantener en lucidez y actividad las facultades mentales, reanimar los músculos, dar bríos y buena disposición para el trabajo(Cromos, Vol. IX, marzo 20 de 1920, p 145)

A pesar del aumento de la producción de café en el país, la brecha frente Brasil era abismal. De acuerdo con Murgueitio, (2007) desde finales del siglo XIX, los dirigentes brasileños eran conscientes de la posición que gozaba su café en los mercados mundiales. Cincinato Bragga, representante de Sao Paulo en la legislatura nacional y vocero influyente de los intereses cafeteros, había mencionado con frecuencia que, “el monopolio de Brasil en el mercado mundial debería servir como instrumento económico para aumentar los ingresos elevando los precios en el mercado internacional”. Augusto Ramos, profesor y consultor en materia cafetera, propuso algo semejante tras realizar una serie de visitas a los demás

productores de café de Hispanoamérica. Sus conclusiones se resumen en que, “Brasil no tiene competidores y seguirá sin competidores en el mundo” (p 27).

Frente a la producción cafetera de Brasil que sumaba aproximadamente 5.500.000 sacos de 60 kilos, con una media de 12.057.000, la producción de café colombiano no representaba mayor peligro frente al mayor productor del mundo. Sin embargo, se buscaba por los medios de difusión que la publicidad no se hiciera tanto por la cantidad sino por la calidad del producto

Queda por hacer una labor de propaganda especial sobre el café colombiano, cimentándola en esa fama que la calidad ha creado a favor suyo. Tal propaganda encierra un objeto de grandísima trascendencia, como es el de ensanchar separadamente la oferta y la demanda de nuestro artículo, para independizarlo, hasta donde sea posible, del mercado general y sus contratiempos (Cromos, Volumen IX marzo 6 de 1920)

Precisamente, un artículo del profesor Augusto Ramos fue publicado en la revista Cromos de septiembre de 1922. En este artículo se mostraba como gran avance el posicionamiento de Colombia frente a los demás países de América latina, exceptuando a Brasil. La presentación de los datos excluyendo a Brasil, mostraba una economía cafetera sólida y en ascenso. De un total de 4.325.000 sacos, Colombia había producido en el último quinquenio 1.000.000 sacos. “De manera que tenemos una producción de sacos de café, sin contar la brasilera, de 5.575.000, término medio anual” Información telegráfica digna de ser acatada, recibida hace pocos días, indica para el año en curso una producción colombiana de 1.600.000 sacos. Ahora bien: el aumento del consumo mundial puede ser calculado por lo menos en un 2 por 100 anuales, pues solo Estados Unidos, cuyo consumo actual es casi la mitad del consumo del mundo (9.500.000 sacos en 20.000.000), el porcentaje de aumento en los diez últimos años fue 50 por 100(6.250.000 sacos en 1911 y 9.500.000 en 1921(Cromos Volumen XXVI septiembre 9 de 1922).

Otro dato que podría tenerse en cuenta se encontró en un artículo titulado *la producción del café en Colombia* en el periódico Mundo al día en mayo 1924 donde se expresa lo siguiente

Según los cuadros estadísticos o fiscales de los Estados Unidos, Colombia, que ocupa el segundo lugar entre los países que envían allá su café, contribuyó en febrero de 1923 con doce millones ciento treinta y dos mil cien (12.132.100) por valor de \$ 2.053.277 y en febrero de 1924 con 17.180.698 libras por valor de \$3.062.647; lo que da un aumento, de mes a mes, del 50 por 100 en el valor del grano llevado de nuestro país; la exportación de Colombia a estados unidos valió en febrero, del presente año,\$8787.673 y en los ocho meses anteriores, ósea de julio de 1923 a febrero de 1924 \$ 33.141.845 para el mismo mes y el mismo periodo, respectivamente; valió \$ 1.835.183 y \$ 14.108.537; lo queda en esos ocho meses un saldo favorable a Colombia de \$9.032.808. (Mundo al día de mayo de 1924 p 5,6)

Pese a estar por detrás de la producción brasilera, la bonanza cafetera era un hecho. Producto de estos ciclos extractivos se presentó una importante concentración de riqueza, a pesar de la inconstancia de las exportaciones. De acuerdo con Chavarro y Llano, (2010) fueron múltiples las incidencias de esta coyuntura económica para la ciudad de Bogotá. En primer lugar, la permanencia de una élite rentista que ahora se veía beneficiada por la bonanza del café, la cual concentró sus propiedades en el departamento de Cundinamarca. En segundo lugar, algunos de los comerciantes, entusiasmados por los éxitos económicos de las élites rentistas invirtieron sus capitales en la tierra. En tercer lugar, los excedentes que acumulaban las élites rentistas se convirtieron en capitales eficaces para activar la adormecida industria bogotana.

Este ligero crecimiento de la industria Bogotana se mostró mucho más visible en las industrias alimenticias con dos casos representativos. La fábrica de cerveza Bavaria, fundada por el señor Leo S. Koop, en 1889, y la empresa de chocolates Chávez y Equitativa. La aparición de las industrias le imprimía alguna dinámica al aletargado universo social de la época. Leo Kopp, un representante de las preocupaciones filantrópicas de la época, se preocupó por darle un espacio a quienes eran sus obreros, de esta forma la ciudad observaba el surgimiento del primer espacio físico dirigido a un grupo social en especial: Los obreros, dando orígenes a el barrio Unión Obrera –posteriormente conocido como Perseverancia- y mostrando las intenciones de la burguesía Bogotana de quebrar el modelo de proximidad espacial de la ciudad.

Por su parte la fábrica Chávez y Equitativa “ofrecía a sus trabajadores escuela nocturna, servicios médicos, plan de jubilaciones y caja de ahorros” (Iriarte: Op. Cit. p185), cambio visible para las condiciones de trabajo del pasado siglo diecinueve. El precario modelo hacendatario, se mostraba en oposición a un modelo capitalista, el cual hacia adelantos para nominar un nuevo grupo social dentro de la ciudad a través de nuevos escenarios como la educación y la salubridad. La cerveza producida por Francisco Stevenel y expedida en la fonda “la rosa blanca, la fábrica de don ángel y Rufino cuervo en 1871, que significo la redención económica de la familia y que vendieron al señor Mamerto Montoya. La de Clausen en Florida Blanca en 1886 y la Cervecería alemana Kopp & cia instalada en el socorro en 1887, fueron cercanos antecedentes de la fundación de Bavaria

Lo que resulta interesante en esta apertura de fábricas es el carácter que seguían conservando algunas fábricas frente a prácticas asociadas a las formas correctas del lenguaje. Por ejemplo, en 1924, la fábrica Nacional de café promociona el siguiente concurso

CONCURSO DE LA FABRICA NACIONAL DE CAFÉ

La “Fábrica Nacional de café” establecida en Bogotá, abre desde hoy 22 del presente un Concurso para premiar con \$15.00 \$ 10.00 y diez libras de “Café Superior “las tres mejores composiciones en verso que se envíen alusivas a las marcas del café “superior,” “Aromático” y “popular”. Las bases del concurso son las siguientes:

- 1. La composición puede ser en el metro que se quiera, pero no puede exceder de catorce versos (renglones)*
- 2. El concursante rotulará así su cubierta de envío: “Señor Administrador de la Fábrica Nacional de café, calle 13, número 321.” Dentro de esa cubierta enviará la composición firmada con pseudónimo, dentro de la cual escribirá muy claramente el nombre y apellido del autor.*
- 3. Un jurado calificador, compuesto de tres personas nombradas por la fábrica, decidirá cuáles de las composiciones han merecido, a su juicio, los premios designados. Estas composiciones serán publicadas en uno o varios periódicos de la ciudad con los nombres y retratos de los agraciados, si éstos lo permiten, haciéndoles saber a los autores que pueden ocurrir a la fábrica a percibir los premios señalados. Los nombres y apellidos de quienes se presenten con tal carácter,*

deberán ser los mismos que aparezcan dentro de las cubiertas rotuladas, con sus respectivos pseudónimos. Sin este requisito no serán atendidos.

4. *La composición puede referirse a una, a dos a las tres marcas Superior, Aromático y Popular.*
5. *Las cubiertas contentivas de los nombres de los concursantes, excepto las de los premios, serán incineradas sin abrirlas; pero la fábrica se reserva el derecho de publicar a su elección las composiciones de tales concursantes, con los pseudónimos o sin ellos.*
6. *El concurso quedará cerrado definitivamente el 20 de abril próximo fecha hasta la cual se recibirán las composiciones que han de entregar en dicho concurso.*

(Revista Cromos 25 de marzo 1924 p 4)

De acuerdo con Tovar (1989) esta acumulación de dinero producto de la exportación cafetera aportaba capital para la inversión en los primeros establecimientos industriales a finales del siglo XIX y se mantuvo así, durante las primeras décadas del siglo XX. Como producto de la expansión de la economía capitalina se amplió la gama de posibilidades que desarrollaron los habitantes de la ciudad (Mejía, p265). De esta manera, industrias como Bavaria adquirieron preponderancia a finales del siglo XIX bajo la transformación industrial donde apareció un grupo de empresarios que convirtieron los negocios familiares en grandes empresas, así como la incorporación de formas modernas de prestación de servicios médicos, de ingenieros y abogados (Serna, 2001).

Sin embargo, estos avances industriales no significaron la marginación del gremio de los artesanos, quienes continuaron siendo una fuerza presente en la vida de la ciudad, la cual convivió con estos pequeños embates industrializadores. Por demás se observa un esfuerzo por consolidarse como grupo social, tal como se había observado con la creación en 1906 del instituto de artesanos que buscaba mejorar los niveles educativos de sus miembros. Dentro de los esfuerzos mencionados, puede nombrarse la creación de sociedades benéficas instauradas por ellos mismos, en ocasiones en connivencia con la Iglesia; un ejemplo representativo lo tenemos en la creación del círculo de obreros en 1911, el cual estaba liderado por el padre José María Campoamor (Fundación Misión Bogotá, 1989 pp36-38)

Si bien la producción del café impactó directamente el desarrollo industrial en el país, no se pueden desconocer algunas cuestiones que se vincularon al lento proceso de industrialización. Estas demoras en el proceso modernizador podrían explicarse en parte por tres razones fundamentales. En primer lugar, por las diferencias de la elite en cuanto a las formas de asumir el desarrollo económico del país. En segundo lugar, por las constantes guerras civiles que atravesaron el siglo XIX. En tercer término, por un lento proceso de desarrollo industrial en las zonas rurales y en las ciudades, que en términos culturales se relacionó con un crecimiento de los productos de importación y la adopción de patrones culturales extranjeros, que, hacia por lo menos de Bogotá, una ciudad más consumidora que productora.

De acuerdo con Melo (2002) para finales de la década de 1920 el país entraba en una fase de desarrollo económico acelerado, y en especial del sector industrial moderno. Se había creado un mercado interno significativo y un mercado de mano de obra asalariada. El Estado tenía por primera vez instrumentos para influir seriamente en la marcha de la economía e intentaba intervenir en la regulación de los conflictos laborales y sociales, aunque su presencia real se limitaba a las zonas urbanas y sus áreas inmediatas de influencia (p236)

Finalmente, aunque el proceso modernizador se viera influenciado desde comienzos del siglo XIX con el ideario político liberal y la búsqueda de una soberanía popular, lo cierto es que esta coincidencia de objetivos políticos mantuvo ciertas diferencias dentro de la elite. Mientras que los esfuerzos modernizantes liberales propendían por un proyecto más radical en cuanto al distanciamiento de la iglesia y el Estado, el uso de la escuela como dispositivo cultural para la transformación de la mentalidad popular y la importación de modelos políticos y jurídicos, otra parte de la elite mucho más conservadora perseguía un proceso modernizador que pretendía mantener las estructuras de autoridad y mentalidad tradicionales del país como por ejemplo, el peso de la iglesia, el dominio político de los propietarios, la usencia de movilización popular y el uso de la educación para la educación religiosa y la promoción de instituciones para mantener el orden social(Melo, 2002, p232). Así, las confrontaciones entre la misma elite, orbitaron entre mantener una unas estructuras conservadoras en lo económico, o desplegar nuevas posibilidades comerciales desde una economía monetaria. De acuerdo con Tocancipa (2015) en la medida en que el país avanzó

en la producción cafetera, también empezaron a surgir los primeros establecimientos dedicados a la venta de café y que trataban de establecer una separación tajante con las chicherías y misceláneas coloniales donde se combinaba la venta de toda clase de artículos con el consumo de bebidas alcohólicas (p58)

Los cafés en medio de las innovaciones económicas sociales

Los cafés que empezaron a desplegarse por la calle séptima, se encontraron rodeados de toda suerte de bienes de consumo que empezaban a circular por los diferentes almacenes de la ciudad. Con los bienes ofertados en la ciudad empezaron a involucrarse nuevos sentidos de lo moderno y lo distinguido, al señalar formas de conversión de patrones de la vida social y pública. Un ejemplo de lo anterior lo representa la apertura de almacenes llamados *de un centavo a un peso*. Esta iniciativa se debió a la firma Carrizosa, Herrera & Compañía integrada por tres jóvenes bogotanos, señores Fernando y Agustín Carrizosa y Roberto Herrera de la Torre, quienes abrieron este almacén en el Edificio Hernández como una de las primeras iniciativas de ofertar mercancías a las clases populares

En una nota realizada por la revista Cromos en 1916 se presentaba en tono lírico y en reflexión poética una solución a las contradicciones sociales del drama social de las clases populares al acercarlas al consumo y a la adquisición de bienes de consumo

La hija del obrero que se extasía contemplando la joya que exhibe artística vitrina y que ella nunca podrá lucir; ese agujón no herirá más el corazón de la humilde griseta bogotana que contemple las elegantes vitrinas de los almacenes de un centavo a un peso: el deseo que nazca de la contemplación de los hermosos objetos que ostenta podrá ser satisfecho porque cualquiera de ellos será fácilmente adquirido con las economías de una semana en su modesto salario (p187)

En el gobierno de José Vicente Concha, se lanzó la primera guía promocional del País llamada *el libro Azul de Colombia*. En esta iniciativa del gobierno colombiano y sobre todo de la elite del país, proponen un escenario comercial muy al estilo europeo y estadounidense, donde aparece nuevamente la promoción del almacén de un centavo a un peso de la firma

Carrizosa, Herrera y Cia, con sede en Bogotá, Colombia y en el 309 de Broadway, Nueva York

Merced al contacto directo en que, mediante su sucursal de Nueva York, se hallan con los mejores fabricantes y exportadores de los Estados Unidos, han logrado poner al alcance de todo el mundo artículos de primera calidad, muchos de los cuales no podían comprarse antes sino a muy altos precios (Libro Azul de Colombia, 1918 p370)

Si bien es cierto que estos almacenes habían empezado a aparecer en el espacio social y urbano bogotano, a finales del siglo XIX, en el cambio de siglo, sobre todo desde las primeras décadas del siglo XX se hacía mucho más evidente su influencia en la promoción de mercancías y en las formas de incentivar el consumo. Un ejemplo de lo anterior se puede encontrar en la publicidad de la época. Aunque hay que advertir que la producción de medios impresos en Bogotá durante la década de 1880 era escasa, al realizar el rastreo, se encontraron cuatro medios informativos impresos para este año (Diario de Cundinamarca, Periódico de la Defensa, Periódico el deber y Periódico el Telegrama), ahora bien, el número de publicaciones impresas permaneció constante durante los siguientes seis años.

Para esta época la publicidad, especialmente de productos y escasamente de servicios, en estos medios se realizaba de manera descriptiva generalmente extensa y haciendo énfasis en los atributos de los productos, especialmente si estos eran importados, pues se consideraban de mayor calidad. Un ejemplo de la publicida es la siguiente

PUBLICIDAD PRODUCTOS IMPORTADOS

PUBLICIDAD PRODUCTOS NACIONALES

“Kananga DU JAPON NUEVA AGUA POR EL TOCADOR INPORTADA POR RIGAUD Y Cía. Perfumistas 8, calle viene, parís. el agua de Kananga es la loción mas referente que pueda imaginarse para los cuidados de la piel y del rostro; vertida en la que se destine para lavarse da vigor a la piel lavan que y la suaviza dejándole un perfume tan delicado como puede

“CIGARROS. De Ambalema, de la fábrica de Molina, acaba de recibir Juan B. Villegas” (Periódico de La Defensa, 1880).

apetecerlo la señora mas elegante. ESPECIALIDADES EXTRA - FINAS DE LA CASA RIGAUD Y Cía. extracto de Kananga, extracto de ylang-ylang, extracto de champaca nuevos olores para el pañuelo jabón miranda jabón Kananga aceite ylang-ylang para suavizar y perfumar el cabello polvos de Kananga polvos de champaca polvos de ylang-ylang superiores a todos los polvos de arroz crema dentífrica, dentorina rigaud superiores a los polvos opiatos y elixir; proporciona a los dientes la blancura de marfil. TONICO DDDIVINO CON BASE DE QUINA REAL PARA HERMOSEAR, SUAVIZAR Y HACER CRECER EL CABELLO” (Diario de Cundinamarca, 1880).

De otra parte, la existencia de una nueva forma de la existencia legítima, no quiere decir que desaparezcan aquellas formas de existencia con tintes aristocráticos. Por ejemplo, a pesar de generarse nuevas relaciones simbólicas con los objetos, estos seguían anunciándose con las propiedades simbólicas que le otorgaban en el siglo anterior; tal como lo señala Serna:

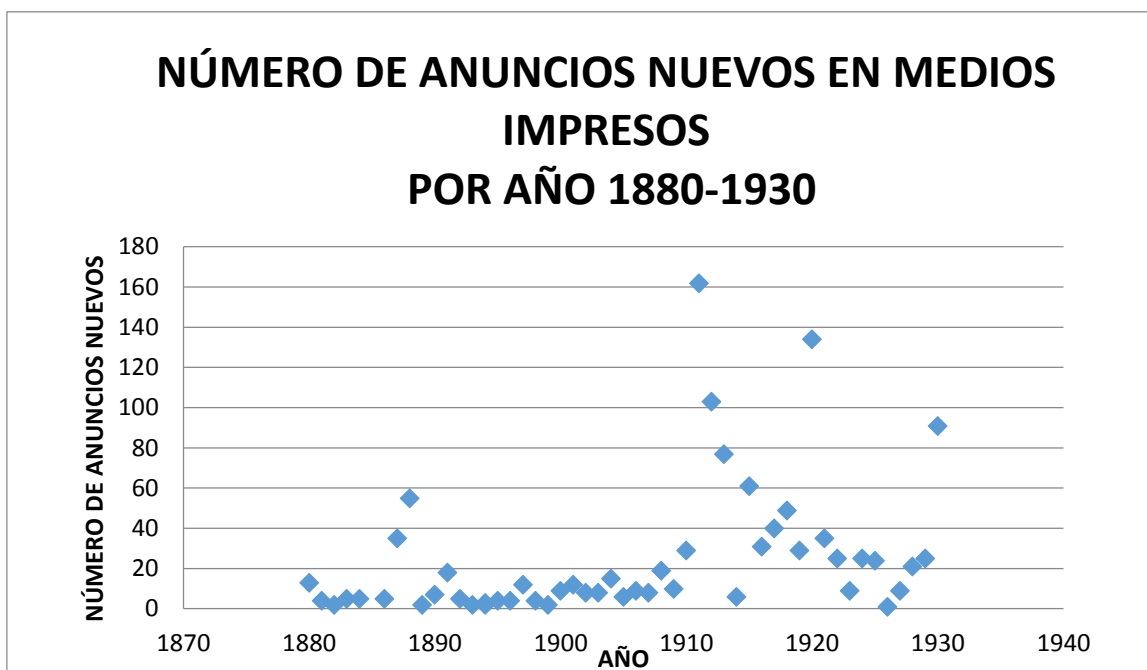
... en esta publicidad, no dejaron de pasar desapercibidas las trazas de un siglo que no se había ido totalmente y uno que acababa de llegar. Así, por ejemplo, la eficacia del objeto dispuesto para el consumo dependía, en parte, de dar cuenta de las condiciones en las cuales el objeto era producido, en condiciones muy semejantes a aquellas que manejaban los avisos publicitarios del siglo XIX, preocupados por señalar la génesis del producto, sus condiciones de elaboración etc” (Serna: 2002: 158).

Al continuar con el rastreo de publicidad de productos y servicios en medios impresos, se decidió realizar una base de datos en la que año tras año a partir de 1880 hasta 1930, se incluyeron los productos y servicios que iban apareciendo cada año (sin repetir los de los años anteriores). Producto de este ejercicio se evidenció, que durante las décadas de 1880 y 1890, la cantidad de anuncios de publicidad era directamente proporcional al número de publicaciones impresas, pues como se indicó anteriormente, en 1880 únicamente se encontraron registro de cuatro medios; ya para 1887, el número de registros de publicaciones

impresas, pasó de ser cuatro, a ser de seis (de ninguna de las que estaban al inicio de esa década se encontró registro, en cambio si apareció el Diario El espectador, que fue un medio impreso de mayor difusión, con mayor contenido y en el que se disparó la publicidad; otro como el Diario La Nación, que tuvo un auge de cuatro o cinco años, desapareciendo después).

En consecuencia, como se presenta en la gráfica de “número de anuncios nuevos en medios impresos por año 1880-1930”, el número de anuncios que iban apareciendo nuevo año tras año inició con 13 en 1880 pero no subió de 5 hasta 1886. Ya para 1887 el número de anuncios nuevos se incrementó considerablemente a 35 y en el año siguiente a 55, debido en gran medida a lo que se argumentó en el párrafo anterior relacionado con la introducción de un diario de circulación Nacional con mayor contenido e impacto “El Espectador”.

Posteriormente, entre las décadas de 1890 y 1900, el incremento de anuncios nuevos no superó los veinte por año, pero al inicio de la década de 1910, el incremento de anuncios nuevos superó los 160 en un año (es decir, se introdujo publicidad de 160 nuevos productos y servicios entre nacionales e importados). Es interesante anotar que este comportamiento fue similar durante las siguientes dos décadas, en cada una de ellas (1920 se introdujeron en una año mas de 120 productos y servicios nuevos) y en la siguiente década, aunque la introducción fu menor (escasamente superó los 90 productos y servicios nuevos introducidos), si se percibe que después de 1910 en general, la introducción de medios informativos con mayor impacto y los fenómenos económicos y sociales permitieron la inclusión de nuevos productos y servicios.



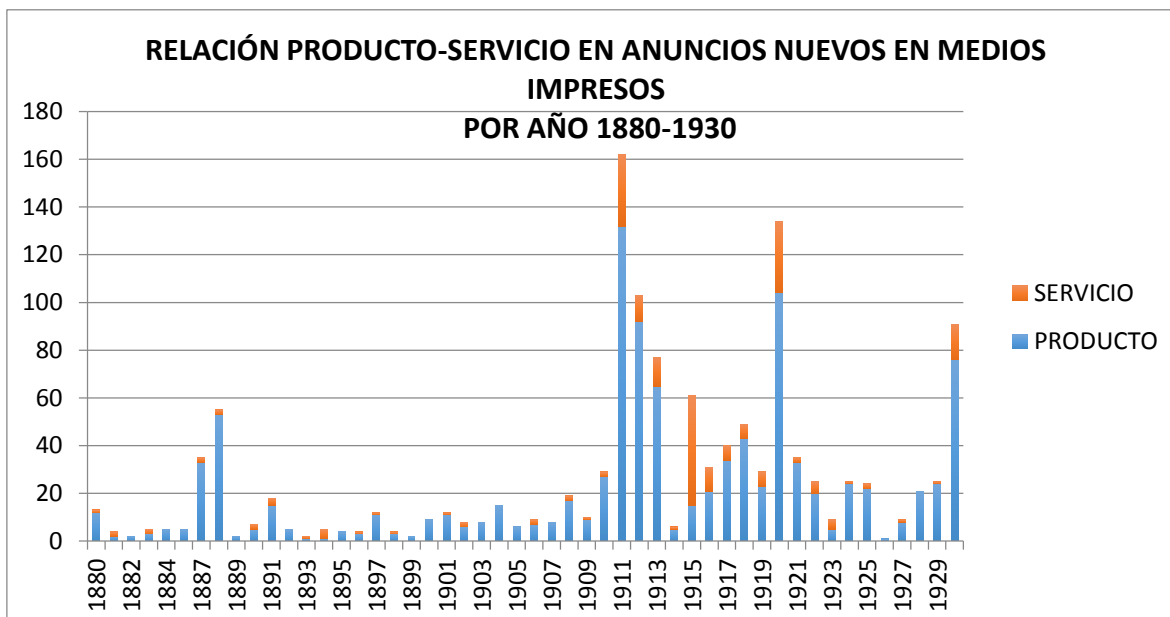
Gráfica 22. Número de anuncios nuevos en medios impresos (1880-1930).

Al analizar la relación entre productos nacionales e importados que se publicitaban en los medios impresos, teniendo como referencia la gráfica anterior, se evidencia una importante proporción de productos importados dentro de la publicidad.



Gráfica 23. Relación importado-Nacional en anuncios nuevos en medios impresos (1880-1930).

Y al revisar la relación producto-servicio de los anuncios que año tras año iban apareciendo nuevos, se evidenció una escasa proporción de servicios. Para ese entonces, la dinámica del mercado se basaba fundamentalmente en productos.



Gráfica 24. Relación Producto-Servicio en anuncios medios impresos (1880-1930).

Lo anterior permite visibilizar en el espacio urbano los bienes de consumo que empezaban a circular. Sin embargo, lo más evidente en la distribución de estos medios fueron sin duda las casas comerciales que aumentaron su distribución de productos importados

Tabla 3. Relación de los almacenes de 1869 a 1910.

AÑO INICIO	UBICACIÓN	RAZÓN SOCIAL DEL ESTABLECIMIENTO	CATEGORÍA DE PRODUCTO/SERVICIO
1869	<i>Plaza de Bolívar</i>	<i>Alfonso Touchet</i>	Artículos importados de París, Inglaterra e Italia, para Damas, ropa interior, perfumería, tocador y sombreros masculinos
1870		<i>Banco de Bogotá</i>	Bancario
1870		<i>Casa de comercio Guillermo Richard</i>	Artículos importados de París, Inglaterra e Italia, como novedades para Damas, perfumería, tocador y sombreros masculinos y femeninos
1874		<i>Compañía Colombiana de Seguros</i>	Seguros de transporte, incendio y vida
1889	<i>1° Calle Real N° 448</i>	<i>A la Ville de Paris Victor Huard & Co.</i>	Artículos de lujo, perfumería y artículos de tocador franceses, accesorios, adomos para pelo, calzado y peluquería anexa.
1905		<i>Banco Central</i>	Bancario
1908		<i>Compañía del Ferrocarril del Pacífico</i>	Administración el ferrocarril que parte de Buenaventura hacia Cartago, Valle del Cauca , Popayán y Cauca
1908	<i>Plaza de Nariño N° 132 y 134</i>	<i>Caballero Hermanos Fábricas de San José Sociedad Industrial Franco-Belga</i>	Ingenio de azúcar Fábrica de hilados Molino de harinas Fábrica de chocolate Destilería
1909	<i>Carrera 8° N° 284</i>	<i>Compañía General de Seguros</i>	Seguros de transporte, incendio, vida y navegación
1910		<i>Banco Hipotecario de Colombia</i>	Bancario
	<i>2° Calle Real</i>	<i>José Bonet e Hijos</i>	Importadora de mercancías extranjeras (particularmente de Francia)

Fuente (Libro Azul de Colombia, 1918 p370)

Lo que supone la llegada del consumo moderno a través de los productos estandarizados, es posicionar, de forma medianamente asequible, aquellas mercancías que diferencian las formas como se resuelven la existencia, entre una época y otra; en este sentido, hacer de las mercancías algo necesario, es decir, por efecto de las nuevas visiones del mundo que los objetos que aparecen se hacen imprescindibles.

Bajo este panorama la fuerza simbólica, que proviene del objeto procede de la cercanía con los parámetros de la moda que para la época se imponían, es decir, el objeto adquiere cualidades que no se relaciona directamente con su uso, se trata de las imágenes y las relaciones que se puedan establecer con el objeto; el proceso similar al descrito con Sennett con la llegada del capitalismo industrial en el siglo XIX para las metrópolis europeas (Sennett: 1978:178-183). Más adelante observaremos los matices de mencionada analogía. Un ejemplo de esta relación se observa en la llegada de elementos tales como el maquillaje que se instituían como forma legítima de mostrar el cuerpo femenino, el cual desplazaba la sencillez de la mantilla del siglo diecinueve:

“Surgía en todas partes una revolución en los gustos, las artes la literatura y aun las modas. Se abolió definitivamente la mantilla de seda y blonda de encaje que usaban las señoras y aparecieron vestidos más alegres, acompañados con sombreros de caprichosa factura que obligaron a las damas a prescindir del pelo largo y del moño tradicional, para usarlo cortó a la garcon. De Londres trajo un joven dandy los primeros pantalones campana de bota anchísima, en contraste con los estrechos que ordinariamente se llevaban. Además, púsose de moda el peinado muy alisado y brillante a base de un producto de tocador que se llamaba ‘Glaxo’; y glaxos denominaron en general a los que entraron por esas novedades” (Serrano. Op. Cit. 140)

Los cafés como innovaciones en el espacio social y urbano

Los principales cambios económicos que posibilitaron el posicionamiento de unos estilos de vida muy caracterizados desde la segunda mitad del siglo XIX, fue posible gracias a las mismas dinámicas económicas y sociales que quebraron el modelo colonial. Esta legitimación de estos estilos de vida, pretendió funcionar bajo la imposición de la creencia económica como principio universal de las prácticas urbanas en Bogotá, donde nuevamente, se hizo evidente, el influjo extranjero en las configuraciones del ciudadano bogotano. En la introducción de nuevos escenarios propicios para lucir este nuevo estilo de vida, que se expresaba en las formas legítimas del cuerpo, los cafés fueron relevantes. En efecto, los Cafés como espacios físicos cargados de sentidos se convierten no solo en referentes culturales

obligatorios para observar los cambios en la ciudad, sino que además logran posicionarse como espacios del recuerdo, donde ocurría la vida literaria bajo la idealización de la bohemia y también sucedían los procesos de consolidación de la ciudadanía donde era comentado cada acontecimiento político y social de la vida nacional.

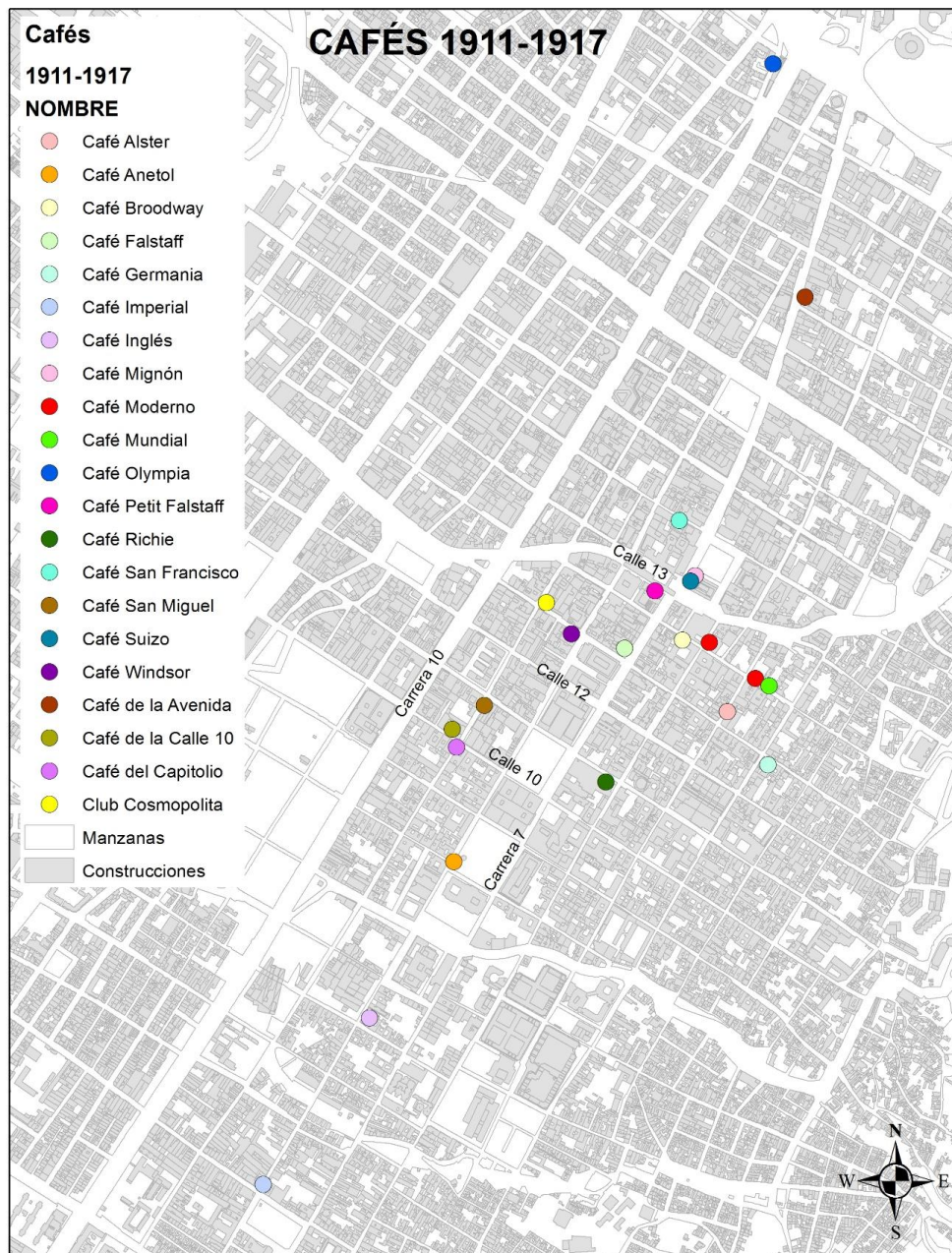
A pesar de esta introducción de sentidos modernos en el espacio social y urbano en las primeras décadas del siglo XX fue evidente una escases de lugares públicos donde se podía realizar la diferenciación de los grupos sociales bogotanos. La práctica cultural predominante de la élite bogotana seguía reforzando estas diferencias sociales en los lugares privados. Esto se evidencia en que la sociabilidad para la identidad dominante se encontraba mucho más ligado al club que al café. En efecto, las distancias espaciales contrastaron esos lugares de encuentro relacionados con bares y cantinas con los lugares de la elite como los restaurantes y los clubes. En efecto, a partir de las primeras décadas del siglo XX se hacen evidentes en el espacio social y urbano la presencia de muchos más cafés que hacen parte de esa disposición de una ciudad en tránsito de modernización

Como fruto de los cambios operados durante la transición, lo que denominamos ciudad burguesa, para el caso de Bogotá, se destaca por la conformación de su centro como una zona extensa en área, pero aun aledaña a la plaza principal, que se ha convertido en núcleo financiero y de comercio, además de la presencia de Cafés, hoteles, restaurantes y otras actividades de tipo burgués (Mejía, 2010, p24)

No obstante, existieron algunos cafés con mucha más vocación hacia el club que permitio un cambio importante en las prácticas culturales, por ejemplo, estos lugares de reunión de la elite intelectual de la capital, cada vez más se da paso al café como sitio de reunión dejando de lado al altozano de la catedral como lugar de encuentro (Según Chavarro 2012 citando a Sánchez, 1998 p60). El café comienza a demostrar el estilo de vida bohemia de la intelectualidad capitalina permitida, en parte, por la llegada de una nueva generación que disfruta de los beneficios de la época y que pudo mostrar su desprendimiento de las condiciones materiales de la existencia.

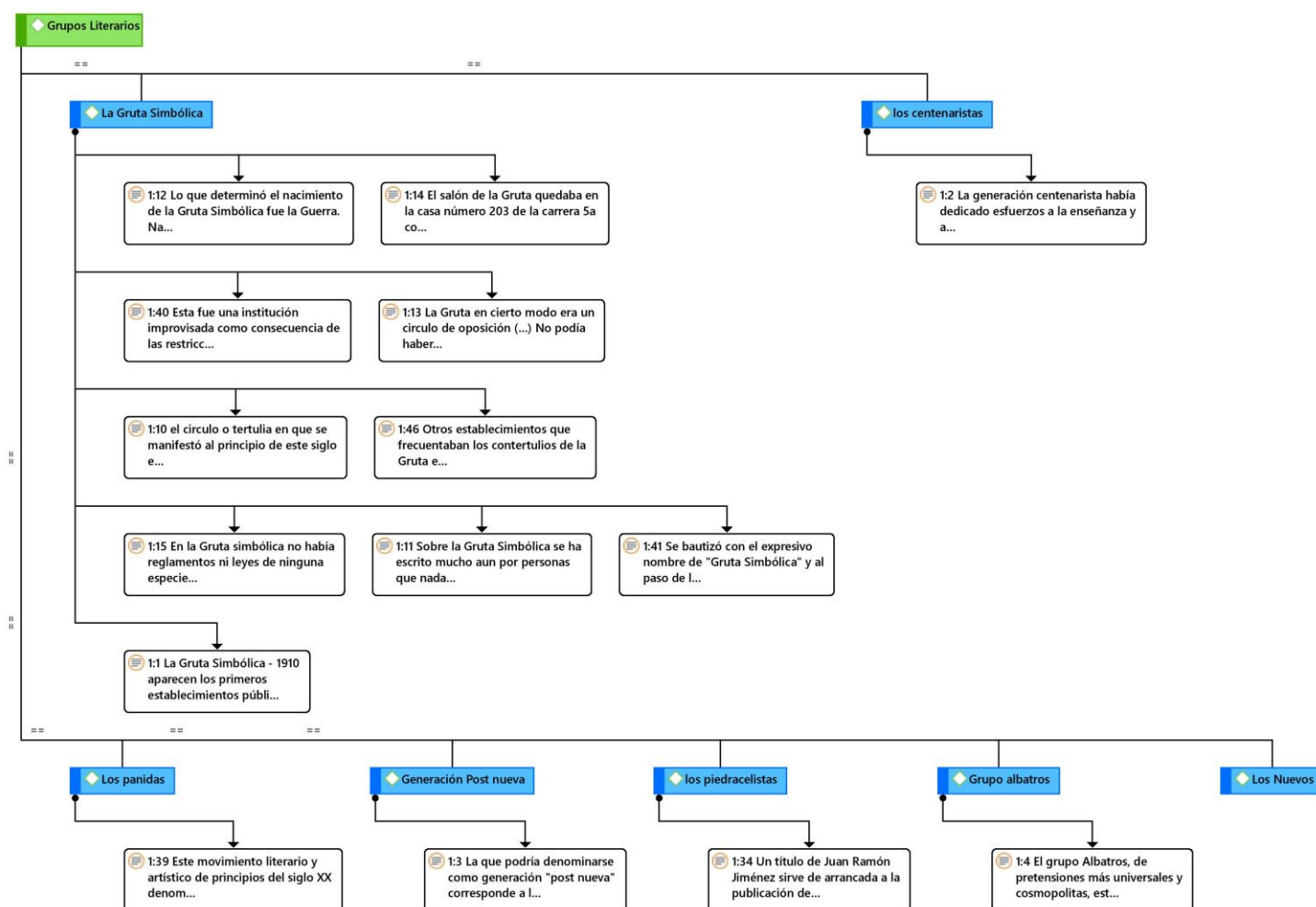


Gráfica 25. Cafés 1904 - 1908. Mapa elaborado por la arquitecta Diana Fernández



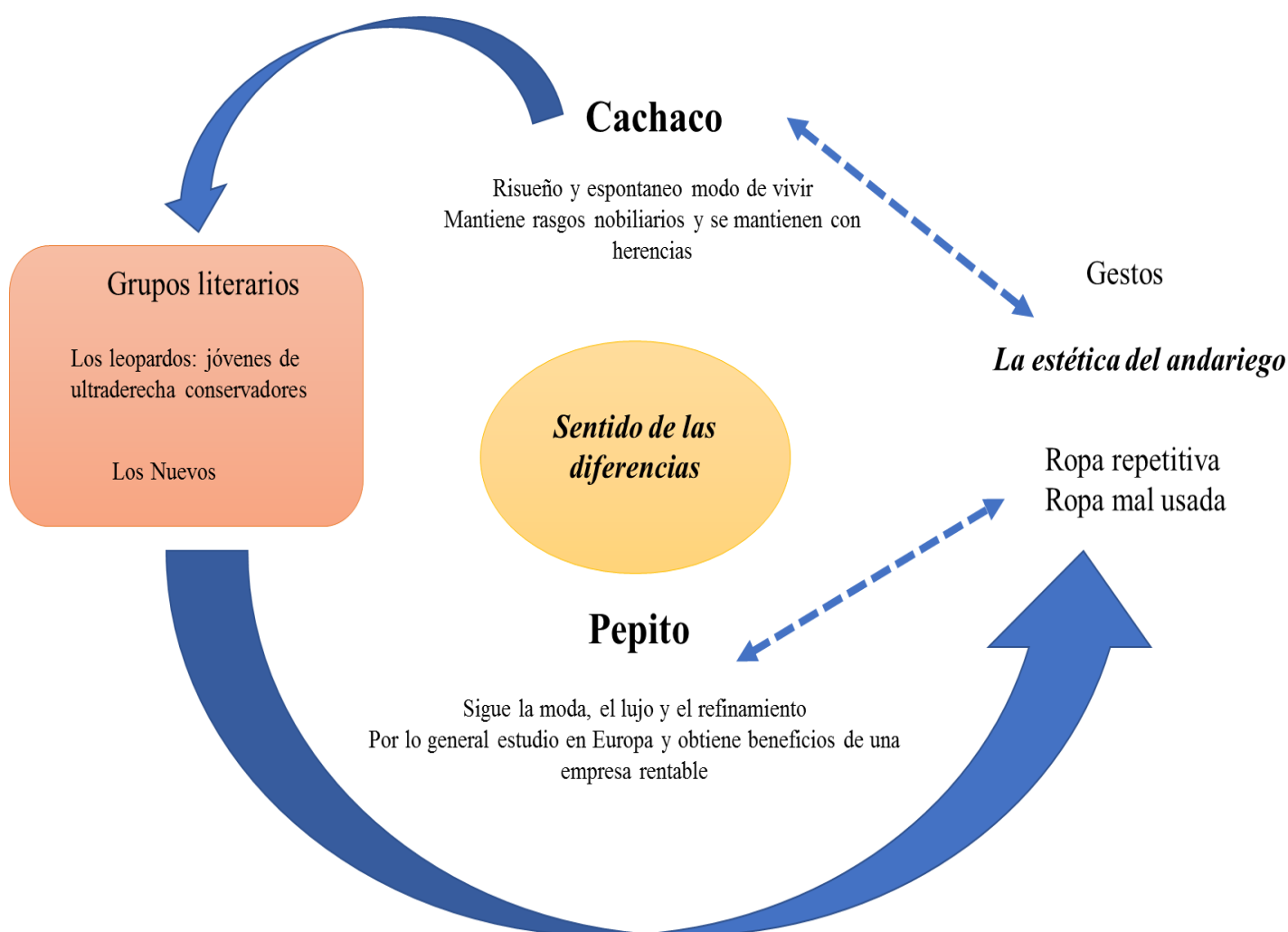
Gráfica 26. Cafés 1911 - 1917. Mapa elaborado por la arquitecta Diana Fernández

En este escenario aparecen unos nuevos cafés en el espacio social y urbano bogotano, que empiezan a abandonar su escenario inicial en la carrera séptima. Pese a esta aparición, estos espacios para la década del diez, no se consideraban del todo escenarios de los nacientes grupos literarios. Algunos de estos personajes aun visitaban el antiguo café la Botella de Oro y la Gran Vía, como un espacio privilegiado para sus encuentros. De acuerdo al análisis de la literatura de la época, aparecen referenciados en las crónicas estudiadas la aparición de nuevos grupos literarios. Como se puede observar en la gráfica y la red semántica, las mayores referencias aparecen asociadas aun al efímero grupo literario de la Gruta Simbólica pero casi que en compra posición aparecen las referencias del grupo de los nuevos, los centenaristas, los Piedracielistas, el grupo albatros y la generación pos nueva



Gráfica 27. Diagrama Grupos Literarios. (Elaboración propia)

Hacia 1912 aparecieron en Bogotá el Café Inglés y el Café Windsor, y se estableció por primera vez el “Café literario” en el sentido clásico de la palabra. Los cafés se incorporaron entonces a la estructura de ocio de la ciudad, junto con las salas de cine, los cabarets, los grilles, los clubes sociales y los restaurantes. Fue allí donde se forjaron grupos de intelectuales como Los Nuevos y Los Leopardos, en sintonía con los movimientos de vanguardia que surgían en Iberoamérica, de izquierda y de derecha. Aparecieron también en los cafés bogotanos un poco después Los Piedracielistas y Los Cuadernícolos Algunos cafés tenían espacios de entretenimiento adicional como billares, salón de ajedrez, póker y tresillo (Barón, leal, 2015)



Gráfica 28. Sentido de las diferencias.

Con la aparición de los cafés, se empiezan a concretar unas visitas a estos escenarios por parte de la elite bogotana. En esta aparición de estos nuevos cafés empiezan a ser evidentes nuevos escenarios para la clase burguesa. Según Chavarro (2012) Para la década de los veinte se hace evidente que la ciudad estaba experimentando serios cambios en su estructura. La modernización de los servicios, la llegada de nuevas modas y la prosperidad económica de las clases altas son algunos de los acontecimientos que se pueden resaltar. Todas estas transformaciones van acompañadas del nacimiento de una nueva clase burguesa quien no se ve representada en muchas formas de la vida pública instauradas en la ciudad; un caso típico lo encontramos en el caso de los cafés los cuales se convierten en un nuevo espacio de socialización para la clase burguesa:

“Aparecieron los cafés, lugares de prestigio donde se reunía y reconocía la élite intelectual bogotana, estos cafés remplazaron las reuniones en el altozano de comienzos de siglo, y luego los corrillos esquineros que fueron remplazados por los automóviles” (p127)

Con la aparición del café Windsor de propiedad de los hermanos Nieto Caballero, la vida de café empieza a estar asociada al periodismo y a la política Así, a partir de 1912 fecha en que los hermanos Nieto Caballero abren El Windsor, la lado de los clubes, teatros, cabarets, restaurantes y salas de cine, se empiezan a ver los nombres que hicieron exclamar a Isherwood y a Burrouhgs que esta era una ciudad atestada de cafés: Pensilvania, Riviere, Antioquia, Metropol, Felixerre, Asturias, Bogotá, Rhin, Europa, Frankfurt, Luis xv, Victoria, Martignon, bodegón, Paris, Cigarra, Centro social, Gato Negro, San Moritz, Café Pasaje, Belalcazar y La Florida (Baron Leal, 2015)



Ilustración 23. Fotografía de El Tiempo

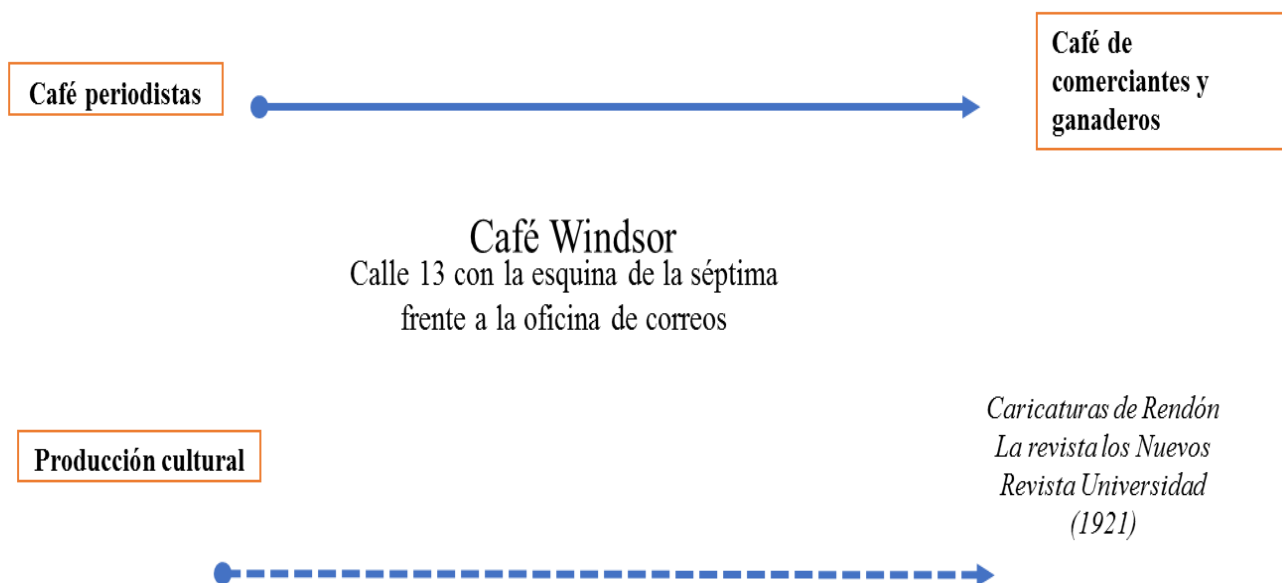
El domingo último, con motivo de cumplir EL TIEMPO su primer decenio, el doctor Eduardo Santos, director de ese prestigioso diario, ofreció un almuerzo en el CAFÉ WINDSOR. El personal de la redacción y de los talleres de EL TIEMPO y un número considerable de amigos de su director. Varios oradores ensalzaron la obra llevada a cabo por EL TIEMPO en los diez años que lleva de vida (Diario el tiempo 1921)

Tal como lo referencia Mejía (2015) la presencia de cafés-restaurantes cerca de teatros y salas de cine fue habitual; sin embargo, debían reunir ciertas condiciones para ser frecuentados por las damas bogotanas. De acuerdo con la información, fue una práctica muy común que en los entreactos se saliera a beber y comer algo muy rápido, ya fuera en un Café o Restaurante. Sin embargo, en lo referente a los grupos literarios estos visitaban sobre todo el café de los hermanos Nieto caballero. El **Café Windsor** fue uno de los más concurridos de la ciudad desde su aparición en 1916. En él se reunían los miembros de la Gruta Simbólica con los llamados Centenaristas y la nueva generación, conocida como Los Nuevos. “Hacia 1925, acuden a las mesas del Windsor, aunque compartiendo sus predilecciones con el Riviére, el Astor y el Pensilvania: León de Greiff, Luis Vidales, Rafael Maya, Luis Tejada, José Mar, Camilo Prado Umaña, Jorge Zalamea, Germán Arciniegas, José Umaña Bernal y Hernancio Téllez. Estas largas tertulias fueron acompañadas de tinto y licores como la describe a continuación Alberto Lleras:

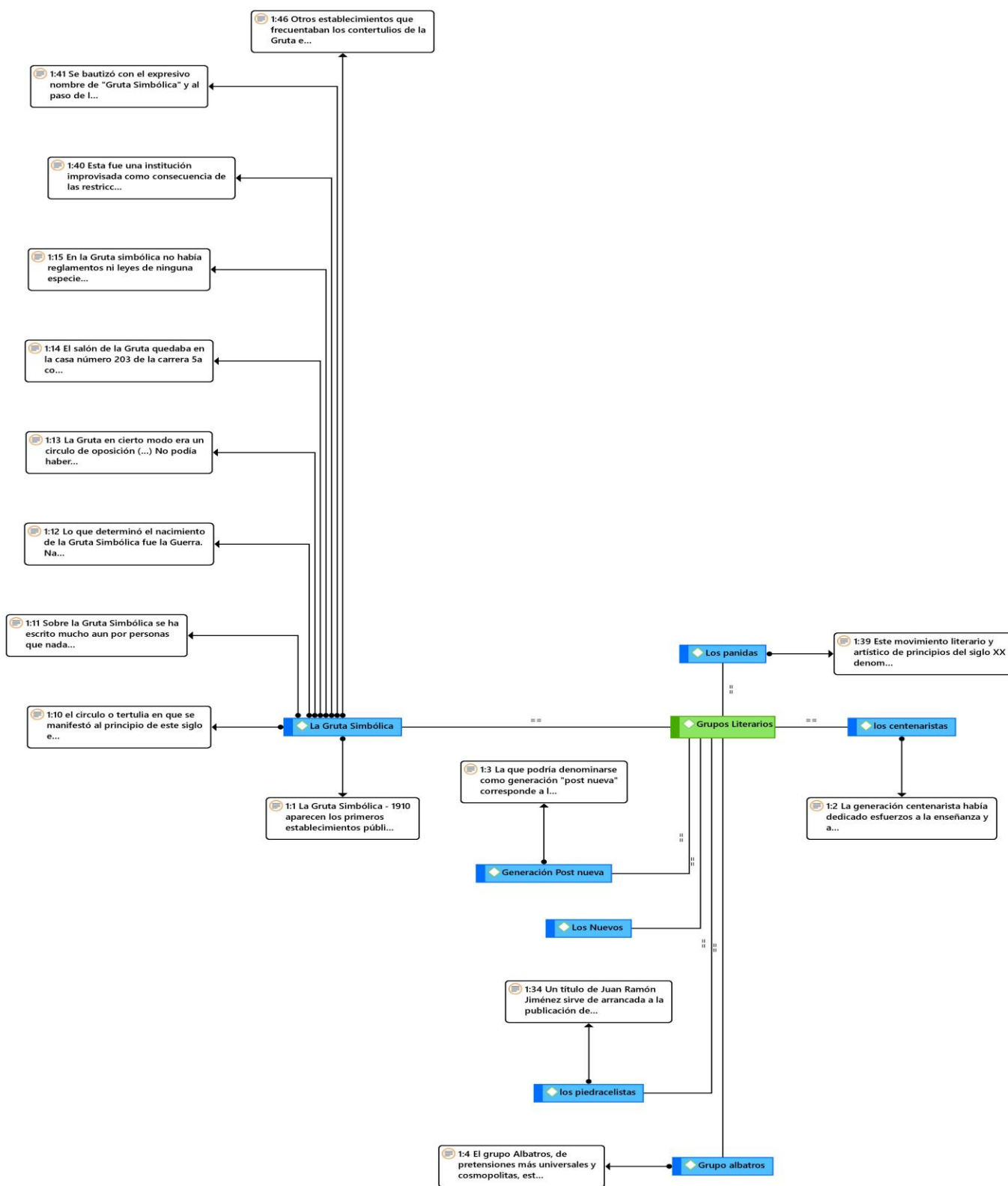
En esos cafés, recintos casi sagrados de mi juventud en donde consumí muchas más horas que productos de los humildes negocios, se freían salchichas y empanadas, cuya grasa extendía un olor en el recinto y en las afueras inmediatas. Se tomaba café, mucho café negro y amargo, y nunca extemporáneamente, algún licor fuerte, whisky, brandy, ron o aguardiente, o grandes garros de cerveza negra o rubia que a tiempo nos enajenaban, nos hartaban con su espumosa corriente, penetrada de lúpulo (Mejía, 2015).

La visión de Juan Gustavo Cobo Borda

Los cafés eran la prolongación de las salas de redacción



Gráfica 29. *Café Windsor.*



Gráfica 30. Análisis de La Gruta Simbólica y Los Centenaristas. (Elaboración propia)

Estas formas de reunión de los grupos culturales, que iniciaba en la calle y terminaba en las tabernas a la media noche se caracterizaban por sus vínculos con las clases menos favorecidas. Así lo recuerda Alberto Lleras Camargo

Nos unía a todos una Bohemia amable y poco vistosa. Limitada aún más por nuestra pobreza. Pasábamos días enteros entre las sombras picantes de humo y vapores del alcohol del Winsord o el Riviere, o en diminutas tabernas de la medianoche y del alba destemplada y gris de la pequeña ciudad adormecida, en la deplorable compañía de algunos azarosos miembros del hampa incipiente y de marchitas prostitutas que a esas horas lograban, al fin, una comida caliente (Lleras, 1954p90)

En primer lugar, aquellas actividades propias de los nuevos grupos dominantes en el universo social, como el cine, los clubes u organizaciones estudiantiles, son de continuo censurados por aquellos grupos que, viendo afectadas las relaciones de fuerza donde ocupaban un lugar predominante, utilizan el discurso de la moral para estigmatizar las nuevas formas de la vida pública en la ciudad. No son extraños los casos como la disposición del juez Víctor Lombana quien se encaminó a las librerías para decomisar las novelas que atentaran contra la moral pública; además de ir lanza en ristre con las ediciones del Vaticano o del Louvre que contenían desnudos, los mismos que ahora se observaban desde una dimensión artística, por parte de las élites bogotanas.

Caso particular lo simboliza las representaciones cinematográficas con la inauguración del teatro Olimpia en 1912. Este espacio se encontraba dividido en dos categorías; un lugar de frente al telón, que contaba con sillas cómodas, era ocupado por las personas de las posiciones altas; el segundo lugar, denominado gallinero, contaba con sillas duras además se encontraba de espaldas al telón, por lo que sus espectadores (Lógicamente: obreros, artesanos, embaladores) apelaban a múltiples peripecias –como la utilización de espejos- para leer los letreros en sentido contrario. (Iriarte. Op. Cit. 188, Serrano: 1988: 61)

Con estas resistencias morales, culturales y los lujos exacerbados en los clubes y en algunos cafés Restaurantes de la ciudad, se hace más evidente el cambio en la disposición de la ciudad. A partir de la segunda década del siglo XX, se hace evidente en Bogotá una transformación en el proyecto ciudadano de la época. Emerge una ciudadanía social,

propulsada por las élites bogotanas atraídas por los efectos benévolos de la economía nacional, que tuvo como uno de sus principales propulsores para la inversión en la ciudad, la indemnización de Panamá y los ciclos extractivos del café. Estos desarrollos económicos vendrían a beneficiar a este nuevo grupo social que intentó consolidar la actividad económica industrial y comercial en la ciudad⁸⁶. Con una necesidad de quebrar las viejas formas culturales y alejarse de la ciudad monacal del siglo XIX, la elite bogotana se plantea la adopción del paradigma de la modernidad. Cabe advertir que esta identidad dominante no era del todo homogénea, especialmente en las decisiones políticas que estaban relacionadas con la definición de un proyecto cultural para la ciudad. Las diferencias se establecieron entonces en la adopción del paradigma europeo y en las discrepancias de su aceptación; mientras que una parte de la elite bogotana aceptaba la modernización y el progreso desde las bases materiales, otra parte, aceptaba el progreso desde las bases culturales al reclamar un progreso, pero con tradición (Blanco y Salcedo, 2010)

A pesar de estas restricciones, los cafés como espacios de producción cultural aumentarían su visibilidad en el espacio social y urbano. La presencia de unos espacios denominados cafés, o restaurante-café, empezaron a ser considerados foros de elocuencia, círculos de erudición, y verdaderos espacios de la producción cultural.

⁸⁶ Entre calificativos como impúdico brebaje o tinta de uvilla con tártaro, el café fue denigrado por José María Vergara y Vergara hombre de letras y fundador de la Academia Colombiana de la Lengua(1872) Esta bebida era tenida en cuenta solo una moda extranjera que podía trastocar los valores y los sentidos de lo clásico representado en una bebida como el chocolate⁸⁶. Estas denuncias de Vergara y Vergara, en su escrito las tres tazas anticipaban un poco los cambios culturales que se harían evidentes a finales del siglo XIX y comienzos del XX Mas allá de una convicción por chocolate, lo que denuncia Vergara y Vergara en 1866 es la pretensión de Juan de Viñas de aparentar lo que no tenía y lo que no era. Este anfitrión invitó a sus amigos a tomar café, solo porque era una bebida de moda; pero lo más grave era que había gastado una fortuna en ello.



Gráfica 31. Cafés 1923 - 1928. Mapa elaborado por la arquitecta Diana Fernández

Esto se debió en gran medida al desarrollo de una independencia cultural que promovió Germán Arciniegas y la revista los nuevos. Debido a la producción de libros y

periódicos que se editaban en la ciudad, la primacía cultural de Bogotá frente a las demás provincias del país, no solo resulta atractiva sino además indispensable para el desarrollo intelectual y el posicionamiento político.



Gráfica 32. Relación de CafésCafés con sus asiduos. (Elaboración propia)

Así lo atestigua la presencia de los principales diarios y revistas de los establecimientos educativos más renombrados, de prestigiosos cafés literarios, de los poetas y escritores consagrados, etc. Para quienes no residían en ella, la capital representaba generalmente un mundo lleno de oportunidades, que contrastaba con la pobreza intrínseca de la provincia (Arias, 2015, p 7).

Con todo y restricciones morales, los cafés como espacios de la producción cultural se constituyeron en escenarios de encuentro y de la producción cultural. Así lo describe Loaiza Cano a propósito de Luis Tejada

“En los cafés de Bogotá encontró el ambiente conspirativo ideal para hacer menos solitaria su impugnación. Los cafés, las librerías y las salas de redacción antes santuarios de regeneracionistas y centenaristas, las dos generaciones dominantes, debieron ceder paulatinamente sus espacios a los jóvenes intelectuales que llegaban a Bogotá en busca de los servicios académicos institucionales que allí se concentraban. En mesas ocultas por el humo de los cigarrillos y las pipas y que apenas si dejaban ver un tumulto de sombreros de alas anchas, se fue delineando el primer esfuerzo colectivo de demolición de la tradición intelectual decimonónica y de los valores éticos y estéticos promovidos por las generaciones que precedían al grupo de nuevos intelectuales” (Loaiza Cano, 1995)

En este sentido los cafés cobraron valor para la diferenciación social y para concretar los encuentros de algunos grupos literarios que reforzaron lo público. Dos factores influyeron en la intromisión de lo público en la tertulia que era considerada privada. En primer lugar, la apertura a un público anónimo y la producción literaria diferenciada de cada grupo literario que escogió un lugar específico desde donde publicaba, producía y comentaba sus obras literarias. Esta diferenciación permitía una distinción en el lenguaje que a su vez diferenciaba aún más estos espacios como café-bar, café-restaurante, café-billar, café refugio; De acuerdo con el autor que logra a través de las caracterizaciones literarias y poéticas una nominación de estos lugares, también podrían aparecer otras connotaciones sobre los cafés como: café-alcoba, café- casa, café- iglesia, Café-oficina; Café- escuela; café- aquelarre (nombrado así por León de Greiff en uno de sus poemas) Café-foro, café concilio, llamados a si por Arbeláez. En algunos poemas de León de Greiff y de Luis Vidales se nombra a los cafés (p 72, 73). Este lugar resulta un motivo de su escritura y una de sus fuentes de inspiración.



Gráfica 33. Cafés - Escenarios de producción cultural.

El poeta León de Greiff publicó la revista *Panida* con varios escritores que se reunieron en el café el Globo situado en el parque Berrio. Es así como algunos poemas de León de Greiff de Luis Vidales y de Julio Vives Guerra registran muy bien esa ambigüedad entre lo público y lo privado (Monje Pulido 2011)



Ilustración 24. Café Antioquia. Fuente Meroteca Nacional

En este sentido, el café es un sustituto de la casa, donde luego de la rutina diaria de trabajo los clientes disfrutaban de un lugar de protección (poema de 1931 dedicado a la botella de oro de Julio Vives Guerra) El café también puede entenderse como ese lugar cálido y placentero que es la alcoba donde se comparten los grandes problemas de la patria (café la cigarra, estampa 1939) El café también podía ser iglesia, donde los hombres de recientes generaciones cantaban himnos de existencia, como un lugar de reunión espiritual, como lugar sagrado y por último los Cafés como espacios para el debate y la discusión fueron proclives a convertirse en un espacio formativo de la clase media. A pesar que están consolidados ya para la década del treinta como espacios de la producción cultural, los cafés, seguían amarrados a la lógica moralizante de una parte de la elite con unas ideas de modernidad apegadas a la tradición.

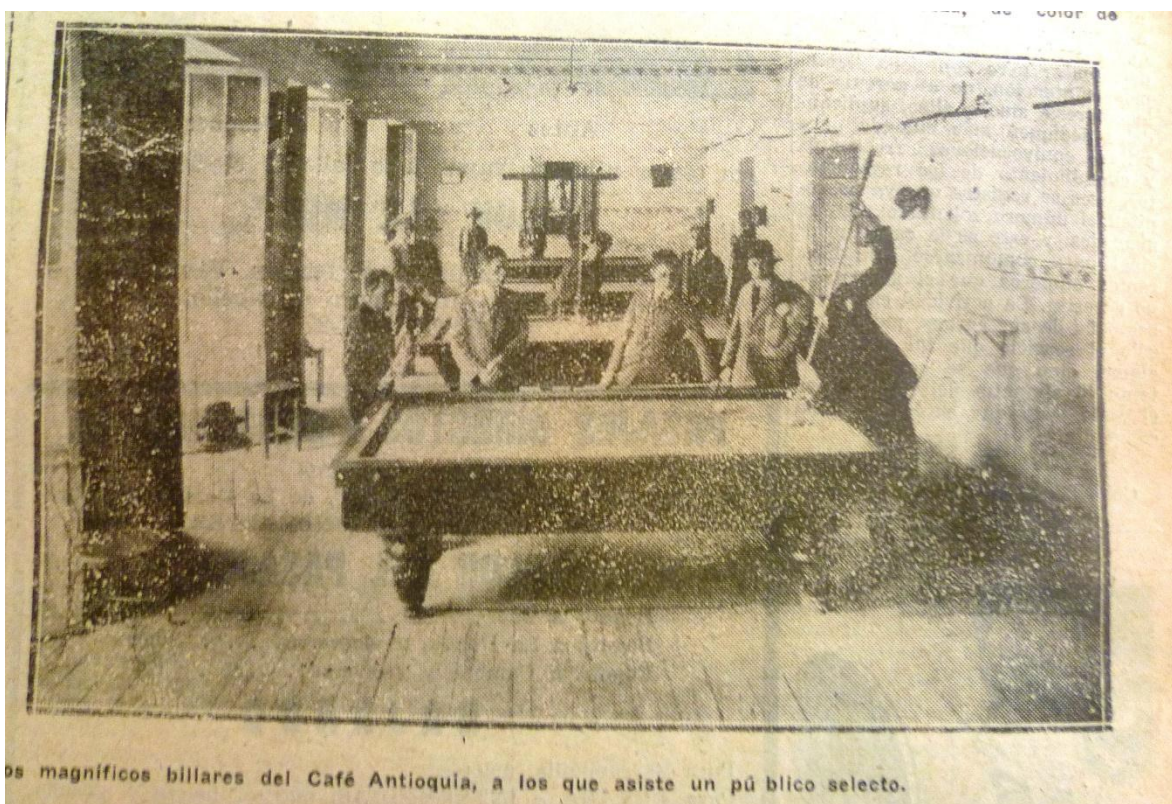


Gráfica 34. Cafés 1930 - 1933. Mapa elaborado por la arquitecta Diana Fernández.

Para la época del treinta se seguían con las restricciones de una clase dirigente que buscaba ante todo regularizar a la población para alejarlos de las tabernas y las chicherías

Para alejar de la taberna a los obreros, el Estado debe procurarles distracciones encaminadas a la educación moral y estética, como teatros populares a bajo precio, museos, bibliotecas,

escuelas dominicales y nocturnas, gimnasios públicos, retretas de las bandas oficiales y sobre todo, cafés baratos donde a tiempo que se busquen mercados inferiores para el consumo del grano, se tenga en mira producir la excitación de las facultades ideativas, propia del café, en vez de espolear los instintos innobles que el alcohol despierta o en lugar de permitir el embrutecimiento por la chicha". (Rafael Uribe Uribe, 1904 citado por Estrada, 2011)



Los magníficos billares del Café Antioquía, a los que asiste un público selecto.

Ilustración 25. Billares del Café Antioquía. Fuente Meroteca Nacional.

En este sentido, los cafés no tuvieron las connotaciones de espacios de transgresión cultural, sino que su funcionalidad estuvo relacionada con la diversión, el ocio y el tiempo libre en un ambiente más soterrado e íntimo. Los clubes fueron pensados como lugares para la diferencia y la intimidad. Cuando Bogotá se convirtió en un núcleo financiero y comercial con la presencia de cafés, hoteles, y otras actividades de gusto burgués, los clubes que habían hecho su arribo mucho antes que estos nuevos espacios para la ciudad empezaron a exhibir valores y sentidos ligados a una nueva racionalidad. En este sentido, en los clubes se realizaban bailes, juegos de salón como el billar. La necesidad de diferenciarse por parte de la elite era una de las acciones más recurrentes de esta clase dominante. Lo que resulta

interesante, a propósito de los cafés es que al parecer dentro del club existía una especie de café donde la elite tomaba tinto y jugaban a las cartas (p82). Esto permite pensar en la posibilidad de la función que cumplieron los cafés para la diferenciación social. Los cafés cercanos a las chicherías, los cafés cercanos a la imitación de nuevos valores y sentidos y los cafés de la elite destinados no solo a introducir valores burgueses sino al aislamiento de las demás clases sociales.

Sin embargo, si se puede tejer un puente entre los cafés y los clubes es el de la exclusión de género que se diferenció en la duración y aceptación de uno y otro. Aunque los clubes y los cafés siguieron una restricción de género donde inicialmente no se aceptaban a las mujeres. Los clubes durante los primeros años y los cafés mucho tiempo después, lograron la admisión de las mujeres. Si bien es cierto que los clubes y los cafés representaron valores de la ciudad burguesa, denominada así por el historiador German Mejía Pavony, vale la pena preguntarse por las normas de comportamiento seguidas en estos dos espacios. Según el autor, los clubes seguían normas de comportamiento, sin embargo, queda por discutirse si los cafés lo hacían también o si por el contrario existían contravenciones en algunos de estos cafés y en otros que estaban ligados a seguir un modelo civilizacionista relacionado con las buenas maneras, mantenían el tono y las formas correctas de comportamiento.

Ahora bien, estas prácticas de consumo que eran evidentes para el rechazo de las clases sociales bajas y que además fueron perseguidas con campañas de salubridad, para las clases altas fueron objeto de ocultamiento sobre todo con el consumo de drogas. Aunque se sabía que el consumo de drogas se realizaba en las clases altas, por ser de difícil consecución y alto costo, nunca se denunciaba con nombre propio quienes hacían parte de estos festines. El costo para 1933 era de 1 a 1,50 pesos el gramo, comprado de manera legal en una droguería. En el mercado negro se podía conseguir un gramo por cinco pesos, de manera que valía más que un gramo de oro puro (p62) Con la ley 11 de 1920 sobre la importación y venta de narcóticos se regularizó en parte esta práctica. A través del decreto 657 de 1924 se establecieron las condiciones para la importación y venta. Vale decir que, aunque algunos miembros de las clases altas bogotanas se exhibían en su consumo a las mujeres nunca les fue permitida esta práctica en público. Por medio del rechazo y la indignación moral las

mujeres que consumían estas drogas eran categorizadas como viciosas (Guarín, 2011). En 1930 se identificó en Bogotá la asistencia de un grupo de jóvenes de la clase alta a un lugar provisto para fumar opio, también en Barranquilla se denunció estos establecimientos al estilo de lugares asiáticos. Probablemente el consumo de opio como práctica en Colombia aparece con la construcción del canal de Panamá a través de obreros chinos.

Finalmente, Estos espacios de la producción cultural que se encaminaron a proveer a la ciudad escenarios para la democratización de la palabra y una mayor apertura de la ciudad en lo cultural, quedaron reducidos, por la fuerza que imprimió un proyecto político afincado en las formas más tradicionales de la cultura, a espacios íntimos sin mayor relevancia para la ciudad. Con estas consecuencias, los cafés como espacios de la producción cultural no lograron derrumbar y quebrar, esas formas tradicionales de la cultura amparadas en las formas correctas del decir. Esta modernidad con tradición, redujo el efecto simbólico de los cafés en la ciudad al efecto de perversión de las tabernas. Salvo los cafés restaurantes y alguno que otro escenario de destacado prestigio como el café Windsor, las connotaciones negativas que adquirieron la mayoría de los cafés de la época no permitió que se posicionaran del todo como escenarios de la producción cultural.

Los cafés como espacios del recuerdo

Apenas nos alejábamos de ella para entrar alas puertos de cabotaje más cárcamos, los cafés donde recalábamos por horas enteras, pero que no dejaban de ser parte integrante de esa corriente de la cual apenas nos separaban sus puertecillas movedizas, con persianas de madera, escotillas que dejaban ver los pies y las piernas de los transeúntes

Alberto Lleras Camargo

Los cafés bogotanos que emergieron a finales del siglo XIX, inicialmente como lugares de encuentro, fueron por su naturaleza, lugares muy cercanos a las prácticas culturales del siglo XVIII, que valga decir, se extendieron durante todo el siglo XIX. Al no ser considerados espacios para el fomento y posicionamiento de los nuevos estilos de vida en el escenario urbano, los primeros cafés que aparecieron en el escenario bogotano se confundieron con antiguos espacios como las tiendas y las chicherías, pero también adquirieron una función social ligada a las prácticas de los restaurantes. De esta manera muy cercana a la introducción de nuevas formas de sociabilidad en el espacio social y urbano como los restaurantes, los cafés también adquirieron un significado mucho más cercano a las clases populares que acogieron a las chicherías y las tabernas como lugares de encuentro. Sin estar tan ligados a la construcción de una subjetividad burguesa, los cafés tuvieron una connotación ambigua en la función social que podían desempeñar.

Las condiciones urbanas de un espacio urbano con escasas posibilidades de introducir espacios sociales, no permitió que los cafés fueran percibidos como innovaciones. A pesar de algunos intentos por modernizar a la ciudad como por ejemplo la incorporación del tranvía con la construcción de las líneas a Chapinero y la vía del ferrocarril de la sabana, la introducción del servicio telefónico, el servicio eléctrico, el acueducto municipal, y la canalización del primer tramo del rio San Francisco, fue mucho más restringido la visibilización y la democratización de lugares de encuentro como clubes, hoteles, restaurantes, salones y Cafés. El carácter más bien elitista de estos espacios que empezaron a aparecer en la ciudad, se confundieron con una fisionomía urbana de aspecto monacal.

De esta manera, estos lugares no se constituyeron en espacios propicios para acoger una bohemia bogotana. Por su cercanía a las chicherías y a un estilo de vida mucho más próximo con las clases populares y también por su connotación como unos espacios restringidos relacionados con las disposiciones de una elite bogotana que buscaba parecerse a las formas y estilos de vida europea y estadounidense, los cafés bogotanos no tuvieron esa claridad ni esa disposición para convertirse en espacios de la producción cultural.

Los cafés como lugares de encuentro: un intento por la activación de la memoria cultural episódica

Los cafés que aparecieron a finales del siglo XIX, como ya se ha visto se convirtieron más en lugares de encuentro que en espacios de la producción cultural. Sin embargo, estos intentos por abrir las posibilidades de intercambio cultural se relacionaron con las posibilidades de activar el recuerdo y un intento decidido de concretar una cultura del recuerdo a través de la consolidación de la bohemia bogotana.

Este intento de incorporar las bases de una memoria escénica, relacionada con los recuerdos espontáneos de la bohemia bogotana, se afirmó en una historia primordial del nacimiento del grupo literario conocido como la Gruta Simbólica. Ahora bien, la función social de los cafés en esta tarea de fijar los recuerdos y darle sentido y coherencia a una memoria comunicativa, quedó prácticamente en el limbo del falso recuerdo. Al no tener mayor claridad sobre la naturaleza y la función social que representaba para este momento, los cafés que emergieron a finales del siglo XIX, no lograron asociarse a un recuerdo semántico que los vinculara directamente con el nacimiento de la Gruta Simbólica.

Esto se puede ver claramente en la producción cultural y los pocos escenarios disponibles para el encuentro cultural, que tuvieron como antecedente los hombres de letras, quienes promovieron unas formas politizadas del recuerdo. En efecto, estas relaciones con la producción cultural estuvieron asociadas a los intentos de algunos literatos y algunos hombres de letras por unificar unas formas legítimas y legitimadas de historia literaria, como

en el caso de la José María Vergara y Vergara con la conformación del Mosaico⁸⁷. De otro lado el papel de las librerías y las tertulias en el altozano de la catedral, tampoco permitieron que, las tertulias, salieran de los espacios privados y de los públicos selectos. Esta dinámica cultural la percibió el viajero E. Rothlisberger quién describió las dinámicas de las librerías como lugares selectos:

Los bogotanos tienen el buen auxilio de excelentes librerías, como la Librería Colombiana, que tiene existencias, con gran cantidad de títulos, de las principales obras del mundo, y cuenta, sin duda, con todas las novedades bibliográficas. Las librerías constituyen el punto de cita de la gente culta; por vanidad o por afición, se compran muchos libros, y la mayoría de ellos, a no dudarlo, se leen. Por mucha superficialidad que aún exista, por mucho que se dé la formación a medias, aunque sólo unos pocos hombres selectos posean un riguroso sentido científico, y aunque no se halle todavía introducida la llamada "exactitud germánica", es, sin embargo, muy cierto que, entre una minoría, relativamente pequeña pero muy inquieta y vivaz, se advierte la capacidad de conocimiento y el interés por todas las novedades y creaciones del espíritu (Rothlisberger: 1896)

Ahora bien, en esta dinámica cultural con la preeminencia de las librerías y la práctica del encuentro y el intercambio cultural en el altozano de la catedral, era poco esperable, que los Cafés que aparecieron quebraran con esa lógica cultural tan arraigada al respeto por lo clásico y por las formas correctas del lenguaje. Aunque a finales del siglo XIX, se afirmó una tertulia literaria conocida como la Gruta Simbólica, esta no adquirió el carácter de vanguardia para enfrentarse a la legitimidad que adquirieron los letrados en la vida pública,

Sin embargo, la relación de la Gruta Simbólica con algunos cafés, queda prácticamente reducida a su actividad en la Botella de Oro y en La Gran Vía, que más que Cafés históricos, tuvieron la connotación de tabernas y lugares poco recomendables para la

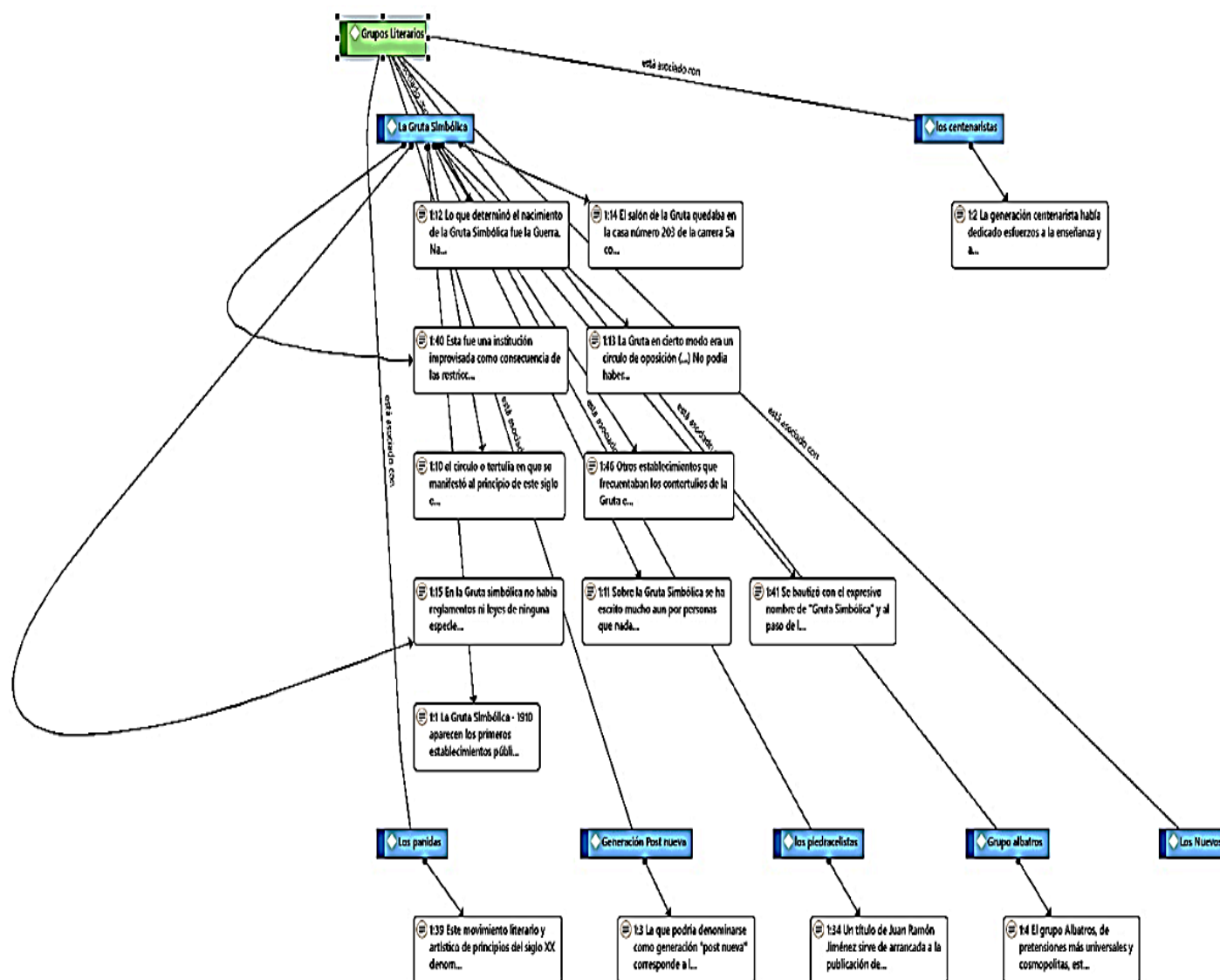
⁸⁷ La publicación del Mosaico fue determinante para unificar un colectivo preocupado por la cultura, estaba destinada a ser producto de una minoría selecta: "Respecto al público, para 1860, los redactores mantenían correspondencia con un poco más de 50 agentes repartidos en diferentes municipios y localidades del país. Ellos estaban encargados de conseguir los suscriptores y eran los intermediarios para los encargos de libros que se encontraban a la venta en El Mosaico. En el mismo año, de acuerdo a una lista publicada en la revista, había cerca de 400 suscriptores en el país, de los cuales el 30% correspondía a Bogotá (cerca de 120 suscriptores). Si se toma como criterio el número de abonados, no resulta nada comprometedor afirmar que la publicación se dirigía a una minoría culta, aunque siempre es difícil estimar el alcance real de la publicación" (Gordillo: 2003)

elite bogotana. Nunca sesionaron en cafés, la casa de Rafael Espinosa, alias Reg, se convirtió en una especie de club nocturno, inspirado en los salones franceses. Aunque algunos diarios cubrieron las noticias de las sesiones y existía algunas formas rudimentarias de organización de la información como el Archivo Huevón, ese gran foro de la juventud bogotana que seguía los desarrollos de la escuela simbolista francesa no logro concretar una heterodoxia capaz de enfrentar a la fuerza hegemónica de los letrados. Esa bohemia bogotana no se definió como un arte de vivir, ni generó una conciencia profunda sobre la cual un artista vive como quiere o como puede. Estas fortalezas de una bohemia que siempre intenta romper con la heterodoxia bajo la exaltación lírica, el exceso de idealismo y sobre todo una férrea disciplina, no logro para el caso bogotano, constituirse en un riesgo para la heterodoxia.

En las décadas posteriores a su fundación, se presentaron varios artículos que intentaron recrear y recordar por medio de diferentes crónicas y artículos de prensa, este hecho cultural como uno de los principales hitos de la vida cultural bogotana. Si bien existieron registros de las producciones literarias y teatrales de la Gruta Simbólica, estas producciones se relacionaron más con espacios privados como la casa de German Espinoza, considerado el mecenas de una de las tertulias bogotanas más famosas de finales siglo XIX e incluso de gran parte del siglo XX.

Dentro de las culturas del recuerdo de los años veinte se reafirmó una revaloración de las formas tradiciones de la cultura legítima por medio de una semántica asociativa que reunió e integró unas formas de identidad cultural bajo el nombre de los nuevos. Esta marca cultural asociada a la proclación moderna de imprimir sentidos de progreso y de oponer lo antiguo a lo nuevo, intento a través de las formas literarias de representación, rescatar la incidencia de la Gruta Simbólica en la conformación de los grupos literarios. Un análisis de contenido de estas representaciones literarias (ensayos, crónicas y artículos de prensa), permitió mostrar con claridad estas manifestaciones desde un proceso de condensación de los recuerdos que tuvo como eje central a la Gruta Simbólica como un ámbito semántico donde se superpusieron los diferentes grupos literarios como los nuevos, Grupo Albatros, la generación pos nueva y no tan directamente los Panidas y los centenaristas. Este último

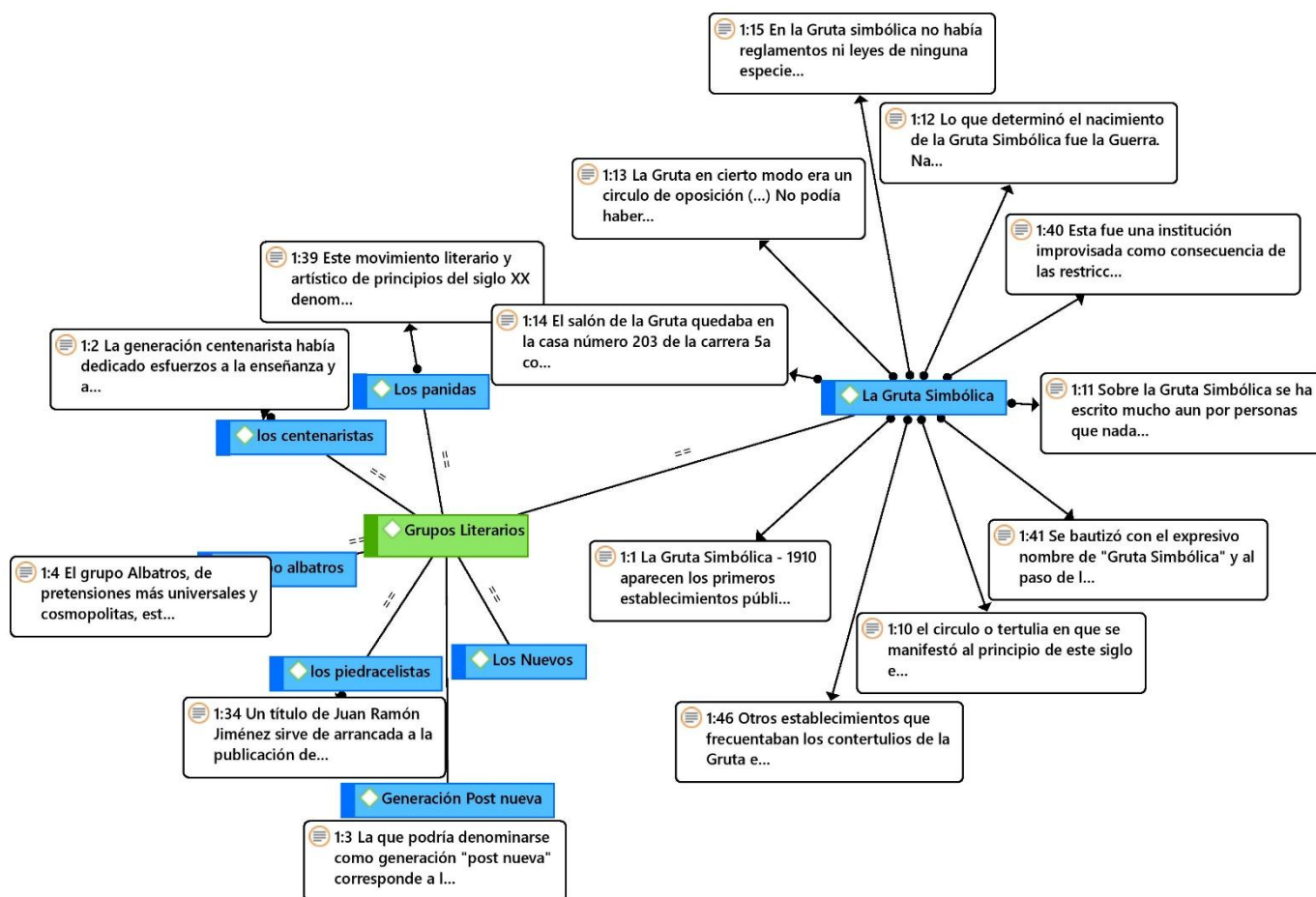
aparece desligado de los procesos narrativos donde poco es utilizado como objeto de narración.



Gráfica 35. Relación de La Gruta Simbólica y Los Centenaristas. (Elaboración propia)

Este rasgo tan marcado de la Gruta Simbólica como hito cultural permite entrever que se constituyó en el eje de un sistema de marcas en la memoria cultural bogotana al ser casi el centro de las discusiones sobre el distanciamiento de un grupo de escritores jóvenes con el grupo literario denominado centenaristas. Estos últimos reafirmados sobre las valoraciones a una identidad cultural tradicional. Más que ser reafirmados sobre su potencial de vanguardia, la Gruta Simbólica ha representado una historia sobre la bohemia bogotana. En un proceso

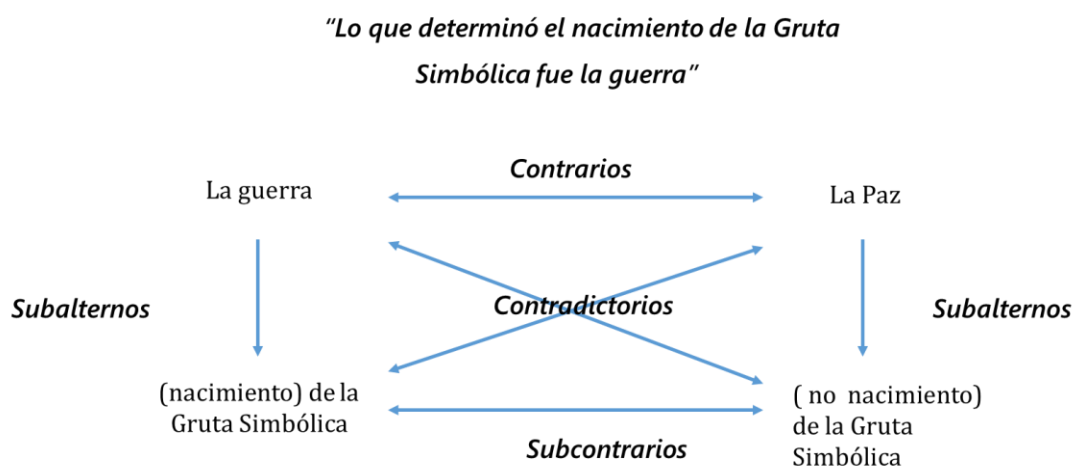
de selección, asociación y creación de sentido, este pasado interiorizado y recordado encontró se forma en el relato. Estos procesos narrativos que estructuraron el recuerdo individual por medio de una historia vital coherente, permitieron asociar el nacimiento de la Gruta Simbólica con los Grupos literarios



Gráfica 36. Grupos literarios (elaboración propia)

La historia del nacimiento de la Gruta Simbólica al ser relacionado con el furor de la juventud por el arte y la poesía, de unos jóvenes con talento que intentaban abrirse paso en la actividad literaria, permite conectar con facilidad esa prefiguración de la trama y el sentido de lo recordado. “Lo que determinó el nacimiento de la Gruta Simbólica fue la guerra”

Una noche, cuya fecha nadie podría recordar con precisión, andábamos sin salvo conducto unos cuantos amigos que veníamos de una exquisita chupipanda a las cuales eran muy aficionados los literatos de entonces, con pocas excepciones. Era arte muy divertido, peligroso y nuevo ese de sacarles el cuerpo a las patrullas de soldados que rondaban las calles en persecución de sediciosos y de espías, y hartos quites habíamos hecho aquella noche, cuando de súbito caímos en poder de una ronda. Componían el grupo Carlos Tamayo. Julio Flórez, Julio de Francisco; Ignacio Posse Amaya, Miguel A, Peñarredonda, Rudensindo Gómez y el humilde autor de esta croniquilla (Luis María Mora) (...) de pronto Carlos Tamayo les dijo a los de la ronda: señores tenemos un enfermo grave; vamos en busca de un médico; acompáñenos hasta la casa a llamarlo. Aquí no más es (...) golpeamos a la ventana de la casa de Rafael Espinoza Guzmán, y apenas asomo este, Tamayo le dijo: “Doctor, abranos que tenemos un enfermo grave, como usted lo ve (y señaló con disimulo a los soldados) pero sigan entre tanto. Así lo hicimos y nos quedamos hasta las del alba (Revista Cromos, 1938)



Gráfica 37. "Lo que determinó el nacimiento de la Gruta Simbólica fue la guerra"

En un escenario bélico, el origen del grupo literario se enmarcó en un contexto cultural del recuerdo que tuvo una forma literaria de representación ligada al nacimiento como historia de la función. Esto quiere decir que, como forma de expresión cultural y política, la Gruta Simbólica requirió ese escenario bélico para fortalecer la idea de grupo contestatario y contracultural como respuesta a la guerra. Al ser rescatado como el primer intento de bohemia, la Gruta Simbólica fue referente de este grupo de ensayistas, periodistas y políticos

de los años veinte, que también intentaron quebrar la tradición y profanar las formas correctas del decir.

Este relato literario puesto en circulación, por medio de croniquillas y diferentes libros que rememora la gesta y el rito iniciático de la gruta simbólica, fue sin duda un medio de almacenamiento que termino al servicio de la memoria cultural fijando un canon. Este almacenamiento literario, configuró la representación del bohemio bogotano que rompe las reglas y experimenta nuevos sentidos en la noche y en la calle, referentes por supuesto, desconectados de la precaria vida urbana bogotana. Como si se tratase de la bohemia parisina, los literatos asociados al consumo de licor y a la vida de la calle, se asociaron a ese deambular a la inclemencia del frío y a la errancia. Como si se tratara de una ciudad con una vida nocturna activa, esta representación de la bohemia bogotana, intentó tomar a la ciudad como un espacio para ser descifrado, pero ante el peligro del soldado que representa la persecución, la falta de libertad de expresión y sobre todo la aplicación de la violencia, terminan al interior de una casa, replicando las prácticas culturales del siglo XVIII, asociadas a las tertulias santafereñas



Gráfica 38. Análisis de contenido.

Ahora bien, lo que se esconde detrás de estos intentos de ruptura con el orden social es la complacencia con la cual, tanto algunos miembros de la Gruta Simbólica como la mayor parte del grupo denominado los nuevos tuvieron con la generación del centenario. Para el primer caso, es decir, el de la Gruta Simbólica, fue evidente su cercanía con algunos de los miembros más destacados de una generación que vivió la guerra y que también percibió un renacer cultural afirmado en las fiestas patrióticas del primer centenario de la independencia del país.

Durante los cortos años de vida de la Gruta Simbólica, se efectuaron numerosas sesiones privadas y públicas donde asistía todo tipo de público ansioso de aplaudir a los grandes artistas, muchos de los cuales se habían erigido en verdaderos ídolos populares. Asistieron también importantes personalidades como el expresidente de la República Miguel Antonio Caro; el secretario de gobierno de Cundinamarca, maestro Guillermo Valencia; y el poeta romántico Rafael Pombo. Se llegó a invitar al presidente José Manuel Marroquín quien se excusó de asistir a la reunión (Serpa, 1993, p589)

Más que asistir a las reuniones, los miembros de la tertulia compartieron su afinidad por el uso correcto del lenguaje, inclinación que las posiciones que se mantuvieron en el poder, utilizaban para legitimarse. Tanto el diccionario de galicismo que compuso en la cárcel Rafael Uribe Uribe, la cuarta edición de Apuntaciones Críticas sobre el Lenguaje Bogotano publicada en 1885, el tratado de ortología y ortografía castellana de José Manuel Marroquín, que hizo parte de la formación de generaciones de niños colombianos, los estudios de Gramática Latina de Caro y Cuervo y las muchas publicaciones sobre participio, permitieron a estos gramáticos y filólogos influir en la vida política colombiana, incluso en posiciones políticas contrarias como el caso de Santiago Pérez, dirigente radical y presidente entre 1874 y 1876 y Cesar Conto, radical del valle del Cauca quien en 1885 compuso un Diccionario Ortográfico de Apellidos y de Nombres Propios de Personas, con un apéndice de nombres geográficos de Colombia (Deas, 1993, p32)

En efecto, gracias a la acumulación de capitales culturales entre diferentes posiciones se entretejían toda suerte de complacencias y veneraciones, que tenían como eje principal el uso correcto del lenguaje y el manejo del latín clásico. Vale aclarar que esta clase social

venida a menos en lo económico, a pesar de las condiciones desfavorables mediadas por la carencia de medios financieros, tuvo formas de influir en la vida política del país y en los manejos de la vida pública gracias al prestigio que como gramáticos y filólogos habían ganado. A pesar de contar con figuras descollantes como José Asunción Silva, quien terminó por suicidarse en 1896 y la presencia de José María Vargas Villa, considerado por algunos críticos literarios de la época como un literato maldito, el eje de esta estructuración de un capital cultural ligado uso correcto del lenguaje lo constituyó el caso paradigmático de Miguel Antonio Caro.

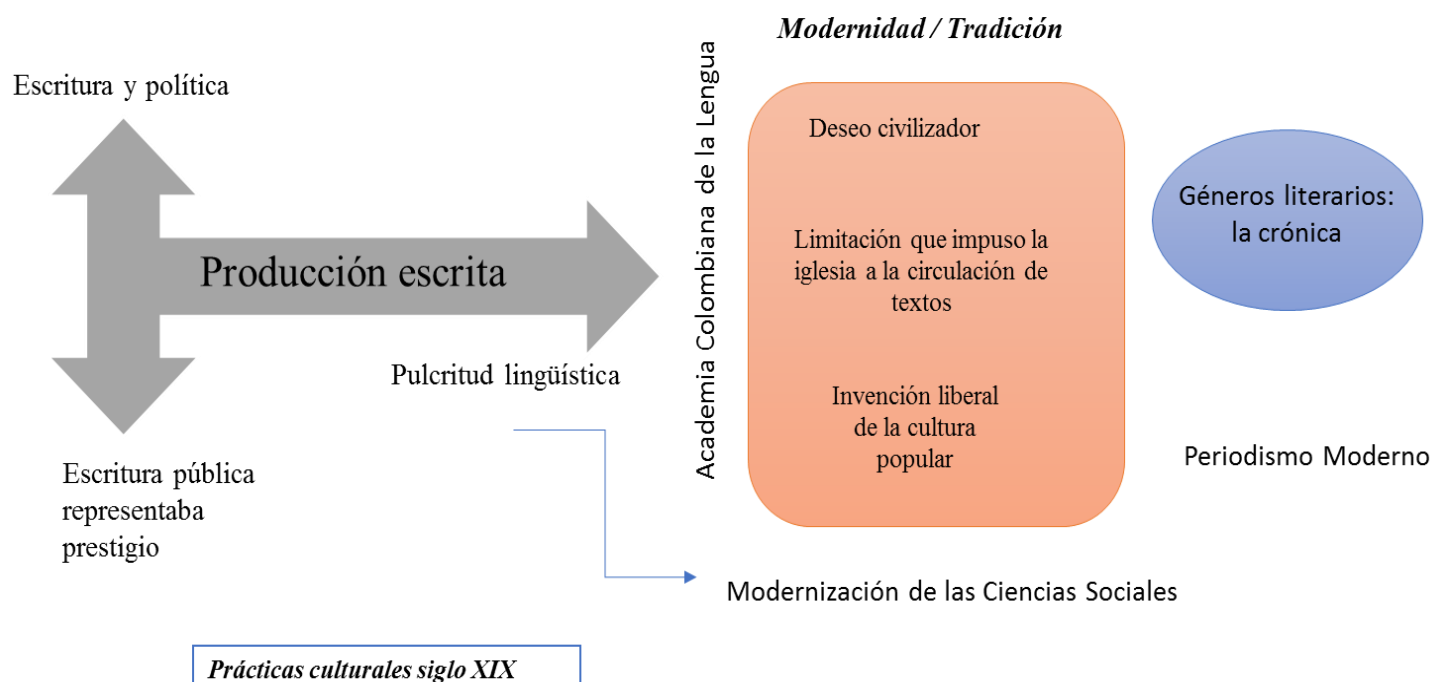
He dicho ya que el desenvolvimiento de la ciudad bogotana es de una superioridad incontestable. Es la tierra de la poesía; desde el hombre del mundo, el político, el militar, hasta el humilde campesino, todos tienen un verso en los labios. Si esto es la generalidad, es fácil concebir la altura de los grandes poetas colombianos. No quiero hablar del pasado, pero no puedo resistir al deseo de recordar aquí los hombres cuya mano estreché con una invencible mezcla de respeto y cariño: Rafael Pombo y Diego Fallón; José Manuel Marroquín en quien vencer las mayores dificultades del verso, sea en la forma, la transposición o en la rima, para derramar en él la gracia, la ironía y el chiste, es un verdadero juego. José María Samper que ha escrito seis y ocho tomos de historia, tres o cuatro de versos, diez o doce de novelas, tres o cuatro de viajes, de discursos, de estudios jurídicos, memorias y polémicas... Puede Colombia estar orgullosa a justo título de dos hombres jóvenes aún, pero cuya reputación de sabios y profundos literatos ha salvado los mares, extendiéndose a la península española. El primero es Miguel Antonio Caro, el segundo Rufino J. Cuervo. Resumiendo, una sociedad culta, inteligente, instruida y característica, que se ha refugiado en las alturas, huyendo de la penosa vida de las costas, indemnizándose, por una cultura intelectual incomparable, de la falta completa de progresos materiales (Cane: 1881-1882)

Más que producir una red de publicidad literaria que permitiera poner en tensión desde las mismas luchas literarias, el nomos de un campo de la producción cultural afianzado en las fortalezas de un capital cultural basado en el uso correcto del idioma, la tertulia de la Gruta Simbólica consiguió tímidamente una pequeña producción sin mayor disciplina y valga reiterarlo, sin mayores posibilidades de quebrar la ortodoxia. Es más, una figura emblemática como Julio Flórez, no logro impulsar una vanguardia literaria y una

consagración institucional de una heterodoxia, más allá de algunas ovaciones y celebraciones como poeta popular.

Más allá de las librerías, las tiendas y el altozano, los espacios para la consagración literaria tuvieron la escenografía del teatro Colón; más allá de eventos momentáneos, la reunión consuetudinaria quedó restringida a los encuentros realizados en los espacios íntimos. Al no contar con los cafés, como centros de reunión y de información, al considerar más bien el escenario de lo íntimo en una tertulia amarrada a los ideales de reunión del siglo XVIII, se perdió la posibilidad de democratizar la cultura con una institución, que, como el café, permite el reconocimiento entre iguales.

Aparición del oficio del escritor en Colombia



Fuente: Vallejo, 2010, Llano 2012, López 2014

Gráfica 39. El escritor en Colombia.

De acuerdo a las condiciones económicas y políticas entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, la posibilidad de concretar unos espacios de encuentro como los cafés,

quedó restringida al toque de queda a causa de la guerra de los mil días y a la ausencia de vida nocturna de un espacio social y urbano precario. Aunque una parte de la elite bogotana intento introducir nuevas formas de vida bajo el ideal de la civilización y el progreso material los cafés no constituye una prioridad. Además, la producción literaria, todavía amarrada a un periodismo embrionario y a las empresas editoriales particulares, no lograron incorporar en la literatura, los cambios y las transformaciones urbanas y el cambio de valores, porque precisamente, era poco lo que ocurría en la ciudad. Esta sensación que nada ocurría en la ciudad la propiciaba un modelo espacial predominantemente religioso, donde se hacía difícil percibir las pocas innovaciones urbanas que se estaban incorporando al espacio social y urbano bogotano.

Ante las escasas posibilidades de socialización, ante la imposibilidad de sustituir las formas institucionalizadas de la producción cultural y ante la aceptación y carencia de espacios de reunión como los cafés, la posibilidad de redefinir al hombre de letras quedó más bien aplazada. En su lugar, la práctica cultural que progreso en un ambiente urbano tan particular como el bogotano, fue la del intercambio cultural al interior de las viviendas. Las formas de contacto entre las clases sociales se redujeron a la negación de espacios propicios para los encuentros. De allí, que, amarrada a una práctica más bien solapada, las actividades que desarrollaron algunos de los miembros estuvieron asociadas a los recorridos por piqueteaderos, chicherías y tabernas, donde el consumo de alcohol, frecuente en todas las clases sociales fue reducido a la dicotomía entre la embriaguez y la borrachera. Por su puesto esta última connotación asociada al consumo de chicha, pervivió para algunos miembros de las clases altas como prácticas soterradas e invisibilizadas en el orden de lo público y de la moral católica.

En este sentido, los cafés como espacios de la producción cultural no se incorporaron como una de las estrategias de la elite para poner a circular en el espacio social sus pretensiones diferenciadoras como formas admiradas y legitimadas en el universo social bogotano. Y no fueron eficientes, precisamente por su naturaleza semipública y por las formas que adquirieron durante finales del siglo XIX y comienzos del XX. Los cafés bogotanos terminaron buscando identidad en sus cercanías con los nacientes círculos

periodísticos, que hacían de estos lugares, espacios soterrados donde se podían escuchar las varianzas y las noticias refrescantes de un espacio social poco dinámico.

Formas politizadas del recuerdo: la estructuración de un capital cultural dominante

Una de razones principales para que los cafés no se promovieran como espacios de la producción cultural radico principalmente en la estructuración de un capital cultural dominante. Amparada en una tradición lingüística, convertida en texto-memoria, una parte de la elite bogotana vinculo al uso correcto del lenguaje como un referente indispensable de identidad nacional. Este tipo de apego a las formas correctas del lenguaje necesitaba para su perduración, asociarse a la fuerza que podían imprimir instituciones como las academias, para el establecimiento de pautas de socialización contundentes, dirigidas especialmente a la legitimación de la lengua como objeto sagrado de la cultura y de un pasado español que postulaba a la nación como región culta del mundo al ser herederos de los años gloriosos de las letras españolas (Llano, 2012)

Este uso correcto de la lengua, fue en efecto una estrategia cultural promovida por los productores, que, reafirmados en las disposiciones de la Academia Colombiana de la Lengua, reprodujeron en la escuela unos usos cultos de la lengua legítima. La estrategia consistió precisamente en la búsqueda constante por oponer del lenguaje literario al lenguaje popular, en el espacio social y urbano en forma de discursos que fueron oficializados por medio de los agenciamientos propios de la Academia Colombiana de la Lengua fundada en 1871.

Estos productores que hicieron parte de esta iniciativa tenían una competencia literaria reafirmada en la erudición que se perfiló como un saber politécnico para convertirlo en patrimonio común. De esta manera los eruditos fueron legitimados y autorizado para adelantar las formas públicas del lenguaje. Un ejemplo de esto lo encontramos en Miguel Antonio Caro quien se dedicó a la política, periodismo, oratoria, gramática, poesía, historia, legislación entre otras actividades. Sobra decir que Miguel Antonio Caro no fue el único erudito que se perfilaba en el país para la tarea de la constante formalización del lenguaje bogotano.

"si dejamos a un lado la Gramática Latina y Las Apuntaciones...observamos que en 1871 Cuervo podía argumentar lingüísticamente con el sánscrito, armenio, griego, latín, celta, gótico, islandés, sueco, danés y flamenco, letón, lituano y ruso. Y dentro de las lenguas románicas con el italiano, portugués y provenzal" (Martínez y Torres, 1954 p 81).

Para finales de 1870 se conformaba en el país un grupo con un interés expresivo similar, el cual convergía en la custodia del idioma. Esta pertenencia a este grupo tan selecto, se empieza a consolidar con el viaje de Vergara y Vergara a España para hablar con el director de la Academia de Madrid, Don Mariano Roca de Togores. En este viaje Vergara y Vergara consiguió la firma del acuerdo del 24 de noviembre de 1870, donde se autorizaba la creación de academias correspondientes en los países hispanoamericanos:

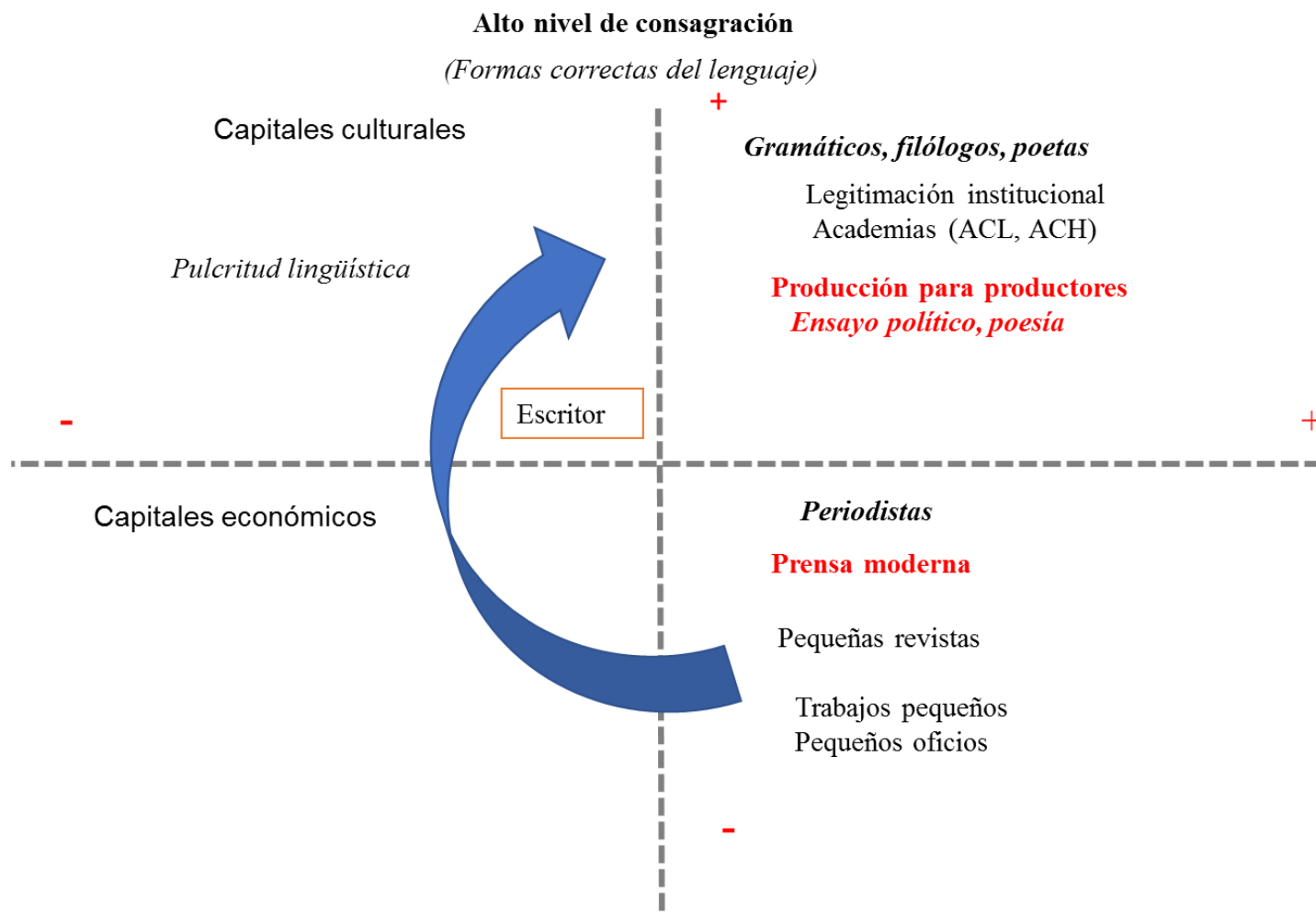
La Academia Española de Madrid estimula la creación de entidades similares en América, que llama correspondientes”: así se organizaron la Academia Colombiana de la Lengua (1871), la Mexicana (1875), la Ecuatoriana (1875), la Venezolana (1883), la Peruana, la Chilena y la Argentina y luego otras. En los primeros tiempos fueron activas y dieron luz a revistas o anales con trabajos valiosos, especialmente la de Colombia y la de México; colaboraron en el Diccionario de la Lengua Castellana (Ureña, 2001 p100)

Con este agenciamiento de la identidad dominante, los escasos espacios de reunión se volcaron a imponer el monopolio de expresión legítimo que busco desde el comienzo conseguir la homogenización y normalización de unas formas legítimas del habla para solidificar el uso correcto de la lengua oficial.

“Habiendo regresado a Bogotá el señor Vergara y Vergara, se reunió en su casa el 10 de mayo de 1871, con los señores don Miguel Antonio Caro y don José Manuel Marroquín, en junta preparatoria, para echar los fundamentos de la Academia Colombiana de la Lengua” (Guzmán: 1993: p14)

Frente a diferentes neologismos y modas lingüísticas que empezaron a circular en el espacio social y urbano bogotano, esta identidad dominante se dio a la tarea de empezar a producir y reproducir gramáticas, libros y librillos que tenían por objeto regular el idioma y enaltecer una conexión directa con la identidad española. Esto permitió poner las bases de

una historia primordial y hacer visibles unos personajes autorizados para hablar en público. De este modo, una vez se logró establecer la Academia, fue necesario entonces pensar en el tipo de personalidades que iban a conformarla.



Gráfica 40. Campo de la producción cultural.

La composición de esta asamblea muestra un cambio notable en las tendencias asociativas de las elites con respecto a los primeros años de la década anterior. La tendencia política de los primeros miembros de la academia, era más bien conservadora, apenas dos de los doce primeros miembros de la Academia se identifican con el partido liberal. Uno de ellos, Santiago Pérez, entrará en disputa con Miguel Antonio Caro, hasta el punto de presentarle su indignada renuncia por razones de un diferendo político y es sabido que el fin de la primera época de la Academia coincidirá con la antipatía que se había larvado entre Marroquín y el mismo Caro, ya durante la Regeneración (Gordillo: 2003)

Más que espacios abiertos para discusión pública sobre las formas correctas del lenguaje, estos espacios cerrados y restringidos de las reuniones, no solo fortalecieron las prácticas culturales asociadas a la visita santafereña, sino que provocaron en el espacio urbano la disposición de algunos lugares de encuentro, que como ya se ha advertido, se redujeron a las bibliotecas, tiendas y el altozano de la catedral. En efecto, el establecimiento de sociedades, academias y fundaciones fue otra de las estrategias adoptadas para que las clases altas impusieran su nuevo estilo de vida (Mejía: 1998: p37). Estas estaban conformadas por hombres reconocidos en el ámbito social y cultural de la ciudad. Sin embargo, para ser un agente con la autoridad necesaria para velar por la pureza y la unidad del idioma, era necesario mostrar habilidades que designaran a dicho agente, como un hombre investido de erudición.

Además de las competencias reconocidas socialmente, se debía mantener el buen gusto en la escritura, a través de la gala y el respeto a lo invariante, para conseguir la pureza del lenguaje que debía mantener las formas apegadas a lo clásico, mostrando y demostrando la pertenencia a un pasado español. Poetas y novelistas mantienen invariablemente ese buen gusto, ese cuidado formal, esa temperancia y ese respeto a lo clásico (...) Los poetas colombianos se mantuvieron sometidos a los mandamientos del gusto: en sus obras la forma es siempre correcta y pulida (Camacho Guizado: 1989: p329).

Este gusto por la escritura y por la pulcritud lingüística se hará concreto en las disposiciones de legitimar una Academia Colombiana de Historia. Estas formas de hacer historia, relacionadas sobre todo con el estilo y una disposición lingüística afianzada en las formas correctas del decir y cabe decir que también del escribir, empezará a tomar forma bajo un ambiente bélico en el país conocido como guerra de los mil días. En este ambiente económico y político, los cafés fueron apenas lugares de encuentro que no contaron con la aquiescencia de los letrados. Por lo tanto, los habituales que se repartían tanto en la visita a los cafés restaurantes y los cafés- tabernas, no dispusieron más que espacios privados en reuniones selectas de personajes relacionados con el culto al lenguaje.

La autoridad del recuerdo: la Academia Colombiana de Historia

En el gobierno de José Manuel Marroquín, el ministerio de instrucción pública promovió la creación de una comisión de historia y antigüedades mediante ley 115 de 1902. Nace en primera instancia para delegar el monopolio del conocimiento histórico legítimo, que a partir de ese momento tendría como función propagar el saber histórico. Las condiciones que generaron dicha entidad descansan sobre la base de una falta de patriotismo, provocado por las guerras civiles y la pérdida del canal de Panamá. En este ambiente político afloró una creencia sobre la ausencia de conciencia nacional relacionada con una falta de conocimiento histórico. Estas razones para creer en la anterior proposición se reafirmaron en la pérdida de documentos históricos y monumentos, denuncia que aparece en la resolución 115 de 1902, con la cual se establece una comisión de historia y antigüedades:

Considerando: Que por la incuria y por la triste situación del país, día por día se van perdiendo irreparablemente multitud de documentos preciosos, de monumentos y datos de todo género, que constituyen material histórico de grande importancia para Colombia (Velandía 1988: p 26)

Mediante dicha resolución, firmada en mayo de 1902 por el vicepresidente José Manuel Marroquín, se estableció la "Comisión de Historia y Antigüedades Patrias". Que para el mes de diciembre ya se establecía como "Academia de Historia y Antigüedades", con carácter oficial de cuerpo consultivo del gobierno y con su propio medio de difusión, el Boletín de Historia y Antigüedades. La institución se inició con 19 miembros, donde confluían personajes de diferente talla que componían los miembros de número de esta institución, encontrábamos por ejemplo, personajes relativos a la milicia como generales, otros eran agentes de la producción literaria, algunos graduados en derecho, y otros sin titulación, como en el caso de Eduardo Posada, uno de sus fundadores; el manejo de un capital cultural acorde con las disposiciones del gobierno, parece ser un elemento fundamental para la pertenencia a la academia y por supuesto para la adquisición de capital simbólico. La mayoría de estos personajes se encontraba cerca al gobierno, por ejemplo, Cordovez Moure uno de los miembros fundadores de la academia, sirvió al ministerio del tesoro bajo la

presidencia de José Manuel Marroquín. Los personajes de la academia no eran historiadores profesionales, sin embargo, todos tenían publicaciones (Chavarro y Llano, 2010).

Con lo anterior quedó reafirmado una instancia legitimadora del saber histórico que, mediante las virtudes patrióticas, articuló las tramas del pasado con los catecismos patrios y los manuales de urbanidad y buenas maneras. La historia ahora revestida de ese halo sagrado de un lenguaje culto, se convirtió en el discurso por excelencia de lo público y la formación del ciudadano. Estas formas públicas de la historia, agenciadas por los miembros de número de la academia, se convertían en los encargados de designar lo que era patrimoniable y lo que no era digno de serlo.

En este sentido, el agenciamiento de lo histórico terminó siendo un discurso estructurador de la ciudad. Al asociarse a un interés cultural muy particular, como la conexión con lo patriótico y los mitos fundacionales, el saber histórico se dispuso como el elemento estructurador entre los recuerdos y el contexto social por medio de los rituales patrióticos

La activación de la semántica asociativa y conectiva: el patrimonio y las celebraciones patrióticas como mecanismos simbólicos

Al inicio del siglo XX fueron evidentes una serie de innovaciones expresadas en antiguos proyectos, que, desde el discurso de la higiene pública, intentaron reorganizar y descongestionar el espacio urbano bogotano. Con el nacimiento de la Junta Central de Higiene en 1886, fueron evidentes en la ciudad asilos e instituciones hospitalarias. También fueron visibles nuevas prácticas en la simbolización de la ciudad como la introducción de una arquitectura republicana, que, mostrando diferentes mixturas y pastiches, dejaron ver diferentes estilos arquitectónicos. Aquí es importante mencionar que producto de estas transformaciones aparecen los primeros arquitectos nacionales como Mariano Santamaría quien presidiría la sociedad de arquitectos en 1905.

De acuerdo con Serna (2001) la obra más representativa que inauguró el siglo fue el Palacio Municipal diseñado por el arquitecto francés Gastón Lelarge. La construcción del edificio fue emprendida por el arquitecto colombiano Julián Lombana en 1902 y fue

culminada en 1905. Lo relevante de este caso, comenta Serna, es el cambio de prácticas en cuanto a la ruptura en el diseño y construcción de edificaciones que hasta el momento había tenido una hegemonía extranjera. Otro de los cambios relevantes fue el manejo en el uso del suelo, con una participación más decidida del Estado en la construcción de edificaciones públicas

La aparición de los cafés en el espacio social y urbano, paso prácticamente desapercibida en la activación de una estrategia cultural y política que involucró como objeto de intervención la conversión de plazas en parques. Aunque esta estrategia de renovación urbana se venía adelantando desde 1870, la transformación de las plazas, que rememoraban la antigua ciudad colonial, no involucro la readecuación de los cafés desplegados en la plaza central y en la calle real. Más que espacios para la congregación y el ejercicio ciudadano los parques inaugurados se convirtieron en escenarios para las festividades y los rituales patrióticos. Un ejemplo de lo anterior se encuentra en la celebración de la independencia que permitió a la ciudad acoger a la multitud, que después se dispersó.

*Agosto en broma
"La ciudad vacía"
Croniquilla del mes.*

El agosto de 1910 fue de veras excepcional. El día 7 se nos acabó la cuerda y Bogotá quedó en quietud, en desolación absoluta. Por lo visto, la gente se comió cuanto tenía y después fue como si la tierra se hubiera comido á la gente. ¡Tras de tanto espectáculo y tanta concurrencia, no se encontraba un espectador ni para un remedio! En el Bosque y en la Exposición asustaban. En el Colón, Fausto, Gioconda, Mimí, Hernani, cantaban apasionadamente para trescientas sillas y setenta y cinco palcos vacíos. En la plaza de toros, para cinco mil 'puestos había quinientas personas. En el parque de San Diego, fuera de los pajaritos no había quien oyera la retreta. A las barras de la Asamblea ya no entraban sino los gendarmes.

Cada habitante debió pensar para sus adentros: yo me retiro y que se queden los otros, si gustan. Entonces sobrevino una abrumadora soledad en paseos, calles, almacenes, restaurantes y carruajes mantenedores del tráfico. Entonces también empezó á suceder para Bogotá una de las cosas más terribles que pueden suceder en una ciudad: la de no suceder

nada. Ausencia total de prójimos. La iglesia quieta. El Estado en profundo reposo. El comercio en seca, aunque satisfecho del agosto que hizo en Julio. El cambio inconvencional. Los mitingueros sin multitudes que conducir. Los conspiradores entregados á la vida privada. ¡Linda situación para articulistas y noticieros de periódico, sin tener una conmoción política, ni una resolución comentable, ni un tumulto, ni un asesinato, ni una vieja atropellada! (Revista el Gráfico 3 de septiembre de 1910)

Al escasear los lugares públicos, entre ellos los cafés, las posibilidades de socialización y de formación ciudadana no solo se redujeron, sino que además se restringió. Al no existir espacios para la diferenciación de los grupos sociales bogotanos y al no concretarse la experiencia de la multitud, la activación de la vida urbana, restringida a las celebraciones patrióticas, no se hizo necesaria.

Más que abrir la oferta ciudadana a la disposición de espacios para la ciudad, la identidad dominante reforzó estas diferencias sociales en los lugares privados. Bajo la apariencia, la ostentación y las formas clásicas de la cultura, el proyecto cultural en cabeza de los letrados, en efecto, utilizó a la cultura como instrumento para dirigir el rumbo de la sociedad hacia lo que la élite consideraba civilización, al evitar hablar y vestirse mal y tener un comportamiento ajeno a las reglas dictadas por los manuales de urbanidad.

Finalmente, la renovada élite bogotana buscó imponer un nuevo proyecto para el espacio urbano, el cual se encontró relacionado con los discursos del orden y del progreso acorde con su nueva situación económica. Para tal efecto, resultó relevante la búsqueda de la imposición de unos estilos de vida que, haciendo gala de la suntuosidad y de su pomposidad, se correspondían con los discursos de progreso y orden ya mencionados. Asimismo, se hacía necesaria una reorganización del espacio urbano, para esta época, en torno a los discursos de la higiene, en medio de un universo social caritativista que va a redistribuir los espacios de la ciudad, para que se corresponda con la nueva imagen de los grupos dominantes por medio de inversiones simbólicas como el Patrimonio Histórico.

Los medios simbólicos del recuerdo: los rituales, las celebraciones patrióticas y la inauguración de monumentos

Estos medios simbólicos fueron entonces una apuesta relevante de unos grupos sociales para proyectar en el espacio urbano unos sentidos acordes con un proyecto de ciudad, más que brindar espacios de encuentro para la ciudad o activar el desarrollo urbano a la movilidad, el proyecto pensado estuvo asociado principalmente a la civilidad y al patriotismo. Más que una apuesta estatal, estas iniciativas se realizaron más bien a nivel privado. Esto se puede ver claramente en los monumentos que se establecieron en cementerios. Entre los monumentos más representativos, emplazados en el Cementerio Central en las últimas décadas del siglo XIX, se encuentran los erigidos a José Eusebio Caro, donado por sus nietos, el de Juan José Neira, José Eusebio Otálora, Lázaro María Pérez y el de Ezequiel Rojas, fundador del partido liberal. Este último fue adelantado por su viuda quien delegó la tarea a P Costa Florentino, escultor reconocido, que elaboró en mármol blanco el busto del prestante personaje.

Aunque el siglo XIX no fue prolífico en cuanto a la construcción de monumentos patrióticos, sí fue importante su recate al finalizar el siglo a propósito de las celebraciones del IV centenario del descubrimiento de América y las demás efemérides patrióticas como el natalicio de Bolívar.

En recuerdo de nuestros próceres no puede haber manifestación más grata que los festejos de este Julio; han sucedido sin grande aparato ni extraordinario deslumbramiento, pero bellos de cultura, de frescor y de jovialidad. Hay en la memoria de cada uno de nosotros preferencia por alguna página de historia colombiana que, repasada hoy, trae á los ojos humedecimiento de lágrimas y á la vez dibuja sonrisa en los labios; no existe homenaje más fecundo á la memoria de nuestros valientes desaparecidos en la Independencia, pues, así como el único dolor perdurable es el dolor sereno, el único recuerdo que dá inmortalidad es el recuerdo que á la vez llora y sonrío. Acaso muchos de aquellos hombres pensaron ilusionados que así los habíamos de recordar un día, y al influjo de tal pensamiento multiplicaron sus energías ó en acuerdo con sus Voluntades determinaron las condiciones y el momento de su sacrificio. “Hoy 24 de Julio se conmemora el natalicio de Bolívar. La escultura de Fremiet nos lo representa señalando al horizonte con la punta de su acero

triunfador, como para decir: ¡hágase la Patria, viva la libertad! Al pie de la estatua se congregan -los colombianos agradecidos á cantar el himno de la Nación y á vitorear la República. Viva la república es preciso convertir en ley del Estado ese grito de entusiasmo (Revista el Gráfico 24 de julio de 1910).

Aunque el espacio urbano bogotano en 1892 contara con algunas estatuas de patriotas, el mausoleo de Jiménez de Quesada y el monumento a los mártires⁸⁸, como ya se ha mencionado, la presencia de cafés además de escasa, estuvo concentrada en la plaza principal muy ligada a los comercios y a las tiendas y chicherías de la época. Esta decisión estatal de no intervenir en las adecuaciones urbanas se puede ver claramente con la postergación de monumentos. Sin una agencia que administrara las representaciones del pasado, fue frecuente que en la construcción de monumentos se presentara una postergación del emplazamiento. El caso más sobresaliente lo constituyó la erección de las estatuas de la reina Isabel y Cristóbal Colón dentro de la celebración del IV centenario del descubrimiento de América en 1892, pues bien, estos monumentos fueron emplazados diez y seis años después de haber salido la ley 58 de 1890 que las autorizaba, en parte por la precariedad del presupuesto municipal; de los monumentos aprobados oficialmente para Bogotá hasta 1891 estaba pendiente la construcción de 18 (Tovar: 1997 p147)

Con la aprobación de una Academia de Historia, la estrategia cultural se hizo mucho evidente con las celebraciones patrióticas. Los monumentos se inscribieron dentro del conjunto de estrategias dirigidas a la apertura pública de la ciudad a través de las expectativas de las clases en ascenso. Al iniciar la primera década del siglo XX el Estado se ve aún más comprometido con las inversiones simbólicas. Una gran explosión de monumentos se fue presentando a comienzos del siglo XX; pero fue en las conmemoraciones de la celebración, del centenario de la independencia en 1910 y la liberación completa de España en 1919, donde se presenta el mayor número de emplazamientos. Las mayores adecuaciones se hicieron en torno a plazas y parques. La más sobresaliente fue la del parque de la independencia, este albergó la exposición nacional con la erección de diversos monumentos;

⁸⁸ Este último representaba una alegoría que resaltaba la encarnación de los soldados acribillados en la huerta de Jaime, posteriormente bautizada plaza de los mártires. En efecto, otra parte de este inventario de monumentos de finales del siglo XIX, pertenecía al orden de lo simbólico, como en el caso del monumento levantado a Luis A. Robles considerado el primer monumento moderno en el país.

entre ellos se encontraban, el de Julio Arboleda, Murillo Toro, Salvador Camacho Roldán y el monumento a Bolívar; todos estos monumentos fueron acordados por ley, como se puede observar la fuerza que le imprime el Estado a estas adecuaciones las hacen más efectivas, si lo comparamos con el periodo anterior (Chavarro y Llano, 2010).

Anoche desde las 8 empezó á dirigirse todo Bogotá hacia el Bosque de la Independencia. La Avenida de la República era un hervidero de gente. El campo de la Exposición hermosamente iluminado fue invadido por el público que había esperado con avidez gozar del espectáculo. Los edificios, las arboledas, el jardín, el estanque adquirían bajo los tonos diversamente coloreados de la luz un aspecto encantador. –El señor Presidente de la República, á quien rodeaban las altas autoridades civiles y las más distinguidas personalidades' aquí residentes, declaró oficialmente inaugurada la Exposición Industrial y Agrícola de 1910 (Revista el Gráfico 24 de julio de 1910).

Para esta misma celebración, las sociedades de carácter privado le seguían imprimiendo a las inversiones un destino público como es el caso de la estatua de Caldas, promovida por el Polo Club. Este monumento fue emplazado e inaugurado en la Plaza de las Nieves con gran pompa en compañía de la colonia payanesa el 6 de agosto de 1910. Otra muestra de estas sociedades que realizaban inversiones en el espacio urbano era el Jockey Club de Colombia quien logro emplazar el busto en bronce de Camilo Torres en la Plaza de la Capuchina. Esta obra fue esculpida por Verlet de París y el arquitecto Clane quien fue encargado del pedestal.

Inauguración de la estatua de Caldas

El sábado último tuvo lugar esta bella ceremonia. Numerosísima fue la concurrencia. El Polo Club rayó á grande altura, como que es uno de los centros en que la cultura bogotana tiene su mejor representación. En el atrio de Las Nieves fueron situadas bajo los elegantes pabellones del Polo las principales autoridades, el Cuerpo Diplomático, las damas invitadas y las delegaciones departamentales que iban á ofrecer coronas. El Ejército formaba largas calles de honor. El Presidente González Valencia llegó escoltado por los jinetes de la Escuela Militar y por los simpáticos clubmen que lucían á caballo su vistoso uniforme deportivo. Cuervo Márquez, el atildado escritor bogotano, dijo el primer discurso y ofreció á la ciudad

la estatua del sabio mártir á nombre del Polo. El señor Carmelo Arango contestó á nombre de Bogotá. Varias o-tras personas hablaron. Las bandas nacionales ejecutaron los himnos de Colombia y Venezuela, al sonar los cuajes el Ejército hizo honores. A las tres de la tarde el mismo día, ofreció el Polo en su campo de La Magdalena una fiesta á muchos y muy distinguidos invitados, ofreciéndoles allí el espectáculo de una partida en que se disputaron los jugadores la Copa Uribe (Revista el Gráfico agosto 13 de 1910)

Otras de las sociedades dispuestas para las adecuaciones urbanas fueron: la Sociedad de Embellecimiento y la Sociedad de Mejoras y Ornatos. La primera de ellas apareció entrando el segundo gran momento de emplazamiento de monumentos, que se pueden ubicar a partir de los años veinte y que correspondió con el auge económico que vivió la ciudad para la época. Prueba de este esplendor se puede observar en la representación de progreso que hizo la sociedad de embellecimiento, cuando emplazó como monumento, la primera locomotora que recorrió la sabana de Bogotá, en la estación del F.C de Cundinamarca para el año de 1920 (Chavarro y Llano, 2010).

Otra de estas apuestas encontradas fue el monumento elevado en 1923 a Luis Pasteur en la terraza que obtendría su nombre. Este emplazamiento fue adelantado por la sociedad de embellecimiento y es especialmente representativo, puesto que, amplía las imágenes de los monumentos que se concentraban en los próceres para darle paso a la imagen del científico quien se constituye como el prohombre modelo de la civilización moderna que la nación debería alcanzar. Este segundo momento tiene como puntos más álgidos la celebración del centenario de la muerte de Bolívar (1930) y el cuarto centenario de la fundación de Bogotá (1938). Para el primer caso, el monumento más representativo lo constituyó, el busto en mármol de Bolívar, levantado por el Estado en ocasión del centenario de su muerte en 1930. Esta escultura fue modelada por M Benlliure y fundida en Madrid por Ferrero para ser emplazada en el edificio del Banco de la República (Chavarro y Llano, 2010).

Finalmente, con un gobierno que se reclamó así mismo regeneracionista, la preocupación por la reorganización del espacio urbano incorporó las celebraciones patrióticas como un recurso mnemónico que fue capaz de activar un sistema de memoria semántica desde tres aspectos fundamentales. En primer lugar, con la incorporación de la

erudición y el uso correcto del lenguaje a las formas de hacer historia se activaron una serie de signos y símbolos que se hicieron tangibles en objetos culturales como los textos y los monumentos. Desde una dimensión material, esta codificación en objetivaciones culturales permitió una mayor accesibilidad de unos contenidos, legitimados desde la Academia Colombiana de Historia, para ponerlos a circular a los miembros de una comunidad del recuerdo.

Este engranaje no solo requirió a la escuela como dispositivo socializador de estas representaciones, sino que además se hizo relevante la simbolización patriótica de la figura del prócer y el héroe en el espacio social y urbano bogotano. Con un sistema cultural autobiográfico (el poder las biografías de los héroes de la patria) y un sistema cultural procedimental (los monumentos patrióticos) se hizo evidente la desactivación de otras apuestas en el espacio urbano lejanas de ese proceder patriótico y patrioterero. En efecto, el saber histórico que se manejaba residía en la narración, amarrada a las experiencias en el espacio y en el tiempo, la biografía, entonces se perfilaba como la máxima expresión del saber histórico. El problema que se le presentaba al historiador consistía precisamente, en saber escribir la historia, en este sentido, la historia entraría a ser considerada como arte donde la legitimidad de esta recaía en el orden del agente que escribía, el oficio del historiador se recubría de un hálito sagrado, y el estilo que denotaba era el recurso para expresarlo (Chavarro y Llano, 2010).

Esta explosión de monumentos erigió más una ciudad de bronce que una ciudad moderna. La presencia de cafés, apenas si se reconocía y en los recuerdos quedaban las experiencias de jóvenes escritores que habían tenido ese acercamiento a los cafés, podían narrar su experiencia con la calle. Mucho más asociados a los espacios interiores, los cafés entre finales del siglo y las primeras décadas del siglo XX, quedaron atrapados en las celebraciones patrióticas y en las formas del recuerdo que más que el héroe moderno, reclamaron al prócer.

El mito de la Atenas de Suramérica y la desactivación de los cafés como espacios de la producción cultural

A pesar que, a comienzos del siglo XX, era evidente en el espacio social y urbano una aproximación a los valores burgueses con la transformación de las fachadas de las casas, y que se hacían visibles las casas quintas separadas del casco urbano, como uno de los rasgos distintivos de unos grupos sociales, los cafés que aparecen luego de la segunda década del siglo XX no acogieron en su mayoría estos rasgos distintivos con la excepción del café Windsor. Con la transformación del espacio social y urbano bogotano y los evidentes cambios en los terrenos de viejas haciendas coloniales como Teusaquillo Palermo Chapinero y la Merced para, convertirse en barrios proclives a las elites para distanciarse espacial y socialmente de las clases sociales menos favorecidas, las apuestas urbanas no contemplaron la adopción de los cafés como lugares distintivos.

Más bien lo que ocurrió en las disposiciones de la ciudad fue entrometer por una parte la necesidad de saneamiento urbano bajo un fuerte discurso de la higiene, que tuvo como uno de sus objetivos incorporar discursos modernos amparados en un filantropismo cívico burgués que orientó las disposiciones urbanas, denunciando en primer lugar las pésimas condiciones de vivienda del paseo Bolívar y los suburbios del sector oriental de la ciudad como el Barrio las Nieves.

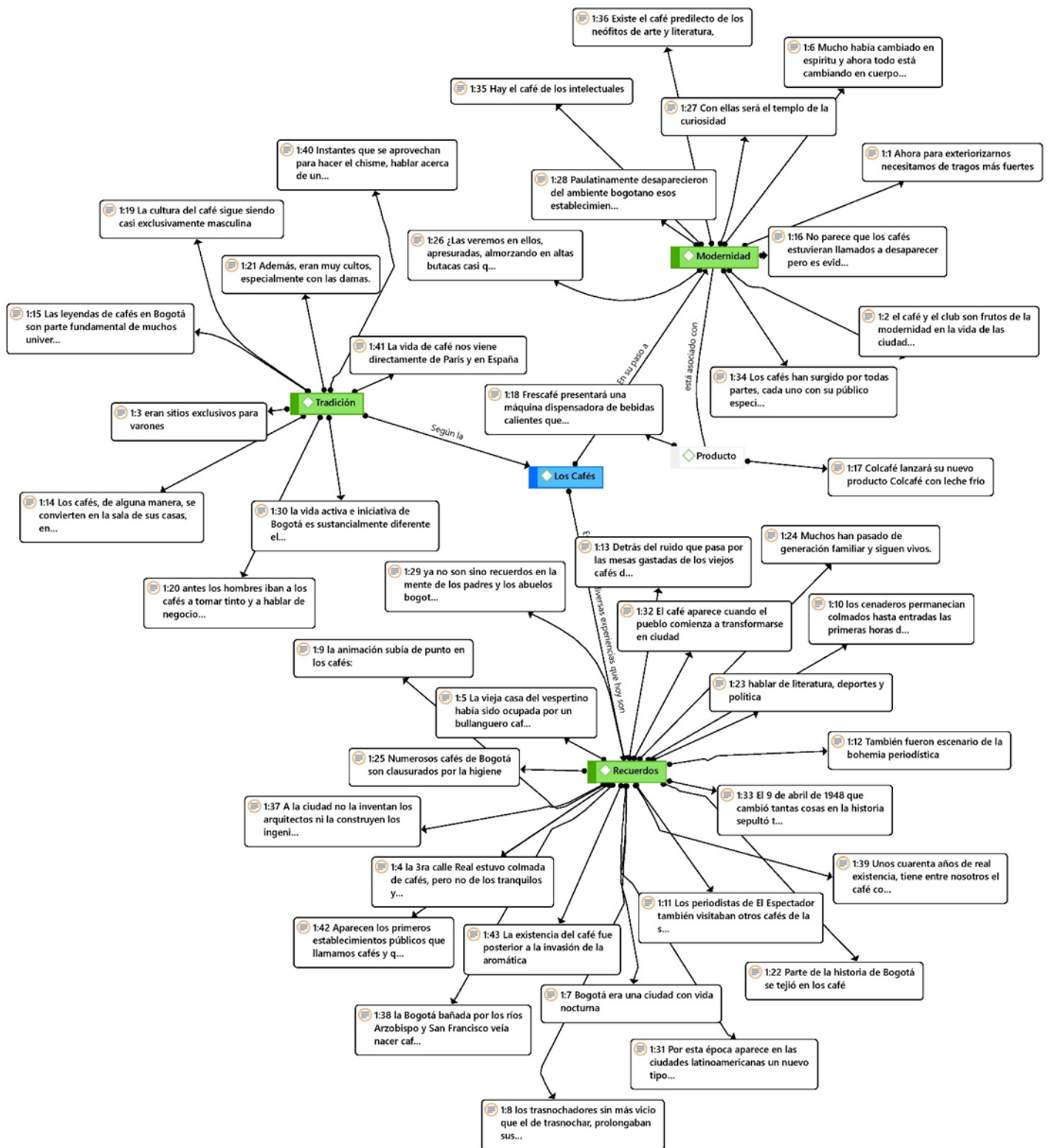
Ya en 1910 se empezaron a buscar alternativas para la recuperación de estos espacios a través de la exaltación patriótica a la casa quinta de Bolívar

En ningún otro cariño_ caben tan agradables fantaseos cómo en el cariño retrospectivo por nuestros padres y por nuestros héroes. Imaginemos al Libertador en aquellos días antes de ir á sus campañas del Sur. ¿No le veis en la hora de la tarde abandonar á las gentes de su compañía que discurren por Lancho corredor, por los patios floridos y momentos después aparecer en su alta ventana? Allí permanece inmóvil durante muy largo rato; el reflejo crepuscular ilumina su figura, dora suavemente la cara enflaquecida en cuya frente ha dibujado la inquietud mental unos sinuosos lineamientos; el influjo del alma ferviente le abrillanta los ojos que se abren meditabundos, como si quisieran recoger toda la luz. Enmarcado en el mirador, no es la épica silueta de las batallas crepitantes, ni lá de las arengas que dan estremecimientos de entusiasmo, sino el héroe melancólico abandonado á la mansa caricia de

la soledad y el silencio, ilusionado por el recuerdo de sus triunfos y animado ya por el goce de los que proyecta (Revista el Gráfico 24 de julio de 1910).

Frente a los desarrollos urbanos con inversiones fastuosas dispuestas en grandes residencias también prosperaron los discursos y las agencias de la sociedad de embellecimiento de mejoras y ornatos para redistribuir los espacios poco valorados del espacio social y urbano bogotano. Por supuesto que los cafés fueron objeto de estas reconveniones, que más que observar espacios propicios para la cultura, percibieron focos de infección y de toda clase de perversión de la cultura. El café asociado a la taberna, fue objeto de prevenciones y de estigmatizaciones moralizantes de una identidad dominante, que tenía en mente un proyecto de ciudad amparado en el rescate de los valores patrióticos. En esta situación de conservar las formas tradicionales de la cultura y los leves progresos de la ciudad, los recuerdos de los cafés acogieron la dicotomía entre lo tradicional y lo moderno

Si bien desde finales del siglo XIX, esta preocupación por la reorganización de la ciudad estuvo atravesada por la participación de unos agentes con la capacidad para prefigurar y objetivar el espacio habitable como los arquitectos extranjeros que contribuyeron a la arquitectura bogotana, también aparecieron las Juntas y las sociedades de embellecimiento de la ciudad, que junto con las disposiciones de la Academia Colombiana de Historia, se inclinaron por las objetivaciones patrióticas con la inauguración de diferentes parques provenientes en su mayoría por medio de unas formas de celebración patriótica que exalto al héroe nacional desde la producción de textos y monumentos, base suficiente, para activar un sistema cultural semántico (el saber histórico) que puso a circular en el espacio social y urbano contempló la dimensión material de la cultura del recuerdo.



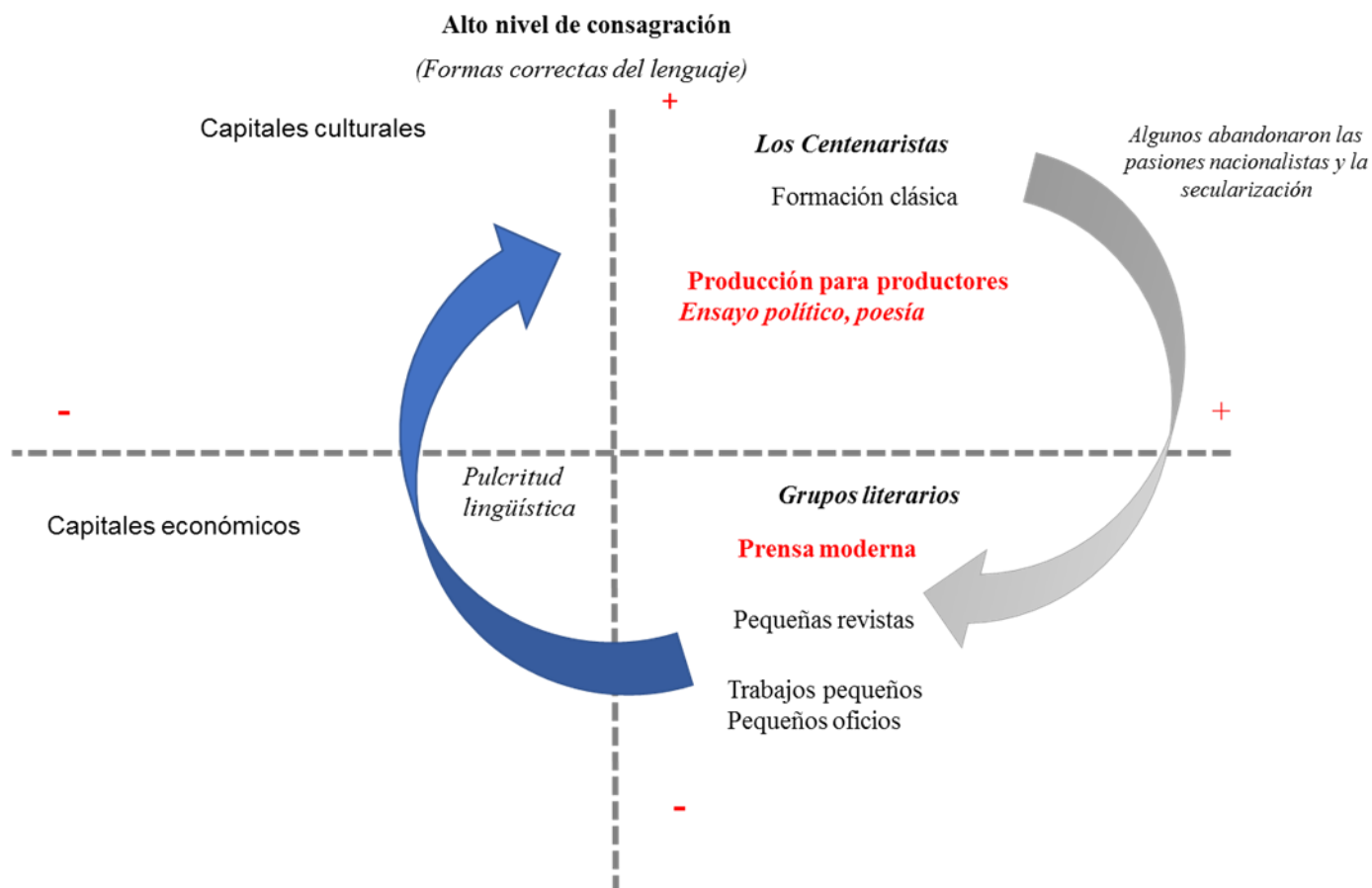
Gráfica 41. Recuerdos. (Elaboración propia)

Esta dimensión material se ve con claridad en la arquitectura. Como si se tratara de hacer emerger un lenguaje sobre lo clásico desde la arquitectura hasta el uso del lenguaje, la sociedad bogotana buscó su identidad por medio de una actitud clasicista que intentó expresar una vida colectiva llena de actividades culturales muy al estilo de la gran Atenas griega. La plaza de las cuatro fuentes diseñada por el arquitecto Alberto Manrique Martín, representaba ese deseo de concretar a Bogotá como la gran Atenas de Suramérica. Nadie podía negar que el extraño ámbito con las cuatro enormes fuentes y la pequeña estatua había transformado la imagen de la aldea en ciudad y más aún: el geométrico tratamiento del espacio proporcionaba una elegante monumentalidad que el centro nunca había tenido (ni volverá a tener), donde las cuidadas proporciones del capitolio, la sobria fachada de la catedral del monje Petrés y el edificio Liévano hablaban de una ciudad que construyó cuidadosamente su patrimonio colectivo, con la fuerte voluntad formal que resulta del buen gusto local en medio de difíciles economías nacionales (Pérgolis, 2000 p. 52)

En efecto los cafés, se encontraron en medio de esta activación del proyecto cultural que tomó forma en el proyecto político conocido como la regeneración, que asumió como requisito de distinción la herencia idiomática y la conexión con el pasado español a través de unas formas de moral y de modal que afianzaron la adscripción a una comunidad política, a la educación y a las buenas maneras. Esta transición entre el siglo XIX y XX consolidó a la ciudad como un referente cultural importante dentro de un proyecto de nación amarrado a los ideales de la civilización, cuyas intencionalidades estaban dirigidas, a la imposición de una identidad nacional consecuente con un ideal específico de ciudadanía y con unas formas correctas en el uso del lenguaje (Chavarro, C. & Llano, F. 2010; Llano, 2012). De allí que la producción de un lenguaje legítimo cobre importancia para aquellos interesados en proyectar una imagen pública de ciudad acorde con un pasado común y de esta manera compartir una experiencia de futuro que posibilitara acoger a distintas identidades que compartían el espacio físico de la ciudad.

Así, esta práctica lingüística que se desarrolló en medio de las transformaciones económicas, sociales y culturales de la ciudad no solamente buscó la proyección de una imagen erudita de la ciudad conocida como la Atenas Suramericana para hacerle frente a la

naciente burguesía bogotana, sino que por medio de la censura, el insulto la descalificación y la clasificación social, los letrados intentaron transgredir estos cambios mediante el anacronismo de criterios coloniales como la limpieza de sangre, el orgullo de linaje, y el prejuicio social, convirtiendo el uso correcto del lenguaje en un mecanismo para impedir el cambio y suprimir otras identidades culturales que intentaban posicionarse en la ciudad (Llano, 2012).



Gráfica 42. Producción cultural.

Algunas de estas razones para mantener esas resistencias culturales relacionadas directamente con el poder, pueden encontrarse en el mito que encarnó esta generación de hombres prolíficos conocido como la Atenas Suramericana. De acuerdo con Rincón (2014) este mito cultural se enmarcó en la imposibilidad de una experiencia de un Estado nunca moderno. Esta experiencia estuvo caracterizada por una vinculación a la cosmología cristiana, unos procesos coartados e incompletos para formar una nación moderna y por una

sincronía cultural e intelectual de los grupos dominantes frente al proyecto de la modernidad y el hispano centrismo que valga decir, utilizaron estrategias reactivas que atravesaron el afán de modernidad con el mito de la Atenas suramericana que prospero bajo la sombra de un mito patriótico originario bajo resistencias culturales y héroes culturales como Rafael Pombo.

Finalmente, estas formaciones discursivas que constituyen la memoria cultural aparecen representadas en iconos, iconografías, topografías, rituales, colecciones y museos junto con cánones historiográficos y literarios. En esta medida, el autor propone realizar un recorrido por diferentes constelaciones de la memoria cultural para evidenciar las permanencias y las superposiciones en el tiempo. Este mito patriótico fundacional se caracterizó por una fragmentación particularista del país y la imposibilidad de una pintura paisajística, queda el carácter político que alimentó el mito patriótico en América Latina por medio del poder de las imágenes. Lo anterior emparentó el mito patriótico con un tipo de saber que se evidencia en la narración como categoría analítica que valga decir, es al mismo tiempo producto y proceso, objeto y acto, estructuras y estructuración caracterizada principalmente por la fidelidad del relato en la repetición, el tiempo infinito de esa repetición y los que legitiman y dan autoridad al relato (Rincón, 2014. p75)

Conclusiones

Los cafés como espacios de la producción cultural pueden llegar a ser considerados como bienes culturales de gran importancia. La importancia de incorporar a la discusión sobre la identidad cultural, espacios concretos de difusión y democratización de la cultura como los cafés, abre una posibilidad concreta sobre su proceso de patrimonialización. Esto será posible en la medida en que se comprenda su relevancia como testimonios significativos de procesos culturales asociados a la construcción de identidades culturales. En efecto, por su valor simbólico, los cafés como espacios de la producción cultural se convierten en referentes culturales rastreables y posibles de ser reafirmados para ser considerados como elementos auténticos de identificación y cohesión social de una ciudad y de un país. Bajo la objetivación de estos espacios de socialización y producción de la cultura se pueden evidenciar rastros importantes de la presencia de grupos sociales y culturales que habitualmente frecuentaban los cafés para el encuentro cotidiano de tertulias literarias y en algunos casos, de producciones culturales que redundaron en la construcción de opinión pública y de ciudadanía.

De esta manera, los cafés como espacios de la producción cultural se corresponderían con las dimensiones material, social, cultural y simbólica, y podrían ser ubicados dentro de los medios y otros artefactos culturales rastreados desde diferentes archivos tanto escritos como orales; también como parte de la institucionalidad, los cafés podrán estar ligados a procesos formativos que bien pueden tener a la ciudad como espacio de aprendizaje y al café como un espacio de discusión sobre la vida pública y asuntos de interés académico, artístico e incluso histórico. Bajo este entendido, el café como espacio de la producción cultural, se convertiría en un bien cultural a salvaguardar en tanto signos, símbolos y esquemas de pensamiento que bien pueden convertirse en códigos culturales de un valor incalculable.

Si bien este rastreo de esas huellas y signos de los antiguos cafés se puede realizar mediante la reconstrucción histórica y cultural de unas prácticas culturales, que bien pueden ser revitalizadas y potenciadas mediante la legitimación de las historias de café y las historias

sociales y culturales de los hombres de café, es importante tener presente que su definición como patrimonio cultural ha de pasar por un proceso complejo de selección crítica que inmescuye evidenciar las relaciones de fuerza y las discusiones que podrían atravesar su objetivación como un bien de interés cultural. En la medida en que han sido receptáculo de identidades con valores asociados a la autenticidad, lo conmemorativo, lo estético y lo identitario, los cafés también han sido objeto de toda suerte de valoraciones y estigmatizaciones que han tenido en medio grandes debates y unas condiciones de producción muy particulares.

La necesidad de comprender el patrimonio cultural desde su referencia a la cultura como humanización y de entrometer en estas cuestiones culturales problemáticas que involucren los entramados de creencias, de los complejos sistemas del arte, de las mismas costumbres, tradiciones y prácticas culturales, también se hace relevante inmescuir en esta discusión las relaciones de fuerza y los procesos de legitimación que están en medio de ese proceso de selección de objetos y prácticas culturales en el proceso de patrimonialización. En este sentido, los cafés como objeto de luchas tendrían todas las posibilidades de ser pensados en términos de bienes culturales.

Además, para convertirse en cafés memorables, los cafés como espacios de la producción cultural, tendrían que ser salvaguardados como bienes de la ciudad. Su restauración y la intervención de estos espacios de la ciudad podrían convertir esos vestigios, en verdaderas obras artísticas bajo proyectos arquitectónicos que respeten la capacidad comunicante de esos viejos espacios de la ciudad. Con una reflexión profunda sobre lo que esos espacios representan para la ciudad, estos proyectos de intervención podrán salvaguardar la expresión misma del café como espacio de la producción cultural, al reeleer e interpretar esa realidad existente que representa o representó el café para la producción misma de la ciudad y la ciudadanía.

Ahora bien, la cuestión se complejiza al tener presente que en el caso de los cafés bogotanos esa posibilidad de reivindicación cultural y de intervención proyectual es cada vez más esquiva. En la medida en que estos espacios han ido desapareciendo del espacio

urbano, la posibilidad de conservarlos se esfuma. Al no contar con espacios en la ciudad para realizar una intervención plena desde la arquitectura, los cafés bogotanos quedan en el limbo de la memoria cultural bogotana, como espectros que aparecen y desaparecen. Además, las iniciativas estatales y distritales se han mantenido al margen de una discusión seria y constante sobre la patrimonialización de estos espacios culturales. Habría que hacer mención únicamente al programa de *Bogotá en un café* como una de las pocas iniciativas que buscó iniciar un proceso de selección crítica, para reconocer a los cafés bogotanos como bienes de interés cultural. El programa *Bogotá en un café* fue liderado por el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, durante dos años y en ese tiempo se intentó posicionar la discusión sobre los cafés bogotanos como espacios para la sociabilidad y el encuentro ciudadano.

Bajo esta iniciativa se organizaron conversatorios, actividades culturales y hasta producción escrita que terminó en un texto importante referenciado en esta tesis doctoral⁸⁹. En este texto se consignaron algunos ensayos que tuvieron como pretensión objetivar los cafés bogotanos desde diferentes miradas pero con un claro sesgo histórico y literario. Con muy escasas referencias sobre los cafés y su relación con un proyecto de modernización cultural, el libro se convirtió en uno de los pocos antecedentes de los cafés bogotanos. Ahora bien, como construcción histórica, social y cultural de carácter conceptual, la reflexión sobre los cafés bogotanos sigue siendo aún escasa.

En un país como Colombia, donde es evidente la existencia de una opinión pública débil, estas iniciativas aisladas como el programa *Bogotá en un Café*⁹⁰ y alguna que otra producción académica, tendrán que enfrentar los escasos efectos públicos que pudieran provocar en el espacio social y urbano, frente a problemáticas como la violencia y la corrupción⁹¹. Las posibilidades reales de posicionamiento de los cafés como bienes de interés

⁸⁹ Ver Jursich, M. (Ed.). (2018). *El impúdico brebaje. Los cafés de Bogotá. 1866-2015*. Bogotá, Colombia: Instituto Distrital de Patrimonio

⁹⁰ Consultar la siguiente página donde se encuentra información sobre el proyecto de los festivales realizados y el lanzamiento del libro el impúdico brebaje, <http://idpc.gov.co/2023-2/>

⁹¹ Un claro ejemplo de la fragilidad de la opinión pública se relaciona con los claros problemas de corrupción que vive el país. Aunque existe una clara manifestación pública del rechazo abierto a unas prácticas políticas corruptas y corruptibles, se termina aceptando y legitimando esa práctica como algo natural, aunque salte a la vista su propia construcción histórica. Como imagen fija, la corrupción se ha petrificado en una sólida representación del “natural” modo de hacer política y lo que resulta inadmisibles es que se ha compactado como una práctica aceptada y legitimada en el escenario público (Leal, F. & Dávila, A 1990; Cepeda F. 1997; Thoumi,

cultural han de pasar no tanto por la revitalización, sino por la reinención de espacios que ya no existen y de historias culturales atravesadas por toda suerte de interpretaciones. Más allá de lo anecdótico y lo nostálgico asociado a los viejos cafés, la puesta en valor de esos espacios a veces menospreciados y estigmatizado, requerirán en un futuro inmediato, abrir la discusión sobre tres preguntas básicas ¿Qué se entiende por patrimonio?, ¿cuáles son sus valores? y ¿cuáles son sus sentidos en una sociedad como la colombiana?

Las discusiones se harán mucho más álgidas si se tiene en cuenta que la mayoría de definiciones sobre lo que implica el patrimonio cultural hace mención a lugares que aún existen⁹². ¿Qué pasa entonces con esos espacios desaparecidos del espacio urbano bogotano como los cafés? ¿Cómo comprenderlos y conocerlos ahora que ya no están? En la búsqueda de una solución frente a este problema, la presente tesis doctoral propone, desde un ejercicio juicioso y sistemático, una historia cultural reflexiva y crítica para aportar en la actualización de las estructuras del inconsciente cultural nacional. Esta historia cultural de los cafés aporta en la comprensión de algunas categorías de pensamiento problemáticas como la de patrimonio cultural en la medida en que intenta develar las estructuraciones y los fundamentos históricos asociada a la problemática sobre la identidad cultural, el papel de lo público y las dificultades estructurales sobre la formación de una opinión pública fuerte y crítica en Colombia.

Esta problemática que escapa a la mera rememoración de espacios que ha ido perdiendo la ciudad evidencia todo un proyecto cultural que no logró concretarse en el país y que quedó suspendido en el umbral de nuestra memoria cultural. De allí, la necesidad de rehistorizar a los cafés para comprender esa crisis de representación que ha atravesado la construcción de ciudadanía y de posicionamiento de una opinión pública de un país

F 1999; Serna, 2001; Gutiérrez, A.2001; Gamarra, J 2006; Chavarro, C. & Llano, F. 2010; Ángel Botero A. 2012;). Todo esto logra evidenciar una práctica habitual en el comportamiento del político de turno, donde el funcionario público entra en una esfera que no diferencia lo público y lo privado. El binomio político-corrupción y la imagen del político como devorador de los recursos colectivos han estado presentes como variables estructurales de la vida política nacional (González, F. 1993; Cepeda, F.1994; Guizado, 2001; Fajardo L.2002; García & Serna, 2002, Llano, 2012).

92 Consultar González Varas Ignacio (2015) Patrimonio cultural conceptos, debates y problemas, editorial Cátedra, España

atravesado por guerras civiles, desmembramiento del territorio y un constante auto reconocimiento con el mundo literario español⁹³.

La posibilidad de objetivar a los cafés bogotanos permitió evidenciar las dificultades y las limitantes de un proyecto cultural que restringió la democratización de la cultura. Para ello fue necesario objetivar las condiciones de posibilidad de los cafés, dentro de sus estructuraciones históricas, económicas y culturales. Esto permitió reconstruir el espacio de posibilidades relacionada con la producción cultural y con la estructuración de un capital cultural específico que domino la vida política y en general, el campo del poder. Bajo el uso correcto del lenguaje, la pulcritud lingüística y el manejo de la erudición, la concentración de este capital cultural localizado en gramáticos, filólogos y amantes del lenguaje, se vinculó con las formas de hacer política. Estas prácticas culturales posicionaron una comunidad cerrada que no tuvo el interés de proyectar en la ciudad espacios de intercambio cultural para la democratización de la palabra. En este sentido, esta práctica cultural anquilosada en el universo colonial, resistió los embates de la modernización de la ciudad y las formas de organización de la vida cultural por lo menos hasta la década del treinta del siglo XX.

Como una posible línea de investigación asociada al estudio del impacto de esta práctica cultural dominante, sobre todo después de la década del treinta, se podrían buscar respuestas del inacabado proceso de modernización cultural en un país como Colombia. Ahora bien, si se tiene en cuenta que ha sido muy poco el interés de las elites dominantes de proyectar en el espacio social y urbano innovaciones y mecanismos de cohesión social y que ha existido una inclinación a mantener fronteras culturales y proyectar desde el escenario educativo toda suerte de dispositivos para la reproducción de las diferencias, un recurso de supervivencia de esas identidades fue el uso correcto del idioma⁹⁴.

⁹³ Ver Rincón C (2008). Memoria cultural y canon del país de la Atenas Suramericana y el sagrado corazón de Jesús a la lectura de la época de la reproductibilidad digital. en: *Literaturas, prácticas críticas y transformación cultural. Bogotá, Colombia*: Universidad Javeriana-Jalla

⁹⁴ Ver Llano, F. (2012). *Caro, Cuervo y la resistencia lingüística. Construcción de la identidad ciudadana, desde el uso de la lengua. Bogotá (1880-1950)*. Bogotá, Colombia: Universidad La Gran Colombia. Para comprender el funcionamiento de esta comunidad cerrada asociada a mantener unas formas tradicionales en la cultural, ver Zambrano, F. (2002). De la Atenas suramericana a la Bogotá moderna. La construcción de la cultura ciudadana en Bogotá. *Revista de estudios sociales N 11, Facultad de Ciencias Sociales Universidad de los Andes*. Recuperado de <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/pdf/10.7440/res11.2002.01>. Para entender el papel de la escuela como dispositivo efectivo en la estructuración de un pensamiento histórico asociado al

En esta medida más que apelar a recursos de la memoria cultural bogotana como el mito de la Atenas Suramericana y a mecanismos como la nostalgia para recordar estos espacios que desaparecieron de la ciudad, la discusión sobre la precariedad de los proyectos culturales en el país requerirá acudir a estos balances académicos e interdisciplinarios para romper con el prejuicio y las resistencias que no permiten aceptar las debilidades que ha tenido la construcción de lo ciudadano en nuestro país. Más que intervenirlos, la única posibilidad de supervivencia de los cafés bogotanos está en la propuesta de reconstruirlos y de ponerlos en valor. Al hacer la salvedad que si bien es necesario pensarlos y repensarlos, se hace necesario distanciarse de únicamente recordarlos. Ese mecanismo de la nostalgia expresado en la expresión “todo tiempo pasado fue mejor” se afianza en un pasado mitificado y cada vez más olvidado de un proyecto cultural denominado Bogotá la Atenas de Suramérica.

Si bien el auge de los cafés fue evidente en el espacio social y urbano desde 1910 hasta la década del cincuenta, no se puede afirmar que el impacto de los grupos culturales en la vida pública fuera suficiente para romper con los órdenes tradicionales de hacer política y promoción de la cultura⁹⁵. Es por esto, que la necesidad de comprender estas estructuraciones urbanas, económicas, sociales y culturales a propósito de la aparición de los cafés en el espacio social y urbano bogotano, estuvieron estrechamente relacionadas con la comprensión del papel del uso correcto del lenguaje en estos procesos de estructuración y la construcción de las identidades.

El estudio de un objeto de investigación como los cafés en su relación con la producción cultural, permitió plantear por medio de una historia cultural de los cafés, la posibilidad de reconocimiento de su importancia cultural. En efecto, lo primero que fue importante reconocer fue que las características de los cafés europeos, distaban por mucho de las características de los cafés bogotanos. Mucho más ligados a prácticas culturales

patriotismo y la reivindicación de esas identidades primordiales en Colombia ver Serna Dimas, A (2015) Ciencias sociales, pensamiento histórico y ciudadanía: entre lo alegórico y lo virtual (Colombia, 1910-2010) », *Revista de Estudios Sociales*, 52 , 147-157

⁹⁵ Ver Ariza J (2013) *Vanguardia y antivanguardia en la crítica y en las publicaciones culturales de los años veinte* Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia

asociadas a los intercambios culturales que se llevaban a cabo al interior de las viviendas y al encuentro en las tiendas y en el altozano de la catedral, los cafés bogotanos no fueron inicialmente esos centros de formación ni una institución relativamente autónoma que asumía el principio de reconocimiento entre iguales.

Los cafés bogotanos fueron espacios prácticamente desapercibidos en un espacio social y urbano con escasas posibilidades de desarrollo urbano y de movilidad social. Con un escaso crecimiento urbano, los cafés que surgieron a finales del siglo XIX se confundieron en el precario paisaje urbano bogotano, con algunas chicherías de la época y con algunos establecimientos que más que cafés, fueron espacios para el consumo de licores. Más que un espacio que promoviera la ruptura con las formas tradicionales de la cultura a través de una vanguardia literaria con posibilidades de consagración institucional, las escasas redes de publicidad y las pocas luchas literarias, estuvieron asociadas a un grupo de escritores, que más que consolidar un café asociado a la producción cultural, promovieron un club nocturno que consideraron en llamar la Gruta Simbólica.

Las posibilidades de ruptura con las tradicionales formas puras del lenguaje y la correcta versificación, tuvieron como registro relevante el archivo Huevón, que en una suerte de irreverencia de algunos miembros de este grupo de escritores sirvió para sistematizar las sesiones que realizaban cada cierto tiempo. Estas posibilidades de poner en circulación el libre pensamiento y el valor de la opinión pública no fueron suficientes para la sustitución de las formas institucionalizadas de producción cultural como sostienen algunos ensayos y propuestas provenientes de la historia y la literatura. En la medida en que se tenga presente que la estructuración de un capital cultural dominante como el uso correcto del lenguaje, estuvo involucrado en la construcción identitaria de Colombia y además se acepte que el recurso de la guerra para dirimir las contradicciones políticas y sociales ha sido una constante en la vida cotidiana y en las comprensiones sobre la ciudadanía, entonces, se podrá comprender porque los cafés no pudieron ser por lo menos desde su nacimiento, espacios relevantes para la ciudadanía.

La existencia de tertulias literarias más que romper con las formas tradicionales de la cultura se complacieron con ella mediante el gusto y el culto por las formas correctas del lenguaje. Esto no permitió que, en el desarrollo de la autonomía, los grupos sociales y culturales se movieran en la ciudad por afinidad. Estas posibilidades en la ciudad quedan cerradas nuevamente por efectos de la guerra y el escaso desarrollo urbano. Al cerrarse los espacios en la ciudad por el toque de queda, no queda más opción que replicar las antiguas prácticas culturales de reunión en los espacios íntimos.

Los intercambios culturales con gran dificultad pasaron a consolidar espacios propios como los cafés, ya que uno de los lugares proclives para la conversación durante el siglo XIX fue el altozano de la catedral. Esta actividad intelectual promovió la idea de Bogotá como la Atenas de Suramérica, gracias al manejo adecuado del lenguaje y a unas cuantas referencias literarias de viajeros extranjeros que pasaron por el país. Esta situación en la cercanía de unas posiciones sociales con la cultura y con el poder permitió la estructuración de un capital cultural reafirmado en el uso correcto del idioma.

Con casi dos siglos desde la aparición de los cafés en Europa esta experiencia cultural en el espacio social y urbano bogotano solo se concretará a partir de la primera década del siglo XX. Si bien existen algunas referencias que permiten ubicar la aparición de los cafés bogotanos a finales del siglo XIX, estos establecimientos no pueden ser considerados espacios de la producción cultural en tanto no sesionaron algunos grupos literarios, aunque su presencia fuera esporádica; tampoco se constituyeron en espacios de encuentro que permitiera la constitución de habituales dedicados a la observación de la vida urbana y de la vida política. Una de las razones para que estos espacios que se denominaron cafés a finales del siglo XIX, no se convirtieran en espacios de la producción cultural obedeció precisamente a que por las condiciones urbanas de la época, no fuera un espacio abierto a otros espacios como la calle, esa conexión con la ciudad es un aspecto característico de los cafés que se ofrecen a la ciudad como espacio de comunicación. Sin la misma experiencia de la multitud, tampoco fueron espacios abiertos para entablar relaciones ocasionales

Su aparición como espacios de la producción cultural entre la política y la literatura solo aparecerían en el en el espacio social y urbano bogotano desde la segunda década del siglo XX. Esta aparición tardía se debió principalmente a unas condiciones económicas, políticas y culturales que no admitieron, desde la producción cultural, una racionalidad fomentada desde la esfera de lo público. Las guerras civiles, un desarrollo económico embrionario y unos patrones sociales y culturales reafirmados en el hombre de hacienda, no permitió introducir innovaciones para la ciudad y mucho menos fomentar la libre expresión de una sociedad jerarquizada que monopolizaba la cultura en el papel que pudieran cumplir los letrados.

Aunque a comienzos del siglo XX se hacen evidentes unos cambios significativos en el aspecto de la ciudad con la incorporación de nuevos estilos arquitectónicos y la aparición de clubes, la cultura de la conversación seguía reafirmada en prácticas culturales anquilosadas al universo colonial. La función social que cumplieran los cafés desde comienzos del siglo XX tendría para el ciudadano una connotación ambivalente que se debatía entre su adscripción al club o su inscripción a la taberna y a las chicherías. Más que espacio donde se reúnen las diferentes voces de la ciudad, los cafés cercanos a las clases populares, representaron para las clases dominantes unos lugares poco recomendables donde se cometían toda clase de injurias

Más que café como espacio para la sobriedad fue la taberna como espacio para la ebriedad. Esta situación provocó una restricción moral y política a estos espacios que empezaban a promover un espacio público literario. Después de la década del veinte, el café se convierte en un espacio formativo de todo aquel provinciano con pretensiones de convertirse en artista. Más que la triada café- salones- espacio público renovado, para el caso bogotano se presenta la triada salón- café espacio público patriotizado. Esto permite decir, que estas posibilidades reales de construcción de una opinión pública y de construcción de espacios para la libertad de expresión quedaron desactivados en la memoria cultural bogotana, reduciendo los cafés como espacios de la producción a unos espacios del recuerdo y la nostalgia

Finalmente, los cafés fueron asumidos como espacios de producción cultural cerrados a unas formas de capital cultural que en sus formas anacrónicas y ligadas al universo colonial resistieron y prosperaron en función de mantener las formas correctas del lenguaje y pulcritud lingüística. En este sentido, el carácter público del café quedó reducido a una naturaleza semipública donde se intentó una transgresión moderada de las formas puras del lenguaje. Estas prácticas culturales que intentaron ser modernas, lograron ser producidas y reproducidas en el espacio social y urbano a merced de unas prácticas anquilosadas en el universo colonial bajo un modelo cultural tradicional que negó la democratización de la cultura, al acudir a mecanismos simbólicos y a un capital cultural eficiente entre finales del siglo XIX y la tercera década del XX.

Referencias

Fuentes primarias

Viajeros

- Carnegie-Williams, R. (1883/1990). *Un año en los Andes o aventuras de una lady en Bogotá*, Bogotá, Academia de Historia de Bogotá y Tercer Mundo Editores.
- Lisboa, M, 1866/1984, *Relación de un viaje a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador*, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero.
- Rothlisberger. E. (1897/1993). *El dorado. Estampas de viaje y cultura de la Colombia Suramericana*. Biblioteca V Centenario. Bogotá. D.C, COLCULTURA,
- Cane. M. (1907/1992) *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia*. Biblioteca V Centenario. Bogotá. D.C. COLCULTURA.

Revistas

- Revista *Cromos* (1916-1930)
- Revista *Mundo al día* (1924- 1930)
- Revista *el Gráfico* (1910-1930)

Periódicos

- S.a. *El Nuevo Tiempo* 1902
- *El Tiempo* 1911-1930

Libros antiguos

S.a. (1918) *Libro azul de Colombia*, The J. J. Little & Ives Comp., Nueva York,

Referencias sobre cafés

- Arango, M. (1981). *Café e industria 1850-1930*. Antioquia, Colombia: Centro de investigaciones económicas de la Universidad de Antioquia.
- Arango, S. (2003). Las cartas abiertas a Brake cambian de remitente. Examen de un error histórico en la crítica literaria en Colombia. En *Revista de estudios de literatura colombiana*. Colombia: Universidad de Antioquia. Recuperado de <https://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/elc/article/view/17263>
- Arias, R. (2007). *Los Leopardos: una historia intelectual de los años 1920*. Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia.
- Aristizabal, L. [(988). Las tres tazas de Santafé a Bogotá, a través del cuadro de costumbres. En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Número16, Volumen XXV. Bogotá.
- Ariza, J. (2013). *Vanguardia y antivanguardia en la crítica y en las publicaciones culturales de los años veinte* Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia
- Barón, L. (2014). Bogotá en un Café y Bajo la luz neón del Café Pasaje. En *Hojas de Café*. No. 04. Bogotá, Colombia: Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.
- Barón, L. (2014). Bogotá en un Café y El San Moritz: un antiguo Café que se niega a ser extinto. En *Hojas de Café*. No. 02. Bogotá, Colombia: Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.

- Baron, L. (2014). Botella de Oro al Cisne: cafés históricos del Centro Tradicional. En *Hojas de Café. Número 06*. Bogotá. Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.
- Bonet, A. (2012). *Los Cafés Históricos*. Madrid, España: Grandes Temas Cátedra.
- Camacho, D.; Iregui, J. & Merizalde, L. (2009). *Café El Automático: Arte, crítica y esfera pública*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Camacho, E. (1989). La literatura colombiana entre 1820 y 1900. En: *La nueva historia de Colombia*. Colombia: Editorial Planeta.
- Carreira, A. (2008). El florecimiento y ocaso de los Cafés en Bogotá. En *Revista La Tadeo*. Número 73, pp.81-93.
- Castaño, A. (2006). El café del Rhin y la palabra churro. En: *Para la inmensa minoría*. Bogotá, Colombia: Taurus. pp. 229- 231.
- Castaño, A. (2006). Mutis se sumerge en su infancia. En: *Para la inmensa minoría*. Bogotá, Colombia: Taurus. pp. 234-236.
- Chavarro, C. & Llano, F. (2010). *El héroe, el lujo y la precariedad patrimonio histórico en Bogotá (1880-1950)*. Bogotá, Colombia: Universidad La Gran Colombia.
- Deas, M. (1993). *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia política y literatura colombiana; Miguel Antonio Caro y sus amigos: gramática y poder en Colombia*. Bogotá: Tercer mundo editores.
- Ferré, F. (1991). *La Aventura del Café*. París, Francia: Altamir Ediciones.
- Fisher, T. (1999). La gente decente en Bogotá Estilo de vida y distinción en el siglo XIX Visto por viajeros extranjeros. En: *Revista colombiana de Antropología*. Vols. 35-39
- Jiménez, D. (1992). *Historia de la crítica literaria en Colombia*. Colombia: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Jursich, M. (Ed.). (2018). *El impúdico brebaje. Los cafés de Bogotá 1866-2015*. Bogotá, Colombia: Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.
- Lefebvre, H. (1975). La taberna Club. Punto neurálgico de la vida social. En: *De lo rural a lo urbano*. España: Ediciones península.
- Llano, F. (2012). *Caro, Cuervo y la resistencia lingüística. Construcción de la identidad ciudadana, desde el uso de la lengua. Bogotá (1880-1950)*. Bogotá: Universidad La Gran Colombia.

- Monje, C. (2011). Clubes y cafés: Espacios de transitoria intimidad. En J. Borja y P. Rodríguez (Comp.). *Historia de la vida privada en Colombia*. Bogotá: Taurus.
- Steiner, G. (2009). *La idea de Europa* prólogo de Mario Vargas Llosa. Mexico. Fondo de Cultura Económica
- Tellez, H. (1976). Los cafés que murieron el 9 de abril. *Diario El Tiempo*.

Fuentes secundarias

- Achugar, H. (1999). El lugar de la memoria. En J. Barbero (Comp.), *Cultura y globalización* (pp. 89-93). Colombia: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Agamben, G. (2011). *Infancia e historia, ensayo sobre la destrucción de la experiencia*. Argentina: Editorial Adriana Hidalgo.
- Alarcón, A. (2014). *Vida cotidiana en la Plaza de Bolívar, de Bogotá (1840-1910)*. SEMIOSFERA, *convergencias y divergencias culturales*. Segunda Época, (2), 196-221.
- Álvarez, J. (2002). *Sociabilidad literaria: tertulias y cafés en el siglo XVIII*. Recuperado de <https://digital.csic.es/handle/10261/26462?mode=full>
- Anderson, B. (1983). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre los orígenes y difusión del nacionalismo* México: Fondo de cultura económico.
- Ángel Botero A. (2012) Representación de la corrupción colombiana en la radio revista escribanía Año 15 - Vol. 10 - No 2 Programa de Comunicación Social y Periodismo. Universidad de Manizales.
- Aprille Gniset J (1994) las formaciones espaciales en: la ciudad como bien cultural memorias del seminario junio 1990, Colcultura, Organización de los Estados Americanos
- Arango Restrepo, S. S. (2003). Las cartas abiertas a Brake cambian de remitente. Examen de un error histórico en la crítica literaria en Colombia. *Estudios de Literatura Colombiana*, (13), 11-24
- Augé, M. (1993). *Los no lugares. Espacios del anonimato para una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Augé, M. (2008). *El viaje imposible: el turismo y sus imágenes*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.

- Avishai, M. (2000). *Ética del recuerdo*. España: Editorial Herder.
- Barbero, M. (2000). El futuro que habita la memoria. En G. Sanchez y M. Wills (Comp.), *Museo, memoria y nación, misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Cultura.
- Bastián, J. (1997). *La mutación religiosa en América Latina para una sociología del cambio social en la modernidad periférica*. México: Fondo de cultura económica.
- Benjamín, W. (1988). *Poesía y capitalismo*. Madrid: Taurus.
- Benjamín, W. (2005). *Los pasajes*. España: Editorial Akal.
- Benjamín, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Editorial Ítaca.
- Benjamín, W. (2009). Sobre el concepto de la historia. En: *Estética y política*. Buenos Aires, Argentina: Editorial la cuarenta.
- Berman, M. (1988). *Todo lo solido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Bogotá, Colombia: Editorial siglo veintiuno.
- Blanco, J. & Salcedo, G. (2012). Entre lo tradicional y lo moderno: Bogotá a comienzos del siglo XX. En: *Revista investigación y desarrollo*, vol. 20.
- Bolívar, I.; Ferro, G. & Dávila, A. (2002). *Cuadernos de nación Belleza, fútbol y religiosidad popular*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Bonal, X. (1998). *Sociología de la educación. Una aproximación crítica a las corrientes contemporáneas*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Bourdieu, P., & Wacquant, J. (1990). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Editorial Grijalbo.
- Borges, J. (2012). El indigno. En: *El informe de Brodie*. Colombia: Random House Mandori S.A.
- Borges, L. (1953). Fragmento de dos notas. En: *Historia de la eternidad*. Buenos Aires, Argentina: Alianza Emece.
- Borja Gómez, J. (2003). Discursos visuales: retórica y pintura en la Nueva Granada. En A. Maya y D. Bonnett (Comps.). *Balance y desafío de la historia de Colombia al inicio del siglo XXI*. Bogotá: Uniandes.
- Borja, J. (1998). *Rostros y rastros del demonio en la Nueva Granada. Indios, negros, judíos y otras huestes de Satanás*. Santa fé de Bogotá: Editorial Ariel.
- Bourdieu, P. (1991). *El Sentido práctico*. Madrid, España: Editorial Taurus.

- Bourdieu, P. (1994). *Razones prácticas, sobre la teoría de la acción*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P. (1995). *Las reglas del arte, génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P. (1999). *Efectos de lugar en La miseria del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (1999). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid, España: Editorial Taurus.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P. (2001). *¿Que significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Ediciones Akal.
- Bourdieu, P. (2002). *Lección sobre la lección*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- Burger, P. (2009). *Teoría de la vanguardia*. Buenos Aires, Argentina: Editorial las cuarenta.
- Burke, P. (1996). La Historia social del lenguaje. En: *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Burke, P. (2004). Comunidades y ámbitos de habla. En: *lenguas y comunidades en la Europa Moderna*. Madrid, España: Ediciones Akal.
- Burke, P. (2006). *Lenguas y comunidades en la Europa Moderna*. Madrid, España: Ediciones Akal.
- Burke, P. (2007). *Historia y teoría social*. España: Editorial Amorrortu.
- Burke, P. (2012). *¿Qué es la historia cultural?* Barcelona, España: Editorial Paidós.
- Bustos, B. & Rodriguez, L. (2009). *Bogotá, una memoria viva*. Alcaldía Mayor de Bogota. Recuperado de https://issuu.com/archivodebogota/docs/memoria_segunda
- Bustos, M. (2010). El patrimonio y la lucha por los sentidos en el Distrito Capital. En: *Revista calle 14*. Volumen 4, número 4 enero-junio.
- Calvo, O. (1998). *El cementerio central: Bogotá, la vida urbana y la muerte*. Bogotá, Colombia: Observatorio de cultura urbana.
- Castells, M. (1997). *La era de la información, Volumen II*. México: Editorial siglo XXI.
- Castilla, A. (1977). *Cómo surgieron los cafés-teatro de Madrid: El teatro en la Revolución de Tiempo de historia*. Recuperado de

<http://www.tiempodehistoriadigital.com/resbcombinada.php?autor=Castilla,%20Alberto&inicio=0&paso=10&orden=Titulo>

- Cepeda F (1997) la corrupción en Colombia - Tercer Mundo editores, Bogotá., Fedesarrollo,
- Cepeda, F.(Coordinador)(1994) la corrupción administrativa en Colombia: diagnóstico y recomendaciones para combatirla . Tercer Mundo editores, Bogotá.
- Chavarro, C. & Llano, F. (2010). El héroe, el lujo y la precariedad patrimonio histórico en Bogotá (1880-1950). Bogotá: Universidad La Gran Colombia.
- Collingwood, E. (2009) *el filo fotográfico de la historia. Walter Benjamín y el olvido de lo inolvidable*, ediciones metales pesados, Consejo Nacional de la Cultura y las artes, gobierno de Chile
- Correa, J. (2011) *Bancos y nación. El debate monetario, 1820-1922*. En revista Credencial Historia
- Correa, J. (2011). Bancos y nación. El debate monetario, 1820-1922. *Revista credencial Historia*. Número 263. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-263>
- Craveri, B. (2005). *Madame Du Deffand y su mundo*. Madrid, España: Biblioteca de ensayo Siruela.
- De Certau, M. (2006). Etnografía. La oralidad o el espacio del otro: Léry. *La escritura de la historia, Colección el oficio de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia.
- De Certau, M.; Julia, D. & Revel, J. (2008). Una política de la lengua. *La escritura de la historia, Colección el oficio de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia.
- Del Castillo, J. (2003). *Bogotá el tránsito a la ciudad moderna 1920-1950*. Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Delgado, M. (2005). Boliches montevideanos. *Bares y cafés en la memoria de la ciudad*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Didi-Huberman, G. (2003). *Imágenes pese a todo. Memoria visual del holocausto*. Barcelona, España: Editorial Paidós.
- Diez, A. (2006). Salones, bailes y cafés: costumbres socio- musicales en el Madrid de la reina castiza (1833-1868). *Anuario Musical*. N.º 61, pp. 189-210. ISSN:0211-3538.

- Duque, L. (1985). *Cafés y Tertulias de Bogotá. Colombia*. [Documental]. Colombia: Productora Pro-imágenes.
- Eliade, M (1996). *Mito y realidad*, editorial Labor, grupo editor quinto centenario (Colombia)
- Eliade, M. (1996). *Mito y realidad*. España: Editorial labor.
- Embajada de Francia en Colombia (2004). *Cafés Literarios París-Bogotá*. Bogotá: Alianza Francesa.
- Escallón, D. (2014) Reacción del Estado colombiano frente al carrusel de la contratación en Bogotá: ¿eficacia o discurso? en: Bogotá, Colombia. *Revista de Derecho Público N.º 6 32 - ISSN 1909-7778 - Enero - Junio* Universidad de los Andes - Facultad de Derecho
- Espejo, M. (2012). El español bogotano de ayer y hoy. En: *El lenguaje en Colombia*. Tomo I. Realidad lingüística de Colombia. Colombia: Instituto Caro y Cuervo.
- Fajardo L. (2002). La corrupción heredada: pasado colonial, sistema legal y desarrollo económico en Bogota, Colombia *Revista de Estudios Sociales –RES Facultad de Ciencias Sociales*. Universidad de los Andes recuperado de http://res.uniandes.edu.co/view.php/502/pdf/descargar.php?f=../data/Revista_No_12/04_Dossier2.pdf
- Fontcuberta, J. (2011). *El beso de judas. Fotografía y verdad*. Barcelona, España: Editorial Gustavo Gili.
- Fundación Misión Colombia (1988). *Historia de Bogotá. Volumen III*. Colombia: Villegas Editores.
- Gamarra, J (2006), Pobreza, corrupción y participación política: una revisión para el caso colombiano, Documentos de trabajo sobre economía regional, Banco de la República - economía regional.
- García Canclini, N. (1995). *Las culturas populares en el capitalismo*. México:Editorial nueva imagen.
- García, D. (2007). El traperero: el otro marginal en la historia de la literatura y de la cultura popular. *Káñina revista artes y letras*. Volumen 31, Número 1, pp. 217-227.
- García, R. y Serna A. (2002) *Dimensiones Críticas de lo Ciudadano. Problemas y Desafíos para la Definición de la Ciudadanía en el Mundo Contemporáneo* Colombia.

- Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Centro de Investigaciones y Desarrollo Científico.
- Gay, P. (2007). *Modernidad: la atracción de la herejía de Baudelaire a Beckett*. Barcelona, España: Editorial Paidós.
- Geertz, C. (1996). Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura. En: *La interpretación de las culturas*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Gómez, L. (2005). *La Historia del Baúl Rosado*. [Cinta cinematográfica]. Colombia: Productora Felis Films.
- González, B. (1996). Economías fundacionales. Diseño del cuerpo ciudadano. En *González Stephan, Beatriz (comp.). Cultura y tercer mundo*. Venezuela: Nueva Sociedad, pp.17-47.
- González, B. (2008). La construcción espectacular de la memoria nacional: cultura visual y prácticas historiográficas (Venezuela siglo XIX). *Literatura, prácticas críticas y transformación cultural. Tomo 1*. Bogotá, Colombia: Universidad Javeriana.
- González, B. (Comp.). (1996). *Cultura y tercer mundo. Nuevas identidades y ciudadanías*. Caracas, Venezuela: Editorial Nueva Sociedad.
- González, Fernán (1993). “Tradición y modernidad en la política colombiana”, en F. González et al., *Violencia en la región andina. El caso Colombia, Bogotá y Lima*, Cinep y Apep.
- González, S. (2007). *Bogotá años 40*. Bogotá, Colombia: Corporación Revista Número.
- González, S. (2007). *Bogotá años 50*. Bogotá, Colombia: Corporación Revista Número.
- Gruzinski, S. (1990). *La guerra de las imágenes de Cristóbal Colón a Blade Runner 1492-2019*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Guizado, Á., (2001). Democracia exclusión social y construcción de lo público en Colombia; en: Bogotá, Colombia (Gutiérrez A. Comp) *Exclusión social y construcción de lo público en Colombia*, CIDSE – CEREC
- Gutiérrez, A. (2001) *Exclusión social y construcción de lo publico en Colombia*, CIDSE – CEREC, Bogotá
- Gutiérrez, R. (1987). *Modernismo supuestos históricos y culturales*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Gutiérrez, R. (2006). El 98: ¿solo un problema de historiografía literaria? En: *Tradición y ruptura*. Bogotá, Colombia: Editorial Random House Mondadori.
- Habermas, J. (1997). *Historia y crítica de la opinión pública. Transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: Ediciones G. Gili, S.A. de C.V.
- Hernández, J. (2011). Los caminos del patrimonio. Rutas turísticas e itinerarios culturales. Pasos. *Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*. ISSN 1695-712. Recuperado de http://www.pasosonline.org/Publicados/9211/PS0211_01.pdf
- Hobsbawm, E. (1997). *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Iriarte, A. (1988). *Breve historia de Bogotá*. Colombia: Editorial Oveja Negra.
- Jaramillo, C. (1989). Antecedentes generales de la guerra de los mil días y golpe de estado del 31 de julio de 1900. En: *Enciclopedia la nueva Historia de Colombia*. Colombia: Editorial Planeta.
- Jaramillo, E. (1998). Artes de la Lectura en la Ciudad del Águila Negra: La Lectura en voz alta y la recitación en Santafé de Bogotá a fines del siglo XIX. *Revista Iberoamericana*. Vol. XIV. Nums. 184-185
- Jaramillo, J. (1982). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Colombia: Editorial planeta.
- Jaramillo, J. (2002). *Historia, sociedad y cultura*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Knight, A. (1999). La identidad nacional. ¿Mito, rasgo, molde? En G. Sánchez, E. Wills (Comp.) *Museo, memoria y Nación: Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Colombia: Ministerio de Cultura.
- Le Goff, J. (1991). Documento / monumento. En: *Orden de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Le Goff, J. (1991). *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona: Paidós básica.
- Leal, F. & Dávila, A (1990) *Clientelismo: el sistema político y su expresión regional*, Bogotá: Tercer Mundo editores e instituto de Estudios Políticos y relaciones internacionales de la Universidad Nacional.
- Lechner, N. (2000). Orden y memoria. En Museo, memoria y nación misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro. En G. Sánchez, E. Wills (Comp.) *Museo, memoria y Nación: Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Colombia: Ministerio de Cultura.
- León, N. (2008). Bogotá: de paso por la capital. *Revista credencial historia*. Edición 224.

- Llano, F. (2011). De escritores despreciados a escritores eximios: el poder de la escritura en Bogotá 1850-1886. *Revista Esfera*, (1), pp. 21-40.
- Llano, F. (2014). Espacios olvidados, lugares diferenciados: transformación social del espacio urbano en Bogotá (1850- 1880). *Revista Nodo*, (17), pp. 70-82.
- Llano, M. C. (1994). Plaza de Bolívar: la manzana de la discordia. En J. Arturo (Comp.). *Pobladores urbanos*. Colombia: TM editores, ICANH.
- Lodares, J. (2002). *Lengua y patria*. España: Santillana editores generales.
- Lombardi Giorgio (1994) Ciudad y arquitectura: una convivencia difícil en: la ciudad como bien cultural memorias del seminario junio 1990, Colcultura, Organización de los Estados Americanos
- López de la Roche (2000). Multiculturalismo, viejas y nuevas memorias y construcción de identidades abiertas, dialógicas y experimentales. En G. Sánchez, E. Wills (Comp.) *Museo, memoria y Nación: Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Colombia: Ministerio de Cultura.
- López, Carlos Arturo. (2014) Gobiernos, modernidad y producción escrita en Colombia (1880-1930): la escritura como terreno común de los antagonismos. *Desafíos*, [S.l.], v. 26, n. 2, p. 43-72, jul. ISSN 2145-5112. Disponible en: <>. Fecha de acceso: 10 feb. 2019 doi:<http://dx.doi.org/10.12804/desafios26.02.2014.02>.
- Martin, J. (2003). La globalización en clave cultural: una mirada latinoamericana. *Renglones revista del Iteso* (53), pp. 18-33.
- Martin, J. (2004). Nuestra excéntrica y heterogénea modernidad. *Estudios políticos* (25), pp 115- 134.
- Martínez, A. (2002) de la moral pública a la vida privada 1820-1920 en: Placer, dinero y pecado historia de la prostitución en Colombia editorial Aguilar
- Martínez, F. (2000). ¿Cómo representar a Colombia?: De las exposiciones universales a la exposición del centenario 1851- 1910. En G. Sánchez, E. Wills (Comp.) *Museo, memoria y Nación: Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Colombia: Ministerio de Cultura.
- Mejía, G. (1999). *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá (1820- 1910)*. Colombia: Pontificia Universidad Javeriana.

- Melo, J. (2002). Algunas consideraciones globales sobre modernidad y modernización. En: *Colombia el despertar a la modernidad*. Colombia: Ediciones Foro Nacional por Colombia.
- Montenegro, A. (2003). La Atenas suramericana. Búsqueda de los orígenes de la denominación dada a Bogotá. *Revista memoria y sociedad* (7), pp.133-143.
- Monterde, A. (2007). *Poética del Café, un espacio de la modernidad literaria europea*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Mörner, M. (1969). *La mezcla de razas en la historia de América Latina*. España: Paidós.
- Moure Ernesto (1994) El papel de la arquitectura antigua en la ciudad moderna en: la ciudad como bien cultural memorias del seminario junio 1990, Colcultura, Organización de los Estados Americanos
- Nadal, J. (1970). Las relaciones comerciales hispano-británicas de 1772 a 1914. *Estudios: Revista de historia moderna*, pp. 183-212. Recuperado de <https://core.ac.uk/download/pdf/71021972.pdf>
- Noguera, C. (2003). *Medicina y política discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia*. Colombia: Fondo editorial Universidad EAFIT.
- Ortiz, R. (1998). Modernidad, mundo e identidad. En: *Otro territorio ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Bogotá, Colombia: Convenio Andrés Bello.
- Parias, A. & Palacio, D. (2006). *Construcción de lugares Patrimonio: el centro histórico y el humedal de Cordoba en Bogotá*. Bogota: Universidad Externado de Colombia.
- Pavony, G. (2010). El idioma de la nación: la experiencia decimonónica colombiana. *Insula: revista de letras y ciencias humanas*, (762), pp.16-20.
- Peralta V. (2002). El silencio de la prostitución. Las representaciones de la Atenas Suramericana en las letras. En A. Martinez y P. Rpdriquez (Comp.). *Placer, dinero y pecado Historia de la prostitución*. Colombia: Editorial Aguilar.
- Peralta, V. (1995). *El ritmo lúdico y los placeres en Bogotá*. Colombia: Editorial Planeta.
- Pérez, A. (2002). Modernización y Nostalgia: crónica urbana y ciudad en Bogotá durante el cuarto centenario de fundación 1938. *Revista memoria y ciudad*, (6), pp. 36-90.

- Pérgolis J. (2010) el deseo de modernidad en la arquitectura y en la Ciudad de Bogotá en el Período republicano. *Revista Studiositas*, edición de agosto de 2010, vol. 5, núm. 2, pp. 7-17
- Pérgolis Juan Carlos (1994) las señales colectivas en el patrimonio cultural urbano en: la ciudad como bien cultural memorias del seminario junio 1990, Colcultura, Organización de los Estados Americanos
- Pérgolis, J. (2000). *Estación plaza de Bolívar una mirada desde la semiótica del deseo a la ciudad y su plaza*. Colombia: Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- Pérgolis, J. (2011). Ciudad republicana y deseo de modernidad. *Revista Módulo (1)*, pp. 56-67.
- Pérgolis, J. (2013). *El deseo de modernidad en la ciudad republicana*. Colombia: Editorial Universidad Católica de Colombia.
- Pérgolis, J. & Villar, M. (2015). Arquidiócesis, arquitectura y espíritu del tiempo: entre la representación y la significación. En: *Arquidiócesis de Bogotá 450 años. Miradas sobre su historia*. Colombia: Editorial Arquidiócesis de Bogotá-Universidad Santo Tomas.
- Pirene, J. (1974). Francia Vacila entre la orientación marítima y la política contiene tal. En: *Historia universal, las grandes corrientes de la historia*. Barcelona: Editorial éxito S.A.
- Pujo, M. (2013). Zeitgeist – el espíritu de la época. *Revista Leitura Flutuante*, (5), pp. 3-29. Recuperado de <http://revistas.pucsp.br/index.php/leituraflutuante/article/view/16106/12157>
- Quin, A. (2008). Del modernismo al régimen gramatical: lecturas de Baldomero Sanín Cano en Colombia. en: *Literaturas, prácticas críticas y transformación cultural*. Bogotá: Universidad Javeriana-Jalla, p. 39-53.
- Rabinow, P. (1991). Las representaciones son hechos sociales: modernidad y postmodernidad en la antropología. En: *Retóricas de la antropología*. Madrid: Ediciones Júcar.
- Rama, Á. (2004). *La ciudad letrada*. Santiago de Chile: Tajamar Editores Ltda.
- Raymond, W. (1991). *Novela y poder en Colombia*. Colombia: Tercer Mundo Editores.

- Reyes, C. (1993). El costumbrismo en Colombia. *En: Manual de literatura colombiana, Tomo I.* Colombia: Editorial Planeta.
- Rincón C (2008). Memoria cultural y canon del país de la Atenas Suramericana y el sagrado corazón de Jesús a la lectura de la época de la reproductibilidad digital. en: *Literaturas, prácticas críticas y transformación cultural.* Bogotá, Colombia: Universidad Javeriana-Jalla
- Rincón, C. (2014). *Iconos y mitos culturales en la invención de la nación colombiana.* Colombia: Editorial pontificia Universidad Javeriana.
- Rodríguez, R. (1996). Cafés y tertulias literarias. En: *Gran Enciclopedia de Colombia, Volumen 5.* Bogotá: Círculo de lectores.
- Rojas, M. (2006). La revolución epistemológica. En: *El imaginario, civilización y cultura del siglo XXI.* Argentina: Prometeo libros.
- Rubiano, G. (1997). *El dibujo en Colombia. De Vasquez de Arce y Ceballos a los artistas de hoy.* Colombia: Editorial Planeta.
- Rueda, L. (2012). La paradoja del monumento histórico o de la demolición del antiguo convento de Santo Domingo en Santafé de Bogotá. 1939-1947. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras, (17),* pp. 23-38.
- Safford, F. (1989). *El ideal de lo práctico, el ideal de formar una elite técnica y empresarial en Colombia.* Colombia: El Ancora editores.
- Salazar, M. (2010). *Lugares dentro de lugares. El rito de la memoria en la composición arquitectónica.* Centro cultural Jorge Eliecer Gaitan: Rogelio Salmona. Colombia: Universidad Nacional.
- Salazar, O. (2009). Paseo de olla. Etnografía Mínima de una práctica social en el Parque Nacional Enrique Olaya Herrera. *Revista Antípoda (8),* pp. 35-59. ISSN 1900-5407
- Saldarriaga, A. & Fonseca L. (1989). Un siglo de arquitectura colombiana. En: *Nueva historia de Colombia.* Colombia: Editorial Planeta.
- Saldarriaga: (2002). *La arquitectura como experiencia: espacio, cuerpo y sensibilidad.* Villegas Editores Universidad Nacional de Colombia: Facultad de Artes Bogotá
- Sánchez, J. (2003). Temo profanar tu nombre. Construcción del mito político del héroe. *Colección Notas de clase.* Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

- Senett, R. (1994). *Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza editorial.
- Senett, R. (2002). *El declive del hombre público*. España: Ediciones Península.
- Serna, A. (2001). *Próceres, textos y monumentos: culturas urbanas, discursos escolares y formas de la historia: Bogotá (1938- 1991)*. Colombia: Universidad del bosque.
- Serna, A. (2004). Identidad ciudadana y vida pública: La cuestión de la identidad. *Revista científica Universidad Distrital*, (6), pp. 35-48.
- Serna, A. (2006). Identidad ciudadana, lenguajes coloniales y conflicto social. En M. Cifuentes y A. Serna (Comp.). *Ciudadanía y conflicto. Memorias del seminario internacional*. Bogotá, Colombia: Fondo de Publicaciones Universidad Distrital.
- Serna, A. (2009). Amnesias y anamnesias. Algunos desafíos para los estudios de la memoria. En: *memorias en crisoles propuestas teóricas, metodológicas y estrategias para los estudios de memoria*. Bogotá, Colombia Universidad Francisco José de Caldas
- Serna, A. Maldonado, J. Alvarado J. (2003). Formas públicas de la arqueología y discursos escolares: poder memoria y pedagogía a través de las representaciones del pasado. C. Gnecco y P. Emilio (Comp.) *Arqueología al desnudo: reflexiones sobre la práctica disciplinar*. Popayán, Colombia. Universidad del Cauca.
- Serpa Flórez. (1993). La Gruta Simbólica en: *Manual de Literatura colombiana, Tomo I*, Bogotá, Colombia. Editorial planeta, Procultura
- Shattuck, R. (1991). Los buenos tiempos en: *la época de los banquetes orígenes de la vanguardia en Francia: de 1885 a la primera guerra mundial*, Antonio Machado libros, Madrid, España
- Silva, R. (2004). *Saber, cultura y sociedad en el nuevo reino de Granada siglos XVII y XVIII*, Medellín, Colombia la carrera editores E.U.
- Spinetto, H. (2010). *Cafés y Tango en las Dos Orillas*. Buenos Aires. Dirección General de Patrimonio.
- Therrien, M. (2004). Dandies en Bogotá: Industrias para la civilización y el cambio. Siglos XIX – XX, Bogotá, Colombia en:(P. Furani Comp). *Arqueología histórica en America del sur. Los desafíos del siglo XXI*. Editorial Universidad de los Andes. pp 103-126

- Thoumi, F. (1999) la relación entre corrupción y narcotráfico: un análisis general y algunas referencias a Colombia. *Revista de economía de la Universidad del Rosario* recuperado de <http://revistas.urosario.edu.co/index.php/economia/article/view/982>
- Toro, C. (1984). Inversión privada en servicios públicos: el caso del alumbrado eléctrico de Bogotá y Medellín, 1880-1918. *Lecturas de Economía*. No. 15. pp. 103-168.
- Tovar, P. (2007). La lenta ruptura con el pasado colonial (1810-1850) En: J Ocampo (Comp.) Gaviria *Historia económica de Colombia*. Colombia: Editorial Planeta.
- Tovar, B. (1997). Porque los muertos mandan el imaginario patriótico de la historia colombiana En: *Pensar el Pasado*. Arch. General Nación UN. Colombia. (125-171).
- Urrego, M. (1994). *Identidad Nacional, Identidades Culturales y las Familias Bogotanas*. 1880-1930. Revista Nómadas. Universidad Central.
- Vallejo, O. (2010). La construcción literaria de la nación colombiana en E. Domínguez (Comp.). *Todos somos Colombia Tomo 1. "Unión, rebeldía, integración*. Medellín, Colombia. Editorial Medellín canal uno
- Van der Hammen, M. Lulle T. y Palacio D. (2009). La construcción del patrimonio como lugar: Un estudio de caso en Bogotá. Colombia. En: *revista Antipoda Universidad de los Andes*. Recuperado de <http://antipoda.uniandes.edu.co/view.php/126/index.php?id=126>
- Varas, I. (2015). *Patrimonio cultural conceptos, debates y problemas*, España. Editorial Cátedra.
- Vargas, J. (2000). *Iglesias de Santafé de Bogotá*. Bogotá Taller Cinco.
- Vasilachis I. (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*, España. editorial Gedisa
- Vega, P. (2004). *Con sabor a tertulia. Historia del consumo de café en costa rica 1840-1940*. Comisión editorial universidad de Costa Rica.
- Vergara A. (2013). *Etnografía de los lugares, una guía antropológica para estudiar su concreta complejidad*. Escuela Nacional de Antropología e Historia. México: Ediciones Navarra.
- Villar, P. (2008). *Los Ciudad de los cafés Barcelona 1750- 1880*. Barcelona, España: Ediciones la Campana.

- Viviescas F. (1994) El problema cultural de la ciudad colombiana y la arquitectura en: *la ciudad como bien culturales memorias del seminario junio 1990*, Colcultura, Organización de los Estados Americanos
- Von der Walde, E. (2002) *Lengua y poder: el proyecto de nación en Colombia a finales del siglo XIX* [en línea]. Estudios de lingüística del español (EliEs). 16. <http://elies.rediris.es/elies16/Erna.html> [12.02.2011].
- White H. (2010) introducción: la poética de la historia en: *Meta historia la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* Fondo de Cultura económica
- William García Ramírez Invocar a las musas, la arquitectura de las masas Los concursos de arquitectura para la plaza de mercado de Bogotá (1891-1919)
- Wills Obregón Maria E (2002). De la nación católica a la nación multicultural rupturas y desafíos En: Gonzalo S. y M. Wills Obregón comp. *Museo, memoria y nación, misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Colombia: Ministerio de Cultura.
- Wittock (2007). La modernidad: ¿una, ninguna o muchas? Sus orígenes europeos y la modernidad como condición global en: las contradicciones culturales de la modernidad, Josetxo Berian y Maya Aguiluz (eds) *Anthropos. Autores textos y temas* Ciencias sociales, España
- Young J (2011). Memoria y contramemoria: hacia una estética social de los monumentos del holocausto En F A. Ortega Martínez Edi. *Trauma cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*, Bogotá, Colombia. Colección lecturas CES Universidad Nacional de Colombia
- Zambrano, F. (1994) cultura e identidad nacional, una mirada desde la historia en: *revista nómadas* No 1, santa fe de Bogotá, fundación Universidad Central septiembre
- Zambrano, F. (2002) De la Atenas suramericana a la Bogotá moderna. La construcción de la cultura ciudadana en Bogotá en: *Revista de estudios sociales N 11*, Bogotá. Facultad de Ciencias Sociales Universidad de los Andes
- Zanelli, Gina María y López Macías, Isabel. (2008) *Bogotá nuevos lugares de encuentro 1894-1930*. Bogotá. Archivo de Bogotá.
- Zuluaga, M. (2012) *Días que fueron: ostentación y tiempo libre 1880-1930*. Bogotá. Maestría en Historia Facultad de Ciencias Sociales Pontificia Universidad Javeriana